



**Miklós Bánffy**  
Los días contados

Prólogo de Mercedes Monmany

se

Lectulandia

En los albores del siglo xx en Hungría se suceden las convulsiones políticas: el difícil equilibrio de la Monarquía Austrohúngara se resquebraja, la inestabilidad política está llevando el país al colapso y la aristocracia, que hasta entonces había regido los destinos del estado, comienza a evidenciar su incapacidad para gobernar. A través de los ojos de los tres protagonistas principales de esta novela —el joven conde Bálint Abády, que acaba de regresar de un puesto diplomático en el extranjero para asumir las responsabilidades políticas y económicas propias de su posición; su primo László Gyeróffy, prometedor artista; y su amiga Adrienne Miloth, infelizmente casada— se nos van revelando los acontecimientos políticos y sociales que llevaron a la caída del imperio. Grandes cacerías, bailes suntuosos, duelos, carreras de caballos, banquetes, fortunas dilapidadas en una mesa de juego, son el telón de fondo de esta apasionante y profética novela: el retrato preciso de una clase social que estaba a punto de desaparecer para siempre.

*Los días contados* es la primera novela de la Trilogía transilvana que Miklós Bánffy publicó entre 1934 y 1940, y está considerada como una de las obras más importantes de la narrativa centroeuropea de la primera mitad del siglo xx. Prohibida durante más de cuarenta años por los regímenes comunistas, desde su reciente recuperación no ha dejado de cautivar a lectores de todo el mundo.

**Lectulandia**

Miklós Bánffy

# **Los días contados**

**Escrito en la pared. Trilogía transilvana - 1**

ePub r1.0

Titivillus 31-03-2018

Título original: *Megzámláltattál*

Miklós Bánffy, 1934

Traducción: Eva Cserhádi & Antonio Manuel Fuentes Gaviño

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Prólogo

### *Las ilusiones perdidas en la tierra (perdida) de Transilvania*

Con una alta dosis de ironía y con la melancolía propia de los que contemplan con lucidez el fin de una época y de los que embriagados de alegría y fiesta incesante la vieron escurrirse como brillantes y eternos granos de arena entre sus torpes dedos, el gran escritor, político y aristócrata húngaro Miklós Bánffy (Kolozsvár 1873 – Budapest 1950), notario o escriba de una clase decadente que se asomaba sin saberlo a su propio abismo, describirá a la aristocracia húngara entre la que había crecido con el solo fin, probablemente, de un día salvar su alma de la quema y dejar testimonio de ello: «Entre los miembros de la alta sociedad de Budapest, solo unos pocos se dedicaban en cuerpo y alma a la política. Había otros asuntos más importantes, o al menos igual de importantes. Por ejemplo, la competición hípica, que era tan interesante y apasionante como la cacería otoñal. Para convocar el Parlamento, una reunión de partidos o al comité del casino, en verano había que tener en cuenta la caza de la perdiz, en septiembre la del ciervo, a principios de invierno la del faisán, y en primavera los días de carrera, para poder intercalar las asambleas entre estos acontecimientos. Cuando acababan las carreras de Budapest comenzaba la temporada de derbis en Viena, que atraía a mucha gente. Por tal razón, se descartaba esa época del año para organizar eventos importantes».

Aristócrata transilvano de rancio abolengo, aparte de político que llegó a detentar el cargo de ministro de Asuntos Exteriores de su país en la tormentosa época de entreguerras del pasado siglo, Miklós Bánffy fue sobre todo un magnífico y clarividente narrador que supo evadirse de los clichés nostálgicos y sentimentales, megalómanos y esnobs propios de su ciega y poco reflexiva clase, además de rehuir como político ecuánime y ponderado en sus pasiones toda tentación de victimismo y de explotación chovinista del patriotismo magiar, secularmente castigado. Representante de la Monarquía Austrohúngara dual en los tiempos en que se debatía ardientemente en el Parlamento de Budapest el lugar de Hungría en la *Kakania* musiliana de los estertores últimos de los Habsburgo, artesano de la reconciliación con los rumanos tras el fin de la segunda guerra mundial y el derrumbe del Imperio, Bánffy sería sobre todo el insustituible y agudo cronista de la decadencia de aquel matrimonio de razón y conveniencia, más que de amor, que había comenzado con el Compromiso de 1867, el *Ausgleich*, que dio paso a la creación de la doble Monarquía Austrohúngara. Es decir, que unió de forma frágil y con un sinfín de prejuicios y celos mutuos a la bella y rebelde Budapest con la real e imponente Viena imperial, ambas en plena efervescencia y hambre finisecular de cultura, llenas sus calles de

fachadas atrevidamente ornamentadas, frisos de la *belle époque* y elegantes damas sensuales deslizándose, ingravidas y deseables por sus aceras, por ininterrumpidos bailes en los casinos y palacios, o por sus distinguidos y vacuos salones de té. Claudio Magris cuenta en esa grandiosa y fascinante guía por la civilización danubiana que es su libro *El Danubio*, a propósito de ese matrimonio forzoso y malhumorado que no se caracterizaba precisamente por la armonía, sino más bien por la permanente tensión entre sus orgullosos componentes, siempre al borde de una amenaza de divorcio, una significativa anécdota del famoso e influyente líder húngaro, el conde Károlyi: habiendo hecho levantar su bisabuelo una capilla votiva para agradecer a Dios la derrota sufrida por el ejército habsbúrguico en Königgrätz, su madre, cuando debía dirigirse a Viena, cruzaba en carroza la ciudad con los ojos cerrados, para no verla...

Producto de una serie de injusticias acumuladas en su historia, el contorno de Hungría, actualmente con diez millones de habitantes, ha fluctuado de tal manera a lo largo del pasado siglo que en nuestros días tiene el récord de minorías *extramuros*, es decir, de húngaroparlantes fuera de sus fronteras. Tras el traumático Tratado de Trianon de 1920, que siguió a la primera guerra mundial, Hungría se veía privada de repente de dos terceras partes de su territorio: una de las pérdidas más representativas y dolorosas para el nacionalismo magiar, a la vez que la más extensa, fue la de Transilvania que pasaría a formar parte, como dramático botín de guerra, de Rumania. Se calcula que hoy cinco millones, aproximadamente, de húngaroparlantes viven fuera de Hungría, tres millones en países colindantes. Algunos de los escritores húngaros actuales que tienen más presencia en el exterior están en esta situación, como es el caso de Lajos Grendel, que pertenece a la minoría húngara de Eslovaquia, o de Ádám Bodor y Attila Bartis, transilvanos y, por tanto, rumanos.

Cuando se habla de Hungría, de la esplendorosa y culta Hungría, a los europeos occidentales, o a personas profanas en el brillante, atribulado y trágico pasado de Centroeuropa, hay que recordarles que el país ha ofrecido al mundo una de las culturas más inquietas, cosmopolitas y renovadoras del pasado siglo, agitación que se extendió a todas las capas del arte y el saber moderno: músicos como Béla Bartók; cineastas como Cukor, Korda, Michael Curtiz, Miklós Jancsó o István Szabó; pintores como Moholy-Nagy y Vasarely; fotógrafos como Robert Capa, André Kertész y Brassai; filósofos y sociólogos como György Lukács, Karl Mannheim, Ágnes Heller o Ferenc Fehér, o si se prefiere, la llamada Escuela de Budapest; psicoanalistas como Sándor Ferenczi, o historiadores como Arnold Hauser y François Fetjo, por no hablar de una inmensa nómina de poetas y novelistas. Verdaderos artesanos y forjadores de esa Europa cosmopolita y plurinacional que hoy vivimos como algo natural. No hay que olvidar que los más grandes escritores centroeuropeos, y en especial los políglotas húngaros, en sus viajes incesantes de un país a otro (como demuestran las *Memorias* del escritor húngaro Sándor Márai), en sus obligadas inmersiones en lenguas que no les eran propias, con una cultura

omnívora y enormemente dilatada, construyeron la verdadera Europa sin fronteras, que sus privilegiados parientes occidentales —sobre todo tras el vergonzoso reparto en dos zonas de influencia sobrevenido al finalizar la segunda guerra mundial— jamás lograrían alcanzar de forma tan dinámica y enriquecedora. La que fue la ciudad más atrayente, bella e importante del Este europeo, junto a Praga, la Budapest danubiana, lo mismo que su eterna rival Viena tendría una particular «edad de oro», que iría desde 1867, época del Compromiso austrohúngaro, hasta la primera guerra mundial. Una extraordinaria conjunción histórica, cultural, estética y política, en paulatina decadencia en sus esencias morales y sociales, que el aristócrata y gran escritor que fue Miklós Bánffy reflejaría de forma apasionante y calidoscópica en su monumental *Trilogía transilvana*, de la que ahora se traduce a nuestro idioma la primera parte: *Los días contados*, aparecida por primera vez en su lengua original en 1934.

En la época en la que transcurre la novela, hacia 1900, que Bánffy supo reflejar en toda su fragmentaria y turbulenta diversidad, a la vez que combinaba como pocos lo Privado, es decir, el arte, en su caso, y lo Público, su dedicación a la política, algo que también unirían de forma inmortal otros insignes europeos como Stendhal, Montaigne, Goethe o Chateaubriand, surgiría una brillantísima generación de escritores, que creció con un esplendor paralelo al de su capital, Budapest. Una ciudad que competía celosamente, calle por calle, café por café, salón por salón, con igual intensidad en su vida cultural e intelectual, con su recelosa y siempre antagonista Viena. Autores como Gyula Krúdy, Ferenc Molnár, Mihály Babits, Endre Ady, Dezső Kosztolányi, Milán Füst, Ignotus, Frigyes Karinthy, Géza Csáth, Kálmán Mikszáth o Lajos Kassák, el principal animador de las vanguardias húngaras, así como el citado Bánffy, edifican y dan aliento a la vida rutilante de la que ha sido llamada muchas veces «la ciudad más bella del Danubio».

La gran literatura húngara no es la que exalta el esplendor de una Hungría heroica, sino la que denuncia amargamente «la miseria del destino húngaro», comentará Claudio Magris en *El Danubio*. Un *lied* de la región de la Baranya que contaba la derrota del rey y su muerte a manos de los turcos, dice que el monarca quedó cubierto por las moras silvestres. Era el año 1526, en Mohács. Desde entonces, la nación magiar se construyó «en permanente agonía», como dijo el novelista László Németh. Una pregunta se plantea, como un estribillo, desde hace quinientos años: «¿Seremos siempre derrotados?». El poeta Petőfi cabalgó hacia su muerte a sabiendas de que el enemigo extranjero sería menos cruel con él de lo que lo fueron sus egoístas compatriotas. También el gran poeta Endre Ady que murió joven de una mezcla de pulmonía, sífilis, alcoholismo, nicotina y *spleen*, cantó a la tétrica tierra magiar.

Un aire pesimista y fúnebre, de fatalidad, muerte y renuncia inevitable y anunciada, en sombrío contraste con el frenesí de un ambiente de loca, despreocupada e inagotable alegría, del que parecen no lograr desligarse ni hallar



consuelo posible los jóvenes y románticos protagonistas de *Los días contados*, antihéroes cada uno a su manera, inmersos en una amalgama de ilusiones perdidas, amores frustrados, políticas indefendibles con sensatez, sueños de regeneración y modernización evaporados y carreras artísticas brutalmente cercenadas. Si a ello añadimos, como dirá el escritor británico, gran viajero y experto conocedor de los avatares históricos centroeuropeos, Patrick Leigh Fermor<sup>[1]</sup>, el sentimiento profundo de traición, saqueo histórico y decepción que llevarían inscrito ya para siempre los nobles transilvanos, el drama de esta tierra, tan estremecedora, exquisita y certeramente descrita por Miklós Bánffy, no cesaría por la imposibilidad de reponerse al hurto de su pasado magiar. Los antiguos terratenientes húngaros, como dirá Leigh Fermor, se sentían olvidados y maltratados por la Historia. No es del gusto de nadie tener que aceptar una nacionalidad distinta después de siglos de pertenencia y arraigo a un lugar, y mucho menos, claro, perder tierras por medio de la expropiación. Esto es exactamente lo que les sucedió a los viejos propietarios feudales y a los descendientes de aquellas familias nobles transilvanas cuyos orígenes se remontaban al siglo XIII, como es el caso de la familia Bánffy, y como es de suponer les sucedería tan solo unos años más tarde a la mayoría de los ciegos e irreflexivos protagonistas de la novela *Los días contados*. Todas esas familias, los Abády, los Kollonich, los Szent-Györgyi, «quintaesencia de la sociedad finesecular, mundanos modélicos», con sus castillos a los pies de los Cárpatos y sus palacios junto al Castillo de Buda, o esos voraces arribistas de provincias como la ambiciosa y déspota duquesa Ágnes Kollonich, por no hablar de los parientes pobres y menospreciados, como el joven y orgulloso compositor László Gyerőffy, siempre viviendo de prestado, todos ellos consumirían sus últimos días, diez años antes del derrumbe del Imperio dual que ya solo parecía sostener el carisma lejano de un venerado y anciano emperador Francisco José, como si se tratara de un eterno baile, un frívolo *garden party* de temporada, un fastuoso banquete o fiesta de carnaval, en la que el personaje más reclamado y envidiado socialmente era «el primer bailarín». Una danza mortal y autodestructiva que, en el otro lado, en el Parlamento, del que eran miembros muchos de estos nobles, albergaba políticos tan solo ocupados y alimentados a diario con la embriaguez y parálisis cotidiana «de eslóganes chovinistas, de la palabrería del odio». Unos oradores que como consignará lacónicamente Bánffy en su novela «competían en patriotismo» y en consignas exaltadas, sumergidos todos ellos en sus habituales luchas acaloradas y beligerantes contra las maniobras e intentos de sometimiento siempre sutilmente disfrazados por parte de Viena, sin percibir ninguno de ellos ni por un solo momento los aires de tormenta que amenazaban y se extendían ya, poco a poco, por toda Europa.

Un derrumbe anunciado en una potencia de tamaño y fisonomía gigantesca: la Monarquía habsbúrguica o *patchwork* de naciones y nacionalidades, que desapareció como tal del mapa y fue borrada de un plumazo, algo que nunca había sucedido en suelo europeo, como dirá el historiador húngaro François Fetjo, en su gran clásico



*Réquiem por un Imperio difunto (Historia de la destrucción de Austria-Hungría)*: «Si exceptuamos a Polonia, tres veces repartida, nunca se había borrado del mapa de Europa un Estado, sobre todo cuando se trataba de un Estado considerado, algunos años atrás, como una gran potencia política y militar (...) Un hecho nuevo en la Historia, de repercusiones desastrosas». Las fatales repercusiones no tardarían en llegar y hacerse patentes tras la victoria aplastante de 1918 y los tratados de paz que de allí surgieron. Unos tratados o sanciones humillantes y cancerosas que pondrían las piedras necesarias o engendrarían directamente el monstruoso neoimperialismo de una Alemania diabólica, guiada por Hitler, además del expansionismo posterior de la Unión Soviética, que pasó a «hacerse cargo» impunemente, gracias a su contribución a la victoria frente a Hitler, de la casi totalidad de la Europa Central.

Versátil creador que experimentó con un gran número de géneros literarios, además de haber sido un notable artista, con apreciadas obras en el campo del arte gráfico y la pintura, la de Miklós Bánffy sería una vida singularmente fecunda y rebosante de acontecimientos. Una vida en la que pudo desarrollar ampliamente tanto la inquieta efervescencia de su talento y sus dotes naturales, como sus ideas de progreso y reformas al servicio de la comunidad, así como la puesta en práctica de todas sus pasiones e intereses, entre los que destacaban la historia magiar, la literatura, la política y el profundo y entusiasta amor que siempre sintió por el paisaje de su tierra natal. Una carrera literaria que comenzaría con la publicación de un primer drama de género mítico, *Leyenda del sol* (1906), muy admirado por el gran poeta húngaro Endre Ady y publicada con el seudónimo de Miklós Kisbán. La siguiente obra de teatro, *El Gran Señor* (1913), tendría como personaje histórico a Atila, rey de los Hunos. A ella seguiría una afilada comedia satírica, *Mascarada* (1926). En el campo de la narración, Bánffy publicaría dos recopilaciones de cuentos, que tendrían como evocación dramática las montañas boscosas de Transilvania: *El león moribundo* (1914) y *Lobos* (1942). La primera parte de su fascinante y agitada vida la narraría en unas memorias (*Emlékeimbol*) publicadas en 1932; la segunda (*Huszonöt év*) en 1945. Sin embargo será gracias a sus novelas por las que será conocido y recordado. En 1927 publicó *Desde la mañana hasta la noche*, que girará en torno a la historia de dos hermanas, y en los años 30 comienza la redacción de su opera magna: la gran y monumental *Trilogía transilvana*, que será muy bien recibida por lectores y crítica. Una obra o compendio, desde el lado de la ficción, de lo que había sido su accidentada y colmada existencia, en la que aplicaba igual maestría y detallismo al tratamiento histórico y político, a la minuciosa descripción de ambientes, paisajes, arquitectura, decoración y vestimentas, así como a la penetración y agudeza psicológica, paralela en calidad literaria a la de grandes maestros vieneses de su tiempo como Stefan Zweig y Arthur Schnitzler, o el galitziano Joseph Roth. Un formidable universo que inmortalizaría para la posteridad, en su enorme diversidad, con un espléndido brío narrativo y con una sugestiva y cautivadora intensidad romántica, tanto en la descripción de cada una de las historias de amor desarrolladas

en la trama, como en la plasmación de un atractivo e inmenso catálogo de caracteres.

Relato o crónica desde la ficción de la decadencia de la aristocracia transilvana y húngara, de los errores de la clase política que condujeron directamente al Tratado de Trianon y la consecuente pérdida de Transilvania, esta trilogía sería relacionada repetidas veces con *El Gatopardo* de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, con la saga novelesca de Proust y con *La marcha Radetzky* de Joseph Roth. Castillos de la nobleza transilvana como el de Dénestornya, propiedad de la familia del joven protagonista Bálint Abády, tendrían su correspondiente más inmediato en la siciliana Donnafugata del Príncipe de Salina, inmortalizada por el cine. En la primera parte de la trilogía, *Los días contados*, que ahora llega al lector español, se nos narra en paralelo la historia, entre 1904 y 1914, de dos jóvenes primos aristócratas transilvanos: el conde Bálint Abády, personaje principal de la trama, y el conde László Gyeróffy, huérfano tras una tragedia y un escabroso escándalo familiar, que ha vivido siempre en casas de tíos y otros parientes. El conde Abády ha regresado al castillo familiar de Transilvania, tras unos años transcurridos en el servicio diplomático. Inmediatamente inicia una carrera política en el agitado y casi ingobernable Parlamento de Budapest, sacudido por agrias e incesantes luchas internas, agravadas además por la dificultad de gobernar regiones con una población étnica mixta, que aceptan a duras penas la imposición del húngaro. Hay que tener en cuenta que la situación de las minorías étnicas en Hungría —un tema recurrente en la novela de Bánffy— causaba numerosas tensiones en la época, porque, entre otras cosas, entre 1900 y 1910 el cincuenta por ciento de la población del Reino Húngaro no era húngaroparlante. El Compromiso austrohúngaro aseguraba los mismos derechos para todos los ciudadanos de Hungría y autonomía cultural, pero no territorial, para los alemanes, eslovacos, rumanos, serbios y otras minorías. La lengua oficial, sin embargo, era exclusivamente el húngaro, y en las escuelas, aunque a ellas acudieran únicamente hijos de campesinos rumanos, como era el caso de Transilvania, era obligatorio aprender la lengua, literatura e historia húngaras. Personajes corales y reguero palpitante y humano que aparece con denominación colectiva propia de «minoría» —a menudo tratada de forma despectiva, como es el caso de los rumanos, o como simple telón de fondo para amenizar fiestas, como esas orquestas de gitanos que proporcionaban música y color a las juergas y bailes de señoritos— todos ellos formarían una amalgama múltiple de «proveedores» imperiales y feudales en el gigante austrohúngaro, magníficamente descritos por Joseph Roth en *La cripta de los capuchinos*: «Los gitanos de la gran llanura húngara, los Huzulen de Subcarpatia, los cocheros judíos de Galitzia, mis propios parientes, los castañeros eslovacos de Sipolje, los plantadores de tabaco suavos de Bacska, los criadores de caballos de la estepa, la Sibersna osmana, la gente de Bosnia y Herzegovina, los comerciantes de caballos de Hanakei, en Moravia, los tejedores de Erzgebirge, y los molineros y comerciantes de coral de Podolia; todos estos eran los generosos proveedores de Austria, y cuanto más pobres, más generosos».

Aún soltero, Abády se reencuentra con una amiga del pasado, la inteligente, enigmática y bella Adrienne Milóth, amargamente unida en un matrimonio sin amor a un violento y desequilibrado noble transilvano, Pál Uzdy, que la utiliza a su antojo y brutalmente, en su calidad de señor absoluto, y a la manera de una posesión o finca más de las muchas de su patrimonio. La antigua y cómplice amistad de Bálint y Adrienne poco a poco se convierte en un ardiente amor del que ambos advierten con terror las consecuencias desastrosas que puede acarrear a sus vidas, vigiladas de cerca tanto por sus familiares como por el edificio hipócrita de las apariencias de las que son todos mitad reos y mitad jueces.

Por otro lado, László Gyerőffy, es el otro personaje protagonista, en este caso desagarradoramente trágico, tan propio del romanticismo finisecular, a mitad de camino entre el Lucien Chardon de *Las ilusiones perdidas* de Balzac y el desgraciado destino de «un fanatismo artístico» abocado al fracaso, como lo llamaba Stefan Zweig, en el que caían tantos jóvenes de la época. Jóvenes inseguros, siempre abocados cruelmente a alguna forma de marginalidad en los límites de su clase, en los que la fortaleza muy pronto se veía socavada por las tentaciones mundanas, por las fáciles evasiones y por una esclavitud de casta que les mantenía atados a fatuos objetivos de forma suicida y que les obligaba a representar una única y engañosa forma de identidad en sus vidas o en el frágil edificio de las apariencias: el éxito social y económico.

Un sentimiento predomina en la novela, el honor, el honor defendido en duelos, el honor robado a mujeres enamoradas y generosas, o la más grave y fatal violación de todas, el deshonor cometido hacia su casta —como le reprochará a menudo el sensato Bálint a su primo László—: ese olvido de sí mismo y de sus orígenes que es una tarea de cada día, incompatible con la «huida». Esa tarea «propia de los suyos» a lo largo de los siglos, que defenderá ardientemente Bálint ante su primo disoluto y nihilista: «¡No debes irte! ¡No debes! (...) ¿Qué ibas a ser tú fuera de Transilvania? ¡No un nombre, sino un número, un don nadie! Aunque seas artista, el arte tiene valor si crece en la tierra patria, si no, es solo un papel. Y no debes despilfarrar tu fortuna porque no la has ganado tú, sino que la has heredado. ¡Tener fortuna conlleva obligaciones! ¡Obligaciones por el bien de los demás! (...) Tu origen te obliga, sí, ¡te obliga! (...) La nobleza húngara ha gobernado y servido durante siglos y siglos. Ha servido a su pueblo, a su condado, a su iglesia y a su país. Ha servido gratuitamente, *honoris causa*».

Un deber o «ejercicio de una determinada capacidad durante generaciones» que también, como bien saben y conocen Bálint y Adrienne, tiene que ver mucho con el desarrollo posible o imposible de un amor prohibido. Al final de la novela los jóvenes enamorados son conscientes de que se enfrentan a la Vida o a la Muerte, al olvido y disolución de los dos como pareja o a la rutina obscena y peligrosa de vivir clandestinamente. Hay un precio único, obligado, insalvable que tendrán que pagar si quieren seguir permaneciendo juntos para siempre, de alguna manera y en algún

lugar, ya sea en ese recuerdo que nadie les puede robar, en el más recóndito interior de cada uno de ellos, o en algún cielo probable o improbable que por fin los logre reunir y cubrir «como un sudario». Así lo sentirán ambos amantes al final de la novela: «Todo era de color ceniza. Tenían la sensación de que no existía nada fuera de ellos. Ni arriba ni abajo; ni voces ni colores, ni tiempo, ni pasado ni futuro. Flotaban sin cuerpo a través del vacío infinito, abrazados y atravesados por el mismo puñal, como los enamorados de Dante. Era el nirvana donde desaparecía todo, y donde el Todo se mezclaba con la Nada».

MERCEDES MONMANY

# LOS DÍAS CONTADOS

... El rey dio un gran banquete a mil de sus príncipes; bebieron vino, alabaron a sus dioses de oro, de plata, de metal, de hierro, de madera y de piedra; y se burlaron los unos de los de los otros, y discutieron por los dioses de cada uno.

En aquella misma hora aparecieron unos dedos de mano de hombre que escribieron delante del candelabro, sobre el yeso de la pared del palacio real. Y la palabra que escribieron fue «MENÉ: Tu reino ha sido contado...». Pero nadie vio la escritura porque estaban embriagados por el vino y la ira, y porque estaban peleándose por sus dioses de oro, de plata, de metal, de hierro, de madera y de piedra...

# PRIMERA PARTE



Una tarde soleada de principios de septiembre. La luz brilla tanto que las alondras, embriagadas por el resplandor, suben hacia el cielo diáfano, batiendo sus diminutas alas por unos momentos en las alturas, para luego caer en picado, pasar por el suelo en vuelo rasante y volver a subir una y otra vez. Tal vez piensan que sigue siendo verano.

El campo está todavía verde, incluso los montones amarillos de rastrojo están cubiertos por una fina capa de moho, llenos de menudas espigas gualdas que se mecen junto con las amapolas tardías de color carmesí.

Las suaves colinas del río Maros bajan por una ribera hacia el camino real, por la otra se elevan a la derecha detrás de los prados; los frutales de las lomas y los bosques que coronan los tesos están aún verdes. Nada indica todavía la inminente llegada del otoño; solo la fruta madura del bonetero decora con gotas anaranjadas las hojas marchitas, mientras el follaje comienza a teñirse de color sangre.

Entre las ciénagas y las suaves colinas, el camino se vuelve blanco por el polvo que cubre las espinacas de las acequias y llena el cáliz de las cerrajas.

Era domingo; sin embargo, a mediodía había mucho tráfico por el camino. Varios carruajes y carros de un solo caballo corrían ruidosos hacia Marosvásárhely. Era un día importante en la ciudad: se celebraba la competición de hípica. Se dirigían allá levantando una enorme polvareda por el camino.

Todo estaba en silencio. Por la tarde un carruaje solitario, un landó de tres caballos, pasó por el camino real que conduce desde Marosvásárhely hacia el este a Balavásár, a través de Vácman, y después del cruce, hacia la izquierda, a Nyárádszereda.

En el viejo simón iba sentado un joven, recostado cómodamente. Era Bálint Abády, un hombre delgado, de estatura mediana. Llevaba un guardapolvo de seda largo, abrochado hasta la barbilla. Se había quitado el sombrero, un sombrero de fieltro de ala ancha que se había puesto de moda tras la guerra de los bóers. Los rayos del sol le daban un brillo bermejo a su cabello ondulado, rubio oscuro. A pesar del color de su pelo y de sus ojos claros, tenía los rasgos propios de un oriental. Tenía la frente fuerte, algo inclinada hacia atrás, los pómulos muy marcados y los ojos achinados.

No venía de las carreras sino de la estación de tren, e iba a Vársiklód, a casa de Jenő Laczók, donde habría una gran fiesta con baile después de la competición.

Había llegado desde Dénestornya a las tres. Había viajado en tren, aunque su madre le había ofrecido una carroza; el joven había notado por su tono de voz que, si bien se la había ofrecido con cariño, no le gustaba que viajara con sus amados

caballos, tan queridos que habían sido criados en la vieja y famosa yeguada, como si fueran sus hijos. Abády sabía cuánto le preocupaba a su madre que sus animales pudieran agotarse, resfriarse o sufrir en desconocidos establos la maldad de otros caballos. Por eso, conociendo la verdadera voluntad de su madre, le dijo que prefería coger el tren vespertino, pues sería demasiado ir de un tirón desde Dénestornya hasta el prado de San Jorge —donde se celebraba la competición—, unos cincuenta kilómetros más allá de Marosvásárhely, y volver después a la ciudad para ir a casa de los Laczók —diez o quince kilómetros más— teniendo que desenganchar los caballos y darles pienso en alguna posada; por ello pensó que no merecía la pena, y que haría mejor cogiendo el tren de la tarde. Así llegaría temprano y coincidiría con los políticos, a los que quería conocer y consultar unas cuantas cosas.

—Bueno, hijo, si así lo prefieres —dijo la madre aliviada cuando rechazó su oferta—, pero ya sabes que te los ofrezco con gusto.

Ahora iba en un simón que se dirigía lentamente hacia Vársiklód entre tintineos. En realidad era agradable avanzar despacio por el camino real, largo y desierto, y ver cómo se levantaba el polvo y flotaba tras el carruaje como un velo, sentirlo volar indeciso sobre los prados ya segados donde las vacas rumiaban entre los rebrotes y miraban embobadas el traqueteo del coche.

Era bonito avanzar silenciosamente, disfrutar de la sensación de que después de tantos años volvía a estar en casa, en Transilvania, y acercarse poco a poco al lugar donde se reunirían sus viejos conocidos.

Tras acabar el bachillerato en el liceo Theresianum de Viena, en 1895, pasó algunos años en la universidad de Kolozsvár, donde hizo el doctorado. Después volvió a irse, primero a Viena a prepararse para ingresar en la carrera diplomática; más tarde, al terminar su servicio militar de un año, pasó dos más en el extranjero como agregado en una embajada.

Ocurrió entonces que el distrito de la ciudad de Lélbánya quedó sin diputado, y le ofrecieron el puesto. Era algo que le convenía más. Era preferible abandonar el cuerpo diplomático, que únicamente le aseguraba un exiguo sueldo, máxime cuando ni siquiera podía cubrir sus altos gastos sociales con la pequeña asignación que le enviaba su madre.

Sabía que a ella le costaba mucho enviársela. Le costaba, aunque tenía muchísimas tierras: pinares infinitos en las faldas de los montes Vlegyiasza, miles de hectáreas de tierras fértiles en Dénestornya, entre los ríos Aranyos y Maros, diversas fincas menores por aquí y por allá, y las tres cuartas partes del lago de Lélbánya. Sin embargo, la pobre nunca tenía dinero, por más que intentara ahorrar.

Era preferible volver a casa, donde uno gastaba poco y vivía sin penurias; tal vez podría ser útil gracias a sus estudios y a su experiencia en el extranjero.

Así fue como en la primavera de ese mismo año de 1904, cuando estaba de vacaciones en casa de su madre en Dénestornya, fue a visitarlo el gobernador del condado de Maros-Torda y le preguntó si aceptaría el puesto vacante en Lélbánya;

después de vacilar un poco lo aceptó, con la única condición de poder presentarse en las elecciones como independiente. Solo conocía de lejos, por la prensa, aquella lucha despiadada de partidos que desde 1902 tenía lugar en el Parlamento húngaro y ya había acabado con dos gobiernos, aun así le resultaba molesto tener que someterse a la disciplina y a las pasiones de un partido.

Al gobernador todo eso le daba igual. Aceptó la independencia a gusto mientras Abády se mantuviera fiel a las bases firmadas en el Compromiso, el pacto contraído por el Gobierno húngaro con Viena en 1867. El gobernador no delató a través de ninguna de sus palabras que lo único que le importaba era que no ganara el candidato de la oposición; ni un tercero, como ocurrió la última vez cuando los encargados de la campaña en Budapest pusieron en venta el distrito como si fuera una subasta. Y es que Lélbánya era un distrito miserablemente minúsculo, aunque antiguamente fue villa real, y debido a esto tenían derecho a mandar a un diputado. Era un pueblo con privilegios de ciudad, con apenas trescientos electores que siempre encontraban un par de personas ricas y ambiciosas que quisieran ser candidatos; las explotaban hasta el último momento, sacándoles dinero con chantajes, diciéndoles lo fuerte que era el otro candidato, o ese tercero al que contrataban solo para acentuar más la rivalidad. En cierta ocasión en que el candidato rico se hartó de pagar tanto, se vengaron votando al tercero, al seudocandidato, con gran escándalo en el condado.

Con la candidatura de Abády no habría problemas. Hacía mucho que la mina de la ciudad estaba cerrada, los campos tenían mala tierra, salada, y los habitantes vivían del cañaveral del lago, que era de los Abády. Contra el propietario no podrían hacer nada ni los más codiciosos, porque en caso de que el cañaveral fuera vendido a un empresario, los «ciudadanos» tendrían que pedir limosna.

Por supuesto, el gobernador no le dijo nada al joven. Habló de temas generales. Frases grandilocuentes sobre el deber, el patriotismo y la vocación. Con astucia disfrazada de benevolencia, le hizo saber a la madre viuda que sería mejor para ella que su hijo se quedara en casa, en su país, a su lado, cobrando un sueldo de diputado que ya era algo, y que seguramente lo elegirían por mayoría, sin que le costase un cuarto. Después de haber logrado convencerlos pasó a visitar al administrador de las haciendas de la condesa, Kristóf Ázbej. Solo le dijo que estaría bien enviar a alguien a Lélbánya para tasar la cosecha de caña del próximo otoño y hacer como si estuvieran planeando cambiar el proceso de la venta. ¡Que se asusten los ciudadanos rebeldes!

Por esa razón Bálint Abády no llegaba a entender por qué sus electores lo vitoreaban con tanto entusiasmo. En general tenía poca idea sobre las relaciones turbias de la vida, tal vez por su carácter, tal vez por su educación. Pasó ocho largos años de su infancia en el aislado y distinguido internado Theresianum, y las vacaciones en el campo, en el palacete de Dénestornya. Sus años en la universidad, en la escuela diplomática y sus estancias en el extranjero tampoco le habían enseñado más que la superficie de la vida. Vivía en un invernadero, en una atmósfera artificial,

un tanto aislada, donde la maldad, la codicia y el egoísmo humano estaban tan disfrazados que se necesitaba tener la vista muy fina y ser muy experimentado para verlos.

Ahora, sentado en el viejo landó, Bálint solo pensaba en que estaba en casa de nuevo y esta vez se quedaría definitivamente. Había comenzado a planear poco a poco cómo podría aplicar allí los conocimientos adquiridos en el extranjero. En Alemania estudió las distintas formas de cooperativa y cómo proteger la tierra de los campesinos por fideicomiso. Ya había hablado de sus planes a sus electores. En eso iba pensando, aunque solo vagamente, porque para tales ideas el paisaje era demasiado agradable, el día demasiado soleado y el cielo demasiado azul.

Sus meditaciones fueron interrumpidas por una carroza cubierta que poco a poco lo alcanzó. Era un carruaje grande y destartado, los cristales de las ventanillas cerradas no cesaban de repiquetear. Iba arrastrado por dos alazanes viejos y huesudos, y dos yeguas tripudas que tal vez estuvieran preñadas o a las que no les daban otra cosa que paja para comer. En el pescante de la anticuada carroza iba un cochero viejo que —según la moda de la década de 1860— llevaba una chaqueta que le llegaba hasta los tobillos, de color cereza, deslucida pero bien adornada, y un gorro gastado con los restos de lo que en tiempos mejores fue una pluma de avestruz. El viejo iba encorvado, meneando la cabeza como si estuviera afirmando algo constantemente.

La carroza adelantó al simón. Detrás de las ventanillas, herméticamente cerradas, iba una sirvienta joven con un cesto en el regazo en el asiento delantero, y frente a ella, entre cojines, una anciana menuda, acartonada.

Bálint la reconoció inmediatamente y la saludó, pero ella no lo vio; iba con los ojos entornados, la expresión ceñuda, los labios fruncidos como si silbara y la mirada perdida en la lejanía. Era la vieja señora Sarmasághy, a quien llamaban la «tía Lizinka» y que, efectivamente, gracias a los numerosos hermanos que tenía, era la tía de casi todo el mundo, tanto para la generación de sus hijos como para la de sus nietos. Al verla, a Bálint le asaltaron los recuerdos. Era todavía un niño cuando su madre lo llevó a visitar a la tía Lizinka en Kolozsvár. Sintió de nuevo aquel olor a moho, cargado y sofocante, que le chocó al entrar en su habitación. La tía Lizinka estaba sentada en un sillón de orejas, de espalda a las ventanas, nunca abiertas, y protegida con dos biombos de cristal. Aunque gozaba de una salud de hierro, siempre tenía miedo a resfriarse. Estaba envuelta con un sinfín de chales, mantas y pañuelos; llevaba una papalina de encaje negro en la cabeza y un sombrero atado a un pequeño cojín bajo la barbilla. Casi no se veía su rostro aguileño, solo los negros ojos chispeantes, la nariz ganchuda y los labios delgados, marcados por unas arrugas en forma de estrella. Al niño le dio miedo esa bruja menuda que, cubierta por numerosas mantas, parecía no tener ni carne ni hueso, solo una cara afilada. Pero su madre le dio un empujón hacia la señora, diciéndole: «¡Bésale la mano a la tía Lizinka!», y él, con cierta aversión, le dio un beso en su mano amojamada con olor a alcanfor. Pero lo peor vino después. Las manos huesudas lo agarraron bruscamente con una fuerza

inimaginable, lo estrecharon contra las mantas, y la tía Lizinka le dio un beso húmedo en la frente. Aunque pudo zafarse pronto, sintió cómo se le secaba en la frente aquella marca húmeda y fría, pero siendo un niño bien educado no se atrevió a limpiársela.

Al ver a la anciana, de repente le asaltaron los recuerdos. Cosas que le contaba la propia tía Lizinka y otras que sabía por su abuelo Péter Abády, que era primo hermano suyo. Había una historia especialmente graciosa que le hacía sonreír.

En los tiempos de la guerra de la Independencia de 1848-1849 contra los austriacos, aunque hoy parezca increíble, Lizinka Kendy, la señora Sarmasághy, era una joven tan enamorada de su prometido, Mihály Sarmasághy (quien naturalmente luchaba por la patria y era comandante en el ejército del general Görgey —entonces todo el mundo era comandante—), que iba en carro detrás de las tropas adondequiera que fuesen. Ocurrió que, estando por las tierras de Világos, donde terminó la guerra, y habiéndose enterado de que el general Görgey había capitulado ante las fuerzas enemigas, subió rápidamente al castillo de Bohus, entró sin más en la sala de reuniones que estaba llena de oficiales húngaros y rusos, se fue derecha a Görgey y a voz en grito le espetó: «¡Señor general, usted es un traidor!». Siempre había sido una mujer atrevida, y hablaba mal de todos. Lajos Kossuth, que era el héroe de la revolución, no le gustaba nada, y cada vez que lo mencionaban ella aprovechaba la ocasión para contar una anécdota despectiva de él. En una ocasión en que los diputados estaban reunidos en Debrecen, llegó la noticia de que los rusos se acercaban. Todos estaban abatidos. Kossuth dio un discurso para infundir ánimo y esperanza. Según la tía Lizinka, dijo: «No debemos tener miedo porque está a punto de llegar Mihály Sarmasághy con *sesenta mil soldados, seguramente*». Tal vez lo dijo solo porque sonaba bien, pero fue recibido con fuertes ovaciones, mientras Sarmasághy se encontraba en el palco totalmente solo, sin nadie más que su menuda mujer. Aunque era cierto que ella casi tenía el vigor de sesenta mil soldados.

Después de la revolución fue ella quien arregló todos los líos de la mina que casi había llevado a su suegro a la ruina. Fue ella quien se encargó de los pleitos, quien luchó por obtener la indemnización que tocaba a los terratenientes, quien salvó a su marido de los calabozos del castillo de Kufstein, quien se estudió todas las leyes —la *Approbata* y la *Compilata*, las *Patentes Imperiales*, la regularización de las minas y el *Verordnung*, los decretos—. Lo estudió todo e hizo de abogada desde Transilvania hasta Viena.

Los recuerdos no cesaban y, de la tía Lizinka, pasó a acordarse de su abuelo, al que solía visitar varias veces al año. Como si los viera ahora: están sentados los dos en el porche de columnas griegas. Lizinka, como siempre, medio sofocada entre pañuelos y chales, acurrucada en el fondo de un gran sillón acolchado, con las rodillas dobladas como un perrito. Frente a su prima se sienta Péter Abády cómoda y tranquilamente, pero siempre muy recto en una silla de caña, rígida, de respaldo alto; está fumando un cigarro en silencio, como hace casi todo el día, con su habitual boquilla de espuma de mar. La anciana, que siempre ha sido una cotilla, le cuenta

chismes incomprensibles para un niño. En tono burlón, el abuelo le dice a su prima: «Tanta maldad no me la puedo creer, querida Lizinka; no creo que sea cierto ni la mitad»; y se ríe con socarronería, mientras la viuda de Sarmasághy sigue quejándose y jura que es verdad, que es tal como ella lo dice. El viejo desaprueba con la cabeza pero sonríe porque Lizinka, aunque tiene mal carácter, es graciosa.

Así pasaba el tiempo en Dénestornya. El viejo Péter Abády vivía allí, pero no arriba en el palacete, sino más abajo en la colina, en la casa solariega que fue construida por el bisabuelo paterno de Bálint a finales del siglo XVIII. El palacete era de su madre, junto con las tres cuartas partes de la finca. Por esta razón la boda de los padres de Bálint fue un acontecimiento familiar de gran importancia, puesto que gracias al enlace volvieron a unir la finca ancestral que durante varias generaciones había estado dividida, primero en cuatro y posteriormente en dos partes. El matrimonio unió las tierras de Dénestornya con las de las altas montañas, los antiguos neveros encima del Alto Szamos.

El viejo Péter le dio las suyas a su hijo. Solo se guardó para sí la casa solariega y el jardín, y después de la muerte inesperada de su único hijo, Tamás, no quiso volver a encargarse de los problemas que generaba su hacienda, y la dejó al cuidado de su nuera. No se trasladó al palacete, aunque la viuda de Tamás Abády se lo pidió repetidas veces, incluso le dolía que su suegro no quisiera hacerle caso. El viejo era un hombre sabio. Solo ahora veía Bálint, ya adulto, lo sensata que había sido su decisión. Si hubiesen vivido bajo el mismo techo, debido al carácter bondadoso pero siempre inquieto de su madre, no hubieran podido mantener la buena relación que tenían. Por eso todo siguió en el mismo orden que se había establecido cuando su hijo todavía vivía: el viejo subía a comer al palacete todos los miércoles, y los domingos a mediodía ellos estaban invitados a comer en la casa del abuelo.

No obstante, cuando el niño se fue haciendo mayor visitaba al abuelo con más frecuencia. En algunas ocasiones se escapaba de sus preceptores. Le resultaba fácil. El enorme parque del palacete solo estaba separado del jardín de la casa solariega por el cementerio de la iglesia protestante, por donde bajaba la colina. Las dos tapias no eran altas y estaban algo abandonadas; resultaba muy divertido imitar a Toro Sentado con pasos sigilosos y subir al altísimo bastión que, en sus fantasías alimentadas por los cuentos de Cooper, era el muro del cementerio, que en algunos lugares apenas medía metro y medio.

El viejo, aunque se daba cuenta de que el niño a veces llegaba con la ropa sucia, manchada de polvo, nunca le preguntaba por qué camino había ido. Solo decidía intervenir cuando Bálint llevaba un agujero en los pantalones; entonces, para que no le regañaran, le mandaba a la cocinera que se los cosiera antes de dejarlo volver a casa y le ordenaba al criado que abriera las dos puertas siempre cerradas que daban al cementerio.

Cuando Bálint era más pequeño, no era el abuelo quien le atraía, sino los deliciosos bocados que le esperaban. Pan de centeno fresco, completamente negro

con abundante crema agria, una taza de leche fría de búfala o algún pastelillo dulce que había sobrado del día anterior. ¡Qué rico le parecía todo! En aquellos tiempos él siempre tenía hambre, siempre, y en el palacete su madre les había prohibido a todos que le diesen de comer entre horas. A medida que fue creciendo le fue atrayendo cada vez más la compañía de su abuelo, que sabía hablar con él con amabilidad y comprensión, escuchaba sus travesuras con una media sonrisa, fumando su pipa, y nunca se las contaba a nadie.

Cuando iba a verle a mediodía, si hacía buen tiempo lo encontraba en la terraza, y si hacía fresco en la biblioteca. Siempre leyendo. No le importaba si el niño le interrumpía. Leía sobre todo obras científicas. Estaba suscrito a varias revistas y seguía de modo admirable los nuevos descubrimientos. Se los contaba a su nieto de buen grado, resumiendo de manera clara y comprensible la última novedad sobre la que leía. Tenía conocimientos amplios de los temas más variados: le contaba muchas cosas de las exploraciones de África y de Asia Central, pero tal vez lo que más le entusiasmaba era el desarrollo técnico de los últimos años; hablando de ello, de vez en cuando intercalaba tesis matemáticas, y las explicaba de manera tan simple y clara que su nieto adolescente las comprendía con facilidad, y más tarde cuando en el liceo Theresianum le tocó estudiar álgebra, le pareció una materia casi familiar. Tal vez en esa lejana infancia estaba el origen de la permanente curiosidad de Bálint.

Si lo visitaba por la mañana, lo encontraba en el jardín, pues él mismo cuidaba de las rosas. Las injertaba con mucho cariño, le salían preciosas, mucho más bonitas y exuberantes que las que cuidaba el jardinero del palacete. Ahora se lo imaginaba allí, tan feliz entre sus queridas flores. Solía llevar un delantal largo de lienzo y en la cabeza, coronada por el cabello blanco y ondulado, un sombrero rústico de paja. Bajo el sombrero, su cara de mirada juvenil iluminada por los reflejos amarillos del sol. Sus rasgos eran bellos: la nariz afilada, los ojos de un verde gris que parecían más claros porque a pesar de su edad avanzada tenía las cejas aún negras. Tenía los labios delicados, el bigote menudo, atusado en pico, casi completamente negro, gracias tal vez a la brillantina. Al recordarlo ahora, Bálint casi podía sentir el olor especial que le invadía cuando el anciano se agachaba a darle un beso.

Tenía la cara muy suave; se cuidaba mucho para estar siempre muy aseado y limpio, decía bromeando que «un joven puede estar incluso sucio, pero un viejo, aun lavado, da asco». Y se afeitaba todos los días él mismo con hojas finas inglesas; tenía una para cada día de la semana y las guardaba ordenadas en un largo estuche de cordobán verde.

El domingo a mediodía, si el chico llegaba antes de la hora de la comida, a veces lo encontraba en el porche, en compañía de dos o tres granjeros que estaban de pie delante del viejo señor con los sombreros en la mano, y le contaban sus penas. Si llegaba en esos momentos, el abuelo le hacía una señal para darle a entender que podía quedarse pero sentado al lado, en el sofá. No solo acudían campesinos de Dénestornya, sino también de los pueblos vecinos; iban a visitarle tanto rumanos



como húngaros y a veces la gente de los neveros, de las altas montañas de Transilvania. Desde hacía mucho tiempo, su abuelo era considerado por todos un hombre muy justo; por eso, antes de dirigirse al abogado, a menudo iban a verle para que hiciera justicia. El viejo Péter Abády siempre estaba a su disposición: los recibía sentado inmóvil en su silla de caña dura, con las piernas cruzadas y los pantalones algo subidos sobre sus botas a la antigua. Escuchaba el largo planteamiento del problema con su habitual boquilla de espuma de mar en la boca, sin soltar palabra, solo de vez en cuando hacía alguna pregunta o llamaba al orden al que arremetía con violencia contra otro, pero generalmente no era necesario porque la gente se comportaba como es debido. Cuando todos habían terminado de explicarse, el viejo les daba su consejo.

Hablaba con fluidez tanto en húngaro como, si era necesario, en rumano. La mayoría de las veces los querellantes aceptaban su decisión. Al final, independientemente de lo que decidiese, le besaban la mano y se marchaban uno tras otro. A Bálint también le besaban la mano aunque él intentaba evitarlo, pero el viejo le advertía en francés que les dejase, pues podían pensar que le producían asco y ofenderse.

La casa solariega de Abády recibía también otras visitas. Los jóvenes acudían para presentar sus respetos, por pura cortesía o para pedirle a Péter Abády su apoyo, pues aunque este salía cada vez menos de casa, tenía una enorme influencia que llegaba lejos y en muchas direcciones, y no solo porque ostentara el cargo de ecónomo protestante (miembro de la cámara y máxima autoridad desde hacía dos décadas), sino porque era conocido que solo apoyaba casos justos y que su palabra era escuchada en la corte de Francisco José.

Los ancianos iban a visitarlo debido a la antigua estima que sentían por él. Eran numerosos, habían sido señores del condado en los tiempos anteriores a la revolución de 1848, cuando Péter Abády ejercía de gobernador en Alsó-Fehér. También le visitaban los antiguos soldados húngaros de la guerra de la Independencia, a quienes había salvado de la cárcel.

Tenía dos visitas regulares: una era la tía Lizinka, que pasaba con él dos semanas al año, el otro Mihály Gál —alias «Minya» Gál—, un viejo actor que se quedaba sólo durante tres días, ni más ni menos. El niño le tenía mucho cariño, cuando sabía que Gál estaba en casa de su abuelo, saltaba la tapia varias veces al día, y escuchaba largamente las conversaciones y las bromas de los dos viejos, las anécdotas de Gál sobre el teatro y sus recuerdos sobre su antigua amante, la famosa actriz Celestine Déry; los demás nombres no le resultaban conocidos.

El viejo Minya siempre llegaba a pie y se marchaba a pie. Nunca aceptaba el carruaje que le ofrecían. Se había acostumbrado a caminar cuando era actor ambulante, y tal vez lo hiciera por una austeridad soberbia, por testarudez o porque deambulando por los caminos se sentía como en los años de su juventud. Había sido compañero de estudios de Péter Abády en el liceo de Marosvásárhely, en la década de

1820. Estando allí internos, entablaron una amistad que duró más de setenta años y, a pesar de que normalmente se tuteaban, dejaban de hacerlo si estaban con terceros, aunque solo se tratara del nieto de Abády.

Bálint se acordaba ahora de que Gál era de estas tierras. Lo vio por última vez en el entierro de su abuelo en 1892 —hacía doce años—, cuando el viejo actor vino desde Marosvásárhely, donde tenía una pequeña casa. Al menos así lo había contado. Tal vez debería averiguar si aún vivía y, en ese caso, visitarlo. Aunque era poco probable que siguiera vivo, porque le faltarían cinco o seis años para cumplir los cien. No obstante, Bálint decidió averiguar, cuando regresara de Vársiklód, qué había sido del viejo actor.

El joven Abády iba ensimismado. Sus recuerdos volaban al ritmo del tintineo de los cascabeles de los caballos del simón, como si su sonido llegara desde la lejanía del pasado.

Le despertó la trápala de los caballos.

Dos faetones pasaron por su lado, uno detrás del otro.

El primero iba conducido por Péter Kendy, al que llamaban por su diminutivo vulgar, «Pityu». En el asiento de atrás iba uno de los jóvenes Alvinczy; a su lado, dos de las condesas Laczók: Anna e Idácska. Las reconoció tarde, cuando ya habían pasado. Claro, ¡ya eran unas adolescentes! La última vez que las vio en Kolozsvár eran dos niñas con coletas. ¡Cómo pasa el tiempo! Seguramente volvían de la competición, y siendo como eran las señoritas de Vársiklód, era obligado que estuvieran en casa cuando los invitados llegaran.

Ellos ni lo miraron. ¿Quién se iba a interesar por alguien que va en simón?

En el pescante del segundo faetón se encontraba Farkas, el mayor de los jóvenes Alvinczy; a su lado iba Liszka, la tercera hija de los Laczók, y cuando el carruaje pasó por su lado Bálint reconoció a su primo hermano László Gyerőffy, que iba sentado junto al cochero de librea.

Le gritó y él respondió haciendo una señal con la mano, pero el segundo faetón también pasó deprisa. Era evidente que los dos carruajes estaban compitiendo y se perseguían con furor para demostrar a las jóvenes lo atrevidos que eran. ¡Ahora, adelante! ¡Sigue delante de ellos! ¡No les dejes paso! Y los cocheros de librea se lo tomaban como si fuera cuestión de vida o muerte.

Bálint se alegró mucho de que László también fuera a Vársiklód. ¡Qué alegría volver a verlo! László había sido su único amigo en la infancia, ambos estudiaron en el liceo Theresianum y cursaron juntos los dos primeros años en la universidad de Kolozsvár, antes de que Gyerőffy se marchara a Budapest. Desde entonces se veían con menos frecuencia, a veces en Hungría, en casa de alguna tía de László Gyerőffy, cuando iban a cazar perdices o faisanes, y a veces cuando por casualidad se encontraban en Transilvania.

Sin embargo, su amistad no fue a menos porque el cariño que había nacido en los años de adolescencia era muy fuerte. Fue ese cariño lo que los unió más que la relación familiar, ya que la abuela de László Gyerőffy era la hermana mayor de Péter Abády. Además les unían hilos tal vez más sólidos, más profundos e inconscientes, por el hecho de haber tenido una infancia similar: László también era huérfano, más incluso que Bálint, pues Abády tenía a su madre y un hogar verdadero donde pasaba los veranos, en cambio László había perdido a sus padres siendo un niño pequeño, a los dos a la vez, una historia trágica que nunca se mencionaba en la familia. La madre, así lo contaban, no solo fue una mujer hermosa, sino que además tenía mucho talento y un alma de artista, hacía esculturas y pinturas con mucha gracia. László apenas tenía tres años cuando ella se escapó con alguien. Poco más tarde su padre fue encontrado muerto en el bosque; *lo mató* su propia escopeta. La familia insistió en que fue un accidente casual. Una historia oscura y misteriosa que dio una atmósfera sombría a la infancia del pequeño niño abandonado, que perdió su hogar. Primero lo llevaron a casa de su abuela, pero después de su muerte, László marchó al internado, y aunque durante los veranos lo acogieron sus tías hasta que se hizo mayor, no fue otra cosa que un invitado en casa de terceros; a veces en Transilvania, y sobre todo en el Transdanubio, en casa de las hermanas de su padre; siempre de aquí para allá. Ellas se casaron en Budapest, la mayor con el duque Kollonich, la menor con el conde Antal Szent-Györgyi.

Bálint se asomó por la ventanilla para ver el faetón que se alejaba rápidamente. A través de la polvareda solo vislumbró la figura de László haciéndole señales hasta que desapareció en la curva. Mientras seguía asomado vio llegar otro carruaje.

Una calesa.

En ella iban dos hombres.

A la derecha iba sentado el viejo Sándor Kendy.

Este Kendy tenía dos apodos. Cuando se dirigían a él, le decían «Vaivoda», refiriéndose a un famoso antepasado suyo que, igual que él, había sido un señor testarudo, violento, y que había acabado degollado por ello. A sus espaldas lo llamaban «el Boquituerto», sin mala idea, solo porque al hablar o al sonreír —de lo que casi nunca pecaba— torcía los labios. El defecto fue debido a un sablazo que apenas cubría el poblado bigote, y que incluso reforzaba su carácter duro, decidido y muy viril.

La mayoría de los Kendy tenían un apodo similar, a menudo burlón. Era necesario para distinguirlos porque eran muy numerosos. Aparte del Boquituerto había otros dos Sándor: uno llevaba el nombre de «el Movedizo» por su naturaleza inquieta, el otro fue bautizado por sus compañeros con el nombre de «Zindi» porque pensaban que se parecía a un viejo capitán de bandidos llamado Albano Zindi.

Al lado de Vaivoda iba sentado Ambrus Kendy.

Tenía unos diez años menos que el Boquituerto; era un pariente lejano, sin embargo, se parecían mucho. Era una característica de los Kendy: esta especie

prolífica tenía una fuerza hereditaria tan impresionante que eran reconocibles a primera vista a pesar de que algunas ramas de la familia habían sido separadas hacia varias generaciones. Todos eran morenos y tenían los ojos claros y las cejas muy pobladas, además todos tenían una nariz de aspecto guerrero, atacante, parecida al pico de un ave rapaz. El viejo Boquituerto tenía la nariz aguileña, Ambrus la tenía ganchuda como el halcón y los demás tenían toda la variedad de narices de aves de rapiña, desde el buitre hasta el cernícalo y el alcaudón. Otra característica común era que, siendo numerosos y viéndose obligados a dividir la fortuna familiar en partes cada vez más menudas, muchos en la generación anterior habían optado por pactar un buen matrimonio, teniendo más en cuenta la dote que la pinta de la novia. No obstante, a pesar de haberse casado con las mujeres más feas (cojas o jorobadas, rechonchas o esqueléticas, chatas o narigudas), todos lograron reproducir su fuerte raza con su perfil aguileño, su pelo moreno, sus ojos claros: sus hijos eran jóvenes guapos y muchachas atractivas.

Parecía que al árbol familiar le había sentado bien la poda sufrida hacía muchos siglos, cuando varios Kendy habían acabado en el patíbulo. El tronco incluso brotó con más fuerza.

El viejo Sándor y el joven Ambrus no solo se parecían en lo físico, sino también en sus modales. Los dos hablaban muy toscamente; para expresar desacuerdo, molestia o incluso contrariedad solo usaban palabrotas. Había sido el Boquituerto quien había empezado con esta costumbre en Transilvania, donde ni su generación ni las anteriores habían soltado jamás una palabra soez, ni siquiera cuando estaban muy enfadados. Los juramentos de los dos Kendy eran iguales, pero el método era diferente: el Vaivoda juraba en tono sombrío, despótico, con la mirada seria, temible; soltaba vulgaridades de modo conciso y tajante; no tenía seguidores, por supuesto, excepto Ambrus Kendy. No obstante, él solo imitaba el contenido, pero modificaba la forma según le convenía. Soltaba las palabrotas más horribles con amabilidad, no con el tono retador del Boquituerto, sino con una tosquedad natural, alegre, como si no pudiera hablar de otra manera, como si actuara con una sinceridad sin tapujos. Como si todo su ser dijera: «Es cierto que soy muy bruto, es cierto que hablo mal; pero es que yo soy así, un hombre sincero, inculto pero recto». Y esta impresión venía apoyada por la mirada bondadosa de sus ojos azul claro, sus labios gruesos siempre sonrientes, su voz honda, cálida, y un andar parsimonioso cuyos pesados pasos resonaban en el suelo. Todo el conjunto hacía que esta figura robusta fuera atractiva. Todos le tenían cariño y las mujeres iban detrás de él. No era de extrañar que cuando Bálint Abády llegó a la universidad, a finales de la década de 1890, los jóvenes ya tuvieran al «tío Ambrus» como jefe.

Todos lo imitaban. Los que se tenían por verdaderos hombres hablaban como él, soltaban tacos con gracia y decían vulgaridades; los que, por el contrario, hablaban con cortesía eran tomados por lechuguinos, afectados y enclenques.

Ambrus era el líder en todo: gran aficionado a la juerga, salía con frecuencia a

pesar de que llevaba casado mucho tiempo y era padre de tres hijos y cuatro hijas. Bebía mucho y a menudo, pero lo aguantaba bien, y cuando iba a Kolozsvár —pues solía pasar largas temporadas en la ciudad— todas las noches se iba de parranda con los gitanos: gran *trinkum*, gran borrachera y velada animada. Los jóvenes, por supuesto, iban con él.

Al reconocer al tío Ambrus, Bálint recordó con viveza cómo le había sorprendido la fiesta constante que entonces estaba de moda y a la que él también se había lanzado aunque no le apetecía realmente.

Si hubiera conocido a esa pandilla de eternos juerguistas siendo un poco mayor —apenas tenía dieciocho años— y no al salir inmediatamente del internado, tal vez habría podido resistir la corriente que los arrastró a él y a László Gyerőffy.

Pero fue incapaz de actuar de otra manera, más aún porque a ambos los trataron como a forasteros, advenedizos, y aunque los dos tenían parentesco con la mayoría, no intimaron demasiado con ellos; no confraternizaron como era lo habitual entre los que se educaban en Transilvania. Esa reserva, esa antipatía latente no era tangible, verbal, ni se materializaba en ningún acto reprochable; sin embargo existía, se notaba en mil detalles minúsculos de la convivencia cotidiana. Solo a veces alguien borracho soltaba algún comentario: «¡Claro que está acostumbrado a Viena!» o «¡En Hungría eso se hace de otra manera!». Pero eso era todo.

La recepción de László Gyerőffy fue más relajada. Su gran virtud era que sabía tocar bien el violín —había estudiado varios instrumentos durante los años de secundaria—, y en pocas semanas aprendió a tocar como los cíngaros, haciendo turnos con el primer violinista de la banda; en otras ocasiones tocaba el clarinete húngaro. La antipatía hacia él disminuyó algo, pero no desapareció.

En cuanto a Bálint, este rechazo encubierto no cambió nada. Quizá porque no podía nunca emborracharse de verdad, hasta quedar inconsciente. Por mucho que bebiera siempre sabía lo que decía, y lo que hacían él mismo y los demás. No podía librarse del crítico despiadado que llevaba dentro y que lo observaba despierto e irónico cuando bailaba al son del violín cingaro con la camisa abierta; cuando él cantaba o gritaba, este le decía: «Eres un hipócrita, ¿por qué haces el tonto?».

No obstante, siguió el mismo camino durante mucho tiempo. Quería formar parte del grupo, tenía la esperanza de que al final lo dejaran entrar y se olvidaran de que era un forastero; por eso intentaba beber mucho, irse de juerga con ellos, ser un gamberro y llegar al límite impuesto por el guardián que velaba por su alma.

Pretendía mezclarse con sus compañeros, que despreciaban a los enclenques que no bebían o lo hacían con moderación, que no se volvían locos bailando al son del violín, que no se sabían la letra de todas las coplas húngaras, que no tenían una canción cuya melodía les hiciera echarse sobre la mesa mostrando una gran tristeza o, como mínimo, tirar al suelo unos cuantos vasos, o mejor aún destrozar algunas sillas y espejos. Así actuaba el tío Ambrus, así actuaban todos; y el mejor compañero era el que hacia la madrugada, borracho y melancólico, se sentaba en el regazo del primer

violín o le daba un beso al violonchelista.

Los motivaba sobre todo la rivalidad: competir con los demás en ser más hombre es natural entre los jóvenes.

Al día siguiente la mayoría fanfarroneaba de sus gamberradas: «¡Menuda borrachera anoche!». Además se lo contaban a las señoritas, que parecían quedar muy impresionadas por tales hazañas; lo cual no era de extrañar: las chicas, empeñadas en gustar y cazar marido no los tomaban en serio, lo importante era que estos jóvenes se preocuparan por ellas y las trataran bien. Ellas lo asumían con benevolencia porque sabían que mostrando simpatía por tales heroicidades tendrían la suerte de escuchar muy a menudo las serenatas que los jóvenes ofrecían bajo sus ventanas con los gitanos.

Las madres no se escandalizaban. Sus maridos eran de la generación posterior a la revolución de 1848; hombres que siendo jóvenes nobles en los años del absolutismo no pudieron ejercer los cargos públicos que les habrían correspondido, y que, debido a la ociosidad, a menudo se habían dado a la bebida. Sin embargo, resultaron ser buenos esposos, y si alguno acabó destrozado por el alcohol fue porque su mujer le permitió vivir a rienda suelta. Las madres tenían otra razón para actuar con condescendencia: en Transilvania, a las fiestas con música gitana se invitaba a veces a las jóvenes de buena familia, y era más fácil que se produjeran peticiones de mano si el vino corría. Y si los hombres, en cambio, se emborrachaban solos, al menos no corrían peligro de que les engatusara una cualquiera. Así que, cuando la savia nueva se hallaba gastando su dinero en bebida y música gitana, las madres debían limitarse a especular, y consolarse pensando que al menos no andaban por ahí a riesgo de contraer alguna enfermedad desagradable.

Pensándolo ahora, con una distancia de cinco o seis años, lo comprendía todo con más claridad que durante su época de estudiante. Era cierto que las chicas sentían admiración, o al menos lo aparentaban, hacia los hombres que tenían fama de gamberros. Solo había conocido a una que fruncía las cejas, oscuras y rectas, y levantaba la barbilla cuando alguien intentaba pavonearse ante ella de semejantes tropelías.

Solo a una: Adrienne Milóth.

Era una chica con ideas extrañas, independientes. Diferente de las demás en la mayoría de las cosas: no bailaba *czarda*, su tonada favorita era un vals, apenas bebía champán y su mirada siempre reflejaba una seria atención, era amable e inteligente. Cómo había podido casarse con aquel malcarado de Pál Uzdy. «Qué pena que a las mujeres les gusten esos tipos con cara de demonio», pensó, y al recordarlo sintió el mismo disgusto que le invadió sin razón cuando, dos años atrás, se enteró del compromiso de Adrienne.

No eran celos. ¡Oh, no! ¡Desde luego que no!

Cuando le presentaron a Adrienne en la primavera de 1898, él ya cursaba cuarto en la Facultad de Derecho y tenía una aventura con la bonita señora Abonyi. Fue una relación apasionada. El primer *affaire* real de su vida. La persiguió durante meses y, después de pasar por etapas de celos torturadores seguidas de ráfagas de esperanza, ¡el cumplimiento glorioso! En aquella época sus nervios, sentidos y deseos amorosos estaban cautivados por completo.

Frecuentaba la casa de los Milóth pero no buscando amor. Nunca había hablado de ello con Adrienne, ni siquiera surgió ese tema. Entre ellos no había flirteos ni coqueteos. Nunca la deseó ni por un momento, aunque bailaran juntos largamente. A pesar de que estuvieran solos muchas veces, pasaron mucho tiempo juntos y se vieran casi todos los días, nunca pasó nada.

En su círculo no significaba nada que uno frecuentara la casa de una joven. Por un lado, en aquel entonces había mucha vida social en Kolozsvár; por otro, puesto que era una ciudad de provincias y dado su tamaño, uno se encontraba con los demás continuamente.

Las familias más acomodadas de Transilvania pasaban el invierno allí y por las tardes recibían visitas informales. Las damas mayores eran visitadas por un sinfín de nietos, parientes y conocidos, y las casas con hijas mayores por los *señoritos*. Solo había que esperar a que a uno le llegara una invitación para una comida o una cena. A la hora de la merienda llamaba más la atención que pasaran muchos días sin que alguien visitara una casa que el hecho de que se acudiera a alguna regularmente. Por ello, no se interpretaba como cortejo el que uno se presentara todos los días a tomar café con nata, que en aquel entonces estaba más de moda que el té inglés.

Generalmente, tres o cuatro chicas y cinco o seis chicos formaban un círculo, unidos por algún parentesco o por mera simpatía. Compartían partidos de tenis, meriendas, espectáculos teatrales o excursiones. Los grupos estaban unidos por la afinidad y el interés cordial mutuo.

¡Sí, afinidad! Había una gran afinidad entre Bálint y Adrienne Milóth, pero nada más.

La belleza de Adrienne sin duda influía, pero Bálint pensaba que ella le gustaba objetivamente, como una joya delicada o un medallón de bronce. Le gustaba su talle esbelto, aunque aún de niña, y su andar ligero pero firme le recordaba la figura de la *Diana cazadora*, el tesoro de la sala Fontainebleau del Louvre. Tenía las mismas proporciones, algo alargadas, la cabeza relativamente pequeña y una cintura flexible inclinada hacia atrás, como la diosa, pues en el cuadro está sacando una flecha de su carcaj. Tenía el mismo paso largo y suave. La misma tez de marfil finamente dorada. La cara, el cuello, los brazos, el escote del traje de noche brillaban con sutileza. Solo su cabello y sus ojos eran diferentes, porque aquella Diana era rubia y de ojos azules, mientras que Adrienne tenía el pelo castaño y ondulado, como si flotara en una tormenta eterna, y los ojos ámbar.



Era un placer mirarla y mantener con ella charlas interesantes. Tenía ideas originales, particularmente insólitas en una joven. Era, además, muy culta. En sus conversaciones, Bálint no se sentía obligado a evitar temas extraños, referencias históricas y literarias con las que las demás jóvenes se ofendían, pues pensaban que él las citaba con el único objetivo de presumir. Adrienne estaba al corriente de todo, hablaba perfectamente varios idiomas y le encantaba leer, aunque se rebelaba con odio furioso contra la literatura rosa que entonces les estaba destinada a las jovencitas. Se rebelaba porque en el instituto de Lausanne donde fue educada oyó hablar de Flaubert, Balzac, Ibsen y Tolstói, y sentía un deseo ferviente por conocer obras valiosas.

Hablaron fugazmente de todo ello por primera vez cuando cenaron juntos con ocasión del baile de puesta de largo de Adrienne. Desde entonces, él fue cada vez más a menudo a casa de los Milóth.

Fue en aquella época cuando Bálint leyó a Spencer. Le impresionó mucho *Principles of Sociology*, sobre todo el primer tomo, que hablaba sobre la creación de la idea de Dios y la espiritualidad en el hombre prehistórico.

Estaba tan imbuido de esta lectura que sin querer la comentó con la joven y le sorprendió la manera en que ella respondió a sus palabras. Cuando se quedaban solos, sus conversaciones partían de una sed insaciable de conocimientos. Naturalmente, no se ceñían a un solo tema, sino que tocaban varios, y saltaban de una cosa a otra con esa voluntad de indagar y entender tan propia del pensamiento juvenil. Bálint se acordaba de muchas cosas que le había contado su abuelo —sus afirmaciones sabias sobre los hombres y sus asuntos, su amplitud de miras al valorar el mundo—, cosas que solo ahora comenzaba a comprender y al margen de aquellas otras que el viejo le explicó sobre las ciencias naturales cuando él era un niño de doce o catorce años. El hecho de ser ahora él quien las explicara le halagaba, y le atraía poder hablar de ellas más profundamente con aquella joven siempre atenta y de respuesta afilada; como si su presencia y sus ojos de ámbar fijados en él estimularan su discurso.

Pasaban muchas, muchísimas tardes conversando, y las horas se les iban volando.

Aunque los días eran cada vez más largos, generalmente terminaban la conversación cuando comenzaba a anochecer. A veces les interrumpía algún invitado que se presentaba tarde, pero muchas veces las veladas concluían de otra manera. La voz escrupulosa, estricta, de la madre Milóth les llegaba desde la puerta de doble hoja siempre abierta.

—¿Por qué estáis a oscuras, «Addy»? Sabes que no me gusta. ¡Enciende la luz!

Adrienne se levantaba sin decir palabra. Se quedaba inmóvil un momento, como si le costara obedecer sin replicar, con la cabeza alta y la mirada perdida en la penumbra, y después, con pasos largos, iba hasta la lámpara de pie y la encendía. Antes de volver, se quedaba de nuevo un momento con las pupilas contraídas, clavadas en la luz.

Bálint no era capaz de recordar los sucesos por orden, no recordaba las palabras ni las frases, sino que le asaltaban las imágenes con todos sus detalles, de forma muy vívida y sin seguir ninguna lógica.

La visión no duró más que un momento.

Le alcanzó otro carruaje. Eran conocidos. Tenía que saludarles, pero desaparecieron de su vista como los reflejos que se borran de la superficie de un lago cuando la brisa suave acaricia el agua.

Cada vez le alcanzaban más y más carruajes, uno detrás de otro. Levantaban una polvareda blanca que se desvanecía lentamente, flotando sobre los campos del camino real.

Llevaban a Vársiklód a toda la compañía que venía de la competición.

Dos caballos overos gordos pasaron por su lado despacito tirando de una carroza abierta. El gobernador saludó a Abády cordialmente, y desapareció entre las nubes blanquecinas.

Por su derecha pasaron otros carruajes, pero a tanta velocidad que solo reconoció algunas caras en el breve momento entre su aparición y desaparición en la polvareda. Llegó Zoltán Alvinczy solo, encima de un tílburí tirado por una única caballería, seguido por dos carrozas señoriales en las que solo pudo reconocer a dos señoras: la viuda de Gyalakuthy con su hija Dodó. De golpe, dando unos restallidos terribles, apareció un coche de carrera americano de cuatro ruedas tirado por dos trotones negros rusos que pasó como una ráfaga de viento. Tihamér Abonyi iba en él. Conducía con mucha elegancia, con los codos hacia fuera y las manos cruzadas en el pecho; a su lado iba su mujer, Dinóra, bella y afectuosa, que se volvió para dirigir una sonrisa a Bálint. Entre los voluptuosos labios brillaban sus dientes blancos.

Apenas se posó el polvo apareció otro carruaje por la derecha. Lo arrastraban cuatro caballos bayos grandes y huesudos. No tenían prisa, iban al trote con paso uniforme, se notaba que estaban acostumbrados a interminables rutas, eran caballos de esas tierras, sabían cómo hacer largos recorridos entre estaciones. En cambio, los rusos de Abonyi eran capaces de correr diez kilómetros en veinte minutos con toda su furia, pero una vez se detenían no se los podía hacer avanzar ni a palos. Sin embargo, estos podían recorrer hasta cien kilómetros al día sin cambiar nunca su trote siempre uniforme, silencioso; iban con alegría.

Abády le tenía cariño a esta raza antigua de caballos transilvanos. Miraba el carruaje con ojos de experto, y solo se fijó en los pasajeros cuando la carroza alcanzó al caballo ladero del simón.

En los asientos delanteros iba un señor desconocido con Margit, la hija menor de los Milóth; en los traseros, dos mujeres, la que iba a la izquierda tenía que ser Judith, la mediana, aunque no le vio la cara porque a su derecha iba Adrienne, su hermana casada, que charlaba con ella. Tardó un rato en reconocerla porque su pelo, ese pelo suyo tan característico y que solía llevar siempre suelto, quedaba oculto por un velo que le cubría la cabeza a modo de turbante, y un guardapolvo gris le rodeaba los

hombros y el cuello. Su rostro parecía más estrecho debido a que llevaba el velo abrochado a la barbilla. Sin embargo, era ella sin duda, ¡su nariz delicada, casi recta, sus labios gruesos!

Ella también estaría en el baile de los Laczók.

Era natural que Adrienne acompañara a sus hermanas menores porque ya estaba casada, en lugar de que lo hiciera su sosa madre, quien ya había complicado bastante la presentación en sociedad de Addy.

Bálint calculó cuántos años tendrían ahora las hermanas de Adrienne, pues eran unas niñas cuando las vio por última vez. Judith apenas habría cumplido los diecisiete. Margit tendría unos dieciséis. ¿Y ya iban a bailes? Entonces se acordó de su cercano parentesco con la familia de Vársiklód: su madre y la condesa Laczók eran hermanas y pertenecían a los Kendy de Bozsva, de ahí que las adolescentes asistieran a la fiesta familiar.

Esa noche vería de nuevo a Adrienne Milóth. Pero el hecho no le produjo ninguna emoción ni alegría, ni tampoco aquel disgusto silencioso e irracional que le invadió al recordarla. Lo aceptó con indiferencia.

Y pronto le distrajeran los demás coches.

Le alcanzaron otra clase de carruajes. Los señoriales, de dos y cuatro caballos, ya habían pasado. Ahora venían carros de un solo caballo con los campesinos de los pueblos vecinos junto a sus mujeres, apretujados encima de la escala puesta a modo de asiento. Como habían bebido un poco cantaban a pleno pulmón, con alborozo, aunque la escala les fuese traqueteando bajo el culo. Conducían sin orden: unos venían por la derecha, otros por la izquierda, los demás serpenteaban en medio para no ser adelantados. Así hacían las carreras los labradores transilvanos que pretendían disfrutar de las diversiones nobles. Arreaban los caballos menudos, grises y tostados, dándole a las riendas para que corrieran más los malditos rocines.

Entre ellos iban algunos birlochos bajos manejados por mozos en los que viajaba gente de oficio: el notario, el pastor protestante o el pope ortodoxo; sin embargo, los campesinos no les cedían el paso. Por mucho que gritaran ellos seguían alegremente con su carrera.

La polvareda ya era insoportable, una niebla blanca flotaba por todos lados. No se veía ni a dos pasos.

Y de repente apareció un jinete. El «barón chiflado», así llamaba todo el mundo a Gáspár Kadacsay. Llevaba botas y pantalones de *jockey*, arriba el uniforme azul de los húsares húngaros en la cabeza el gorro rojo de los soldados rasos.

Aunque ese día había realizado ya cuatro carreras de obstáculos, no había tenido suficiente y se había lanzado a galope tendido hacia Vársiklód montando un poni rechoncho, roano. Avanzaba silencioso entre los carros dándole tirones a la brida cada vez que veía salir a uno de la densa polvareda. Así iba, entre frenazos y tirones, zigzagueando y esquivando a los demás.

Apenas desapareció entre la nube de polvo se oyeron unos fuertes chasquidos

desde detrás. Sonaban como tiros continuos de escopeta. Primero a lo lejos, pero se acercaban a una velocidad vertiginosa. Una voz aguda e imperativa chillaba en falsete superponiéndose al repiqueteo del carro:

—¡Arre! ¡Arre! ¡Dejadme paso, malditos!

Los campesinos, que hasta ahora no le habían hecho caso a nadie, se desviaron aprisa.

No pasó ni un minuto y al lado del landó de Bálint aparecieron las primeras bestias de un carro de cinco caballos. Tres iban arreados, con los orificios nasales abiertos y las bocas espumeando, seguidos por los otros dos, que iban detrás enganchados a la vara. Pasaron tan cerca que casi rozaron el caballo del simón.

Aquel carro de fresno, alargado, bajo y ancho, guarnecido con planchas de hierro, llevaba tal velocidad que las ruedas traseras apenas tocaban el suelo, tanta era la fuerza con la que tiraban los cinco caballos del pequeño carro.

«Jóska»<sup>[2]</sup> Kendy iba recto en el asiento de cuero, que se tambaleaba como un columpio suspendido de las correas. Iba rígidamente sentado, con las piernas abiertas, sujetando la pipa de loza entre los dientes. En la mano izquierda llevaba las riendas de los cinco caballos, tensas como el alambre, y con la derecha hacía silbar y chascar el látigo de cuatro puntas, dibujando círculos en el aire al girar el carro.

Enseguida tuvo paso libre porque era bien sabido que lo mejor era no tardar cuando el señorito Jóska alzaba la voz. Era capaz de engancharse a un palo trasero y hacerlos volcar o que perdieran las ruedas los carros menores. Era más sabio dejarlo pasar.

Le abrieron el camino y el tiro de cinco caballos desapareció.

Por fin por la izquierda, detrás de la polvareda, comenzaron a vislumbrarse los chopos italianos.

Era la entrada al palacio de los Laczók.

El simón entró en la alameda y de repente se perdió el repiqueteo de los carros que le habían seguido sin cesar en los últimos treinta minutos.

Solo se oían ahora los cascabeles y el crujido de la grava bajo las ruedas.

El castillo de los Laczók en Vársiklód era una construcción típicamente transilvana, que se alzaba en una colina baja por encima del camino real y del pueblo vecino.

La loma, de apenas diez metros de altura, de forma cuadrangular perfecta y alargada, tenía tres lados libres; el cuarto se apoyaba en un monte de pendientes suaves con viñedos.

Probablemente había sido un castro romano; pero después, en la Edad Media, un señor feudal había construido allí, en la frontera de los antiguos condados de Marosszék y Torda, una fortificación; quizá quería proteger a los siervos de los bandoleros transilvanos.

Sin embargo, sería una equivocación pensar que solo era un montón de piedras, eso que tantas veces había figurado en grabados franceses y alemanes. Seguramente había sido un castillito muy modesto: tenía cuatro torres en los ángulos conectadas por muros, detrás de estos se levantaba un edificio terrorífico con troneras y, en medio, la casa principal, cuadrada, de muros extremadamente gruesos y ventanas relativamente pequeñas.

Era cierto que no había servido de mucho contra los cañones de los sitiadores más astutos, pero ofreció buen resguardo contra los saqueadores tártaros y los bagaudas. En los tiempos más duros el gran cuadrado amurallado había cobijado al ganado.

Sirvió de refugio hasta mediados del siglo XVIII, cuando el propietario —el conde Ádám Laczók, vicescanciller de Transilvania, o *Statumpraeses* como rezaba su título — lo modificó; puesto que había viajado mucho por Viena, Múnich y Brandeburgo lo transformó según la moda de la época.

Para el edificio central construyó un tejado nuevo a tres aguas que partía desde los muros, muy empinado, hasta la cornisa y desde allí continuaba haciendo varias curvas hasta acabar en una especie de cúpula, a tan tremenda altura que el tejado parecía más grande que el propio edificio. Aunque no las amplió, puso alrededor de las ventanas relieves de flores y frutos, y adornó las esquinas con pilares de piedra. Sin duda, lo más hermoso fue el nuevo balcón añadido al vetusto castillo, que se apoyaba en bóvedas hermosas y columnas gruesas. La barandilla de piedra lucía los dibujos más fantásticos de estilo rococó, y de allí salían postes de hierro que sostenían el tejado del balcón, también a tres aguas y con la misma forma de cebolla que el principal, sin embargo, este no estaba cubierto por tablas de madera sino con cobre.

No se sabía por qué no siguieron la misma solución que en la planta baja. Ahora, la impresión que daba era la de que el enorme tejado flotaba en el aire, porque los postes de hierro casi no se veían. El estimado señor vicescanciller quiso construir el

balcón en estilo chinesco, tan apreciado y tan malinterpretado en aquellos tiempos; quizá pretendía imitar el Pagodenburg de Múnich, y seguramente hizo colgar cortinas entre los postes para que el balcón diera la impresión de ser una tienda oriental. Al mismo fin probablemente servían los bordes curvados del tejado de cobre y las fantásticas gárgolas que, arqueadas, sobresalían en las esquinas y cuyas gargantas de dragón eran capaces de lanzar agua hasta a diez pasos de distancia.

Pasaron los años y el siglo XIX trajo nuevos gustos y nuevas exigencias. El Laczók de entonces debió de ser también un gran constructor: siendo un hombre moderno hizo obras en estilo imperio. No tocó el edificio principal, pero le añadió una puerta a cada lado y edificó dos nuevas alas que llegaban, una por la izquierda y otra por la derecha, hasta los muros, y, desde allí, seguían en perpendicular pegadas a las murallas del castillo formando una U simétrica. En estas alas colocó la biblioteca y el invernáculo, y en la parte trasera, junto a los muros, construyó establos y una cocina en el mismo estilo, e hizo derribar la pared que tapaba la vista frente a la fachada principal. Eran tiempos de paz: ya no se necesitaba tener una fortaleza, no volverían jamás los turcos ni los tártaros, y él quería ver el camino real, porque a la gente de antes le gustaba contemplar la vida.

Esta era la imagen que ofrecía el castillo Laczók a los invitados que llegaban por la alameda, que no se alejaba mucho del camino real, sino que lo acompañaba casi en paralelo entre los robles viejos y gruesos que abrían sus brazos de exuberante follaje. Las carrozas subían por la corta pendiente junto al bastión trasero, entraban por el portal exterior y, después de cruzar el patio de los establos, pasaban por el interior — que se hallaba bajo el ala de una sola planta— y por fin paraban delante de las escaleras del pórtico.

Bálint llegó por el mismo camino. Allí le esperaban los criados: en el último peldaño estaba János Kádár, el doméstico, con su bigote cano, algo encorvado, vestido con una chaqueta larga adornada a la húngara; se notaba que ya estaba harto de tanto trajinar y preocuparse por la fiesta. Detrás de él, el muchacho de librea, contratado para la ocasión, y el mozo de casa, Ferkó, se apresuraron en coger el abrigo y las bolsas de Bálint.

—¿Podría lavarme un poco? —preguntó Abády al viejo criado.

—Por supuesto que sí, a su servicio —contestó, y le ordenó al mozo—: ¡Ferkó, lleva al señor conde a la habitación que hace esquina, y mira si hay agua y toallas limpias! —Pero pronto cambió de idea—. ¡No, no, mejor voy yo! —dijo, y cogiendo la bolsa de viaje, condujo al huésped a través del espacioso vestíbulo de bóvedas que se adentraba en la casa.

Entraron en el cuarto por una puerta lateral. Parecía que ya muchos se habían aseado allí; había varias toallas tiradas alrededor del palanganero, la jofaina estaba llena de agua usada. Pero el jarro estaba vacío.

—¡Vaya! —dijo Kádár y se marchó deprisa.

Desde allí pudo oír Bálint la reprimenda en el patio trasero:

—¡Anikó! ¡Máli! ¿Por dónde andáis? ¡Llevad agua y toallas limpias al cuarto de aseo! ¡Inmediatamente! ¿A nadie se le ha ocurrido vaciar la jofaina? ¿Es que todo me toca a mí? —Y se oyó un enorme portazo.

Al poco entró apresuradamente una criada joven descalza, con agua fresca y toallas en la mano; cogió la jofaina con un suspiro profundo y se marchó. Las plantas desnudas parecían palmotear la tarima de pino.

En el salón menor de la segunda planta las señoras mayores estaban reunidas con la anfitriona de la casa.

Allí estaba la tía Lizinka que, como era habitual en ella, permanecía acurrucada en una butaca, con las piernas encogidas bajo las faldas. A su lado se sentaban Adelma, la viuda de Gyalakuthy, y dos o tres madres más que habían ido a acompañar a sus hijas. Había algunas damas que solo querían felicitar a la señora Laczók por su onomástica y hacer la visita obligada, como la señora de Benő Péter Balog, la mujer del notario, la vieja vecina Bartókfáy y algunas otras. Los maridos, después de besarle la mano, habían bajado al jardín a reunirse con el anfitrión; las mujeres siguieron arriba, donde les habían servido la merienda. Las sobras del jamón casero, los bollos y pasteles, las jarras del café y la leche y un sinfín de vasos estaban todavía en la rinconera, porque los criados tenían faenas más importantes que la de llevárselos.

El pequeño salón se había llenado de invitadas; todas estaban sentadas frente a la anfitriona, asediándola, mientras ella descansaba en un canapé menudo pegado a la pared, junto a la entrada. El día de su santo siempre recibía a los invitados en esa habitación estrecha, en ese mismo diván, porque solo desde allí podía llevar la casa.

A veces se entreabría la puerta, y una criada o niñera asomaba la cabeza, susurraba algo al oído siempre alerta de la señora Laczók, recibía una orden casi inaudible pero exacta y desaparecía. La tertulia seguía su ritmo sin acusar la interrupción. Así transcurría toda la tarde.

Para la señora Laczók el día más duro del año era el de su santo. Siempre había muchos invitados que necesitaban atención; tenía que preparar comida y pasteles, vigilarlo todo, ser fiel y digna a la fama de su cocina, y eso acarreaba muchas preocupaciones. El año anterior, quién sabe cómo, cayó sal en el helado. ¡Sintió tal vergüenza que deseó que se la hubiese tragado la tierra! Dos años atrás, la lengua de ternera empezó a desprender mal olor en el último momento y tuvieron que ir a por otra corriendo a galope tendido a la ciudad...

Alice Laczók, su cuñada solterona, era tan tonta que no podía contar con ella.

Las hijas, mientras fueron pequeñas, no servían para nada, en cambio ahora, una vez adultas, podían ayudarla; trajinaban entre la cocina, la despensa y la fresquera; pero ese año, debido a esa tonta competición hípica, no habían podido echarle una mano porque habían estado fuera desde el mediodía.

Hasta ese momento había tenido que hacerlo todo ella sola, sin parar, hasta que habían llegado los primeros invitados. Desde ese momento se encontraba clavada al canapé y obligada a hacer cumplidos y contestar con cortesía mientras tenía la cabeza en mil detalles de la fiesta.

Esperaba con toda su alma poder liberarse; que los visitantes se despidieran y los invitados se marcharan a cambiarse.

Sin embargo, seguía sentada en el canapé con su amable sonrisa. Giraba su bello rostro, un poco regordete, a derecha e izquierda y decía con voz bondadosa: «¡Oh, querida amiga...! ¡Cuánta razón tiene...! ¡Eso es realmente muy interesante!», mientras pensaba en si habrían puesto el champán a refrescar en el momento oportuno, si no se habría cortado la nata, si habrían cerrado bien el pozo de hielo y si habría suficiente *gulash* para los cocheros. Mientras controlaba si su cuñada solterona, Alice, cuidaba de todos estos detalles, le pareció haber puesto demasiada responsabilidad en manos de una chiflada, y aunque estaba preocupadísima, no le quedaba más remedio que aguantarse hasta que sus hijas volvieran.

Afortunadamente, la tía Lizinka tomaba protagonismo. Contaba con voz aguda los pormenores de los chismes más recientes y las damas la escuchaban con atención. Nunca le discutían nada: las señoras no lo hacían porque temían su lengua viperina y las visitantes porque sabían cuánto poder ejercía en el condado de Maros-Torda, aunque fuera menuda y vieja. Fue ella quien dos años atrás había conseguido que saliera elegido el primer diputado campesino, el famoso tío Makkai, contra la voluntad de todo el condado solo porque en su distrito presentaron a un candidato que no le gustaba y eso la hizo enfadar. Se murmuraba que hasta los discursos políticos del transilvano habían sido escritos por la viuda de Sarmasághy.

El chisme más reciente de la tía Lizinka tenía que ver con su eterno adversario, Miklós Absolon, que era un personaje importante en las dos comarcas y que, a pesar de no salir casi nunca de su finca, tenía voz en el condado.

Absolon llevaba años viviendo con su ama de llaves. La tía Lizinka generalmente cotorreaba sobre ese terrible asunto y en aquel momento estaba diciendo algo muy feo, hablando mal de «aquel viejo burro» y de «esa mala mujer» que, según Lizinka, no era otra cosa que «una criada ordinaria, una cualquiera» que le ponía los cuernos a su amo con quien fuese.

—¡Yo lo sé a ciencia cierta! Lo sé, querida mía, porque es cierto.

Así iba pasando el tiempo en la planta de arriba, mientras Bálint Abády se lavaba con esmero.

Cuando salió al vestíbulo, se topó de nuevo con el viejo criado Kádár, que llevaba en la mano una bandeja enorme.

—¿Dónde puedo encontrar a la señora condesa? —preguntó.

—¡Ahora déjela estar! —contestó el viejo casi enfadado—. Está muy ocupada.



Vaya usted al jardín, allí están los señores.

Bálint salió de la casa.

A cien pasos del balcón central, cerca del foso del viejo castillo, había un tilo gigantesco, copudo, y a su sombra descansaba un grupo de señores.

Los invitados estaban sentados en círculo; no solo los que venían de la competición, sino también los que llegaban de Marosvásárhely o los alrededores a felicitar a la condesa.

Delante del tronco, en una mesa hecha con una muela, había jarras de cristal llenas de vino, botellas de agua mineral y un sinfín de vasos.

Justamente al pie del árbol estaba sentado el anfitrión; los visitantes, en bancos y sillas a su derecha e izquierda, aparecían involuntariamente agrupados según su tendencia política.

A la derecha del conde estaba Sándor Kendy, el Boquituerto, que en tiempos del primer ministro Kálmán Tisza fue gobernador durante una década y media; a su lado Péter Kis, el gobernador actual, seguido por el señor Soma Weissfeld, director de banco y consejero real. Fue Jenő Laczók quien le consiguió el cargo porque ya llevaban una década dirigiendo juntos la sociedad anónima fundada para explotar el patrimonio forestal indiviso de la familia Laczók. Al lado del banquero se hallaba Benő Péter Balog, el ambicioso notario y eterno candidato a las elecciones municipales; después el tío Ambrus, que por su naturaleza se inclinaba más hacia la oposición, pero aparentemente seguía al Boquituerto en todo; los dos jóvenes Alvinczy, Ádám y Zoltán, que a su vez seguían siempre a Ambrus; y al final, Jóska Kendy con la pipa de loza en la boca. Este último nunca hablaba de política, pero estaba muy interesado en endosarle al gobernador dos caballos desechados por viejos. Y aquí acababa la fila de los partidarios del poder. El siguiente era Zoltán Varju, un hombre de barba negra, peludo hasta los ojos, vecino de los Laczók y cabecilla de la oposición, un orador popular y peligroso. A la izquierda del conde se hallaban Ördüng, el vicegobernador —que generalmente se entendía muy bien con la oposición—, y su confidente, el juez Gaálffy; el viejo exdiputado Péter Bartókfáy, que lucía pantalones y botas húngaras; a su lado el doctor Zsigmond Boros, el distinguido abogado del condado y líder de la ciudad; en último lugar estaba sentado un joven con cara de niño, mofletudo y regordete, Isti Kamuthy, que abrigaba secretas ambiciones políticas y por eso le gustaba mezclarse con «gente seria».

Entre Varju y Kamuthy se encontraba sentado el viejo Dániel Kendy, que carecía por completo de ideas políticas, pero había escogido ese lugar porque quería estar cerca del vino, y no decía nada, solo bebía silenciosamente.

Alrededor de ese grupo se encontraban los jóvenes, algunos se habían animado a bailar y el resto no tenía un sitio para sentarse a la mesa pero se arremolinaba en torno a ella: como Tihamér Abonyi, que siendo del condado de Vas se había acomodado al lado de László Gyerőffy porque sabía que tenía parientes distinguidos en Hungría. Abády se alegró de ver a László, su querido pariente y compañero y citó

a Schiller: «*Unter Larven die einzig' fühlende Brust!*»<sup>[3]</sup>.

Apenas se acercó al árbol, el gobernador Péter Kis lo vio, se levantó de un salto y se apresuró a saludarle para que quedara claro que Bálint era de los suyos.

—¿Cuál es el señor conde? —preguntó Bálint, que había visto a la condesa en casa de los Milóth, pero nunca se había encontrado con su marido.

—Te lo voy a presentar, mi queridísimo amigo —dijo Péter Kis llevándose con un ligero abrazo.

Tuvieron que agachar un poco la cabeza para entrar bajo la copa del tilo a ver a Jenő Laczók, que estaba sentado al pie del árbol en un banco ancho de pino.

Era un hombre gordo y pesado, completamente calvo, solo le quedaba un mechón, una isla morena en el mar amarillo del cráneo liso como la porcelana. En la nuca tenía dos pliegues de grasa y bajo la barbilla una papada triple. En su cara pálida saltaban a la vista el bigote negro y las cejas que nacían rectas, en diagonal sobre los ojos casi desaparecidos entre los abultamientos de la cara, y que le daban una expresión de asombro permanente. No se apoyaba en el árbol ni en el respaldo del banco, más bien se mantenía derecho como un ídolo pues su busto se mantenía en equilibrio debido a su propio peso. Apoyaba uno de sus cortos pies en el suelo y mantenía el otro encogido, las manos descansaban en las rodillas. Al verlo, Bálint se acordó de las estatuas chinas hechas de talco que se vendían en los bazares orientales. El señor del castillo de Vársiklód parecía haber salido de un experimento de Mendel, se asemejaba a la reencarnación de un antepasado huno-transilvano.

—Permíteme presentarte al conde Bálint Abády, mi nuevo y querido diputado —dijo Péter Kis, y antes de soltar al joven, le estrechó el hombro con fuerza, como si con ello confirmara su amistad para siempre.

—¡Bienvenido, querido conde! ¡Bienvenido! —le saludó Laczók, y le ofreció su gruesa y corta mano, aunque se quedó inmóvil porque le costaba mucho levantarse o girar el cuerpo.

Después de estrecharle la mano, Bálint se presentó a los que no conocía y se sentó en el círculo exterior, al lado de László Gyerőffy.

—¿Por qué dices que es tu diputado, mi querido gobernador? —preguntó una voz provocadora. Era el vicegobernador Ördüng desde la otra punta de la mesa.

Ördüng no solo simpatizaba con la oposición, sino que estaba resentido con el gobernador y el gobierno porque él provenía de una antigua y distinguida familia de Maros-Torda, un verdadero Ördüng de Ördöglóna, mientras que Péter Kis no era otra cosa que un hijo de merceros al que habían traído de fuera, de la meseta de Gyergyó, solo para fastidiarle. Los vicegobernadores y los confidentes del gobierno central, que hoy estaban aquí y mañana quién sabe dónde, hacían generalmente pocas migas; en cambio el gobernador era elegido por el condado y podía mantener el título durante años si sabía tratar a su electorado con inteligencia.

—Lélbánya, si no me equivoco, está en mi condado —contestó el gobernador con modestia y cordialidad forzadas.

—¡El diputado es del pueblo, de los electores...! —exclamó Zoltán Varju interrumpiéndole.

—¡O de la ciudad, del condado! —añadió el viejo Bartókfáy.

El gobernador intentó salir del lío:

—Si lo llamo «mi querido diputado» es porque le tengo mucha estima.

—Eso suena a absolutismo puro. ¡Como si él hubiera sido nombrado por el gobierno! ¡Ya sabemos cómo son! —continuó Varju.

—¡Al fin y al cabo se presentó con el programa del 67<sup>[4]</sup>! —se defendió Péter Kis.

—Pero es independiente, lo que significa que no está de acuerdo con el proceder del gobierno y el partido de Tisza —argumentó Zoltán Varju, y dirigiéndose a Abády que estaba sentado justamente detrás de él, le preguntó—: ¿No es cierto, señor conde?

—Soy inexperto para juzgarlo —contestó Bálint rehuendo la pregunta.

Ahora fue el anfitrión quien les interrumpió:

—¡Enhorabuena, querido amigo! Dices bien. Verás, yo tampoco juzgo a nadie y por eso me llevo bien con todos los perros guardianes —y señalando a su derecha e izquierda añadió—: y con los lobos. El viejo Thaly<sup>[5]</sup> nos hizo hacer las paces. ¡Se acabó la maldición húngara! ¡Tenemos que abrazarnos todos!

Al pronunciar las últimas palabras Jenő Laczók abrió y cerró los brazos de un modo extraño, abrazándose a sí mismo varias veces mientras decía:

—¡A abrazarnos! ¡A abrazarnos, amigos! ¡A abrazarnos!

Soltó una carcajada burlona y cogió un vaso:

—Vamos a brindar por esta paz buena e inteligente. ¡Viva, viva, viva!

La alusión a la recién restablecida paz parlamentaria abrió camino a nuevas discusiones políticas.

Esa primavera había terminado en el Parlamento la apasionada discusión que empezara dos años antes sobre las propuestas para la defensa nacional. Las enrevesadas relaciones judiciales entre Hungría y Austria siempre habían brindado ocasión para que una u otra se sintiese agraviada. Los líderes del partido en el gobierno habían logrado reducir las objeciones a la integración de los ejércitos austriaco y húngaro —presentadas en los últimos meses solo por un grupo minoritario del Partido de la Revolución de 1848—, aunque aceptando algunas modificaciones a su proyecto inicial: nombramiento de algunos oficiales, voz de mando en húngaro o, como mínimo, una borla con los colores nacionales para las espadas de los oficiales. El público estaba enardecido gracias a las proclamas nacionalistas, y el gobierno se sentía impotente ante un grupo radical y secesionista, liderado por Gábor Ugron y Sámuel Barra, de unos veinte o veinticinco diputados. Estos abusaban de los puntos débiles del reglamento parlamentario y desbarataban

todos los procesos legislativos que podían con votaciones, discusiones personales y reuniones cerradas.

Para los observadores neutrales resultaba incomprensible la testarudez con la que esa minoría insignificante intentaba imponer su voluntad sobre la mayoría del Parlamento húngaro, sobre toda la Monarquía y, aún más, sobre el viejo Francisco José. Solo los que conocían la actitud legalista que desde hacía siglos los húngaros habían adoptado y que les había ayudado a actuar con éxito contra los Habsburgo, podían entender esa obstinación. Para los radicales, los logros nacionales de 1790 y 1867 se debían más bien a ese tipo de táctica que a las circunstancias históricas.

Por eso ese grupo radical pensaba con razón que la judicialización debía imponerse sobre el día a día del país, y cada vez que lograban paralizar el proceso de los presupuestos o la reforma del servicio militar creían que el gobierno se sentiría obligado a dimitir. Lo mismo creían los ciudadanos, porque esa era la mentalidad que se les había transmitido en la escuela, así como por la prensa y por la mayoría de los líderes políticos.

La paz parlamentaria fue restablecida en marzo, en parte debido al cansancio del grupo radical, en parte gracias a la mediación del viejo Kálmán Thaly y en parte porque István Tisza —el primer ministro— había amenazado con recurrir a la violencia si no se normalizaba la situación y, en cambio, si todo se tranquilizaba había prometido ciertas concesiones.

La mayoría recibió la paz con alegría. Pero hubo quienes, mientras permanecían tranquilamente en casa fumando su pipa, acusaron a Gábor Ugron y a Sámuel Barra de ser unos blandos y se creyeron más radicales que ellos.

El viejo Bartókfáy, sentado junto a la jarra de vino, era uno de estos que hacían política mientras fumaban su pipa.

—Si yo hubiese estado allí, el malvado de István Tisza no se habría salido con la suya tan fácilmente —dijo el viejo con su acento de Maros—. Le hubiera acusado de vulnerar las leyes.

—¡Vaya, pues lo que hizo no puede considerarse precisamente una vulneración! —contestó el gobernador.

—¿Cómo que no? Si recaudaron impuestos no aprobados —insistió Bartókfáy.

Les interrumpió el notario gubernamental:

—Pero señores, por favor, solo se trató de donaciones voluntarias, ¡nada de recaudación!

Pero el viejo radical insistía:

—Y sobre lo del ejército mejor no hablar; tal vez fuera necesario por los prusianos, pero el hecho de comenzar las negociaciones sobre los contratos comerciales internacionales es anticonstitucional, ¡lo es incluso según el Compromiso de ustedes!

—Bueno, había que negociar y era lícito; solo que no se podían cerrar los contratos —se defendió el gobernador—. Cerrarlos habría sido ilícito, claro que sí, totalmente ilícito, pienso yo, pero...

—¡Negociarlos es absurdo!

—¡Lo que usted dice sí que es absurdo! —respondió Péter Kis ahora más enojado.

En ese momento intervino el excelente abogado Zsigmond Boros, con su voz de barítono, melodiosa y profunda como un órgano:

—Por favor, mi querido gobernador, nuestro viejo amigo tiene razón y, si me lo permiten, les voy a aclarar este asunto —dijo acariciando su rojiza barba de chivo, y empezó a hablar con gran elocuencia demostrando su erudición.

La brillante exposición calmó los ánimos, y cuando el abogado hizo una pausa, Isti Kamuthy tomó la palabra. Ceceaba ligeramente, pero quiso intervenir:

—En *caza*, en *Bürgözd*, *penzaba* que era un burro, pero *penzaba* lo *mizmo* que *uzted*. ¡Ahora veo que no era tan tonto!

—¡*Estabaz* más en lo cierto en *Bürgözd*! —le soltó el Boquituerto, que hasta ahora había estado callado.

Estallaron en carcajadas. También Isti, aunque no entendía de qué se reían, quería participar de la alegría general.

Cuando dejaron de reír, viendo que el ambiente era más relajado, el señor Soma Weissfeld empezó de nuevo.

Bálint se levantó sin llamar la atención, tocó el hombro de László Gyerőffy y salió de debajo de la copa del tilo. Le molestaban la estrechez de ideas, la discusión estéril y dogmática, y el gobernador, que solo sabía dar excusas en forma de malabarismos jurídicos, como sus adversarios.

László le siguió.

Cruzaron lentamente el jardín interior. Comenzaba a anochecer. Entre el bastión que hacía esquina y el ala de la biblioteca se abría una puertecita en la muralla del castillo, y se dirigieron hacia ella.

Ninguno de los dos dijo nada hasta que no hubieron atravesado el antiguo patio del castillo; los amigos, que habían estado separados durante varios meses, necesitaban un espacio más íntimo para hablar.

Bálint seguía bajo el efecto de la disputa de aquellos petimetres a los que tanto rehuía. Al escuchar toda esa discusión vana había recordado involuntariamente sus experiencias en el extranjero: el trabajo diligente de los departamentos de asuntos exteriores para preparar el dichoso contrato comercial italiano; el desprecio apenas encubierto de los forasteros —sobre todo alemanes—, que se burlaban de la polémica húngara sobre la defensa nacional. Decían que al oponerse a tener un ejército unificado, los húngaros ponían en peligro la triple alianza, la autoridad de la

Monarquía y la seguridad de la región.

Para los extranjeros que no conocían el pasado húngaro, tal actitud era incomprensible, no entendían por qué los húngaros se mostraban tan hostiles al asunto de la defensa nacional. Esos comentarios le dolían mucho a Bálint, que abrigaba fervientes sentimientos nacionalistas.

Los pensamientos de László Gyerőffy iban por otro lado: la discusión del tilo no le había afectado en absoluto, de hecho, ni se había enterado de la conversación, estaba preocupado por otras cosas.

Desde que había visto de nuevo a sus parientes y conocidos transilvanos —tan lejanos en los últimos años— en la competición y después allí, en el castillo de Vársiklód, sentía otra vez que no pertenecía a nadie. Este sentimiento le acompañaba adonde fuera: sentía lo mismo en Budapest, en casa de sus otros parientes. Lo llevaba dentro como si la orfandad de su infancia siguiera viva en su alma adulta. No se encontraba en casa en ninguna parte, lo trataban siempre como a un forastero, como a un extraño que no fuera de los suyos.

¡Cómo anhelaba que le tuvieran cariño, no al pianista hábil que en cualquier momento era capaz de tocar un vals o un foxtrot, no al buen bailarín ni al fiable tirador o al jugador de tenis; no a sus virtudes, sino a él mismo! En casa de sus familiares de Hungría occidental, los Kollonich y Szent-Györgyi, los muchachos y las muchachas se alegraban cuando los visitaba, les gustaba que se quedase el mayor tiempo posible y siempre lamentaban su marcha. Sin embargo, tenía la sensación de que se debía a que era una buena compañía, no a él mismo; no apreciaban a la persona que era, sino lo que aparentaba ser. Tal vez solo Klára, que tenía su misma edad y con quien no le unían lazos de sangre porque había nacido del primer matrimonio de su tío Kollonich, veía algo más en él. Solo a ella le interesaba lo que él pensara y no simplemente lo que hiciera. Siendo niños siempre habían jugado juntos. ¡Sí, Klára era diferente!... ¿Y los muchachos? ¿Los hijos de su tía y los dos sobrinos Szent-Györgyi? No, para ellos él no era otra cosa que un amigo divertido y gracioso.

Por eso se alegró tanto al ver a Bálint Abády, por eso lo estrechó entre sus brazos con afecto cuando se sentó a su lado bajo el tilo. Desde hacía mucho tiempo era su único amigo verdadero. Solo con él podía discutir sus misteriosas inquietudes adolescentes, las ideas —a menudo cambiantes— sobre sus planes de vida, que poco a poco cobraban una forma sólida y que tanta importancia tenían para los jóvenes que iban a cumplir los veinte y estaban a punto de elegir una carrera. Solo a él podía confesarle su decisión cada vez más firme de ser músico.

Solo a él se atrevía a hablarle sobre sus sueños de futuro, sus ilusiones fantásticas, sus intenciones de componer grandes óperas, impresionantes sinfonías que seguramente conquistarían al mundo; y solo a él podía comentarle la tristeza que sentía porque Szaniszló Gyerőffy, un pariente lejano que la administración provincial le había impuesto como tutor, no quería ni oír hablar de una formación musical y le había obligado a estudiar Derecho. Le contó a Bálint la violenta escena que tuvieron

después de que él terminara el bachillerato y se rebelara contra la voluntad de Szaniszló Gyerőffy, y la dichosa frase:

—¡Mientras yo sea tu tutor legal no te permitiré hacer burradas semejantes! Cuando seas mayor de edad podrás hacer los disparates que te dé la gana.

László se dejó llevar por los recuerdos mientras entraban en la rosaeda. Apenas habían dado unos pasos entre los altos rosales cuando Bálint lo miró y como si contestara a sus pensamientos, le preguntó:

—Desde mayo eres mayor de edad. ¿Cuáles son tus planes ahora?

—Voy a matricularme en el conservatorio. En los próximos días vuelvo a Budapest.

—¿Y el examen final de Derecho?

László hizo un gesto y se echó a reír:

—Al diablo con el examen final. ¿Para qué me serviría? Voy a empezar a estudiar lo que deseo desde hace mucho tiempo. Solo he venido a Vársiklód para poner la finca a mi nombre. Lo del viejo Naranja es un asunto tan complicado que da asco. —«Naranja» era el mote que le había puesto a su tutor, Szaniszló Gyerőffy, por su peluca rubia, casi de color naranja.

—¿Por qué es tan complicado?

—¡Oh, Dios mío! El viejo dice que ha invertido en la finca mucho dinero suyo para mi bien. Y ahora me lo exige a mí, y yo no tengo dinero; solo deudas. Debería pagarlas de alguna manera —respondió László riendo.

—¿Deudas?

—Bah, no mucho. Mil, dos mil florines. Pero claro, son del usurero. Fue necesario. Es que yo no podía vivir de las mensualidades que me enviaba el excelente Naranja. ¡Imposible!

—No tardes en pagarlo. ¡No hay cosa peor en el mundo... que deber dinero! —le aconsejó Bálint.

—Lo haré, lo haré. Y no sería difícil si pudiera vender la madera de los neveros que me tocan a mí. Pero como bien sabes, comparto la propiedad del bosque con mi tío Szaniszló, yo solo tengo un tercio, y él está obstinado en montar una fábrica. Pero bien, dejemos aparte estos asuntos tan feos, ¡me alegro tanto de verte!

Agarró a Bálint afectuosamente por el brazo y comenzó a contarle cómo lo habían recibido los profesores de música, cómo habían juzgado su técnica, qué habían dicho de sus composiciones menores, de las cuales su amigo solo conocía las más antiguas. Habló de manera entusiasta.

Dieron varias vueltas por los senderos de la rosaeda.

Ya estaba casi oscuro, aunque el poniente hacía que el cielo brillara con luz escarlata. Por el otro lado salió la luna y disolvió las sombras ennegrecidas.

Cuando se acercaron a la entrada por tercera vez, vieron llegar a un grupo de gente. Vestían trajes de gala: las mujeres iban escotadas, las pecheras de los hombres parecían blancos de tiro. Aunque estaba a contraluz, Bálint reconoció desde lejos a

Adrienne Milóth, no por su cara, que estaba en sombras, sino por el andar, los pasos largos y el contorno de la cabeza, cuyo óvalo exacto se perdía en el marco del cabello ondulado, que dibujaba en el aire arabescos salvajes.

Estaba con sus hermanas y con dos jóvenes. La primera reacción de Bálint fue evitarlos, pero solo fue un momento, un reflejo irracional.

Adrienne se acercó tranquila, con pasos apenas más rápidos. Su boca ligeramente ancha pero de curvas preciosas esbozó una sonrisa, y le dio la mano con alegría.

—¡Qué bien que también usted haya venido, «Bá»! —así llamaban a Abády sus compañeros de Transilvania—. ¡Verá que me he convertido en una carabina y las acompaño por el mundo! —dijo mientras rodeaba los hombros de sus dos bellas hermanas, que eran un poco más bajas que ella.

Los jóvenes que iban con ellas se acercaron: uno era el menor de los Alvinczy, pero al otro no lo conocía. Los saludó dando un taconazo:

—Soy Egon Wickwitz —dijo con una reverencia.

Era el mismo señor que Bálint había visto en la carroza de los Milóth.

Mientras le estrechaba la mano lo miró para formarse rápidamente una opinión. Tenía constitución atlética —hombros fornidos y caderas estrechas—, su busto parecía un triángulo perfecto, destacando la ancha pechera que encajaba en el chaleco blanco. Llevaba frac, iba vestido con un detallismo rebuscado propio de los que no están acostumbrados a tales prendas. Eso no le gustó a Bálint, como tampoco su cara; aunque el barón Wickwitz era un hombre guapo, tenía la mirada melancólica, los ojos oscuros y el largo rostro bruscamente atravesado por el pelo sedoso y negro que crecía en su frente baja.

Intercambiaron un par de palabras corteses y volvieron por el paseo. Abády iba delante con Adrienne, detrás iban Margit Milóth con Alvinczy, y Judith con el barón de nombre alemán y con László Gyeróffy.

—¿Quién es este barón vikingo? —preguntó Bálint.

Adrienne rio:

—¿Usted también le llama así? ¿No se lo dijo nadie? Por supuesto que no, es un nombre muy obvio. Se lo dicen incluso a la cara —continuó más seria—. Parece que tiene buen carácter y lo aguanta.

—¿Y quién es el distinguido señor?

—Una persona bastante agradable —dijo ella—. Buen jinete, destaca en muchos deportes. Además, es primer teniente de los húsares de Brasso.

—¿Y por qué no lleva uniforme? —preguntó Bálint en tono reprobatorio.

—Ha cogido un largo permiso.

Dieron unos pasos en silencio. El enojo irracional que desde la boda de Adrienne le invadía cuando se encontraban volvió a apoderarse de él.

—¿Es este su nuevo flirteo? —preguntó casi con intención de ofenderla.

La mujer frunció las cejas. Pareció vacilar unos momentos, y se dirigió a él con una gran sonrisa:



—El mío, no; pero dicen que coquetea con la *flamme* de usted, con la bella Dinóra.

La réplica fue inesperada, más aún por el hecho de que Adrienne, siendo soltera, nunca había hecho alusión alguna a su pasión.

—Parece que habla el húngaro bastante bien —dijo Bálint para evitar el tema.

—Sí, su madre es húngara; debe de ser de alguna familia de Bihar.

—Tiene ojos de burro.

Adrienne soltó una leve risa:

—Al fin y al cabo, creo que el cerebro no le causa muchos problemas...

El agudo tintineo de la campanilla rompió el silencio. Llegaba desde el patio del castillo. «¡Tintintín! ¡Tintintín!», repetía la campanilla anunciando la cena.

Dieron la vuelta.

Bálint y László se fueron de prisa porque tenían que cambiarse y estar listos en media hora. Los demás volvieron paseando lentamente hacia la casa...

En la enorme sala de la primera planta, que dividía el edificio en dos, había una mesa de comedor gigantesca y, alrededor de ella, unos cuarenta invitados.

La condesa estaba sentada en el lado hacia el que se abría el balcón del tejado de cobre; el conde, más lejos, cerca de la puerta del patio exterior.

Los invitados habían sido sentados según edad y rango, con una sola excepción: el gobernador estaba a la derecha de la señora Laczók, en el primer asiento. A pesar de que el viejo Boquituerto era consejero privado y mucho mayor que él, le había tocado el asiento de la izquierda. No obstante, estaba bien así, puesto que el gobernador Péter Kis «no era de los nuestros»: el respeto exagerado resaltaba el hecho de que fuera un forastero.

El gobernador, naturalmente, no sospechaba la razón de tanta distinción y estaba muy agradecido por ser el único de los que se habían reunido bajo el tilo que había sido invitado a la cena del santo de Ida. Este hecho le halagaba, y decidió hacer un gran brindis para que esos aristócratas vieran lo mucho que sabía. Buscaba un modo ingenioso de rimar el nombre de pila de la condesa, Ida; de inventar un juego de palabras. Por eso estaba callado con la mirada clavada en el mantel.

A su derecha estaba la hermana solterona del conde —era igual que su hermano pero delgada—, después Jóska Kendy, que se había guardado la pipa de loza en el bolsillo, luego Idus Laczók y Abády.

Al lado del Boquituerto cenaba la bella Dinóra, y junto a ella se sentaban el tío Ambrus y Adrienne. Fue idea de la condesa colocar al tío Ambrus entre las dos mujeres para que se alegraran, porque según ella, el tío era un encanto.

A ambos lados de la mesa, la fila de jóvenes —muchachas y muchachos— se disponía de manera irregular, según les convenía; justo en medio, a la misma distancia de los dos asientos principales, habían sido reservados tres cubiertos: dos para los hijos adolescentes de Laczók y el tercero para su preceptor. En la otra punta de la mesa se sentaba el resto de los adultos; el conde se encontraba entre la tía Lizinka y la regordeta viuda de Gyalakuthy, la rica Adelma.

Parecía que ese extremo de la mesa estaba algo cojo porque a la tía Lizinka, tan menuda, se le veía la cabeza justo encima del plato, mientras que la viuda, que de pie era de estatura mediana, sentada le sacaba una cabeza a sus vecinos: Jenő Laczók y Tihamér Abonyi.

La condesa, siempre tan atenta, se dio cuenta del problema. Pensó que un criado se había equivocado y le dijo a su marido:

—Jenő, cámbiate la silla con Adelma. No sé por qué le han dado a ella una más alta que a los demás.

La viuda intentó declinar el favor:

—¡Yo estoy muy bien en esta silla! ¡Muy bien!

Pero la anfitriona no cedía:

—¡Eso no puede ser! ¡Cambiadla inmediatamente!

Tihamér Abonyi, el otro vecino de la viuda, se levantó de un salto y, muy servicial, le ofreció la suya, pues el anfitrión le había echado una mirada y se había quedado inmóvil a su lado.

Adelma se levantó con pocas ganas y cambiaron las sillas, pero cuando volvió a sentarse seguía sacándoles una cabeza a sus vecinos.

Se hizo un silencio incómodo, solo se oyeron las toses de la risa ahogada. Entonces la tía Lizinka rompió el silencio con su voz aguda y maliciosa.

—Adelma, mi vida, se diría que te sentaras donde te sentases siempre estarías como una reina en su trono.

Nadie pudo contenerse. Todos estallaron en risas, las carcajadas retumbaron en la sala. La hija de Adelma, Dodó, que era la viva imagen de su madre pero más joven, después de un breve instante de titubeo, se unió a la alegría; como su vecino, el barón Wickwitz, y la misma viuda de Gyalakuthy, que era una mujer con sentido del humor y poco vanidosa. Las carcajadas más ruidosas brotaban de los dos maleducados muchachos de Laczók, que se reían de tal manera que uno cayó de bruces sobre su plato y el otro, doblado de risa, desapareció debajo de la mesa.

Solo una persona mantenía la serenidad: el preceptor.

Con su chaqueta negra *Francisco José*, seguía entre los dos adolescentes que se carcajaban, rígido y con cara de palo.

Su seriedad impasible llamó la atención de Abády que, al observarlo, tuvo la sensación de haber visto ya alguna vez aquella cara dura. Entre los marcados pómulos destacaba la nariz chata y plana, los ojos negros algo achinados, de mirada penetrante. El rostro carnoso terminaba en un cráneo enorme, la bóveda resaltaba porque llevaba el pelo cortado al rape; se le notaban incluso los contornos grises de los huesos como en un modelo anatómico.

«¿Dónde habré visto yo esta cara?», se preguntó Bálint cuando la tormenta de risas se calmó, y se dirigió a su vecina, Idus Laczók:

—¿Quién es el preceptor de sus hermanos?

—Oh, mi padre solo lo ha cogido para el verano, para que los muchachos preparen las asignaturas que han suspendido. ¡Son unos pillos! Los dos suspendieron matemáticas. Se llama Andrés Jópál, se supone que es un buen matemático, pero no tiene diploma. —La joven esbozó una sonrisa y dijo en tono confidencial—: Verá, está un poco chiflado. ¡Imagínese que quiere inventar una máquina para volar!

Entonces Bálint se acordó: se habían encontrado durante sus años de estudio en Kolozsvár, cuando en el tercer curso de Derecho fue a un seminario en el que el profesor Martin daba clases de Matemática Avanzada. Allí había visto a este Andrés Jópál, que era el mejor alumno del curso. Habían intercambiado algunas palabras:

tenía ideas muy originales.

Los criados sirvieron el primer plato: el viejo János Kádár llevaba la fuente más pesada con dos lucios cocidos de mirada vidriosa; servía jadeante pero con los ojos ardientes, mientras hacía señales con la barbilla a los tres mozos prestados para la ocasión, que empezaban a servir desde la otra punta de la mesa. Detrás de cada uno iba una criada pisándoles los talones con la salsera en la mano; Ferkó, el mozo más joven, seguía los pasos de Kádár.

La anfitriona, que hasta ahora observaba el servicio sin pronunciar palabra, se dirigió a su vecino, el gobernador:

—¡Cómalo sin reparos que no tiene ni una espina! —dijo con orgullo.

Siempre hacía el mismo comentario si ofrecía lucio cocido a los invitados, y no perdía ocasión de conseguir tan apreciado pescado. Su mayor orgullo como cocinera era el secreto de cómo preparar ese pescado, de carne sabrosa pero extremadamente espinoso, de modo que se sirviera aparentemente intacto, con la piel y las aletas, pero sin una sola espina. Realmente era un enigma asombroso, porque la carne del lucio albergaba una gran cantidad de espinas, pero en aquel no había ni una, y eso tenía su mérito.

El gobernador se sorprendió como era obligado; las señoras mayores debatieron el tema con ganas y llegaron a la conclusión de que era un desafío imposible, lo cual puso muy contenta a la anfitriona.

Después de haber cambiado con gran traqueteo los platos del lucio, llegó el segundo, la estrella del festín transilvano: el pavo frío a la Richelieu. Dos aves con pechugas gigantescas que escondían delicias variadas, lo mejor entre los mejores bocados.

Los invitados se pusieron a comer con buen apetito, no les molestó que la banda de cíngaros acabara de entrar en la sala. Los gitanos avanzaron sigilosamente de puntillas, pegados a la pared, hasta la puerta del balcón. Al que llevaba el tímpano le costó más pasar entre la estufa y la fila de comensales, incluso tropezó con algunas sillas, pero al final llegó. El viejo Laji Pongrácz, el famoso primer violinista que en tiempos remotos tocó para el príncipe Rodolfo, empezó con la tonada «Ay, nomeolvides azul, ay, nomeolvides azul...» porque era la favorita de la condesa desde su juventud, cuando ella, como todas las muchachas, estaba enamorada de su autor, Gyurka Bánffy.

La señora Laczók levantó la mirada como si solo ahora se diera cuenta de la presencia de los gitanos, aunque en realidad vigilaba todos los detalles. Sonrió, y Laji le hizo una reverencia —la copla era su regalo— y tocó de maravilla. Cuando terminó, le dedicó una mirada burlona al anfitrión y, con una sonrisa pícara, empezó a tocar entonces su copla preferida: «Yo también he sido cochero de bellezas...».

Entonces, en mitad de la canción se levantó Péter Kis, el gobernador. Carraspeó

un poco y con el cuchillo hizo tintinear su vaso. La música paró en seco.

—¡Señor, señor, mi señor Sándor Kendy, me dirijo a usted!

El viejo Boquituerto murmuró algo parecido a «Que se dirija al...», pero lo dijo tan indeciso bajo el bigote torcido que nadie lo pudo entender. El gobernador empezó el brindis con una referencia a la mitología griega: el juicio de Paris, y con un giro ingenioso pasó del Monte de Ida al nombre de la anfitriona, comparó la guerra de Troya con la casa acogedora de los condes y, después de afirmar que la belleza de la homenajeadá superaba a la de las tres diosas, terminó llamando a dar vivas a los condes.

El cíngaro tocó un trémolo.

Después del vitoreo y el brindis general, cuando comenzó a bajar el ruido, se levantó Dániel Kendy dirigiendo hacia el gobernador su enorme nariz roja de bebedor. La gente tardó un poco en darse cuenta, pero entonces todos se alegraron porque Dániel era famoso por su humor malicioso y burlón.

—¡Venga! ¡Vamos! —gritaron desde todos los lados—. ¡Vamos a escuchar al tío Dániel! —dijeron preparándose para pasar un buen rato mientras él esperaba guiñando los negros ojillos con mirada burlona.

Y comenzó. Como ya estaba algo ebrio, tartamudeaba más de lo habitual:

—¡S... s... señor gobernador, u... us... usted es uuun e... embustero o... olímpico! —Eso fue todo lo que consiguió soltar además de un eructo y, como si hubiera acabado bien la faena, se bebió la copa de espumoso y volvió a sentarse con una sonrisa malévola que dividió su cara roja e hinchada en pequeñas morcillas.

Estalló la risa loca. Se oyó «¡Ay, ese loco de Dániel!» y hasta el gobernador sonreía con desgana. Pero lo más sabio fue la decisión de Laji Pongrácz que, después de un corto trémolo, empezó una *czarda* rápida que acabó de golpe con los brindis; su ritmo endiablado atrajo la atención de todos, hasta los vasos se pusieron a bailar.

La cena llegó a su final: después de servir el helado y las gigantescas tartas, y de acabar con la fruta, el dulce de membrillo y los licores servidos en minúsculas copas, los comensales se levantaron de la mesa y salieron del comedor.

Los señores mayores se reunieron en la sala de fumadores, donde les esperaba una excelente variedad de licores y aguardientes caseros. Las señoras mayores se retiraron al pequeño salón de la anfitriona, y los jóvenes salieron al espacioso balcón cubierto. Al mismo tiempo en la sala se desmontaba la mesa central, se apartaban las sillas y se hacía sitio para la pista de baile.

La conversación de las señoras no acababa de arrancar: comenzaron elogiando las excelencias culinarias de la cena, pero dado que solo disponían de una lámpara de petróleo —aunque había muchas en la casa, ahora estaban todas repartidas—, tras haber estado en el luminoso comedor, en el ensombrecido salón les empezó a invadir la modorra, que solo era interrumpida a veces por la llegada de otras señoras de la

vecindad que acudían con sus hijas, solo invitadas al baile. Les agobiaba, además, el saber que tenían que estar despiertas hasta la madrugada.

Únicamente la tía Lizinka conservaba su perspicacia habitual. Destilaba veneno con sus maliciosos chismes, historias que a menudo no terminaba porque entraba en el salón la protagonista de la historia, o bien su marido o sus hijos eran los aludidos. En estas ocasiones, la tía Lizinka, con voz almidonada, le hacía a la recién llegada preguntas que estaban relacionadas con las maldades que acababa de murmurar, y se alegraba si en la respuesta había señales que parecieran justificar sus habladurías.

La señora Laczók, después de saludar a las invitadas y ofrecerles café, salió de la habitación. No podía descansar ni un momento porque ahora le tocaba ocuparse del bufé nocturno. En su ausencia, la tía Lizinka pudo extenderse con otro tema.

—¡Oh, queridas! —comenzó—. ¡Qué lástima les tengo a mi apreciada Ida y a mi querido Jenő!

Y aprovechando la oportunidad, empezó a hablar sobre la «vergüenza de la familia»: Tamás Laczók, el hermano mayor de Jenő, un «impostor» que acababa de volver a Transilvania como ingeniero de ferrocarriles. Eso sí que había sido una sorpresa, porque Tamás Laczók hasta haber cumplido los cuarenta no había hecho nada de provecho, sino dedicarse a la buena vida. Tenía dos culpas capitales, una era que de joven tuvo un lío con unas deudas que de vez en cuando aún tenía que pagar; la otra era que tuvo varias concubinas gitanas, y por eso fue expulsado y desapareció del mapa. Durante seis o siete años no se supo nada de él. Estuvo en el extranjero, y de repente había vuelto como ingeniero y estaba por los alrededores dedicado a la construcción del ferrocarril a lo largo del río Küküllő.

—Y sigue con lo mismo, queridas, ¡vive con una putilla gitana que no tiene ni catorce años! ¡Y no me equivoco! ¡Qué espantoso! ¿Verdad? ¡La pobre Ida! Solo faltaba que acabase en un calabozo, puesto que hay leyes que lo condenan. ¡Qué vergüenza más terrible sería! Sin embargo, qué niño más bonito era —dijo, y señaló una acuarela en la pared que representaba a dos niños pequeños con su madre en miriñaque—. El de la derecha es el pequeño Jenő y el otro es ese impostor —explicó con voz chillona y mirada escandalizada.

En la sala de fumadores se mantenía una discusión animada y cordial. Jenő Laczók, sentado en el canapé de reps, encendió su pipa de tubo largo, mientras los demás se fumaban un puro. Volvieron a hablar de política, pero no con el tono apasionado y lleno de odio de esa tarde bajo del tilo, sino con mucho humor, distorsionando los hechos deliberadamente porque esta vez la conversación no iba sobre el partido nacional, que era cosa seria, sino sobre un asunto extranjero que para ellos no era más que puro teatro para divertirse: se trataba de la guerra entre Rusia y Japón, que entonces llegaba a su fase final. Naturalmente se dividieron en dos bandos, uno confiaba en la victoria rusa, el otro en la japonesa. No obstante, ninguno de ellos se

aferró demasiado a su opinión y no les importó desacreditarse a sí mismos por la gracia de un juego de palabras ingenioso.

Los nombres de generales y almirantes brindaban una excelente ocasión para hacer bromas. Los que estaban a favor de los rusos distorsionaban los nombres de los japoneses y viceversa, dándoles un sentido obsceno que, cuanto más vulgar, servía mejor de argumento.

La caótica discusión cambió de tono cuando Tihamér Abonyi, el marido de la bella Dinóra, pretendió hablar seriamente. Pensaba que por ser húngaro de Hungría, hijo de la madre patria, sabía más de política exterior que los de Transilvania. Habitualmente era una persona de pocas palabras, pero ahora, debido a la botella de espumoso y a las copitas de aguardiente, se le había inflamado el amor propio. Se sentó en el brazo de su butaca con las manos apoyadas en las rodillas, los codos hacia fuera, sacando pecho, y como si hubiera crecido su volumen, dijo con voz grave:

—¡Por favor, señores! ¡Silencio, por favor! ¡Escúchenme!

Todos callaron porque sabían que sería una oportunidad para tomarle el pelo, cosa que les encantaba a los transilvanos.

Y el distinguido Tihamér comenzó a dar explicaciones como si estuviera bien informado, y a decir: «considerando esto» y «dado lo otro», «si los rusos de esta manera, los ingleses de aquel modo» y «no se nos olviden los Estados Unidos» que «no son unos fulanos» y «además la triple alianza», «imaginémoslo...».

Los demás lo interrumpían continuamente: empezó uno con la segunda frase, le dio la vuelta y como si fuera una pelota se la tiró al siguiente, que le dio otra vuelta y se la pasó al tercero, que ya le torció el cuello y se la devolvió al pobre Abonyi. Este intentó corregirla; pero mientras seguía enredado en su explicación, los demás le tomaron otra vez la palabra y tergiversaron su exposición simulando entenderla en otro sentido.

Participaban todos, cada uno a su manera: el viejo Boquituerto solo soltaba algunas breves expresiones de rechazo, Jenő Laczók formulaba preguntas tontas con sarcasmo, el tío Ambrus, con su voz de barítono, charlaba sobre el tema como si hablara de problemas de reproducción. Estuvieron discutiendo un buen rato y Abonyi seguía perorando con los ojos desencajados, porque su sensación de que era más listo que todos aquellos campesinos era cada vez mayor. Al final dijo que la guerra no acabaría nunca por esto y por lo otro, pero el tío Ambrus le interrumpió exclamando: «¡Ya vendrá el emperador alemán con su gran...!». Abonyi, furioso, se levantó de un salto y, casi gritando, le dijo con estridencia: «Yo contigo, Ambrus, no voy a discutir porque tus argumentos no son políticos, ¡sino sexuales!». Se marchó profundamente ofendido. Al llegar a la puerta no consiguió dar con el pomo, finalmente chocó contra ella y salió entre un coro de carcajadas.

Los jóvenes se divertían en el balcón: algunos estaban sentados en la balaustrada o en

la cornisa, otros acomodados en las sillas que los criados habían sacado de la sala.

«Gazsi»<sup>[6]</sup> Kadacsay estaba contando la historia de su cabalgada hasta Vársiklód; debido al extraño efecto de sus cejas continuamente enarcadas parecía que mendigara comprensión. Todo empezó, dijo gangueando como era natural en él, porque quiso ir desde el hipódromo hasta el castillo a caballo, pero se le había acercado Jóska Kendy y le había dicho con la pipa en la boca: «¿Qué pretendes tú con este jamelgo? ¡Llegaré yo antes a Vársiklód en carruaje que tú con este rocín que solo sirve para hacer chorizo!». Gazsi sabía imitar tan bien la voz bronca del «señorito Jóska» que provocó la risa de su público.

—Y, tonto de mí, me aposté diez botellas de champán. ¡Qué burro soy!

Acordaron ir por el camino real, y salieron tarde porque el embustero de Jóska había dicho que ese recorrido estaría más despejado. ¿Y qué pasó? Gazsi alcanzó a los malditos carros campesinos, que iban por donde les daba la gana. Se salvó por un pelo de caer sobre alguno o de engancharse en sus ejes, la polvareda le cegaba. En cambio, al astuto de Jóska le dejaban paso, aunque incluso así este solo logró alcanzarlo a la entrada de la alameda, antes ni lo había intentado. Únicamente estando ya cerca de su meta, Jóska dio rienda suelta a su carro de cinco caballos y casi lo atropella.

—¡Quiso aplastarme, el maldito!

En la estrecha alameda Gazsi ya no pudo adelantarle porque solo había un carril.

—Así me has engañado, pícaro —le dijo con ojos tristes y media sonrisa a Jóska Kendy, que le escuchaba en silencio burlón.

Y para seguir fastidiando a su amigo, Kendy le dijo secamente:

—Ese caballo tuyo, Gazsi, no tiene patas, sino que es un saco de garrapatas.

La terrible ofensa dejó a Gazsi doblado. Se cogió la cabeza entre las manos como si le hubieran dado un golpe:

—¡Eso me ofende! ¡Un día te mataré! —dijo levantando el puño.

Solo simulaba enfado para seguir jugando. Jóska era su ídolo, y como sabía que no tenía posibilidades de superarlo como cochero, quería al menos ser un jinete digno de su amigo. No le dolía perder la apuesta, en realidad se alegraba porque todo su mundo se habría venido abajo si Jóska Kendy no hubiera cumplido lo que se había propuesto. Se alegraba además de poder contarle a todos haciendo el payaso.

De repente, las alegres risas se mezclaron con otras melodías, en la sala había comenzado la música. Laji tocaba un viejo vals transilvano. Empezó bajo, en clave de sol, tal vez por esta razón lo llamaban el *Vals voluminoso*.

El primer violín tocaba con cara radiante. A los demás miembros de la banda también se les veía contentos, se notaba que habían cenado abundantemente y que quizá unas cuantas botellas de vino se habían desviado hacia su mesa.

Farkas Alvinczy, que dirigía el baile, tomó a Idus Laczók y se fueron volando por el reluciente parqué. En unos momentos la sala se llenó de mujeres con trajes de vivos colores que giraban alrededor de sus parejas, unas con la cabeza alta, otras



ligeramente inclinadas hacia ellos.

Bailes, bailes y bailes. De toda clase: dos *quadrilles* franceses, dos *czardas* de una hora, varios valeses y una polca que no gustó a nadie.

Era ya la una y media cuando se abrió la puerta doble del gran salón y apareció la figura redonda de la condesa. Estaban tocando el último movimiento de un *lancier*, una danza Biedermeier que ya solo se bailaba en Transilvania. Esperó a que acabase, e hizo una señal a Farkas Alvinczy. El maestro de baile le dijo algo al violinista y la música cesó.

Los jóvenes entraron de golpe en el amplio salón donde les esperaba el bufé. Los gitanos se fueron a cenar de nuevo, por tercera vez. János Kádár y una criada cambiaron las velas de las lucernas venecianas, mientras los mozos y Ferkó se apresuraban a cepillar el parqué para quitar las manchas de estearina.

Alrededor de la mesa había mucho bullicio, el tintineo de los platos se mezclaba con la risa alegre de los jóvenes que saboreaban la comida fría preparada para ellos. Había mil delicias: fuentes de trucha y de urogallo, lomo de corzo de las montañas de Csík —donde se encontraban los neveros de los Laczók—, jamón casero, exquisitas liebres, paté de gallineta, cuya receta junto con la del lucio era uno de los secretos mejor guardados de la anfitriona. Solo a sus amigas más íntimas les daba un detalle: «sin dulce *tokaji*, querida, ni lo intentes».

Había tartas colosales, fruta en almíbar, pasteles y todo tipo de dulces, y naturalmente champán, más dos clases de vino. Este año, en una punta de la mesa habían colocado un samovar de cobre, y las muchachas Laczók servían té a los invitados. Era una novedad con la que querían seguir la moda anglófila.

Cuando acabaron con la comida y tomaron unas cuantas copas, se abrió la puerta del salón pequeño y la banda de gitanos entró. Los jóvenes se sentaron en los canapés a lo largo de la pared y Laji Pongrácz comenzó a tocar coplas.

Era el momento en el que el famoso Laji generalmente tocaba las canciones de las muchachas. Conocía la de cada una por haberlas interpretado para ellas en las serenatas invernales y, antes de empezar, lanzaba una mirada discreta pero de complicidad a la aludida.

Bálint buscó un sitio, pero todo el mundo se había sentado por parejas, todos los asientos estaban ocupados. Solo había una silla libre entre la entrada y Dodó Gyalakuthy.

—¿Usted se atreve a sentarse a mi lado, Abády? —le preguntó Dodó cuando Bálint se sentó.

—¿Por qué? ¿Tal vez le parece peligroso?

—¡Y mucho! Nadie se atreve a sentarse a mi lado porque soy lo que se llama «un buen partido». Todo el mundo me tiene miedo. Nadie quiere que le consideren pretendiente mío. ¡Así es! ¡Ya verá! —dijo esbozando una sonrisa en su cara redonda

pero atractiva, de ojos largos y curvados—. Es para que nadie pueda decir que son unos cazafortunas. Usted no lo sabe porque acaba de volver, pero yo lo tengo claro desde hace tiempo, unos dos años, desde que voy a fiestas. Verá como para bailar los *quadrilles* y los *cotillons* el maestro de baile tiene que buscarme pareja con lupa, o de lo contrario me tocará comer pavo; y si se fija verá que para bailar la *czarda* o el vals solo me sacan mozos tan jóvenes que por su edad no podrían ser acusados de albergar intenciones serias.

Dodó lo dijo con mucha gracia, y Bálint recordó ahora que casi no la había visto bailar por la sala; la mayor parte del tiempo había estado sentada junto a la pared. La miró con más detenimiento: era una chica muy guapa, tenía la nariz un poco chata, lo que le daba un aire inteligente, y en sus labios rojos por naturaleza siempre había una sonrisa alegre y bondadosa. El cuello blanco y los hombros rellenos bajo la sedosa piel le atraían como una fruta madura, apetecible, las manos preciosas, los pies menudos y bien formados. La encontraba realmente graciosa.

—Debe de haber alguna razón y debe ser esta; le he dado muchas vueltas, porque no bailo peor que las demás. Usted tampoco ha comprobado cómo bailo —le reprochó en tono burlón—. Además, nadie habla conmigo. Es así aunque usted no lo sepa. Las chicas no me hablan porque envidian mi dote, los chicos porque temen ser criticados. Usted es el único que puede sentarse a mi lado impunemente. Como futuro señor de Dénestornya está libre de sospechas —dijo con una risa irónica y continuó—: solo el «Vikingo» se ocupa de mí porque no es de Transilvania, es un oficial austriaco.

—He visto que cenaba con él —dijo Bálint para no seguir callado.

—Sí. Es el único que me corteja. A ver si al final me decido y me caso con él. La verdad es que no me gusta demasiado... ¿sabe? —Y con una confianza burlona se acercó a Abády como si le desvelara un gran secreto—: Es que no me gusta la gente tonta. Por lo demás es un hombre amable y muy apuesto, pero no se pueden intercambiar con él ni cinco palabras.

Bálint sin querer buscó a Egon Wickwitz con la mirada.

Estaba en el hueco de la ventana, a su lado había una mujer tapada en parte por la cortina. «¿No será Adrienne?», se inquietó Bálint. No era ella. La mujer bajó la cabeza...

Era la señora Abonyi, la bella Dinóra. Abády tenía la impresión de que estaban discutiendo. Ella tenía la mirada inusualmente seria, las finas cejas fruncidas y los labios —siempre sonrientes— mostraban una mueca de enfado.

László Gyerőffy se acercó a los músicos y cogió el violín, afinó las cuerdas y subió el arco.

La orquesta estaba expectante.

El público daba gritos de júbilo:

—¡Es László! ¡Estupendo! ¡Que toque!

Conocían las tonadas por las juergas de Kolozsvár.

Y Gyerőffy tocó, pero no coplas melancólicas y sentimentales como hasta ahora, sino canciones burlescas, duras, agitadas, como «Las tres hijas de Csicsó...», «Qué bien se está, Kati, en la cama caliente...» y otras semejantes.

No cantaba, pero de vez en cuando recitaba la letra en tono socarrón y rebelde.

Imitaba al famoso Loránt Fráter, pero no tan fielmente como los demás: la suya era una combinación entre el estilo de Fráter y una *diseuse* francesa.

El violín a veces chillaba como si le hicieran cosquillas, la cuerda de sol daba chasquidos, parecía estar terriblemente escandalizada; la melodía también se interrumpía, pero después de una breve pausa volvía a reír con una alegría desbordante.

Tocara lo que tocase tenía mucho éxito.

Los aplausos ardientes, los vítores y las risas encendieron a László. Quizá estaba un poco achispado y comenzó a buscar entonaciones cada vez más extrañas, trucos dignos de un músico excéntrico. Echó a correr con pasitos minúsculos y, saltando entre las sillas y dando giros, volvió hasta el cimbalista. Se agachó, y tocó sobre las rodillas o por encima de la cabeza, dio taconazos y saltos como una cabra, pero la melodía siempre volaba amplia y limpia, el ritmo se mantenía perfecto. Pongrácz observaba el destino de su querido violín con mirada preocupada.

Fue un espectáculo muy extraño; excelente para un teatro de variedades. Todos se rieron a carcajadas y lanzaron gritos de euforia.

A Bálint le molestaron estas payasadas y, como estaba cerca de él, le dijo en voz baja:

—¡Tócales algo tuyo!

Gyerőffy se paró en seco y se puso serio:

—Yo no tengo nada que valga para estos...

—¿Y el *Vals macabro*? —insinuó Bálint, aludiendo a una antigua y ligera composición de László.

—¡Sí! Sí, tal vez esta sirva... —contestó su primo y se dirigió a los cíngaros.

Les dio un par de acordes en sol menor.

Alzó la cabeza y se plantó delante del público. Los demás lo miraron con asombro: el payaso de golpe se convirtió en alguien desconocido.

En medio de su frente ancha y suave, coronada por un cabello moreno, denso y ondulado, apareció una arruga seria y profunda. Sus pómulos tártaros se endurecieron y su boca se torció en una mueca de dolor.

Se irguió en medio de sus espectadores, dando la impresión de ser un hombre elegante y sereno. Con los ojos contraídos bajo las cejas unidas, esperó unos momentos como si se encontrara en el escenario de un concierto de élite, y se puso a tocar.

Empezó con un sonido profundo y largo de cuatro compases acompañado por el contrapunto de los gitanos, y arrancó con un inusual vals. Era una melodía larga, no el habitual compás de dieciséis. La música, dolorosa, interrumpida por modulaciones

inesperadas, avanzaba amargamente entre séptimos. Los cíngaros perdieron el hilo, el primer violín bajó la cabeza, no le agradaba esa clase de música.

László seguía tocando aunque la orquesta, asustada, le siguió solo a medias y terminó él solo.

Apenas calló el violín Farkas Alvinczy les gritó a los gitanos:

—¡Vamos!

Hizo señal para que la música volviera a la sala. Al cabo de unos segundos volvió a sonar el nuevo vals vienés de *La viuda alegre*.

Se dispersaron todos, y algunas parejas se pusieron a bailar.

Gyerőffy se quedó inmóvil en medio del salón. Dodó se le acercó:

—Ha sido preciosa la pieza que ha tocado. Estos no lo entienden, pero yo sí... y me ha gustado mucho..., ha sido interesante... y moderna.

Miró al joven con sus ojos brillantes de corzo.

László hizo un gesto de resignación:

—Ha sido una tontería intentarlo.

Sin embargo, se alegró de esa única muestra de simpatía y comenzó a explicar a Dodó lo difícil que era acompañar los nuevos acordes.

La señora Abonyi salió del hueco de la ventana, Wickwitz apareció detrás de ella y se marchó rápidamente hacia la sala de baile. La mujer se alegró de ver a Abády.

—Baile conmigo —le mandó y se estrechó contra sus hombros.

Volaron sobre el parqué y ella le susurró «mi pequeño», así llamaba a Bálint en aquellos tiempos. Lo dijo con esa voz acariciadora que tan bien conocía Abády. Él le estrechó la mano recordando los viejos tiempos, pero su mirada seguía fría y distante.

—Oh, yo no quiero nada —continuó la mujer tranquilizándole—, simplemente me alegro de verle... mi pequeño.

Siguieron girando al compás del vals sin decir nada. Bálint abrazó un poco más fuerte el cuerpo grácil tan conocido, que se estrechaba contra él afectuosamente. Bailaron así un buen rato. Súbitamente, Dinóra se paró en un rincón alejado donde no había nadie, sus ojos brillaban con gratitud:

—Bálint, venga a verme a Marosszilvás cualquier día que se encuentre en Dénestornya. No se le ha olvidado el camino, ¿verdad? —dijo coqueteando—. Necesito su consejo. Es algo serio. Algo muy serio. Y sé que usted sigue siendo mi amigo.

—¿Algo serio? Entonces iré a verla.

—Oh, es muy serio —contestó Dinóra gravemente. Pero pronto se dejó llevar por su carácter alegre, en sus labios voluptuosos brotó una sonrisa y le hizo una caricia relámpago en la cara. Se rio de su propia audacia, se despidió con un «hasta pronto» y se fue con la cabeza bien alta, como una dama de verdad. Al instante, otro bailarín la cogió y se marchó volando entre sus brazos.

Bálint se acordó de los comentarios de Dodó. La buscó: estaba de nuevo sentada sola. La sacó a bailar; era cierto que bailaba muy bien, pues a pesar de que Bálint

llevó el ritmo al *links-links*, es decir, girando hacia la izquierda a lo largo de toda la sala, según un nuevo paso aprendido en Viena, ella supo seguirlo con la atención del alumno aplicado que prevé la intención del maestro. Bailaron el vals largamente; «el maestro» quiso de ese modo demostrar su satisfacción.

Por fin la dejó, porque en la sala hacía calor: las ventanas estaban cerradas porque con la menor brisa las velas derramaban estearina sobre el parqué. Pensó tomar el fresco en el balcón y salió.

La belleza inesperada del claro de luna lo sorprendió como un grito súbito. Dejó atrás el vapor amarillo de la sala y entró en el mundo azul de las hadas, que había inundado todo el horizonte con su mágico decorado eliminando distancias lejanas y cercanas, bultos y huecos, alturas y profundidades; representando en el mismo plano todo el universo, la sombra y la luz, las formas fundidas de la copa del tilo y, a su lado, el borde de las tejas que brillaban en el techo de la pequeña torre. Las hojas inmóviles y a la vez temblorosas de los chopos que crecían bajo los muros y las hojas argénteas que se esparcían por el cielo nocturno, todo parecía seguir las ondas de la colina cercana, como los prados que se abrazaban (desde allí le llegaba el murmullo de los arroyos) y formaban un solo cuadro, un tapiz gigantesco, tejido de hilos laberínticos de plata y cobalto, de acero y violeta, mientras la niebla del valle borraba la línea marfileña del camino real, adornada con las manchas pálidas de las flores de la rosaleda.

La luz de la luna relucía en la balaustrada; Bálint siguió la resplandeciente línea y vio una sombra en un rincón: era Adrienne Milóth.

Su figura esbelta de contornos nítidos y negros se dibujaba al contraluz de la luna. Entre los reflejos cegadores, la cara, el cuello y los brazos desnudos apenas eran más claros que el traje de seda verde.

Estaba inmóvil y su mirada se perdía en la lejanía. No estaba apoyada en la balaustrada, sino que permanecía en la misma postura en la que la recordaba Bálint, erguida delante de la lámpara, con la cabeza levantada y los brazos cruzados detrás de sí. Su inmovilidad parecía esconder la misma rebeldía reprimida que entonces.

Tal vez debido al recuerdo o a la magia de la noche, Bálint no quiso rehuir su compañía, sino que se le acercó con pasos silenciosos y se quedó a su lado con los codos apoyados en la barandilla, sin decir nada.

Adrienne tampoco dijo nada, pero acto seguido apoyó los codos a su lado. Había algo de acuerdo en este gesto lento, algo que expresaba la admisión, incluso la alegría de estar juntos, que no molestaba; es más, que le hacía sentirse bien. Expresaba incluso un anhelo de compenetración, comprensión, simpatía mutua...

Sin embargo, todo era una vaga impresión que brotaba del gesto confidencial de la mujer, del hecho de haber apoyado el peso de su cuerpo en los brazos. Y Bálint pensó que parecía una pantera negra y delgada que se acercaba con movimiento

uniforme, flexible y silencioso, sin haber perdido el ritmo acompasado de su cuerpo que ahora descansaba en armonía.

Los ojos amarillos perdidos en la lejanía...

Siguieron en silencio.

La música, que apenas les llegaba, no perturbaba la paz infinita de la noche, incluso daba la sensación de que le otorgaba más profundidad. De vez en cuando se oían perros ladrar, nada más. Apoyados juntos en la barandilla no hablaron durante un buen rato.

Bálint tuvo la necesidad cada vez más apremiante de decir algo, de interrumpir el silencio indiferente, el mutismo de Adrienne, que seguramente escondía alguna pena, alguna desilusión que esperaba consuelo.

—¡Qué noche más hermosa, más tranquila! —dijo casi susurrando las palabras, temiendo que si hablaba demasiado alto se rompiera el hechizo.

La respuesta de la mujer llegó casi inaudible:

—Sí, es hermosa. Sin embargo, todo es mentira...

—¿Por qué lo dice?

Adrienne no le miró, le contestó con voz entrecortada:

—Porque lo es. Todo lo hermoso es mentira, todo lo que uno se imagina, todo en lo que uno cree, todo lo que uno hace porque cree en ello; porque cree que puede servir... ser útil... ayudar. Es el gran cebo, el cebo de la vida. Y somos tan tontos que nos lo tragamos y, ¡zas!, la trampa se cierra.

Soltó una risa casi imperceptible, pero tenía la mirada seria. Cambió de tema:

—¿Y usted, Bá, qué hará en casa? ¿Cuáles son sus planes?

Bálint no respondió, sino que retomó la conversación cortada:

—No, yo no lo creo, no es cierto que todo lo bello sea mentira en la vida. ¡No! Al contrario, creo que es el único valor eterno e inmortal en el mundo. La belleza de la intención y de la acción. Es lo que se puede y se debe perseguir. Las demás tesis éticas cojean, pero esta es la única que permanece intacta contra cualquier argumento porque no es posible encerrarla en razonamientos secos y en la cárcel de los dogmas. ¿Recuerda? Una vez hablamos de esto.

—Claro que lo recuerdo. Cómo no... Tal vez, entonces, creía en ello...

Bálint quería preguntarle por qué ahora ya no; pero intuyó que la mujer se cerraría en banda si él se acercaba al dolor escondido que latía en sus frases.

Durante unos minutos miraron en silencio el paisaje iluminado por la luna.

—Palabras bonitas. A una le dicen tantas palabras bonitas —continuó Adrienne en voz baja—. Le dicen tantas cosas sobre la misión, la vocación.

Entrecerró los ojos como si quisiera buscar la manera de envolver lo que necesitaba expresar empujada por la emoción, pero que instintivamente quería esconder al mismo tiempo. Recurrió a una parábola:

—Mire qué preciosa está la colina de enfrente. Sus formas suaves, blandas, misteriosas. Es confusa y hermosa. No sabemos bien si está hecha de neblina, de

vaho o de sueños... o si es pura belleza, como usted dice. Uno piensa con razón que podría sumergirse, unirse, desaparecer en ella como en la niebla. Es lo que pensamos desde aquí y ahora, porque es de noche. Obra de la luna, de la luna engañosa... Aquella colina es un monte duro. No es una roca heroica, es solo barro amarillo vulgar, de pendientes fuertes, secas, llenas de matojos espinosos. Y de día veremos el rebaño paciendo por allí. Qué útil, ¿verdad? Y todo lo que mañana podremos decir de esa colina es que es buen pasto para tantas ovejas y corderos. ¡Como ve, estoy hecha un agrónomo!

Río con falsa alegría, burlándose de sí misma.

Bálint contestó casi susurrando, aunque notó que su voz se había vuelto más cálida:

—Es posible que solo tenga una utilidad agrícola. Es posible que mañana no sea otra cosa que un prado vulgar donde las ovejas, meneando sus grandes ubres, den balidos todo el santo día. Sin embargo, hoy no lo es; ahora no lo es. ¡Y hoy no me importa si existirá el mañana, ni lo sé, ni me importa! El hoy es un lugar precioso y su belleza, que nos llena los ojos, será nuestra para siempre. No nos la quitará nada ni nadie. La encerraremos en la torre de los recuerdos a la que nadie tiene acceso, y dormiré allí como la Bella Durmiente, pero sabremos despertarla en cualquier momento; solo usted y yo, los que la vimos y la sentimos.

—Los recuerdos vienen aunque no los llamemos. Y vienen los que no son tan... tan bellos... —dijo Adrienne.

—Solo cuenta lo que nosotros sentimos. Eso es lo que nos puede causar dolor o alegría, lo externo no cuenta, es ajeno a nosotros. Nos juzgará nuestra conciencia, nos juzgará en secreto y sin posibilidad de apelar.

—Tal vez... —dijo Adrienne ensimismada.

Apoyó la barbilla en las manos, su mirada se perdió en la lejanía y volvió a entrecerrar los ojos como si temiese decir algo prohibido.

Bálint esperó. Esperó a que ella dijera algo. Esperó para acercarse un poco más a las profundidades de su alma.

No la miró para no perturbarla, sus ojos se perdieron en el jardín del patio interior.

A la derecha, el ala y los muros del castillo dibujaban una sombra púrpura tan nítida como si la hubieran trazado con regla. Todo brillaba con una claridad azul, la grava del patio centelleaba, cada guijarro despedía destellos de luz; parecían estar cubiertos de escarcha o de copos de nieve. El césped alrededor del macizo reflejaba líneas luminosas de color añil; se veía cada tallo de la hierba por separado, solo las flores de cañacoro parecían más oscuras; los pétalos carmesíes eran casi negros, y sus hojas, una mancha de tinta que se disolvía en el resplandor lechoso de la luna.

Dejó vagar su mirada por el jardín hasta el ala derecha del castillo, donde los ventanales dibujaban listas amarillas entre los pilares grises del muro. Siguió hacia la torre, que parecía carecer de volumen, cuando de repente, sentada en las escaleras del bastión, vio a una figura humana. Lo reconoció inmediatamente, a pesar de que no

llevaba la chaqueta negra, sino otra de lino: era András Jópál.

El joven matemático estaba acurrucado en un peldaño con las rodillas encogidas, encorvado; aunque no parecía atraído por la belleza del paisaje nocturno, tenía la mirada fija en la luna... En medio de la hermosura de la noche, que parecía no importarle en absoluto, daba la sensación de ser todavía más extraño, más solitario que hacía unas horas en el bullicio alegre de la cena. Al verlo, Bálint decidió bajar más tarde y volver a hablar con él.

Miró de nuevo a la mujer, que seguía apoyada en la barandilla, envuelta en un profundo silencio. Parecía ir a decir algo.

El chal de seda se había deslizado por sus hombros, que seguían siendo delgados, y dejaba ver la clavícula, el largo aunque enjuto cuello y la estilizada barbilla de estatua griega. Tenía el mismo aspecto que cuando era una muchacha, no había cambiado nada. Sus curvas no se habían llenado como era natural en las mujeres casadas y madres, y no la cubría el esmalte que brilla en las mujeres que han cumplido su misión femenina. «El pimpollo no se ha convertido en rosa», pensó Bálint, que se había sorprendido cuando supo que había tenido una hija que ahora tendría dos años. En el contraste entre su aspecto adolescente y la maternidad se escondía la misma amargura casi imperceptible que latía en sus palabras.

Adrienne volvió a subirse el chal: quizá notó en la piel la mirada de Bálint. Se tapó con un gesto infantil, tímido, y después de cubrirse los brazos volvió a apoyarse en la balaustrada y le dijo:

—Me gusta escuchar cómo habla, Bá. ¡Hay tanto optimismo en todo lo que dice! Y es bueno. A veces es bueno. A veces es necesario. Cuénteme más cosas...

Bálint sintió de nuevo, tal vez con más fuerza, que su capacidad de elocuencia aumentaba, como en aquellos tiempos en los que charlaban largas horas en la habitación de ella. Hablaba en voz baja como antes, pero desde más adentro, su voz procedía más del interior, tenía la sensación que no era él quien hablaba, sino alguien desconocido.

Adrienne lo escuchaba con atención; solo le interrumpía de vez en cuando para hacerle algunas preguntas breves.

—Sí. Es posible. ¿Lo dice en serio? Quizá...

Sin embargo, sus ojos de ónice amarillo no se perdían en la lejanía sino que estaban clavados en él.

Bálint habría continuado hablando hasta la eternidad, pero alguien abrió la puerta de la sala de baile de golpe, y les invadió el ritmo vertiginoso de una *galoppade* y de los bailarines que salían en larga fila.

Primero salió Farkas Alvinczy, que guiaba el baile, arrastrando a su pareja casi doblada. Corrían abrazados, dando empujones como los demás de la *farandoula* que giraban por el balcón. Los señores de negros fracs y las muchachas de coloridos trajes daban vueltas como locos a lo largo de la barandilla y después volvían a la sala. Sus pasos resonaban en las baldosas.



Los pies del último bailarín, el joven Kamuthy, ya casi ni tocaban el suelo, iba volando detrás de los demás. Chocó con la balaustrada, tropezó con las columnas, pretendía coger la mano de Adrienne, pero ella retrocedió, y el joven se marchó arrastrado por el resto. Antes de que se lo tragara la boca de la sala, chocó dos veces más contra la barandilla y se enganchó en la jamba de la puerta.

La invasión rompió el hechizo que había hecho que Adrienne y Bálint se olvidasen del tiempo y el espacio. Volvieron a la sala de baile, donde se les acercó un señor que sacó a bailar a Adrienne. Se fueron girando por el parque.

Bálint se quedó un rato más recostado contra la pared. Necesitaba unos minutos para volver a la realidad desde el mundo mágico de la conversación. Se acordó de la figura de Jópál al pie de la torre. Sí, bajaría a verlo, sería mejor charlar, no tenía ganas de volver a bailar.

Bajó las escaleras, llegó al vestíbulo y siguió por la escalinata de la terraza hasta el jardín bañado por el claro de luna. Dio unos pasos hasta el bastión, pero no encontró a nadie. Se quedó inmóvil, escuchando si se oían pisadas. Esperó un rato más, tal vez Jópál apareciera en la oscuridad, pero todo estaba quieto.

Por oriente se veía la franja clara de la inminente aurora.

Volvió por el sendero junto al muro. Llegó al ala derecha del castillo, a través de las ventanas veía la luz temblorosa de las lámparas. En la larga sala de la biblioteca había dos mesas de tapete verde. En la más pequeña estaba el Boquituerto, más molesto que nunca, jugando al tarot a la luz de cuatro velas con Tihamér Abonyi, el anfitrión y el gobernador. No hablaban mucho; solo Abonyi intentaba explicar de vez en cuando cómo se jugaba al pequeño tarot en el Casino Nacional. Allí había aprendido que «lo más inteligente en estos casos era...», pero nadie le prestaba atención, los otros tres solo contestaban con monosílabos para que dejara de hacerse el listo.

La otra mesa era más bulliciosa. El tío Ambrus había reclutado gente para los juegos de azar con naipes húngaros. Los había invitado dándoles palmadas en los hombros y animando a cada uno según convenía: «¿No querrás leerte la Biblia húngara, amigo?», le dijo a uno; «No puede uno pasarse toda la noche escondido entre faldas», había incitado a otro; «¡Al buen húngaro le gusta el juego húngaro, no el vals austriaco!»; o simplemente había susurrado a los oídos: «En la biblioteca hay vino más fuerte». Así los había reclutado; seguía siendo el líder de los jóvenes y hacerle compañía era la misión más noble. Además, ya sabían que al tío Ambrus le gustaba pasar algunas horas del baile jugando a los naipes.

Sin embargo, no se imaginaban la razón: no pensaban que el tío Ambrus estaba mayor, que sus piernas no aguantaban toda la noche y que prefería descansar un rato en la mesa de juego. Había también otro motivo, y es que generalmente ganaba a costa de los principiantes un dinerito que no le venía nada mal.

A la mesa del tío Ambrus, que tenía otra al lado con los vasos y las botellas de cuello largo, estaban sentados los dos jóvenes Alvinczy —Ádám y Zoltán—, István Kendy y Gazsi Kadacsay. En realidad todos eran parientes suyos, porque la madre de Ambrus era Alvinczy, prima hermana de István, y Kadacsay era hijo de su cuñado. Pero ello no suponía un obstáculo para desplumarlos un poco, o mucho si tenía suerte.

Era un jugador astuto: nunca se sabía si preparaba algo. Con un solo as en la mano hacía tonterías; sin embargo, con las mejores cartas se quedaba al acecho. A veces simulaba agobio, otras animaba a los jóvenes gritando —que fueran con él o no, no le importaba—. Se quejaba con extravagancia y profería terribles juramentos. A veces les tomaba el pelo diciendo: «¡No tires esa carta, hijo, porque te desplumaré!», y estallaba en carcajadas. Lo hacía con la actitud bonachona del tío mayor, y los jóvenes casi se alegraban de perder contra él.

Cuando Bálint entró en la biblioteca el tío Ambrus tomó la palabra:

—¡Ay, ay, ay, Dios mío! ¿Qué será de mí? Ahora me van a matar estos dos jóvenes Alvinczy.

Se recostó y se llevó las manos a la cabeza reiteradamente; dio dos puñetazos en la mesa y, como si pidiera ayuda, se giró hacia el buen Dániel Kendy, que estaba sentado a su lado en silencio y totalmente borracho, y simulando locura y desesperación puso un fajo de billetes en la banca.

—Si se pierde, que se pierda. Cuatrocientos más. ¡Pero ni se os ocurra devolvérmelos!

Uno de los Alvinczy tiró las cartas, el otro dudó un segundo y se rindió.

—¿Qué? ¿No te tomas la revancha? ¿Y por qué no, mamarracho? Te juro que hubiera pasado. Claro que sí. Porque no aguanto si me asustan. Pero vamos a ver, ¿qué cartas tengo en la mano?

Puso los naipes sobre la mesa; tenía más puntos que el resto. Fingió sorpresa por haberse llevado todo el dinero, aunque sabía perfectamente qué bazas llevaban los demás.

—Ji, ji, ji —reía—. ¡Qué suerte de locos! —dijo y, echándose sobre la mesa, estiró las dos garras peludas para alcanzar todo el dinero, con un gesto casi de lástima.

Bálint se había parado a su lado para ver el juego; sintió asco. Asco de aquella comedia, asco de sus compañeros borrachos, que disfrutaban siendo perversos por su ídolo. Ahora se acordaba de la universidad, de aquellos dos años en los que también él había ido en pos del tío Ambrus; y aunque nunca jugó a los naipes con él, lo había imitado en su manera de hablar, beber y salir de juerga. Incluso acumuló algunas deudas, y solo pudo librarse de aquella panda de juerguistas empedernidos cerrándose en banda y mostrando indiferencia por lo que opinaran los demás. Necesitó mucha fuerza de voluntad; si su madre no hubiera llorado tan amargamente cuando le confesó lo de las deudas —unos dos mil florines— tal vez habría

sucumbido de nuevo, y ahora estaría jugando con ellos.

Se quedó allí mirando un buen rato, recordando su juventud, y no se dio cuenta de que había amanecido.

Las lámparas y las velas perdieron su luz y la larga biblioteca se iluminó de repente.

Se veían ahora las columnas torneadas de las estanterías, columnas griegas de cerezo amarillo que mantenían un sinfín de libros desde el suelo hasta el techo. Libros de encuadernación antigua. No estaban muy ordenados, pero todos tenían los lomos dorados. Tal vez una parte había sido coleccionada por el vicescanciller, sobre todo los gruesos tomos de la *Compilata* y el *Tripartitum*, los libros de derecho con encuadernación apergaminada, la *Encyclopédie* francesa entera y las obras completas de Voltaire; sin embargo, la mayoría de los libros tenían que ser de la época de su nieto, que fue quien hizo construir las alas en estilo imperio. Bálint llegó a estas conclusiones cuando se acercó a las estanterías, ya que había muchas obras únicas sobre la arquitectura de aquel entonces. Vio libros de gran tamaño: las obras completas de Palladio, cuya nueva edición había dado pie al movimiento neoclásico; la ornamentación de Percier y Fontaine, y la colección de las convocatorias de las primeras décadas del siglo XIX de la École de Rome.

«Cuánta vida cultural hubo entonces en Transilvania», pensó Bálint queriendo seguir hacia la columna siguiente, cuando alguien se plantó delante de él. Era el viejo Dániel Kendy. Tambaleándose, echó mano a un par de libros. En sus ojos vidriosos se reflejaba algo insólito: no burla ni sarcasmo, sino nostalgia.

—*Mon p... p... prince!* ¡Mi príncipe! —tartamudeó con acento impecable—. *Dieses sind w... wunderbare w... Werke!* ¡Qué obras más extraordinarias! *Quite wonderful... oh, yes!* ¡Oh, sí, qué maravilloso!

Y acarició los lomos reforzados. Tal vez en medio de la biblioteca se despertó en él el recuerdo de su pasado, cuando era un joven prometedor y le esperaba un gran futuro, cuando viajaba al extranjero y visitaba los círculos de la élite, antes de arruinarse y convertirse en un dipsómano. Volvió a estirar la mano hacia el tomo más brillante, como si quisiera agarrar los recuerdos perdidos del pasado, la visión de una carrera destrozada que se había esfumado. Este gesto fue su perdición: de repente sufrió un colapso.

Cayó al suelo rígido como una marioneta cuando le cortan los hilos.

Quedó sentado en el parqué con las piernas abiertas y acto seguido comenzó a vomitar, sin espasmos, sin arcadas. Arrojava el vino a chorros abundantes a intervalos de medio minuto, como una pistola de agua. Afortunadamente, a Bálint solo le manchó los zapatos de charol cuando el vómito formó pequeños arroyos que corrían por todo el suelo.

De un salto, todos se levantaron de las mesas y se apresuraron a ayudar al viejo Dániel. Solo el Boquituerto permaneció en su sitio:

—¡El viejo puerco! ¡El viejo puerco! —gritaba enojado, tiró los naipes a la mesa

y salió al jardín.

Los jugadores rieron. Estaban acostumbrados a tales espectáculos. István Kendy y el barón Gazsi levantaron al viejo por la espalda —por delante no podían por los restos de vómito—, y arrastraron al gran muñeco de madera hasta el sofá. Consiguieron acostarlo, y lo dejaron allí, porque nadie podía aguantar el olor ácido y penetrante que invadía la sala.

Fuera, bañadas en el primer resplandor de la mañana, había algunas carrozas esperando delante de la entrada. Ya se oía el quiquiriquí de los gallos del pueblo: el baile había llegado a su fin.

Las madres bajaban las escaleras de la terraza con pasos apresurados y acompañadas por sus hijas, que iban envueltas en capas de seda para que no se les vieran las caras sudadas con los primeros rayos de sol, y entraban en la oscuridad de las capotas con un gesto exhausto. Algunos jóvenes iban detrás de ellas para volver a estrechar o besar la mano de su nuevo flirteo.

El viejo criado de la casa, Kádár, bregaba sin descanso, daba gritos llamando al carruaje de turno y abría las puertas afanosamente con la mano izquierda mientras, como si fuera por casualidad, dejaba la palma derecha abierta esperando la propina.

Bálint encontró a László Gyerőffy en el vestíbulo y quedaron en volver juntos al hotel. Mandaron a dos mozos a su habitación a recoger las bolsas y todo lo demás.

Cuando salieron a la entrada, ya estaba casi llena de mujeres esperando. Adrienne no estaba con ellas. Por un momento Bálint pensó subir al piso y despedirse de ella, pero después cambió de opinión. ¿De que servirían unas palabras banales en esa mañana tan sobria? Se abrió camino entre el grupo de señoras que temblaban de frío mientras intentaban encontrar su simón. Abády y László notaron que de repente todas retrocedían, y se oyó a alguien gritar con lengua trapajosa:

—*Ah, m... m... mesdames et mmm... m... messieurs! ¡Damas y caballeros! Il v... vostro umilissimo servitore! ¡Su humilde servidor! Ge... ge... gehorsamster Diener! ¡Su humilde servidor!*

Era el viejo Dániel, que había logrado ponerse en pie y arrastrarse hasta la terraza. Estaba allí, abrazado a una columna, todo desastrado, la pechera bañada en vómito, la barba enmarañada y pegajosa; hacía grandes reverencias y señales con el brazo como un semáforo. Un par de señores se lanzaron hacia él, lo cogieron por el brazo y se lo llevaron. Las señoras fingían no darse cuenta de nada y volvieron a la tarea de montar en los carruajes.

Tras el portazo los coches salían al trote. Marchaban hacia el portal interior y cruzaban luego el patio exterior, donde las mozas del pueblo, los palafreneros y los criados, que habían bailado toda la noche, les hacían ahora el paseo a ambos lados del camino. De vez en cuando saltaba alguna moza de la fila, aparentemente sin razón, cruzaba el camino chillando delante de los caballos que iban a galope y se echaba a

reír por no haber sido atropellada.

Las carrozas de los invitados desaparecieron en el resplandor de la mañana.

Bálint y László solo pudieron dormir unas horas en el hotel: el sol se colaba a través de las harapientas cortinas dándoles en la cara. Todavía no habían dado las once cuando se levantaron. La criada, al comprender que no aceptarían de ella otra cosa que agua caliente, se fue disgustada y tardó tanto que las campanas ya daban las doce cuando estuvieron listos.

Bálint quería averiguar si el amigo de su abuelo, el viejo actor Minya Gál seguía vivo, y László le acompañó. Les costó mucho enterarse de que todavía vivía en un barrio remoto de la ciudad.

Siguieron el campaneo de la iglesia protestante para llegar a la casa del cura a primera hora de la tarde.

—Lo conozco muy bien, señores, aunque lo veo solo cuatro o cinco veces al año porque solo viene a las comuniones. Ha venido últimamente a la fiesta del Pan Nuevo. ¿Dónde vive? No lo sé pero debe de ser por allí, debajo de los viñedos, porque siempre llega desde arriba —dijo el campanero.

Por la zona había muchas casas recién construidas y entre ellas se escondían algunas chozas campesinas. Una lucía el letrero: «Izsák Schwarcz: sastrería inglesa de damas y caballeros», y más abajo otro rezaba «Zurcidos artísticos».

—Vamos a preguntar aquí —dijo László—. Estos judíos conocen a todo el mundo.

Llamaron a la puerta.

El sastre de damas y caballeros era un hombre enano de barba canosa. Llevaba unos pantalones tan rotos que difícilmente le habrían servido como ejemplo de su arte.

—¿El señor Gál? —preguntó—. Claro que lo conozco. Es la tercera casa después de la curva. —Y los acompañó servicialmente.

Los jóvenes se despidieron de él y entraron en la finca.

Era una casa encalada con zaguán, con el tejado de tablones. En la fachada se abrían tres ventanas que daban a la calle por el lado del pequeño jardín. A la izquierda estaban los establos de las reses y la pocilga; detrás del estercolero se alzaban un par de manzanos viejos con las ramas inclinadas por el peso de la fruta. En el patio encontraron a una niña descalza que cortaba calabaza para los puercos.

—¿El señor Gál está en casa? —le preguntó Bálint.

—¿Por qué lo busca?

—Queremos visitarle.

La niña les echó una mirada recelosa:

—Tal vez desean venderle algo.

—¡Qué va! Queremos visitarle nada más —dijo Bálint, y para disipar las

sospechas se presentó enumerando todos sus títulos.

La niña no pareció impresionada, permaneció acucillada con su faena; solo les hizo una señal con la barbilla.

—Estará por allí —dijo, y volvió a darle a la calabaza, que comenzó a llorar de nuevo bajó los hachazos.

Detrás de los frutales había una huerta y en la pendiente un viñedo, a cuyo pie estaba Minya Gál limpiando un reguero.

Sacaba el fango depositado a paladas: su robusto cuerpo apenas parecía más encorvado que en el entierro de Péter Abády, a pesar de que debían de haber pasado diez años y el viejo actor tendría ahora noventa y muchos. El bigote largo y tupido aún no estaba del todo blanco, sino que tenía un color gris azulado y lo llevaba untado con la misma pomada marrón.

Trabajaba vestido con pantalones húngaros estrechos, grises y gastados, llevaba botas y estaba en mangas de camisa. Bajo la piel venosa de sus brazos huesudos y enjutos se notaban los tendones, y en su fuerte espalda se tensaba la camisa de gasa hasta casi romperse.

László Gyerőffy se quedó detrás; Bálint se acercó al viejo y esperó a que se diera cuenta de su presencia. Entonces le dijo:

—¡Tío Minya! ¿No sabe quién soy? Bálint Abády, de Dénestornya.

El anciano lo examinó con sus ojos miopes: vaciló un momento buscando entre los viejos recuerdos y enseguida reconoció al nieto de su amigo.

—¡Es el pequeño «Bálintka»! ¡Vaya, si se ha hecho un hombre! —dijo, y de un golpe clavó la pala en la tierra. Se limpió las enormes manos en los pantalones y cogió al joven por los hombros—. ¡Qué alegría que hayas venido a ver a este viejo! Vamos adentro.

Bálint le presentó a su primo y se dirigieron a la casa. El viejo iba muy erguido, con pasos seguros, y antes de entrar le dijo a la niña:

—Julis, querida, trae aguardiente para los señores y tres copitas.

—Ya voy, tío Minya —contestó la niña, y entró en la cocina.

—Es la bisnieta de mi hermana —explicó Minya, y les indicó que entraran.

El cuarto, que se encontraba al final del zaguán, era espacioso y fresco, sus tres ventanas daban al jardincito. Las paredes estaban encaladas y había pocos muebles. Junto a la ventana había una butaca deslucida con funda de hule y un banco largo, tradicional, adornado con tulipanes; más adelante dos sillas y una mesa de pino, y encima de esta una lámpara de petróleo. En un rincón había una estantería con libros, entre sus veinte o treinta tomos destartados saltaba a la vista el lomo negro de una Biblia. Pegada a la otra pared había una cama sencilla con una pila de cojines bordados. Las paredes estaban vacías, solo al pie de la cama colgaba un violín ennegrecido con el arco entre las cuerdas. Encima del banco estaba el único cuadro de la habitación, una litografía con marco dorado que representaba a un romano antiguo en pose de orador.

Se sentaron a la mesa, y el viejo les enseñó el cuadro:

—Ese soy yo. Me dibujó el famoso pintor Miklós Barabás en mi última actuación.

Bálint leyó la dedicatoria:

—«Mihály Gál, distinguido miembro del Teatro Nacional de Kolozsvár, interpretando el papel de Manlius Sinister el 17 de mayo de 1862». ¿Y adónde fue el tío después de esa actuación?

—No fui a ningún lado. Me retiré. Porque por fin reconocí que era un pésimo actor. No hay que forzar las cosas si uno no tiene talento. Así que me compré una casa; porque yo no era un manirroto como los demás, tal vez por eso era un mal actor. Desde entonces me ocupé de la huerta y del viñedo. Por lo menos, eso no se me da mal. ¡Eh, Julis! —dijo a la bisnieta que les servía el aguardiente de ciruela—. Ve a por un poquito de uva borgoña madura. Ya sabes dónde está, a la izquierda. —Julis se fue, y el viejo continuó—: ¡Qué locura meterse en cosas de las que uno no sabe! —dijo, y en su voz se notó algo de amargura.

László, para cambiar de tema, preguntó por el violín que le había llamado la atención al entrar.

—El violín —dijo Minya— es un recuerdo. Me lo dio el señor Abády, el abuelo del joven señor. ¿Cuándo sería...? Tal vez en el 37, ¿o en el 38? No, fue en el 37. Pensé que me lo había dado para que se lo guardara, pero lo rechazó cada vez que quise devolvérselo. No lo tocó nunca más.

Bálint se asombró:

—No sabía que el abuelo supiese música. Nunca lo mencionó.

—Oh, tocaba de maravilla. No coplas gitanas, sino Bach y Mozart y qué sé yo qué más. Sabía leer partituras.

—¿Me deja verlo? —le preguntó László y se acercó al violín—. ¿Puedo cogerlo?

—Naturalmente que sí.

—¡Es un violín de primera! ¡Qué formas más nobles tiene! —dijo, y lo puso en la mesa para observarlo mejor.

—Sí, era su violín. Tocaba con gran sentido de la armonía. Empezó en el liceo. Yo cantaba, era barítono. Ya no tengo voz. Más tarde... él seguramente estudió mucho..., llegó a ser un verdadero artista, un verdadero... Fue cuando yo volví a Kolozsvár. El otoño del 36, con Szerdahelyi... Sí. Ocurrió entonces. Todas las noches... casi todas las noches de aquel invierno, si no había baile o algo semejante, todas las noches se iba... se iba a verla en secreto. ¡Qué mujer más hermosa era! A veces me invitaban. A mí y a nadie más, solo a mí. Porque sabían que yo no hablaba...

El viejo actor se calló y se inclinó sobre el violín. Se le abrió la camisa desabrochada y dejó entrever su pecho de pelo canoso, grueso como si fuera musgo. Puso sus manos arrugadas y sarmentosas sobre el violín pero no lo cogió, solo acarició los bordes.



Bálint titubeó un poco: le hubiera gustado tirarle de la lengua al viejo, pero tuvo la sensación que sería un sacrilegio fisgar en los amores de su abuelo. László sacó adelante la conversación.

—Le acompañaba un piano, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, claro, un piano.

—Y el que lo acompañaba...

El viejo levantó el dedo en protesta por la pregunta, pensaba que Gyerőffy quería saber el nombre de la mujer.

«Nunca pronunciaré su nombre, nunca», decía el gesto, y como si ante sus ojos apagados desfilara una serie de visiones empezó a hablar siguiendo los senderos caóticos de sus recuerdos. Se lo contaba a sí mismo, no a sus visitantes. Hablaba a borbotones, se perdía en detalles casi incomprensibles, del pasado confuso emergían nombres de actores, obras, fechas, y volvían a sumergirse sin formar entre sí un contexto inteligible para los interlocutores, porque las relaciones solo vivían en la imaginación del viejo vagabundo. Para él todo estaba vivo y era familiar, sin embargo, a través de su monólogo entrecortado se oyó el grito desesperado de una tragedia representada hacía siete décadas, pero no en el teatro sino en el escenario de la vida. Detrás de las frases se escondía un romance secreto, apasionado. El viejo Gál veía a la protagonista como una visión, pero no se permitía pronunciar su nombre, ni confesar si era una aristócrata o una actriz. Incluso ahora que los protagonistas llevaban muchos años muertos, seguía guardando fielmente el secreto solo. Se presentía que su narración llegaba a un catastrófico desenlace.

—¡Qué guapos eran los dos, Dios mío! Él tenía veintisiete años... y la mujer era aún más joven... ¡Qué jóvenes, Dios mío, qué jóvenes eran! Y entonces se acabó... se acabó todo. Fue un concierto en la Gran Sala. Tal vez eso fue el origen de la catástrofe. Beethoven... Chopin... Entonces era novedoso. Como si los viera ahora. ¡Ahora! Una pareja preciosa. Todos lo sentían. Todo el mundo. Por su manera de tocar. Se notaba que los dos eran uno, eran el uno para el otro... Tal vez eso fue el final, el hecho de que todos se dieran cuenta de ello; terminó al tercer día. Fui yo quien le llevó la carta de despedida sin saberlo. Tuve que ser yo quien se la entregara a mi mejor amigo... justamente yo... justamente yo.

El viejo se quedó callado.

Gyerőffy lo escuchaba por cortesía pero Bálint quedó profundamente afectado por la misteriosa narración, y mientras escuchaba la entrecortada historia de Minya Gál recordó un detalle de su infancia. Una vez, sentado en el escritorio de su abuelo, vio un cajón abierto y en él un par de zapatos menudos de mujer. Eran unos zapatos de satén, pasados de moda; estaban impecables, con unas cintas que servían para atarlos como las sandalias griegas. Al pedírselo, su abuelo los sacó del cajón y se los enseñó. Tenían las suelas finas como el papel, no eran más grandes que dos pastelitos. El abuelo acarició los puntos desgastados y dijo con una sonrisa:

—¿Ves? ¡Cuánto le gustaba bailar a la pícara!

Después los enrolló con las propias cintas y volvió a guardarlos en el fondo del cajón.

Ahora, recordando al viejo Péter Abády, percibió que tras su sonrisa siempre alegre había algo de nostalgia. Tal vez el amigo de su abuelo hablaba sobre la dueña de aquel par de zapatos de satén.

—Y ¿qué pasó después? —preguntó con voz ronca.

—¿Después? El señor Abády se fue de viaje. Se marchó lejos. No volvió en tres años. Visitó países que entonces no conocía nadie, ni siquiera ahora son conocidos. Una vez me escribió desde España, solo unas líneas, después desde Portugal. Pasó un verano en Escocia, donde viajó a pie como yo, el cómico ambulante. Me escribió que había muchos lagos y el campo estaba tan poco poblado de árboles como el Mezőség...

Tampoco sabía Bálint eso de los viajes, puesto que el viejo Abády nunca lo mencionó. Solo recordaba que le llamaba la atención el hecho de que su abuelo hablara sobre cualquier punto de Europa con naturalidad, como si lo conociera todo, pero cuando era niño no le había dado mucha importancia. ¿Sería verdad que había viajado por todas partes? Vagabundeó quizá con la desilusión en el alma, o tal vez se había encontrado con algo que no tenía solución, que no podía cambiar. Bálint echó una mirada al violín que descansaba en medio de la mesa de pino blanco. ¡Qué delgado! ¡Qué curvas más finas tenía! Las luces doradas bailaban en su barniz tostado, dormían en él miles de voces dulces y miles de recuerdos, escondía viejas pasiones. Tal vez podría cantarlo todo: la pasión, el deseo, la fiebre, el placer y el dolor; pero solo cantaría su canción y guardaría el cómo y el porqué, guardaría el secreto como una tumba...

Julis entró con las uvas. Iba a ponerlas en la mesa cuando se oyó el cascabeleo de un carro que paraba delante de la casa. La niña se asomó por la ventana.

—¡Mire, tío Minya, ha venido «Andris!»<sup>[7]</sup> —exclamó con alegría y salió corriendo.

Se oyeron pisadas, alguien abrió la puerta de golpe y apareció en el hueco la figura de Andrés Jópál.

Le sorprendió un poco encontrar visitantes, los saludó con rigidez, fue hacia el viejo Minya y le susurró algo al oído. El viejo alzó la mirada, movió la cabeza, masculló algo, sacó lentamente un billete de diez coronas y se lo dio.

Jópál salió. Se oyó cómo el carro entraba en el patio.

—Perdonen los señores —dijo Minya—. Este chico es Andrés Jópál, mi sobrino. Un chico inteligente, ha estudiado mucho; ya podría ser profesor, pero no se presentó a los exámenes. Se ha vuelto loco, quiere inventar una máquina para volar. Un disparate total, y ahora está de nuevo sin trabajo.

—Lo vimos ayer en casa de los Laczók.

—Sí, viene justamente de allí. Parece que lo han echado. No tenía dinero ni para el transporte. Pero dice que ha sido él quien los ha dejado. En fin, ¡este chico está loco de atar! —dijo enfadado mientras se asomaba por la puerta entreabierta.

El carro estaba repleto de listones tan finos como un lápiz, alambres torcidos, voluminosos rollos de papel, telas estiradas a modo de alas, como si una mosca gigantesca se hubiera posado en él.

—Ahora verán. Ya está aquí la dichosa maqueta, como él la llama. En eso malgasta las pocas coronas que puedo darle —dijo el viejo Minya y volvió a la habitación—. Y suponiendo que la inventara, ¿qué? Me pregunto para qué serviría. La gente solo la usaría para matar desde el cielo.

Bálint quiso protestar pero el viejo no lo dejó:

—El animal humano siempre ha usado todos los inventos para matar. El hierro ha servido para fabricar mazas y espadas, el bronce para fundir cañones, y la pólvora no se usa para volar las rocas sino para destruir. ¡Destruir más y más!

Hizo un gesto de resignación. Se fue a la butaca y se sentó con dificultad. De golpe pareció llevar todo el peso de su edad. Sus ojos reflejaban desilusión y cansancio, se olvidó de los visitantes.

—Ya es hora de dejar este mundo —murmuró—, ¡ya es hora!, ¡ya es hora! —dijo, y su mirada se perdió en la lejanía.

Bálint acompañó a László hasta la colina sin decir nada. Decidió volver a casa de Minya Gál y hablar con su sobrino, quería ayudarlo: era su reacción natural, apremiante, cuando veía a gente necesitada. Ya en el liceo Theresianum, siendo el mejor en álgebra, dejaba que la mitad de la clase copiara sus trabajos. A veces tuvo problemas por ser tan generoso; la voluntad de ayudar formaba parte de su naturaleza. Tal vez lo heredó de su abuelo, que protegía a todos desinteresadamente; o tal vez era una herencia atávica de los tiempos remotos en los que la nobleza servía al condado, a la Iglesia y al país *honoris causa*.

László volvió solo a la ciudad, y Bálint dio la vuelta.

András Jópál estaba sacando del carro la maqueta rota. Estaba disgustado consigo mismo, se repetía en vano que tenía razón; una voz le decía que si hubiera controlado su primer impulso todo habría acabado de manera distinta en la habitación de la torre.

En Vársiklód había ocurrido lo siguiente: Jenő Laczók se había ido a la cama después de las cinco de la mañana. A las nueve se despertó, y se levantó muy molesto por no haber podido dormir lo suficiente. Le costó gritos y amenazas conseguir que la soñolienta cocinera le sirviera el desayuno, pero el café estaba frío, los huevos poco cocidos. Eso le disgustó más, y aunque en general era una persona con buen humor, si el desayuno no estaba bien servido se ponía furioso. Se marchó al establo: los palafreneros y los cocheros dormían como troncos sobre la paja. Se fue a la cocina: nadie. La cocinera había vuelto a acostarse. Salió al jardín: ni rastro de los jardineros,

el guardia tampoco estaba.

Como no encontraba a nadie en quien descargar su malestar, se acordó de que sus hijos no habían trasnochado. Seguramente ya estarían despiertos. Fue al bastión, en cuya planta baja estaba el estudio de los muchachos, y en el primer piso vivía Jópál.

Entró. Los dos jovencitos ya estaban vestidos, sin embargo, uno estaba tirado en su cama leyendo una novela de Carl May, mientras el otro afilaba un lápiz; pero el preceptor no estaba.

—¿Así es como se estudia aquí? ¡Bribones! ¿Cómo es posible? ¿Dónde está el maestro? —bramó Laczók.

—En este momento ha subido a su habitación —mintieron los muchachos a coro, pues Jópál les caía bien porque como siempre andaba enfrascado en su invento no les hacía estudiar. Les dejaba mucha libertad y por eso encubrían sus faltas. Uno se puso inmediatamente en pie para llamarlo, pero el padre se lo impidió con su bastón.

—Os quedáis aquí. Voy a verlo yo mismo —dijo, y salió al zaguán donde estaba la escalera de madera por la que se subía a la habitación superior.

Los muchachos se asustaron. Sabían que se armaría un escándalo colosal, sobre todo porque Andrés Jópál tenía la puerta cerrada con candado, incluso cuando estaba dentro, para que nadie pudiera entrar, siquiera por casualidad; y si salía, cerraba y se guardaba la llave.

Los muchachos sabían qué había en la habitación.

En medio del techo colgaba una construcción de listones finos que tenía forma de libélula con las alas de tela extendidas. En la tabla de dibujo que había encima de la ventana fijaba enormes esbozos que ellos no entendían, aunque el título rezaba con bonitas letras: «Planos de la máquina voladora Jópál». Lo descubrieron una vez que el preceptor se fue a la ciudad, ellos subieron por el muro y entraron por la ventana abierta.

Fue una empresa arriesgada: hubo que subir por la hiedra centenaria que salía del foso y entraba por las aspilleras. Después tuvieron que avanzar colgados del borde de la muralla. Entonces venía la parte más difícil, porque había dos metros entre el muro y la ventana. Los dos funámbulos siguieron el camino por encima de la falsabrega cuyas piedras dentadas se asomaban al vacío como una boca mellada. Llegaron sin problemas porque eran unos auténticos ladrones que hurtaban nidos, y durante la primavera sacaban las crías de las tórtolas de los chopos a sesenta pies de altura.

No contaron lo que habían visto en la habitación más que a sus hermanas, bajo el juramento de que no se lo dijeran a los mayores. Se rieron mucho de «la locura del maestro».

El padre Laczók enfiló por la escalera la masa sólida de su cuerpo pesado, jadeando. Desalentado, se apoyó contra la puerta, pero no cedía.

—¿Quién es? —preguntó una voz furiosa.

—¡Soy yo! ¡Ábrame inmediatamente! —gritó Laczók, y con su bastón dio varios golpes en la puerta.

Se oyó un chasquido, la hoja de la puerta se abrió de golpe bajo el peso de Laczók y arrastró a Jópál, que quería impedir que el señor entrara.

Laczók se quedó boquiabierto al ver la maqueta. Después de un momento de estupefacción absoluta se puso a gritar:

—¿Y eso? ¿Qué demonios es ese bicho? ¿Es que fabrica usted juguetes en vez de cumplir con sus obligaciones?

La palabra «juguete» sacó de quicio al inventor, de carácter poco apacible. Era consciente de su superioridad intelectual y de haber solucionado una cuestión de importancia mundial, y con un gesto teatral mostró la máquina y dijo:

—¿Esto? ¿Sabe el señor conde qué es? Esta es la futura máquina voladora.

Pensaba que su respuesta sería fulminante, pero tuvo otro efecto. En otras circunstancias Laczók hubiera estallado en carcajadas, pero ahora había encontrado la ocasión de poder descargar su ira contra alguien y montar un buen jaleo.

—¿Se pasa el día fabricando cachivaches? ¡Yo no le pago para que se dedique a estos disparates! ¡Si está mal de la cabeza, váyase al manicomio!

Y siguió repitiendo lo mismo cada vez con palabras más fuertes.

Jópál se quedó de piedra, lo escuchaba con la mirada cada vez más dura, los labios torcidos sobre los dientes apretados, los ojos amenazantes. De repente, le gritó a Laczók:

—¡Basta ya!

Laczók se quedó atónito; ahora le tocaba el turno a Jópál. Comenzó a hablar con la pasión de los fanáticos. Desahogó toda la amargura y miseria acumuladas durante largos años. Su genio ofendido se volvió prepotente: embriagado por sus propias palabras, se elogió a sí mismo y habló a Laczók de modo ultrajante, arremetiendo al final contra él de esta manera:

—Yo habría traído gloria eterna a este castillo antediluviano de búhos y murciélagos, a este nido de ratas y parásitos. ¡Gracias a mi invento hubiera pasado a los anales de la historia mundial!

Laczók ya no aguantó más:

—¡Pero qué dice! ¿Gracias a este juguete? Ya le daré yo... —dijo, y con su bastón de roble dio un golpe a la maqueta alcanzándola en la mitad, después dio media vuelta y se fue.

—¡No me quedaré aquí ni un momento más! —bramó Jópál entre las ruinas de la maqueta, que se agitaban con violencia.

Jenő Laczók no le contestó. Desplazaba su pesado cuerpo trabajosamente por las escaleras. Cuando tocó tierra ya se había calmado, no solo por haber podido desahogarse y haber tenido el último gesto —que no la última palabra—, sino por haber llegado a la conclusión de que le daba igual si el sujeto quería marcharse. Al menos no tendría que pagarle, puesto que era él quien dejaba el trabajo; sus hijos debían examinarse dentro de dos días y lo que no hubiesen aprendido ya, no iban a aprenderlo en ese tiempo. La idea le alegró y, con una sonrisa pícaro, se fue a pasear

por el robledal.

Cuando Bálint llegó a la casa de Gál, Julis y el cochero estaban metiendo los restos de la maqueta en el cuarto lateral de la cocina. Jópál estaba recogiendo los dibujos dispersos.

Miró al recién llegado con hostilidad. A Bálint no le molestó, se dirigió a él y se presentó.

—Creo que nos hemos visto un par de veces —dijo—. En la universidad de Kolozsvár, aunque yo estudiaba Derecho.

—Es posible. No me acuerdo. ¿Qué desea?

—Su tío me ha hablado de su trabajo. De esto —dijo Bálint señalando el montón de listones y telas enredadas que acababan de desaparecer por la puerta. Lo dijo con cierto embarazo porque quería hacerle un favor—. He oído algo acerca del... incidente que se ha producido. En Dénestornya tenemos una habitación vacía bastante grande y mi madre seguramente le acogería con mucho gusto. Allí podría trabajar tranquilamente y nadie le molestaría. Y si necesitara materiales o... cualquier otra cosa, no habría problema. Pienso que es posible superar las dificultades de construcción de la máquina voladora.

Jópál alzó la mirada:

—¿Superar las dificultades? ¡Ya están superadas! ¡He encontrado la solución! Sí, yo lo he solucionado. Los intentos de los hermanos Wright son interesantes, pero están mal resueltos.

Empezó a explicarle. Hasta ahora los intentos se habían basado en la fórmula matemática de Lilienthal, que no era errónea, pero no se había prestado atención a la parte mecánica y estática. Él había investigado estos dos últimos aspectos porque sin ello todo se quedaría en plano teórico. Sería el juguete de los científicos, dijo Jópál, recordando las humillantes palabras de Laczók. Él había regresado a la naturaleza y examinado el vuelo y las proporciones de las aves.

Al principio dijo generalidades, como si estuviese dando una conferencia divulgativa, no obstante, pronto se dejó llevar por el tema. Se sentó en el borde del zaguán al lado de Abády y con un listón dibujó en la tierra diferentes estructuras, las relaciones entre el peso y la superficie de las alas de la grulla, el halcón y la golondrina. Apuntaba aparte las fórmulas algebraicas.

Pronto todo el patio estuvo cubierto de dibujos y fórmulas.

Jópál fruncía el ceño y los ojos le chispeaban de la emoción.

—Además, hasta ahora todos han errado en el cálculo del coeficiente de la resistencia aérea, porque la ecuación partiendo de la senoide con quince grados de ángulo es la siguiente —explicó, y se levantó para borrar con los pies parte de los dibujos.

Se detuvo un momento y se dirigió a Bálint con una sonrisa cohibida:

—No quiero ser pesado, señor conde. Es alta matemática que usted no comprenderá.

—Al contrario. Me interesa mucho. Aparte de estudiar Derecho asistí a los cursos del profesor Martin en Kolozsvár; sé lo suficiente para seguir su argumentación y poder valorarla —contestó Abády.

—Así, pues, es eso —contestó Jópál lentamente y a cada palabra parecía volverse más cauteloso—. ¿Usted estudió Matemáticas?

—Solo algunos aspectos, los estudios de Eiffel y Langley. Por eso creo que el problema tiene solución y me gustaría apoyarle en su trabajo.

Bálint pensó que con esas palabras le animaría, pero obtuvo el efecto contrario.

Jópál daba vueltas obsesivamente delante del zaguán, pisando las fórmulas y los dibujos grabados en el suelo y repitiendo una y otra vez lo mismo:

—Es eso. Es eso.

De repente se paró y miró a Bálint a los ojos:

—Gracias por la invitación, pero no puedo aceptarla. ¡No! No voy a aceptarla —y añadió titubeando—: ya le prometí a un amigo que iría a su casa.

Evidentemente era mentira, evidentemente no quería ir a Dénestornya, evidentemente pensaba que Bálint quería robarle su secreto.

Se miraron fijamente.

—Entonces, ¿no vendrá?

—Si el señor no hubiera ocultado que es matemático, yo... —La simple idea le torció el rostro, se le hincharon las venas de la frente y mostró los dientes como si fuera a morderle. Se inclinó hacia Bálint y casi gritó de furia—: ¡Eso no vale! ¡Eso de entrar aquí con pretextos! ¡De espiar a la gente! ¡Tirarle de la lengua! ¡Eso no vale!

—Yo solo quería ayudarle. No albergo segundas intenciones...

El otro le interrumpió:

—¡Ayudar, ayudar! Eso dicen todos los espías. ¡Lo conozco de sobra!

Bálint se enfadó:

—A mí no me hable...

Pero Jópál no le hizo caso y siguió dando vueltas como un poseso, sin cesar de gritar con creciente ira. Bálint no sabía qué hacer. Tal vez hubiese debido abofetearle, y tal vez lo hubiese hecho de haberle arrojado el inventor las palabras directamente a la cara. Pero no dejó en ningún momento de moverse a una velocidad vertiginosa. La escena le pareció a Bálint tan absurda que casi se echó a reír.

Al oír el alboroto, Julis salió de la cocina y los miró con ojos asustados. Seguramente se sorprendió cuando Bálint se despidió levantando el sombrero y se alejó sonriendo mientras Andris seguía bramando furioso.

Abády subió deprisa por la colina. Aún se oían los gritos de Jópál, y cuanto más lejos estaba su enemigo, más groserías le soltaba.

«No debería tolerarlo —pensó Bálint—. Buscaré padrinos y pediré una compensación». No obstante, retar a duelo a una persona ilustrada que nunca había empuñado una espada le pareció absurdo. ¿Retar a duelo a la persona a la que quería ayudar? Hasta los padrinos se morirían de la risa.

Lo más inteligente sería no tomárselo en serio, no hacerle caso. Apresuró el paso y cruzó la colina rápidamente.

Cuando bajaba se sintió disgustado por ser un samaritano con tan mala suerte.



Abády y László Gyerőffy salieron juntos de Marosvásárhely temprano por la mañana. László se fue a su finca del río Szamos a través de Kolozsvár, Bálint bajó del tren en Marosludas. El día anterior había escrito un telegrama a su madre:

«Pasaré unos días en el distrito. Envíame un carruaje a Marosludas. Llegaré con el tren de la mañana».

¿Unos días? En realidad no tenía nada que hacer en Lélbánya. No entendía qué le había hecho poner «unos días». Lo había escrito sin razón, solo para que su madre no le esperara inmediatamente, para disfrutar de la libertad de llegar a casa cuando le apeteciera. Así se explicaban las dos palabras: era una excusa forzada. En su primera visita, pensaba empezar a preparar la cooperativa que había decidido fundar en Lélbánya. Debía ponerla en marcha, también hablar con la gente sobre la casa de cultura: misiones hermosas y útiles. Estaba decidido a llevarlas a cabo para ser un diputado de provecho, sin embargo, en el fondo de su corazón sabía que no era esa la razón de las palabras «unos días». Sabía bien que durante el periodo de sesiones de otoño y entre semana solo encontraría en casa a algunas personas de oficio. Una tarde sería suficiente, no necesitaba «unos días». Sabía que desde Lélbánya iría a visitar a los Milóth en Mezővarjas, que estaba en la vecindad. Iría porque Adrienne le dijo: «Me quedaré dos semanas». No era una invitación, sin embargo, se lo dijo...

Seguía el hipócrita juego, y fue a ver al alcalde y a los dos curas de la ciudad. Les explicó sus planes con convicción. Una de sus virtudes era que cuando exponía algo, tenía facilidad para argumentarlo, como si lo hubiera preparado de antemano.

Más tarde, en el restaurante donde comió solo, ya no podía pensar en la cooperativa ni en la casa de cultura, como si no hubieran existido nunca. Sin quererlo, le preocupaba algo muy distinto.

¿Qué le agobiaba a Adrienne? ¿Qué desilusión habría sufrido? Se casó con aquel Pál Uzdy por voluntad propia. Lo eligió ella. Nadie la obligó. Seguramente se enamoró y por eso se casó con él. ¿Qué otro motivo tendría? Entonces, ¿por qué?, ¿por qué? ¿Por qué notaba en ella tanta rebeldía reprimida? ¿Aquella voz tan amarga! ¿Tal vez su marido la maltrataba? ¿Tal vez le pegaba? No le sorprendería, Uzdy tenía cara de demonio. Bálint apretó instintivamente los puños.

¡Su aspecto de niña! No tenía nada de mujer madura. ¡Y aquel gesto pudoroso en la terraza cubriendo sus brazos desnudos con el chal!

No le parecía normal en una mujer casada.

Tenía que haber ocurrido algo malo, algo que debía averiguar. Tenía que ayudarla, quería ayudarla. Quizá Adrienne se lo confesara, quizá él podría tranquilizarla. Le daría consejos, como un buen amigo, desinteresado, comprensivo, objetivo. ¡Sí!

¡Tenía que ayudarla! Por eso, esa misma tarde tenía que ir a visitar la casa de los Milóth.

Los dos alazanes de pelo brillante trotaban alegremente por el camino llano. A la derecha se extendía el lago, abrazado por las colinas, y en el horizonte ya se veía el pueblo, las casas cubiertas de chamiza construidas sin orden. En la colina se vislumbraban la torre de la iglesia románica, que parecía un palillo entre los ciruelos, y la huerta de los Milóth por encima del pueblo. Las suaves lomas al sol de poniente enmarcaban el idílico cuadro.

Solo faltaba pasar la curva que daba al valle por donde se llegaba al lago.

Delante del carruaje se divisaban las acacias que formaban los límites de la finca Milóth y subían rectos por la colina. Era un matorral ancho y joven, que les tapaba la vista completamente.

Al llegar oyó un ruido de cascos.

De la oscuridad surgieron cinco jinetes montando a pelo: cinco enmascarados, bandoleros terribles. ¡Salteadores de caminos!

Tenían una pinta de lo más variada: el capitán llevaba turbante, uno sombrero alado, otro un bonete de piel, el tercero un fez turco y el último un gorro de lana; iban ataviados con tabardo, bata, sayales y cuello de goma. Tenían un aspecto horripilante, aunque era curioso que debajo de las prendas terroríficas se asomaran unos tobillos con medias de seda y zapatos de tacón alto. Asaltaron el coche con espeluznantes gritos, pero con voz de soprano, mientras que el último jinete (el único que realmente parecía ser un varón) tocaba una trompa de caza.

Los dos primeros bajaron del caballo y amenazaron a Bálint con un palo de escoba a modo de lanza y una maza hecha con una calabaza. La comedia acabó pronto, pues Bálint suplicó piedad arrodillado en el carruaje sin mostrar resistencia alguna.

Los bandoleros estallaron en triunfante carcajada.

Se quitaron las máscaras: bajo la del capitán se escondía Adrienne; su hermano adolescente, Zoltán, era el jinete de la maza. Las hermanas Judith y Margit, que permanecían en el caballo, se reían tanto que estuvieron a punto de caerse. Le hablaban todos a la vez:

—¡Supimos que vendría! Nos lo dijo el encargado del pajar. Se ha asustado, ¿verdad que sí? Fue a él a quien le preguntó por el camino en Lélbánya. Estábamos al acecho desde hace horas. ¿Por qué ha venido tan tarde? ¿Se quedará? ¡Perfecto!

Con tanta charla no habían prestado atención al caballo de Adrienne que, aburrido, se había desenganchado del rastrillo y había decidido volverse a casa. Dio algunos pasos silenciosos y siguió al trote. Estaba ya a unos cincuenta metros cuando se dieron cuenta de que faltaba.

¡Buena oportunidad para la persecución!

Wickwitz, el de la trompa, se lanzó detrás del fugitivo.

Los demás le siguieron. Addy dio un salto, se sentó en el carruaje al lado de Bálint y gritó al cochero:

—¡Dale! ¡Arre, arre! ¡Más rápido! —repetía repiqueteando el ritmo apasionado en el pescante.

El turbante se abrió y dejó al descubierto su cabello negro, rizado; no era muy largo, pero sí tupido, y volaba detrás de ella como una crin oscura. Con la boca ancha y sonriente, los ojos abiertos de par en par, la barbilla recta y el pelo corto que el viento le pegaba a la frente, tenía la pinta de un chico travieso.

No le dio importancia ni al pelo enmarañado; ni a la blusa, que dejaba ver sus hombros; ni a la falda, que se le había enganchado al saltar al coche. No le importaba nada, solo la excitación de la caza.

Bálint la observaba con curiosidad. ¡Qué bonita estaba! ¡Qué diferente! Tan animada, tan apasionada. La veía cambiada. No había nada en ella de aquella otra Addy que dos días antes, en la terraza, había articulado aquellas palabras entrecortadas llenas de desilusión y con la que él había hablado largamente sobre problemas universales. Esta era una amazona que dedicaba todo su ser, todos sus nervios a la persecución, estaba obsesionada con un solo objetivo: capturar al caballo fugitivo.

La carrera se aceleró. El caballo de carga se quedó aturdido al encontrarse solo en el camino. Le asustó tanta libertad. Se llevó otro susto al oír gritos y chasquidos detrás de él, por eso cambió al galope. La rienda suelta le golpeaba la grupa, lo que lo asustaba todavía más. Tenía la sensación de que le estaban pegando. Por eso levantó la cabeza y comenzó a correr a galope tendido, cosa increíble considerando que era un caballo viejo y barrigudo. No pudieron alcanzarle.

Primero iba el percherón, detrás de él los cuatro jinetes enmascarados y por último el carruaje de Dénestornya al trote rápido. Así se dirigieron al pueblo; allí subieron por una pendiente embarrada desde la que el caballo entró directamente al establo por la puerta de la era. Afortunadamente, logró entrar sin hacerse daño en las ancas.

Se metió directamente en su compartimiento; cuando lo alcanzaron, ya estaba más calmado. Emitió algunos bufidos y se puso a comer el forraje.

La pequeña compañía caminó hasta la casa solariega a través de la granja, cruzando la puerta del jardín. Apenas se vislumbraban las paredes blancas detrás de los frondosos olmos cuando oyeron los gritos de alguien que maldecía. Bálint se paró un momento, pero los demás siguieron con pasos acompasados.

«Zoltánka»<sup>[8]</sup> le dijo con voz tranquilizadora:

—¡Oh, es solo mi papá!

No parecía en absoluto preocupado.

Cuando se acercaron al largo porche, cubierto de vid silvestre, vieron al señor Ákos Milóth en las escaleras. Era un hombre bajo, corpulento y canoso, con un bigote

y una boca gigantescos. Desde allí ya podían entender sus gritos.

—¡Qué perrería! ¡Desenganchar la bestia de carga! ¡Destrozarla! ¿Cómo os habéis atrevido a sacarla? ¿Quién ha sido? ¿Y mi bonete de piel? ¡Mi chaqueta, mi bata! ¡Mecachis! ¡Me lo habéis robado todo! ¡Pícaros, ya os enseñaré a tenerme respeto!

Las hijas y Zoltánka no hacían caso a las amenazas de su padre. Las escuchaban con toda tranquilidad. «Carraca» —así le apodaban en toda Transilvania— seguía gritando con su voz de avetoro, gesticulando muy agitado, cuando llegaron al porche. Adrienne aprovechó el momento en que su padre tomó aliento y le dijo:

—Querido papá, verá que ha venido Bá.

—Bienvenido, estimado amigo —bramó papá Milóth y en su enorme boca se esbozó una sonrisa abierta que borró la mueca de ira. Bajó a saludarle y le hizo subir por las escaleras—. ¡Excelente idea! ¡Excelente idea haber venido!

Le estrechó la mano varias veces y, sin soltársela, se dio cuenta de que su hijo Zoltánka estaba a su lado y quiso pegarle una bofetada. El hijo lo esquivó, pero no se marchó, sino que se quedó a un paso, como si no hubiera pasado nada.

—¿Ves? ¡Qué descarados son! —se quejó, pero siguió con voz alegre—. Han saqueado mi ropero para hacer payasadas. ¡Pero desde mañana todo va a cambiar! —bramó de nuevo amenazante, y acto seguido le preguntó a Bálint—: Y tú, jovencito, ¿ya has merendado? ¡Claro que no! ¿Verdad que no? —Y gritó—: ¡Miska! ¡Józsi! ¿Dónde diablos estáis, burros? —Luego, en tono amable—: ¿Qué te apetece, jovencito? ¿Té o café?

El criado mayor apareció en la puerta.

—¿Y tú, animal, dónde estás cuando llega gente? Pon la merienda enseguida. ¡Corre, corre!

El criado no pareció perturbarse:

—¿Dónde quiere que la ponga? —preguntó.

—Pues aquí, infeliz, en el porche. ¿Es que no tienes ojos, o qué? ¿No ves que estamos aquí?

—Aquí pronto se hará de noche —se entrometió el criado—. Mejor la serviré en el salón. Allí las lámparas ya están encendidas.

—Pues, sírvela allí, tonto, pero rápido. ¡Corre! La quiero enseguida.

El criado, con nervios de acero, se dio la vuelta parsimoniosamente y entró en la casa.

Egon Wickwitz, que había llevado los tres caballos al establo, regresó donde estaban todos y se despidió. Tenía que volver a Marosszilvás, desde donde había acudido esa tarde para jugar al tenis en casa de los Milóth.

Marosszilvás, la finca de la señora Abonyi, Dinóra Malhuysen, estaba a unos veinte kilómetros, en el valle del río Maros. Debía partir si quería llegar a la hora de la cena.

—¿Por qué no te quedas aquí a cenar, hijo? —le dijo Milóth—. Sobre las once

saldrá la luna.

Wickwitz rechazó la invitación. El señor Abonyi se había marchado a Pest y él se encargaba de sus caballos de carrera. De madrugada tenía que sacarlos a correr.

—¿Quieres decir, hijo mío, que estás solo en Marosszilvás?

—No. Está la condesa Dinóra. Y es una razón más para no quedarme con ustedes. ¿Verdad? Me espera para la cena y... y ya casi son las siete.

—Ja, ja, ja —se rio el viejo Carraca—. ¡Qué burro es Abonyi si también le ha dejado a usted encargarse de la condesa! —Y le hizo un gesto cómplice.

Las mujeres disimularon su sonrisa. En cambio, a Bálint le molestó. Le molestó que al oír el comentario, el Vikingo primero irguiese la cabeza con la mirada helada y después se relajase, se encogiese de hombros y soltase una risa tonta. En su bonita cara, generalmente indiferente, en sus ojos oscuros y románticos, percibió una expresión irónica y vil. Bálint lo encontraba odioso.

Los trotones rusos de Abonyi acababan de detenerse delante del porche. Los conducían el cochero de Varjas y un palafrenero.

Wickwitz se despidió con un saludo militar. Bajó hasta el carruaje.

Enseguida subió al pescante entre las ruedas altas y dio rienda suelta a los trotones. Cuando las mujeres se asomaron por la barandilla y le saludaron con la mano, ya estaba en la curva.

—¿Vendrá mañana? ¿A jugar al tenis? ¡Hasta mañana! —gritaron a coro.

Y Egon les respondió desde detrás de las lilas, mientras chirriaban los frenos al bajar la pendiente:

—Pasado mañana volveré.

Luego se perdió el golpeteo cadencioso de los cascos.

—Tómese el té rápidamente, Bá, todavía queremos dar una vuelta —dijo Adrienne metiéndole prisa.

—Estás siempre tan inquieta, Addy —le dijo la señora Milóth amargamente, con las agujas de tejer delante de la cara.

Se parecía mucho a su hermana, la condesa Laczók. Tenía el mismo perfil de los Kendy, era gruesa, pero las curvas de la señora Laczók parecían estar llenas de buena voluntad; en cambio, las de la señora Milóth, de mal humor. La razón era tal vez que sufría migrañas y por eso se pasaba días enteros en la habitación a oscuras; su hermana, todo lo contrario, trajinaba todo el santo día.

—Los enloqueces a todos cuando estás en casa. *Elle les rend folles quand elle est ici!* —le repitió a *mademoiselle* Morin, la solterona francesa que estaba a su lado en el sofá.

La señorita Morin había sido, en tiempos remotos, la institutriz de las hermanas Kendy y después de que se casaran se quedó en Transilvania. Ahora educaba a las muchachas Milóth, la segunda generación, aunque estaba ya muy cansada.

—*Oh, mon Dieu! Oh, ces enfants!* ¡Estas niñas! —contestó con voz quejumbrosa. En realidad Judith y Margit también esperaban impacientes que Bálint terminara la merienda.

Adrienne no respondió nada a su madre ni a la solterona, solo se dirigió a Bálint. Sus ojos brillaban excitados:

—Hay un puercoespín en la huerta. Pasa a estas horas. ¡Queremos cogerlo!

Su madre hizo un gesto resignado y despectivo con las agujas que acababa de cambiar ante su mirada miope. Abády se bebió el té de un trago y salieron.

Salieron al jardín corriendo y una vez allí comenzaron a moverse con pasos sigilosos para que el puercoespín no notara su presencia. Se acuclillaron al lado del sendero que pasaba entre el campo de coles y el de patatas, bajo los groselleros y el arbusto de uva espina.

Esperaron y esperaron.

Desde el pueblo, que se extendía bajo sus pies, llegaba el olor dulzón del humo. Era el olor característico de la noche en el Mezőség, porque a falta de leña calentaban con estiércol de vaca. Era un olor extraño pero no desagradable, parecido al almizcle que se mezclaba con el vaho de los valles húmedos, flotando como un jirón de niebla encima del pueblo.

Adrienne se arrodilló a la derecha del sendero cubierto de maleza, Abády a la izquierda. Iba con ellos, pero se había puesto de mal humor. Ahora, mientras aguardaba en silencio, le invadían las dudas hasta ese momento inconscientes. ¿Qué hacía allí el Vikingo? ¿Por qué hacía un camino de veinte kilómetros a diario dejando en casa a su amante, Dinóra? ¿Solo por el tenis? ¡Por supuesto que no! Intuía que era un mero pretexto que encubría una segunda intención, una mala intención.

La intuición de Bálint era correcta, sin embargo, se equivocaba al pensar que el oficial iba a la caza de Adrienne. Wickwitz no iba por ella, cortejaba a Judith, con tanto cuidado y tan discretamente que nadie se daba cuenta. Solo la joven sentía algo, pero tampoco estaba segura.

El primer teniente Egon había pedido un permiso largo que le fue concedido enseguida. No lo hizo por divertirse: tenía deudas. Deudas acuciantes, que supondrían su degradación si no las satisfacía. Lo llamó el coronel y le dijo que por la memoria del padre difunto de Egon, que había sido su superior, pasaría de momento por alto las escandalosas deudas, no obstante, solo podría hacerlo si no permanecía en el cuartel, si se marchaba sin tardar para buscar una solución. Lo conminó a no volver hasta tenerlo todo pagado. Al día siguiente Egon cogió un permiso de seis meses; necesitaba inventarse algo.

¿Qué podía hacer? No tenía fortuna. Su madre vivía en Graz y le enviaba una mensualidad miserable de la pensión que cobraba como viuda de teniente general, no podía darle más. Si pusiera parte de su pensión a plazo fijo, como hizo en cierta

ocasión en que tuvo problemas en la academia militar —se salvó gracias a la memoria de su padre—, tampoco significaría una solución, ni sería suficiente. Además él no lo quería. ¡No! No iba a involucrar a su querida madre en ese asunto. Debía buscar otra alternativa.

Tenía que casarse con una chica pudiente. Inmediatamente pensó en la joven Gyalakuthy: aquella le serviría, era hija única, tenía grandes tierras por Radnótfalva y dos fincas más en el Mezőség, que fue la herencia por parte de su padre. Esa boda le sacaría del lío. La madre también provenía de familia rica, en algún momento le tocaría la otra herencia.

Afortunadamente Radnótfalva estaba cerca de Marosszilvás. Viviría allí, sí, en casa de la bella Dinóra, que el invierno pasado lo había tratado con tanto cariño. Allí no tendría ningún gasto y el «campo de batalla» estaría en la vecindad; podría quedarse allí hasta que le diera la gana. ¿Y el buen Tihamér? Se alegraría, seguramente. Egon entrenaría los caballos, como tantas veces le había pedido el marido. ¡Ya podía estar agradecido! Al fin y al cabo, saldría ganando.

La idea le hizo mucha gracia a Egon y se rio cuando, en aquella cafetería de Brasso, tras la entrevista con el coronel, reflexionó, sentado a una mesa de mármol, sobre sus posibilidades. Lo ideó lentamente, con la lógica de las personas limitadas. Se fue a ver a la guapa camarera que a veces le hacía favores y hablaron largamente. «Claro. Después de cerrar». Y como pensó que sería su última noche de miseria pidió una botellita de champán.

—¡Al diablo con todos! ¡La vida son dos días!

El día siguiente llegó a Marosszilvás, los Abonyi se alegraron de verlo. Hicieron una visita al establo de los caballos de carrera y Wickwitz criticó su condición física.

—¿Nunca les das avena? —preguntó.

—Comen doce kilos por cabeza —se excusó Abonyi. Egon soltó una risa burlona y movió la cabeza para expresar desaprobación, pero no dijo nada. Ese mismo día Abonyi le pidió que se quedase y se ocupase del establo.

Dinóra estaba encantada de que su amigo se quedara en casa.

Todo eso había pasado a principios de junio.

Wickwitz compartió pronto sus planes con Dinóra y le explicó que solo la quería a ella, pero que estaba obligado a casarse: no tenía otra escapatoria.

En Radnótfalva lo recibieron afectuosamente. La señora Gyalakuthy era una mujer de muy buena voluntad, además ella se había dado cuenta de lo mal que le iba a su hija. ¡Por fin alguien se ocuparía de ella! ¿Y si resultaba que el asunto iba más en serio? ¿Y si Dodó se enamoraba de él? No era la persona que más le gustaba como yerno: era forastero, no sabía nada de su familia, incluso era probable que ese oficial de poco hablar, de ojos melancólicos y de cuerpo atlético, fuera un poco tonto. Sin embargo, daba la sensación de ser un buen chico que seguramente respetaría a Dodó, por lo demás, su hija tenía suficiente genio para los dos.

Egon conoció a Judith en casa de los Gyalakuthy. Con la sensibilidad de las

personas intuitivas, ya desde el primer día sospechó que le agradaba a la joven Milóth. En Dodó no notó ni pizca de atracción por él, y no podía apostar todo su dinero al caballo favorito, era más inteligente compensar la apuesta con un *outsider* prometedor. Era cierto que la dote de Judith casi no contaba —los Milóth tenían tres hijas y un hijo—, pero en el peor de los casos, si Dodó no aceptaba... los Milóth seguramente pagarían las deudas una vez que su hija estuviera casada con él. El tiempo había pasado volando. A principios de diciembre se acababa su permiso y entonces tendría que pagar. ¡Pagar costara lo que costase!

Algo se movió entre la hierba, justamente entre Bálint y Adrienne. ¡Era el puercoespín! Salió de debajo de las hojas de lampazo en las que la mujer tenía apoyada la mano. Estaba muy cerca, a unos palmos.

Salió confiadamente. A Adrienne se le había caído un guante de gamuza y llamó la atención del animal. Se dirigió hacia él con su nariz suavemente peluda y lo olfateó con cuidado. Después miró a su alrededor con los ojillos brillantes, sus púas formaban un abrigo de piel suave, era un animal muy amable. Se puso a caminar volviendo por el sendero. No tenía prisa, seguía olfateando el camino con los gestos de un oso minúsculo. Se marchó con una maravillosa rapidez, sin el menor ruido, ni la hierba se movió a su paso.

Cuando desapareció definitivamente, Zoltánka y las chicas exclamaron:

—¿Por qué no lo han cogido? ¡Si estaba a su lado! ¡Qué decepción! ¿Por qué no lo has cogido, Addy?

Adrienne no contestó enseguida. Al instante simplemente dijo:

—No se puede. No hay por qué cogerlo. ¿Por qué no dejarlo vivir, como quiere, libre?

Su voz salía de lo más profundo...

Después de la cena se reunieron en el salón de la condesa. Ákos Milóth hablaba. Estaba contento de poder contarle a alguien el sinfín de historias —que su familia ya se sabía de memoria y no estaba dispuesta a escuchar por enésima vez— de su época en el ejército de Garibaldi. A él le encantaba contarlas, además narraba las anécdotas con gracia. Luchó con el regimiento Mille di Marsala en Sicilia, donde había vivido las aventuras que, sin fanfarronería, relataba.

Eran interesantes una sola vez, por eso sus hijas no aguantaron mucho. Se escaparon al comedor a continuar un puzle: el rompecabezas de moda había llegado el día anterior de Vársiklód, y se pusieron a hacerlo con mucha pasión.

—¡Venga, Bá! ¡Ayúdenos! —le gritaron y, como no les obedeció de inmediato, por interés y respeto hacia su anfitrión, Adrienne entró a por él, le cogió la mano, lo levantó del sofá riendo y lo arrastró a la habitación contigua.



Al día siguiente lo despertaron voces femeninas, con golpes en el postigo y tono mandón:

—¡Qué vago! ¡Despiértese! ¡Ya hace tiempo que estamos fuera!

En un cuarto de hora se reunió con ellas en el porche.

Las chicas y Zoltánka se sentaron alrededor de la mesa, impacientes por que se terminara el café con leche de búfala.

Subieron por el jardín entre risas.

En el prado se alzaba un almiar. Zoltánka se subió e, imitando sus lecturas de Carl May, se puso a bailar una danza india en lo alto.

—¡Baja de ahí! ¡Vas a estropear la paja!

Pero él siguió gritando y saltando de alegría. Decidieron asediar el almiar para hacerle bajar a la fuerza.

Sin embargo, no fue una estrategia muy acertada porque cuando Adrienne llegó arriba, se cambió de bando. De ese modo las fuerzas estuvieron más equilibradas — dos contra tres— y el resultado habría estado ajustado si parte del almiar no se hubiese derrumbado y Zoltánka no se hubiese caído. El castillo no tuvo, entonces, más remedio que capitular pues solo Adrienne seguía arriba; agarrada al palo central, quería saltar pero titubeaba. La parte intacta era bastante alta, por eso Bálint le tendió las manos.

—¡Sí, cójame! —gritó Addy riendo y se lanzó hacia él.

El joven la tomó. Las manos de ella le abrazaron el cuello. No lo soltó enseguida, sino que se quedó colgada de sus hombros con las piernas en el aire, como una niña que se sube a la espalda de un adulto. Su cuerpo, de formas cálidas, se estrechaba contra Bálint, los brazos desnudos le tocaban la nuca en un abrazo fresco. Sí, Bálint lo habría considerado un abrazo si no supiera que era un juego inconsciente. En ese momento, al sentir el cuerpo delgado de ella se despertó en él un deseo enloquecedor, un deseo abrasador de no soltarla nunca, de tenerla siempre encima y besarle su perfumado cuello; y se hundió en una niebla carmesí. Adrienne reía sin saber nada y lo soltó; seguramente no sentía nada más que una lúdica alegría.

Siguieron el paseo entre charlas y risas, aunque a Bálint le costó continuar en el mismo tono festivo.

Les alcanzó una criada. Traía un telegrama para Adrienne.

—Lo ha abierto la señora condesa —dijo al entregarlo.

Adrienne lo repasó rápidamente.

—Bien. Puede volver —le dijo a la criada.

Su cara no se inmutó, aunque se notó que estaba haciendo un esfuerzo por permanecer serena. Se puso el telegrama en el cinturón.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

Zoltánka propuso ir a ver los terneros recién nacidos, y eso hicieron. Acariciaron

a las vacas, le rascaron la cabeza al perro pastor, echaron los patos al estanque, provocaron a los pavos. Intentaron hacer el tonto como antes de la llegada del telegrama, pero no pudieron. Un velo de tristeza cubrió el ambiente burlón. Solo Adrienne conocía el contenido del telegrama y, aun así, pesó en todos. Al final llegó la hora de comer y volvieron serios a la casa.

La familia tomó el café en el porche. Hacía un tiempo espléndido, los rayos del sol atravesaban el follaje tupido de la uva silvestre y cubrían el mantel, las sillas, el suelo umbroso con puntitos resplandecientes que brillaban como las luciérnagas de noche. Algunas hojas ya se volvían rojas, en la luz otoñal ardían como las brasas.

Adrienne tocó el hombro de Bálint.

—Venga conmigo —le dijo y salieron al jardín.

Fueron lejos, caminaron sin decir palabra y llegaron hasta el final del jardín. Al borde de la colina había un banco sencillo de madera casi morada por los años. Se sentaron.

—Es mi sitio favorito. De niña me escapaba aquí.

La vista era realmente magnífica. No era ese tipo de paisaje salvaje y romántico que generalmente se considera hermoso. No era un panorama para postales, con rocas, bosques, despeñaderos que tocan el cielo. ¡Oh, no! Era muy distinto: un paisaje extraño, insólito, que tal vez pareciera feo a los forasteros por ser tan desierto, sin embargo, estaba lleno de una belleza grandiosa.

Las montañas de suaves lomas se sucedían una a otra, peladas, sin árboles ni bosques. Hasta donde alcanzaba la vista, el horizonte se mostraba ondulado por un sinfín de colinas, casi todas de curvas idénticas.

Silencio, silencio impenetrable.

Inmediatamente delante del banco había un cementerio abandonado, solo algunas lápidas vetustas se asomaban entre la ortiga frondosa. Probablemente era un cementerio calvinista de antes de la destrucción de la parroquia. Más abajo, en un montículo, se hallaban las ruinas de un muro, tal vez había estado allí la iglesia.

Adrienne estaba sentada inmóvil, con las piernas cruzadas y la barbilla apoyada en la palma derecha.

No dijo nada, tenía los ojos clavados en el suelo.

Al final sacó el telegrama y se lo dio a Bálint.

«Vuelva a casa inmediatamente. Uzdy».

Bálint le lanzó una mirada interrogadora. Al final le preguntó:

—Y eso, ¿qué significa?

—Nada. Nada importante. Si la niña estuviera enferma no me llamarían. En esas ocasiones no me necesitan. Ni en otras, pero aún menos cuando está enferma. Hace seis meses, cuando tuvo esas fiebres, no me dejaron entrar en su habitación. Mi suegra se encargó de todo. Me la quitaron cuando nació. Porque yo no sabía hacerlo

bien, me dijeron los dos. Según ellos, yo no entiendo de nada. Haga lo que haga. No. No me necesitaban. No me necesitan. Solo soy un... mueble bonito... o una mascota... allí no soy nada más. —Hizo una pausa larga y continuó en tono distinto —: Cuando me casé con él pensé que podría ayudarme. Ayudar en su trabajo, ser su pareja; ser realmente su pareja. Cuando me cortejó, durante el noviazgo, me habló de sus planes. ¡Oh, cuántas cosas me explicó y cuántas veces! Que estaba solo, que no tenía a nadie. Que por alguien podría..., que era un hombre trabajador, diligente... y para alguien... y junto con alguien... ¿Y al día siguiente? Al día siguiente era otra persona, en nada parecido a lo que me había dicho, todo... fue para engatusarme.

Se calló y miró el paisaje.

Estaba pensando en la rebeldía de la adolescencia, en las convenciones sociales que significaban una degradación insoportable para ella, que había sido educada en internados extranjeros, en ambientes más libres y más humanos. En casa no podía leer ni un libro que valiera algo, ver una obra teatral sería, sus inocentes cartas eran inspeccionadas antes de llegar a su mano; no podía estar ni un momento sola, sin la institutriz, estaba vigilada a todas horas; su madre la regañaba por cada palabra, cada gesto. La trataba, ya de adulta, como a una niña que necesitara censura y disciplina continuas. Se acordó de la escena que tanto pesó en su decisión de casarse con Pál Uzdy. Los Laczók estaban esperándola para merendar, pero la vieja institutriz, la señorita Morin, estaba enferma. La señora Milóth estaba durmiendo la siesta. Para no molestar el descanso de su madre —que se enfadaba a menudo por esa razón—, Adrienne, al oír que el carruaje ya estaba preparado y la esperaba delante de la puerta, bajó las escaleras y subió al coche sin pensar en ningún momento que estuviese actuando mal. En la carroza cerrada y con el criado en el pescante, se fue a casa de su tía Laczók que estaba a cinco minutos de camino.

La terrible audacia tuvo consecuencias tremendas.

Su madre la acusó de cosas horribles. La trató de abyecta, de depravada, de desagradecida y otros términos más o menos decentes para no usar la palabra prostitución en presencia de su hija. Su padre también bramó a pleno pulmón, solo porque era una buena oportunidad. Decidió entonces aceptar a Pál Uzdy: le pareció un hombre de oficio serio que raras veces iba a la ciudad y que, en muchos aspectos, era diferente de los demás hombres vagos y juerguistas. La razón no fue el amor. ¡Oh, no! Sino el deseo de ser libre, de escaparse de la prisión de su infancia, de ser su propia dueña, de tener una misión humana...

Recordándolo, le dijo a Bálint:

—Sé que usted nunca ha comprendido por qué me casé con Pál. No lo niegue ahora. Lo notaba cada vez que nos veíamos. Pero aquí me era imposible vivir. No podía más, y pensaba que me necesitaban. ¡La vocación, la ayuda! Creí que eso era lo importante. Me lo creí. Y tampoco allí soy nadie... La diferencia es que puedo leer lo que quiera y pasear sola por el bosque... ¿Conoce los campos del río Almás? Los bosques son preciosos...

—Pobre, Addy —dijo Bálint casi susurrando, mientras le cogía la mano, que yacía a su lado. Acarició lentamente los dedos largos, flexibles, la palma suave, la muñeca sedosa. Adrienne no la retiró, la dejó a su cuidado. Tal vez fue para ella como el gesto reconfortante, tranquilizador que necesitan los niños para olvidarse de los dolores de una caída.

Siguió hablando, su mano entre las de Bálint.

—Y ahora tengo que volver. Tal vez podría resistirme..., pero mi madre también sabe que me han ordenado volver. No podría quedarme. ¡Aquí me siento tan bien! Con las muchachas puedo olvidarme de mi soledad absoluta.

Apenas susurró las últimas palabras y se calló.

Su mirada se perdió en la lejanía; no se echó a llorar, pero sus ojos abiertos de par en par llevaban el esmalte de las lágrimas, que no llegaron a cruzar sus tupidas pestañas.

Ahora habló Bálint, con cariño y mucho afecto. Le dijo lo preciosa, lo singular que era. Le contó todo lo que pensaba de ella, que ya de joven la apreciaba mucho, que la veía tan diferente de las demás. ¡Tan diferente! No se parecía a nadie, y en ese momento surgieron en él emociones nunca analizadas; exigían ser expresadas con palabras, con palabras dulces de admiración que volaban como los mensajeros de un sentimiento acabado de nacer.

Sus manos, siguiendo el ritmo de las palabras, acariciaban la mano de la mujer y poco a poco, sin querer, subían por el brazo desnudo hasta el codo y volvían a bajar a la punta de los dedos. Al principio Bálint habló como un buen amigo, consolador, comprensivo; pero tal vez debido a la suavidad de la piel, a la permisividad pasiva de los dedos inertes o al hecho de que ahora cobraba forma lo que sin saberlo había nacido en su corazón, sus palabras dejaron de hablar sobre amistad, sus manos dejaron de ser tranquilizadoras. A modo de puntuación, entre frase y frase, besaba los dedos, la flexible palma de la mano, la muñeca; y sus labios subieron lentamente por el brazo todavía indolente.

Ya hablaba de amor, de deseos. La amistad desapareció y quedó la pasión; hablaba sobre la belleza de la mujer, las curvas de sus labios, la locura de su cabello rizado, la piel, el cuello... sobre muerte y consumación.

¿Durante cuánto tiempo estuvo Bálint dando rienda suelta a sus sentimientos? Ninguno de los dos habría podido decirlo.

Adrienne lo había escuchado inmóvil. Tal vez no oyera las palabras, solo su melodía.

Sin embargo, cuando los labios del hombre le besaron la parte inferior del codo se despertó de golpe. Con un gesto brusco apartó la mano y se puso de pie.

—¡Usted! ¿Usted también? Usted también lo hace solo para... para... ¡Usted hace lo mismo! ¿Nunca tendré a nadie? ¡Nadie! ¡Nadie!

Lo miró con ojos chispeantes de odio, con la cabeza alta, toda ella rígida, y se marchó hacia la casa.

—Mire, Addy, mire... y perdóneme...

Pero la mujer se mostró implacable. Volvieron a la casa juntos, pero sin pronunciar palabra. Abády decidió volver con su madre esa misma tarde.

Intentó alargar la despedida de la familia: le estrechó la mano al papá Milóth, a las chicas, a Zoltánka, incluso a la vieja solterona. Quiso encontrar una oportunidad para hablar con Adrienne, la siguió con ojos suplicantes de perdón, pero ella lo esquivó, y cuando le hizo una humilde reverencia, ella le dio la mano con un gesto gélido y se fue.

Echó una última mirada a la casa cuando la carroza se puso en marcha.

Judith y Margit le saludaron desde el porche, pero Adrienne no estaba con ellas, tal vez había vuelto a esconderse en la casa.

Atravesó el jardín, dejó atrás la puerta de la granja y, mientras bajaba por la pendiente hasta el serpenteante camino de la orilla del lago, por donde el día anterior había llegado con tanta alegría, notó el corazón en la garganta.

Tuvo la sensación de haber perdido a Adrienne Milóth para siempre.

## **SEGUNDA PARTE**

László Gyeróffy trabajaba afanosamente desde que había vuelto a aquel apartamento de dos habitaciones que le había alquilado su tutor, Naranja, cuando cambió la universidad de Kolozsvár por la de Budapest tres meses atrás. Era un piso modesto: una sala de estar con dos ventanas que daba al parque del Museo Nacional y un dormitorio oscuro que se abría al patio. Estaba amueblado con esas antiguallas baratas tan características de los pisos que se anunciaban bajo la categoría «con entrada propia». El mueble principal era un sofá con tapicería de imitación persa, ya gastado de tanto uso y del que era imposible quitar el polvo concentrado. Había además una butaca vetusta, dos sillas de cañizo y una cómoda veteada con cajones.

Aparte del piano, que dominaba la habitación, solo había tres objetos personales: una foto coloreada y enmarcada del padre de László con el uniforme húngaro (un joven con bastón en la coronación de 1867), un estuche de escopeta hecho de piel fina que yacía encima de la cómoda y, finalmente, una tabla de dibujo sobre caballetes que le servía de escritorio en el hueco de la ventana.

László había seguido los consejos de Abády. Le hacía caso porque sabía que Bálint lo comprendía y lo quería de verdad. El día que pasaron juntos en Marosvásárhely y en el tren hasta Marosludas —donde su amigo bajó—, Bálint insistió en que László pagara sus deudas y se pusiese a trabajar duramente si quería dedicarse a la música, cosa que le parecía estupenda. Solo podría lograrlo si se alejaba de la vida social y se dedicaba en cuerpo y alma a alcanzar el nivel de aquellos estudiantes que habían entrado en el conservatorio inmediatamente después de terminar el liceo.

El último argumento hizo más mella en László que ninguno, pues era una persona con ambiciones. No soportaba ser menos que los demás, estar detrás de ellos, en segunda fila.

En Transilvania había pasado varias semanas intentando conseguir dinero. Puesto que su antiguo tutor, Szaniszló Gyeróffy, se aferraba a sus principios en lo tocante a la explotación de los bosques comunes y él tenía prisa por volver a Budapest para matricularse, tuvo que hipotecar la finca a orillas del Szamos. Pidió una suma más elevada de los que debía al usurero para disponer de mil coronas de reserva y poder vivir holgadamente. De ese modo no tendría que escribir al administrador cada vez que necesitara dinero.

No avisó a nadie de su llegada a Budapest, ni siquiera a sus familiares Kollonich y Szent-Györgyi.

No fue al casino —donde lo habían admitido la primavera anterior— ni una sola vez para que no corriera la noticia de que estaba en la ciudad. Durante el día asistía a

clase, comía en tabernas y por las noches iba al teatro o a conciertos, pero siempre se sentaba en el paraíso, donde los conocidos no pudiesen descubrirlo.

Pasaba sus ratos libres haciendo ejercicios de piano y estudiando. A veces se levantaba de madrugada y se iba a dar un paseo por las orillas del Danubio, el barrio nuevo de Lágymányos y los senderos rocosos del monte San Gerardo.

Las mañanas eran preciosas, y las noches también. A veces llegaba a casa después de cenar, y antes de acostarse se quedaba un momento en la ventana asomado al parque del Museo, centrado en que al día siguiente debía estar descansado y listo para seguir trabajando. Pocas veces se permitía esta distracción porque sabía que le recordaría aquella vida mucho más fácil, holgada y cómoda que vivió como estudiante de Derecho. También solía pensar lo bonito que sería vivir en el campo, pero no en Transilvania. No en aquel palacete medio acabado que había construido su padre en Szamoskozárd. Para László aquel lugar no significaba nada, apenas tenía recuerdos de los años de su infancia pasados allí. No, no quería estar en Transilvania sino en casa de los Szent-Györgyi, en el condado de Nyitra. Cómo le apetecía cazar perdices en los campos de remolacha y acechar jabalíes en los Pequeños Cárpatos. ¡Y, sobre todo, estar en Simonvásár! Salir a dar largos paseos a caballo con los chicos Kollonich y con Klára. Jugar al tenis toda la tarde, y por la noche tocar el piano para ella en la sala de música; tocar largas fantasías y que ella las escuchara con los ojos como platos... ¡Sería maravilloso!

Por las noches, cuando se asomaba a la ventana, sentía un acuciante deseo de estar allí. El trayecto apenas duraba un par de horas. ¿Qué más daría si se marchara unos días, si perdiera algunas clases? Al volver las recuperaría enseguida, estaría más descansado, podría trabajar mucho mejor. ¿Para qué vivir como un prisionero? Para trabajar, naturalmente. ¿Pero por qué necesitaba llevar esta vida de ermitaño? Así le hablaba el seductor que vive en cada uno de nosotros, especialmente en los jóvenes que piensan que tienen una vida infinita por delante.

Aquel domingo lo pasó trabajando desde el mediodía hasta el anochecer, absorto en su tarea. Ya comenzaba a oscurecer, aunque por la ventana sobre su escritorio todavía entraba algo de luz.

Sonó el timbre del vestíbulo con insistencia: cuatro, cinco veces. Al final László se levantó disgustado y abrió la puerta. Entraron de golpe dos de los Kollonich: Péter y Miklós, al que llamaban «Niki».

—¡Te hemos pillado! ¿Estás aquí? ¿Desde hace mucho? ¿Cuándo has llegado? — gritaron estrechándole la mano alegremente y dándole afectuosas palmadas en la espalda. Entraron directos a su habitación y se sentaron en el raído sofá.

Los flamantes trajes ingleses, el pelo bien cuidado, la apariencia elegante contrastaban visiblemente con el ambiente pobre de la vivienda. László se alegró de que estuvieran a oscuras y no se viera nada del modesto apartamento. En ese



momento decidió mudarse de nuevo, traer muebles de casa y buscar un alojamiento del que no tuviera que avergonzarse si algún familiar de Budapest le hacía una visita.

Se sintió incómodo sin razón. A sus primos, que vivían en anticuados apartamentos de soltero en el palacio Kollonich, no les importaba; estaban tan acostumbrados a los muebles lujosos que ni se daban cuenta de que otras casas eran diferentes.

—¡Qué escándalo! Estás aquí y te hemos enviado no sé cuántos telegramas a Transilvania —dijo Péter, el hermano mayor, un joven regordete y rubio.

Era hermano de Klára, hijo de la primera mujer de su padre, a quien se parecía. Niki, en cambio, su hermanastro, tenía los rasgos característicos de los Gyerőffy, y hubiera podido pasar por el hermano menor de László.

—En el casino tampoco sabían nada de ti. Le escribimos a Bálint y simplemente nos dijo que te habías ido. ¿A qué se debe tanto secretismo? ¿Qué te pasa?

—¿Ves? Te lo he dicho, vamos a ver si está escondido en su madriguera —se rio Niki. Le gustaba presumir de que conocía la terminología de la caza en húngaro, pues el resto de su familia solo hablaba el alemán *Waldmanns*.

—Estoy estudiando mucho. Por eso llevo una vida solitaria.

—¿Y para qué? Uno aprueba los exámenes como sea. Además eso no es una razón *to cut*, para cortar con nosotros —dijo Péter haciendo ostentación de sus conocimientos de inglés—. Ya que te hemos pillado, te voy a decir por qué te buscábamos. Habrá cacería de faisanes dentro de una semana; empieza el día veinte. Serán tres días, como siempre. Tienes que venir sin falta.

László intentó rechazar la invitación: no podía faltar al conservatorio y repitió los mismos argumentos que había usado Bálint para convencerle. Razonó largamente.

A los Kollonich les importaba un comino, puesto que para ellos los estudios musicales, como todos los estudios, eran un asunto secundario. A lo sumo servían para pasar el rato. ¡Sin embargo, la caza del faisán...! ¡Una caza estupenda! Solo serían tres días y László no pensaba ir. ¡Qué tontería! Les parecía totalmente inconcebible. A Niki se le ocurrió el único motivo posible:

—Seguramente hay una mujer detrás de todo esto. No lo niegues. Husmeando un poco sabremos quién es en una semana.

—Tienes que venir. Es impensable que faltes. A papá le disgustará mucho que le dejes plantado, sobre todo porque los invitados de este año son pésimos tiradores, y mi hermano Luika y Tóni Szent-Györgyi, como sabes, ya están en Oxford y tampoco participarán. Bálint vendrá, pero es mediocre, solo nosotros y el tío Antal somos buenos con la escopeta. Si no conseguimos que vengan tiradores hábiles, la cacería será un desastre. ¡Y menuda faena! Hemos de acabar con dos mil aves. ¡No puedes faltar!

Insistieron machaconamente, animándole y argumentando que no era un buen amigo. Un familiar no debía comportarse de este modo. Y le prometieron que el último día por la noche podría volverse.

Al final László cedió, pero afirmó que no se quedaría ni un minuto más allá de los tres días de caza. Cuando se despedían, intentaron engatusarle para que saliese a pasar la noche con ellos y fueran al teatro de variedades.

Gyeróffy se mantuvo firme, que no, que no se iría con ellos. Al día siguiente tenía que madrugar.

Volvió a sentarse junto a sus libros e intentó concentrarse. Las concordancias del contrapunto se volvían borrosas ante sus ojos. No podía continuar, estaba distraído; en vano se esforzaba en estudiar. Al final lo dejó, encendió la luz y abrió el estuche de la escopeta que estaba encima de la cómoda. Era un estuche liso y alargado con cantoneras y cierre a presión, un lujoso regalo de sus dos tías que había recibido hacía tres años por Navidad.

La escopeta era de doble tubo con un solo gatillo, en la culata había una placa minúscula de oro con el escudo de los Gyeróffy y en el estuche estaba grabado su nombre, aunque con un error ortográfico: «Count Ladislas Gieróffy». Sacó el arma y la montó. Era fácil porque su mecanismo era tan preciso como el de un reloj. La abrió un par de veces, miró por los cañones y volvió a cerrarla. Lo hizo con un sonido limpio, cristalino. Jugó un buen rato con ella, luego volvió a colocarla en el estuche. Esa noche dio un largo paseo por la desierta orilla del Danubio.

Laczók fue a Simonvásár el 19 de noviembre con Bálint Abády, que había llegado a la capital un par de días antes debido a los últimos acontecimientos políticos.

Llegaron muy entrada la tarde tras un fatigoso viaje en carruaje; aunque el castillo estaba apenas a diez kilómetros de la estación, el camino era desastroso. Estaba peor que en otras partes porque a Kollonich le gustaba llevar la contraria al gobierno de turno y mantenía los contactos con el condado a través de su administrador.

La carroza cruzó el amplio patio del castillo y se paró en medio, delante de la columnata de la entrada.

Los criados, rectos, les ayudaron a quitarse el abrigo en profundo silencio; después, guiados por un lacayo vestido con un frac azul, pasaron por la biblioteca, que era una sala rectangular de piso y medio de alto cubierta por una cúpula. Con pasos apresurados cruzaron el salón rojo con sus cinco ventanas, donde se reunían Klára y los jóvenes, y por la puerta de doble hoja entraron a la sala que hacía esquina, donde la duquesa Ágnes recibía a los invitados.

El salón tenía la misma altura que la biblioteca, pero en vez de por libros sus paredes estaban cubiertas por un estuco claro. El mármol artificial estaba pintado de colores suaves: alimonado, malva y glauco, en el más puro estilo imperio, aunque el famoso Pollák, el gran arquitecto del Museo Nacional, lo terminó a finales de los años treinta.

La duquesa los recibió afectuosamente, les sonrió con cariño y acarició el pelo de László cuando él le besó la mano. Fue un gesto muy familiar, sin embargo, se notaba

que era siempre consciente de ser una dama distinguida, y que consideraba sus palabras de afecto y la mano que tendía para ser besada como regalos, si no como toda una distinción.

Seguía siendo una mujer esbelta, hermosa, aunque en su cabello castaño se mezclaban mechadas canosas; en su tez, antes resplandeciente y rosada, aparecían las primeras manchas rojizas. Llevaba un vestido largo a la moda inglesa, un *tea-gown*. Entre sus encajes se vislumbraba la blancura de sus brazos, todavía preciosos, y su cuello sedoso. La suavidad del traje no podía disimular el hecho evidente de que llevaba un rígido corsé, y por eso permanecía tan erguida.

A su derecha estaba sentado un señor mayor, corpulento y robusto. El conde Kanizsay, general de caballería, *General der Kavallerie*, héroe de la ocupación de Bosnia.

Procedía de una casa húngara muy antigua. Era descendiente de aquel Kanizsay que murió junto con el famoso Miklós Zrínyi en la defensa del castillo de Szigetvár. Sus antepasados lucharon contra los turcos y sirvieron a la familia de los Habsburgo con fidelidad absoluta. Por eso habían recibido el título de «Perpetuus in Komárom», es decir, la capitania hereditaria de Komárom. A pesar de su ilustre abolengo, el viejo hablaba bastante mal el húngaro, puesto que había pasado toda la vida en el ejército en un ambiente alemán. Ahora estaba retirado, pero no había perdido nada de su gallardía militar. Seguía llevando el uniforme, camisa gris con cuello dorado, y de las numerosas condecoraciones que lucía en su pecho abultado solo una insignia mostraba un resplandor blanco: la pequeña cruz de María Teresa.

A la izquierda de la anfitriona, en el canapé de seda, se aburría la mujer del general, una alemana vieja y pesada, que había sido una señora muy distinguida, pues tenía parentesco con la casa real bávara gracias a un matrimonio morganático. A su lado estaba la señora Lubiánszky, que había ido a acompañar a sus dos guapas hijas. Frente a ellas se hallaban la preciosa Fanny y la joven y hermosa mujer de Berédy, que seguramente solo estaba con las mayores por obligación, pues habría preferido estar en el salón rojo con el resto de los chicos.

Los más jóvenes estaban merendando té acompañado con *muffins* y sándwiches finos de mantequilla, porque allí incluso los pasteles seguían la moda inglesa. Szabó, el mayordomo, con mirada imperial y vestido de librea, servía la comida junto al criado del frac azul. Los dos hombres eran muy altos y se movían como sombras entre los invitados.

Klára y sus dos hermanos, las primas Stefi y Magda Szent-Györgyi, más las dos condesas Lubiánszky formaban un círculo con otro joven algo mayor, Frédi Wülffenstein, hermano menor de la señora Berédy.

Mientras cruzaba el salón rojo saludando a todos, László, sin querer, observó a Bálint. Estaba tan tranquilo, tan seguro de sí mismo. Naturalmente su actitud era respetuosa y cortés, pero se le notaba en los gestos que no pensaba que valiese menos que los demás, no se sentía ajeno a esos círculos. Tal vez sus modales, que reflejaban

seguridad y amor propio, eran consecuencia de sus trabajos en el extranjero. Lo miró con un poco de envidia. ¡Ojalá un día pudiera comportarse con tanto aplomo! Él siempre tenía la sensación de que le hacían el favor de admitirlo en sus reuniones, como si fuera un don nadie entre seres superiores que toleraban su presencia.

¿De dónde venía ese sentimiento irracional de inferioridad? ¿Valían los demás más que él? Su linaje era más antiguo, la nobleza de los Gyerőffy tenía orígenes en la Edad Media; su fortuna no era grande, pero suficiente para no depender de nadie; además, sus tierras no procedían de donaciones sino de los primeros conquistadores húngaros que llegaron a la cuenca de los Cárpatos. En cambio los Kollonich emergieron a finales del siglo XVII gracias a un cardenal, y su fortuna, el enorme castillo y la finca llegaron con la dote de la hija del banquero Sina, la abuela de sus primos. El viejo Sina fue un banquero griego, no un descendiente de Attila y Árpád.

¿Por qué tenía entonces la sensación de que esas personas, que además eran parientes suyos, eran superiores y más distinguidas?

Sin embargo, sus preocupaciones se desvanecieron cuando cogió la suave mano de Klára y vio que sus ojos de color verde grisáceo brillaban de alegría al verle.

Después de intercambiar un par de palabras, Abády preguntó por el anfitrión, hacía años que no visitaba Simonvásár. Stefi le dijo que el tío Louis estaba en el salón de fumadores porque desde que habían hecho obras en las salas, la tía Ágnes apenas toleraba los cigarrillos y menos aún los puros.

Se marcharon hacia el salón.

Al salir por una puerta lateral pasaron por un pasillo ancho, alfombrado, que daba dos vueltas siguiendo la forma en U del patio y al final entraron en la sala.

Se trataba de una habitación espaciosa, oscura, de color tabaco. De las paredes colgaban cornamentas, sin embargo, el mobiliario formado por butacas de cuero y sofás gastados no tenía nada de particular. Las demás habitaciones de la casa estaban decoradas en un riguroso estilo imperio. El tío Louis había logrado defender ese lugar de la pasión estilista de su mujer, prefería la comodidad y le importaba un comino seguir la moda.

Había tres hombres sentados en la sala: el anfitrión —un hombre de estatura mediana, un tanto rechoncho— vestía un traje de caza austriaco, aunque en los pies lucía un par de pantuflas desgastadas; a su lado se sentaba su cuñado, Antal Szent-Györgyi; y enfrente el robusto «Pali»<sup>[9]</sup> Lubiánszky. Louis Kollonich estaba contando sus últimas aventuras de caza, terriblemente complejas, que ocurrieron durante la brama pasada.

Lubiánszky aparentemente se aburría como una ostra.

No obstante, el anfitrión disfrutaba enormemente contando sus anécdotas. Con gestos aparatosos imitaba cómo los ciervos meneaban la cornamenta, a él mismo batiendo cuidadosamente el campo de caza, la berrea de los machos, sus movimientos

de alerta y los bufidos de alarma. Puesto que era un hombre pesado y agitaba los brazos y las piernas, su silla crujía debajo de él con cada movimiento. En alguna ocasión semejante había quedado deshecha.

Los dos cuñados representaban dos extremos opuestos: en términos caninos, uno daba la impresión de ser un galgo; el otro, un lulú. Szent-Györgyi era un hombre larguirucho y enjuto, de cabello canoso con un brillo azulado, y el rostro alargado. Kollonich tenía la cara redonda, gruesa y el pelo rubio. La pequeña nariz y los minúsculos ojos se perdían entre los abultamientos de su rostro. Llevaba bigote y barba cortada al estilo Emperador; Szent-Györgyi, solo bigote inglés.

Lubiánszky se alegró al ver a los recién llegados. Por una parte, porque así se acababa la enésima anécdota acerca de la brama —los cazadores preferían sus propias historias—; y por otra, porque le interesaba mucho la política y quería saber más sobre las nuevas de Budapest que solo podía leer en la prensa. A Szent-Györgyi también le interesaban los sucesos recientes, pero por otra razón: él era un señor de la corte, palafrenero imperial, fiel servidor del viejo rey.

El tío Louis encendió el siguiente puro.

—¿Qué pasó? ¿Cómo fue? ¡Venga, cuéntenoslo todo!

László volvió con las muchachas, en cambio a Bálint le ofrecieron un asiento y se pusieron a escucharle con suma atención.

Les interesaba sobre todo la sesión parlamentaria del 18 de noviembre.

En la capital se preparaba un temporal.

El Parlamento se había reunido en medio de un tenso y cargado ambiente, previo al tumulto que se había de producir. El primer ministro Tisza y el presidente habían hecho una propuesta para crear un comité de expertos y reformar el Parlamento. La oposición no cejaba en sus protestas y se había conseguido, pretextando errores de forma, obstaculizar todo acuerdo. Al final declararon la obstrucción total contra la reforma del Parlamento.

Así llegó el día 18 de noviembre.

Desde el día anterior hubo sesiones paralelas. Por la tarde la oposición mantuvo una reunión a puerta cerrada. Cuando terminaron, muy entrada la noche, se presentó todo el partido del gobierno. Después del discurso de Tisza, que solo fue interrumpido de vez en cuando por la oposición —apenas había unas treinta personas—, el partido gubernamental se puso de pie:

—¡Votemos, señores! ¡Votemos! —gritaron todos a la vez, mientras el presidente ondeaba un papel en la mano, queriendo decir algo en mitad del alboroto.

Así les contó Bálint los acontecimientos de ese día.

Lo contó con pocas palabras, solo los hechos, sin comentarios. No habló de sus impresiones. Sin embargo, lo había visto y vivido todo de cerca. Había entrado en la sala cuando la reunión a puerta cerrada ya había acabado. Se había colocado en la

última fila de asientos, justo enfrente del estrado presidencial. El partido gubernamental, que hasta ese momento había esperado en sus oficinas, entró en oleadas. Nunca antes habían sido tantos ni tan batalladores.

Tisza se alzó para hablar. Su figura esbelta, varonil, oscura, contrastaba con las caras iluminadas de los diputados que le miraban fijamente sentados tras él. Pronunció palabras duras, acusadoras; enumeró los esfuerzos que había hecho para intentar restablecer el orden parlamentario y que no habían servido para nada. ¡Ya era suficiente! El discurso se volvió cada vez más combativo, como las acusaciones de los profetas bíblicos, y dijo a modo de sombrío augurio:

—Si el país no actúa ahora, será necesaria una gigantesca catástrofe nacional para entrar en razón, para despertarse de esta locura.

La izquierda lo escuchaba paralizada. No intentaron volver a interrumpirle, a alterar el orden; parecían hechizados.

De vez en cuando algún diputado del partido se levantaba y gritaba: «¡Votemos!». Otros se ponían de pie titubeando, pero Tisza les hacía una señal para que se calmaran. Quería terminar el discurso. El público estaba cada vez más agitado, se levantaban con mirada provocadora, y solo la mano de Tisza conseguía que no comenzasen a gritar de nuevo. Por fin, el presidente llegó a la última frase:

—¡Acabemos con esta farsa!

El partido entero se puso de pie con gran estrépito y sus miembros gritaron al unísono:

—¡Votemos!

Tal vez desde el otro lado también gritaron algo, pero fue acallado por el clamor ensordecedor de cientos de personas. El presidente seguía en el estrado ondeando un papel doblado por encima de la cabeza. Se veía cómo movía los labios en un intento de decir algo, pero no se le oía con tan tremendo bullicio. Pasado un rato, se levantó y bajó tambaleándose.

La masa de diputados bajó en tropel hacia el centro de la sala donde se encontraba la Mesa del Parlamento con la colección completa de los libros judiciales. Agitaron los brazos, discutieron fervorosamente; de repente, por encima de las cabezas empezaron a volar papeles y libros, no con la intención de agredir, sino sin motivo alguno.

Abády no quiso quedarse más. Sintió un asco creciente, una desilusión amarga.

Únicamente le había impresionado el discurso de Tisza, pues solo él había actuado por absoluta convicción. Lo demás era una farsa, pura comedia: los saltos, el entusiasmo y los gritos de los tres o cuatro partidarios del gobierno que se habían levantado aparentemente indignados habían sido fingidos, solo habían servido para provocar a los derechistas. La teatral sorpresa de los diputados izquierdistas también había sido simulada, puesto que sabían lo que iba a ocurrir desde hacía días.

Bálint se alejó rápidamente por el pasillo alfombrado.

Reinaba un silencio profundo, como si el enorme palacio estuviera vacío. Al girar

se encontró con que el viejo presidente del Parlamento caminaba apoyado en el notario y en un ujier. Les preguntó qué había pasado, qué habían anunciado. El anciano tartamudeó de la emoción:

—Todo está... todo está...

Y los dos hombres que le sostenían volvieron a emprender el camino hacia el despacho del presidente.

El Casino Nacional bullía como un hormiguero. La cámara de Deák había sido ocupada por los partidarios de Andrásy, el resto paseaba en grupos de tres o cuatro, preocupados, escandalizados o victoriosos, según su tendencia política y su naturaleza. Solo los salones de juego parecían intactos; alrededor de las mesas de tapete verde los tahúres del *bridge* y la canasta seguían jugando impasibles, meditando si hacer un *impasse* o si les iría bien hacer la contra.

En el salón de fumadores del palacio Kollonich, Bálint no habló sobre sus impresiones o sentimientos, no juzgó; se limitó a responder a las preguntas.

La razón de sus reservas era que los presentes habían reaccionado a las noticias con emociones diferentes.

Antal Szent-Györgyi lo observaba todo desde la altura del Olimpo. Se alegró al pensar que por fin alguien haría entrar en razón a los que «se oponían a la voluntad de su Majestad». Pero se alegró sin demostrarlo porque para él la política era un trabajo sucio. Admitía que era necesaria —como abonar la tierra— pero no le parecía una profesión de caballeros, sin embargo, pasó por alto el hecho de que Bálint fuera diputado, pues sabía, como buen entendido en genealogía, que Abády era descendiente de un líder *besenyő* del clan Tomaj que se estableció en Hungría durante el reinado de Géza en el siglo x, y los gobernadores, voivodas y demás nobles de su familia habían desempeñado papeles decisivos durante el reinado de la dinastía de los Árpád. Alguien que tuviese tan distinguidos antepasados podía permitirse, si le daba la gana, mezclarse con la gentuza. La opinión de Lubiánszky no estaba tan clara. Había sido gobernador del condado de Tolna durante el gobierno de Széll, pero al haber sido cesado se había sumado al grupo disidente de Andrásy. Odiaba a los revolucionarios de 1848, pero odiaba igualmente a Tisza. Se habría alegrado de ver a los primeros derrotados, pero esperaba que Tisza fracasara también. No era fácil hacer concordar ambos deseos. A Kollonich no le interesaban demasiado los asuntos políticos. Siendo un noble rico y muy católico, el Partido Popular le sacaba dinero en las elecciones. Por eso les tenía algo de simpatía, aunque estaba disgustado con todos los gobiernos... En realidad, la única cosa seria que le interesaba era la caza y ahora esperaba con impaciencia poder seguir con la excitante historia de la brama que Abády había interrumpido con su llegada.

—Pues como os he dicho, llegué al haya y, entonces, a la izquierda, oí a un corzo. ¿Qué hacer? Pensé que lo mejor sería que, sigilosamente...

Bálint volvió al salón rojo a disfrutar de la compañía de las mujeres.

La mayoría de los invitados había llegado.

Solo faltaban dos: el conde Slawata, consejero de embajada, y el príncipe Montorio-Visconti, que esa mañana habían salido juntos en automóvil desde Viena y que todavía no habían llegado aunque ya eran las seis.

La mirada de la anfitriona apenas podía disimular su preocupación, sin embargo, seguía la insulsa conversación de sus invitados con toda formalidad. De vez en cuando lanzaba una mirada hacia la chimenea, donde el enorme reloj de bronce marcaba la hora entre figuras verdes y doradas. Era la obra maestra de Pradier, pero la duquesa no se interesaba por las estatuas, sino por las manecillas del reloj, que avanzaban sin parar. Al final no pudo más y, con un gesto apenas perceptible, llamó al criado que estaba al servicio.

—¡Que el duque Péter venga a verme! —le dijo la señora Kollonich—. Deberíamos enviar un carruaje a buscarles por el camino real de Fehérvár —susurró al oído de su hijastro—. Es posible que tengan alguna avería —añadió en inglés en voz todavía más baja—. ¡Tu padre no se preocupa por nada!

Apenas llegó el joven a la entrada del salón, cuando se abrió la puerta de la biblioteca. Entraron un señor alto y otro bajito pero fornido: Montorio y Slawata. Por fin estaban allí.

Aunque tenía nombre italiano, el «Príncipe» era un terrateniente austriaco con fincas en Carniola. No sabía ni una palabra en italiano. Era un joven guapo, agradable, de piel morena, incluso su calva tenía un aire elegante. Los ojos de un azul claro brillaban en su cara tostada. El minúsculo bigote negro parecía estar pegado debajo de la nariz. Avanzó deslizando los pies como quien está muy hecho a caminar por el parqué. Iba cuidadosamente afeitado. Slawata era rubio, chato, de cara redonda. Llevaba gafas con gruesas monturas de cuerno. Llamaba mucho la atención tal complemento porque en aquel entonces solo se llevaba monóculo o, en el peor de los casos, quevedos invisibles. Llevar anteojos era considerado pretencioso, era señal de ahorro, de trabajo serio, de una concepción moderna del mundo. Sus gestos daban a entender lo mismo; su andar era algo pesado, como de campesino. Llevaba traje azul oscuro, muy discreto.

Después de saludar fueron a ver al anfitrión.

La anécdota de Kollonich fue interrumpida nuevamente. Ya no pudo terminarla porque sonó el gong avisando a todos de que era hora de cambiarse para la cena.

Los invitados llegaron a la antesala por todas partes. Desde allí salieron hacia las habitaciones respectivas, donde les esperaban sus baúles.

Péter Kollonich se dirigió a László:

—Te toca una habitación cerca de la cocina. No te importa, ¿verdad? Este año hay tantos matrimonios y mujeres que ha sido imposible repartir los cuartos de otra



manera. Por eso pensamos que tú, como pariente tan próximo...

E hizo una señal a un criado para que acompañara a László a su habitación.

El criado iba delante y a la derecha.

El pasillo era igual, pero las baldosas de Kehlheim no estaban aquí cubiertas de alfombras. Pasaron por la puerta blindada de la cámara de plata, que se abría al lado del aparador. Así giraron a la izquierda siguiendo las curvas del ala del castillo a lo largo de la cocina central. Se oyó el repique de las ollas de cobre, el golpeteo rítmico del batidor y los reproches del *chef*, el jefe de cocina. Allí brillaba por su ausencia el silencio majestuoso que reinaba en las demás partes del castillo. Un pinche gritó algo mientras pasaba jadeante por su lado; una moza de cocina se acercó corriendo desde enfrente, dio un portazo y desapareció; algunas camareras bajaron por la estrecha escalera y se apresuraron hacia la otra ala cruzando el patio.

Nadie saludó al huésped, todos simularon no verlo.

Dieron dos vueltas más a la derecha y a la izquierda. Al final del largo corredor entraron en la habitación destinada a László. Era la que cerraba el ala por el lado derecho del patio.

Una habitación espaciosa y agradable. La única diferencia respecto a las otras era el mobiliario sin estilo y la tapicería sencilla. Aun así, era infinitamente más bonita que el pequeño piso de László en Budapest. Sin embargo, le molestaba que lo escondieran en aquel hueco del ala de servicio. Le habían dado una habitación que él sabía destinada a alojar a los cocheros de los invitados, al electricista y a esa clase de gente. El razonamiento amable de Péter —«tú, como pariente tan próximo...»— no mitigaba el agravio, porque a Stefi Szent-Györgyi le habían dado un cuarto en la otra ala, y él también era primo hermano. «¿Por qué me habrá tocado precisamente a mí...?», se preguntó, y se sentó al tocador.

Le invadieron los recuerdos.

Sí, ya en su infancia se sintió en esa situación de desventaja, pero entonces lo atribuyó al hecho de ser huérfano de madre y padre. Sin embargo, de niño encontró en esa circunstancia un sentimiento romántico que albergó con afectación bajo la influencia de la novela juvenil *El pequeño lord*. En el protagonista se veía reflejado a sí mismo y ello le agradaba. En sus fantasías infantiles imaginaba tener orígenes misteriosos, borrosos, que años más tarde le llevaban a un desenlace glorioso. El misterio de su origen se apoyaba en el hecho de que sus parientes nunca mencionaban a sus padres.

Aparte del silencio respecto a sus padres, sus familiares siempre le trataron con cariño. En Navidad y en el día de su santo le hacían regalos como a sus propios hijos: al principio juguetes, más tarde libros, un látigo para cabalgar, una escopeta ligera de perdigones... Si las tías se llevaban un domingo del internado Theresianum a los muchachos Kollonich y Szent-Györgyi e iban a la ópera o a la pastelería Demmel, él

siempre iba con ellos; y durante las vacaciones en Simonvásár o en Nyitra, en la casa de los Szent-Györgyi, casi se le olvidaba que al fin y al cabo solo era un invitado más.

Poco a poco, al final de sus años de adolescencia se produjeron algunos pormenores que desvelaron la realidad. Fueron detalles que, como un alfilerazo inesperado, hicieron mella en el orgullo del muchacho que, tal vez por ser huérfano, era extremadamente sensible.

Ahora se acordaba de ello con nitidez. En una ocasión, cuando él tendría unos quince años, los muchachos Kollonich recibieron como regalo varios ponis. László los montaba cuando pasaba las vacaciones en su casa. Un día, bajo la vigilancia del palafrenero moravo, hicieron una carrera de obstáculos. Saltaron vallas y setos bajos. No obstante, el poni que montaba László saltó mal, cayó de bruces y sufrió una torcedura de omóplato. Al día siguiente Niki, un mocoso cuatro años menor que él, le dijo: «Por culpa tuya mi caballo está cojo. ¡Nunca más te dejaré montarlo!». Seguramente lo dijo con el deseo infantil de provocar y presumir, ya que los ponis eran de uno u otro solo en teoría, pues los montaban según les convenía o les ordenaba el palafrenero. Sin embargo, a László, que no tenía caballo, el comentario le hizo recordar brusca y dolorosamente que era solo un invitado. No obstante, el recuerdo más desgarrador fue el combate de boxeo al que le retó el primo de Alajos, Luika, que era un año y medio menor que él, pero muy fornido. Empezaron jugando con la condición de no darse en la cabeza. Luika, desde el primer momento, no se atuvo a la regla. László perdió el control y por casualidad le dio un puñetazo en la boca. Se montó un buen número porque Luika empezó a sangrar por los labios y se le quedó un diente flojo. Al muchacho no le importó el accidente, pero la tía Ágnes, su madre, advertida de inmediato por los preceptores, se enfadó con él seriamente; László tuvo que pedir perdón a pesar de tener la cara llena de moratones y de haber sido Luika el primero en violar las reglas.

Se acordó de la mirada amenazante de su tía que, en lugar de restar importancia al percance con unas palabras indulgentes, le dijo que le prohibiría volver a su casa si el incidente se repetía de nuevo. Hacía ya ocho o diez años de aquello.

Con el paso del tiempo se fueron presentando más y más ocasiones que ponían de manifiesto la diferencia económica y social entre él y sus parientes próximos. La discriminación hacía mella en él. No porque les tuviera envidia, sino porque era injusto que le miraran por encima del hombro, puesto que no era menos hábil que los demás. Los que le menospreciaban abiertamente eran los visitantes que se presentaban en Simonvásár a pasar la mañana o la tarde, y los orgullosos criados señoriales. Mostraban su desprecio al no permanecer derechos como estatuas en su presencia, al moverse, sentarse o ponerse a charlar, cosa que nunca hubiesen hecho de saber que alguno de los muchachos Kollonich o Szent-Györgyi podía verles.

El gong le sacó de sus cavilaciones. Tenía que cambiarse rápidamente porque en cinco minutos servirían la cena.

Llegó a la biblioteca en el último momento, cuando los huéspedes ya se iban hacia el comedor.

La anfitriona iba acompañada por el viejo Kanizsay, que la guiaba con anticuada ceremonia. Detrás de ellos iban las demás parejas, todas cogidas del brazo. László se incorporó a la retaguardia de la tropa, formada por los primos que se habían quedado sin señoras a quienes acompañar.

Pasaron por la larga sala de música y entraron en el comedor.

Tenía las mismas proporciones que el salón de mármol que cerraba la otra punta de la fachada: una altura de piso y medio, y las paredes cubiertas de estuco limonado.

Se notaba que había sido decorado en la década de 1830, a finales del clasicismo, porque las superficies de mármol artificial tenían un marco en forma de guirnaldas de rosas, ángulos ovalados y, en medio de los tablones, discos barrocos dibujados también con guirnaldas que rodeaban grandes ramos de rosas. La ornamentación de flores de estuco pulido daba una calidez festiva a la sala de severas líneas.

En medio del comedor brillaba una mesa gigantesca y muy ancha. El mantel blanco había casi desaparecido bajo los innumerables objetos de plata. Había al menos ocho candelabros de varios brazos con cabeza y patas de cabra, tres enormes jarras ovaladas con tapas ornamentadas de acanto y un sinfín de recipientes de diversos tamaños colocados junto a otros objetos más voluminosos, entre los que sobresalían piñas y ananás. Todas las piezas seguían el estilo griego, pero no con las superficies lisas —tan particulares del estilo imperio temprano—, sino lujosamente ornamentadas con realces de perlas, racimos y hojas. El brillo de las velas de los candelabros y la luz de las bombillas del techo se fundían con el esplendor de los adornos de líneas inquietas, demasiado suntuosos y sobrecargados. Era la famosa vajilla de Sina, un verdadero tesoro, labrada para el banquero real por orfebres vieneses.

Los comensales se sentaron alrededor de la mesa; el anfitrión y la anfitriona, en ambos extremos.

Comenzó la cena.

Empezaron a comer con el mutismo particular de los festines fastuosos. Reinaba un ambiente de iglesia en el que los comensales representaban a la piadosa feligresía, y el mayordomo de la cara de mármol y sus ayudantes cumplían con el oficio. Se movían con los gestos rituales propios del clero, sin hacer el menor ruido pero con exactitud infalible. No había ni un repique de platos, ni un tintineo de copas. Solo se oían de vez en cuando las palabras misteriosas del mayordomo o del criado de librea sirviendo vino a los invitados. Murmuraban «Chateau Margot 82» o «Liebfraumilch 56» y seguían su camino.

Poco a poco los exquisitos vinos y los opíparos platos, aunque irreconocibles por tanto arte culinario, hicieron su efecto y se rompió el silencio. Los comensales comenzaron a hacerse comentarios e intercambiar sonrisas.

Magda Szent-Györgyi se dirigió a László:

—¡Vaya noticias que tenemos de ti! —dijo sin más, y con un gesto brusco de cabeza, como el de los pájaros, apartó su mirada.

László no captó la alusión.

—¡Oh, no digas que no! —dijo rehilando las palabras entre sus labios rojos y finos—. Sabemos por qué te escondes en Pest desde hace meses. —Sacó la punta de la lengua como si quisiera lamer algo dulce y lanzó una mirada rápida a su vecino Lubiánszky. Al ver que aquel estaba ocupado con la señora Kanizsay, siguió con más descaro—: Dime, ¿es muy bonita? —preguntó con los ojos abiertos como platos—. ¿Es una *cocotte*? ¿Verdad que sí?

—¿Pero de qué estás hablando? —le preguntó László atónito.

—¡Eres un fariseo! —rio Magda, satisfecha por haber podido decir cosas indecentes que una muchacha como ella no debería ni conocer—. Hubo que tocar el timbre cinco veces para que abrieras y después no te atreviste a encender la luz para que no se descubriera alguna prenda que la mujer hubiese olvidado en tu casa.

László cayó ahora en la cuenta. Magda aludía a la visita de Péter y Niki aquella noche. Se dirigió a su primo, que estaba sentado a su lado, aunque un poco alejado:

—¿Has inventado tú este disparate?

Niki se limitó a encogerse de hombros, lo miró con una sonrisa maliciosa y no dijo nada. László estaba demasiado lejos para obligarle a contestar, así que se volvió hacia Magda. En un segundo se le pasó por la cabeza que Niki se había inventado tal mentira y no solo se la había contado a Magda, sino también a Klára. Solo de pensar que ese embustero habría podido ensuciar el alma dulce, hermosa y pura de Klára se le encendía la cara.

—¡Te has puesto como un tomate! —le susurró Magda en tono victorioso—. ¡Realmente no sabes mentir!

Antes de poder contestar, apareció entre ellos una fuente de plata, larga como un barco argentado con corazoncitos pintados de verde y blanco, acumulados en la cubierta plana. Era una preciosa obra de arte que correspondía al quinto plato del menú y que recibía el nombre de *Chaud-froid de bécasses panaché à la Norvégienne*. Y cuando el barco de guerra se retiró, entraron flotando dos torpedos en forma de salseras. Tenían que acabar con la deliciosa flotilla. Así que la conversación quedó interrumpida, apareció un brazo que les servía vino y oyeron a una voz sepulcral pronunciar las misteriosas palabras: «Merle Blanc 92».

László miró a Klára, que estaba sentada un poco más lejos, entre el Príncipe y Wülffenstein. Por encima de la plata que cubría toda la mesa solo se veían su cabeza y sus hombros desnudos. Ese año la moda exigía trajes de noche muy escotados.

Hacía tiempo, tal vez un año, que László no la veía vestida de noche, por eso solo

ahora se dio cuenta de lo perfecta y hermosa que era su figura. Hasta el momento le había parecido muy delgada, poco desarrollada, quizá estaba un poco anémica. Hasta los veintitrés años dio la impresión de ser una adolescente. Cuando pensaba en ella — y lo hacía a menudo— solo veía sus ojos grises y expresivos, tan insignificante era el resto de su figura; y ahora, inesperadamente, estaba hecha una mujer. Tenía la cara más rosada, los labios más carnosos, el cuello, los hombros, los pechos más llenos, como un melocotón maduro que resalta de manera especial debido a sus colores. El brillo vital de su cutis no era marmóreo ni alabastrino, sino que reflejaba la madurez de una fruta preciosa. Su piel de color salmón claro se bañaba en los centelleos argentados de la vajilla. Como los rayos de sol que bailan en la cara de los bañistas, las llamas verdes danzaban por los hombros desnudos de Klára, en la curva de los labios, debajo de la barbilla, deslizándose por su piel con cada movimiento. Parecía una Venus Anadiomene moderna emergiendo de las heladas olas de plata. László la adoraba y, deleitado ante tanta belleza, se le olvidó el enojo.

Klára notó su mirada, se la devolvió con una sonrisa en los ojos. Tal vez sintió que la encontraba hermosa.

La cena llegó a su final.

La conversación versaba sobre temas generales; los que estaban sentados hacia el centro de la mesa hablaban con los de enfrente. Discutían sobre los nuevos sucesos de la política húngara. El Príncipe, que era miembro del Herrenhaus, la casa señorial austriaca, sacó el tema:

—¿Es cierto que reducirán el servicio militar a dos años? En Viena no nos han dicho nada.

Lo preguntó como si estuviera ofendido porque la decisión no hubiese sido anunciada en la ciudad imperial sino en Budapest.

El viejo Kanizsay reparó en el comentario. No podía creérselo.

—*Nah so was!* ¡No puede ser! —dijo escandalizado. A él, que empezó la carrera militar cuando el servicio era de doce años, la noticia le parecía inconcebible—. ¡Dos años no es suficiente para hacer soldado a un labrador! ¡Es absurdo! ¡Y lo anuncian así, sin más, en el Parlamento! ¿Y su Majestad lo acepta?

—Su Majestad seguramente es el más competente para juzgar la situación —dijo Szent-Györgyi en tono frío y con la mirada seria.

—La culpa es de la influencia que ejerce el gobierno sobre la opinión pública —explicó Lubiánszky, aprovechando con sumo placer la oportunidad para cargar las tintas contra el presidente Tisza—. Tisza pensaba que con eso facilitaría la aprobación de las propuestas de defensa nacional. ¡Evidentemente, se ha llevado un chasco porque ha sido inútil! —dijo, y terminó de contar lo que había ocurrido el pasado viernes, 18 de noviembre, destacando la infracción de las reglas parlamentarias.

No obstante, a Kanizsay le hizo gracia.

—*Diese Tintenschlecker! Diese Bagage!* ¡Estos chupatintas! ¡Qué gentuza! —

dijo aludiendo a la oposición húngara, y como Lubiánszky mencionó a Abády, a continuación se dirigió a él—: *Kennst du diesen Tisza? Was ist der für ein Kerl? Ist es ein guter Kerl?* ¿Conoces tú a ese Tisza? ¿Es buen tipo? —le preguntó con voz gangosa de comandante.

Bálint no pudo evitar reírse.

—¡Por supuesto que sí! Es un buen *Kerl*, un buen tipo.

Sin embargo, Lubiánszky no se contentó con la respuesta. Se enfrascó en una perorata para explicar por qué razón la violencia había sido un error capital, y por qué no había otro remedio que esperar la dimisión del actual gobierno. Le fue difícil exponer sus argumentos porque a veces era interrumpido por la llegada de un plato: helado de nata con el nombre *Bombe frappé à la Sumatra*, bizcochos y tartas; o por alguna librea que aparecía por su lado y le susurraba con voz sepulcral: «Moët & Chandon Réserve» o «Tokaji 1822».

Poco a poco, los señores mayores fueron involucrándose en la discusión general. Incluso Kollonich, Szent-Györgyi y el mismo Wülffenstein, que estaba sentado lejos, más allá de Klára. Solo Slawata se abstuvo de hablar; sin embargo, parecía estar muy atento aunque los demás, ahora más acalorados, hablaban casi exclusivamente en húngaro. Los observaba tras sus gafas, con el ceño fruncido como los miopes.

—¿A usted le interesa el tema? —le preguntó su vecina, la bella señora Berédy. Su voz tenía un timbre despectivo, seguramente pensaba que eran estupideces de hombres.

Slawata se dirigió a ella. Con sus ojos de topo lanzó una mirada al gran escote de la mujer, que llevaba un traje muy holgado y dejaba ver por las axilas y entre los pechos los misterios de su precioso cuerpo.

—Oh, a mí eso me parece chino —contestó el diplomático.

Fanny se rio. Su risa tenía una tonalidad suave, sensual, coqueta, como si se hubiese acordado de algo voluptuoso. Parecía una gata graciosa de ojos achinados y labios finos y delgados; una gata victoriosa después de haberse comido a varios ratones.

Kollonich, que tenía la mala costumbre de ponerse furioso por la discusión más insignificante, ya estaba rojo de ira. Le dio un empujón violento al criado que iba a servirle fruta. Su opinión no era muy distinta de la de Lubiánszky. La única diferencia consistía en que él no deseaba la inmediata caída de Tisza, sino que prefería que esta se produjera cuando el presidente hubiera dejado todo arreglado y acabado. Por ahora había que apoyarle en su trabajo de *Rausschmeisser*, de moderador.

—¡Claro que debemos apoyarle! Independientemente de si es calvinista o no. Este trabajo sí que sabe hacerlo, y bien.

La señora Kollonich lanzó una mirada a Bálint. Él era el único protestante en la reunión. Tal vez para disimular la indiscreción de su marido se levantó de su sitio.

La cena se dio por terminada. Los invitados salieron del comedor charlando y riendo en voz alta, no en solemne silencio, como habían entrado. Solo los criados

guardaron su marmórea calma. En la biblioteca y los salones les esperaban café y licores franceses, además de *whisky* y soda para los anglófilos. La animada charla llenó el ambiente. En la sala del piano comenzó el baile al son del gramófono.

La señora Berédy volaba en brazos de László.

—Baila usted muy bien —dijo la mujer—, tiene un excelente sentido del ritmo.

—Soy músico —contestó el joven.

—¡Oh, qué interesante! ¿Toca el piano?

—Sí, y el violín —respondió automáticamente mientras vigilaba a Montorio, que bailaba el vals con Klára. Tenía la sensación de que se inclinaba demasiado hacia ella; le pareció de mal gusto, era casi grosero.

—Yo canto. Soy *mezzosoprano* —continuó la mujer, y le hizo otra pregunta—: ¿Sabe acompañar el canto?

—Tal vez. Nunca lo he hecho.

—¡Pues vamos a intentarlo! —dijo Fanny con una sonrisa; le miró a los ojos y le estrechó el hombro.

László no contestó.

«Es realmente indecoroso como baila este tipo —pensó—. ¡Y qué color tan poco sano tiene! Tal vez esté enfermo».

Miró con odio cómo el Príncipe acercaba su minúsculo bigote al oído de Klára y le susurraba algo. La joven soltó una carcajada y apartó la cabeza. Su mirada se cruzó con la de László y le envió una sonrisa de simpatía.

—Mañana enviaré a alguien por mis partituras.

—Por supuesto, bien —dijo Gyerőffy, mientras pensaba: «¡Qué dulce y buena chica es Klára, qué bonita y buena...!».

Bailaron hasta muy entrada la noche. Pasadas las doce los invitados se retiraron.

László caminó solo hacia su habitación. Solo había bombillas encendidas en los recodos del largo corredor.

Al llegar a la escalera de servicio vio a Szabó, el mayordomo, recostado contra la pared unos peldaños más abajo. Ya no llevaba el frac, sino una chaqueta gris: claramente esperaba a alguien.

László se desvistió rápidamente y se acostó en la cama. Hacía demasiado calor en la habitación cerrada, no podía dormir. Intentó abrir la ventana, pero no pudo con las contraventanas, tal vez requerían un truco que él no conocía; así, dejó entreabierta la puerta que daba al pasillo.

Ya llevaba un buen rato acostado con la luz apagada cuando sonaron los cristales de la puerta que iba del pasillo al patio. Se oyeron las pisadas apresuradas de una mujer, después palabras en voz baja. Eran de un hombre y una mujer.

Apenas llegó a comprender algunas de ellas:

—¡No, no! ¡Señor Szabó, por favor! Yo no soy una chica...

La respuesta sonó dura en la voz abaritonada:

—¡No seas tan tonta! Sabes bien que conmigo no se puede... Lo sabes bien...

László no oyó más, se entregó al sueño.



Eran las nueve.

Los cazadores se reunieron en el comedor para desayunar: los doce hombres habían ido llegando uno a uno y sentándose a la mesa. Casi todos estaban de mal humor por no haber podido dormir lo suficiente.

Naturalmente todos llevaban traje de caza, cada uno de estilo diferente, sin embargo, era evidente que había dos tendencias de moda; dos partidos contrarios. Una era la austriaca, los trajes *Waldmann*. Los preferían los señores mayores —el anfitrión, el viejo Kanizsay y Lubiánszky— con la excepción de Szent-Györgyi. Se trataba de un traje de loden gris con solapa y chaleco verdes y botones de cuerno, pero las prendas eran viejas, y estaban raídas y deslucidas, con algunos parches de cuero allí donde se había desgastado la tela por tantos años de uso. Habrían podido ser tomados por guardabosques de cierto nivel, lo que les habría llenado de orgullo, pues con aquellas prendas vetustas querían demostrar que pasaban todo su tiempo libre por los bosques y que cazar era su única distracción. Entre los jóvenes solo había uno, Péter Kollonich, que pertenecía a este grupo, pero no seguía el estilo de manera ortodoxa porque era evidente que los colores de su traje —gris pizarra y verde musgo— habían sido elegidos con gusto, y que todas las prendas eran nuevas, lo cual significaba una herejía absoluta.

La otra línea era la moda inglesa: había chaquetas con cinturón y pantalones hechos de tartán escocés con cuadros y listas cruzadas de diferentes colores. Szent-Györgyi y los jóvenes seguían esta tendencia. La indumentaria permitía combinar la fantasía y el gusto personal. Justamente por eso reflejaba la personalidad y las preferencias de cada uno.

Antal Szent-Györgyi era el mejor ejemplo. No llevaba nada particular, su vestimenta parecía sencilla y sin grandes pretensiones; solo al analizar su plena y perfecta armonía se notaba la señal de la cultura y el gusto más elevado, porque no era casual que vistiera la chaqueta caoba con pantalones gris plata, ni la corbata azafranada, que parecía un adorno de vivo color sujeto en el pecho. Tampoco era casualidad que llevara polainas de cuero, rígidas y lustrosas, que marcaban la línea de sus piernas rectas y largas. Su estilo era discreto, nada ostentoso. Su figura de galgo, alta y delgada, no necesitaba llamar la atención porque se veía en el conjunto de sus prendas y en la armonía de los detalles que era más caballero que nadie. En cambio, Frédi Wülffenstein era todo lo contrario, tal que un tablero de ajedrez que hubiese salido de paseo, puesto que iba cubierto de cuadros hasta los calcetines, que eran de shetland y habían sido tejidos con lana roja, azul, verde y naranja, y adornados con volutas, pompones y cascabeles. Le había costado mucho hacerlos traer directamente de Londres. Quizá Slawata también pertenecía a la línea inglesa, aunque no estaba del

todo claro porque vestía abrigo de paño gris abrochado hasta la barbilla, sin imaginación alguna. Por eso dijo Wülffenstein que tenía un aspecto deslumbrante: «¡Este indeseable viste peor que el último de los cocheros!», comentó a espaldas de Slawata cuando salió con Niki hacia los carruajes.

—¡O que un mecánico con traje de domingo! —añadió Niki con malicia y en voz alta—. ¿Cómo va a entender húngaro ese puñetero forastero?

Y, caminando detrás del checo, rieron a carcajadas.

En el patio, doce carruajes esperaban a la partida de caza.

Había diez birlochos altos, amarillos, con los caballos *nonius* de raza húngara, huesudos, conducidos por cocheros bigotudos que generalmente gobernaban caballos de carga y se notaba que solo en grandes ocasiones vestían con librea. Los otros dos coches, tirados por alazanes oscuros y un poco flacos, procedían del establo del castillo y llevaban cocheros bien afeitados, vestidos de gris. El primero era una calesa con capota para que el viejo Kanizsay no hubiera de subir todo su enorme peso a un coche alto; el otro era un carruaje bajo hecho de mimbre que esperaba al anfitrión. En verano le servía para ir a por corzos.

Al lado de cada carruaje había dos personas: un peón que cargaba las cajas con cientos de cartuchos, cerradas con correas; y un cargador, normalmente el guardabosques del invitado o cualquier otro que asignasen en la finca. Estos últimos portaban las escopetas. En la chaqueta del peón y en la linterna del carruaje figuraba el mismo número. Servía para marcar los puestos de cacería durante la batida del faisán, asignado a cada cazador según su capacidad y rango. Era un sistema inventado por el archiduque José y casi todo el mundo lo aplicaba porque así era más fácil que la gente encontrara su puesto y a sus ayudantes sin tener que dar órdenes nuevas en cada batida. Una cacería de tal envergadura, con doble equipo de batidores, con guardias que levantaban la caza por fuera para que entrara en el campo de tiradores, con carros para portar las piezas, con personal para vigilarla y contarla, y con numerosos mensajeros a caballo, necesitaba tanta organización como una maniobra imperial.

Los carruajes corrían al trote por la infinita alameda que dividía la finca, subía recta por la pendiente y desaparecía para volver a emerger de nuevo. Los chopos del largo camino aparecían borrosos entre la neblina matinal que se había levantado por el oeste, desde el lago Balaton. El camino corría entre enormes campos de trigo divididos por setos de majuelo. En la lejanía se vislumbraba el humo de un arado de vapor. Alrededor se veían caseríos blancos con sus largos establos de bueyes, yermos marrones y casitas de labranza, más la alfombra verde de los sembrados. Cada dos o tres campos se podía ver un cobertizo en forma de L, y en medio del bosque se abría

una entrada con sitio para diez tiradores y dos más laterales.

Los carruajes llegaron a la primera parada. Los tiradores ocuparon su sitio según sus números correspondientes. Sonó la trompa de cobre. Los batidores empezaron a levantar la caza, no con gritos sino con silbidos. Llevaban dos globos de madera encadenados a un mango también de madera que hacían sonar cuando lo sacudían, pero los faisanes no se asustaron con este ruido y, en vez de levantar el vuelo, se pusieron a caminar hacia los cazadores. El matraqueo se fue acercando poco a poco.

Así transcurrió la mañana, cazando sin cesar.

Solo cambió el orden de los tiradores. Los turnos seguían un astuto sistema. Los puestos más ricos en caza fueron a parar al general Kanizsay, Szent-Györgyi, Montorio y al anfitrión. A los que no eran muy entendidos les pareció bastante misterioso que un puesto fuera mejor que otro o que en un lugar se levantaran más faisanes, considerando que aquellos boscajes eran igual de frondosos y altos por todas partes.

Entre dos puestos en los que había una permanente nube de faisanes, uno solo conseguía cazar alguna de las aves que entraban desde los puestos contiguos. El secreto consistía en que delante de los batidores iban tres o cuatro entendidos que, como en algunos deportes, acorralaban a los faisanes, que corrían por donde les daba la gana; los conducían hacia el laberinto de matorrales en forma de embudo y así llegaban justamente a las mismas narices del invitado de honor.

Era lo correcto, lo adecuado. Cuántos más disparos se le presentaban al cazador tanto más respetado se sentía.

A pesar de todo, los invitados distinguidos no siempre eran buenos tiradores. Era el caso de Montorio y del viejo Kanizsay, que eran lentos y para colmo habían llevado escopetas vetustas que incluso echaban humo; se aferraban a ellas obstinadamente desde hacía treinta años.

El problema era que si el invitado de honor desatinaba demasiado, entonces las piezas escaseaban y ello perjudicaba la reputación de cazador del anfitrión. La solución fue colocar a los tiradores más jóvenes y mejores al lado de los invitados de honor, y se les decía en voz baja: «¡Hay que ayudarles un poco, sobre todo al viejo!».

Niki, László Gyerőffy y Stefi Szent-Györgyi se turnaron al lado del general.

László y Stefi le «ayudaron» discretamente, disparando solo cuando un desapercibido faisán se encontraba ya detrás del viejo. Niki no lo hacía con discreción. Tiraba continuamente antes que él.

Apenas el viejo general se llevaba el arma al hombro, el faisán al que apuntaba ya caía a plomo. Y todavía era peor cuando el faisán caía sobre un matorral y al primer intento de volver a abrir las alas volvía a caer ya inerte; caían faisanes por todos lados, algunos casi sobre la cabeza del invitado de honor.

El viejo general se fue enfureciendo por momentos. No solo sus escopetas,

también él echaba humo. Durante las primeras batidas solo masculló algo entre dientes, más tarde le gritó a Niki con su voz gangosa: «*Nicht vorschies sen!* ¡No tires antes!». Pero este no le hizo caso.

En la última batida, antes de la comida del mediodía, estalló el asunto.

El viejo Kanizsay estaba en la esquina del cobertizo. Niki a su espalda. Se levantó una gran nube de faisanes. Primero apuntó el general, pero sus disparos llegaron tarde y las aves empezaron a caer antes de que él consiguiera disparar su vetusta escopeta. No obtuvo otro resultado que el espantoso humo que le rodeó. Dio por acabada la inútil competición. Fijó la escopeta entre su enorme pecho y su gigantesca barriga, y no se molestó en volver a levantarla ni aun cuando le gritaron «pájaro aquí, pájaro allá»; se limitó a lanzar juramentos de enojo. En medio de aquel bullicio parecía Júpiter Tonante, el dios de las tormentas. Niki, a sus espaldas, acertaba las rabilargas aves una a una, alegremente. Cuando los batidores salieron de los matorrales el viejo comenzó a decir:

—*So ein Lausbub, so ein Rötziger!* ¡Un pícaro, un mocoso!

Y como si se encontrara ante su antiguo escuadrón, soltó una serie de expresiones reprobatorias que en el ejército austriaco servían para disciplinar a los bisoños. Niki se defendió asustado. Pero el viejo no dejó de hacerle reproches. Todo el mundo intentó calmarle, incluso el mismo anfitrión amonestó a su hijo por su falta de respeto, pero el viejo Kanizsay no se calló hasta quedarse sin aliento. Y aun después soltó algún que otro bufido como un toro enloquecido.

Szent-Györgyi no participó en el alboroto. Observó la escena con una sonrisa irónica casi imperceptible. Él seguía la etiqueta inglesa, nunca disparaba a las piezas de los demás y nunca se metía en la discusión de otros. Se sintió, como siempre, correctísimo.

El viejo solo se amansó con la comida, y en el momento en que llegaron las señoritas jóvenes, Kanizsay volvió a comportarse como un viejo galante.

Péter había colocado a su lado a la bella señora Berédy y a Magda Szent-Györgyi, y después de un par de copas, el general ya charlaba con ellas alegremente; y al recordar sus feas palabras de reproche, brindó con Niki.

Después de la comida hubo que hacer un viaje más largo en coche, porque las batidas de la tarde se celebraban en un lugar más apartado de la finca.

Cuando Bálint llegó a su carruaje, Slawata se le acercó:

—Vamos juntos. Me gustaría hablar contigo —dijo, y se dirigió a su cargador en un húngaro fluido—: Tome, por favor, el otro coche, el mío.

Los dos cargadores se sentaron juntos en un birlocho, los señores en el otro.

—No sabía que hablabas húngaro —dijo Bálint sorprendido.

—¡Oh, solo un poco! Serví en la Séptima división de húsares, e intento no olvidar lo que aprendí con ellos. A veces uno se entera de cosas muy curiosas —contestó y

esbozó una sonrisa irónica. Seguramente aludía a la discusión del día anterior o a los comentarios burlones que habían hecho Wülffenstein y Niki a sus espaldas.

—Hacía siglos que no te veía. ¿Cómo estás? Es una lástima que hayas dejado el Servicio de Asuntos Exteriores. —Después de estos cumplidos siguió en tono más serio—. ¡No! ¡No es una lástima!

Le pareció muy útil que Bálint conociera la situación en Hungría. Que observara y aprendiera. Era importante que lo hiciera alguien entrenado en el extranjero.

—Sí, es muy útil. Muy útil para el futuro. ¿Eres independiente, verdad?

—Sí, lo soy.

—Muy bien. Hoy en día es lo más correcto.

Le aconsejó que no participara en nada de manera activa. Que solo observara. A la gente y las cosas, y que no se uniera a nadie. ¡Esa situación ya no podía durar mucho!

Bálint aguzó los oídos. Se acordó de que decían que Slawata era confidente del heredero de la Corona, Francisco Fernando. Solo era un chisme, sin embargo, ahora Abády estaba seguro de que precisamente por eso quería hablar con él el consejero de embajada; tal vez quería tantearle, tal vez quería ganarlo para la corte del heredero de la Corona. Por eso Bálint le respondió cautelosamente, con cierta incertidumbre, pero de modo que el otro no desconfiara y siguiera hablando. Por fin Bálint pudo ver por dentro los talleres políticos del Palacio Belvedere, del que se contaban tantas historias extrañas pero del que nadie sabía nada a ciencia cierta.

—Nuestro viejo señor no vivirá eternamente. ¿No le parece? —siguió Slawata en voz baja, porque cuando uno dice cosas peligrosas baja la voz instintivamente—. Faltan aún algunos años. ¿Cuántos? ¿Cuatro? ¿Cinco? Entonces vendrá el *Hoheit*, Su Alteza. Hay que contar con ello. Con esta certeza. Con Francisco Fernando. Habrá un mundo nuevo. Totalmente diferente. Sí, no este dualismo podrido al que se aferra el viejo. Ha jurado el dualismo y se aferra a él. El nuevo monarca no ha prometido nada, y no va a hacerlo. No tiene las manos atadas. Seguramente pondrá nuevas bases para el Imperio. Sí, su programa ya está listo. Para eso necesitará gente nueva que no se haya comprometido todavía, que no haya abusado de este sistema enrevesado e inservible. Y ¿qué vendrá después del dualismo? Una centralización más fuerte. Y, naturalmente, constitucionalidad, claro que sí; la justicia de las estadísticas, los números hablan: departamentos asociados según las minorías étnicas, representados en un único Consejo Imperial, el Consejo decidiría sobre los asuntos más importantes, como la economía, el ejército nacional y la marina. O se llegará a una solución ternaria, con los eslavos católicos del sur como tercer miembro. Eso también es posible. Lo seguro es que desaparecerá el sistema actual. Está muy bien que Tisza acabe con esa oposición húngara insolente, ahora hacen falta reclutas y fe en el futuro. ¡Lo más importante es establecer y desarrollar un ejército internacional! Y con la ayuda de ese ejército, el *Hoheit* arreglará las demás cuestiones.

Bálint se quedó de piedra escuchando esa argumentación. Solo de vez en cuando

planteaba alguna pregunta, hacía alguna débil protesta. Slawata no paró de hablar. Se lo dijo en tono confidencial porque entre la gente que en algún momento había servido en la Ballplatz de Viena —la plaza donde se encontraban las embajadas— había un íntimo nexo, como en la masonería, por el hecho de haber conocido secretos sagrados.

Y Slawata le dibujó entusiasmado la imagen de un futuro brillante:

—Entonces se podrá hacer gran política. Se podrán dominar los Balcanes con monarquías, tal vez vasallas, donde reinen los segundones de la dinastía. Seremos una potencia mundial de verdad, no como ahora, que somos el segundo «hombre enfermo» de Europa. ¡Tenemos que mandar! ¡Mandar! ¡Mandar hasta el mar de Mármara!

El coche llegó al bosque.

—¡Piénsalo bien, Abády! Podrías tener un gran papel en todo esto.

Cuando bajaron, Slawata le dio unas palmadas en los hombros.

—*Unter uns, natürlich!* ¡Todo queda entre nosotros, naturalmente! —dijo haciendo un guiño tras sus gruesas gafas, y desapareció entre el grupo de damas que acababa de llegar.

Los peones y los cargadores de cartuchos volvieron de nuevo a los puestos; los cazadores también, pero siguieron de charla con los vecinos hasta que la batida se puso en marcha.

Wülffenstein comentaba algo. Le gustaba mucho dar explicaciones, sobre todo a los más jóvenes. Tenía una infalible opinión sobre todo: cuestiones de honor, moda, caza, política... aunque en esto último su razonamiento era bastante simple: «Un caballero no lo hace» o «Un caballero lo hace así».

Estaba explicándole algo a Niki cuando llegaron las señoras.

—¡Mira qué cartuchos amarillos más bonitos! —exclamó Mici Lubiánszky señalando un cofre lleno de cartuchos color azafrán.

—¡Son cartuchos ingleses! —dijo Wülffenstein como si tal cosa—. Los demás no valen nada. ¡Nada! Esa pólvora alemana y austriaca es una basura. ¡Solo sirve la inglesa! ¡Solo la inglesa! —dijo, y dio un taconazo con sus zapatos adornados de borlas y cascabeles—. La otra solo sirve para ensuciar la presa.

No se habría arriesgado a hacer un comentario tan tajante si hubiera visto que Antal Szent-Györgyi, el vecino de enfrente, se había colocado detrás de él.

—¿De verdad? —dijo—. ¡Qué interesante! Dame algunos para probarlos, por favor. Hasta ahora solo he usado pólvora austriaca y tal vez tengas razón, podría tener más éxito con mis tiros.

Szent-Györgyi lo dijo con la mirada seria, en tono cortés; nada indicaba que se estuviese burlando de él, pero era una burla, sin duda. Szent-Györgyi era el mejor tirador de toda la partida. Tenía un estilo elegante. No es que no fallara nunca —

hablando de tiradores de ese nivel es lo de menos—, pero mataba los faisanes de un solo tiro en la cabeza. Las aves no sufrían, no perdían ni una pluma, no agitaban las alas, sino que caían con un mismo movimiento nítido que no dependía de la altura o la velocidad de su vuelo; caían con las alas cerradas y el cuello torcido, como si se zambulleran en la aniquilación absoluta. Las presas no se manchaban de sangre, solo en algunas se veía una gotita en el pico.

Wülffenstein, con un sonrisa forzada le dijo: «¡Sírrete, por favor!».

Niki dio la vuelta bruscamente para disimular la risa y se fue con su tío, que volvía a su puesto con los dos cartuchos amarillos en la mano como si fueran reliquias.

László Gyerőffy ya estaba en su puesto a la derecha de Montorio, al final de la fila, cuando las señoras salieron de las carrozas. Observó de lejos cómo se acercaban por la hierba charlando y parándose unos minutos aquí y allá. Las dos muchachas Lubiánszky y Magda se quedaron con algunos cazadores. Solo la señora Berédy y Klára siguieron el camino. Dejaron atrás a Antal Szent-Györgyi, a Wülffenstein y a Péter, que era el otro vecino del Príncipe.

«Klára seguramente se parará a charlar con ese Montorio», pensó László con un poco de amargura. Pero las dos continuaron hasta la zona donde estaba él.

—¿Cuánto has tirado? —preguntó Klára.

—Ya he enviado a alguien por las partituras —dijo la bella señora Berédy—, y llegarán por la noche.

—Aquí, en esta parte, puede que haya perdices —dijo Klára.

—¿Cumplirá su promesa y me acompañará, verdad? —preguntó la señora Berédy. Charlaron unos minutos de manera entrecortada, como si cada una de las dos esperase que la otra se fuera. Sonó la trompa de alerta y en la lejanía se oyó el ruido silencioso de los batidores.

Klára bajó la tapa de la caja de cartuchos y se sentó encima. László le ofreció su silla.

—No —dijo la chica—, no quiero quitártela. Me sentaré aquí.

Pronunció las últimas palabras con un acento particular.

La señora Berédy, con una sonrisa imperceptible en la boca, se dio la vuelta, y con sus pasos lentos y tambaleantes se fue al puesto de Montorio. László la miró sin querer. Tal vez pensó con qué buen gusto se vestía la mujer; llevaba un traje de *tweed* de suaves pliegues que abrazaba su esbelta figura como si llevara una bata encima del cuerpo desnudo.

La batida todavía estaba lejos. Fuera del puesto a veces saltaba alguna liebre y se iba corriendo por el campo de tréboles. Algunas se paraban un momento, aguzaban el oído y volvían a salir corriendo, dejando ver cómo subía y bajaba la mancha blanca de su trasero.

Solo de vez en cuando sonaban tiros aislados desde el otro lado de los puestos. Por lo demás, reinaba el silencio.

—No ha sido muy amable por tu parte mantenerte en silencio durante todo el tiempo que has estado en Pest —comentó Klára sonriendo.

El joven se sentó en la silla de caza y comenzó a explicarle que, tal como había planeado hacía tiempo, por fin se había matriculado en el conservatorio; que estudiaba día y noche con una disciplina férrea para alcanzar el nivel de los que habían comenzado antes que él; que solo podría lograrlo si no pensaba en nada más; en fin, que solo vivía para su trabajo. Habló mucho, de manera un tanto rebuscada. Sus palabras eran una defensa contra las mentiras del maldito Niki, que había difundido falsedades sobre él, como que se escondía en Pest por culpa de una mujer. Insistió en que no había visto a nadie desde que había llegado a la capital, ni quería hacerlo. ¿Y por qué no había escrito? No había podido, porque de haberlo hecho lo habrían invitado, y si le hubieran invitado... No habría podido resistir la invitación, y él tenía que trabajar, trabajar y trabajar...

Klára le escuchó en silencio con la misma sonrisa misteriosa. László no sabía si creía sus razones o sonreía incrédula por sus excusas. Pero parecía amable y comprensiva con él al asentir con la cabeza cuando el entusiasmado joven hablaba sobre su misión y sus esperanzas artísticas.

László no llegó a saber lo que pensaba, porque cuando fue a preguntarle si entendía por qué tomaba esa determinación los interrumpió la voz fuerte de Péter que gritaba desde el segundo puesto:

—¡László! ¿Qué demonios estás haciendo? ¡Tira! ¡Ya has fallado tres!

Gyerőffy tuvo que ponerse de pie, coger la escopeta y «ayudar» a Montorio.

Solo cuando empezó la contrabatida pudieron seguir la conversación.

—¿Te quedarás unos días más cuando se hayan ido todos? —le preguntó Klára haciendo amago de señalar con la mano a los demás, pero apuntando al Príncipe.

—Desafortunadamente, no puedo. Ya he faltado mucho por culpa de la cacería, son tres días. Me he jurado volver el miércoles por la noche.

—¡Oh, por favor, quédate un día más! Estos días hay tanto alboroto. Y toca también algo para mí —añadió coqueta—; soy tu público más antiguo.

László se mantuvo firme. ¡No, no podía ser!

—¿Te acuerdas del *Vals macabro*? Fui la primera en oírlo. ¡Solo era una niña!

—Es verdad, el *Vals macabro*...

Se miraron a los ojos. Se miraron largo rato...

Desde el cielo se oyó un chirrido agudo.

—¡Perdices! —gritaron todos.

László, de un salto, encaró a la bandada, que se elevó rápidamente. Disparó dos veces debajo de ellas; casi doblado, cambió de arma y volvió a disparar dos veces más cuando pasó por encima de la espera. Cayeron tres perdices dando varias vueltas por el suelo debido al tremendo golpe. Una cayó ante los pies de Klára.



La joven la cogió. La tenía en una mano y la acariciaba con la otra, finamente enguantada.

—¡Qué preciosa es! Y no tiene nada de sangre. Parece dormida —dijo mientras se la acercaba a la boca para darle un largo beso en el buche de plumaje gris; sonrió y volvió a besarla mirando fijamente a László—. ¡Mira qué raro! —dijo, y sopló entre la plumilla notando el cosquilleo que le producía en la boca. En su gesto, en sus labios abiertos, en su mirada interrogadora había algo voluptuoso.

Las nubes de faisanes se elevaron. Había que trabajar. Sacar las aves. Cumplir con las obligaciones de cazador invitado.

Al acabar la batida la joven se levantó tranquilamente y se marchó sin decir nada. Se fue con las demás mujeres. László permaneció en su puesto. Su cargador y el peón estaban recogiendo la caza junto con los batidores.

—¡Aquí hay una perdiz! ¡Detrás del matorral hay dos más! ¡Ya son nuestras!

Y se afanaron en hacer un buen trabajo porque los ayudantes servían para la gloria de su cazador y guardaban las piezas como si las hubieran cazado ellos mismos.

Gyeróffy no vio nada. Estaba en su puesto con la mirada clavada en el suelo. Sus ayudantes pensaron que estaba contando las presas colocadas a sus pies. Él no se dio cuenta de nada. Su corazón latía con fuerza.

El aire nocturno estaba lleno de un aroma misterioso...

Ya había anochecido cuando, tras una larga caminata, llegaron al castillo.

Les esperaba el té en los salones.

No pasaron mucho rato reunidos porque bajo el pretexto de cambiarse se retiraron todos a sus habitaciones, puesto que la caza era una actividad muy fatigosa.

La duquesa Ágnes ya estaba vestida y había hecho su *toilette* para la noche mucho antes que las señoras que habían participado en la caza, puesto que bajó a tomar el té con el peinado que luciría en la velada. Solo tenía que cambiarse de ropa.

—Dígale a la duquesa Klára que haga el favor de venir a verme cuando esté lista —dijo a su doncella alemana cuando terminó de vestirse.

La doncella se fue. La duquesa Ágnes se quedó sola en el dormitorio.

Se sentó en medio de la otomana que estaba a los pies de su cama doble. Gobernaba a toda la familia desde aquel mueble. Ahí se sentaba cuando el marido o los hijos la disgustaban. Ahí los citaba. Seguramente elegía instintivamente siempre el mismo lugar; tal vez sabía que, sentada en mitad del desierto de reps que se extendía por la larga otomana, tenía más autoridad que el acusado, que solo podía sentarse en una silla, continuar de pie o, como última opción, dar vueltas delante de ella, que gozaba de ventaja en ese puesto central, no accesible.

Esperaba. Repasó mentalmente el concienzudo trabajo con el que había preparado el matrimonio de su hijastra con el joven Montorio-Visconti. Ya la primavera pasada, antes de la temporada de los derbis, cuando la familia se fue a los bailes de Viena, hizo un comentario a la madre del Príncipe a través de una amiga sobre la posibilidad de una boda. En el jardín del palacio Kollonich montó un fantástico *garden party* con el fin de demostrar a la señora Montorio —una auténtica Borbón-Módena— que tenía la misma posición que ella en la alta sociedad vienesa, en el Olimpo, que era como llamaban al distinguidísimo círculo al que solo accedían las familias que figuraban en la *Segunda parte del almanaque Gotha*; y ni siquiera todas. La fiesta en el jardín costó mucho: fue necesario refrescar las salas de recepción que habían permanecido cerradas desde los tiempos de la abuela Sina, arreglar el parque, acondicionarlo todo tal como exigía el confort moderno, instalar electricidad en el jardín y plantar gran cantidad de flores para que todo pareciera perfecto, magnífico. Ella no pensó reparar en gastos, por lo que su marido, el buen Louis Kollonich —como lo llamaba todo el mundo en Viena—, intentó protestar. A la duquesa Ágnes no le pareció que fuera un despilfarro porque gracias a esa cuantiosa suma su reputación mejoró en Viena a ojos vista, y las damas del Olimpo ya no la miraban por encima del hombro como antes. Después de la fiesta fue la madre de Montorio la que quiso hablar sobre el posible matrimonio entre su hijo y Klára.

Desde entonces se habían escrito a menudo elogiando a los futuros novios; en cuanto al dinero, la señora Kollonich le hizo saber a la señora Montorio que el buen Louis daría una dote importante, a pesar de que por parte de su difunta madre no le tocó casi nada. Naturalmente, le hizo llegar las noticias a través de una amiga intermediaria porque entre ellas, ¡válganos Dios!, nunca hablaron directamente de

temas económicos, sino sobre el carácter, la bondad, la buena educación, la salud, el amor y la belleza.

De ese modo, habían llegado a un acuerdo y, como consecuencia directa, habían invitado al Príncipe, a pesar de que él no era aficionado a las cacerías. En cuanto a la voluntad de este, estaba todo arreglado; no sería por él si no se hacían novios en el acto.

¿Qué pasaba ahora? ¡Klára no le hacía caso al joven Montorio!

Lo ignoraba manifiestamente. No había ido a verlo a su puesto en todo el día. A pesar de que la duquesa Ágnes le había dicho a su hijastra muy claramente que ese amable joven había acudido por ella. La muchacha era atenta con todo el mundo excepto con el Príncipe. ¡Y su actitud podría estropear la estratagema!

Si continuaba con ese comportamiento, el posible novio se marcharía con la impresión de que no le gustaba a la chica. Con su nombre, su fortuna y su aspecto excelentes encontraría fácilmente otra novia, y entonces se acabaría tan estupendo plan.

Por esta razón había citado a Klára. Quería advertirla antes de que fuera tarde. Esta vez tampoco le diría que todo había sido preparado hasta el último detalle. Eso no les gustaba a las chicas. ¡No! Era preciso que hubiera un toque romántico. Sin embargo, debía decirle que sería una insensatez dejar escapar a un marido tan excelente en todos los aspectos.

Y en eso tenía razón la duquesa Ágnes, porque ella solo había deseado siempre lo mejor para su hijastra, lo más conveniente y provechoso, puesto que la quería como si fuera su propia hija. Justamente por eso tenía que intervenir.

La puerta se abrió. Entró Klára, recién aseada, con traje escotado, desprendiendo un aroma a rosas.

—Mande usted, mamá —dijo y se sentó en la silla de enfrente.

Ella también sentía mucha estima hacia su madrastra. Su madre murió durante el parto, no la llegó a conocer. No había cumplido los dos años cuando su padre volvió a casarse, y desde que tenía memoria esta mujer morena y hermosa había sido una madre que exigía respeto, pero era buena y cariñosa con ella, incluso tal vez un poco más indulgente que con sus propios hijos.

—Hijita —cuando estaba enfadada siempre comenzaba así—, hijita, ¿por qué no le haces caso a Montorio? No digas que no es verdad. Hoy has evitado estar con él durante toda la tarde.

—Yo no lo he evitado, mamá, ha sido una casualidad... de verdad... de verdad... no me acuerdo de si he estado con él en su puesto o no. —Titubeó un poco bajo la mirada fulminante de su madrastra y se desdijo inmediatamente—. De todos modos, soy su vecina en la cena y he pensado que eso sería suficiente...

—Estás a su lado porque lo he decidido yo. Lo he arreglado de esta manera

aunque eso pueda ofender a tu tío Antal, pues en realidad ese sitio debería tocarle a Magda, y no a la hija de los anfitriones, y naturalmente Montorio lo sabe, por eso será todavía más grave que no te dirijas a él, que no le hagas caso. Es cierto que en la caza lo has evitado a ojos vistas. —Hizo una pequeña pausa y continuó—: Sí. A ojos vistas. Has pasado por el puesto de todo el mundo. ¡De todo el mundo! ¡Incluso por el de László! ¡Impensable! ¡Pasar por el puesto de «Laci» durante la batida doble mientras Montorio ocupaba el puesto contiguo! ¡Es que no puede ser más clara tu actitud! ¡Es una ofensa en público! ¡Has expresado tu máximo desagrado justamente a la persona que ha venido a la partida por ti, que pidió la invitación a tu padre por ti!

Los ojos azul marino de Klára se oscurecieron.

«¡Maldito Niki! Seguro que me espiaba», pensó, y se acordó de mil agravios de su infancia; el niño se chivaba a las institutrices y a su madrastra. Los daños del pasado se mezclaron con el de ahora y su voz sonó más dura:

—Todos mis pasos han sido... —pero no se atrevió a decir «espiados por ti», y continuó—: todos mis pasos han sido equivocados, parece.

Durante el instante que duró el titubeo de Klára se formaron nubes de tormenta entre las dos, pero gracias a sus últimas palabras se disiparon enseguida.

La duquesa Ágnes contestó secamente:

—Por eso es necesario que yo piense por ti.

Sin embargo, ahora cambió de tono. Ya había aplicado bastante rigor. Justo el necesario para que la chica no la tomara por tonta. Comenzó a hablar con objetividad y bondad. Le explicó lo deseable que sería elegir a Montorio. Le contó detalladamente lo buena persona que era, nada juerguista, no jugaba a las cartas, él mismo dirigía sus fincas forestales en Carniola, tenía en Viena un puesto excelente, poseía un palacio en la avenida Herrengasse y estaba emparentado con las familias más distinguidas, con todo el Olimpo; su madre era una Borbón de verdad, y no por enlace morganático. La diferencia de edad era la conveniente; él tenía treinta y dos años. Pocas veces se presentaba en la vida una ocasión tan afortunada.

—Tu padre te dotará bien para que no dependas totalmente de tu marido. ¡No podría ser mejor, todo es perfecto! ¡Podrías ser la primera dama de Viena!

Hizo una pausa. Esperó la respuesta de la joven.

Ella se levantó de la silla. Dio unos pasos. Se notaba que buscaba argumentos en contra.

—Sí, mamá. Todo lo que dice es cierto. Por supuesto. Pero... pero... es que yo no lo sé...

—¿Qué es lo que no sabes?

—Bueno, es que... de alguna manera, no sé cómo... pero es que no deseo eso...

—¿Por qué no?

—Es que... —dijo con los brazos abiertos como si sus delgados dedos buscaran la palabra correcta en el aire—, es que... no me interesa.

La duquesa Ágnes, con un gesto despectivo, encogió los hombros, todavía

bonitos pero ya bastantes gruesos.

—¿No te interesa? ¿Cómo no te va a interesar? Es un joven muy elegante y guapo. ¿Qué más quieres? ¡Y además está enamorado de ti!

—Sí. Tal vez lo esté. ¡Pero es que... no me interesa! —repitió Klára. Estaba contenta de haber encontrado la expresión afortunada.

—¡Es muy raro! No es normal en una joven sana.

Y enseguida le asaltó la sospecha que podría explicar la insólita resistencia de la muchacha.

—Dime, ¿no estarás tú enamorada de alguien? Porque eso sería la única razón comprensible.

—¡Oh, qué va! ¡Qué cosas inventa, mamá! —se apresuró a decir Klára, y para compensar la sospechosa prisa dijo más despacio—: Es que... yo preferiría no tener que decidirme ahora... no ahora... no tan bruscamente. ¿Verdad? Porque no deja de ser una decisión para toda la vida...

—Naturalmente, no tienes que decidirte ahora. ¡Claro que no! Pero tienes que hacerle caso, atenderlo con distinción, mantener su interés por ti. Creo que a estas alturas no tengo que explicarte que solo se te declarará cuando tú quieras. ¡Eso siempre depende de nosotras! —dijo, y se rio con superioridad femenina. Luego se levantó y le dio un abrazo a Klára. Su voz volvió a ser cálida y suave—: Verás, mi pequeña, yo solo quiero tu propio bien, lo mejor para ti. Debes tener en cuenta que será difícil que se te presente otra ocasión así. A los jóvenes de hoy les cuesta casarse, son demasiado astutos. Y si lo dejas pasar... Ya has cumplido los veintitrés, es hora de que te cases. ¿O no es así, «Klárácska»?

Sus últimas palabras reflejaron la sabiduría de una mujer experimentada. Soltó una risa suave pero expresiva.

La muchacha se ruborizó pero no dijo nada.

—Entonces, ¿me prometes que le harás caso?

—Bien, se lo prometo —respondió Klára y besó su suave y regordeta mano. Pero desde la puerta añadió—: Pero es todo lo que puedo prometerle. ¡Eso es todo! ¡Nada más! —dijo con el pomo en la mano.

—¡Tu padre también lo desea! ¡Mucho mucho! —le dijo la señora Kollonich.

La joven salió.

La última frase había estropeado toda la negociación. La había estropeado porque Klára sabía muy bien que su padre hacía lo que su mujer quería, y la experiencia de largos años de matrimonio demostraba —como hacía poco en el *garden party* de Viena— que las cosas siempre ocurrían tal como su madrastra decidía. También sabía que su padre se enojaba mucho si alguien contradecía su voluntad, o lo que él pensaba que era su voluntad.

«¿Por qué ha tenido que amenazarme con papá a la primera?», pensó mientras bajaba las escaleras rebelándose contra ella misma. Sin embargo, cuando llegó abajo, se calmó al pensar que al fin y al cabo no había prometido otra cosa más que apreciar

el cortejo del Príncipe. Y eso no era un compromiso, no significaba nada, no le hacía daño a nadie. ¡A nadie!

Ese mismo día flirteó un poco con su pretendiente, y en los dos días siguientes se quedó varias veces en su puesto durante las batidas.

Pero no dejó que la cosa fuera a más.

Durante la tarde del tercer día de caza Bálint estaba sentado en la espera. Tenía un puesto tranquilo. Generalmente le asignaban un lugar calmo porque era familiar cercano —primo segundo de la anfitriona— y un tirador mediocre que no podía aspirar a un puesto abundante en caza; pero tampoco se esperaba que «ayudara» a los invitados de honor.

Alrededor reinaba el silencio.

Aunque a lo lejos se oía el jaleo de los globos de madera y los palos de los batidores, por allí no volaba nada; los faisanes caminaban en tropel hacia la otra parte de la espera, donde se oían tiros continuos como en una batalla. Por ese lado del matorral solo pasaban sigilosamente algunas aves viejas y resabiadas. Tal vez habían aprendido por su larga experiencia que nunca se debía correr en la dirección hacia la que las empujaban y que lo más seguro era no levantarse nunca de la tierra. Había dos o tres dando vueltas delante de Bálint, se asomaban desde la espesura estirando los cuellos esmeralda y esperando la ocasión para huir hacia el matorral de enfrente.

Bálint nunca había sido un cazador ambicioso y ahora disfrutaba al poder estar tranquilo y tener un rato para reflexionar.

Le habían inquietado mucho los comentarios que Slawata le había hecho el día anterior en el coche. Desde aquel momento, si estaba solo, esas cuestiones le invadían exigiéndole alguna respuesta, alguna decisión. ¡Eran siempre las mismas preguntas graves y amenazantes!

Pues sí, era verdad lo que se murmuraba sobre el heredero de la Corona. En el Palacio Belvedere estaban preparando el derrocamiento de la antigua Constitución húngara.

¿Qué decía del programa? Mayor centralización... Consejo Imperial común... Departamentos asociados... según etnias... en función de las proporciones estadísticas... Pero ¿por qué?, ¿para qué? Para hacer «una gran política en los Balcanes», una gran política a costa de los impuestos, los soldados y la sangre húngaros, y conseguir de esta manera reinos vasallos para la dinastía ¡hasta el mar de Mármara! Por eso habían dejado que Tisza creara un ejército más completo; Austria lo necesitaba para imponer su orden.

Ahora le parecía que los dos partidos del Parlamento luchaban instintivamente porque uno, el de Tisza, se empeñaba en tener un ejército nacional sin saber que el futuro emperador lo usaría contra ellos; mientras que el otro, la oposición, luchaba con argumentos tontos por objetivos ingenuos —la borla con los colores nacionales, la voz de mando en húngaro—, aunque intuía que la Constitución estaba en peligro mortal; tal vez no ahora, pero sin duda lo estaría en un futuro próximo.

¡Qué fácil era basar la política en estadísticas, en fríos números! Con los números

todo podía solucionarse en una hora, sin moverse del escritorio. Podían destruirlo todo. «Solucionarlo», como decía Slawata. Sí, de ese modo todo tendría solución si el ser humano fuera una máquina, si no se diferenciara por características, ambiciones, pasiones y tradiciones, si no existieran talentos en los distintos campos de la ciencia secular, si no entraran en conflicto miles de intenciones diferentes para mantener o destruir el Estado.

¿Pretendían aumentar la Monarquía con los pueblos de los Balcanes?, ¿engordarla para que fuera un imperio de cien millones de habitantes?, ¿acorrallar en el mismo patio a naciones de pasado y cultura distintos, y pensar que eso significaba fuerza y no debilidad? ¡Qué locura! Claro que podrían reclutar muchos soldados, pero una dinastía no se mantenía por las armas, sino gracias a la tradición milenaria y a multitud de relaciones sociales. ¡Sería una locura como el imperio mexicano del príncipe Maxi!

El día anterior, en el carruaje, las palabras de Slawata le sorprendieron tanto que no pudo decirle nada sustancioso, y ahora eso le molestaba porque sabía que era uno de sus defectos: no ser capaz de contestar en el acto. Generalmente, más tarde se le ocurría cuál habría podido ser su respuesta.

Ahora, sentado en un rincón de la espera, lo veía todo con mucha plasticidad. No veía la lenta secuencia de palabras que, como un mosaico, formaban las frases poco a poco, sino que lo veía todo en conjunto, como un pintor que imagina un cuadro acabado, con las profundidades, los colores, las figuras.

—Está usted aquí sentado como el *Penseur* de Rodin —rio una voz femenina. Era la bella señora Berédy.

Bálint le ofreció su silla de caza.

—¿He perturbado sus cavilaciones? ¿Me permite? —preguntó la mujer y aceptó el asiento.

—¡Me ha perturbado terriblemente! —contestó Abády bromeando, y solo ahora se dio cuenta de que la primera batida había acabado y era necesario esperar la segunda, por lo que se sentó al lado de la bella Fanny.

—Tengo buenas razones para preguntárselo. Una no sabe nunca cómo van a reaccionar ustedes, los transilvanos —dijo y volvió a reírse, y para convencer a Bálint continuó—: Sí, créame que es cierto. Usted no lo sabe, pero yo veo que son diferentes a la gente de aquí. Tal vez son más originales; no son como esta gente, que está hecha con el mismo molde, al menos la de estos círculos... y no está claro cómo reaccionará cada uno de ustedes ante diferentes situaciones.

—Quizá sea por la estrecha relación que tenemos con los osos...

—Quizá. ¿Los osos? Bueno... Pueden ser muy simpáticos. Un oso bonachón, grandote. ¡Pero no, no lo creo! Yo a usted y a Gyeróffy no los veo como osos, y ustedes son mis únicos conocidos de Transilvania. Más bien se parecen a otro animal



más divertido...

—¿No será al mono? Es el más divertido —siguió bromeando Bálint.

—No. Más bien al halcón, que mira más lejos, muy lejos... ve la lejanía... pero no ve lo que tiene delante de las narices...

—¿Sí? Eso suena mucho más interesante. ¿Y qué hay delante de las narices?

Fanny le lanzó una mirada expresiva:

—¡Oh, qué se yo! Solo hablo por no callarme —y siguió charlando alegremente, saltando de un tema a otro para desviar la atención del sentido de sus últimas palabras.

—¡Ave! —gritaron los batidores que se encontraban cerca—. ¡Ave!

Bálint se puso de pie con la escopeta en la mano. Acertó a un par de pájaros que intentaban elevarse, y a algunas liebres que daban vueltas por los campos.

Los batidores salieron del matorral.

Los cazadores tenían que volver a los carruajes que les esperaban en el otro lado.

Bálint tardó mucho en recoger las presas y ponerse el abrigo de piel, los demás participantes ya se habían ido. Las dos jóvenes Lubiánszky y László fueron los últimos.

—¿Este Gyerőffy es su primo, verdad? —le preguntó la bella señora Berédy—. Me dijo que me acompañaría al canto y ayer mandé a por mis partituras, pero no hicimos nada. Se nos olvidó a los dos.

—¡Qué descuido imperdonable por su parte! Se lo diré...

—¡Oh, no lo haga! No le diga nada, no es tan importante, solo se me ocurrió al verle —contestó y apresuró el ritmo por el pasillo que le hicieron los batidores.

Abády iba detrás de ella. Le llamó la atención su andar tambaleante; ponía los pies exactamente uno detrás del otro. «Si caminara por la nieve dejaría una sola línea de pisadas —pensó Bálint—. Las pisadas de un gato salvaje».

Después de llegar a la casa, en el gran salón rojo Bálint se acercó a László:

—¿Vas a volver esta noche?

—Sí, pienso volver. Si salgo a las nueve y media alcanzaré el mercancías.

Lo dijo titubeando, sin mirar a su interlocutor; sus ojos se fijaron en una pareja, en Montorio y Klára que estaban tomando el té en el otro extremo del salón, sentados en el mismo canapé. Klára había elegido ese sitio para que su madrastra pudiera verlos bien desde el salón de mármol y darse cuenta de lo obediente que era.

—La condesa Fanny me dijo de pasada lo del canto. Creo que está algo resentida porque ayer no pudo cantar. Tal vez deberías decirle algo...

—¡Es cierto! ¡Se me olvidó por completo! Entonces será mejor que me quede una noche más, realmente sería una grosería irme... ¡No me queda más remedio! Mejor me quedo, al fin y al cabo no pasará nada si pierdo un día más.

Bálint lanzó una mirada escrutadora a su primo. Se arrepintió de haberle dado una

razón para demorar su regreso, y tuvo claro que László se había aferrado al pretexto con agrado. ¡La verdadera razón era otra! ¡Algo muy diferente! Lo sabía bien. Ahora, al ver su cara alterada por tanta tensión, comenzó a preocuparse por él, por aquella pasión cada vez más manifiesta que, en principio, pareció un flirteo entre primos y cuya fuerza pudo ver esa noche. Por un instante tuvo el presentimiento de que ese amor sería fatal para László, porque veía enormes barreras para que se pudiera cumplir.

¿La joven lo quería? Y, si lo quería, ¿podría resistir todo lo que le viniese en contra y soportarlo con entereza?

—¿Quieres que nos vayamos mañana por la mañana? —le preguntó a László en tono más decidido.

—Por supuesto que sí. Llegamos juntos y juntos nos iremos —respondió el otro mirándole como si le hiciera una promesa; después se fue a ver a la señora Berédy, se inclinó sobre su butaca y concretó el programa de la noche.

Al fondo del salón se hallaba el piano Bösendorfer. Apoyada en él estaba la señora Berédy. Sabía que esa posición resaltaba su agraciada figura y que su traje salmón iba muy bien con el piano de nogal; su cabello color miel armonizaba con el conjunto del salón, con las paredes verde aceituna adornadas con marcos marfil y gris perla. Todo tenía el mismo tono suave: los muebles sólidos, pegados a las paredes, y el parqué de cerezo. El único color vivo era la cenefa azul turquesa y dorada que corría entre el techo y la cornisa.

Encima del piano, en dos candelabros de tres brazos, brillaban las velas, porque cuando hicieron la instalación eléctrica se les olvidó poner un enchufe cerca.

László se sentó tras las velas. Tocó fugas ligeras mientras los invitados se reunían.

Algunas butacas habían sido colocadas en la entrada de la biblioteca; la duquesa Ágnes y las damas mayores se sentaron allí. Detrás de ellas, de pie, estaban los maridos, que habían ido con desgana al tener que dejar los naipes. Solo el viejo Kanizsay había elegido un sofá lateral, porque era un poco sordo o bien porque quería ver mejor a la bella señora Berédy. Los jóvenes se sentaron en los canapés, cerca de la puerta de la biblioteca.

Una vez sentados, la bella Fanny se puso al lado de László y empezó a cantar. La primera canción fue el *Mondnacht* de Schumann.

Cantaba armoniosamente, tenía la voz educada. No era fuerte, pero tenía un timbre cálido, especialmente rico en registros bajos. Entonaba con esmero, casi con devoción. Aquella mujer alegre y coqueta cambió de golpe. Fue un cambio brusco. Su actitud sincera y sencilla se transformó con la música. Se irguió. Sus ojos, generalmente entreabiertos, como si estuviera al acecho de una presa, se abrieron de par en par como si la melodía le hubiera traído una visión que se hubiera disipado al sonar las últimas notas. En su frente lisa, sobre la nariz, apareció una arruga menuda que desaparecía de vez en cuando para volver a aparecer con las partes más dramáticas de la canción.

Al oír las primeras notas, László la miró atónito. No esperaba una entonación tan perfecta y una interpretación tan íntima. Ya no la acompañaba solo por cortesía, sino que disfrutaba por placer artístico.

El público aplaudió discretamente. Como solía hacerse en esos círculos.

La bella Fanny lo agradeció con un gesto de cabeza, pero era evidente que no le importaba el público, estaba feliz por poder cantar. Se volvió a Gyerőffy y le dio otra partitura, una canción alemana antigua, de Koestlin, *Still wie die Nacht, tief wie das Meer*. László tocó el preludio un poco más rápido de lo que la mujer quería. Su mano buscó el hombro del joven y le tecló el ritmo acompasado de las notas.

Esa mano no sabía de amor, no buscaba un amante. Buscaba simplemente un acuerdo musical, nada más. La mano de la mujer permaneció en su hombro marcando el ritmo, el *ritardando* o la aceleración, para ir acompasados incluso en los pormenores. Y así siguieron, unidos por la apasionada música, hasta encontrarse solos. No había nadie a su alrededor, las llamas de las velas parecían un muro de fuego que les separaba del público del salón.

Siguieron con otra canción. Con el *Feldein sam keit* de Brahms; después una de Paladilhe, la *Psyché*; y dos hermosas canciones de Schumann.

Estaban totalmente absorbidos por la música. No se dieron cuenta de que los señores mayores se habían escapado en silencio durante las primeras piezas para volver a la biblioteca, al tapete verde. Más tarde fue desapareciendo la mayoría de los jóvenes, uno a uno. Ellos dos solo atendían a la música.

La señora Berédy ya llevaba cantando una hora cuando en la puerta de la biblioteca, como el fantasma de Hamlet, apareció la muda figura del mayordomo e hizo una reverencia a la anfitriona. Significaba que el té estaba servido en los salones.

Esto le vino como anillo al dedo a la duquesa Ágnes, que se aburría como una ostra de estar sentada y sabía que el resto de los invitados también estaban hartos. Esperó sin moverse a que la señora Berédy terminara la canción y comenzara a buscar una nueva partitura; entonces, cruzando el salón como una reina, se acercó a ella y le preguntó con una sonrisa protectora:

—¿No estás cansada, querida? —Y ante la respuesta negativa de la condesa, insistió—: Ya han servido el té. Una taza te sentará bien después de tanto cantar.

—Gracias, excelente idea. Ahora voy, solo tengo que recoger las partituras —contestó Fanny.

La duquesa reunió a su grupo y salió del salón charlando. Solo el viejo Kanizsay permaneció sentado, tal vez no se había dado cuenta de que los demás habían salido, o estaba distraído. Seguía sentado en el canapé. Tan tieso como si montara, con las piernas abiertas y los brazos apoyados en las rodillas, daba la sensación de que ni veía ni escuchaba a nadie. Tampoco le hacían mucho caso.

—¿Está usted cansado? —preguntó Fanny a László.

—¡Qué va! Usted tendría más razón para estarlo, condesa. Yo, si fuera necesario, la acompañaría toda la noche con mucho gusto, realmente con mucho gusto —dijo, y

volvió a sentarse al piano.

—Pues veamos algunas de estas piezas; aunque no me las sé muy bien, me gustan mucho —dijo, y sacó un álbum de Richard Strauss que se daba a conocer en aquel entonces como compositor de *Lieder*—. Son difíciles de tocar, tal vez debería repasarlas primero.

László probó algunos acordes de insólitas modulaciones, y en ello estaba cuando Klára, que había salido con los demás, volvió al salón. Se acercó con pasos silenciosos, suaves, y de repente estuvo al lado del joven.

—¡Oh, Strauss! —dijo ella—. Te pasaré las hojas de la partitura —añadió y se sentó al lado de László.

El joven tocó el preludio. La melodía voló libre por el salón: *Wie an einem...*

László tocó el acompañamiento con escrupulosa atención. Era la primera vez que veía esa pieza. No la conocía ni de oído. Tuvo que ir con mucho cuidado para seguir la compleja armonización. Los dedos de Fanny le marcaban el ritmo en el hombro y sus caderas se estrechaban contra él cada vez que se acercaba a leer la partitura. Al otro lado estaba Klára. Se sentó muy cerca de él para alcanzar las hojas. Cuando la muchacha estiraba su redonda y perfumada mano blanca, su pecho tierno tocaba por un instante el cuerpo del joven. László no lo notó. En otras circunstancias se le hubiera subido la sangre a la cabeza, pero en ese momento solo sentía la música.

No fue perfecto. Klára tardaba en pasar las páginas.

Sin embargo, la última parte salió bien, bella y poderosa. Lo dejaron y fueron a reunirse con los demás. Iban mudos, como si algo extraño les hubiera perturbado.

En este momento el viejo Kanizsay se levantó del canapé resollando. Se acercó a ellos con pasos pesados.

—*Schön, schön, wunderbar schön!* ¡Precioso! ¡Maravilloso!

Sus ojos vidriosos de anciano reflejaban emoción. Con una reverencia galante besó la mano a la bella señora Berédy:

—*Dank, Dank, schöne Frau, vielen, vielen Dank!* ¡Gracias, gracias, preciosa, muchas gracias!

Al salir del salón le preguntó a Klára de quién era la última canción.

—Strauss —contestó la muchacha.

—*Strauss? Johann Strauss! Grossartiger Kerl!* ¡Un tipo fantástico! —exclamó y se puso a canturrear mientras abrazaba a la joven, que iba a su lado, y la estrechaba contra su enorme barriga.

Seguramente la música había avivado los recuerdos del viejo general; recuerdos de canciones y bailes de antaño —tal vez de Lombardía, donde había pasado su juventud de bailarín de vals, como teniente de húsares elegante, esbelto y guapo.

En el salón rojo y en la salita de mármol la gente se despedía. La mayoría de los invitados se marcharía por la mañana. Discutían sobre planes y encuentros futuros, en otros castillos, en otras cacerías.

Fanny buscó a László entre la gente; ella se marcharía por la mañana con su

hermano menor. Habló con László amable y animadamente.

—¿Cuándo volveré a verle? ¡Su acompañamiento ha sido excelente! ¿Verdad que encajamos bien? Sería todavía mejor si nos acostumbrásemos el uno al otro.

Le comentó que tal vez desde Navidades ya estuviese en Budapest, y le pidió que la visitara. A lo más tardar, el Año Nuevo ya lo pasaría allí. ¡Seguro!

—¿Vendrá a verme? ¡Podríamos tocar juntos!

László respondió con cortesía automática. Solo con un par de palabras y reverencias de despedida. Su mente no estaba con ella, y su mirada huía de la hermosa mujer que estaba tan cerca de él y le trataba con tanta bondad. Todos sus nervios, todos sus sentidos estaban concentrados en observar a Montorio, que se hallaba en el rincón de enfrente con Klára. La joven estaba sentada en una butaca de espaldas a él. No podía verle la cara. Pero el Príncipe estaba explicándole algo con mucho entusiasmo, inclinado hacia ella. Cuando los vio le sobresaltó la idea de que ese hombre, en ese momento, le estuviese pidiendo la mano.

Y si Klára le decía que sí, él ya no podría hacer nada; tenía que ser educado y permanecer donde estaba, no podía advertirle nada, ni protegerla; debía quedarse en su rincón, y mientras, la suerte —la suerte de Klára— estaría echada. ¿Qué pasaría si se acercaba a ellos? ¡No, no podía hacerlo!

Magda Szent-Györgyi y Niki estaban sentados delante de ellos, pero solo hablaban entre sí. ¡Evidentemente hacían de carabina para que a Montorio no le molestara nadie!

Fueron unos minutos terribles, una eternidad, hasta que se levantaron y se fueron a despedirse de los demás. En vano intentó László estar a solas con Klára para intercambiar algunas palabras; no pudo, no pudo acercarse a ella porque Klára subió al piso con las otras chicas. Seguramente ya no bajaría. Los demás también se marcharon.

Se quedó solo en la antesala.

Esperó un rato más. Sin razón, sin motivo, sin esperanza alguna.

Los criados sacaron de los salones los servicios de té, las bandejas, los platos, las copas. Apagaron las luces. Al encontrarlo todavía en la antesala, el criado lo miró con asombro desde las escaleras. No podía continuar allí. Se fue con pasos lentos hacia su habitación a través del largo corredor ya oscuro.

Al pasar por la escalera de servicio, en el descansillo de la primera planta, volvió a ver al mayordomo Szabó; esta vez no estaba solo. En sus brazos se agitaba una criada joven y guapa que, con voz quejumbrosa, repetía sin cesar: «¡No, señor Szabó! ¡Por favor, no lo haga! ¡No! Le suplico... ¡No! Por favor... por favor suélteme... por favor, señor...».

László apresuró el paso lleno de repugnancia. Solo la vio un momento bajo la luz de la bombilla. Fue bastante para reconocerla: era la criada personal de Klára, la que había estado con ella desde su adolescencia. La escena intensificó su dolor por Klára, como si la violencia del mayordomo con la muchacha fuera simbólica. El símbolo de

Klára raptada por el odioso Montorio.

Se sentó en una silla en la habitación. No se cambió; siguió sentado, la mirada clavada en la pared.

¿Habría logrado aquel hombre pedirle la mano a Klára en el salón? ¿Por eso estaba hablándole con esa cara tan inesperadamente seria, con gestos contundentes? Y si así era, si había llegado a preguntárselo, ¿qué le habría contestado la muchacha? ¿Le habría dado calabazas? ¿O...? Al pensar en el «o», en esa otra posibilidad que no era capaz de formular, sintió su corazón en un puño, sintió que se ahogaba, que una mano helada le apretaba la garganta, que la sangre le latía en la cabeza. Se levantó de un salto y dio varias vueltas por la habitación como un loco. ¡Tenía que saberlo! Tenía que saberlo. No podía vivir con esa incertidumbre. Dio vueltas casi corriendo. Chocando con las sillas, con la mesa; la espaciosa habitación le pareció una celda estrecha, deprimente. Al cabo de un buen rato abrió la puerta para ventilar el aire cargado de pensamientos siniestros y salió al corredor. Se sintió mejor en el frío, pudo caminar arriba y abajo, una y otra vez, infinitamente, no parar, solo caminar...

El frío y el movimiento le calmaron un poco. Sopesó las circunstancias y las posibilidades. Lo que sabía y lo que desconocía. Evaluó sus observaciones, todas las palabras y todos los gestos de Klára, su mirada, su sonrisa. La vio el primer día, cuando ella se sentó en su puesto durante la batida doble, cuando cogió en la mano la perdiz muerta y le dio un beso en el plumaje. Durante las comidas le había sonreído a menudo por encima de la vajilla de plata.

Durante la cena sus miradas se habían cruzado a menudo a pesar de que ella se sentara junto a aquel hombre. Si lo quisiera no habría pensado en László, no habría buscado sus ojos con mirada secreta y cómplice. ¡No, no lo habría hecho! Sería una ofensa que le mirara, que le hubiese sonreído si estaba enamorada de ese odioso hombre.

Dio muchas vueltas en la penumbra. Poco a poco se sosegó. El cansancio contribuyó a ello. Después de un largo rato, volvió a la habitación y se acostó más calmado. Apagó la luz, pero no pudo dormirse.

Encima de él oyó un ruido sordo. Después reinó el silencio. Otra vez pisadas. Tal vez un sollozo. Más tarde oyó un portazo en la paz nocturna que, en su excitación, le pareció un cañonazo.

Y después volvió a oír el llanto de una mujer...

El día siguiente a primera hora de la mañana, la mayoría de los invitados se despidió y se marchó. Solo quedaron cuatro. El viejo Kanizsay y su mujer, que iban a coger el tren nocturno en Fehérvár para viajar a Fiume porque querían pasar algunas semanas en Abbazia; Magda Szent-Györgyi, que esperaba a su padre y a su hermano que se habían ido a una cacería al condado Somogy; y László, pues cuando por la mañana Bálint le avisó de que ya estaba en el carruaje y le esperaba, contestó que aún no

estaba listo y que seguramente volvería a Budapest por la tarde.

Louis y Niki Kollonich también dejaban la casa. Estaban invitados a otra cacería de liebres y faisanes. Se iban por la noche. Antes de marcharse quisieron hacer una última batida menor en las esperas en las que no se había podido tirar a los faisanes viejos. Al anfitrión le gustaban mucho estas cacerías ulteriores con diez o doce batidores y sabuesos. Le alegraba además que el viejo Kanizsay le hubiese dicho al criado que no podía ir con ellos porque sufría reuma. Así, Kollonich no tuvo que hacer cumplidos ni esperar a nadie, ni preocuparse por los invitados. Pensó que se lo pasaría bien con sus dos hijos y con su sobrino László. En el desayuno les metió prisa; tuvieron que engullir la comida y montarse rápidamente en los carruajes.

En el patio del castillo solo les esperaban dos coches: el carruaje bajo de caza, que utilizó solo el anfitrión, y un *tarantas* largo, un carruaje ruso que tenía las ruedas delanteras y las traseras unidas por una tabla acolchada. Los jóvenes se subieron a este —los hombres a horcajadas, las muchachas sentadas con las piernas a un lado—. No les acompañó ningún cochero. Péter condujo el *tarantas*. En el último momento la criada bajó corriendo las escaleras con los guantes de Klára en la mano. «Se le han olvidado encima de la mesa, señorita», dijo.

Era la misma muchacha que László había visto la noche anterior entre los brazos del prepotente mayordomo.

«¡Qué cara más triste tiene la pobre!», pensó. Se pusieron en marcha rápidamente. Klára se despidió de la criada con un «¡Gracias!» y salieron volando del patio.

Todo desprendía alegría. Hacía un día hermoso de principios de invierno. Había helado ligeramente y los rayos del sol acariciaban sus rostros con delicadeza. Las tierras de terciopelo oscuro brillaban bajo la escarcha argentada, los lomos suaves se extendían bajo el cielo como un edredón enorme.

Todo el mundo estaba alegre. Hicieron bromas durante la batida. Los chicos dispararon uno delante del otro; incluso delante de papá Louis, cosa que nunca se hubiesen atrevido a hacer en una cacería seria.

László participó de las risas y las burlas, pero tenía la mirada seria. Esperaba poder estar a solas con Klára para poder preguntarle qué había pasado la noche anterior... No se le presentó la ocasión, y cada vez que intentó llevársela aparte con algún pretexto notó en su mirada una especie de ironía. Se sintió rechazado y dolido.

Así pasaron toda la tarde. El joven sufría cada vez más de celos, y su preocupación se convirtió en dolor. Al final fue detrás de Klára en absoluto silencio. Solo oía el crujido de la hojarasca de la acacia que se rompía bajo sus pies; solo ese crujido acompañaba sus pensamientos siniestros, sin que apenas se diera cuenta si alguien se dirigía a él. Solo la observaba a ella. Sin embargo, pudo controlarse para que su mirada no le delatara cuando hablaba con ella o con Magda; sus palabras sonaban igualmente despreocupadas, objetivas y familiares aunque le torturara la incertidumbre.

Ni al llegar a la casa, ni a la hora de la merienda pudo estar a solas con la

muchacha; no pudo aclarar la pregunta que le torturaba.

El tío Louis y Niki se despidieron de la duquesa Ágnes y de los Kanizsay en el salón de mármol. Klára, Péter y Magda acompañaron a los viajeros hasta los grandes Mercedes que esperaban delante de la puerta. László iba a salir con ellos. En el camino cambió de idea y se quedó detrás. ¿Por qué debería acompañarles? ¿Qué tenía que ver con ellos? Él solo era un huésped de «segundo orden» que había sido invitado para que la caza fuera más rica. Sí, Péter lo invitó por esa única razón. Con eso justificaba la invitación. Fue invitada su escopeta, y no él. ¡De qué servía despedirse como si él fuera alguien que contara!

Se detuvo en la biblioteca a oscuras. A través de las ventanas, que llegaban al suelo, entraban las luces de la noche. Tres haces de luz se deslizaban sobre el suelo liso con un resplandor azul grisáceo, como si el frío hubiera helado el parqué. Dio unos pasos por un haz como si fuera un puente hacia la ventana. Fuera todo estaba cubierto de la misma luz azul grisácea. En la oscuridad húmeda la hierba, los troncos de los árboles y las hojas coloradas del boj parecían del mismo gris monótono. La lila y los demás arbustos de adorno que interrumpían el césped se teñían de morado. Los senderos conducían la vista en tres direcciones: hacia el lago artificial, hacia el pequeño templo griego y, a la derecha, hacia la llanura infinita que se perdía en la lejanía. László sintió una tristeza profunda ante el paisaje de aquel jardín de finales de otoño, sumergido ya en el sueño invernal, diseñado por profesionales a partir de modelos ingleses. Era un trabajo bien hecho y daba la sensación de ser más grande de lo que era, de ser un auténtico parque inglés, aunque en la tierra arenosa y escasa en agua los árboles no crecieran mucho y el césped ya estuviera amarillo y quemado en agosto. Ahora las ramas desnudas, los prados yertos y el paisaje infinito cubierto de jirones de niebla que le daban un aire misterioso hablaban sobre la muerte, como si la naturaleza representara la tristeza y la soledad del joven.

«¡Si Klára se casa con Montorio, no volveré aquí nunca más! ¡No! ¡Nunca, nunca más en la vida!», pensó, y despidiéndose del parque, quiso grabar en su memoria todo lo que abarcaba su mirada para no olvidarlo, para poder evocarlo cuando quisiera y torturarse.

Recordar lo feliz que había sido allí durante tantos años...

De niños corrían por esos prados; detrás de la rosaeda jugaban al *croquet*, y él siempre iba con Klára; se escondían entre aquellos arbustos... Todo estaba lleno de recuerdos, de miles de recuerdos de su adolescencia. Ahora tenía que despedirse de ellos.

Oyó voces alegres, pisadas rápidas. Péter y Magda volvían al salón rojo. Después unos pasos más ligeros. Se acercaban a él. Los pasos de Klára. László estaba con el corazón en un puño.

Klára se puso a su lado, de cara a la ventana.



—¡Yo también encuentro preciosa esta vista! —dijo la muchacha—. Sobre todo ahora, al anochecer. —Puso la mano en el picaporte de la ventana. Su brazo tocó el hombro de László—. Me quedo aquí contemplándola cuando estoy sola.

¡Ahora! ¡Ahora debería preguntárselo! ¡Ahora podría saber qué había pasado la noche anterior! ¡Si Montorio...!

Pero no encontró las palabras. Al cabo de un rato, dijo con voz ronca:

—Dime, Klára, dime...

—¿Te acuerdas? Cuando éramos pequeños una vez me socorriste estando subida a aquel plátano —dijo Klára con una sonrisa y añadió—: ¡Qué cobarde era! Tenía miedo de saltar de la rama.

—Oh, claro que me acuerdo —contestó titubeando e intentó preguntarle de nuevo.

Sin embargo, antes de poder plantearle la pregunta, la joven se giró hacia él. Se giró despacio, pero decidida, y cuando estuvo frente a él clavó los ojos en los suyos.

Como si le hiciera una pregunta silenciosa.

Sus labios rojos estaban entreabiertos, como si esperaran algo. La mirada de Klára era distinta, era la misma, pero tenía algo nuevo y misterioso. Al verla se disiparon los celos, las preocupaciones, los pensamientos oscuros y se despertó en él un único deseo: besarla.

László vaciló: quizá se enfadara si él la besaba sin más, sin dar razones; si su compañero de infancia, su amigo de juegos abusaba de su confianza; si la abrazaba a traición, inesperada y violentamente, porque ella no podía saber, no podía sospechar que él estaba fatalmente enamorado.

El hechizo duró unos segundos.

Klára lo miró a los ojos, luego se dio la vuelta lentamente y con sus pasos ligeros se fue hacia el salón. El joven la siguió, había dejado escapar la oportunidad y se arrepintió. ¡Qué torpe! ¿Por qué no la había abrazado? ¿Por qué no la había besado? ¡Qué cobarde! ¡Qué torpe! ¡Ni siquiera se había atrevido a hacerle la pregunta!

Buscó otra oportunidad: después de cenar propuso tocar sus últimas composiciones. Se fue a la sala de música con Klára. Péter y Magda les acompañaron; mantenían un inocente flirteo entre primos, un coqueteo burlón y gracioso. Aceptaron la propuesta de László con alegría y, al llegar a la sala, se sentaron en un rincón apartado para charlar. Klára se aproximó al piano, pero no se sentó al lado de Gyerőffy como el día anterior, sino que se apoyó donde el instrumento hacía la curva. László tocó un par de acordes a modo de preludio y la miró.

—Toca —dijo ella en voz baja—, toca. —Y cerró los ojos.

—Está basado en una balada transilvana —anunció László.

Era una melodía lenta, extraña, una frase musical que se repetía una y otra vez. Las armonías insólitas, un tanto disonantes, cambiaban de tonalidad. Retahílas tristes pero fuertes, de secuencias largas que estallaban inesperadamente en un llanto

ansioso, para volver a los sueños, deseos y lamentos, y terminar con la misma monotonía. El final fue un interrogante en forma de acorde suspendido.

—¡Es precioso! ¡Toca, toca más! —dijo Klára sin moverse de su sitio.

László tocó dos piezas más. Una fantasía medio acabada que él había titulado *Amanecer en Budapest* y que se inspiraba en los sonidos de la ciudad, y un nocturno lento y voluptuoso con *legatos* de dolor y deseo, que moría en *pianissimos* suaves. Era una música novedosa y cruel, expresaba más dolor que los almibarados acordes de un suspiro.

Al terminar cada pieza, László se quedaba inmóvil y miraba a Klára, pero ella solo decía: «¡Toca!», mientras seguía con los brazos acodados en el piano y, como consecuencia, sus desnudos hombros se asomaban cada vez más tras el escote que escondía sus pechos suaves. Le escuchaba con los ojos cerrados. Las pestañas dibujaban una sombra azul en su rostro. Tenía los labios rojos y carnosos. Parecía estar soñando con la música y solo despertaba para decir una palabra: «Toca».

László comenzó una danza transilvana de muchachos:

*A un diablito, si tuviera,  
en una jaula encerraría,  
y cuanto más se moviera,  
la jaula más rodaría.*

Recitaba de vez en cuando las letras, variando las atrevidas rimas con un ritmo vertiginoso. Hizo reír la tonada por todo el teclado, luego la tocó en *staccato*, volvió al *legato*, la interrumpió con *glissandos*; la música bramaba a veces con cromatismos tan violentos que daba la sensación de que se trataba de toda una orquesta con percusión, metales e incluso madera con bajos profundos. Le gustaba tocar de este modo. Sabía que lo hacía bien. Solo así podía expresar ese ser salvaje que, escondido, no se traslucía en sus modos. Solo podía darle rienda suelta cuando tocaba.

La danza reía, bailaba bajo sus dedos cuando Klára de repente se puso derecha. Con sus sentidos agudos notó que en los salones contiguos había movimiento.

Seguramente era el matrimonio Kanizsay que se iba para coger el tren de medianoche.

Enseguida se colocó en medio de la sala, desde donde podía ver las puertas de doble hoja y desde donde quedaba a la vista.

Los Kanizsay ya se despedían. Iban acompañados por la señora Kollonich. Los muchachos salieron al vestíbulo para despedirse y besar la mano de la señora Kanizsay. Después de que el general y su mujer se marcharan se quedaron aún unos minutos en el vestíbulo.

—Querido László, ¡tocas tan bien! Es una pena que no te haya podido oír más —dijo la duquesa Ágnes—. Tocas realmente bien.

Le dio en la cara dos palmaditas cariñosas.

—¡Qué lástima que sea tan tarde, y yo, Dios sabe por qué, esté tan agotada!

Le dio su mano a besar y subió las escaleras, seguida por sus hijas.

Klára se paró en el rellano y se volvió a mirarle. Sus labios se movieron como si quisiera decirle algo. Solo fue un momento, luego desapareció.

Tocaron las diez de la mañana. Era la primera vez que László dormía hasta tan tarde. La música y los pocos minutos que habían estado solos mirando el paisaje a través de las ventanas de la biblioteca dieron otra dirección a sus cavilaciones. Todavía tenía celos de Montorio, pero ya no eran tan dolorosos pues esa noche le habían inquietado otras cuestiones. ¿Qué pretendió Klára cuando se le acercó? Giró la cabeza despacio, en su mirada había dudas. ¿Y si la hubiera besado? ¿Qué habría pasado? ¿Se habría enfadado? Y una vez al piano, ¿por qué no se sentó a su lado como siempre? ¿Por qué se mantuvo a distancia? No lo miró ni una sola vez, tenía los ojos clavados en el piano. ¿Tal vez la había ofendido sin querer? No, no podía ser porque en el hueco de la ventana... y más tarde... desde las escaleras... Klára lo miró. ¿Era cierto que quiso decir algo con los labios mudos? ¿O eran imaginaciones suyas?

Su cabeza hervía de tanto pensar. Por fin se durmió, sin embargo, se despertó con las mismas inquietudes.

Después de haber descansado y haber dormido bien, se estiró en la cama y el mundo le pareció más hermoso. Tras largas reflexiones decidió quedarse hasta el domingo por la noche, hasta que se le brindara la oportunidad de... de muchas cosas.

Se vistió rápidamente porque sabía que las muchachas bajaban del primer piso sobre las once de la mañana.

Una vez listo se fue a la biblioteca: allí podría pasar el rato con los álbumes sin llamar la atención, porque era una sala central que daba al jardín, y si alguien venía desde la antesala, lo notaría enseguida. Se puso al lado de la larga mesa, cubierta de grandes tomos ricamente encuadernados, y los ojeó.

Reinaba un silencio religioso. Los libros de las estanterías desprendían un brillo misterioso debido a la luz que entraba diagonalmente por la puerta y las ventanas; los rayos de sol invernal, difusos y débiles, reverberaban en el parqué y desde abajo alumbraban los lomos dorados. Daba la impresión de que la sala tuviera una iluminación teatral; el pasillo interior que corría por el primer piso arrojaba su sombra sobre la cúpula y dibujaba en la bóveda los contornos de la baranda de hierro fundido. La luz que entraba por la puerta de la antesala se difuminaba sobre las curvas de la escalera de caracol que subía al piso superior de la biblioteca, y sobre las estanterías cara a la ventana.

László pensó que aquella preciosa mañana era un buen augurio.

Ya llevaba esperando un cuarto de hora cuando entró el mayordomo Szabó y le dijo con voz ceremoniosa:

—Su excelencia, la duquesa Kollonich, pide al señor conde Gyeróffy que haga el

favor de subir a ver a su señoría. La duquesa espera al señor en su dormitorio.

Después saludó, se dio la vuelta y se fue con tanta autoridad y dignidad como el lord inglés más distinguido.

«¿Por qué me citará? —se preguntó László—. ¿Por qué querrá hablar conmigo la tía Ágnes? ¿Qué habré hecho?».

Desde su infancia conocía bien la otomana en la que la tía se sentaba cuando iba a reprender a alguien. Subió angustiado la escalera de caracol interior, pasó por el pasillo superior, por encima del salón rojo, y cruzó la puerta del pequeño recibidor del dormitorio. Para su alivio vio que la tía no lo esperaba en la otomana, sino en una butaca al lado del tocador.

—¡Ven aquí, querido László! —le dijo la duquesa—. Ya hace cinco días que estás en casa y todavía no he podido hablar contigo.

Acarició el pelo del joven, que se inclinó sobre su mano, y ella le dio un beso en la frente. Le sonrió con cariño.

La duquesa estaba muy preocupada aunque no se le notara en absoluto. La noche anterior se habían despertado sus sospechas sobre la razón por la que Klára no se alegraba por el cortejo de Montorio. ¿Por qué no dejó que Montorio se le declarara durante la cacería? El Príncipe solo esperaba una palabra de la muchacha para que todo quedara arreglado. Era cierto que Klára había tratado a su pretendiente como era debido, pero seguramente lo hizo por orden de su madrastra y evitaba a toda costa la declaración. Solo dependía de ella. ¿Por qué mantenía esta actitud? No por capricho. Klára no era en absoluto caprichosa. Debía de tener otra razón, y solo podía tener una: «*Elle a un béguin!*», pensó la duquesa Ágnes con esa palabra intraducible que significa deseo fugaz y caprichoso. Sí, solo podía deberse a que ella tuviera un *béguin*.

Se acordó de que el primer día Klára se sentó en el puesto de László durante dos batidas largas. Además, volvieron un poco más tarde que Péter y Magda después de despedirse de papá Louis. ¡Y la música de la noche anterior! Había notado que la mirada de su hija era diferente. La vio muy ensimismada, emocionada. No le parecía bien. Tampoco que hubiesen tocado música tanto tiempo. No era bueno que los jóvenes estuvieran solos, sin otros invitados. No, no era bueno. Aunque solo era una leve sospecha decidió zanjar el asunto.

Por eso había hecho llamar a su sobrino. Por eso quería hablar con él, aunque con mucho tacto.

—Péter me contó que has emprendido una gran empresa y que estudias diligentemente. Está de acuerdo con tus planes y te comprende. ¿De qué sirve que todo el mundo sea político? Está bien que uno siga el camino de sus impulsos. Estoy segura de que serás un gran músico. ¡Tienes tanto talento, hijo mío! Sin embargo, no ha sido muy amable por tu parte no avisarnos de que habías vuelto de Transilvania; no me escribiste, no me dijiste nada, aunque sabes que te trato como a un hijo. ¿Verdad que sí? Siempre te he tenido mucho cariño. Por eso me dolió que te

escondieras... ¡Ya no importa! Me he alegrado mucho de que hayas estado con nosotros.

Dijo «hayas estado», en pasado.

László se sintió profundamente agradecido. ¡Qué buena, qué cariñosa estaba con él! Su alma hambrienta de simpatía y de palabras bondadosas se llenó de alegría. Pidió perdón por su error y le besó la mano con humildad y afecto. Y, empujado por la confianza plena, le contó sus planes, el reconocimiento de los profesores; se entusiasmó como siempre que hablaba de música. Expuso apasionadamente sus ideas sobre la música moderna, sobre las nuevas armonías.

La tía Ágnes lo escuchó atentamente con una sonrisa halagüeña. A veces le interrumpía para decir «Yo de eso no sé nada» o «Sí, eso sería muy interesante».

Al final, cuando László dejó de hablar, le dijo:

—Me gusta que te dediques al arte con tanta pasión. Cuando vuelvas tocarás para mí también, ¿verdad?

El joven reparó en la frase intercalada «cuando vuelvas». ¿Qué significaba? Él pensaba quedarse. Quiso contestar que tocaría para ella esa misma tarde, pero su tía no esperó la respuesta.

—Dado que te vas con el tren de mediodía, ya no tendremos tiempo para la música. Te he pedido una carroza para que viajes cómodamente.

La duquesa Ágnes siguió sonriendo, pero en su mirada había una orden.

De repente, László sintió un escalofrío. Atónito, no encontró palabras, solo atinó a balbucear:

—Sí, con el tren de mediodía... no tendremos... evidentemente...

La mujer volvió a hablar en tono maternal. Habló afectuosa y cálidamente, como si quisiera poner un bálsamo sobre la herida que acababa de abrirle. Nada delató que estuviese pendiente del rostro y de los gestos de László. ¿Estaría enamorado de Klára? ¿Tal vez la cortejaba en secreto? La mirada del joven no expresó nada. En su infancia de huérfano aprendió a controlar los gestos de su rostro ante gente desconocida. Hablaron unos minutos más en tono natural y László se despidió:

—Tengo que hacer las maletas —dijo, y se fue con una reverencia respetuosa.

Se fue de nuevo hacia la puerta de la biblioteca. Eligió el mismo camino sin pensarlo aunque la escalera principal estaba al lado. Iba atontado, como si le hubieran dado un golpe en la cabeza; sus pies reconocían el camino, pero su mente estaba ofuscada. Cerró la puerta del recibidor sin hacer el menor ruido, lentamente, con el movimiento perfectamente controlado.

«¡Me han echado! ¡Me han echado! ¡Simplemente me han echado!». En su mente resonó la frase: «¡Me han echado!». De repente se encontró en la biblioteca, envuelto por la sombra del pasillo superior. Se quedó inmóvil.

Enfrente de él, en la escalera de caracol, estaba Klára, apoyada en la baranda.

—Buenos días —dijo ella, y se acercó a él con sus pasos suaves. Le dio la mano —. Me gusta tanto mirar desde aquí arriba. Todo parece tan diferente. ¡Mira qué

bonito!

László apoyó los codos en el pasamanos. Klára se puso a su lado, muy cerca de él. Muy cerca. Sus hombros se tocaron.

—Es tan curioso cuando entra el sol. Solo ilumina abajo. Tan curioso... — continuó ella. Luego calló.

Estuvieron inmóviles durante unos segundos.

«Debería abrazarla. ¡Besarla! Al menos besarla, si ya me han echado», pensó László. Pero antes de poder decidirse, la muchacha se irguió y se alejó unos pasos. Se detuvo de nuevo. Miró las estanterías con las manos entrelazadas detrás de la espalda, recostada contra la baranda.

—Son novelas francesas de finales del siglo XVIII. Tonterías que no valen nada, pero su encuadernación es preciosa.

Pasaron unos minutos; juntos, muy cerca.

«Si me mirara ahora... Si me mirara como ayer en la ventana... Si supiera que no iba a enfadarse, ahora que me han echado, la besaría».

Klára volvió a dar unos pasos. Rodeó la escalera y fue hasta la puerta que se abría frente a la entrada del gran salón. Allí detuvo sus pasos y se volvió a mirarle. Se recostó contra el marco de la puerta y lo miró a los ojos. Como si le preguntara algo, como si esperara que... ¡La abrazaría ahora, la besaría! Ella lo deseaba.

Pero antes, sin querer, László lanzó una mirada de soslayo a la puerta de la tía Ágnes. Si aquella puerta se abriera y los pillara, lo expulsaría de su casa para siempre.

Tal vez Klára comprendió su mirada fugaz; se apartó de él y como sin dar importancia a sus palabras dijo:

—No has visto mi pequeño nuevo hogar. Papá ha arreglado esta habitación para mí.

Abrió la puerta y entraron.

Era una habitación con una sola ventana y muebles de estilo inglés; todo, hasta las paredes, llevaba la misma tapicería blanca de *chintz*, lustrosa, con flores coloridas.

—Es muy bonito, ¿verdad? La tapicería tiene un tacto tan fresco. ¡Me gusta tocarla!

Se pusieron entre el ala abierta de la puerta y la cajonera. La joven puso la mano en la pared.

—¡Está tan fresca!

Estaban tan cerca que su pecho rozó el brazo del hombre.

Por fin la abrazó. Sus labios se unieron en un beso ardiente y largo, muy largo. Infinito. La mano de Klára reposaba en el hombro de László ligeramente, como si fuera un pájaro, y poco a poco fue subiendo por su nuca, sus dedos se abrieron entre su cabello. Fue un beso tan largo, tan infinito, que pareció dejarles sin fuerzas, y la joven tuvo que dejar descansar su cuerpo en los brazos de él. Su cuerpo suave, grácil se entregó a él por completo; parecía no tener huesos, nada más que carne ardiente de

deseo. Solo se soltaron cuando se quedaron sin aliento.

—¡Tienes que marcharte! —le dijo Klára con una voz apenas perceptible—. ¡Ahora tienes que irte! —Y lo apartó con la mano—. Vete, ya te estarán buscando... y el coche te espera...

En la carroza, por aquel camino lleno de baches, y más tarde sentado en el tren, László tuvo la sensación de estar navegando sobre las olas del mar, cubierto por una neblina gris y rosada. En realidad, fuera, en los áridos campos y prados hacía un tiempo soleado, seco y frío. Todo le parecía de cuento de hadas. Cuando al pasar por Fehérvár su ventana se oscureció de golpe no fue por la cubierta de la estación, sino por arte de magia; el brillo del lago Velence, su espejo helado, los cañaverales caóticos del litoral, eran el irreal país de las maravillas que solo existía para él; eran visiones nuevas, desconocidas, que nadie había visto antes y nadie vería después, excepto él. El mundo se movía a su alrededor con una velocidad vertiginosa; el paisaje corría detrás de su ventana como una exhalación; el camino quedaba atrás volando con alas de golondrina hacia la felicidad absoluta. Estaba sentado junto a la ventanilla. Miraba hacia fuera, pero en realidad no veía nada porque en el centro de las imágenes había un par de ojos que le esperaban y le llamaban; los ojos azul marino de Klára, que le miraba antes de cerrar los párpados y entregarse a la magia de su beso.

Llegó a Budapest embelesado y arrebatado por un éxtasis de felicidad. Tuvo la impresión de haber llegado en unos pocos segundos. Contempló las luces del puente ferroviario, reflejadas en el Danubio, las de la plaza Baross, la doble fila de farolas de la avenida Rákóczi, el resplandor infinito que era alegría y adorno, como si la ciudad celebrara su vuelta, su gloria, con iluminación festiva y miles de antorchas.

Al llegar a su pequeño piso de la calle del Museo subió corriendo las escaleras con el estuche de escopeta en la mano, mientras el portero llevaba su neceser y su macuto inglés. Sacó sus cosas rápidamente. Guardó su ropa en los cajones sin ningún cuidado. No se dio cuenta de lo arrugada que estaba porque en Simonvásár, al volver a su habitación, la había metido toda —el esmoquin, el traje de caza, las botas engrasadas y la camisa del frac— violentamente dentro del saco, y para terminar cuanto antes la había pisado con tanta vehemencia como si se hubiese tratado del cadáver del mismísimo Montorio derrotado.

Después de haberlo guardado todo, volvió al pequeño salón. Ya no le molestaba la fealdad de su piso de alquiler, pobre y deslucido. Al contrario, pensó que formaba parte de esos inicios de su camino que le traerían éxitos hasta alcanzar la gloria artística, hasta conseguirlo todo en el mundo: triunfos, victorias y a Klára, su muchacha angélica. Sus logros musicales y el triunfo social serían un simple adorno, unos abalorios, una guirnalda de flores o un tesoro de oro y plata que él pondría a los pies de su amada para embellecerla, para coronar su cabeza rubia con una aureola de

diamantes, para adorarla por encima de todos los bienes del mundo.

Dio varias vueltas por la estrecha habitación, abrió los brazos, siguió moviéndose de aquí para allá. El éxtasis que le había invadido al besar los labios de Klára era cada vez más intenso. Quiso subirse por las paredes, abrazar el mundo entero.

Abrió la ventana. Le golpeó el aire gélido de la noche. Abajo, el parque del Museo parecía un mar marrón. Detrás del enorme cubo del museo, en la esquina de la calle Sándor, se alzaba otro edificio oscuro. El palacio Kollonich. Entraría allí, pero no como un amigo, no como un compañero divertido, no como un disco de gramófono que podía entretenerles con su música si se aburrían. Entraría, pero no como tirador ni como bailarín, no como alguien útil ni como el pariente pobre. ¡No! Entraría como el novio, el prometido de Klára, y después... —se mareó al imaginar lo impensable— como su marido.

Estuvo en la ventana un buen rato. En la Ronda brillaban las farolas en filas infinitas. Los tranvías tintineaban y paraban con su sonido estridente, y cuando se ponían en marcha los edificios resonaban; por encima de las casas flotaba iluminado el vapor de sus motores.

Miró inmóvil el sinfín de tejados. Se sintió superior, el amo del mundo, el hombre más poderoso. El sentimiento de inferioridad y humildad que durante tantos años le había dominado se disipó por completo. El beso, el largo beso de Klára lo había salvado para siempre. Se sintió como los conquistadores, como Cortés cuando zarpó para México. Y abrió sus brazos por encima de la ciudad nocturna como si quisiera abrazar el universo entero.



## **TERCERA PARTE**

# 1

Bálint Abády volvió a Transilvania a mediados de diciembre. Cogió el tren nocturno que salía de Budapest a las once de la noche. Era un tren cómodo con pocos pasajeros. No le importó que llegara a Kolozsvár a las seis de la mañana, sabía que en casa le esperaba un baño caliente y que después podría seguir durmiendo si le apetecía.

Su tren partió de la estación sobre la medianoche porque el expreso de Viena al que debía esperar había llegado con mucho retraso. Había sido retenido por la nevisca. El invierno de 1904-1905 prometía ser muy riguroso.

Durante la larga espera, y más tarde en su litera del coche cama, pensó en los acontecimientos de los últimos días. Les dio mil vueltas y durante un buen rato no llegó a conciliar el sueño.

Escuchó el traqueteo acompasado del tren, su voz burlona y monótona: «Cha-ca-chá, cha-ca-chá, cha-ca-chá».

Tapado hasta la barbilla tuvo la sensación de ser un prófugo. Como si huyera de la responsabilidad de tomar partido, y como si el traqueteo del tren se burlara de él.

Evocó una y otra vez lo ocurrido.

Desde aquella sesión del 18 de noviembre en la que István Tisza declaró las nuevas reglas parlamentarias más estrictas, los diputados no se habían vuelto a reunir. Sin embargo, los rumores no cesaban en la capital: las murmuraciones malévolas, incontrolables, afirmaban cada día algo nuevo. Un día se difundía que el presidente del Parlamento había dimitido; al día siguiente que no tenía ninguna intención de dimitir, es más, que estaba organizando una guardia cuya tarea sería echar del Parlamento a los diputados indeseados. Un día se susurraba que había sufrido un ataque, y al otro que se entrenaba en una sala de esgrima y se preparaba para un duelo. Corrían mil noticias sobre el gobierno: que Tisza se había retirado a Viena, y que después había vuelto más beligerante que nunca.

La prensa de la oposición escribía con furia demoledora, cada día más intensa. Los más crueles eran los editoriales de Miklós Bartha, escritos con artística pluma. Bálint intentaba ser objetivo pero al leerlos apenas podía protegerse contra su argumentación brillante, contra sus palabras irrefrenables y poderosas.

Los periódicos cercanos al círculo conservador de Andrásy usaban un tono más moderado. Según ellos, no quedaba más remedio que elegir nuevo gobierno. Tisza tenía que dimitir y, a cambio de su cabeza, el nuevo gabinete legalizaría el reglamento parlamentario, lo cual era muy útil y conveniente. Era un argumento doble: por un lado, le hacía un guiño cómplice a la oposición y, por otro, al viejo rey.

El mismo ambiente reinaba en el Casino Nacional, que entonces era un centro político importante. En los rincones de la cámara Deák y en la oscuridad de la sala de

billar la gente discutía largamente, en voz baja, y luego se iba en silencio. La generación joven era mucho más ruidosa. Los diputados y los candidatos alegaban razones legales y patrióticas, presumiendo de su propia importancia. El más ruidoso tal vez era Frédi Wülffenstein, quien, dando enormes patadas, había declarado que su sangre húngara no aguantaba, no podía aguantar que pisotearan la Constitución de su país, y si alguien se atrevía a contradecirle, se lo tomaría como una cuestión de honor.

Bálint fue al casino todas las noches en las últimas dos semanas. Aunque de acuerdo con su carácter pretendía ser imparcial, el ambiente de la oposición le afectaba. Desde las confidencias de Slawata, desde que había echado un vistazo a los secretos del taller de Francisco Fernando, veía las cosas de modo muy distinto. Ahora tendía a darle mucha importancia a las formalidades, a defender todo lo que era útil para la autonomía y el autogobierno nacional.

Así se sintió cuando el 13 de diciembre fue convocado el Parlamento.

El día anterior en los periódicos de la noche se había publicado un comunicado breve:

«12 de diciembre. En el día de hoy la guardia parlamentaria ha recibido nuevas órdenes. Estas prohíben a los agentes tocar a los diputados aunque estos últimos *maltraten físicamente* a los primeros».

Por una parte, la orden se inspiraba con toda seguridad en el respeto de que gozaba entonces el oficio de diputado. Por otra, servía para desmentir los rumores de la oposición sobre la violencia y la intervención armada.

Bálint llegó al Parlamento un poco tarde. El guardarropa estaba repleto de abrigo y sombreros. Ya estaba allí todo el mundo. Se apresuró hacia el ascensor; salió impaciente. Solo posteriormente, reflexionando sobre los hechos, se acordó de que el portero, los mozos del guardarropa y del ascensor, los ujieres, todos tenían semblante serio, preocupado. En ese momento no le llamó la atención; fue corriendo al salón de sesiones.

No había ni un alma por los largos pasillos. El ruido de sus pasos se perdió en la alfombra tupida que cubría todo el corredor. Reinaba un silencio mortal. Como en una tumba. No le sorprendió porque sabía que las cortinas gruesas que había detrás de las puertas de cristal ahogaban todas las voces; nunca se oía nada, ni siquiera durante las sesiones más ruidosas. Abrió la cortina y entró.

El espectáculo era grotesco.

Solo había unos treinta diputados en la sala: los *Zoltán* —así llamaban a los extremistas de la oposición—. En la tribuna había dos empeñados en arrancar las sillas del presidente y los notarios. Los demás intentaban desmontar los listones de la barandilla; habían arrojado los muebles de los taquígrafos al centro del salón, donde la Mesa de las Leyes ya estaba destrozada; los escaños de los ministros también estaban por los suelos. Se lanzaban el mobiliario los unos sobre los otros entre

carcajadas; esos auténticos destructores se mostraban satisfechos de haber cometido tan infame barbarie.

En medio del hemiciclo, junto a seis o siete correligionarios, estaba Sámuel Barra, el líder de la extrema izquierda. Cuando vieron entrar a Abády fueron todos a saludarlo. La alegría de encontrar a alguien a quien contar sus hazañas fue evidente.

—¡Los hemos echado a palos! ¡A bofetadas! —gritaron, mientras hablaban atropelladamente, entusiasmados por explicar sus heroicidades—. ¿Viste cómo le acerté en la cabeza con el tintero? ¿Te fijaste en cómo se dobló en dos? ¡Y el sopapo que le di al que estaba a mi lado! ¡Aquí, amigo mío, se ha librado una verdadera batalla!

—¡Pero los guardias no han podido devolver los golpes! ¡Lo tienen prohibido! —dijo Bálint cuando le dejaron hablar.

—¡Mentira! —contestó Sámuel Barra—. Esos nos habrían pegado, pero no han tenido tiempo para reaccionar porque nosotros, nosotros, con la fuerza tremenda de la justicia nacional, con la lumbrera de la libertad húngara en la mano, nosotros... —dijo, y comenzó a deshacerse en elogios a su propia persona, cosa que generalmente hacía en sus discursos.

Pero no pudo acabar porque un hombre tripudo se le acercó y le comentó:

—¿Has visto, mi líder, cómo los he hecho huir de la tribuna con esta misma lanza? —Y levantó un listón de roble lleno de clavos que sobresalían de la madera, y que había sido arrancado de la barandilla—. Los he pescado con esta caña. Ha sido fenomenal, ¿verdad?

Se jactaban de sus hazañas, fanfarroneaban sin cesar. De repente, todos miraron hacia su compañero sacerdote, que había estado sentado en un banco lateral y se acercaba a la pira. Subió entre los restos y se sentó en el tope. Era un hombre flaco, moreno, con la tonsura sin afeitar y la sotana mugrienta. Esbozó una sonrisa maligna, triunfante. Se colocó en silencio y se puso las manos en la cintura con afectación.

—¡Bravo, Jancsi! ¡Bravo! —exclamaron algunos.

En ese momento se abrió la puerta lateral de la parte gubernamental del salón. Apareció la figura alta y enjuta de István Tisza. De golpe se hizo el silencio y todas las miradas se fijaron en él. Durante unos minutos se quedó en el umbral pasando su enorme monóculo por aquel grupo de destructores.

Finalmente dijo:

—¡Qué vergüenza!

Dio la vuelta con un gesto de menosprecio y salió del salón.

Bálint estaba en su litera recordando los acontecimientos, incapaz de dormir. Las escenas aparecían nítidas, se borraban y volvían a aparecer torturándole. El tren de vapor parecía burlarse de él bramando «Cha-ca-chá, cha-ca-chá».

Y él, ¿quería realmente convertirse en uno de ellos? ¿En uno de esos que pegaban

a guardias indefensos, a gente honesta destinada al Parlamento por el cuerpo de la guardia y de la policía, y que en su autocontrol no devolvían los golpes por no desobedecer las órdenes? ¿Quería que su nombre se mencionara como si fuera uno de ellos?

Pero ¿no estaría sirviendo a los secretos deseos del Palacio Belvedere si se unía a los del bando contrario?

Ese dilema era lo que le había hecho huir de la capital. Se había marchado por el asco que sentía y por el temor de tomar una decisión. El tren seguía avanzando: «Cha-ca-chá, cha-ca-chá», como si la desalmada máquina de panza de acero se riera de él.

Se durmió tarde; se despertó tarde.

Por el costado de la cortina entraron los rayos del sol matutino. Primero pensó que al revisor se le había olvidado despertarle y había pasado por la estación de Kolozsvár dormido, pero pronto se tranquilizó al oír que acababan de llegar a Csucsá tras haber acumulado dos horas de retraso.

Se vistió rápidamente y salió al pasillo.

Fuera hacía un tiempo invernal espléndido, brillante. Había mucha nieve por todas partes. En las orillas del Körös, las placas de hielo resplandecían flotando en la transparencia azul. Todo estaba cubierto de una blancura cegadora: la nieve se amontonaba sobre los tejados de paja de las pequeñas casas rurales, aunque estos eran apuntados como las colmenillas que crecían en mitad del camino real, helado como el acero. Muy de vez en cuando pasaba un trineo de patines de madera tirado por un par de bisontes. El dueño, aterido, iba a su lado dando pasitos apresurados.

A contraluz se alzaban las ruinas del castillo de Sebesvár.

Detrás de él, el río Vlegyásza parecía ser de vapor. A su lado se dibujaban el monte de Marótlak, escarchado; los contornos nítidos de Kőhegy, cubiertos de azúcar glas; y los de Bocsibérc, tapados por un edredón suave. El primer plano del paisaje parecía untado de suave nata. Se veía Bánffyhunyard y su curiosa iglesia de tres aguas. El tren corría jadeante porque empezaba a subir hacia el túnel de Sztána.

Bálint se fue a la ventanilla opuesta. Al disfrutar del paisaje recordó que esas tierras eran el nuevo hogar de Adrienne. Le habían dicho que su casa estaba justo enfrente de las ruinas del castillo que se veía al salir del túnel. ¿Dónde estaría? ¿Dónde? Cuando salieron del túnel y los vagones encararon chirriando de costado la curva, vio las ruinas. ¿Sería aquello? Como si fueran dos gigantes dedos blancos que señalaran al cielo, vio dos líneas claras, rectas delante del fondo morado y pardo del hayedo. Tal vez, la casa estuviese en aquel valle, y tal vez ella en ese momento estuviese mirando el castillo y sus ojos se encontrasen. No era nada prohibido, quizá ella no se enfadase. Esa era la primera vez que pensaba en Adrienne Milóth —cuyo recuerdo intentaba reprimir si se presentaba sin querer— desde hacía semanas.

La madre de Bálint, Róza Abády, era una mujer regordeta y bajita. Aunque apenas había cumplido los cincuenta, parecía más mayor porque tenía el pelo completamente blanco y siempre iba de negro, como las ancianas. Desde la muerte de su marido no había llevado otra cosa. Fue un golpe terrible que después de diez años justos de matrimonio Tamás Abády muriera. Ella se había casado por amor, a pesar de que su enlace había sido preparado también según los planes de sus padres. Tamás fue un hombre muy atractivo y de mucho talento.

Los primeros años de su matrimonio fueron algo tempestuosos. La pequeña Róza era una criatura bastante cabezota y antojadiza. Había nacido cuando sus padres ya llevaban doce años casados, por lo que la recibieron como a un milagro y fue una niña mimada. Todo se hacía según sus deseos. Se convirtió en una pequeña tirana en su finca. Realmente se sentía como una princesita de cuento de hadas. El enorme castillo de Dénestornya, el parque inmenso y el sinfín de criados que le servían fortalecieron el exagerado amor propio de la niña. Resultó ser una joven confiada. Cuando se casó, naturalmente, su carácter provocó muchas discusiones y a veces vehementes peleas que siempre terminaban igual: la mujer cedía porque estaba muy enamorada de su marido. Poco a poco dejó de oponerse a él por completo y en los últimos años de su matrimonio todo lo veía con los ojos de su marido, y sus deseos eran órdenes para ella. Fueron años muy felices, sus únicos años realmente felices en la vida. La desgracia llegó de golpe: Tamás Abády tenía cáncer; la enfermedad lo mató en unos meses. El hombre sabía bien lo que le esperaba. Por eso dedicó la última parte de su vida a preparar a su mujer para la separación y para la tarea que ella debería asumir después de su muerte. Fue decisión del padre que el pequeño Bálint ingresara en el Theresianum a los diez años. Fue su deseo que después de licenciarse en Derecho trabajara en el cuerpo diplomático. Evidentemente, no quería que su hijo fuera educado solo por una mujer y deseaba que viera mundo, conociera a gente diferente para que, una vez adulto, pudiera decidir él mismo su futuro.

Fue una orden cruel que privó a la mujer de la presencia continua de su hijo. El que encara la muerte, es capaz de ser muy cruel con los vivos. Tamás Abády tuvo que actuar de esta manera. Conocía bien a su mujer.

Ella era una persona de muy buena voluntad, dispuesta a sacrificarse, capaz de albergar ideas nobles. Pero era muy protectora, y eso habría podido ser nocivo para su hijo. Por eso quiso su padre que Bálint se educara en otros ambientes, para que se hiciera hombre en un entorno ajeno. Sería suficiente con que pasara en casa las vacaciones, era importante y necesario para que amara su hogar. Tamás lo discutió todo con su padre, el viejo Péter Abády, que fue al único a quien pidió consejo. Así nacieron las minuciosas instrucciones que, escritas en un hermoso cuaderno de tamaño folio, describían todo lo referente a su hijo, incluso los más insignificantes pormenores. Le adjuntó un anexo sobre asuntos financieros en el que repasaba la situación de la fortuna común y daba su opinión sobre los empleados. Pidió a su mujer que tomara la administración de los bienes en sus manos. Que decidiera ella

sola en todos los asuntos, que se preocupara por todo, por todos los detalles. Tamás lo había discutido con su anciano padre. Lo hizo siguiendo sus consejos. Con ello pretendía ayudar a su mujer: encargándole una tarea, dándole obligaciones que la ocuparan y la ayudaran a soportar el dolor. En cuanto a la administración de los bienes, el anexo no contenía un programa concreto, solo instrucciones generales: «No lanzarse a hacer cosas nuevas que no hayan sido probadas por otros», «No creer en cartas anónimas», «No condenar a nadie hasta estar seguro de su culpabilidad», «No confiar en los aduladores».

Fue una idea muy acertada darle trabajo a la condesa Róza. Después de los primeros meses de duelo profundo se dedicó a ello con una disciplina férrea. Aprendió de memoria, palabra por palabra, las instrucciones del legado e intentó seguirlas para cumplir las órdenes que su marido, al que adoraba como a un semidiós, le daba desde el otro mundo. Y esa ocupación la ayudó a superar el dolor y le salvó la vida.

Sin embargo, se retiró del mundo. Al principio no quiso ver ni a sus propios parientes. No recibía visitas. Se limitaba a hacer lo que su marido había deseado, nada más. De este modo dejó de relacionarse. Mientras Péter Abády vivió, sus amistades fueron a visitarla; pero después de su muerte, ya nadie fue a verla. La soledad tuvo sus consecuencias. Como en el fondo le era imposible vivir sola —necesitaba alguien con quien hablar, alguien que le contestase aunque solo le hiciese eco—, Róza comenzó a hacer de hada madrina, a ayudar y salvar a los demás como la Providencia. Tenía un corazón bueno, piadoso. Y pronto aparecieron algunas personas astutas que descubrieron sus ansias de ser caritativa y se aprovecharon de su debilidad y su soledad.

Así se encontró con Kristóf Ázbej, un abogado del condado de Torda, que la conoció por un pleito menor. Pronto descubrió cómo debía tratar a la condesa. Cada palabra suya era un elogio hacia el difunto marido. Le explicó que él solo se encargaba de casos justos, no como los demás picapleitos, y que por eso apenas podía ganarse la vida. La viuda mordió el anzuelo inmediatamente. Le tuvo lástima y le dio cada vez más trabajo. Al final llegó a ser el administrador omnipotente de sus fincas, de lo que alardeaba ante los demás pero jamás ante la condesa, que seguía llamándolo señor Ázbej.

Fue tanta su habilidad para hacerse indispensable que al final fue la misma condesa Róza quien le pidió —«porque a él ni se le ocurriría mencionarlo»— que se trasladara a Dénestornya y ocupara la casa solariega del señor Péter, para estar siempre a mano.

De la misma manera, jugando a ser un hada bondadosa, conoció a dos señoras mayores. Una era la señora Tóthy, viuda del organista protestante; la otra, la señora Baczó que, según se decía, había sido cocinera en Décs. Vivían en el castillo y, en invierno, cuando la señora Abády se trasladaba a Kolozsvár, la acompañaban. Siempre estaban con ella sentadas en el salón, comiendo o haciendo labores de punto.

Eran algo así como sus dos amas de llaves. La señora Tóthy cuidaba las telas y preparaba esencias de lavanda; la señora Baczó se encargaba de las frutas en almíbar. Realmente era una maestra del oficio.

Sin embargo, su misión principal era escuchar todo lo que les contaba su señora y darle siempre la razón. Parecían el coro de una tragedia griega que comentaba lo que decía el protagonista. Si era necesario se escandalizaban; si lo más adecuado era sorprenderse, lo hacían. Ellas traían los chismes de fuera y de dentro de la casa, no obstante, nunca cotilleaban una sobre la otra, ni tampoco sobre Ázbej, que era lo bastante listo como para estar siempre de parte de las dos señoras. Juntos formaron un triunvirato solidario.

Con una especie de acuerdo tácito se habían repartido la finca Abády. Ázbej gobernaba en las tierras cultivadas y la silvicultura; las mujeres en todo lo relativo a la huerta, los frutales y los criados internos. Gracias a este pacto, firme pero nunca expresado, se apoyaban en todo y sacaban buen provecho. Eran poderosos. Solo las caballerías y los establos escapaban a su influencia porque en esa materia la condesa Róza nunca les pedía consejo.

El día que Bálint llegó a casa, estaban tomando café en el salón después de la comida. Róza Abády estaba sentada en medio del sofá, detrás de una mesa larga. En sus dos extremos estaban las educadas señoras, que nunca se sentaban en las butacas situadas en los otros tres lados de la mesa, sino en unas sillas altas e incómodas. Bálint no estaba seguro de cuál era la señora Tóthy y cuál la señora Baczó, pues las dos mujeres eran corpulentas, voluminosas, morenas y tenían ojos pequeños que se perdían en los caídos mofletes. Parecían ser la encarnación de los efectos de la gastronomía transilvana. Cada vez que volvía a casa tenía que aprender de nuevo que la señora Tóthy tenía papada triple y la señora Baczó solo doble. No se distinguían en nada más; ni en los gestos, ni en el tono, ni en la forma de hablar.

Las dos tejían afanosamente al mismo ritmo. Estaban sentadas muy erguidas y en la mesa, delante de la condesa Róza, había una gran taza de laca china que servía para guardar la labor de punto. La condesa dejó de trabajar en ella y con su mano pequeña, regordeta, de niña, cogió la mano de su hijo e hizo que se sentara a su lado en el sofá, sin soltarlo.

—Cuéntamelo todo, cuéntame dónde has estado, qué has visto... —dijo con los ojos muy abiertos y brillantes de felicidad por la vista de Bálint.

Este le habló sobre la cacería de Simonvásár, quién estuvo y quién faltó, y también le contó qué pasaba en Budapest. Habló largamente. Su madre no dejaba de mirarle. Seguramente apenas escuchó lo que le contaba, solo mantenía los ojos fijos en él y de vez en cuando lo interrumpía:

—¿Seguro que no te has resfriado? ¿Estás bien? —Y estrechaba la secuestrada mano de su hijo como si quisiera estar segura de que realmente era él a quien



hablaba, a quien tenía enfrente—. Ahora te quedarás aquí, ¿verdad? No te irás enseguida, ¿verdad que no? Tienes que quedarte. Pronto comienza el carnaval... y por aquí hay algunas chicas muy guapas...

—¡Es cierto! —dijo la señora Tóthy.

—¡Bien cierto! —dijo la señora Baczó y siguió con las labores de punto.

—Lo mejor sería que les echaras un vistazo y te establecieras aquí. ¡Eso sería lo mejor!

El comentario le trajo a la memoria a Adrienne, pero ¿por qué a ella? Por un momento vio su cara.

—Voy a quedarme, madre, por mucho tiempo —contestó el joven Abády y, como si hiciera un propósito, levantó la mano de su madre para besarla—. Si convocan elecciones de nuevo, lo cual es probable, quizá no me vuelva a presentar.

La condesa Róza apoyó las manos en la mesa, su mirada se ensombreció.

—¿No te presentarías? ¿Por qué?

—No es una decisión definitiva, pero me ha disgustado mucho lo que he visto en la capital.

—Lo más útil sería que te ocuparas de nuestros bienes. Yo ya no puedo con tantos problemas y tanto trabajo. Me estoy haciendo vieja y, siendo mujer, no puedo con tantas obligaciones. Tú eres joven, eres un hombre. Asume tú esa responsabilidad. De todas maneras, lo heredarás todo cuando yo muera —dijo, y se dirigió a las dos ancianas—. ¿O no es así?

—¡Claro que sí! —contestó la señora Tóthy.

—¡Por supuesto! —respondió la señora Baczó.

—Primero debería estudiarlo —dijo Bálint—, nunca he tratado semejantes cuestiones.

A pesar de todo, acogió la idea con mucho gusto porque ya hacía tiempo que le extrañaba lo poco que la considerable fortuna le rentaba a su madre.

—Necesitaré un par de meses para ponerme al día de todos los asuntos, pero después estaré a tu disposición aunque siga en el cargo de diputado, si es lo que realmente quieres.

—¡Qué bien! Estará muy bien. Pregúntame lo que necesites, aunque lleves tú la administración. Tu bendito padre deseaba que lo hiciera todo yo sola, pero ahora que eres adulto seguramente estaría de acuerdo en dejártelo a ti. ¿Verdad que sí? —preguntó a las robustas señoras.

—Oh, por supuesto que sí. Seguramente haría lo mismo —respondieron muy convencidas la señora Tóthy y la señora Baczó, que nunca habían conocido al difunto Tamás Abády, pero jamás dejaban pasar una ocasión para referirse a él.

—Le diré a Ázbej cuando venga que me prepare todas las cuentas, los contratos, y que te lo explique todo.

—¿Cuándo vendrá? ¿Qué dijo?

—Antes de la Navidad, seguramente.

—Dijo que vendría después de la primera matanza —contestaron las dos mujeres bien informadas.

Kristóf Ázbej se presentó al cabo de unos días. Acató la orden de la condesa Róza respetuosamente y expresó su inmensa alegría por poder servir al joven señor. Hacía una reverencia tras cada frase para mostrar de ese modo la gran deferencia que sentía, lo que lo hizo acabar sentado al borde de la silla.

Aunque Bálint lo había visto varias veces cuando Ázbej subía al castillo, nunca había hablado con él.

Siempre había tenido la sensación de que a su madre no le gustaba que él se interesara por los detalles de la administración, de que ella tal vez prefería mantener en secreto las medidas que tomaba. Si hablaba del tema, era solo para quejarse de los arrendatarios o de los gastos, pero en realidad nunca le había contado nada en concreto. Por esa razón, Bálint siempre había evitado la conversación con Ázbej; así su madre no creería que se informaba a sus espaldas. Esa fue la primera vez que escuchó la exposición del señor Kristóf Ázbej. Le dio buena impresión. Tenía una pinta muy extraña, pero Bálint ya estaba acostumbrado a ella. Era bajito, con una barriga que empezaba a perfilarse, y tenía los brazos y las piernas cortos. Daba la impresión de carecer de cuello. La cabeza formaba un globo perfecto en el que el cabello y los pelos de la cara —que le llegaban hasta los ojos— estaban cortados al mismo nivel: parecía llevar un puercito espín en el pescuezo. En medio de esa bola erizada salían dos globos oculares enormes, negros, de mirada inteligente. Cuando en el centro del ovillo peludo y moreno se abrió la boca, pequeña y roja, las frases que salieron fueron apropiadas y rotundas. Dio números exactos junto con fechas exactas. Todo estaba bien, todo se hacía según las órdenes de la señora condesa. Él solo cumplía las instrucciones, sabía que eran las mejores posibles. A veces, si Bálint encontraba algo obsoleto o extraño, Ázbej respondía con otra frase: «Según la voluntad del difunto señor conde...», «El sabio previsor que era el señor conde, que en paz descanse...». Soltaba esta clase de comentarios sobre todo cuando el tema era la administración de los neveros o de la anticuada explotación forestal de las montañas, en la que no se seguía ningún plan especial.

Ázbej, al marcharse, dijo entre dos reverencias que cumpliría las instrucciones del conde Bálint gustosamente. Parecía extremadamente servil. Nada delató que haría cuanto estuviese en su mano para que el joven no descubriera ni pudiera cambiar lo más mínimo la situación actual. Lo decidió en el mismo momento en que recibió la carta de las fieles señoras, las cuales no tardaron en ponerle al corriente de lo que habían hablado Róza Abády y su hijo durante aquella tarde; de lo que dijeron una y otro.

Había dos cosas importantes. Primero, que Bálint continuara con su acta de diputado porque, en ese caso, no podría estar en casa todo el tiempo. Si así fuera,

tarde o temprano descubriría muchas cosas. No es que Ázbej hiciera nada ilegal. ¡Ni mucho menos! Él no sería capaz de tal cosa. Solo ganaba un poquito en cada negocio. A veces, algo más que un poquito. Los arrendatarios menores, el del molino, el del batán, el de la taberna, le hacían «regalos». El molinero un par de pavos o patos; el tabernero vino; las pequeñas granjas, paja; los demás daban cobijo a su numeroso ganado en invierno, pues durante el verano pastaban por los prados de Dénestornya mezclados con la manada de la finca. Tenía animales dispersos por todos los campos; sus ovejas pasaban el verano gratis por las montañas al cuidado del inquilino que arrendaba los pastos. Naturalmente, la condesa Róza no sospechaba nada de estos negocios. Al principio, cuando Ázbej apenas había llegado al castillo y todavía no trapicheaba a gran escala, siempre salía indemne de las acusaciones de alguna criada ofendida o del capataz, pero a continuación el acusador tenía los días contados en la finca. Más tarde, aunque la condesa recibió denuncias anónimas, ni se las leía porque así se lo había mandado su difunto marido. De ese modo, Ázbej pudo sentirse seguro, sobre todo porque él consentía los mismos engaños de sus subordinados. No obstante, si el joven conde estuviera en casa siempre, sus tejemanejes serían fácilmente descubiertos.

La siguiente tarea importante era dar alguna ocupación al señorito, o algo que pareciera una ocupación. Pero nada que tuviera que ver con las cosechas, ni con los arrendatarios. ¡Oh no! Allí no, sino en las montañas, en los neveros. Ázbej dedujo por algunas observaciones del conde que Bálint tenía planes de reforma para los neveros: plan de explotación, sierras de vapor, silvicultura moderna. Adelante, pues. La explotación forestal era un asunto complejo que implicaba muchas dificultades. Había que insinuarle al joven conde que era preciso terminar con los líos de los rumanos allí en las montañas. Iba a tener mucho que hacer con estos.

Después de reflexionar, acabadas las fiestas navideñas, llamó al guardabosques de Béles. En su compañía le hizo una visita a Bálint Abády. Le salió muy bien. La buena impresión que Ázbej había causado en Bálint fue proporcionalmente inversa a la que le causó el guardabosques, el señor Kálmán Nyiressy. Era un viejo chapado a la antigua, con barba blanca tupida y nariz roja por el vino, que enseguida sacó del bolsillo una pipa panzona de espuma de mar, la encendió y se puso a echar humo. A Bálint no le gustó esa actitud arrogante propia de los nobles venidos a menos, esos modales paternales, ni esa sinceridad imprudente con la que confesó no haber ido al bosque desde hacía diez años.

—¿Para qué ir? ¡Conozco tan bien cada árbol como si creciera en casa!

El comentario dejó claro que no tenía ni idea de cómo estaba el bosque. Cuando Bálint le dijo que después de Año Nuevo iría a los neveros, el viejo Nyiressy estalló en carcajadas.

—¡El señor no sabe lo que dice! ¡En invierno no pueden pasar por allí ni los osos ni los pájaros! —Solo gracias a la intervención de Ázbej aceptó tener los caballos y los guías preparados para cuando le avisaran—. Bueno, pues a mí qué más me da, ya

verán que al final no se hará nada, pero claro, me alegraré mucho de tener al señor conde invitado en mi casa y ofrecerle mi mejor vino. Pero ¿subir a los neveros? ¡Vaya idea más descabellada!

Después de Año Nuevo, el 5 de enero, István Tisza disolvió el Parlamento y convocó elecciones para el día 28. Por esa razón, Bálint aplazó la visita a los neveros hasta febrero, pues quería trabajar en su discurso electoral, ya que había aceptado de nuevo la candidatura para el distrito de Lélbánya. Fue una maniobra hábil e inteligente de Ázbej.

Vivía entonces en Kuttyfalva un tal Jankó<sup>[10]</sup> Cseresznyés, un pequeño noble que había perdido su fortuna. Era todavía un hombre lozano. Durante un tiempo hizo méritos en el gobierno provincial, pero no se sabía muy bien por qué pronto lo echaron. Desde entonces se había dedicado a todo tipo de cosas. A veces trapicheaba con seguros, con caballos en las ferias, con trilladoras vetustas o con terneros; no había negocio que se le resistiera. De unas elecciones municipales a otras malvivía de este comercio, puesto que su oficio principal era el de agitador político, y era excelente, aunque bastante bocazas. Su tremenda voz era capaz de acallar el bullicio más impresionante, y con su humor vulgar sabía hacer reír incluso a los del partido de la oposición. Por eso, durante las campañas hacía su agosto. Estaba dispuesto a hacer el papelón para quien fuera, a aceptar lo que le encargara cualquier partido y, aunque tenía más tendencia a aliarse con la oposición, sabía que el partido gubernamental pagaba mejor. Ázbej, que a veces acudía a este Jankó Cseresznyés como chalán, recabó su ayuda para Lélbánya. Le dijo que llevara una delegación a Kolozsvár para pedirle al joven Abády que no les dejara porque ellos no querían otro candidato. Tal era el cariño que le tenían al conde.

La delegación de Lélbánya llegó a Kolozsvár el 7 de enero. Eran unos diez: dos funcionarios de la ciudad, el boticario, el notario —con levita—, el juez, unos ciudadanos vestidos con trajes azul oscuro y, por último, otros con abrigos de sayal, dado que la delegación de Jankó Cseresznyés siempre iba compuesta por toda clase de gente. Portaban una carta con doscientas firmas en la que pedían a su diputado que no les dejara. El juez —que se hacía llamar «alcalde»— pronunció un discurso que no satisfizo a Jankó Cseresznyés; entonces este decidió pronunciar el suyo, que contenía todo lo que había que decir. Habló sobre los malditos alemanes, la Constitución milenaria, las concesiones al tabaco, el gran Lajos Kossuth, los impuestos, los brillantes antepasados de Bálint Abády y el uso ilimitado de las fuentes de agua mineral.

Bálint, al ver tanta estima hacia su persona, se emocionó sin querer y aceptó presentarse a la candidatura con su programa de siempre, como independiente.

Dio su discurso electoral el día 14 desde la ventana del segundo piso del Ayuntamiento, que daba a la plaza del mercado de Lélbánya, donde se reunió la gente. No se notó mucho entusiasmo, aunque se oyeron algunos vítores.

«La gran mayoría ha permanecido muda, solo de vez en cuando se ha percibido

un murmullo; tal vez la gente tuviera frío», pensó Bálint por la tarde de vuelta a Kolozsvár. Ázbej, que le acompañaba a todas partes, le dio la misma explicación al ver el ambiente helado.

—Todo irá sobre ruedas —dijo cuando se despidieron en Marosludas.

Pero todo no iba sobre ruedas.

La encarnizada campaña de Budapest contagió a todo el país.

El ambiente favorable a la oposición reinó en la pequeña ciudad de Lélbánya. Se leían editoriales de la prensa budapestina llenos de consignas alarmantes y beligerantes. Los periódicos pasaban de mano en mano. El ambiente era cada vez más revolucionario y los falaces líderes de la ciudad, que en elecciones anteriores se habían limitado a negociar los votos, se hacían pasar ahora por izquierdistas porque su candidato no era un banquero que se dedicara simplemente a comprar el resultado sino el señor del lago, y de su persona no podían esperar ningún beneficio directo. Su hipócrita lema era: «¡Abády no vale nada, queremos un candidato revolucionario!».

Ázbej preveía el fracaso, y lo preveía también Jankó Cseresznyés. Este último le dijo al primero que así no saldría bien la cosa, que necesitaban dinero, mucho dinero, y que aun así el resultado sería dudoso. Se escondieron los dos en un rincón para cuchichear, apuntaron algo en un papel y varios billetes desaparecieron en el bolsillo de Cseresznyés.

Al tercer día, Ázbej se fue a visitar a la condesa Róza en Kolozsvár. Con gran secretismo le pidió una audiencia en persona.

Róza Abády hizo salir a las señoras Tóthy y Baczó y lanzó una mirada interrogativa a Ázbej, que se dobló en una acusada reverencia. Este le expuso el asunto.

Le refirió lo fielmente que le había servido desde hacía muchos años y dijo que se sentía responsable de los intereses de la condesa y de la fama del señorito. Habló largamente sobre el glorioso y respetable pasado de la familia. Luego expuso lo que había visto en Lélbánya: la gente se había vuelto loca, la reelección del señorito estaba en peligro porque desde el día anterior había un candidato opositor. Un verdadero inepto. Un meritorio despedido. Un tal Jankó Cseresznyés. Un tipo miserable que sabía enardecer al populacho. Un sinvergüenza. Y ahora él, Ázbej, estaba allí porque no podía soportar la deshonra de que un Abády perdiera contra un cualquiera. ¡No podía ser! ¡Sería terrible! No había dormido en toda la noche por la preocupación. Si el señorito no se hubiera presentado a la candidatura, si no hubiera pronunciado el discurso electoral, tal vez hubiesen podido evitar el fracaso. Pero ahora que la noticia de su candidatura había sido publicada en todos los periódicos, retirarse sería igualmente deshonesto. Era horrible la idea de que el futuro señor de Dénestornya fuera derrotado por un don nadie.

—Oh, ¿qué se puede hacer? ¡Es terrible! ¡No podremos soportar esa vergüenza!  
—dijo la pobre condesa Róza y miró a Ázbej pidiéndole consejo.

Este comenzó otro discurso largo, excusando el atrevimiento de aconsejar a la

señora. En realidad era una práctica muy común. Lélbánya siempre había sido comprado con dinero. La única elección limpia fue la del conde Bálint la vez anterior. Los corruptos electores estaban acostumbrados a que se les pagara. Solo esperaban dinero. Él, Ázbej, temía decírselo a la señora condesa, pero era su obligación responder ya que se lo había preguntado. Pero solo se lo decía por eso. Él no veía ni creía que existiese otra solución.

—¿Cuánto se necesita? —preguntó la señora Abády después de reflexionar brevemente.

El discurso de Ázbej había hecho mella en ella. Lo que más le había afectado era que su hijo Bálint Abády, descendiente de regentes y gobernantes, fuera derrotado por un meritorio al que habían echado de no se sabía dónde. Se despertó en ella todo su pasado de «princesa de la casa», cuando paseaba presumida por las salas del castillo de Dénestornya acompañada por los enormes retratos de sus ilustres antepasados, cuyos nombres aprendió a temprana edad: ese fue gobernador; aquel, capitán; el de más allá fue general del famoso István Báthory. Estaba orgullosa, no de la antigüedad de su familia, sino del brillante papel que había jugado en la historia; y desde que estaba sola, ese sentimiento era más fuerte puesto que de nuevo era la reina omnipotente de su finca, como en su adolescencia. Desde la muerte de su marido nadie se oponía a su voluntad, era la única que mandaba, solo se hacía lo que ella quería.

—¿Cuánto hace falta? —volvió a preguntar, porque Ázbej parecía titubear y su respuesta tardaba.

—Pues, es difícil calcularlo, pero creo que con cuarenta mil coronas se solucionaría todo.

La señora se alzó. Dio dos pasitos hasta el escritorio de madera de rosal que estaba delante de la ventana. Se sentó. Abrió un cajón. No sacó nada, solo hurgó en su interior. Mantenía en secreto cuánto dinero guardaba y dónde, sin sospechar que Ázbej no solo lo sabía exactamente sino que cobraba comisión de los bancos por los depósitos de su señora. Al final, la condesa sacó una libreta de ahorros y cerró el cajón.

—Aquí tiene esta libreta. Tiene cuarenta y dos mil setecientas coronas, más los intereses de seis meses. —Y como un hada bondadosa, papel que le gustaba tanto interpretar, añadió—: No le diga nada a mi hijo. No quiero que sepa el sacrificio que he hecho.

A Ázbej le vino de maravilla. Se lo prometió de todo corazón. Se marchó. A los pocos días llegó un telegrama para la condesa: «El asunto va bien». La víspera de las elecciones llegó otro: «Triunfo seguro».

El 20 de enero a las diez de la mañana, otra noticia: «El candidato de la oposición se ha retirado. Elección por unanimidad. Felicitaciones con todo mi respeto. Ázbej».

Al día siguiente se presentó en casa de la condesa Róza. Le devolvió cinco mil doscientas veintisiete coronas y cuarenta y dos céntimos. Era lo que había podido

salvar, dijo. Rindió cuentas exactas de los demás gastos. La condesa elogió la fiabilidad de Ázbej. Estaba muy contenta.

El «enano» también se presentó en casa de Bálint. Allí no tuvo tanto éxito.

Abády estaba atónito desde que, diez días antes de las elecciones, leyera en el periódico *Oposición* que el principal promotor de su campaña, Cseresznyés, se había presentado contra él en Lélbánya. Por telegrama pidió explicaciones de Ázbej urgentemente. Él negó la noticia. Más tarde se la confirmó por correo. Le escribió: «Aquel embustero me engañó», pero le aseguró a Bálint que no habría ningún problema. El gobernador también le envió un telegrama preocupado. Bálint escribió otra vez a Ázbej, quien le mandó otra carta tranquilizadora en la que opinaba que no era necesario —más bien le parecía dañino— que Abády hiciera otra visita al distrito. Así llegó el día de las elecciones y la noticia de que Cseresznyés se había retirado.

Abády encontró sospechoso todo el asunto. No sabía qué podía haber ocurrido, pero le parecía muy extraño. Cuando Ázbej fue a visitarle, lo recibió fríamente.

—Cuénteme inmediatamente qué ha pasado —dijo con expresión grave.

Ázbej sudó sangre para inventar una explicación. Le dijo que los electores solo querían al señor conde, que ese Cseresznyés no tenía partido y había reconocido finalmente que todo era en vano, y que él, Ázbej, lo había convencido para que se retirara. Sonó bastante inverosímil.

—En ese caso, ¿por qué me escribió que era nocivo que viajara al distrito?

Era una pregunta incómoda. Contestó que en realidad sí que había un partido que le hacía oposición y que él no quería exponer al señor conde a sufrir insultos.

—Pero si aquella persona tenía partido, ¿por qué se retiró?

Ázbej pensó en este punto que lo mejor era confesar algo de lo que había hecho.

Pero naturalmente no todo. No iba a decirle que la retirada de Cseresznyés ya la tenía en el bolsillo el día 14 cuando se despidieron. Tampoco iba a decirle que de las cuarenta mil coronas que la condesa pagó, quince mil habían ido al falso candidato en vísperas de la elección y que se había guardado más de veinte mil para sí mismo. Simplemente le confesaría que la condesa le había dejado una suma con la que consiguió el resultado deseado. Iba a abrir la boca en mitad de aquella tupida cara cuando Bálint añadió con dureza:

—Le advierto que si hay algo de juego sucio en todo esto no aceptaré el cargo.

¡No! ¡Eso no podía ser! Sería mejor no decirle nada. Rápidamente cambió de idea. Encontró un nuevo enfoque:

—Creo, señor conde, que este Cseresznyés tuvo algún lío por el condado, tal vez el gobernador le avisó —dijo, inventando de inmediato un cuento que lo justificara—. El día de las elecciones, muy temprano, llegó alguien diciendo que habían visto un trineo entrar en la ciudad y a una persona que iba a casa de Cseresznyés.

Dijo que Cseresznyés se había marchado con esa persona después de haber ido a ver al presidente de la Junta Electoral. Se inventó esta historia sobre la marcha. Al final, Ázbej, incluyó detalles como que el trineo iba tirado por un alazán y por un

caballo gris.

Abády lo escuchaba en silencio. Al final lo dejó marchar. No se creyó del todo el cuento, pero como no sabía nada del sacrificio de su madre, tampoco encontró otra explicación. La buena impresión que le había causado Ázbej en su primer encuentro sufrió la primera fisura.

En las elecciones generales el Partido Liberal, que desde 1878 gobernaba el país, quedó en minoría. Fue un suceso de importancia capital que sorprendió a todo el mundo, incluidos los líderes de la oposición, que ahora se veían en la delicada situación de estar obligados a cumplir sus grandilocuentes promesas. Reinaba un ambiente de excitación, como antes de una tempestad. Se esperaba el gran choque entre la Corona y el Parlamento. Era un acontecimiento de tal importancia y tan interesante que Bálint se mantuvo en el cargo porque quería estar allí donde se decidiera la batalla; tal vez pudiese ayudar, tal vez pudiese servir en algún momento y de alguna manera...



Después de las elecciones, a principios de febrero, comenzó el carnaval en Kolozsvár. La mayoría de las familias con hijas casaderas ya hacía días que estaban en la ciudad y los que seguían en el pueblo llegaron en ese momento. Aunque la política era una cuestión seria, también era preciso reunir a los jóvenes, llevar a las muchachas al baile, invitar a los muchachos a casa.

Los Milóth se trasladaron a Kolozsvár y, como era debido, la señora Milóth fue a visitar con sus hijas a todas las señoras mayores. Efectuaban siete u ocho visitas al día.

Fueron a ver a la viuda de Tamás Abády, que no solía salir, y que al ser una de las damas más distinguidas esperaba con razón que fueran a verla. Eran las cuatro de la tarde cuando el criado anunció a la señora Milóth.

La condesa Róza estaba sentada detrás de la larga mesa, en medio del sofá, tejiendo; las señoras Tóthy y Baczó le hacían compañía en dos sillas altas. Bálint acababa de marcharse porque había llegado un guardabosques a recoger sus instrucciones para la visita a los neveros, dado que Bálint había decidido ir al monte Béles dos días después. Delante de su butaca vacía estaba todavía su taza de café.

—Que entre la condesa Milóth —dijo la señora Abády, mientras el criado se llevaba las tazas de café, y las señoras Tóthy y Baczó desaparecían en silencio por la puerta interior.

Entraron la madre, Judith y Margit. Después de los besos simbólicos de las señoras y las reverencias de las hijas, se sentaron con suma teatralidad enfrente de la anfitriona —la madre entre las dos hijas— y empezaron a charlar sobre el carnaval, cuántas muchachas nuevas habría, cuántos bailes y cuántos bailarines. Hablaron sobre la moda de la temporada: si se llevaba boa o chal, y si una chica joven debía vestirse de tul o de gasa.

Apenas acababan de abordar estos excitantes temas cuando se abrió la puerta. Era Bálint que volvía. Había regresado porque desde la ventana del carruaje reconoció a los grandes caballos bayos y huesudos que tanto le habían llamado la atención en el camino real hacia Vársiklód. «Debo saludar a los Milóth —se justificó— ya que en otoño estuve en su casa». Necesitaba encontrar pretextos porque los señores jóvenes no solían presentarse en esta clase de visitas.

La señora Milóth se alegró mucho de ver al joven Abády. Le pareció buena señal que entrara a saludarlas. ¿Tal vez por Judith? ¿O por la pequeña Margit? ¿Daba igual! De todos modos, esbozó la más dulce sonrisa en su cara siempre amarga y la conversación siguió girando sobre los mismos temas. Habría muchos bailes ese año, muchísimos.

—Es una suerte que sea Adrienne quien acompañe a mis hijas; yo, sinceramente,

no aguantaría trasnochar tanto.

—¿Adrienne ya ha llegado a la ciudad? —preguntó Abády.

—Todavía no. Los Uzdy llegarán pasado mañana. Los bailes empezarán entonces... Su suegra, la señora Uzdy, ya ha llegado con la niñera inglesa y con la nieta. Vivirán en su casa de la avenida Monostori. Les dejará la planta baja.

—Pero ¡estarán muy lejos! —se escandalizó la señora Róza, puesto que en Kolozsvár el concepto de cerca y lejos era relativo.

—Es cierto que está bastante lejos, pero vendrán con dos carruajes y así podrán apañarse bien.

La conversación volvió a las cuestiones textiles.

Bálint esperó algunas frases, después se despidió. Se acordó de que no había dejado marcharse al guardabosques de los neveros. Cuando salió, la pequeña Margit Milóth lo miró con una sonrisa tímida, apenas perceptible, en la comisura de los labios.

El guardabosques esperaba en la antesala.

—Dígame —le dijo Bálint—. ¿Qué tal está el camino que sube al Béles?

—Desde Hunyad a Kalota está bien porque la nieve está apisonada. Desde allí será difícil subir por la última nevada. Estaría mejor si también allí la nieve estuviese apisonada.

—¿Estaría mejor?

—Sí, porque, sobre todo para subir, los patines se hunden demasiado. Pero no importa, señor conde. Se llega igualmente, aunque se tarde un poco más. Entonces, ¿pasado mañana a mediodía?

—Mire —dijo Bálint titubeando un poco—, si es así, prefiero esperar una semana. Tal vez sea mejor.

—Entonces, ¿querrá los caballos para el jueves que viene?

—No es conveniente decidirlo con tanta antelación. Ya les avisaré.

Los días siguientes, Bálint se dedicó a su equipamiento. Estaba bastante bien provisto de la clase de prendas necesarias porque había pasado un invierno en la embajada de Estocolmo, donde se hacía mucha vida deportiva. Aun así le faltaban algunas cosas que debía comprar.

Era al tercer día que las Milóth iban a casa de su madre y ya anocheecía cuando, al salir de una tienda de la plaza mayor, se encontró con Adrienne.

Estaba todavía lejos, pero la reconoció inmediatamente por sus pasos largos. Se dirigía hacia él en compañía de dos señores jóvenes. A su derecha iba Ádám Alvinczy, a la izquierda István Kendy. Los dos llevaban patines en los hombros. Ádám portaba además una fiambarrera de hojalata y un saco pequeño en el que probablemente guardase los patines de la mujer. István llevaba una manta gruesa de piel y un termo largo. Se acercaban charlando alegremente.

«¿Estará todavía enfadada conmigo? ¿Me habrá perdonado?». En ese momento Adrienne se paró delante de él y le dio la mano amistosamente. «He llegado», dijo con alegría, sin que se percibiesen en sus ojos de ónice sombras del pasado. Como si la escena del banco no hubiera ocurrido nunca, y no se hubiera despedido ofendida y fría en el porche de la casa solariega... Se la veía alegre y despreocupada.

—Vamos a patinar. La pista está estupenda.

—Pero pronto oscurecerá.

—¡Mejor! A estas horas de la noche ya casi no habrá nadie por allí. ¿O no es suficientemente *comme il faut*? ¿Usted también se escandaliza, Bá? —preguntó Adrienne en tono provocador.

—¡Qué va!

—Vamos a merendar allí en un banco. A diez grados bajo cero se hielan las posibilidades de despertar sospechas, ¿verdad, Ádám Ádámovich?

Levantó la nariz con un gesto coqueto y lanzó una sonrisa a Alvinczy, al que le había puesto ese apodo por llamarse su padre también Ádám y leer a tantos escritores rusos. El joven mascullo algo.

—¡Qué pena que usted nunca patine, Bá! ¡Es tan maravilloso!

—Aprendí en Suecia...

—¡Pues venga, venga con nosotros! —continuó Addy con calidez inesperada—. Usted nunca me ha visto sobre el hielo. ¡Por favor, venga con nosotros! ¡No se arrepentirá!

—Bien. Voy rápidamente a casa a recoger los patines, tal vez llegue a la pista a tiempo.

Se separaron. Bálint se fue a casa aprisa. Tardó bastante en encontrar todo lo necesario en la cómoda y en el fondo de los baúles —el jersey, los patines—, cambiarse y estar listo. Pensó que ya no valía la pena ir a la pista, pero como lo había prometido debía agradecer la invitación y también el hecho de que Adrienne le hubiera perdonado.

Estaba todo oscuro cuando llegó. Solo algunas lámparas de arco daban luz sobre la pista de hielo vallada por tablas. En el pabellón compró un billete. Delante de la entrada había una barandilla. Se paró allí un momento.

Vio a un par de principiantes que practicaban empujando sillas de paja. En esa parte del lago solo estaba Adrienne con los dos jóvenes. Alguno de ellos había pagado a un organillero que tocaba para ellos desde la orilla. El organillo gemía con voz gangosa. Solo tocaba un vals muy antiguo: «*Nur... für Natur... hegte Sie... Sympathie...*»<sup>[11]</sup>. Bailaban al son grabando enormes ojos blancos sobre el hielo transparente.

Fue una lástima que Abády se detuviera a la entrada y que no se reuniera con ellos inmediatamente, que se quedara acodado en la barandilla delante del oscuro pabellón. Pero quiso aprovechar para ver desde lejos el bello espectáculo de Adrienne deslizándose por la pista como una sombra en sueños.

Llevaba un traje color terracota que con la insuficiente iluminación apenas parecía más claro que su cabello negro, el cuello y el gorrito de piel de foca, o la franja de piel del borde de su falda acampanada. Esta era un poco más corta de lo habitual y parecía flotar. Cuando Adrienne se detenía, le llegaba a los tobillos, pero cuando corría o giraba, la falda volaba a su alrededor como una cortina movida por el viento; dejaba ver sus piernas, cubiertas con botas hasta las rodillas y medias negras como el hollín.

Estaba graciosa. Se movía con gracia. Como si fuera ingrávida, delgada, casi incorpórea. Bailaba el vals con los dos chicos a la vez, daba vueltas con uno y luego, con un giro doble, volaba hasta los brazos del otro. La danza daba la sensación de ser un *ballet* maravilloso; deslizándose con un solo movimiento conseguían recorrer unos diez o veinte metros.

Adrienne, tan sobria, tan delgada, con tan largos movimientos, parecía más joven y de líneas más esbeltas que habitualmente. Pero esta vez, volando de los brazos de un joven a los del otro, con los labios entreabiertos dejando ver sus brillantes dientes, la cintura cimbreante, presa en manos de los dos hombres, no evocó en Bálint a la *Diana cazadora*.

Se deslizaba inclinada hacia delante, volaba por el hielo en espiral, movida por un vértigo voluptuoso que la lanzaba de una mano masculina a otra, riendo, con el cabello suelto. No, no era el baile de la diosa virgen. Se dejaba llevar por una ferocidad inconsciente, por una locura que anhelaba amor; parecía más bien una ménade que bailara la danza de la pasión y embriagara su cuerpo en una frenética bacanal. Sus labios bebían el filtro milagroso de la velocidad, sus miembros jóvenes y fuertes rebotaban alegría. Era un espectáculo encantador que, debido a la poca luz, tenía un aire misterioso.

Bálint tuvo la sensación de estar espiando un secreto, algo prohibido. Aquella mujer no era la Adrienne que él había conocido. No era Addy, aquella adolescente orgullosa que le habían presentado en su juventud; tampoco era aquella mujer decepcionada con la que había conversado delante del paisaje bañado por el claro de luna; no era aquella muchacha, lúdica e infantil, que jugaba con sus hermanas en Mezóvarjas; tampoco aquella esposa desilusionada que se sentó en el banco y se ofendió cuando él se atrevió a besarla en el brazo. ¡Era alguien diferente, de nuevo distinta! Una mujer coqueta que enloquecía a los hombres. De repente se sintió un extraño, un intruso que no tenía nada que hacer allí; tal vez era uno de los muchos con los que Adrienne quería flirtear.

El organillo calló. Adrienne y los dos jóvenes se fueron patinando hasta un banco lejano. Se sentaron en la manta de piel y se pusieron a merendar. Abády pudo ver desde lejos cómo se divertían entre risas y bromas, mientras el té caliente humeaba en el termo.

«¿Qué haces aquí? ¿Te gusta fisgonear?», se dijo Bálint. Luego dio media vuelta y enfiló hacia la oscura alameda.

Se fue a casa paseando lentamente.

Esa misma noche mandó un telegrama: «Llegada tren siete de la mañana. Prepara caballos y trineo miércoles mediodía en Béles».

Los cascabeles sonaban alegres mientras el trineo bajaba entre los abetos, después de cruzar las montañas del nevero de Csonka, que formaba la divisoria de aguas que había que cruzar antes de llegar a Béles. En el pescante iba András Zutor «el Meloso», el guardabosques con quien Bálint había hablado en Kolozsvár, y János Rigó «el Listo», el cochero de palacio. Los dos llevaban chaquetas de franela cuyos ojales estaban reforzados con bordados azules, rojos y verdes, y encima un abrigo sin mangas de piel de oveja. Estaban ya muy gastados porque no se iba al nevero con prendas nuevas, pero se notaba que el cuero antaño había estado ricamente bordado con un sinfín de flores que lucían en medio el escudo húngaro. Tanto la chaqueta como el chaleco eran cortos. Cuando se inclinaban hacia delante, se les veía por encima del cinturón la piel desnuda quemada por el sol, dado que los hombres de Kalotaszeg solo llevaban camisa corta, y nunca tenían —como el resto— frío en la espalda. Los dos tenían la misma constitución. Aunque no estaban gordos, tenían el busto como una bola, amplio, y sus fornidos hombros cabían justos en el estrecho pescante del trineo.

Al entrar en una curva, András el Meloso volvió la cabeza hacia Bálint para decirle que frente a ellos estaba el pueblo de Béles. En el valle se refugiaban casitas con tejados de madera. Las barracas de los obreros formaban una línea negra, como ataúdes funestos, seguida por las de los funcionarios y la cantina. Más allá corría el río Szamos, y a lo largo de un arroyo que desembocaba en él, se extendía el cobertizo de la sierra de vapor, rodeado por montones de troncos, pilas de tablas y montículos de serrín.

El paisaje se abrió, aunque no se podía ver a gran distancia. Las montañas de más allá, el Gyalu Boulini y el Funcinyeli, se escondían en la neblina azul grisácea, debajo de la cual flotaba un jirón sucio de humo que se desprendía de las máquinas de vapor. Sonó la sirena de la serrería. Eran las doce del mediodía.

Cruzaron el aserradero, pasaron junto a largos edificios a cuyas puertas la nieve pisoteada se había convertido en lodo. Todo pertenecía al bosque estatal, a la finca de Gyalu, explicaba el Meloso. Algunos peones los miraron curiosos; alguno se quitó el sombrero, pero ellos no pararon; dejaron el camino asfaltado y subieron por la cuesta, por la orilla izquierda del Szamos.

Por allí se veían prados extensos, cubiertos de nieve y separados por palos de abeto. De vez en cuando aparecían grupos de árboles o rocas que asomaban su cara angulosa por la manta de suaves pliegues nevados.

Al lado del barranco un viejo sauce llorón se inclinaba hacia el camino.

—Este barranco —dijo el guardabosques— es nuestra frontera.

Los caballos aceleraron el ritmo. Presintieron que el establo estaba cerca.

Ascendieron la pequeña cuesta al entrepaso.

Detrás del vallado de tablas crecían abetos plantados. Entre ellos, las bayas oscuras de un par de fresnos que hacía tiempo que habían perdido el follaje adornaban las ramas como pompones. El trineo subió por la curva de la entrada y se paró delante de la casa del guarda.

El señor Kálmán Nyiressy esperaba a Bálint en las escaleras del porche.

—Bienvenido, bienvenido —repitió alegremente, luego se sacó de la boca su enorme pipa de espuma de mar y estrechó la mano de Bálint—. No esperaba que el señor conde se atreviera a subir por aquí con este frío tan espantoso. Entre, entre, por favor, después del viaje en trineo le sentará bien un poco de aguardiente. Tengo algo para picar aunque, como pensaba que llegaría más tarde, he pedido la comida para las dos.

—No puedo quedarme a comer porque antes de que oscurezca quiero llegar a Gyalu Boti y encontrar un lugar para pasar la noche.

El viejo Nyiressy se quedó atónito:

—¿No va a quedarse? ¿No? ¿No quiere honrar mi casa? He invitado a gente. Vendrán mis amigos Gaszton Simó, el notario de Gyurkuca y el ingeniero forestal del Estado. Es gente muy distinguida, sobre todo Simó. De muy buena familia, los Simó de Búd-Szent-Katolna. Su tío es noble en la corte, su abuela fue la baronesa Birkenstein; es una compañía adecuada para un conde, ciertamente. Por la noche podremos jugar a las cartas, y si se obstina en subir, puede intentarlo mañana por la mañana.

Se sentaron en la antesala que servía de comedor. El aire olía a moho y a tabaco de pipa. Las paredes estaban pintadas con colores chillones y estaban adornadas sin gusto con bordados y minúsculas fotografías enmarcadas. En medio del cuarto había una gran mesa de roble, al estilo de lo que llamaban *Altdeutsch*, tudesco, de la década de 1880. En un rincón había un tresillo de felpa.

Entraron dos criadas rumanas. Iban muy aseadas, vestidas con blusas y faldas almidonadas, las piernas envueltas con tiras de sayal y albarcas en los pies.

La primera trajo una bandeja con vasitos y la botella de aguardiente, la otra una fuente con pasteles salados para acompañar. Con un sonrisa le dijeron a Bálint:

—*Pofitzi, maria ta!* ¡Sírvase, señor! —Y salieron con pasos ligeros, volviéndose desde la puerta para hacerle un guiño.

Abády las miró sin querer.

—Guapas las dos, ¿verdad que sí? Mire, señor conde, si se queda, le enviaré una a la habitación por la noche. ¿Cuál le apetece? ¿O es capaz el señor de entenderse con las dos? —Rio el viejo, y añadió con complicidad mientras se atusaba el bigote—: Yo también las cato de vez en cuando.

—No me voy a quedar —contestó Abády fríamente—. Ya me he decidido, solo estoy esperando que carguen los caballos.

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima! —volvió a repetir Nyiressy haciendo humear la

pipa entre palabra y palabra; se le notaba muy ofendido por que Abády hubiera rechazado su hospitalidad oriental.

La conversación se suspendió durante unos minutos. Se sentaron cara a cara en hostil silencio. Al final Bálint dijo en tono oficial:

—Entrégueme, por favor, señor Nyiressy, el mapa del nevero. Quiero tenerlo a mano para compararlo con el mapa militar.

—Había una especie de mapa, pero no sé dónde lo habré guardado. Yo no lo necesito porque lo tengo todo grabado en la cabeza —respondió lenta y orgullosamente sin dejar de fumar su pipa.

Fuera ladraban los perros. Desde el porche sonaron pasos fuertes, seguros. La puerta se abrió de golpe, como si fueran a arrancarla, y entró en el cuarto un hombre robusto.

Era un persona fornida, vestida con pelliza. Calzaba pantalones de montar de paño gris, al estilo de los oficiales húsares, con tres botones de nácar a cada lado. Era lo que en el imaginario colectivo de los sastres rurales correspondía entonces a las calzas inglesas. Lucía botas de charol y en la mano llevaba un látigo. Al entrar no se quitó el sombrero de caza, adornado con pelo de cerdo, pero le extendió la mano a Bálint.

—Soy Gaszton Simó —dijo con altivez, como si el mero hecho de pronunciar su nombre debiera hacer que cualquiera se inclinase por respeto.

A Abády le cayó antipático desde el primer momento. Simuló no ver la mano extendida y contestó secamente:

—Siéntese, señor notario.

El viejo Nyiressy se sintió muy agraviado. Aunque era consciente de que esa casa era del señor y de que vivía en ella como empleado —incluso gran parte de los muebles eran suyos—, el viejo guardabosques la consideraba como algo propio después de tantos años, por lo que la frase lo hirió profundamente. «¿Cómo se atreve este mocoso a hacerse el señorito en mi casa?», pensó. A continuación saludó a su amigo de modo exageradamente respetuoso y amable.

—¿Cómo estás, amigo? ¿Un traguito? ¡Qué bien que hayas venido! —insistió, mientras le ayudaba a quitarse la pelliza; luego puso el látigo y el sombrero en la mesa y, dándole palmadas en el hombro, le ofreció una butaca y comentó—: El señor conde no quiere quedarse a comer, sale inmediatamente para la montaña.

Gaszton Simó lanzó una mirada interrogativa a Abády. Ahora se le vio bien la cara: su mirada era dura, resuelta. Llevaba el pelo corto por encima de la frente, que parecía más pequeña debido a sus tupidas cejas. Sus minúsculos ojillos de ratón reflejaban astucia; lucía bigote negro y denso y patillas en los cachetes. Daba la impresión de ser alguien fuerte y taimado. Bálint pensó que representaba fielmente a los antiguos capitanes mercenarios, que servían a quien fuera por dinero sin importarles a qué pueblo machacaban.

—¡Qué locura subir al nevero en pleno invierno! —continuó el viejo Nyiressy.



Pero Simó respondió inesperadamente:

—¿Por qué? Ahora hace buen tiempo, aunque el frío arreciará por la noche. ¿Te acuerdas de que el año pasado, cuando con mi tío Miklós Simó, el cortesano, estuvimos cazando a los pies del Humpleu y nos alojamos en Priszlop, hizo un tiempo magnífico? —Luego se dirigió a Bálint—: ¿Lleva el señor un buen equipo? ¿Saco de dormir, manta de piel, lona impermeable, tetera? Si le falta algo, se lo dejo con mucho gusto porque estoy bien equipado; es más, me gustaría acompañarlo y ocuparme de todo yo mismo.

—Gracias, tengo todo lo necesario. Ya están cargando los caballos.

—¿Y cuándo piensa volver? Me gustaría ofrecerle un corzo, podrá bajarlo entonces...

—¡Un corzo! ¿En febrero?

—Aquí, en el nevero, no hay leyes de caza —rio Simó con prepotencia—. Mejor es que lo cace yo a que lo haga un maldito furtivo. Tengo buenos amigos que me lo traerán si lo reservo con tiempo.

Bálint iba a levantarse indignado, pero en ese momento se abrió de nuevo la puerta y apareció Andrés Zutor el Meloso. Dio un taconazo militar y anunció que estaban listos para partir.

Abády se puso en pie y salió. Dio la mano al viejo Nyiressy en el porche y, esta vez, también a Gaszton Simó. Dio orden al Listo para que lo recogiera tres días después en Szkrind, en el valle de Retyicel, ya que no volvería por el mismo camino, sino que iría a Hunyad a través de Mereggyó.

El viejo guardabosques meneó la cabeza y masculló algo entre la barba blanca, pero no quiso retener más al joven señor que había despreciado su hospitalidad.

En el patio había un gran jaleo. Había ocho caballos menudos: tres con riendas y silla de montar; dos de ellas de madera forrada de piel de oveja, la tercera, militar. Uno de los caballos era del notario, era el mejor de todos: negro, gordo y tan bien cuidado que parecía que llevara un traje de seda; los demás estaban bastante flacos, y si no se les veían las costillas y las ancas era gracias a su pelo largo de invierno.

En medio del patio les esperaba el Meloso. Llevaba un gorro de piel de oveja, no el desgastado que había lucido durante el viaje, sino el que usaba en las ocasiones importantes. En un hombro llevaba la carabina Werndli, en el otro un zurrón panzudo adornado con el escudo de los Abády en metal. Con ello indicaba su rango, puesto que era guardabosques, es decir, casi un funcionario.

Andrés el Meloso, con su barba recortada a lo emperador y una mirada autoritaria propia de un coronel, parecía tener mucho aplomo.

A su lado esperaban los *gornic*, los otros guardas forestales. Habían llamado a cinco. Allí estaba Tódor Páven, un larguirucho de Albák, encargado del bosque de Intreapa. Krisán Gyorgye, un hombre moreno con un gran bigote que tenía las manos como palas, había acudido desde Tószerát. El robusto Juanye Vomuluj, de la falda del Humpleu, era el más distinguido de todos; llevaba una correa remachada con clavos

de cobre, un abrigo talar nuevo y un enorme gorro de piel de oveja que daba para dos personas. Su indumentaria expresaba que era señor de sus tierras, que vivía en su propia casa y que solo servía al conde por honor. Junto a ellos estaba también Vaszi Lung, de las alturas del Valea Korbuluj, y conocido como «Zsukuczo». De adolescente fue tambor del recaudador y su apodo venía de la palabra latina *executio*. Aquel hombre menudo, mayor, rechoncho y de ojos espantosamente inflamados y rojos había sido furtivo de joven. Pero desde que entró al servicio de los condes nadie se había atrevido a poner un cepo o entrar en su bosque con una escopeta. Completaba el grupo el joven Styefán, el narigudo guardabosques de Szárazvölgy. Había heredado el cargo de su padre. Su apellido era Lung, como el de todos los habitantes de Retyicel y de los demás pueblos del nevero, pues habían sido fundados por un siervo cuyos descendientes se habían multiplicado con el paso de los siglos. Todos los hombres portaban un hacha colgada, y en la correa del zurrón, en el brazo o en el cinturón, una placa de latón que les autorizaba a ejercer su trabajo en el territorio correspondiente.

Abády estaba ya sobre su silla de montar, Andrés Zutor le estaba arreglando la correa del estribo cuando se le acercó Gaszton Simó tras un breve cuchicheo con el viejo Nyiressy.

—¿Me permite, señor diputado, que le acompañe un rato? —preguntó.

—Pensaba que usted comería con Nyiressy —contestó el joven, que no deseaba en absoluto su compañía.

—Volveré a tiempo. Me gustaría preguntarle algo... algo... no al conde, sino al político. —Y como Bálint tardó en contestar, montó su caballo negro de un salto y se puso a su lado.

Abría el grupo el Meloso, que daba la sensación de ir arrodillado sobre el caballo aunque lo cabalgaba con gran habilidad. Detrás, en fila india, marchaban los *gornic* junto a los caballos de carga; entre uno y otros iban Abády y el notario.

A unos cien pasos, Simó empezó a preguntar. Habló sobre las últimas elecciones y la minoría en que había quedado el partido gubernamental. ¡Nadie se lo esperaba! ¡Nadie lo hubiera imaginado! ¿Qué ocurriría ahora? ¿Qué pasaría con la Constitución de 1867? ¿Qué haría el rey? ¿Quién sería el primer ministro? Y para demostrar al conde que no era un notario cualquiera ni un chupatintas, sino un hombre con amplitud de miras que merecía mejor suerte, disertó largamente sobre la política del momento. Luego hizo una pausa y lanzó una mirada interrogativa a Bálint. La contestación se demoró:

—Todavía no se puede saber nada. Lo más probable es que la coalición de la oposición forme gobierno; sería la única solución parlamentaria.

—¡Interesante! —dijo Simó—. ¡Curioso! ¿Una coalición? ¿Será posible?

Durante unos minutos calló; se veía que la idea no le agradaba.

—Sería un golpe tremendo para el país —dijo, volviendo a la carga, para explayarse sobre la demagogia, la pasión partidista, la fidelidad al rey y a la

monarquía, el orden y la ley; y concluir que los recién llegados se vengarían de la gente honesta que había servido al gobierno anterior; incluso presagió que les acechaba un gran peligro. A continuación, le preguntó a Bálint si él también pensaba que los leales servidores del gobierno anterior serían perseguidos.

Bálint comprendió que el notario temía por su propio bien e intentó tranquilizarlo diciéndole:

—Usted no tiene nada que temer. Ya sabe que el notario es elegido por el pueblo de manera vitalicia y no puede ser inhabilitado, excepto por indisciplina.

—Por supuesto que no —dijo Simó con desgana y, mirando a su alrededor para cerciorarse de que nadie podía oírles, continuó con voz titubeante—: entre nosotros los caballeros, señor conde, no vale la pena ocultar nada. El asunto es que en el distrito de Hunyad, soy yo quien ha decidido las elecciones. El candidato del gobierno ganó por nueve votos, y fui yo quien trajo a treinta y siete personas. ¡Y no me ha fallado ninguna! Ahora se murmura que van a recurrir los resultados. Dicen que de esos hombres, veinte no coincidían con los que estaban en la lista. No se trata de los acreditados por mí, sino de los que votaron por los ausentes, por los fallecidos. ¡Eso es lo que dicen los embusteros! Es muy molesto, ya han comenzado a husmear, a investigar. Esos inútiles enviaron a un inspector. Por supuesto, lo eché a patadas; pero nunca se sabe...

—¿Y qué pasó en realidad? —preguntó Bálint.

—Pues lo que pasó es que el juez, que es muy amigo mío, me dijo que trajera a todo el mundo para que votaran. No es que sean malas personas. A mí, bien lo sé, muchos me odian porque exijo estricto orden y soy aquí el que velo por los intereses de Hungría. Yo no temo a esos apestosos, pueden decir lo que quieran, pero si imponen a alguien desde arriba, si viene un nuevo gobernador de la oposición, entonces... Porque si no, nadie se atreverá a atestiguar en mi contra; y, en cualquier caso, sería un testimonio falso. ¡Totalmente falso! —Y para reafirmarse, dio dos puñetazos en el arzón.

Durante unos minutos siguieron cabalgando en silencio. Cruzaron un arroyo que pasaba entre afiladas rocas. Lo atravesaron uno a uno, lentamente, porque los caballos del nevero, antes de dar el primer paso, tanteaban el lugar donde ponían la pata. Tras pasar el vado, Simó volvió al lado de Bálint.

—Me gustaría pedirle un favor. La iglesia de Gyurkuca es muy pequeña. Quieren ampliarla. Necesitan vigas. Quedaría muy bien si la madera fuera un regalo del señor conde. Si yo pudiera darles la buena noticia...

—Me informaré sobre el asunto —contestó Abády.

—Le doy mi palabra de que el pope es muy buena persona, fiel al Estado. Es verdad que su hijo es de sentimiento dacio-romano<sup>[12]</sup>, pero es tísico, así que no cuenta. Pero el pope, el pope es buena persona. Siempre me hace saber si se trama algo. Yo también he tratado siempre de que a su hijo no le pase nada. Entonces, ¿puedo decirles que cuenten con las vigas?

Bálint contestó fríamente:

—No suelo tomar una decisión tan rápidamente. Primero debo informarme.

—¡Pero se lo diría yo! —replicó el notario enfadado—. ¡Yo mismo, Gaszton Simó!

—Lo pensaré. Ahora, señor notario, vuelva a casa porque quiero hablar con el guardabosques. Hasta la próxima. —Bálint levantó un poco el sombrero, clavó las espuelas en su caballo y se marchó al trote.

Simó lo miró furioso. «¡Qué señorito más prepotente!», masculló, y encaminó bruscamente su caballo negro al entropaso hacia Béles. Arrancó tan rápidamente que casi atropelló en el angosto camino a los *gornic*, que lo vieron demasiado tarde.

Abandonaron el valle y subieron por la falda de la montaña. Iban dejando atrás cabañas de troncos con sus cercas de madera de pino. Los enormes perros pastores de raza húngara corrían detrás de ellos ladrando como bestias, pero sin pasar las vallas porque no atacaban a grupos tan numerosos. Krisán Gyorgye se situó al lado de Abády afanosamente, como si fuera su guardaespaldas, mientras soltaba juramentos contra los perros para diversión de los demás guardas y de los niños y mujeres que salían al umbral de las cabañas para verles pasar.

Seguían envueltos en la ligera niebla del valle. Era más bien un humo azulado y claro que apenas dejaba vislumbrar el paisaje, pero su brillo indicaba que en la cima hacía un sol deslumbrante.

El manto de niebla se desvanecía lentamente. De repente una brisa suave la disolvió, y al subir a una cumbre vieron el valle bañado por el sol. El cielo despejado, azul y limpio parecía una cúpula de hielo. Debajo se extendían los infinitos abetales; a la derecha, las cumbres arrojaban su sombra azul cobalto; a la izquierda, el contorno de los bosques se dibujaba nítidamente a contraluz.

Detuvieron la marcha. Bálint sacó el mapa militar de las alforjas del caballo. Andrés el Meloso le explicó:

—A nuestra derecha tenemos el monte Gyalu Boti. Abajo el río Szamos hace una curva. La tierra arenosa de enfrente son los pies del Humpleu, aunque la cima no se ve desde aquí porque está más lejos. La cresta forma el límite de nuestras tierras, que bajan hasta el río, allá a lo lejos. Más allá están las tierras de la diócesis. ¡Sí, sí, allí! Es la cuarta cumbre. Aquello es el Intreapa, que sube hacia la izquierda. Es una frontera triple. Allí, en la Piatra Talharuluj, se encuentran las fincas de Valkó, del Estado y la nuestra. Son aquellas rocas —y señaló tres rocas lisas, gigantescas como sarcófagos.

En el fondo del valle corría el Szamos, una franja azul metálica interrumpida por barras de hielo. Allí donde se mirara todo estaba envuelto en una neblina blanca, espesa como la nieve. Los tejados blancos de las fincas se perdían en la lejanía.

—¿Aquella es la iglesia de Gyurkuca? —preguntó Bálint, indicando una mancha

gris, una especie de lápiz delgado que se alzaba negro por detrás del manto de niebla.

—Sí, señor —dijo el Meloso.

—Me gustaría pasar por allí mañana al regresar —continuó Abády—, quiero verla.

—Como usted desee —dijo el guarda y se pusieron en marcha.

El camino era tremendamente escarpado. Resbalaba mucho porque servía para bajar troncos del bosque. Sin embargo, los caballos subían milagrosamente sin mayor problema. Se encontraron con unos campesinos rumanos que bajaban carros cargados de madera recién cortada. Krisán Gyorgye fue hacia ellos y les gritó para que el *maria ta* viera que era un hombre serio, duro. Se mostró tan severo que Bálint tuvo que frenarlo para que no empezara a repartir bofetadas sin razón con aquellas enormes manos. El Meloso apenas dijo nada. Se limitó a pedirles la cédula para controlar que no bajaran más madera de la que establecía el permiso y luego se fue en silencio.

Llegaron a la cima. El bosque cerrado empezaba en ese punto. En el prado nevado hicieron una parada, y Bálint bajó del caballo. Quiso disfrutar una vez más del panorama antes de adentrarse en el bosque; se sentó en el borde de una roca maciza.

Los cuatro *gornic* siguieron camino adelante sin parar, para montar el campamento nocturno. Con sus pasos largos y uniformes desaparecieron de inmediato entre los abetos.

Al poco, Abády los siguió a pie. Le apetecía caminar porque no estaba acostumbrado a la alta silla de madera y tenía los pies entumecidos.

Avanzaron muy despacio por el sendero, cuya nieve se había transformado en hielo por estar muy hollada. El bosque apareció, precioso, misterioso y mudo. El sol estaba bajo y sus rayos no podían colarse, en la espesura, no había luz ni sombras. Los oscuros abetos se alzaban serena y majestuosamente. Bajo la carga blanca, las ramas se inclinaban tanto que sus extremos se hundían en la nieve. Por las pendientes se erguían miles de troncos, rectos como tubos de órgano. Un onírico mundo de velados secretos, donde reinaba un silencio infinito. Oyeron unos golpes a lo lejos, muy a lo lejos. Desde un recodo pudieron ver toda la falda de la montaña y descubrieron que, a unos cincuenta pasos, dos leñadores estaban talando un abeto esbelto. Resultó evidente que eran ladrones porque al ser vistos se precipitaron hacia el valle. Krisán bajó tras ellos deslizándose sobre los tacones de sus albarcas y usando el mango de su hacha como timón. Pero los otros dos eran más rápidos y desaparecieron en las profundidades como una exhalación. Krisán paró al lado del abeto talado, maldijo a los ladrones y solo volvió cuando Abády le llamó. Siguió soltando juramentos mientras caminaba detrás de Bálint para que el señor conde viera cuánto le indignaban esos malditos.

El campamento era una construcción ingeniosa. Su parte trasera estaba rodeada por una pared de roca cubierta por un voladizo que descansaba sobre tres columnas.

El tejado era de ramas de abeto. Habían quitado la nieve del suelo y habían hecho una cama también de ramas de abeto, bien atadas para que no se deshiciera. Solo hubo que cubrirla con una manta y ya se pudo descansar en ella. Hicieron una fogata a la entrada del cobertizo. Las ramas más largas y secas estaban separadas porque ardían mejor. Los guardas cargaron leña más gruesa para mantener vivo el fuego toda la noche, si no se helarían todos.

Descargaron los caballos, lo guardaron todo debajo del cobertizo y apenas habían acabado cuando Zsukuczo, que era un auténtico montaraz, encendió el fuego. Nadie sabía tan bien como él cómo había que astillar la chasca y hacer virutas de corteza para que las primeras llamas cogieran fuerza y se propagaran por toda la hoguera. En diez minutos la leña crepitaba alegremente a la entrada del cobertizo.

También fue Zsukuczo quien eligió el lugar. Conocía todos los rincones del bosque de su época de cazador furtivo. La pared de pizarra ofrecía buen resguardo contra el viento y entre sus láminas corría agua fresca. En lo tocante al agua la gente de los neveros era muy exigente.

Anocheció. Se sentaron a cenar, el Meloso repartió el tocino, el pan y la cebolla entre los guardas que, por cortesía, se habían sentado al otro lado del fuego. Les sirvió aguardiente en vasos de hojalata. Al beberlo, todos carraspearon como era debido, para expresar que reconocían que se había añadido poca agua al alcohol.

Bálint se metió pronto en su saco de dormir. Se entregó a un sueño profundo. Estaba agotado y el aire puro de la montaña cansaba, se despertó sobre las once de la noche.

Al grupo sentado al otro lado del fuego se le habían unido tres hombres. Probablemente eran leñadores. La gente de los neveros, cuando estaba por los bosques, no dormía mucho y prefería la compañía. Eran capaces de caminar dos o tres horas si veían en la lejanía una hoguera grande, se acercaban para charlar y enterarse de las novedades.

Todos pensaban que el *maria ta* dormía, y charlaban relajados y despreocupados.

Naturalmente, la conversación era en rumano. Uno de los visitantes, un hombre hecho una pasa que hablaba acucillado justo frente a donde Bálint dormía, tenía la palabra. Contaba alguna historia triste sobre dinero, ovejas, casa, pleito, abogado, intereses y queso; sobre el *domnu notar*, el señor notario, y el pope de Gyurkuca. Pero el nombre que más veces apareció era el de un tal Ruzs Pántyilimon. Cada vez que lo pronunciaba, soltaba una maldición.

Bálint apoyó un codo en la almohada. Era todo oídos. Sabía poco rumano —solo algunas palabras que había aprendido de niño—, por eso no entendía lo que el viejo explicaba, pero notaba que los demás le daban la razón, que la historia les daba lástima y de vez en cuando se indignaban.

El fuego había perdido intensidad. Zsukuczo se levantó. Movié las brasas con el hacha. Colocó mejor una rama de abeto que echó mil chispas, y la llama se reavivó.

Al inclinarse sobre la hoguera, se dio cuenta de que Abády estaba despierto. Al volver les dijo algo a sus compañeros, porque todos se callaron y ya no hablaron más.

Ahora la fogata era poderosa. Preciosa. Los tarugos estaban ya medio consumidos por donde las llamas lamían su cuerpo redondo. Millares de llamaradas blancas bailaban sobre las brasas, dibujando arabescos carmesíes en el cielo nocturno.

Bálint miró el fuego largamente. Nunca había visto tanta belleza, tal deseo ardiente de estar vivo. Y gracias a una misteriosa asociación de ideas, de repente se acordó de Adrienne. Era la misma sed de vivir que la había hecho bailar en la pista de hielo. El mismo deseo que la empujaba al ritmo del vals, dando giros con su cuerpo flexible, volando de los brazos de un bailarín a los del otro. Sus labios se entreabrieron ardiendo como el fuego...

Recordándola se dio cuenta de que, al haberla espiado involuntariamente, había visto las profundidades de su alma. Aquella fuerza fatal que la empujaba inconscientemente; una fuerza oculta que podía ser mágica...

«Mejor haberlo visto», pensó. Con ella no podría tener una aventura, un flirteo, y seguir luego como buenos amigos. No, con ella sería diferente. Por eso no debía intentarlo. Sería distinto si estuviera enamorado de Adrienne; pero en caso contrario... ¡No! Mejor dejarlo tal cual estaba... ¡Era mucho más inteligente!

Al final le venció el sueño.

Ya había amanecido cuando se despertó.

Estaba helado. Hacía mucho frío. Le sentó bien el té con ron y el tocino a la brasa que Krisán había preparado para él. Luego cargaron los caballos, y cuando salieron los primeros rayos del sol, continuaron su camino.

Los abetos formaban muros tan gruesos como los de un castillo; de vez en cuando el bosque se abría por lugares pantanosos rodeados por árboles menudos que crecían tan densos como el cáñamo. La cresta se hacía más amplia. El bosque se interrumpió y apareció un prado que bajaba por la vertiente blanca y ondulada dejando ver el paisaje. Era el mismo cuadro del día anterior, pero con diferente luz todo parecía distinto. Las lejanas cimas tenían un tono morado oscuro; la nieve, un brillo rosado; las sombras eran verdosas. A pesar del frío punzante, había algo embriagador en la alegre mañana.

Llegaron a una encrucijada.

—Mañana subiremos por aquí —dijo el guarda señalando hacia el sur—, cuando volvamos de Gyurkuca. Desde allí bajaremos directamente al valle de Retyicel o, si el señor conde lo desea, podemos dar la vuelta por la Piedra Quemada y bajar por el lado de la cascada hasta Szkrind.

Pronto se adentraron de nuevo en el bosque. El camino empezaba a descender.

Enfrente, en medio de los árboles, vieron llegar tres carros tirados por bisontes. Esta vez, Krisán Gyorgye se precipitó al verlos; no les dio órdenes, ni los amenazó

como a los montaraces rumanos del día anterior. Era gente de Kalotaszeg, gente seria.

Los bisontes avanzaban con paso lento, monótono. Las hermosas bestias, relucientes y negras, con sus ojos de largas pestañas miraron preocupadas la caravana con la que se cruzaron. Sin embargo no pararon, sino que, obedientes, tiraron del yugo y siguieron arrastrando montaña arriba los troncos por pares.

Eran tres hombres y dos mozos con un látigo. Todos iban vestidos como el Meloso, con pelliza sin mangas, camisa de franela, pantalones y botas. Los mozos calzaban albarcas.

Su cédula estaba en regla; se marcharon en silencio, levantando el gorro en señal de cortesía.

Bálint miró los bisontes. Nunca había visto su pelaje invernal. El bisonte es una bestia que pierde esta protección natural en invierno, por eso iban todos cubiertos con una manta de estopa que los abrigaba, como una chaqueta, desde la cruz hasta las ancas —a algunos también les tapaba el pecho—, fijada con correas que pasaban por los costillares.

Bálint siguió a pie desde la cima para entrar en calor.

Bajaron una pendiente suave en absoluto silencio; solo de vez en cuando este se rompía por el sonido de lejanos hachazos. Sonaban desde la cumbre derecha, el valle o la vertiente de enfrente. Al principio Abády pensó que se debía al eco, pero pronto se dio cuenta de que estaban talando en distintos lugares. Le preguntó al Meloso si estaba permitido talar árboles en cualquier punto del bosque.

—En cualquier lugar no, señor, pero el que haya pagado el permiso de la Administración Forestal puede talar donde quiera. Elige los árboles que más le agraden, y solo tiene que enseñar la acreditación cuando baje del bosque.

—¿Y puede talar todo lo que quiera?

—Talar sí, pero solo puede llevarse lo que figure en la cédula.

«¡Qué despilfarro! —pensó Bálint—, ¡qué desorden!». Y volvió a preguntar:

—¿Nunca han pensado en idear un plan de explotación?

—Claro que sí, señor. Tenemos uno. No se usa, pero lo tenemos —contestó el Meloso, y le contó que, veinte años atrás, cuando él era un adolescente, recorrió los neveros en compañía de un ingeniero durante meses. Él llevaba la cinta métrica, los discos para señalar y los prismáticos con trípode que usaba el ingeniero para marcar las montañas.

—Fue entonces cuando decidí trabajar en los neveros. A la primavera siguiente entregó el trabajo, y yo le acompañé a Béles porque me tenía mucho cariño. Si no recuerdo mal, fue poco después de la muerte del conde Tamás. Nadie ha seguido esas indicaciones en todo este tiempo.

Llegaron al río Szamos al anochecer.

Montaron el campamento rápidamente. Pronto, la hoguera estuvo llameando



como la noche anterior.

Se repartieron la cena y el aguardiente, y más tarde llegó gente desde los alrededores para charlar. Cuando Bálint se hubo acostado y pensaron que estaba dormido, comenzó una charla similar a la de la noche anterior. De nuevo comenzaron las quejas del notario y del pope; de nuevo los maldijeron, y mencionaron otra vez a un tal Ruzs Pántyilimon apodado el «Draku», el Diablo.

Al día siguiente continuaron el camino. Apenas eran las diez cuando llegaron a las primeras casas de Gyurkuca.

En la otra orilla del Szamos se levantaba una colina baja, pero abrupta. El meandro del río formaba allí una península rocosa que tenía forma de hogaza. En la curva había una pasarela. Era una construcción curiosa. Se apoyaba en una especie de caballetes extremadamente altos, uno en cada orilla, y otro más en medio del río. La pasarela estaba formada por dos vigas colocadas a unos tres o cuatro metros de altura para que no se las llevaran las riadas. Desde ambas orillas subían hacia la pasarela unas angostas tablas que se hundían bajo el peso de cada pisada; su extensión se cambiaba según el nivel de agua.

Delante de la pasarela había tres personas esperando la caravana de Abády.

Dos hombres mayores que, junto a las orejas, llevaban dos trenzas a la antigua. Se habían endomingado para la ocasión. Llevaban su mejor abrigo talar y el gorro de piel en la mano, aunque Abády se encontraba aún a cien pasos. En medio esperaba el pope Timbus, un hombre gordo que lucía una perilla negra en la papada, vestido con sotana, abrigo de piel y sombrero de seda de alas anchas, como si el mismo obispo viniera de visita. No dejaron de hacerle reverencias cuando Bálint se les acercó. El pope le pidió que bajara del caballo y le hiciera el honor de ver la iglesia para la que el pueblo le había pedido ayuda.

Cuando Bálint bajó, los dos ancianos se inclinaron ante él —como si se tratara de una genuflexión—, y le besaron el borde del abrigo. El pope también cumplió con la etiqueta: cuando Abády le tendió la mano, hizo amago de querer besársela, cosa que Bálint, por supuesto, no permitió. Eran gestos simbólicos del antiguo ceremonial de los neveros. Luego se dirigieron a la pasarela.

Primero, el pope. Detrás de él subió Krisán, afanado en ayudar a su señor, ofreciéndole el mango de su hacha para que se ayudara por las inseguras tablas. Por ambos lados lo escoltaron el alto Tódor Páven y Juanye Vomuluj hasta que llegó al primer caballete. Lo siguieron con los brazos extendidos para agarrarlo si resbalaba. Así cruzaron el vado entre témpanos nevados, aunque algunos tuvieron que meterse en el agua para seguir el ritmo de los que iban por la pasarela.

Abády subió a la colina en compañía del pope y de los dos ancianos. Ascendieron por unas escaleras hechas en la propia nieve.

La casa del pope estaba en la falda de la montaña. Descansaba sobre cimientos de

piedra, por eso la fachada parecía tener dos pisos, mientras que la parte trasera se hundía en el suelo. Un porche largo de madera corría por toda la cara delantera, que seguramente daba a la habitación principal. Las hijas del pope espionaron al visitante desde el corredor. Eran dos muchachas bonitas con grandes ojos, abiertos de par en par. Abády no les prestó mucha atención, más bien se fijó en un joven flaco con pinta de niño que descansaba en el soleado patio, acostado en una butaca forrada con almohadas de pluma. Tenía las piernas apoyadas en una especie de caja. Estaba tapado hasta la barbilla con una zamarra de pastor, solo se le veía la cara; una cara enjuta, acartonada, con las manchas propias de un tísico en las mejillas. Tenía los labios duros, apretados. Con muda mirada siguió al visitante, que pasó a unos diez metros.

Bálint le saludó con el sombrero. No obstante, el joven no se movió ni dijo nada; solo lo miró con hostilidad. Cuando Abády fue hacia la iglesia, el muchacho giró la cabeza lentamente para observarlos hasta que desaparecieron detrás de la esquina.

—¡Es el hijo loco! —dijo el pope Timbus, disculpándose en su pobre húngaro—. ¡Es loco, el pobre! Mucha pena para mí, mucha pena —continuó para evitar que el señor de los neveros se enfadara por no haber sido saludado por su hijo—. Está enfermo, muy enfermo.

Hubo que rodear la iglesia porque, según las reglas del rito ortodoxo, la entrada debía mirar al oeste; pero la casa del pope daba a la parte trasera, mientras que la fachada miraba hacia las profundidades del barranco.

Entraron por una puerta bajita.

Era una iglesia curiosa, construida con madera.

Por dentro estaba enlucida, y las paredes pintadas desde el suelo hasta el techo. A la derecha había imágenes del Antiguo Testamento, a la izquierda del Nuevo. Aunque los colores ya estaban desteñidos, las figuras se veían bien. Era una obra ingenua, de la escuela bizantina, hecha según el gusto del artista ambulante que la había pintado hacía ochenta años. La figura más amable era la del profeta Elías. Ascendía a los cielos montado en un carro de labrador, rodeado de llamas. Incluso la vara estaba perfectamente representada con el clavo por la que se enganchaba al yugo. Encima y al lado de la minúscula entrada lateral que se abría frente al iconostasio —la mampara que aislaba el altar del resto de la iglesia—, se veía el Juicio Final. Los gigantescos diablos devoraban a los pecadores en grandes cantidades, diez o veinte a la vez. Todos parecían ser húngaros, porque llevaban el uniforme magiar, las botas de húsar y un gran bigote. Todos iban al infierno por ser protestantes. En cambio, los ángeles acompañaban a los cielos a los bienaventurados, todos vestidos con la camisa tradicional rumana, que les llegaba hasta las rodillas.

Bálint se habría quedado contemplando el fresco, pero el pope Timbus comenzó a explicarle su problema. Le contó que ya no cabían los fieles. El pueblo contaba con dos mil almas. No había sitio ni para la mitad de la gente. Querían ampliar la iglesia, y necesitaban cuarenta vigas para la obra. Cuarenta vigas y veinte cabios. No

necesitaban más. El pueblo no tenía dinero, pero tal vez podría tener las cuarenta vigas...

—¿Qué pasará con el Juicio Final si se hacen aquí las obras? ¿Se perderá? —preguntó Bálint.

El pope probablemente notó la sonrisa irónica que Abády había esbozado al ver a los húngaros devorados en el infierno.

—No es problema. No es bueno cuadro. ¡Muy malo! ¡Muy malo! —repitió torpemente unas cuantas veces; y agarrándolo por la manga del abrigo, arrastró al joven conde al aire libre para seguir con sus argumentos—: Y arriba en ristrel, estará grabado que fue conde Abády quien dio vigas para la iglesia. Su nombre quedará allí para eternidad.

El pope seguramente pensó que era un argumento de peso y le hizo un guiño de complicidad cuando Bálint le prometió finalmente enviar las vigas necesarias. Abády ya lo había decidido durante el camino. Simplemente prefería ser él quien le hiciera la promesa al pope y prescindir del notario.

Al bajar pasaron de nuevo junto al joven que descansaba entre almohadones. Su padre le conminó a que saludara. Le dijo que recibirían las vigas. El joven hizo un gesto mínimo con la cabeza. En su mirada seguía ardiendo el mismo odio; sus ojos siguieron a Abády hasta que desapareció. Desde abajo, junto a la pasarela, mientras se despedía del pope y los dos ancianos según el mismo rito, Bálint vio que el joven lo miraba fijamente.

Caminaron un buen rato hasta Tószérát por la orilla del Szamos. Cerca del pueblo se hallaba la aserradora fluvial, Krisán Gyorgye vivía al lado. Desde allí subieron hasta la encrucijada, a la cima de la montaña, y luego decidieron desviarse hacia la cascada y seguir por la cresta.

Pronto pasaron por un lugar abierto donde los fuertes vientos castigaban el bosque. Desde allí se veía el profundo valle y la vertiente de enfrente con las casas dispersas.

Lejos de las demás fincas, mucho más arriba, se alzaba una casa de piedra cubierta de tejas y no de tablas de abeto, hecho insólito en los neveros. Todas las ventanas estaban protegidas con barrotes de hierro. La finca estaba rodeada de grandes muros de piedra, casi tapados por el ventisquero acumulado. A pesar de estar en la cresta de enfrente, los tres perros guardianes ladraban furiosamente.

—¿De quién es aquella casa?

—De un tal Rusz Pántyilimon —respondió el Meloso—. Ha venido a vivir aquí.

El nombre le llamó la atención a Bálint. Observó mejor el edificio.

—¿Para qué ha construido esa fortificación?

—Pues, señor, ¿cómo saberlo...? Tal vez tenga miedo de la gente.

—¿Miedo, por qué?

—Pues, porque... es que... tiene miedo.

Bálint ordenó al guardabosques que se dejara de rodeos y fuera al grano. El Meloso le contó que Rusz era un rumano que había sido maestro de pueblo en algún lugar de Erdőhát. Allí había cometido algunas irregularidades, se murmuraba que había tenido problemas con los chicos pequeños y había sido despedido por ello. No tenía recursos y por eso había ido a vivir con sus familiares, ya que su madre era de Retyicel. Pronto se convirtió en usurero, y ahora era un hombre rico.

—¿Cómo llegó a ser usurero, si no tenía nada?

—Se dice que fue el pope quien le dejó el dinero y que se reparten los intereses.

—¿Cómo va a tener dinero el pope?

—Pues, pues..., se dice que el pope es el encargado del Banco Uniata y las letras de cambio se han estado enviado allí.

Bálint permaneció un rato sumido en sus reflexiones. Comenzó a entender las quejas que había oído intercambiar a la gente cuando pensaban que estaba durmiendo.

—¿El notario Simó tiene algo que ver con todo eso? —preguntó.

El Meloso echó un vistazo a su alrededor para estar seguro de que no les oyera nadie. Krisán y el joven Styefán iban delante para despejar el camino; los demás, detrás con los caballos de carga.

—Dicen que el notario forma parte del negocio. Escribe los contratos y... como aquí hay poca gente que sepa leer y escribir, lo que dice en ellos no siempre coincide con lo que les lee. Pero, señor, no debe creer todo lo que se comenta, porque esa gente tampoco es de lo más fiable. —El Meloso, arrepentido de haber hablado, añadió—: Usted me ha ordenado que le explicara lo que se rumorea, pero no es lo que digo yo. ¡No se me ocurriría...! ¡No lo creo, por supuesto, yo no...!

Bálint comprendió los temores del Meloso. Le hizo una señal con la mano y le dijo con voz tranquilizadora:

—No se preocupe, lo que me ha contado lo guardo para mí.

Estaba anocheciendo cuando llegaron al valle de Valea Arsza, debajo de la Piedra Quemada. Era la última noche que pasaban en el bosque.

Amaneció tarde. El cielo estaba nublado. Cuando esclareció, la caravana siguió su ruta.

Fue una marcha dura, difícil. El valle angosto estaba obstruido por troncos caídos que formaban verdaderas talas. Los hombres lo tuvieron bastante fácil para atravesarlos porque la gruesa capa de nieve los aguantaba; en cambio, los caballos de carga avanzaban con mucha dificultad. Procedieron con una habilidad y calma admirables. Antes de apoyar todo el peso en una pata, tanteaban si debajo de la nieve había algún tronco donde apoyarse. Escogían el lugar con conocimiento, casi olfateando la nieve con el hocico; la palpaban a cada nuevo paso, y si esta se

quebraba bajo la pata, la sacaban sin prisas y lo intentaban en otro punto sin asustarse o ponerse nerviosos. Eran unos animales inteligentes.

Bálint insistió en ver la cascada a pesar de que le habían dicho que no era fácil bajar hasta allí. Comenzó a descender por el despeñadero junto a Styefán, Krisán y Tódor Páven, mientras el Meloso daba una vuelta con los caballos para encontrarse con ellos más adelante, en el arroyo. Los *gornic* cortaron largos palos de abeto joven. Armados con esos bastones iniciaron el descenso. Bajaron por los colosales peldaños de las rocas, deslizándose por cuevas con una inclinación de setenta grados. Hasta llegar al fondo del barranco no vieron nada porque el declive estaba cubierto de árboles ramosos hasta la base. Las raíces largas como dedos, se agarraban a los riscos.

Por fin llegaron abajo, entre tinieblas. Allí era casi de noche. El barranco era tan profundo como un pozo y ligeramente ancho. Las rocas verticales parecían negras en contraste con la nieve que se conservaba en las paredes. Todo estaba cubierto de escarcha: el musgo, las plantas trepadoras, el helecho, las desnudas raíces del enebro. Las miríadas de gotas de agua que caían se helaban encima de las hojas como banderas transparentes o espinas glaciales, y no había viento que se las llevara. De pronto se oyó el estrépito de la cascada. Solo faltaba rodear la pared rocosa, pisando restos de ramas rotas, y vadear el arroyo para estar frente a la cascada.

Llegaron tambaleándose, resbalando de vez en cuando, apoyándose en las rocas o en el cayado de abeto, pero valió la pena.

El agua caía libremente desde una altura de treinta metros; saltaba con fuerza a través de una honda hendidura en la roca; no había nada, ningún obstáculo que la interrumpiera. Parecía una columna líquida de metal que al caer formaba una mano de largos dedos que se deshacían en espuma al romper contra el negro fondo. El agua hervía y las burbujas, como perlas, bailaban en la superficie caóticamente. Era un espectáculo continuo, siempre cambiante, pero siempre idéntico.

Bálint se quedó embelesado ante la preciosa vista de la cascada. No podía dejar de mirarla. El estrépito del agua acentuó su soledad. ¡Qué fuerza vital en medio del hielo, en pleno invierno hostil! Vio lo mismo que había visto la otra noche en las llamas: la enorme voluntad de la naturaleza, y su firme avance hacia su inevitable final por las vías misteriosas de la vida. La imagen de la inquieta cascada le evocó otra vez a Adrienne. Como si todo lo que cobrara forma en las fuerzas misteriosas de la naturaleza le recordara a esa mujer delgada, esbelta: sus labios arqueados, su sonrisa mágica...

¿Por qué le perseguía esa imagen? Se marchó enojado, y bajó por la orilla entre los témpanos de nieve. ¿Estaría hechizado? ¡No! Él no necesitaba esa aventura. Parecía un asunto peligroso que le absorbería todas sus fuerzas, perturbaría su alma y estorbaría su trabajo. ¡No, no lo necesitaba! ¿Para qué? ¿Por qué ocuparse de una mujer tan complicada y caprichosa, si había tantas otras en el mundo?

Caminando mudo por el sendero helado decidió evitar a Adrienne. Evitarla hasta

curarse del todo de esa nostalgia tonta que le perseguía.

En su casa de Kolozsvár le esperaba un telegrama.

El Parlamento había sido convocado. Tenía que marcharse inmediatamente para recoger su mandato y participar en la apertura del periodo de sesiones.

Su madre se quejó de que tuviera que ausentarse tan pronto:

—¿Nunca te vas a quedar un poco conmigo? Es peor que la diplomacia. —Y obligó a su hijo a prometerle que volvería sin falta a finales de mes.

La capital estaba sumergida en un ambiente de tensión. La coalición que había ganado con mayoría, embriagada por el triunfo electoral, anunciaba en voz alta sus intransigentes reivindicaciones: territorio aduanero y banco húngaro independiente, voz de mando en húngaro en el ejército. Sin embargo, las audiencias reales no tuvieron el menor resultado.

Las primeras dos sesiones se celebraron con normalidad. En la tercera ya acechaba el temporal. El nuevo presidente, en su discurso de investidura, atacó a todo el mundo, mancilló el pasado. Cada palabra suya era una acusación, cada frase, una voz de alarma. Celebraron dos sesiones más y el trabajo parlamentario fue suspendido.

Al margen de la apertura del Parlamento, en ese corto periodo de sesiones solo se produjo un acontecimiento más: un acontecimiento funesto; un duelo trágico.

El viejo István Keglevich era un diputado gubernamental recién elegido. Todo el mundo sabía que István Tisza lo habría designado para la presidencia del Parlamento si hubiera ganado las elecciones. Habría sido la persona adecuada para implementar las nuevas reglas parlamentarias, aprobadas en noviembre por medios violentos. Por eso se presentó a la candidatura por primera vez en su vida. Era realmente apto para la presidencia por ser audaz y agresivo, una persona inteligente y autoritaria. Cruel como un tirano o un noble del Renacimiento, aunque sus empresas financieras y artísticas habían sido un fracaso absoluto, porque se había adelantado diez o veinte años a su época. Había plantado bosques, fundado una destilería de coñac y un teatro, pero hiciera lo que hiciese siempre gastaba por encima del presupuesto y acababa pagando de su bolsillo; hasta que perdió su fortuna, antaño cuantiosa. Durante muchos años ostentó el cargo de supervisor de los teatros estatales. Realizó un trabajo excelente que fue agradecido por el mismo Francisco José con una remuneración por los servicios prestados al Estado, ya que no recibía pensión alguna. Fue esta gracia del rey lo que aprovecharon los que iban a por él.

Durante los informes acreditativos alguien de la extrema izquierda pidió la palabra. Acusó a Keglevich de incompatibilidad, por cobrar un subsidio del rey, que era pagado desde Viena. Todos se alegraron de poder montar un buen escándalo. Nadie pensó que la incompatibilidad cesaba en el momento en que Keglevich

renunciara a la remuneración real. La gente quería alboroto y para eso necesitaban un chivo expiatorio.

Los diputados se indignaron, gritaron, vociferaron contra el viejo que no llegó a ser presidente del Parlamento. No estaba por encima de ellos, pero habría podido llegar a estarlo. Encontraron un placer enorme al infamar y desprestigiar al anciano setentón.

Él seguía sentado en la primera fila, a la derecha, sacando pecho como un gladiador. Parecía un jabalí monstruoso, rodeado por los ladridos de los perros de caza. Levantó con gesto provocador la prominente barbilla, y con mirada aguda observó a sus acosadores para captar la primera ofensa personal por la que poder exigir una satisfacción.

Por fin, un flamante diputado lo llamó «cerdo paniaguado». Keglevich lo retó a duelo de inmediato e impuso duras condiciones. Se portó como lo que era: un gran tirano, pero esta vez con padrinos. Puso como condición luchar con sus propias espadas, que eran rígidas, anchas y tan puntiagudas como un asador. Además lucharían sin vendajes protectores, y a la estocada. No obstante, él era un espadachín de la vieja escuela húngara y solo se batía *a herida grave*. Su adversario, en cambio, era de la escuela italiana donde se enseñaba el *punto d'arresto*, es decir, la estocada *a primera sangre*. Al día siguiente sacaron de la sala de esgrima al viejo Keglevich muerto. Atacó con vigor juvenil a la primera ocasión. Su adversario se retiró, pero de repente lo ensartó con tanta fuerza que la espada le salió por debajo del omóplato. Murió a manos de aquel hombre que, por la edad, habría podido ser su hijo...

Bálint pasó sólo diez días en Budapest. Al haberse suspendido los trabajos volvió a casa cumpliendo su promesa. Por casualidad llegó la mañana del martes de carnaval. Ya que estaba allí, era su deber asistir al baile. No tenía muchas ganas de ir, pero era impensable faltar. Hubiera llamado la atención de la gente, puesto que sabían que estaba en la ciudad. Al fin y al cabo, ¿por qué no iba a acudir? No era preciso quedarse hasta la madrugada. Volvería pronto a casa.

Después de cenar subió a cambiarse.

—Cuando estés listo —le dijo su madre—, ven a verme otra vez. Hace tanto tiempo que no te he visto con frac. Quiero ver lo guapo que estás. Nosotras no nos acostamos muy temprano.

—Por supuesto que no —dijo la señora Tóthy.

—Claro que no —dijo la señora Baczó.

Bálint le prometió volver y se fue a su habitación.

Encima de la cama tenía el traje preparado. Entre el chaleco blanco y la chaqueta negra estaba la camisa almidonada.

El traje de etiqueta le evocó recuerdos de Budapest, caóticos e incoherentes.

Mientras se enjabonaba la cara para afeitarse, se acordó de László Gyerőffy.



Últimamente lo había visto poco. Siempre en el casino, vestido de frac. Apenas intercambiaban algunas palabras, porque en la sala de abajo todas las noches se celebraban bailes. Él era el primer bailarín, decía. Invitaba a Bálint a bajar, aunque a veces no tuviera ganas de volver al hotel y cambiarse de nuevo. László tampoco insistía demasiado.

Ahora, mientras se untaba la barbilla con el jabón espumoso, pensaba en su primo. Tenía la sensación de que algo había cambiado en los modales de László. Como si fuera más orgulloso. Como si fuera por el mundo con la cabeza más alta.

Metió la maquinilla de afeitar en el agua caliente y comenzó a rasurarse la cara. Si no lo hacía por la noche podía volver a crecerle la barba antes de la madrugada, lo que quedaba muy feo; se acordó de un inglés que dijo: «Ningún caballero debe lavarse sin una navaja».

Vestido con la camisa almidonada del frac volvió a sentarse delante del espejo. Ahora llegaba la parte más importante: anudarse la pajarita. Era un punto delicado que requería mucho arte. Con un solo movimiento tenía que fijarla. Solo había una oportunidad, al segundo intento ya estaría arrugada. O le salía bien a la primera o ya no tenía arreglo. Después de pasar el lazo se debía estirar lentamente hasta que formara una mariposa. No le salió bien, le quedó torcida. Escogió otra corbata, se la pasó por el cuello y repitió el proceso. Adrienne estaría en el baile, pensó. Se la imaginaba con aquel traje verde que había llevado en Vársiklód. Tampoco había razón para que llevara el mismo traje. Seguro que tenía varios. Sin embargo, la imaginó de verde, con el pelo negro rizado flotando alrededor de su cara. Seguramente bailarían con aquel muchacho, Alvinczy, y con el otro, Kendy. ¡Pues que baile con quien quiera hasta la madrugada! Él no iba a quedarse hasta muy tarde, solo iba para que nadie dijese que había faltado. La pajarita salió bien finalmente; las alas de mariposa quedaron perfectamente igualadas. Satisfecho, se miró una vez más al espejo y volvió a sentarse en la cama para seguir vistiéndose. Comprobó si los botones de porcelana estaban bien insertados en la camisa, porque era una molestia cuando uno se perdía. Pensó en una *cocotte* que conoció en Budapest. Posiblemente no fuera muy cara; un *affaire* de ese tipo era mejor que uno con una mujer casada. En el extranjero era diferente.

Especialmente si se era, como él, diplomático. En tal caso estaba claro desde el principio que el *affaire* se acabaría, puesto que el destino del diplomático estaba en manos de poderes superiores; la ruptura era algo institucionalizado. Bálint nunca había tenido problemas con aquellas mujeres casadas que, en sus puestos extranjeros, «le habían ofrecido sus favores», como solía decirse. En el momento de la separación, estas mujeres dejaban caer algunas lagrimitas y hacían el amor con él por última vez con una pasión desbordante —para que no las olvidara nunca—. Luego, le enviaban algunas cartas o postales desde la capital, y se acabó. El acercamiento, la

preparación, la caza, que duraba una o dos semanas, era lo bonito y excitante. Pero como la presa también anhelaba que la cazaran, se trataba de una victoria segura, que no exigía exponerse a riesgos graves. Al menos, en los últimos años no se había expuesto a ninguno. ¡La diplomacia era una escuela excelente!

Antes de ponerse el chaleco blanco, volvió al espejo. Inclinado hacia delante para no mancharse la pechera, se roció la cabeza con una solución capilar; se dio la última pasada con el peine, y decidió buscar a aquella rubia cuando volviera a Budapest. Seguro que llegarían a entenderse. Probablemente ella saliese con un viejo petimetre, y él podría aprovecharse de la situación.

Se puso el frac. Guardó en el bolsillo los diferentes enseres que un hombre debía llevar: reloj, llaves, cigarrera, cartera, mechero y algo de cambio. Cogió cuatro pañuelos rociados con agua de colonia. Un caballero nunca debía usar perfume, solo agua de colonia. Las demás fragancias eran demasiado femeninas. Lo aprendió de una de aquellas mujeres extranjeras, una sueca amable. Le estaba muy agradecido. Ella le inició a la alta escuela de Eros. Le dio clases de las más antiguas tradiciones amorosas, le desveló todos los detalles sobre cómo vestirse y desnudarse. Le mostró la etiqueta de la cama. Era tan amable..., ¿cómo se llamaba?

Estaba listo.

Echó un último vistazo para no olvidarse nada y fue a ver a su madre.

El baile del martes de carnaval era un evento importante entre la alta sociedad de Kolozsvár. Tradicionalmente se celebraba en el casino. Algunos caballeros todavía se vestían según el hábito de los años treinta del siglo XIX, y esa noche llevaban frac añil y pantalones grises. Era costumbre de Kolozsvár pasar dos noches seguidas bailando, la del martes de carnaval y la del miércoles de ceniza.

La noche del martes acudían incluso las damas más mayores. Era una fiesta magnífica. Todo el mundo lucía traje de gala; las mujeres iban peinadas con coronas de diamantes, ataviadas con camafeos, colgantes de oro y otras joyas preciosas. Iban tan acicaladas como si fueran a la corte.

Sobre las diez ya había mucha gente, y seguían llegando. Por la puerta pasaron los carruajes uno tras otro, sin cesar. Adrienne acababa de llegar con sus hermanas menores y su marido. Las mujeres subieron las escaleras despacio, levantando con una mano las largas faldas y apretando con la otra la capa de gala adornada con pieles.

Pál Uzdy no esperó a que las mujeres subieran. Odiaba avanzar tan despacio, prefirió esperar arriba a acompañarlas peldaño a peldaño; lo ponía nervioso. Subió corriendo las escaleras y estaba ya arriba delante de la entrada cuando las damas aún iban por el rellano. Era un hombre delgado, de hombros caídos, que normalmente sacaba una cabeza a los demás. Heredó la estatura de su madre, que era de la familia Absolon y cuyo hermano fue un reconocido explorador de Asia que había sido tan alto como Uzdy, pero mucho más fornido. Pál, alto y estrecho, recordaba a las estatuas de Mefisto —con las que, gracias al *Fausto* de Gounod, se puso de moda adornar las chimeneas—. Su cabeza también tenía algo de escultura, aunque con rasgos orientales. Tenía la piel morena, casi cetrina, la frente alta, el cabello dividido en dos por una raya clara, las cejas un tanto achinadas; los pómulos —muy marcados— le daban forma triangular a la cara. Tal vez le gustara tener ese aspecto diabólico, porque acentuaba esa forma con el corte puntiagudo de su barba. Llevaba además el bigote al estilo tártaro, fino sobre el labio, y largo y atusado por las puntas. Su traje era elegante, pero de mal corte, como si pretendiera demostrar que no le importaba la moda, que se sentía más señor que nadie. Con desprecio disimulado estrechó la mano de los organizadores: Farkas Alvinczy y Gazsi Kadacsay, que esperaban arriba a las damas. Uzdy observó cómo su mujer subía lentamente las escaleras.

Adrienne se acercó con una sonrisa leve en los labios. Ella sintió que estaba hermosa. Sabía que las estrellas de diamante armonizaban con su cabello negro recogido, del que aún no sobresalían caracolillos locos. Sabía que su traje era precioso. Se había puesto su última adquisición, un vestido de tubo ajustado por

arriba y acampanado por abajo. Sabía que causaría asombro cuando se quitara la capa de terciopelo, puesto que su traje era de seda *chiné*, amarillo como las llamas, y a cada movimiento la luz lo irisaba. Tal vez se había alegrado además de lo que su hermana Margit, bien informada, acababa de decirle en la carroza: Bálint Abády había llegado a la ciudad esa mañana. Habría, pues, alguien con quien hablar. Alguien que no era como los demás, que no era una máquina de bailar sino un conversador a su altura. Al pensar en él esbozó una sonrisa. Pero inmediatamente pensó: «¿Por qué te alegras? No quiere verte. Ni siquiera se presentó en la pista de hielo la última vez. ¿Para qué alegrarse tanto?».

—¿Por qué estás sonriendo? —preguntó su marido.

—Estoy contenta por el baile —contestó, pero su mirada se ensombreció.

Sus ojos brillaron con una luz hostil. Apretó los curvados labios orgullosamente, se separó de Uzdy con la cabeza levantada y aceptó el brazo del barón Gazsi.

En la sala, las damas mayores estaban sentadas en fila, pegadas a la pared. Con ellas había algunos señores: Sándor Kendy —el Boquituerto— y el viejo Dániel, el tío Ambrus les hacía compañía aunque todavía contaba como bailarín. La menuda tía Lizinka había escogido un punto estratégico, el rincón izquierdo enfrente de los gitanos. Desde allí podría observar a la vez a los bailarines y las puertas que daban al pequeño salón de juego y a la sala de billar, donde ahora se servía el bufé. Por allí entraban los recién llegados y la tía Lizinka disfrutaba de una vista excelente. Era un lugar estupendo para acumular información, materia prima para el cotilleo. Se acurrucó en la butaca, no muy grande, pero suficiente para ella; encogió las piernas y se dedicó a espiar a la gente a través de sus impertinentes. Su nariz ganchuda no dejaba de moverse y, mientras vigilaba a todo el mundo, charlaba con sus dos vecinas sin cederles la palabra.

—Queridas, es como os digo yo. ¡Un escándalo, una desfachatez absoluta! Lo tiene en casa, vive con ella en Marosszilvás, y al tonto de su marido tal vez ni le importe. ¡Es posible que a él ya no le queden *fuerzas*! —dijo en tono gangoso y soltó una risa malvada. Hablaba de Wickwitz y de la señora Abonyi, la bella Dinóra.

—Bueno, hay que admitir que en nuestra juventud también había algunas que tenían sus galanes. —Sus ojos malignos brillaron por los recuerdos—. Pero nadie guardaba en su establo al macho semental, ¿verdad, querida? —dijo a su vecina de la izquierda, la vieja señora Kamuthy, de la que se murmuraba que había tenido varias aventuras y que seguía interesándose por algunos actores jóvenes.

La señora Kamuthy masculló algo. Lo que le molestó no fue la alusión, sino el hecho de que Lizinka dijera «en nuestra juventud», puesto que era diez años más joven que la vieja señora Sarmasághy, aunque ahora acompañaba a su nieta al baile de puesta de largo.

—Tú lo sabrás mejor que yo, mi querida Adelma —continuó Lizinka—, ya que es

en tu vecindad donde se ha montado el escándalo.

Adelma, la buena señora Gyalakuthy, respondió indulgentemente:

—Creo que entrenó a los caballos de Abonyi durante el otoño. Por eso vivía en su casa. Fue invitado por el mismo señor Abonyi.

—Ji, ji, ji —rio Lizinka—. ¡Este Abonyi es como el cocinero Pali!

—¿Cómo?

—Es una historia muy antigua. En casa de mi tío-bisabuelo Teleki servía un cocinero llamado Pali que tenía una mujer muy guapa. Le advirtieron que el criado dormía con ella todas las noches. El viejo Teleki llamó al criado para interrogarlo, pero aquel le dijo: «¡Pero, señor, el cocinero Pali lo ha consentido!». «Pues si él lo ha consentido, ¡yo no soy quién para poner pegas!», contestó el viejo Teleki, y con eso se acabó el asunto. Este Abonyi es un *cocinero Pali*. Os lo digo yo. —Y con bondad fingida se dirigió a la señora Gyalakuthy—: Sé que Wickwitz frecuenta tu casa, querida Adelma. Y no me parece nada mal que los bravucones se hagan el machito. Tampoco me importa aquella mujer, puesto que no tengo hijas casaderas; pero si las tuviera no toleraría la presencia de esa señora de muslos *ladrones*.

—¿Muslos *ladrones*?

—Así es, porque roba con ellos, no con las manos. —Y estalló en carcajadas.

Siguió un buen rato destilando su veneno a las dos vecinas.

En ese momento llegó Adrienne con sus bonitas hermanas, Judith y Margit. Enseguida fueron rodeadas por una multitud de jóvenes. Las cogieron de los brazos y se fueron con ellas dando giros por la sala. La tía Lizinka las observó a través de sus impertinentes.

Ante sus anteojos pasó Adrienne en brazos de Ádám Alvinczy. Formaban una pareja preciosa. Ádám era un hombre esbelto, como todos los Alvinczy. Tenía un perfil recto, nariz corta, frente alta como la de las estatuas griegas, y además bailaba bien. Su frac azul oscuro hacía resaltar el vestido de Adrienne que parecía echar llamas resplandecientes.

—¡Mirad! ¡Mirad! —cacareó Lizinka con su voz de gallineta—. ¿Qué traje es ese? Debería estar prohibido. No lleva casi nada, una camisola nada más. Dios mío, ¡juraría que no lleva ni corsé! En mi juventud la habrían echado del baile. ¡Es realmente escandaloso!

Adrienne oyó el comentario. Al pasar delante de la anciana, se dio la vuelta, la miró con sus ojos de ámbar y con la cabeza bien alta envió una sonrisa a la tía Lizinka. Su juventud gloriosa miró con desdén a aquella vieja hecha una pasa.

Era tarde cuando Bálint se separó de su madre y llegó al baile. Ya habían acabado el segundo *quadrille* y tocaban el último vals antes de la cena. Asomó la cabeza por la puerta de la sala. Pasó sigilosamente entre los señores que charlaban, besó la mano de las viejas que estaban cerca de él y, empujado por los bailarines, echó otro vistazo a

la sala. Al ver que Adrienne estaba bailando el vals con István Kendy se fue a la sala de la chimenea, donde algunos señores entrados en años esperaban la hora de cenar. Mientras tanto hablaban de política, naturalmente. Se alegraron de ver al recién llegado porque cada uno esperaba que Bálint le diera la razón. «Istike»<sup>[13]</sup> Kamuthy y Abonyi se dirigieron a él para que decidiera quién tenía la opinión correcta. Abonyi dijo que «no cabía duda», solo Andrásy era capaz de formar gobierno. Le pareció elegante opinar eso. El joven Kamuthy insistió en que aquello sería traición a la patria, que serían traidores todos los que no exigieran la unión personal real. Sus mofletes de bebé ardían de excitación.

—Zí, zí, zólo *acceptamoz* la unión *perzonal* —chilló ceceando, como si el destino de la patria dependiera de él.

Estaba más arrogante que hacía unos meses porque se había presentado como candidato en un distrito de Háromszék y faltaron apenas unos votos para que saliera elegido.

—¿Por qué no vino a la pista de patinar? —preguntó Adrienne.

Había tardado mucho en preguntárselo, seguramente había preferido esperar a que estuvieran solos. Habían bailado varios valeses, se habían encontrado en la mesa del bufé y después en la cena, junto a la mesa de las mujeres jóvenes. Bálint estuvo sentado enfrente; Adrienne habría podido preguntárselo entonces. Sin embargo, solo después de que comenzaran las *czardas*, de que la gente se levantara a bailar y de que los criados hubiesen recogido la mesa, solo en ese momento se atrevió a hacerle la pregunta. No lo hizo enfadada ni ofendida, sino con la misma sonrisa brillante que había esbozado al flirtear con sus vecinos, Ádám Alvinczy e István Kendy. La sonrisa era la misma, un poco irónica, un poco coqueta; pero el hecho de haber esperado tanto daba gravedad a la pregunta.

—¿Aquella tarde?

—Sí. No vino, y me quedé adrede hasta muy tarde; casi no llegué a casa a una hora decente por su culpa. Pero usted no vino.

Sonrió, pero su mirada era seria como la de una leona.

—Estuve allí —dijo Bálint en voz baja, y se acercó a sus ojos de ónice.

—¿Estuvo allí? ¿Y por qué no...?

—¿Por qué...? La observé largamente porque tenía usted algo insólito, algo nuevo... la miré desde la entrada. Era otra persona, no mi Addy, no la que yo conocí, sino alguien diferente...

—¿Por qué diferente? ¿No era yo? —lo interpeló la mujer intentando soltar una risa a pesar del tono grave de Bálint.

—Era distinta. Y además, estaban allí... ellos. Yo me quedé apoyado en la barandilla a oscuras. Mirándola a usted. Estaba preciosa —añadió—. Fue bonito verla así. —Y para mitigar la banalidad del piropo siguió hablando—: Me invadieron las

emociones, muchas; emociones que ya había sentido, pero nunca con tanta fuerza. Nunca había oído esa voz tan fuerte... Nunca la había visto a usted como entonces...

—¿Patinando?

—Tal vez fuera el patinaje, pero detrás de la forma, del impulso, del vuelo, vi las fuerzas inmensas de la naturaleza... Cómo volaba por la pista, arriba y abajo... —Hizo un gesto imitando el vuelo—. Vi algo que la empujaba, un deseo... Vi que buscaba, que anhelaba algo. —Y volvió a clavar sus ojos en la cara de la mujer.

Adrienne frunció un poco las cejas.

—Oh, no. ¡Yo no busco nada! —Levantó la cabeza, pero enseguida esbozó una sonrisa alegre al recordar el patinaje—. Sabe, Bá, el ejercicio me vuelve loca. ¡Siempre necesito más, más y más!

—Sí, eso fue lo que sentí. Algo que estallaba en su interior, que buscaba salida. Que salía de sus entrañas, desde las profundidades del inconsciente, y la empujaba a avanzar más y más deprisa. Mire, hace poco estuve en los neveros. Me senté al lado de la hoguera, una hoguera enorme, yo solo. Y la vi a usted entre las llamas que subían al cielo nocturno. Miles de llamas sin destino. No se sabe si el fuego es solo color y luz o una fórmula química descrita por profesores, nada más que oxígeno y gases de carbono. Todo son palabras, conceptos artificiales que intentan explicar lo inexplicable. Explicar la fuerza que empuja, que exige poder volar, correr sin objetivos que lograr. No se puede comprender, solo sentir. ¡Es una fuerza omnipotente, enorme e irresistible porque es verdadera y eterna! Y mírese —añadió en tono burlón—, ¡qué casualidad! Hoy se ha vestido de seda flameante.

La mujer rio.

—Yo no tenía ni idea de todo eso. No crea que me lo he puesto por usted...

—Claro que no, pero tal vez sí. Tal vez yo tenga algo que ver con ello. No solo yo, pero también. ¿Acaso no pensó en mí cuando lo eligió para esta noche? ¿Acaso no pensó en nadie? ¿Ha sido de modo inconsciente, como todo en la naturaleza? ¿Lo ha elegido porque le parece bonito y sabe que armoniza con su pelo negro, su piel marfileña? Tiene que reconocer que era consciente de que atraería la mirada de los hombres, y que las mujeres la envidiarían por tan precioso vestido.

—¿Cómo sabe que pensaba en usted cuando me lo puse?

Adrienne se puso coqueta a propósito. Era su actitud habitual con los pretendientes. Quería evitar que le hicieran mella las palabras de Bálint. No tanto lo que decía como su voz cálida y apasionada. Tenía algo mágico que a ella no le gustaba precisamente porque la halagaba. Tampoco le ofendía que se atreviese a mencionar su piel. ¡Su piel!

Abády no le siguió el juego. Clavó su mirada en sus ojos y le preguntó:

—¿Ha leído a Bölsche?

—Sí. Un libro maravilloso, ¿por qué?

—En él dice que los seres superiores van ataviados, y se visten de gala en primavera. Seguramente existe alguna rivalidad entre ellos. Cada uno quiere ser más

hermoso, más llamativo, más apetecible que otro del mismo sexo. No con premeditación. Es una orden interior, una urgencia, una imposición, el *Lebensbejahung*, la afirmación de la vida. Al fin y al cabo —bromeó—, al anudarme la pajarita ante el espejo yo hago lo mismo que el gallito que levanta sus seductoras plumas cuando llega la primavera.

—Usted siempre hace referencia a los animales. Nosotros no somos animales.

—No. No lo somos. Pero debo añadir que es una pena. Es una pena porque nosotros corrompimos las virtudes animales en su forma más noble, más pura, más sincera. En ellos se encuentran las emociones básicas de la vida: la maternidad, el amor, la defensa de la comunidad. No se las han enseñado con argumentos bonitos, con palabras complejas. Lo sienten de manera natural, siguen su instinto vital. Y no tienen más ley que sus sentimientos. El martín pescador es capaz de arriesgar su vida para alejar al hurón de sus polluelos, el corzo se enfrenta al zorro para defender a su camada. Las *condesas* ciervas no se casan con los *señoritos* ciervos porque tengan mucho dinero o sean de familia distinguida. Su madre no negocia con el cuerpo de sus hijas, sino que ellas eligen al que les gusta. Y están con él mientras les apetece —Bálint pronunció la última frase más despacio, más bajo, con la mirada clavada en el otro extremo de la habitación—. Todo lo que es verdadero, grande y eterno sigue puro porque no hay ningún elemento extraño, ningún prejuicio o teoría que pueda perturbarlo. Tal vez tanto hablar ha corrompido al ser humano. La voz de los animales solo expresa sentimientos, nunca conceptos.

—¿No le parece curioso, Bá, dar un discurso contra el discurso? ¿Precisamente usted? ¿No es lo que está haciendo ahora? ¿O lo que usted emplea no son conceptos?

...

—Tiene usted razón, pero desgraciadamente me veo obligado a hacerlo... porque la naturaleza no me dio una voz tan poderosa como la del ciervo —respondió el hombre riendo—. Si la tuviera, resonaría en esta sala como un órgano.

Adrienne se irguió y se echó hacia atrás en la butaca. Durante unos momentos estuvo buscando la palabra adecuada con los labios apretados.

—Pues, sí... puede ser. Puede tener algo de razón al divagar así. Pero se le olvida una cosa; o no quiere hablar de ello. Yo sé que hay muchas palabras bonitas, el gorjeo de los pájaros y la berrea del ciervo, que según dicen, es preciosa. Pero... bueno, ya que hablamos de animales, le contaré una anécdota. Al venir de Mezővarjas a Kolozsvár hicimos una parada en Mócs. Había feria, y delante de un puesto un hombre tocaba el tambor gritando a todo pulmón: «¡Entren, entren! Aquí verán al león marino. ¡Un león terrible! ¡El león marino!». Entramos. ¿Y sabe qué había dentro? Una foca miserable —Adrienne rio y añadió con amargura—: pero nosotros ya habíamos pagado las entradas, diez céntimos por persona. Y no nos los devolvió nadie.

—No veo que relación tiene eso con lo que hablábamos.

—¿No? Pues está muy claro. Todo lo que acaba de decir, que suena tan bonito,



todo es lo mismo. Todo es un programa sensacional, seductor... una promesa... un cebo... un engaño. Y si reflexionamos un poco, queda todavía más claro que toda la naturaleza es como aquel pregonero: engaña a todo el que haya pagado los diez céntimos.

Bálint contempló la cara de la mujer con mucha atención. Sus últimas palabras parecían dar indicaciones. Recordó lo que Adrienne le había contado en aquel banco de la finca y cautelosamente decidió averiguar más.

—Yo no lo creo. Pienso que cuanto más tengamos que pagar por entrar, cuanto más caro nos resulte, tanto más precioso es lo que nos espera. Claro que existe el desengaño, somos seres humanos y mezclamos los sentimientos con las convenciones y los clichés. Muchas veces lo hacemos inconscientemente. Lo hacemos con fines tontos, pero no siempre viles. A veces actuamos de esta manera empujados por una voluntad noble, por la piedad, y para conseguir algo mejor, más bello; algo en lo que tenemos fe. Y lo hacemos porque nos han educado de esta manera, lo cual es ajeno a la naturaleza y malo. No seguimos la voz de la naturaleza, sino conceptos inventados por hombres, sacerdotes y filósofos viejos sentados en un escritorio. Pero estoy seguro de que esa actitud artificial no puede llevarnos a ningún lado. Lo pensé en los neveros...

—¿Otra vez el fuego? —intentó burlarse de él Adrienne.

—No. Fue mirando la cascada. Imagínese un precipicio estrecho, muy estrecho, y profundo como un pozo, cubierto de hielo y nieve. Las rocas parecían estar congeladas. Estaba allí, en medio del arroyo...

Se acercó a ellos Pál Uzdy. Aunque ya era de madrugada, él iba impecable; el cuello intacto, la cara sin el brillo del sudor, como si acabara de lavarse y vestirse para la fiesta. Él nunca bailaba ni se sentaba a hablar. Generalmente se apoyaba contra el marco de una puerta. Si la gente estaba bailando él se ponía en la entrada de la sala, si la gente comía se quedaba en el umbral del salón donde se servía el bufé. Siendo alto, su rostro de Mefisto miraba a los bailarines desde arriba. Llegó con sus pasos largos y premeditados. Sin hacerle caso a Abády le dijo a su mujer:

—Me voy a casa.

—¿Se va?

—Sí. ¿A qué hora quiere que venga el coche a por ustedes?

—No lo sé. Creo que el baile durará hasta el amanecer. Seguramente, sí. Y ya sabe, con las muchachas...

La voz de Adrienne tembló del miedo.

—Claro que lo sé. Por supuesto —dijo su marido.

—¿Quieren que le pregunte al organizador cuándo terminará el baile? —se prestó Bálint para no estar callado.

—¡Oh, no! ¿Para qué? —contestó Uzdy sin mirarle, y siguió dirigiéndose a su mujer—: Quédense charlando tranquilamente. Les enviaré la carroza sobre las siete de la mañana. Tampoco pasa nada si los caballos tienen que esperar. ¡Que se

diviertan, que se diviertan mucho! —Y bruscamente, como una navaja que se cierra sobre su mango, se inclinó y besó a Adrienne en el cabello.

Al incorporarse miró a Abády. Su sonrisa irónica, que nunca se borraba de la comisura de sus labios, pareció todavía más burlona bajo sus bigotes bien atusados. Hizo un gesto con la mano a modo de despedida:

—Adiós. ¡Que lo paséis bien!

Dio media vuelta rígidamente y se fue. Con su andar lento y erguido, y la cabeza inclinada, daba la sensación de que frenaba sus movimientos adrede.

Al cabo de unos momentos Adrienne miró a Bálint con ojos asustados y retomó la conversación con la prisa de un enfermo que lucha contra el vértigo y extiende la mano hacia un vaso de agua:

—¿De qué estábamos hablando? ¿De la cascada? ¿Cómo era? ¡Cuéntemelo, cuéntemelo todo!

—Me quedé inmóvil en el fondo del pozo, a oscuras, rodeado de hielo. Eran las profundidades del infierno de Dante, donde no hay vida, solo hielo, témpanos, carámbanos, escarcha. El agua caía desde arriba, rompiendo la nieve, las rocas; saltaba con fuerza desde la nada, desde lo desconocido, desde la garganta de piedra. Abajo brotaba el arroyo glorioso, debajo de la tierra helada y nevada. Corría por debajo de mis pies, corría por los caminos del destino, atravesando las puertas de granito. Corría por donde tenía que correr. Seguía corriendo, sin parar. Y me imaginé el agua corriendo por los valles de los neveros, por las llanuras, hasta el mar; buscando su vocación, siguiendo su naturaleza para encontrarse con los océanos, con la infinitud eterna. El agua vive y muere en los brazos de las olas. Para mí significaba el triunfo glorioso de la vida que vence todos los obstáculos. Y pensé en usted, como todas las noches al mirar el fuego. Pensé que usted es como esa cascada. Lo vi y lo sentí aquella noche en la pista de patinaje. Lo sentí en la terraza en Vársiklód, y mucho antes en su habitación de soltera. Ya entonces estaba todo en usted, de manera aún inexpresada, en preparación. Y sentí que todo eso es poderoso, irresistible y eterno...

Se calló un momento, y después le dijo en voz muy baja, casi imperceptible, susurrando:

—La amo con todo mi corazón, Addy.

Adrienne lo escuchó mientras lo miraba recostada en la butaca. Lo escuchó en silencio, la cabeza apoyada en la mano. Sus dedos largos se doblaban debajo de la barbilla y los labios parecían más carnosos. Tenía los ojos entrecerrados como si escuchara música. Y no se sobresaltó como la última vez en el banco de la finca cuando Bálint rozó levemente la mano que descansaba en la butaca, y tampoco cuando puso sus dedos entre los suyos.

—Solo ahora me doy cuenta —susurró el hombre—, solo ahora, de que la he amado siempre, siempre, desde el primer momento, pero sin saberlo. A nadie más, a nadie más... y la amo desde el primer momento, y las demás no significaban nada

para mí...

Y siguió repitiendo largamente las palabras «nadie» y «siempre», que caían como las gotas de lluvia en el alféizar. Las dos palabras formaban una monotonía infinita, al compás de la pasión.

Se oyeron pasos ligeros, la señora Abonyi cruzó el salón para ir a la biblioteca, que servía de vestuario para las mujeres. Iba a cambiarse porque durante la salvaje *czarda* alguien le había roto un volante de su falda de un pisotón. Bálint oyó sus pasos desde lejos y retiró la mano a tiempo.

La menuda Dinóra se paró a su lado. Se apoyó en el hombro de Abády y se inclinó hacia Adrienne:

—Es muy amable, ¿sabes? Yo le conozco. ¡Y si supieras cómo habla! ¡Nadie sabe hablar como él! Además, es muy buena persona, de verdad, no es como los demás. Yo lo sé y te lo recomiendo de todo corazón.

Lanzó una sonrisa a Adrienne, y se fue volando. De no haber sido ella, habría parecido una maldad lo que acababa de decir, aunque su única intención hubiese sido hacerle un regalo a la mujer a la que estaba agradecida: esa noche Adrienne se había mostrado muy amable con ella, la había cogido del brazo en el bufé para invitarla a su mesa, y lo había hecho cuando, gracias a las murmuraciones de la tía Lizinka, las demás mujeres apenas le habían dirigido unas cuantas palabras frías y secas; y si por casualidad se habían sentado con ella, solo habían hablado entre sí, excluyéndola de la conversación. No podía hacerle otro regalo, por eso le recomendó a su antiguo novio.

Sin embargo, sus palabras rompieron el hechizo.

Adrienne se puso recta. No entendió las palabras de Dinóra. Estaba demasiado lejos para comprenderlas. Simplemente, al oír su voz le pareció despertar, y casi se sorprendió de encontrarse en el salón del casino, en medio del baile, sumergida en la música gitana. Tuvo la sensación de haber regresado del país de los sueños.

Las parejas que acababan de bailar la *czarda* volvían. Istike Kamuthy, en compañía de su pareja, al ver a la señora Uzdy y a Abády sentados juntos en silencio, fue a verles. Les preguntó ceceando.

—Acaba de llegar de *Pezt*, ¿verdad? ¿Qué tal *eztá* todo por *Pezt*? —Y se secó los mofletes cubiertos de gruesas gotas de sudor.

Bálint le contestó con evasivas y se levantó junto con Adrienne. Se dirigieron a la pista de baile casi flotando. Cuando llegaron, empezaron a tocar un vals. Adrienne lo miró a la cara, muy cerca. Sus ojos de leona se abrieron de par en par como si le preguntaran algo. Luego los cerró y se apoyó en el hombro de Bálint, que la abrazó. Ninguno de los dos dijo palabra; el abrazo fue un gesto inconsciente y natural. No podía ser de otra manera. Salieron bailando el vals, continuando las palabras de amor a través del movimiento y el ritmo, hechizados por la magia muda de la unión. Les parecía estar solos en la sala, no existía nadie más para ellos; estaban solos entre la multitud de bailarines.

Pero no pasó nada más, nada importante. Solo quedaron para cenar juntos en el baile del día siguiente. Se hizo muy tarde, y los invitados empezaron a marcharse. Ellos no se buscaron; al contrario, quisieron evitar el encuentro. Adrienne por instinto, Abády intencionadamente. No deseaban dar pie a murmuraciones; que hablaran mal de Adrienne, que dijesen que él la cortejaba. Pero fue en vano. Por un milagro inexplicable, estuvieran donde estuvieren —en la sala de baile, en el bufé de la madrugada, en el salón—, a los pocos minutos solo quedaban ellos dos allí donde en principio había mucha gente. Como si estuvieran atados por hilos invisibles, como si los demás se fuesen por arte de magia del cuarto por donde ellos pasaban. Entonces intercambiaban algunas palabras triviales: «¡Qué baile más entretenido!», «La pequeña Dodó está muy guapa hoy», «Alvinczy es un buen organizador», «Me gusta este viejo vals». Eran frases que cualquiera podía oír, incluso Pál Uzdy. Nunca habían hablado de cosas tan banales. Sin embargo, estaban rodeados por una electricidad mágica que los cubría como un oasis en mitad del desierto. Esas palabras sin sentido no contaban, porque lo que querían decir era solo: «Tú, tú, tú». Ese era su verdadero significado, aunque ninguno de los dos se parara a pensarlo. Solo disfrutaban de la cercanía del otro y de la sorpresa feliz: «¿Estás aquí?, ¿aquí a mi lado?». Y sentían la plena, inconsciente alegría cada vez que se descubrían entre la multitud y sus miradas se encontraban, como si no pudieran creer que fuera realidad.

Para ellos el mundo se había parado y casi les sorprendió que el baile terminara sobre las ocho de la mañana. Solo en ese momento se dieron cuenta de que la noche había acabado y fuera había amanecido. Se despertaron en medio de la multitud de madres e hijas que se preparaban para marcharse o esperaban que los criados les sacaran los abrigos de piel y los pañuelos; rodeados por jóvenes que se empeñaban en salvar y proteger el ramo de flores que su última conquista había ganado en el baile del *cotillon*.

Adrienne llamó a sus hermanas: Margit apareció enseguida, pero a Judith tuvieron que ir a buscarla; recostada contra una mesa en un salón a oscuras charlaba con Egon Wickwitz.

Salieron al vestíbulo, iban acompañadas por varios muchachos: Abády, Wickwitz, por los dos organizadores —el barón Gazsi y Farkas Alvinczy—, y naturalmente por Ádám —el otro joven Alvinczy—, y por Pityu Kendy. Cuando estuvieron todas listas para partir, envueltas en sus capas de baile y en sus pañuelos, se oyó el traqueteo de su carroza. El criado subió las escaleras corriendo y les hizo la señal de que podían salir.

Bajaron despacio, Adrienne cogida del brazo de Bálint. ¡Qué mano tan ligera tenía! Estaba segura y tranquila. Parecían seguir andando en sueños, sin embargo, la separación estaba cerca. Pero al día siguiente habría otro baile. Hasta entonces tenían que dormir, nada más, y pronto estarían juntos de nuevo durante toda la noche, toda la larga noche.

Se despidieron en la misma puerta del coche.

Según la etiqueta, a las muchachas se les estrechaba la mano, a las señoras se les besaba.

Bálint fue el último, cogió la mano extendida, desnuda de Adrienne y sintió una descarga eléctrica que le subió por el brazo. Se inclinó, pero no se la besó.

—No donde los demás —le susurró, y giró inmediatamente la mano para besar la suave palma.

La mano no mostró resistencia alguna. Tal vez ella no tuvo tiempo de reaccionar. Todo ocurrió muy deprisa.

Las mujeres subieron al coche. La puerta oscilante se cerró de golpe y los caballos se fueron al trote.

Los demás jóvenes subieron corriendo para despedirse de las otras damas. Bálint se quedó solo al pie de las escaleras: se desperezó. Inmóvil, durante unos minutos, con los ojos cerrados, esperó mientras sentía cómo le invadía una felicidad jamás experimentada. Después fue de nuevo al salón, subiendo los escalones de dos en dos, de tres en tres.

Se puso el abrigo de piel rápidamente.

Fuera hacía una mañana espléndida, acababa de nevar.

Volvió a casa despacio, casi vagabundeando a través de la callejuela Minorita y la calle Farkas, donde no había nadie aparte de él. Sus estrechos zapatos de charol dibujaban huellas nítidas en la nieve, como si pisara agua fría. Era una mañana preciosa, clara, brillante, y él paseaba solo por la silenciosa acera.

Adrienne se echó hacia atrás silenciosamente, refugiándose en un rincón de la carroza oscura. Judith, a su lado, hizo lo mismo: escondió la cara en la estola de piel. Sus labios estaban torcidos por culpa de la misma tensión que había convertido en mármol su rostro. Las dos descansaron con los ojos cerrados como si estuvieran dormidas o como si pretendieran guardar un secreto. Solo Margit, que estaba sentada enfrente, mantuvo la misma actitud de siempre, vivaracha, alegre y graciosa.

Las chicas bajaron de la carroza delante de la casa Milóth. Se despidieron con un adiós y entraron por la puerta con pasos apresurados.

La carroza se puso en marcha y siguió por la avenida Monostori silenciosamente debido a que la calle recién nevada mitigaba los golpes de los cascos.

El carruaje entró en el jardín de la villa. Entre montañas de nieve pasó por la esquina del edificio principal y se detuvo delante de la larga ala de una sola planta que casi se extendía hasta el cauce del río Szamos. Allí vivía el joven matrimonio. En la casa principal vivía la vieja señora Uzdy con la hija de Adrienne y la niñera inglesa, pero desde hacía diez días no estaban en Koložsvár; la abuela se había ido al balneario tirolés de Meran y se había llevado a la nieta.

La villa era una construcción antigua de finales del XVIII, y el ala donde vivía el matrimonio Uzdy probablemente había sido la vivienda de los criados, puesto que estaba formada por una serie de cuartos pequeños cuyas ventanas daban a la galería de los arcos. Solo tenía una sala más grande, la que daba al foso del molino; había sido la cocina y en ella se había llegado a preparar comida para cien personas.

Ahora se había convertido en el salón de Adrienne.

La entrada estaba en el centro de la galería. La joven bajó de la carroza, que dio la vuelta y volvió hacia la avenida principal, dado que los establos se hallaban en la finca contigua.

Al entrar en el corredor lanzó una mirada a la ventana que quedaba a la izquierda, la del dormitorio de su marido. Estaba abierta. Le dio la impresión de que estaba ventilando la habitación, cosa que le sorprendió porque Pál Uzdy no era nada madrugador.

—¿Ha pasado algo? ¿El señor ya se ha levantado? —preguntó a la criada que venía detrás de ella cargando la cesta de flores. Era una mujer de cabello canoso que llevaba con ella desde su infancia—. ¿O es que tampoco se ha acostado?

—El señor no se ha acostado. Se cambió de ropa y se fue a Almáskő al amanecer.

Adrienne no se extrañó porque Uzdy siempre iba y venía sin avisar. Por eso en la ciudad había una diligencia a su disposición y otro carruaje a medio camino, en Szentmihálytelke, donde tenía una pequeña finca. Así, cambiando los caballos, podía

llegar a su granja de un tirón y sin previo aviso. Le gustaba llegar inesperadamente a cualquier lugar. Adrienne no se sorprendió, pero sintió un alivio. Giró a la derecha, hacia la puerta del salón.

—Ponga las flores en agua, Jolán —dijo—. No me despierten hasta las cinco, quiero dormir. —Y como generalmente se vestía sola y no le gustaba que las criadas pasaran mucho rato con ella, añadió—: Y no necesito nada más.

—Solo voy a llevarle el desayuno, señora.

Le chocó la luminosidad excesiva del salón. Por ambas ventanas y la puerta interior entraba la reverberación de los rayos del sol en la alfombra de nieve recién caída en el patio. En su habitación encalada no había nada oscuro; incluso las sombras se habían teñido de azul claro, como la casa misma, que se dibujaba sobre el manto blanco que tapaba la orilla del Szamos.

Dio unos pasos largos como en una ensoñación y se detuvo delante de la puerta doble de cristal. Apoyó las manos en las hojas y se quedó allí largamente. No se dio cuenta de que la solterona le había llevado el desayuno y tampoco la oyó salir. Con los ojos abiertos de par en par clavó sus pupilas en la luminosidad cegadora. Sus labios carnosos se entreabrieron como si tuvieran sed. No pensó en nada, su mirada estaba perdida en la lejanía. Las palabras, las impresiones, los recuerdos no habían cobrado todavía forma en su alma, no se habían convertido en conceptos y en frases; solo vagaban en el aire como el humo atrapado en un torbellino que sube y baja. La invadió una languidez agradable y la sintió hormigear por toda su piel. Se habría quedado allí derecha delante de la puerta hasta la eternidad, pero le sobresaltó el crepitar de la madera en la chimenea. Dio la vuelta bruscamente, asustada por el ruido. Solo se había derrumbado un tronco grueso. Al ver las llamas se acordó de las palabras de Bálint y de su traje de tubo. Se miró lentamente su propio cuerpo, la falda de seda, los hombros y los brazos desnudos. De repente tuvo la sensación de estar totalmente desnuda delante de la ventana de cristal, envuelta por la excesiva luz. Cruzó rápidamente su alcoba y entró en el baño, sumergido en la claridad crepuscular. Se desvistió aprisa, como un autómatas. Volvió y se acostó, aunque pensaba que no podría dormirse. Tampoco lo deseaba, no quería perder esa sensación agradable, embriagadora, ajena a todo pensamiento racional. Con los ojos abiertos, escrutó la oscuridad interrumpida de vez en cuando por los finos rayos de luz que entraban por las tablillas de la persiana. No obstante, solo aguantó despierta un par de minutos, y pronto se entregó al sueño profundo que todo lo borra: las imágenes, las voces, los recuerdos.

Se despertó sin que nadie la avisara. El reloj de la torre acababa de dar las tres de la tarde. Durante un par de minutos clavó sus ojos en la negrura. De repente se sintió ahogada por un miedo terrible. Desconocía la razón, solo sintió el temor correr por sus miembros, se incorporó en la cama y abrazó sus rodillas.

¿Qué había pasado? ¿Qué había pasado la noche anterior?

Y, súbitamente, lo vio todo con claridad. Mientras dormía, sus pensamientos cobraron forma y la despertaron:

—¡Estoy enamorada! ¡Estoy enamorada! ¡Enamorada! —se repitió dominada por unas emociones más rápidas e intensas que las palabras pronunciadas.

¡Pero estaba casada! ¡Tenía una hija! ¡No podía ser! Ya estaba comprometida, perdida. ¡Era de otra persona! ¡Era de aquel hombre! ¡No debía hacerlo! No era libre. ¿Adónde la llevaría ese amor? ¿Adónde? El amor de Bálint no era falso sentimentalismo bajo el resplandor de la luna. En el fondo, en sus palabras, que no eran un mero flirteo ni una ensoñación platónica, había sonado el deseo, la pasión de un hombre que sabía lo que quería, y lo quería sin regateos. Y ella lo había escuchado sin más: escuchado y aceptado. No con palabras, sino con la mirada, con los labios, con el cuerpo que se había estrechado contra él en el vals, con su silencio y con la mano que le ofreció por la mañana al despedirse. ¡No protestó, no lo rechazó! Dejó que le besara la palma, el lugar íntimo por donde corre la sangre bajo la piel. Y ya antes, en el salón... los dedos del hombre se entrelazaron con los suyos...

Sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

¡Ella se lo había permitido! Ella, que nunca había consentido a Ádám Alvinczy o a Pityu Kendy que se sentaran más cerca de lo habitual ni que la abrazaran con pasión, que siempre había acogido con mirada fría sus comentarios indecentes. ¡Eso le parecía tan fácil! Simplemente era juego, burla, tonto, diversión, aunque ellos tal vez estuvieran enamorados, sobre todo Pityu. Pero a ella no le importaba, no pensaba en sus sentimientos. Eran sus juguetes, sus muñecos de porcelana, máquinas destinadas a entretenerla. Cuando le explicaban sus sentimientos, cada uno a su manera, a veces con los ojos bañados en lágrimas, ella seguía burlándose de los dos con coquetería.

¿Pero ahora...? ¿Anoche...?

La noche pasada había renegado de sus principios. Vio la imagen nítida: ella sentada con Bálint a solas. Sintió los ecos de aquella magia que la había atrapado. Era tan agradable, tan fascinante. Sin embargo, en todas las palabras de Bálint latía un deseo inequívoco; cuando habló de las llamas, sus frases ardían de pasión. Adrienne lo captó, no podía negarlo. Estaba tan claro a lo que se refería Bálint cuando contó lo de la cascada con aquella voz sonora, ahogada y suave. Su voz y su mirada la habían hechizado, y dado un sentido claro a sus palabras. Además, cuando le dijo aquella frase: «La amo con todo mi corazón, Addy», ella no se levantó ni protestó como aquella vez que estaban sentados en aquel banco. Escuchó sus palabras con una felicidad desconocida, los conjuros mágicos que él no dejó de repetirle una y otra vez: «... la he amado siempre, siempre, desde el primer momento, pero sin saberlo. A nadie más, a nadie más... y la amo desde el primer momento; las demás no significaban nada para mí...». Le pareció entonces estar rodeada por una niebla espesa, rosada, en la que solo existían ellos dos y tras la que el mundo había



desaparecido. Ahora, en su alcoba, en tinieblas, recordando aquella declaración, sintió de nuevo cómo corría por sus venas la dulzura mágica del hechizo. En cambio esta vez estaba despierta y era consciente de la realidad. Sintió un escalofrío y se sacudió para librarse de las emociones. Entonces, como un pinchazo agudo, se acordó de la pequeña Dinóra, que con toda seguridad se había dado cuenta de todo. ¿Qué dijo? ¡Ah, sí! «Es muy amable, ¿sabes?... Además es muy buena persona... Yo lo sé y te lo recomiendo de todo corazón». ¡Qué vergüenza!

—¡Soy tan vil! ¡Tan vil! Y ahora Bá cree, puede creer con derecho que yo... que a mí... Puede creer que yo... esa cosa tan repugnante... —no acabó la frase siquiera para sus adentros, no fue capaz de pensar en la idea que tanto detestaba.

Fue horror lo que sintió. No porque se viese en una situación compleja; no por ser una mujer casada, estar comprometida o pertenecer a otro hombre; no porque fuera inimaginable que Uzdy le concediera la separación —la quería a su odioso modo—. Tampoco fueron su hija o las posibles consecuencias sociales las que tanto horror le produjeron al pensar en el peligro de enamorarse de Bálint Abády. No. Fue una cosa más profunda en su vida de esposa lo que le crispó los nervios. Ella se había casado sin amor; quiso huir de casa y Pál Uzdy, cuando la cortejó y le pidió la mano, le habló de vocación, de cooperación, de ayuda mutua y de su soledad. Esto último había sido un punto en común, ya que la joven también se sentía sola. Durante su noviazgo solo la abrazó una vez; solo la había besado en el cuello, bajo la oreja, cuando la joven le dijo «sí». Casi inmediatamente la soltó. Tal vez tuvo miedo de no poder dominarse, pensaba ahora Adrienne, que conocía bien a su marido. Era cierto que entonces, y en otras ocasiones también, cuando estaban sentados cara a cara había notado un brillo extraño en los ojos de Uzdy, pero nunca le dio demasiada importancia porque él siempre había tenido un aire misterioso. Era lo que lo hacía tan especial, tan distinto a los demás. Después de la boda, durante el viaje a Almáskő y una vez allí, a la hora de acostarse, el hombre había simulado los mismos modales amistosos, solo en su mirada había brillado una luz amenazante, acechadora, como una fiera que da vueltas alrededor de su presa. A Adrienne se le había encogido el corazón. Por la noche su marido entró abruptamente en la alcoba. Se tiró encima de ella con los dientes apretados. Sus manos la agarraron bruscamente y abrieron sus piernas con violencia. Adrienne se sintió humillada y derrotada, pero él no se quedó satisfecho hasta la madrugada. Entonces se marchó sin pronunciar una palabra de agradecimiento.

Recordó su figura enjuta y negra a contraluz en la ventana, el olor nauseabundo que dejó en la cama, revuelta y manchada, y cuando salió de la habitación dejándola con la camisola rota, humillada y asqueada. Las cosas tampoco cambiaron más tarde. Uzdy no pretendió despertar otra cosa en su mujer que miedo y horror. Le gustaba ser aterrador, o tal vez era un rasgo atávico, algo parecido a la pasión que había provocado el rapto de mujeres en el hombre prehistórico, que encontraba excitación en violar a la hembra que se resistía. Adrienne tenía la sensación de estar a la merced de un asesino cada vez que percibía aquel brillo amenazador en los ojos de su marido.

Esa tarde tenebrosa, mientras se apagaba la luz que entraba por la persiana, Adrienne lo recordó todo con más horror que nunca. Así veía ella su vida matrimonial desde que se casó; y aborreció la idea de que lo que Bálint esperara de ella fuera lo mismo. Sí, seguramente esperaba aquella cosa repugnante.

¡Y ella le había hecho creer que consentiría!

Le había dado esperanzas de que podría ser suya. No. No. Nunca. Tenía que acabar con el asunto, tenía que demostrarle que era imposible. No debía engañarle, no podía mentirle. Tenía que acabar con ese amor mágico, incorpóreo, lo más pronto posible; antes de que la condujera a los brazos de Abády. Ahora, presa del miedo y del horror al recordar los momentos de la noche anterior, temió que en la embriaguez del baile pudiese ocurrir cualquier cosa terrible, y entonces ya no podría sino odiar a Bálint durante el resto de su vida. Tomó una decisión rápida, tal vez motivada por el afán de salvar ese amor platónico. Salió de la cama de un salto y sin vestirse —en camisola larga y zapatillas— se fue al salón, que ya estaba a oscuras. Se sentó en el escritorio. Sabía que tenía que actuar con suma rapidez. Dieron las cinco en el pequeño reloj de bronce. Adrienne escribió algo con letra descuidada en una nota: «Tengo migraña y algo de fiebre. No puedo llevaros al baile. Buscaos otra carabina. Addy». Metió el papel en un sobre y puso el nombre del destinatario: Condesa Judith Milóth. Y abajo, subrayado dos veces, escribió: «Inmediato. Urgente».

Volvió a acostarse. Encendió la vela de la mesita de noche y con la campanilla llamó a la criada.

—Lleven esto inmediatamente a la condesa Judith.

—¿No desea comer? Le hemos guardado el almuerzo.

Adrienne empezó a interpretar su papel para que los de la casa no la delataran.

—No me apetece nada. Tal vez una taza de caldo. Creo que tengo fiebre.

Le llevaron el caldo y se lo bebió. Volvió a dormirse. Se despertó después de las siete, al oír llegar a sus hermanas. Venían a verla vestidas para el baile, con la esperanza de poder convencerla para que las acompañara al casino.

—Addy, por favor, es tan aburrido ir con papá. No hay nadie más que pueda acompañarnos. ¿Realmente estás tan mala? —le preguntaron, rodeando su cama junto a la señorita Morin, que se quejaba sin cesar.

Adrienne no se movió durante la visita. Las observó con la mirada fría entre sus almohadas de encaje. Se alegró de que no pudieran verle la cara, pues la vela estaba apartada.

—Papá está muy enfadado. Pero es que no hay nadie más. Y es preciso que vayamos al baile —dijo Judith con voz más decidida de lo habitual—; yo ya tengo un *engagement* para el *souper*.

Margit esbozó una sonrisa omnisciente y le lanzó una mirada escrutadora:

—¿Te has tomado una aspirina u otra pastilla contra la migraña?

Adrienne no quería mentir, por eso optó por despedirlas en tono severo:

—Marchaos y dejadme en paz.

La pequeña Margit se volvió desde la puerta:

—¿Quién iba a ser tu compañero de cena? Podría sentarme con él, todavía no tengo quien me haga compañía.

Adrienne no contestó; le echó una mirada tan furiosa que su hermana prefirió desaparecer enseguida.

En el reloj de la torre sonaron las ocho, después las ocho y media, las nueve...

Adrienne contó las campanadas: una... dos... tres... cuatro... cinco...

Ya estarían cenando, eran las nueve y media... las diez. Ahora comenzaría la primera *czarda*.

Si ella hubiera ido, ahora podrían estar solos, tan solos como la noche anterior.

Con la mirada clavada en el techo de la alcoba oscura evocó esos recuerdos. Vio la cara de Bá, tan clara, tan nítida. Era un rostro joven pero adusto, de rasgos duros. La nariz recta y delgada, el bigote fino, rubio. «Tiene que ser muy suave —pensó sin querer—. Lleva el pelo un poco más largo que los demás, y tiene un brillo especial. Debe de ser como la seda, aunque es más oscuro que el bigote». Poco a poco las imágenes cobraron vida: los ojos gris metálico se fijaron en ella, su boca carnosa, casi siempre con un rictus serio que desprendía palabras seductoras, y sus manos... Vio el gesto de sus manos al indicar el movimiento de ella por la pista de hielo. Eran manos expresivas que sustituían los sentimientos ocultos; eran manos de hombre, aunque sorprendentemente menudas. Manos malabaristas que jugaban con las palabras; manos exigentes y halagüeñas que buscaban su objetivo cautelosamente, se juntaban con los dedos de la mujer y acariciaban su piel. Manos fuertes que la mantenían firme y segura en el vals; que obedecían a las órdenes de su dueño y tenían un poder triunfador...

¡Y cómo habló! Habló desde el fondo de su alma, suavemente. Nadie sabía hablar como él, pensó Adrienne.

Poco a poco sintió nostalgia. ¡Qué lástima haber renunciado a verlo! ¿Por qué se había encerrado esa noche? ¿Por qué no había ido a escuchar de nuevo las palabras de Bá? Aquellas palabras cautivadoras, pero sinceras y justas. Ahora, ¿con quién estaría sentado? ¿Con quién? Con alguna que no lo entendería, que no lo merecía. Seguramente estaría enfadado, aunque gracias a Dios, ignoraba el motivo por el que le había dejado plantado. Adrienne se sintió cada vez más inquieta. ¿Por qué había tomado esa decisión equivocada? Hubiera podido explicarle a Bálint que no podía contar con ella; tal vez lo hubiese entendido. No era necesario engañarlo. No habría hecho ningún mal al verlo de nuevo en el baile. De todos modos él se iría a Pest, era diputado; o se iría a los neveros. Se marcharía en cualquier caso. No había razón para no verse una última vez. Pero era tarde. Ya había renunciado. Las mentiras solo le habían servido para renunciar a su único placer. Y no tenía otro, ninguno... Lo había pensado muchas muchas veces. Sintió un nudo en la garganta y se le saltaron las

lágrimas. Algunas, indecisas, se deslizaron por sus mejillas y cayeron sobre su pecho. No pudo contener sus sollozos. Hundió la cara en la almohada, en su cabello negro, y se echó a llorar. Renovó el llanto silencioso una y otra vez...

Oyó las campanadas del reloj de la torre, pero ya no las contó.

Cuando se despertó por la mañana, su pelo y la almohada estaban mojados por las lágrimas.

Ya estaba todo el mundo reunido en el casino. Esperaban porque, aunque era tarde, las Milóth no habían llegado. Habían tocado casi las ocho y media, y la cena debería haberse servido a las ocho en punto.

Farkas Alvinczy miraba el reloj cada dos por tres, porque el cocinero ya le había dicho dos veces que si no servía la cena enseguida, se estropearía todo.

—Esperemos cinco minutos más —contestó, molesto, porque presumía de ser un organizador perfecto.

Alvinczy le preguntó al barón Gazsi, que era el primer bailarín:

—¿Qué te parece? ¿La servimos ya? Se va a estropear todo.

—Sí, es cierto, pero no sé... deberíamos preguntar qué les ha pasado, telefonar a la casa Milóth.

—No tienen teléfono, pero vamos a enviarles un coche por si les hubiese ocurrido algo. Un caballo podría haber sufrido una caída, o cualquier otro problema. Algo les debe de haber pasado, sin duda, porque si no... —dijo Farkas mirando el reloj.

—Sí, eso será lo más inteligente. —Y el barón Gazsi se marchó para dar órdenes.

Apenas cerró la puerta de la antesala, desde fuera se oyó bramar una voz estentórea:

—¡Menuda perrería! ¡Ni que yo tuviese la culpa! ¿Cómo estás, jovenzuelo? ¡Sacarme de casa a rastras! ¡A mí, que soy un viejo inútil!

Se abrió la puerta, entraron Judith y Margit Milóth seguidas por su padre, el viejo Carraca. Saludaron a los jóvenes, que las rodearon inmediatamente; Abády, Pityu y Ádám.

—¿La condesa Adrienne no vendrá? —preguntó Ádám a Margit Milóth.

Ella levantó su pequeña nariz ganchuda y, mientras contestaba, lanzó una mirada a Abády:

—Parece que le duele la cabeza y tiene algo de fiebre.

Reprimió una sonrisa ligera en la comisura de los labios. Bálint tuvo la impresión de que la muchacha tampoco se lo creía y se burlaba de él.

—¡Vaya, le duele la cabeza! —gritó el padre Milóth—. Es igual que su madre. Y le duele justamente ahora. ¡Estas mujeres! ¡Nunca te cases, amigo! Te tocará aguantar, lo mismo que a mí, que te digan sin más: «Voy a cambiarme». Tendré que aguantar el tipo hasta la madrugada. A mí lo que me tocaría a estas horas es estar durmiendo y no hacer el tonto en este maldito baile. Me toca el ataúd, no el parqué. —Y con una gran sonrisa debajo del bigote y gestos alegres, estrechó la mano a todo el mundo y siguió explicando las razones de su tardanza bramando en medio de la gente que ya se dirigía a cenar—: El tonto de mi criado no encontraba el frac. Y le digo: «¿Qué me pongo entonces? ¿Una hoja de parra para hacer gracia a las damas?

No puedo ir hecho un Adán. ¿Qué quieres, estúpido? ¿Que me echen? Ni que fuera un miserable don nadie. No puedo ir desnudo, imbécil».

Todo el mundo se rio de las palabras del viejo Carraca. El único que seguía con la cara seria era Abády. De repente sintió que la ira se apoderaba de él. «Bruja» fue la única palabra que pudo expresar sus sentimientos. «Bruja coqueta». Estaba claro que la migraña era un mero pretexto, lo había delatado la sonrisa de Margit. Conocía muy bien el método recurrente de «tontear un poco un día y al siguiente darle una patada para que se vuelva loco por ella, para que sufra. Y volver a llamarlo para rechazarlo de nuevo». Era el juego del gato y el ratón. Pero él no la dejaría. Se vengaría, la cazaría. Hasta ahora había vacilado; quería cuidarla, no perturbar su vida, mantenerse a distancia, porque pensaba que Adrienne era diferente, más sincera, más honesta. Creía que no debía jugar con ella como con las demás mujeres. Además, temía enamorarse. Eso se acabó. Estaba claro que Adrienne no era mejor que las otras. Bálint se sintió más fuerte respecto a ella. ¿Por qué habría pensado que era diferente? ¡Qué ridículo! Eran todas iguales y no merecían piedad.

Buscó a alguien con quien cenar para que nadie pudiera notar que Adrienne lo había dejado plantado y pudiera llegarle la noticia de que había cenado solo. Tal vez la joven Gyalakuthy estuviera libre. Fue a preguntarle.

La pequeña Dodó estaba libre, aunque ya estaban buscándole acompañante entre los varones adolescentes. Se alegró de poder cenar con Abády. Pensó que lo había arreglado el organizador del baile y, mientras daba su brazo a Bálint, lanzó una mirada satisfecha y agradecida a Farkas Alvinczy por haberla tratado tan bien.

La compañía bajó las escaleras y entró por el otro lado de la puerta principal, donde había un restaurante público que era alquilado en estas ocasiones por los organizadores del baile. En la sala pequeña, alrededor de unas mesas para ocho o diez personas, estaban sentadas las damas y los señores mayores; en la otra, las muchachas y las mujeres jóvenes.

Abády encontró dos asientos libres en una mesa interior; enfrente de él, en diagonal, estaba Judith Milóth con Egon Wickwitz. Al verlos juntos, Bálint recordó lo que le había contado Dodó en Vársiklód. Después del primer plato, cuando ya estaban tocando música —por supuesto el primer violín era Laji—, Abády le dijo a Dodó para tirarle de la lengua:

—No me habría imaginado que tendría la suerte de poder cenar con usted.

Dodó lo miró sorprendida:

—¿Por qué? Ya le he dicho que a mí me evita todo el mundo.

—Es cierto. Pero hay uno que no la evita. Aquel de enfrente —hizo un guiño hacia Wickwitz.

La muchacha encogió los hombros y no le contestó. Titubeó un rato y le preguntó:

—Acaba de llegar de Pest, ¿verdad?

—Sí, llegué ayer por la mañana.

La muchacha pareció vacilar, pero enseguida se atrevió a preguntar lo que quería saber:

—¿Qué tal está su primo, Laci Gyeróffy? ¿Qué hace? ¿No le apetecía venir?

Bálint le contó que Gyeróffy se había matriculado en la Academia de Música. Pretendía charlar animadamente, no importaba de qué, hablar mucho, alegremente, para que no se notara el disgusto que lo amargaba por dentro. Por eso exageró la historia de Gyeróffy al contar sus planes; las esperanzas y los sueños que su primo le había explicado en Transilvania. Dodó le escuchó contenta, casi sorbiendo sus palabras. Cuando Bálint ya no tuvo nada más que decir, le habló de los días que habían pasado en Simonvásár, aunque naturalmente no mencionó el amor que László sentía hacia Klára. Tampoco le gustaban los chismes. Habló alegremente sobre la partida de caza, describió al anfitrión y a los huéspedes para poder decir cosas curiosas y que los demás vieran lo contento que estaba.

Sin embargo, nadie le prestó la menor atención aparte de Dodó, que solo anhelaba saber más y más sobre László Gyeróffy. Al oír que era primer bailarín en Budapest suspiró profundamente:

—Me gustaría tanto que mi mamá me llevara a Pest. Tiene que ser tan bonito.

—No lo desee. Las muchachas transilvanas no son bienvenidas, tampoco los hombres. Puede que se enamore de alguien y sería un lío —bromeó Abády.

—Aquí puede ocurrir lo mismo —dijo Dodó con timbre triste.

—¿Sí? Bueno, ese Vikingo es un hombre bastante guapo, sería comprensible.

—¿Él? —lo interrumpió Dodó—. Ni hablar. Además ya no me corteja.

—¿No? ¿A quién, entonces? Yo creía...

La boca de la joven se torció en una mueca burlona:

—Qué extraño que los hombres no tengan ojos para ver esas cosas. Corteja a Judith Milóth.

—¿De verdad? No había notado nada.

—Pues mírelos ahora, no hacen falta más explicaciones.

Bálint los miró de soslayo: Judith hablaba con Egon Wickwitz en voz baja y entrecortada. Abády no notó nada especial... tal vez la mirada de Judith expresaba esperanza.

El teniente había pagado en noviembre sus *deudas sucias* (eso decían en el ejército cuando alguien debía dinero a la lavandera o al camarero) y había vuelto a incorporarse a su regimiento. Por eso llevaba uniforme nuevo. El coronel quedó impresionado por el hecho de que Wickwitz hubiera podido pagar. Estaba muy bien informado sobre la situación económica de los oficiales y no sabía de dónde podía haber sacado tanto dinero. Puesto que se alegró de no tener que expulsarlo —hubiera sido una vergüenza para el regimiento—, no preguntó cómo ni de quién había conseguido las diez mil o veinte mil coronas. Según los informes que le habían

llegado, esa era la cantidad estimada de las deudas de Wickwitz.

Apenas había pasado un mes, cuando el barón Wickwitz pidió audiencia de nuevo para solicitar otro permiso de un par de meses, porque con seguridad iba a casarse y necesitaba tiempo para arreglar la boda.

—*Die kleine Gyálákuthy? Was? ¿La pequeña Gyálákuthy? ¿Sí?* —preguntó el coronel, que había oído algún cotilleo—. *Na, gratuliere!* ¡Felicitaciones!

Wickwitz confirmó el nombre sabiendo que la pequeña Dodó no se casaría con él, o al menos, no inmediatamente. Como mínimo sería necesario un cortejo de uno o dos años, si antes no encontraba a otro pretendiente. Pero no ahora; y Wickwitz no podía esperar.

No podía esperar porque el dinero con que había pagado sus deudas tenía un origen peligroso: era de Dinóra. No era la mejor solución porque si se descubriera le aplicarían el *infam kassiert*, el cobro infame. Pero no tenía otro remedio. Sus seis primeros meses de permiso habían llegado a su fin y debía volver a su regimiento. Sabía que si volvía a Brasso sin el dinero, sería degradado, se lo había dicho el coronel muy claramente cuando se marchó. Eso significaría encontrarse en la calle.

En su apuro recurrió a la ayuda de Dinóra, y no era la primera vez. En el transcurso del verano y el otoño ya le había pedido dinero; en principio cien coronas, más tarde mil, que fueron cubriendo sus gastos menudos. El plazo fatal se acercaba, y tuvo que convencer a la bondadosa señora Abonyi para que le firmara algunas letras de cambio, así podría devolver el dinero prestado y subsanar sus deudas. Dinóra no sabía qué era una letra de cambio y se alegró de que Wickwitz no le pidiera más en efectivo, porque a pesar de tener una fortuna, era una manirrota, incapaz de guardar el dinero. Wickwitz se lo vendió como una cosa fácil; solo tenía que firmar con su nombre y nada más. Además le pareció estupendo que Egon le devolviera la suma que le había prestado poco a poco. Fue una idea maravillosa, porque la modista ya le metía prisa.

En Marosvásárhely, Wickwitz entró en el banco de Weissfeld con tres letras de cambio en la mano, cada una de ocho mil coronas. Fue recibido inmediatamente por el director jefe, que al ver la firma de la señora Abonyi se quitó los quevedos, los limpió cuidadosamente y volvió a colocárselos en el puente con cautela, hasta que quedaron equilibrados. Solo entonces le dijo:

—Permítame, señor, preguntarle... cómo es que... Lo que iba a decir... ¿por qué no aparece la firma del señor Abonyi, al que conozco personalmente? Verá, este es un asunto muy delicado... —Clavó su mirada aguda en Wickwitz y esbozó una sonrisa recelosa.

Pero a Wickwitz no lo sacó de quicio. Dijo que la señora Abonyi no quería involucrar a su marido en ese asunto. Era una mujer muy rica —aunque eso ahora no venía al caso—, pero tenía toda clase de gastos, ciertamente, y todavía no quería vender la colza con la que pensaba pagar las letras.

Weissfeld no le creyó, pero como sabía que la valiosa finca de Marosszilvás era



propiedad de la condesa Dinóra Malhuysen, le pagó a Wickwitz veintitrés mil y pocas coronas por las letras. El barón Egon volvió a Marosszilvás, y enseguida le devolvió a Dinóra cuatro mil ciento sesenta y dos coronas y sesenta céntimos. La mujer no quiso aceptar las dos coronas y sesenta céntimos, pero Egon insistió en que era una cuestión de honor y en que no soportaba la idea de deber a una mujer ni un céntimo. Eso sería una villanía. Había apuntado todas las coronas prestadas, para que no se le olvidara nada. Era cierto que el bueno de Wickwitz llevaba los libros meticulosamente. Por eso sabía con exactitud que sus deudas en Brasso habían alcanzado las quince mil trescientas setenta y siete coronas. Necesitaba la diferencia porque era cuestión de vida o muerte encontrar a alguien que pagase las letras de Dinóra. Y hasta entonces tendría que vivir de algo, ir a bailes... Y nunca se sabe qué necesidad podría surgir... No era posible ir por el mundo sin dinero.

Ya había renunciado a Dodó, porque no tenía tanto tiempo. Solo le quedaban dos posibilidades: una era Judith Milóth; la otra una viuda treintañera, una tal señora Bogdán, a la que había conocido una vez en el tren. En la mirada de la mujer descubrió aquel brillo atractivo que significaba simpatía y posibilidades. La viuda tenía una bonita finca en la región de Apahida. Pero Judith era una opción mejor. Primero tenía que agotar esa posibilidad y recurrir a la viuda solo en último caso.

Llegó a Kolozsvár al principio del carnaval para conseguir su objetivo. Cortejó intensamente a la joven Milóth, no con palabras —dado que no hablaba muy bien—, sino con suspiros reprimidos, miradas de perrito faldero fiel y silencios expresivos y largos. Su instinto le llevó por buen camino. Judith no necesitaba un varón triunfador, sino un ser humano débil, torpe pero de buen corazón; un poco bobo, pero de sentimientos nobles y honestos. Así, interpretó el papel del hombre que se moriría si ella no tenía piedad de él y obtuvo excelentes resultados. En realidad no era mala persona, y si hubiera tenido patrimonio, tal vez no se habría encontrado en esta situación.

Wickwitz vio que sus modos habían hecho mella en la muchacha. Ella ya estaba *fit*, según se solía decir, como si se hablara de un caballo de competición bien entrenado.

Durante todo el baile del martes de carnaval estuvo al acecho de una oportunidad. Hacia la madrugada consiguió quedarse a solas con Judith en una habitación pequeña que daba al salón grande. Primero habló con ella suavemente, entrecortando su discurso con largos silencios, mientras observaba el salón contiguo. Cuando estuvo seguro de que allí tampoco había nadie, sin decir nada más, abrazó a la muchacha y la besó en la boca. Todo fue sobre ruedas; tal vez Judith esperara el ataque. Cuando la soltó, Wickwitz se excusó:

—¡Soy un cerdo!

—¿Por qué? ¿Por qué? Si yo... yo también le quiero —contestó la joven jadeando tras el largo beso.

—Sí, lo soy. Yo no debería hacer esto. Soy un cerdo. *Ein Schwein. Ein miserables*

*Schwein*. No puedo casarme con usted. Usted no puede ser mi esposa.

—¿Por qué no, si nos amamos?

—No puede ser, sé que no puede ser. No voy a pedir su mano. No la merezco. Soy un villano por haberlo hecho... Pero se acabó. Mañana me marcharé, y entonces se acabará todo. Yo no puedo vivir así. No. Por eso lo he hecho, para que al menos una vez, una sola vez, pueda decirle...

—¿Por qué no? Yo le amo —exclamó Judith, y encogió los hombros sonriendo—. Siempre he sabido que usted no tiene fortuna. Tampoco yo dispongo de la mía todavía, y más tarde tampoco tendré mucha. Pero eso no importa. No importa pasar apuros. Papá pagará la fianza del matrimonio y después...

—¡Oh, sería tan bonito! Pero no puede ser, no puede ser... Usted no sabe que yo... que yo soy una persona perdida... sin remedio.

—Cuéntemelo todo ahora mismo. ¿Se siente amenazado? ¿Por qué está tan desesperado? Cuéntemelo todo ahora mismo —insistió la muchacha—. Ojalá pudiera ayudarle... cómo me gustaría... —Se estrechó contra el hombre y le cogió la mano que descansaba en la mesa.

—Usted es tan buena, Judith —respondió Wickwitz con tristeza—. Pero es una vergüenza... Es difícil de contar. Va a despreciarme.

De repente oyeron que alguien gritaba el nombre de Judith.

—Mañana cenaremos juntos. Entonces me lo contará todo... ¡Todo! ¿Me entiende? Necesito saberlo —dijo Judith rápidamente, porque vio entrar a su hermana Margit, que la estaba buscando.

Pasaron el resto del baile de martes de carnaval por separado.

En la cena de la noche siguiente ya no fue necesario hablar en susurros, puesto que la música sonaba alta. Wickwitz, dando mil rodeos, habló primero de su madre con palabras emocionadas y describió su pobreza. Luego, edulcorando ligeramente la realidad, le contó la conversación que había tenido con el coronel en junio. Admitió que había pretendido casarse con Dodó para pagar sus deudas. Se habría casado con ella sin más; ya sería su marido y no habría ningún problema si no hubiera visto a Judith. Al conocerla se había sentido incapaz de casarse con la otra, porque había sido un enamoramiento a primera vista. Ella era su perdición, seguramente moriría; se encontraba acabado, era su final. Wickwitz hablaba con la voz entrecortada, con gran dificultad. Tenía la cara inexpresiva, como siempre, pero sus ojos grandes, oscuros, de mirada melancólica reflejaban una tristeza profunda. De vez en cuando partía un trozo de pan y tomaba un trago de vino. Comía tranquilamente y volvía a hablar. Daba la impresión de estar comentando algún acontecimiento deportivo sin particular interés. Sin embargo, sus palabras quedaron reflejadas en la cara de la muchacha, que tenía la mirada tensa y dura como el mármol, y que también intentaba controlarse: comía algo de vez en cuando y miraba a su alrededor, para después volver a escuchar las palabras de su vecino, que hacían latir su corazón.

Según contó Wickwitz, por temor a ser degradado y no poder volver a ver a

Judith, había cometido la deshonestidad de pedirle a Dinóra que firmara las letras de cambio por él. Era la única forma de conseguir dinero y salvar su dignidad en el regimiento.

—Ahora me desprecia, ¿verdad? —dijo clavando sus ojos aterciopelados en la cara de Judith.

—No. Lo comprendo —contestó la muchacha.

Para Wickwitz esa fue la prueba definitiva. Si la muchacha no se ofendía al oír el nombre de Dinóra, todo saldría bien, y podría llevársela donde quisiera. Fue como saltar un muro de piedra en una competición hípica: una vez superado... Al ver el buen resultado de su discurso, siguió hablando. Solo faltó convencerla de que no mencionara el asunto a nadie. No le resultó nada difícil. Le dijo frases como «Por eso tendré que morir», «Es una villanía», «Si se enteran me pegaré un tiro en la cabeza» o «Ahora he pagado los intereses, pero se enterarán, seguro, y me echarán de todas partes con razón».

—Un hombre tan vil como yo no puede ser su marido —dijo con la misma cara impasible de siempre, pero sonrió para sus adentros al ver que la mujer lo toleraba todo estupidamente. «Perfecto», pensó, «el plan saldrá adelante...».

La cena se acabó, la gente salió por la puerta principal para subir a la segunda planta; también Abády con Dodó. Estaban en medio de la puerta cuando el reloj de la iglesia de la plaza mayor tocó las diez. Al mismo tiempo sonaron las campanas de la parroquia de la avenida Monostori, que se oyeron en la alcoba de Adrienne.

A Bálint se le encogió el corazón al llegar a la puerta, al pie de las escaleras, donde esa misma mañana había besado la palma de Adrienne, donde se había despedido disfrutando de la felicidad que corría por sus venas. Volvió a pensar: «¡Qué bruja! Ahora estará en su casa riéndose de mí. Ha triunfado. Piensa que me está torturando y se alegra de mi sufrimiento. Pues no. ¡Que no se alegre! Voy a pasármelo bien. Voy a divertirme, y si es necesario... hay champán de sobra. Además voy a bailar, voy a bailar mucho para que se lo digan, para que se entere de que no ha podido hacerme sufrir».

Por eso, cuando llegaron a la sala, bailó con Dodó una *czarda* con tanto ardor que incluso el tío Ambrus, que llevaba a Dinóra del brazo, le hizo señales con la cabeza para indicarle que su vehemencia era digna de admiración.

La *czarda* fue seguida por un vals largo, después por un *quadrillon* y otro vals infinito. Ákos Milóth disfrutó del baile como nadie. Se dedicó a bromear con las matronas, que se animaron gracias a sus chistes; se rieron de las anécdotas garibaldistas que el viejo Carraca les contaba aprovechando que tenía un público nuevo. Tuvo mucho éxito. Venció incluso al tío «Dani», que generalmente se

encargaba de entretener a las señoras mayores, hasta que se emborrachaba completamente. Triunfó gracias a su voz poderosa, a sus gestos y al extraño enfado que le producían sus propias historias. Dani Kendy lo observaba con socarronería y de vez en cuando hacía comentarios mordaces con el estilo mundano que, a pesar de su venida a menos, aún conservaba.

Las damas se divirtieron mucho.

El triunfo mayor de Carraca llegó de madrugada, cuando anunciaron el *écossaise*. Pensó que era una cuestión de honor bailar bien, puesto que de joven, cuando esta danza Biedermeier había estado de moda junto con el *lancier*, él había sido primer bailarín. Le invadió una exaltación tremenda, animó a todo el mundo a participar en el baile, pero, no contento con el resultado, entró de golpe en el cuarto que daba al otro lado de las escaleras, donde el tío Ambrus jugaba a las cartas con un par de jóvenes.

—¡Tocan un *écossaise*! —bramó—. ¡A bailar todos, jovenzuelos! ¡Qué barbaridad jugar a los naipes cuando suena un *écossaise*!

—¿Qué te pasa? ¿Estás excitado, viejo verde? —le espetó Ambrus entre carcajadas, a pesar de que se enfadaba si le molestaban cuando iba ganando una partida. Luego se dirigió a sus compañeros, y gritó—: ¿Quién responde al arrastre? Apuesto ciento sesenta coronas más. ¿Nadie? ¿Tan cobardes sois?

De todos modos no pudieron seguir la partida porque el viejo Carraca no los dejó en paz hasta haberlos empujado al baile. Tampoco el tío Ambrus pudo con Carraca, porque este gritaba más que nadie. Les apeteciera o no, tuvieron que ir a la sala de baile.

El perdedor principal, Ákos, el Alvinczy más joven, retuvo a Ambrus un momento:

—Oye, tío Ambrus, ¿te importa si no te lo pago inmediatamente? Es que en este momento...

—Por supuesto que no —dijo Ambrus y le dio unos golpecitos paternales en el hombro—. Puedo esperar si es necesario hasta dos semanas. Pero entonces me pagarás, querido amigo, porque yo tampoco cago dinero. —Se rio con ganas y se fue corriendo detrás de los demás con su andar oscilante.

Ákos Alvinczy se quedó parado y se mordió los labios agobiado.

En la sala ya se habían reunido los bailarines del *écossaise*, pero apenas habían empezado, el viejo Milóth los apartó con un gesto vehemente.

—No, jovenzuelos, así no se baila. —Cogió a Iduska Laczók, la pareja de Gazsi Kadacsay, y realizó las figuras como era debido—. Mano derecha, mano izquierda, mano derecha, mano izquierda —bramaba mientras daba saltos como una pelota, con una ligereza insólita para su edad.

Se convirtió en el centro de atención. Luego dejó a Idus al final de la fila de las muchachas y volvió corriendo hacia las demás parejas para corregirlas, guiarlas y espolearlas por toda la sala.

—Ahora la *coquette*, ahora la *soursis* —gritó, marcando el ritmo con las palmas para animar a todo el mundo. Nunca había habido tanta vida en esa sofisticada velada. Cuando terminó la danza, abrazó a su sobrina y le dio dos besos con el bigote húmedo como una esponja por el sudor que había absorbido. Estaba muy contento, la muchacha, en cambio, no. Se desplomó agotado y jadeante en una butaca al lado de la señora Kamuthy, y cuando logró recuperar el aliento, le dijo:

—¿Se acuerda, mi querida Anikó, de nuestra juventud?

Dinóra estaba comiendo naranjas en almíbar en el bufé. Estaba sola en un rincón, porque las demás señoras se habían apartado de ella poco a poco, con diferentes excusas. Una había ido a coger un poco de galantina; otra, tarta o la ensalada de pescado que quedaba en el otro extremo de la mesa. Curiosamente, a nadie le apeteció comer las cosas que estaban cerca de la pequeña señora Abonyi. Así, se quedó sola con el plato de postre y la copa de cóctel. Al verla, Abády se acercó a ella.

—Ya ve cómo me tratan esas —le dijo Dinóra y esbozó una sonrisa irónica y a la vez ofendida—. Han comenzado con esa actitud descarada esta mañana, pero ahora incluso parece que les doy asco; me evitan a toda costa.

—Yo no creo que sea cierto. Seguramente es una casualidad, solo se lo parece a usted... —intentó calmarla Bálint, a pesar de que él también había notado el efecto de las murmuraciones de la malvada tía Lizinka.

—¡Qué va! No son imaginaciones mías. ¿Y sabe qué es lo más divertido? Que me tratan así cuando ya hace tiempo que eché al Vikingo. Mientras estuve con él, no le molestó a nadie, pero ahora de golpe... justamente ahora...

—¿Lo echó? ¿Por qué? ¿No dio buenos resultados? —preguntó Bálint con una sonrisa expresiva.

—No, no fue por eso —rio Dinóra, y siguió en tono más íntimo—: Usted sabe que los atletas no rinden tanto... Bueno, no es lo que importa. No. Tuve otros motivos muy diferentes —se puso seria—. Venga, vamos a sentarnos y se lo contaré. Seguramente no nos molestará nadie. —Se sentaron en un sofá del rincón—. Ya en Vársiklód le pedí a usted que viniera a verme a Marosszilvás. Quería hablar sobre este tema, pero no me visitó. Dígame, ¿tuvo miedo? ¿Por eso no vino? —De repente abrió el abanico ante su cara y con voz acariciadora le susurró al oído—: Yo le quería mucho, mi pequeño; y usted a mí también, ¿no? Es una historia vieja y no es bueno volver a empezarla. Mire, el Vikingo ese me sableaba continuamente.

—¿De verdad? —se sorprendió Bálint.

—Yo ayudo a todo el mundo con mucho gusto, pero él se ponía agresivo si no lo hacía inmediatamente. ¡Muy agresivo! Apenas tengo dinero en mi propia cuenta, siempre tengo que pedírselo a mi marido. *Ce n'est pas toujours agréable*. No es muy agradable.

—Me parece terrible —dijo Bálint con cara seria.

—Pues, eso no es todo, al fin y al cabo fue solo un préstamo. Más tarde me hizo firmar letras de cambio, aunque me devolvió hasta el último céntimo.

—¡Dios, letras de cambio! ¿Con qué valor?

—No lo sé... unas veinte o veintidós mil coronas, ya no lo recuerdo. Sin embargo, ahora sí que hay una cosa desagradable que me preocupa, y me temo que tendré problemas con Tihamér. Me ha escrito un banco diciendo que tengo que pagar esas deudas. Es lo que dice, pero yo no entiendo por qué, ya que no les debo nada. Y como fue el Vikingo quien recogió el dinero, pienso que el buen Tihamér se sorprendería, ¿no?

Dinóra se rio de la idea, y lanzó una mirada interrogativa a Bálint, que frunció el ceño.

«¡Qué persona más vil! —dijo para sus adentros—. ¡Qué vil es pedirle dinero a una mujer y engañarla! Justamente a ella, que es como un pajarito».

Se despertaron en él las ganas de ayudar, como siempre que se encontraba con alguien más débil. ¿Qué podría hacer por Dinóra? ¿Cómo podría ayudarla? Podría denunciar a Wickwitz en el regimiento, pero ¿de qué serviría? No podría pagar y el escándalo solo afectaría a la pobre señora Abonyi. No, tenía que pensar otra solución. Necesitaba ganar tiempo para pensarlo, y le aconsejó a la mujer que hablara con Wickwitz lo antes posible e intentara obligarle a arreglar el asunto. Bálint y Dinóra quedaron en volver a hablar cuando se vieran la próxima vez. Después se fueron a bailar y, girando a ritmo de vals, Dinóra olvidó sus problemas, se dejó llevar suavemente entre los brazos de Bálint Abády y sus labios carnosos se abrieron en una sonrisa feliz.

Bálint se sintió indignado, y solo el baile y el champán pudieron mitigar poco a poco el enfado por la historia de Dinóra, aunque no lograron borrar su furia latente por lo que él llamó «la maldad de Adrienne», que insistía en fastidiarle, sin quererlo, una y otra vez.

Siguieron tocando un baile tras otro, aunque las madres estaban exhaustas por tener que trasnochar dos veces seguidas. Incitaron a sus hijas a volver a casa y sobre las seis de la mañana consiguieron ponerse en marcha. La mayoría de los hombres prefirió quedarse, porque después del carnaval muchos volverían a sus pueblos o condados, donde algunos de ellos prestaban servicios. Era, pues, su última noche de fiesta.

Se sentaron alrededor de la mesa del bufé en sillas y sofás arrastrados desde otras habitaciones. Mandaron traer más champán, y Laji Pongrácz se puso a tocar el violín. Tocó de maravilla; y no solo supo de memoria la canción que cada uno pidió, sino también a quién cortejaba o había cortejado, a quién había ofrecido serenatas y con qué melodía. Lo que tocó fue la historia sentimental de los últimos años. Con sus ojos saltones hacía un guiño cómplice a aquel a quien iba dirigida la canción y se acercaba a sus oyentes para tocarles un *pianissimo* fino como el zumbido de un mosquito. Naturalmente, el protagonista de la fiesta gitana era el tío Ambrus, que estaba sentado en una butaca con las piernas abiertas y el chaleco desabrochado, puesto que comenzaba a echar barriga. Estaba muy borracho. Alrededor de los veladores llenos de copas de champán estaba su adlátere, Dániel Kendy, que no tenía para pagarse bebidas caras y por eso prefería sentarse donde le llenaran la copa. Detrás de él, en el sofá, descansaban Jóska Kendy e Istike Kamuthy: el primero, ya muy bebido, mantenía su pipa en la boca, casi vertical; el segundo se había dormido. Todo el mundo estaba, en mayor o en menor grado, borracho.

Bálint también había bebido más de la cuenta esa noche. Quiso emborracharse, pero no pudo. No consiguió que el champán apaciguara su enfado. Estaba sentado, de mal humor, en la esquina izquierda de la larga mesa del bufé; al otro lado, Pityu Kendy estaba sirviéndose champán en su copa, vertiéndolo de un enorme vaso de un litro. Se servía con frecuencia. También parecía estar de mal humor.

Sonaron canciones de amor, coplas, serenatas. Entre ellas una *czarda* que el barón Gazsi bailó en mangas de camisa, palmeando y gritando, porque cuando estaba borracho se imaginaba enamorado de la hija mayor de los Laczók. Por eso, mientras bailó, le lanzó miradas tristes a Jóska Kendy mendigándole comprensión y empatía, pero aquel no le hizo caso. Tampoco Ádám Alvinczy, que estaba sentado casi en medio de los músicos, con las piernas cruzadas y un melancólico cigarro en la boca. Gazsi le dio algunos empujones al bailar, pero él no los notó. Tenía la mirada clavada en la ventana: fuera comenzaba a amanecer.

Se hizo de día. El humo de los cigarrillos formaba una nube azul. La luz eléctrica continuó encendida, por eso todo el mundo tuvo la sensación de que todavía era de noche. Pongrácz acabó la *czarda* y empezó a tocar un vals para el viejo Dániel

Kendy. Lo hizo por piedad, puesto que el anciano ya hacía tiempo que no podía pagarle las melodías. El violinista sabía que ese vals le gustaba mucho, porque a veces se lo había pedido con suma modestia. Era el *Gardes de la Reine*, un vals de Godefrey de los años sesenta, época en la que Dániel Kendy fue un hombre mundano —al que en París y Biarritz llamaban *le comte Candi*— muy apreciado en la corte de la emperatriz Eugenia.

El antiguo *Céladon* dirigió una mirada agradecida al violinista. Sin embargo, durante el quinto o sexto compás pasó algo, y la música fue interrumpida.

Pityu Kendy se levantó de la mesa de un salto, al parecer sin ninguna razón.

—¡Qué mierda! ¡Qué mierda! —exclamó dos veces, dio un paso hacia atrás y bruscamente le pegó un puñetazo al enorme vaso de champán que tenía delante.

Nadie entendió qué le había pasado. Tal vez no le gustó el vals, tal vez pensó que tanto beber significaba su destrucción, tal vez recordó a Adrienne, cuyo baile favorito era el vals. No estaba claro qué le habría ocurrido, y no se supo nunca.

El vaso voló justamente hacia Bálint, que se apartó de un salto, pero aun así el champán manchó la rodilla de sus pantalones. Quizá en otra ocasión se hubiese reído del incidente, pero gritó enfadado:

—¡Ojo, ojo, ten cuidado, hombre!

Su voz, sin duda, sonó amenazadora porque todo el mundo se puso de pie, incluido el viejo Dani, que intentó permanecer recto, aunque se movía como si lo tambaleara el viento.

—*Une affaire d... d... d'honneur! Une affaire... d... d'honneur!* —gritó gesticulando como un loco, pues había interpretado erróneamente que se le estaba insultando a él.

Jóska Kendy y Gazsi se precipitaron sobre él porque ya sabían qué pasaba cuando el viejo borracho se levantaba tan bruscamente. Agarrado por los brazos lo sacaron del salón. Entraron dos criados para recoger los restos del vaso y fregar el parqué.

Los señores volvieron a sentarse. Abády se retiró un poco del círculo. Nadie dijo nada, volvió a sonar la música. Continuaron media hora más con los cingaros, pero después del incidente ya no fue lo mismo.

Además había amanecido, y cada uno se marchó a su casa.

Al día siguiente Abády llegó al casino a última hora de la tarde.

Al cruzar el salón grande, donde estaban conversando los señores mayores, tuvo la sensación de que se callaban al notar su presencia. En un rincón alejado, Pityu discutía con Ádám Alvinczy y dos personas más. Abády no lo vio, se marchó directamente al cuarto de juego. Los jugadores le lanzaron miradas extrañas, interrogativas, como si esperaran algo de él. Nadie le preguntó nada mientras observó la partida a espaldas de los jugadores. Entró en la biblioteca a leer la prensa, y al poco Tihamér Abonyi, que se había levantado de la mesa del tapete verde, fue a verle.



—Perdona que te lo pregunte —dijo—, pero ¿qué piensas hacer?

—¿Qué pienso respecto a qué? —preguntó Bálint.

—Pues, respecto a lo que pasó anoche. Yo, si me lo permites, creo que eres tú la parte ofendida, y no Pityu Kendy, considerando que fue él quien arrojó el vaso. El hecho es que, según el *Código Duverger*, cometió un desaire físico; mientras que tu respuesta «ojo, ojo, ten cuidado, hombre» no estuvo a la altura. Si me lo permites, y no es que quiera meterme en asuntos ajenos, creo que deberías considerar en serio este asunto porque es ventajoso para ti. Soy tu amigo y te lo digo por tu bien.

Sus ojos saltones, húmedos, miraron a Bálint con afecto. Era de ese tipo de maridos, no tan raros, que sentía simpatía por los amantes, antiguos o actuales, de su mujer.

—Pero no fue adrede. Tampoco lo arrojó, le dio un puñetazo y el vaso voló hacia mí por pura casualidad. Yo no me siento insultado en lo más mínimo.

—Pues, permíteme que te diga que tú lo ves así porque eres un *gentleman*, pero la gente lo ve de otro modo. Desde la comida todo el mundo habla sobre el incidente.

Era cierto. A la hora del almuerzo había llegado alguien con la noticia de que la noche anterior había pasado algo grave. No se supo quién había empezado a hablar del tema; solo eran rumores. Más tarde, cuando llegaron al club los testigos del incidente —el tío Ambrus, el viejo Dani y el joven Kamuthy—, todo el mundo les pidió detalles, y el asunto se fue agravando poco a poco. Pronto se formaron dos partidos: los del primero estaban convencidos de que Pityu arrojó el vaso a Abády; los del segundo afirmaban que, efectivamente, Kendy había tirado el vaso, pero a continuación Abády lo atacó con los puños. Hubo algunos que negaron el ataque, pero declararon que la frase «ojo, ojo, ten cuidado, hombre» significaba realmente: «¡Cuidado, o te daré un puñetazo!», ya que las palabras «ten cuidado» solían ir acompañadas de una bofetada. Hubo otros que opinaron que el insulto no consistió en decir «cuidado» —porque con eso Bálint solo se refería al vaso roto—, sino en decir «ojo, ojo», porque si bien el tono de advertencia habría podido ser totalmente inocente, en cambio, Abády gritó en voz alta, poniendo mucho énfasis en su advertencia. Ese tono solo se usaba con los criados, pero no entre caballeros.

Apenas hubo un par de personas que insistieron en que todo había sido un incidente sin trascendencia, pero fueron acallados inmediatamente. Los demás alegaron que el viejo Dani había visto lo serio que había sido el agravio, aunque sin duda estaba muy borracho, puesto que gritó: «*Une affaire d'honneur*».

Los polemistas se dirigieron al comandante Bogácsy, que llegó al casino después de Bálint. Era un militar retirado que desde hacía años formaba parte del tribunal tutelar del condado. Además era una autoridad sin par en cuestiones de honor, y en eso había convertido su profesión real y no en el amparo de los huérfanos. No había duelo al que no asistiera. Era un maestro. Llevaba un monóculo en el ojo derecho que le hacía torcer la cara. Su bigote no era un simple bigote, sino un mostacho tupido, densificado con los pelos de la barba. Con la nariz chata, la cara redonda y el

mostacho poblado recordaba a un gato viejo, contento de hurtar un buen chorizo.

Se apoyó contra la chimenea, sacó la barriga con prepotencia y escuchó las diferentes versiones.

—El asunto no está del todo claro. Mi principio es buscar una solución pacífica. Pityu Kendy debe pedir explicaciones. Dependiendo de la respuesta, se deberá reaccionar después —sentenció.

La delegación avisó a Pityu, que estaba en el salón de billar. Aunque ya no se acordaba de nada porque la noche anterior estaba muy borracho, hizo lo que le dijeron. Pidió a Ádám Alvinczy, que estaba a su lado, y al pequeño Kamuthy, que fueran sus padrinos. Los encargados fueron a ver a Abády a la biblioteca y le preguntaron qué quiso decir con «ojo, ojo, ten cuidado». Bálint les dijo que no lo recordaba muy bien, pero seguramente se había referido al vaso. Le preguntaron si su intención había sido ofensiva, y Bálint contestó que no tenía razón para ofender a Pityu Kendy. Los padrinos quedaron satisfechos con la respuesta y pareció que con eso quedaba zanjado el asunto. Pero no fue así.

Durante la noche continuaron discutiendo sobre el tema. Bogácsy estaba muy disgustado, probablemente le había decepcionado que no lo eligieran como padrino. En ausencia de Bálint, que había vuelto a casa de su madre, decidieron no dar el asunto terminado. No les valía que hubiese dicho que «no tenía razones para ofender», puesto que se podía ofender sin razones. Les pareció una respuesta engañosa, de picapleitos. La justicia necesitaba una respuesta correcta. Decidieron volver a verlo y pedirle explicaciones. Todo el mundo estuvo de acuerdo pues Abády no era popular en el casino. Muchos le envidiaban por su fortuna; lo consideraban un arrogante de la Madre Patria, de Hungría. Era hora de enseñarle que no podía tratar a los transilvanos con su prepotencia habitual. ¡Sí, tenían que demostrárselo!

Abonyi, que estaba muy preocupado por el incidente de Abády, fue a verlo el viernes por la mañana a la calle Farkas. Le contó lo que habían decidido la noche anterior, y que Pityu Kendy volvería para pedirle explicaciones.

—¿Sus padrinos no se han presentado todavía? Después de tu correcta respuesta, eso es ser pendenciero —dijo el buen Tihamér indignado.

Apenas acababa de advertirle cuando anunciaron al comandante Bogácsy y al barón Egon Wickwitz, que entraron con pasos solemnes, vestidos con chaqueta negra.

Se sentaron a la vez, como dos gemelos, y Bogácsy comenzó:

—Mi joven amigo, el conde Kendy no ha quedado satisfecho con su respuesta de ayer. Por ahora solo le pide explicaciones, pero concretas: ¿usted, señor conde, tuvo la intención de ofenderle? ¿Sí o no?

—Ya les contesté ayer —respondió Bálint secamente—. No voy a decir más y tampoco puedo decir otra cosa.

—En ese caso, le pido que nombre a sus padrinos —dijo el miembro del tribunal tutelar, visiblemente contento; y como despedido por un resorte, se levantó de un salto.

Wickwitz lo imitó en todo. Bálint los miró con burla y enojo; le hizo gracia que Wickwitz, cuyos asuntos sucios conocía a través de Dinóra, se presentara como un guardián del honor. En vez de contestarles, se dirigió a Tihamér:

—Por favor, acepta ser mi padrino y busca a alguien más.

Tihamér se alegró mucho.

—Es un honor para mí, pero ¿quién puede ser el otro? ¿Tienes alguna preferencia?

—No, me da igual. Tal vez Gazsi Kadacsay, o quien sea. Confío en tu elección.

Los padrinos de Kendy se despidieron con una reverencia rígida. Abonyi se marchó detrás de ellos, entusiasmado por la misión. Bálint se quedó solo.

«¡Qué tontería!», pensó dando vueltas en su habitación.

A mediodía Abonyi volvió para decirle que, en su opinión, él, es decir Bálint, tenía derecho a elegir armas pues era la parte ofendida; pero su desafiador se había negado, aunque fuera él quién lo había retado.

—Pero, si me lo permites, yo no voy a ceder porque, como te dije ayer, tu interés es lo primero y principal. Yo quiero que se considere un insulto físico. ¿Me entiendes? ¡El vaso! Por eso voy a exigir pistolas porque, si me lo permites, es lo que dice claramente el *Código Duverger*. En el caso de que los tiros no dieran resultado, podríamos hablar sobre el uso de espadas. ¡Pero ellos no quieren aceptarlo! ¿Sabes qué he hecho al final?

—¿Qué? —preguntó Bálint sonriendo sin querer, porque solo veía la parte curiosa del asunto.

—He pedido la mediación del Tribunal de Honor y Armas —dijo triunfante—. Supongo que será convocado a la hora del almuerzo, o bien a primera hora de la tarde. De este modo podremos celebrar el duelo antes del anochecer. ¿Dónde estarás después de la comida?

Quedaron en verse en el casino a las tres en punto.

Bálint comió en casa con su madre, y la entretuvo con las anécdotas alegres del último baile. Abády, al marcharse después del café, a espaldas de su madre, le hizo una señal a la señora Baczó para que lo siguiera. Ella dejó a un lado las agujas de tejer y se levantó. No siguió a Bálint, sino que para no llamar la atención, salió por la puerta interior. Abády esperó un buen rato en el vestíbulo preocupado porque no sabía si la vieja habría entendido que quería hablar con ella. Por fin, la señora Baczó llegó desde otra dirección.

—A sus órdenes, señor conde —dijo y fijó sus pequeños ojos en Bálint.

—Mire, señora Baczó —comenzó Bálint buscando las palabras—, es posible que... haya rumores de que... pero no me gustaría que... sin razón alguna...

—Oh, claro que lo sé, lo sabe toda la ciudad, señor. ¡Qué horror! ¡Un duelo!

—Me parece que mi madre no sabe nada y les pido que cuiden de que no se entere.

—Oh, claro que no va a enterarse. No vamos a permitir que la molesten. Ya les hemos advertido a todos los criados que callen al respecto, y el portero también está avisado de que no deje entrar a nadie. ¡Nosotras la cuidaremos, señor conde!

Bálint llegó al casino, tranquilo respecto a su madre.

Vio que la antesala estaba repleta de abrigos y sombreros, seguramente había ido mucha gente para oír las nuevas sobre el duelo. No quiso pasar ante los ojos curiosos; por eso, en vez de cruzar la sala de billar y la de fumar, entró en la biblioteca por la puerta trasera. Se sentó en un extremo de la mesa de lectura, de modo que pudiera ver todos los salones a través de las puertas de hoja doble abiertas, y para que sus padrinos pudieran encontrarlo fácilmente. Para pasar el rato se puso a hojear una revista ilustrada. Apenas habían transcurrido unos minutos cuando se abrió la puerta trasera y entró Pityu Kendy. Era evidente que quería refugiarse allí de las miradas curiosas. Pityu se quedó atónito al ver a su contrincante. No supo qué hacer. De haber seguido adelante, hubiese tenido que pasar junto a Abády, lo que evitó sentándose en el otro extremo de la mesa. Lanzó una mirada melancólica a Bálint; ello no lo comprometía pues ni el mismo Abády, refugiado tras la revista, pudo advertirla.

Estaban sentado el uno frente al otro y los minutos pasaban.

En el salón de fumadores había mucha vida, se discutía con ardor sobre cuál de las dos armas era más seria, la pistola o la espada. A la biblioteca solo llegaban las voces porque los tertulianos estaban reunidos junto a la chimenea del salón, escondida tras la pared y la hoja de la puerta. Solo se oían las palabras más ruidosas, algunas exclamaciones, al viejo Carraca interrumpiendo de vez en cuando para gritar «Estos jóvenes son imbéciles», o al tío Ambrus decir en tono jovial con su voz de barítono «La espada es lo que usa el buen húngaro para cortarle al otro los...». El final de la frase ya no llegaba debido a las carcajadas.

Solo había una sola persona en el salón que no participaba en nada: Pál Uzdy. Se había sentado en una butaca en el rincón más alejado. Desde su sitio Bálint lo veía bien: sentado con las piernas cruzadas, solitario y mudo. Con la mano izquierda balanceaba el reloj de bolsillo arriba y abajo, arriba y abajo.

En el ardor de la disputa, Istike Kamuthy retrocedió sin querer, hasta encontrarse en medio del salón, justo debajo de la lucerna. Desde que había estado a punto de salir elegido en las últimas elecciones, se sentía más seguro y abría más la boca. También era partidario de la espada, y lo explicó de manera chillona:

—Dicen que la *ezpada* no *ez zeria*. Tengo que rechazar *ezta* idea errónea. ¡Rechazada! Y lo dicen ahora que acaban de matar al viejo Keglevich en *Budapezt*. Lo mataron en el acto. ¡En el acto! —A cada exclamación se ponía de puntillas para

darle énfasis a sus palabras.

Bálint lo encontró muy extraño y esbozó una sonrisa. De repente vio que, detrás de Kamuthy, Uzdy se metía la mano debajo de su chaqueta.

—Esto es la única cosa seria —dijo burlón e impasible, y sacando la mano disparó un pequeño revólver Browning.

Acertó a una bombilla en el centro de la lucerna, que estalló con gran estruendo, y una lluvia de añicos cayó en el cuello de Istike, que se apartó asustado.

—¡Pero hombre! ¡Vete a...! ¡Esta vez te has pasado! ¡Imbécil! —le gritaron entre carcajadas.

Uzdy soltó una risa irónica y volvió a recostarse en la butaca. Sus ojos brillaron con una alegría diabólica.

Justamente cuando sonó el tiro, entraron Tihamér Abonyi y Gazsi Kadacsay. Asustado por el estallido, Tihamér retrocedió, luego entró meneando la cabeza. La importancia de su misión —un padrino siempre debía ser imperturbable y elegante— le había distanciado de los problemas mundanos. Buscó a Abády con mirada hermética y al verlo se acercó con pasos premeditados, sin prisa alguna. Solo empezó a hablar después de acomodarse:

—Es un hombre peligroso. Si me lo permites, no me parece bien que disparen en el club... —dijo y sacó su pañuelo del bolsillo para secarse la frente.

—Tiene esa costumbre maldita de llevar siempre una pistola encima. ¡Pero es un tirador estupendo! —rio el barón Gazsi, que había llegado con Abonyi.

En el otro extremo de la biblioteca apareció la figura de Bogácsy, que llamó a Pityu. Abonyi se levantó, se saludaron con solemnidad ritual, y Bogácsy se dirigió a Abády. Le comunicó que el Tribunal de Honor y Armas había constatado que había habido insulto mutuo y que era preceptivo el uso de espada como arma de duelo, vendaje protector total y lucha *a herida grave*.

—Ya es tarde, por eso hemos quedado en celebrar el duelo mañana a las ocho de la mañana. ¿Has manejado la espada alguna vez? Si quieres entrenarte, te acompaño con mucho gusto, solo son las cuatro y cuarto; nos da tiempo para practicar unas estocadas en la sala de esgrima.

—¿Son las cuatro y cuarto?

Bálint se puso de pie, echó una mirada al reloj.

—No, gracias. Prefiero dar un paseo.

—¿Te acompaño? —preguntó el buen Tihamér.

—Primero voy a casa... a ver a mi madre. No, gracias, no hace falta que me acompañes.

Abonyi hizo una reverencia ligera y le estrechó la mano calurosamente.

—Oh, comprendo. Lo comprendo muy bien.

Pensó que Bálint quería despedirse de sus seres queridos, y no se equivocó. Era cierto que Bálint necesitaba decir adiós a alguien, pero no a su madre. Al salir del casino no se dirigió hacia su casa, sino hacia la plaza mayor.

En el momento en que Tihamér le dijo que no podían celebrar el duelo esa tarde, la idea de ir a ver a Adrienne pasó por su mente como un relámpago. Su marido estaba en el casino, la suegra en Meran; si iba inmediatamente a su casa, probablemente la encontraría sola. Solo había simulado su enfermedad —Bálint estaba convencido de ello—, por eso era muy probable que estuviera en casa. «Cuando uno finge, siempre exagera un poco». Además, con toda seguridad habría oído hablar de ese duelo imbécil, ya que lo sabía toda la ciudad. Era una oportunidad excelente, ella estaría preocupada. Posiblemente habría leído en los periódicos alguna noticia sobre la muerte del conde Keglevich. Aquel duelo mortal dio un aire más tenebroso al asunto, un aire romántico que él debía aprovechar.

«¡Qué suerte tengo con este duelo!», rio en silencio.

En la plaza mayor cogió un simón.

—A la villa Uzdy, rápido —ordenó al cochero y subió.

En el coche se apoderó de él la excitación del cazador. Estaba tramando su plan de ataque. No iba a decir ni una palabra sobre el duelo, solo soltaría una alusión lejana pero evidente. Tenía que conseguir el primer beso; eso era lo más difícil. Lo demás sería mucho más fácil, mucho más. La amenaza de muerte era estupenda para lograr sus fines, porque una mujer no debía negarle un beso a un condenado. No podía ser tan cruel. El primer beso rompería el hielo y él podría esperar, desear más y más... todo. Sintió un placer embriagador, pero pronto se libró de las fantasías sensuales porque quería estar sereno, ser precavido y calculador.

El simón paró delante de la villa. Bálint pagó y bajó del carruaje.

Las contraventanas cerradas del edificio principal anunciaban que, de momento, continuaba deshabitado. Abády siguió las huellas en la nieve, dio la vuelta a la villa y vio a la doncella de Adrienne en la galería.

—¿La condesa Adrienne está en casa? —preguntó.

—Está, señor, pero no acepta visitas. Todavía no se ha recuperado —contestó la muchacha.

Bálint sacó una tarjeta de su cartera, y escribió:

«Es posible que mañana me marche por mucho tiempo. Permítame hacerle una visita».

Se la entregó a Jolán.

—De todos modos, hágame el favor de entregarle esta tarjeta. Esperaré aquí la respuesta.

La doncella entró; Bálint se quedó esperando. Pasaron unos minutos, una eternidad. Al final la doncella le hizo entrar.

Cruzó la galería de vidrieras y llegó hasta una puerta abierta.

Se encontraba en el salón de Adrienne, en un cuarto espacioso de ocho metros por siete apenas iluminado por el crepúsculo invernal. Desde las paredes blancas solo algunas fotos de familia con aburridas sonrisas contemplaban el salón. Los muebles eran del estilo imperio tardío que era tan común en Transilvania. El único detalle

insólito era la chimenea empotrada: había sido el lar de la antigua cocina, en el que se podía asar incluso una ternera entera. En una columna todavía se veía la marca donde la varilla había desgastado la piedra caliza.

Aparte de la chimenea, el salón era bastante trivial, excepto por los enormes cojines con diversos matices de rojo que descansaban delante del hogar, encima de una manta blanca de lana con borujos. Se notaba que alguien había estado apoyado en uno de los cojines; sin embargo, Adrienne se levantó a saludarle de un incómodo sofá que estaba en un rincón.

Se acercó con pasos largos, extendiéndole a Bálint las dos manos, sus ojos brillaron de alegría y le pidieron perdón.

Abády le besó la mano con una ritualidad excesiva y se sentaron en el tresillo del rincón.

—Me alegro de que haya venido —dijo Adrienne sonriendo y añadió—: Tenía la esperanza de que viniera.

—He querido verla antes... antes de marcharme. Así podré llevarme conmigo su imagen, su recuerdo. Hay tan pocas personas en el mundo que realmente sean importantes en la vida... Y quería estar seguro de que hay alguien que piensa en mí, aunque sea muy de vez en cuando.

Habló en tono muy serio, con timbre melancólico y tranquilo. Volvió a repetir lo que acababa de decir porque realmente estaba muy emocionado. No era teatro. Las palabras le salían del alma y formaban frases de resignación y de despedida. Le atormentaba la separación próxima y el sentimiento de pérdida borró la alegría del cazador con que había llegado. Habló cada vez más bajo:

—Por eso, había pensado venir a ver si estaba en casa... sola. Para decirle una vez más con tranquilidad, sin la fiebre del baile... que la quiero... que la quiero tanto como siempre... Lo que le dije era cierto. Y he pensado que ahora lo creería de verdad... Quiero cogerle la mano, sus dedos flexibles... no con fuerza, sino con mucha... humildad.

La mano de Adrienne no mostró resistencia; todo lo contrario, se deslizó hacia la suya. Bálint la acarició sin cesar, sin apartar los ojos de su cara.

El salón poco a poco quedó a oscuras, solo los ojos de ónice de Adrienne brillaban encendidos por una luz interior. Se oyeron campanadas, o Bálint tuvo la sensación de oírlas. Eran las palabras de Adrienne.

—Yo también le amo...

—Gracias —susurró Bálint—. Gracias.

Se miraron a los ojos sin decir nada. Sumergidos en la magia del momento, sus rostros se acercaron. Abády, en el éxtasis de amor no recordaba ya el plan de ataque vil que había tramado de camino para robarle el primer beso, el primer abrazo, con la excusa del duelo. Todo su ser fue invadido por un profundo sentimiento de deseo, tal vez de deseo de morir.

—Deme un beso, un único beso antes de que me marche.

Por un instante, la mirada de Adrienne pareció reflejar miedo. Pero después, levantó la barbilla y le ofreció sus labios a Bálint. Este le dio un beso largo en la boca cerrada, abrazándola ligeramente, estrechando contra sí el cuerpo de la mujer. Se puso en pie con Adrienne en los brazos para tenerla más cerca. Pero cuando se levantaron, la mujer lo apartó suavemente.

—Váyase, por favor —fueron las únicas palabras que dijo—. ¡Váyase, por favor! Se fueron hasta la puerta cogidos de la mano, como dos hermanos.

Cuando Bálint se inclinó para besarle la mano, Adrienne interrumpió el silencio:

—Si... si... si mañana no se va, ¿cómo lo sabré?

—Vendré a verla a la misma hora —contestó Bálint, que en ese momento volvía a ser el cazador que ronda a su presa. Pronunció aquellas palabras pensando en su objetivo.

Bálint pasó la noche con su madre. Intentó entretenerla, contarle chistes para hacerla reír. Pero no pudo. Estaba distraído, aunque no por el duelo del día siguiente. Solo se acordó de él al acostarse: mandó que le despertaran de madrugada. En realidad pensaba en aquella hora que había pasado en el salón de Adrienne; sobre todo en cuando, al final, ella le dijo: «Yo también le amo». Pensó en el rato que habían pasado sentados sin decir nada y en el beso, aquel único beso de muchacha inexperta.

Le había sorprendido. Esa mujer alegre, coqueta, que en la pista de hielo había volado de un brazo a otro; que en el baile del martes de carnaval durante la cena había flirteado con Alvinczy y con el pobre Pityu; que el miércoles cuando le dejó plantado le había parecido una mujer calculadora y fría, experta y astuta; que hacía tres años que estaba casada, ¡esa mujer le había besado con los labios cerrados como una muchacha! Puso sus labios en los suyos como un sello: no era lo que Bálint había esperado.

Durante toda la noche solo pudo pensar en ese beso. Se fue a dormir dándole vueltas a esa sorpresa. Al final, el sueño borró de su mente los astutos planes de ataque, los fines que quería lograr, y dejó solo un sentimiento de felicidad y algo de asombro por haberse encontrado con una muchacha adolescente en vez de con una mujer que sabía amar...



Se levantó temprano, se afeitó y se quedó un rato delante del espejo elucubrando qué ocurriría si su cara quedara desfigurada por una cicatriz. Se vistió, y enseguida estuvo listo. Incluso había desayunado cuando Tihamér Abonyi fue a recogerle, vestido con levita negra y sombrero de copa. Abajo los esperaba el barón Gazsi. Se sentaron en el simón cubierto y se fueron a la Sala de Esgrima, un edificio largo en forma de barraca, donde generalmente se celebraban los duelos de Kolozsvár.

Abády fue conducido a un vestuario mal caldeado donde le esperaban el maestro de esgrima y un médico. Desnudó su torso y el médico, con abundantes gasas y algodón, le fajó el vientre, las muñecas, las dos axilas y el cuello con una tira de seda negra. Una vez acabado el vendaje entraron en la sala de esgrima, que estaba helada. Se abrió la puerta del otro extremo y aparecieron los padrinos de Kendy: Bogácsy lucía un traje *Francisco José* con sombrero de copa; Wickwitz se había puesto su mejor levita de estilo húngaro. Escoltado por ambos entró Pityu, al que Abády apenas reconoció —era un espectáculo inesperado—, con el busto desnudo, envuelto con fajas negras hasta las orejas.

Los contrincantes se pararon cara a cara; de momento no tenían nada que hacer. Los padrinos, después de haberse saludado con suma ritualidad, echaron a suertes la decisión de qué espada se usaría en el primer asalto. Entretanto, sobre los bancos que estaban a lo largo de la pared, los médicos prepararon sus instrumentos, que parecían herramientas de tortura: pinzas de níquel, sierras, tenazas, cuchillos de formas extrañas, frascos de medicamentos, un montón de gasas y algodón. Después desinfectaron las armas, y el olor a ácido fénico, que recordaba a baños recién limpiados, llenó la sala. Terminadas las preparaciones, Bogácsy tomó el papel de primer padrino; cogió una espada, buscó el centro de la sala y llamó a los contrincantes con gesto de emperador para enseñarles su sitio:

—Antes de nada, mi obligación es pedir a las partes que hagan las paces.

No contestó ninguno de los dos, porque les habían dicho que no debían decir nada. Bogácsy esperó unos momentos y volvió a anunciar:

—¡Les pido por segunda vez que hagan las paces!

«¡Qué tontería! —pensó Bálint—. Me traen hasta aquí desnudo, con esta venda ridícula, me ponen en el centro de la sala con una espada en la mano y, para colmo, me gastan esta broma. Si ahora dijera que sí, que me gustaría hacer las paces, me descalificarían».

Los dos duelistas temblaban de frío.

—Les pido por tercera vez...

Bogácsy lo dijo tres veces porque debía de parecerle más riguroso, o bien porque le gustaba alargar su papel de primer padrino.

Por supuesto, no contestó nadie.

«Me voy a resfriar si tengo que seguir mucho rato quieto con este frío», pensó Bálint, y sintió que las ganas de estornudar le hacían cosquillas en la nariz.

—Después de haber cumplido con mi obligación legal, y a pesar de mis advertencias, las dos partes no están dispuestas a hacer las paces. —Bogácsy se irguió, atusó su tupido mostacho y gritó—: Señores, *En garde! Allez!*

Entre el ruido de las botas y el sonido metálico de las armas, Bálint sintió que su espada había sido rebatida y vuelta contra él como si se tratara de una pelota de goma. No notó que había sido herido.

—¡Paren! —gritó enseguida Bogácsy.

—¡Paren! —exclamó Tihamér, aferrando su espada, para no pasar desapercibido en tan histórico momento.

Las dos partes quedaron paralizadas. Los médicos corrieron a auxiliarles con grandes trozos de algodón. Restañaron afanosamente y con suma profesionalidad el hombro de Pityu y el codo de Bálint, aunque los cortes apenas eran rasguños puesto que las espadas habían chocado y perdido fuerza. La tremenda hemorragia se reducía a dos gotas de sangre.

—¿Están fuera de combate? —preguntó Bogácsy en tono grave.

—¡Sin duda! ¡Absolutamente! —respondieron a la vez los dos médicos, y dieron el informe—: Corte cerca de la arteria principal...

—El músculo abductor más importante... —aclaró uno de ellos.

—... puede causar hemorragia mortal... —repuso el otro.

—... espasmo tónico y parálisis total...

—... es decir, cualquier movimiento brusco...

—... del brazo...

—... seguramente sería mortal.

El comandante retirado dio un taconazo.

—Dadas las circunstancias, constato que las dos partes están fuera de combate —dijo, e hizo un saludo militar con la espada.

—Señores, se ha restituido el honor.

El médico aplicó un enorme emplastro inglés en el antebrazo de Bálint, mientras Tihamér le preguntaba en voz baja:

—¿Te parece bien, por favor, hacer las paces?

—Por supuesto que sí —contestó Abády alegre—. ¡Dame la mano, Pityu —añadió—, ya que no tengo ni idea de por qué nos hemos batido en este maldito duelo!

Lo último no debería haberlo dicho. Los padrinos pusieron cara ofendida y fingieron no haber oído el comentario, pues significaba un menosprecio a su actuación por el que podrían haberle pedido excusas a Abády. Solo el barón Gazsi se apartó de ellos porque no pudo reprimir la risa. Todos se dieron la mano. Los contrincantes se vistieron y se marcharon juntos a la ciudad.

—Vayamos a tomar un tentempié —aconsejó Bogácsy, que pretendía alargar su

papel de primer padrino. Cuanto más largo, mejor.

A Bálint no le apeteció la idea, no tenía ganas de pasar más tiempo del necesario en compañía de Wickwitz, ese «sinvergüenza». Sin embargo, no pudo rechazar la oferta y se fue con ellos a la cafetería de la plaza mayor. Antes de llegar, el barón Egon se despidió:

—Perdónenme, señores —iba a decir «*die Herren*», como en el regimiento—, pero tengo que dejarles. —Y sin más excusas, se despidió con un saludo militar y volvió por el camino de donde venían.

Volvió porque había pasado por su lado Zoltánka Milóth, y le había tocado el brazo. Desde hacía un par de semanas, Wickwitz había empleado al hermano menor de Judith como espía; le pagaba un paquete de cigarrillos por cada servicio.

Por ese precio, Zoltánka le contaba por dónde iban a pasear sus hermanas, en qué restaurante cenarían y qué planes tenían para el día siguiente. Le sirvió bien y con ganas, no solo por los cigarrillos prohibidos, sino porque se sentía orgulloso de participar en los asuntos de los «mayores» y además admiraba al atlético oficial.

Cuando la compañía se sentó a la mesa de mármol para pedir cerveza, salchichas y patés calientes, Wickwitz ya estaba lejos, con el joven estudiante de liceo.

La casa de los Milóth se hallaba en una finca estrecha que daba a dos calles: la fachada a la calle Unió, la salida trasera a la callejuela Óvár. Allí esperaba Wickwitz, paseando arriba y abajo, cuando Zoltán entró sigilosamente por la puerta trasera, a ver si era el momento oportuno para conducir a su amigo a su habitación de estudiante.

«¡Vamos bien! —pensó Wickwitz—. Judith me ha pedido que venga. ¡Además en secreto! Es buena señal, es muy buena señal», repitió, porque solo era capaz de pensar frases simples, dado que su vocabulario no era precisamente muy rico. No estaba nervioso. No tenía razón para estarlo: el muchacho le había dicho que esperara, y él esperaba. En el servicio militar se había acostumbrado a esperar. Entretanto, paseando despacio por la callejuela, vio salir de la casa de enfrente a una criada joven con una bolsa en la mano. Ella lo contempló con admiración y se marchó. Wickwitz la siguió con la mirada. La muchacha se giró para verlo y al momento desapareció detrás de una esquina. «¡Qué guapa!», pensó Wickwitz y memorizó el número de la casa de donde había salido la chica.

Zoltánka apareció en la puerta, y le hizo una señal nerviosa para que entrara. Subieron de prisa por las escaleras de servicio, abruptas y malolientes, que en las casas de Kolozsvár daban al final del pasillo superior. Una vez arriba, Zoltánka echó un vistazo al corredor y entraron rápidamente en su habitación. Egon volvió a quedarse solo, esperando. Pasó el rato buscando un lugar sin polvo para dejar su gorro. Primero lo puso encima de la cama, lo recogió pronto: tal vez necesitarían la cama. «Nunca se sabe». Al final lo dejó colgado del palanganero.

Se oyeron pasos ligeros, se abrió la puerta y apareció Judith. Le dio la mano nerviosa.

—Le he pedido que venga para decirle que... a mí... me llevan a Viena. ¡Tal vez hoy, tal vez mañana por la noche! —Le flaquearon las piernas por la excitación y se desplomó en una butaca.

Él se sentó en otra, y la miró con sus ojos de terciopelo.

—¡Es que lo he contado todo! Ayer conté que nos amamos y que había pedido mi mano.

Wickwitz hizo un gesto de resignación, sin decir nada. Judith continuó:

—Sé que usted no me la pidió solo por nobleza. ¡Lo sé! Quiero ser su mujer porque le amo, todo lo demás me da igual. ¡Quiero salvarle y le salvaré! —La enorme mano masculina atrapó la de la muchacha, y la estrechó calurosamente. Wickwitz quiso así comunicar su agradecimiento y solidaridad. Emocionada por el tacto, la cara de Judith perdió su dureza; sus rasgos, tensos por voluntad y decisión, se suavizaron y entre sus pestañas asomaron las primeras lágrimas—. ¡Fue horrible! Papá gritó, pero eso no es importante. Mi madre... fue terrible... me dijo cosas... —calló por un momento porque pensó en la bofetada que le había pegado su madre, como si fuera una niña. Le dio vergüenza contárselo a Wickwitz—. ¡Fue terrible! ¡Terrible! Pero yo no me he rendido, lo he resistido todo; pueden hacer conmigo lo que quieran, resistiré. Es todo lo que quería decirle. —Terminó, puso su derecha en la mano de Egon a modo de juramento, y lo miró fijamente.

Wickwitz sintió que debía decir algo, pero no se le ocurrió otra cosa que susurrarle:

—¡Usted es tan buena, Judith! —dijo, pero al momento pensó que era poco.

Se puso de pie, levantó a la muchacha y la besó en la boca. «Es lo más fácil», pensó. Cuando la soltó, ella volvió a hablar en voz baja pero decidida:

—Quiero ser suya, suya. No me importa si tenemos que esperar a que alcance la mayoría de edad. Faltan dos años. Resistiré, si usted también lo hace. —Pareció entender los pensamientos de Wickwitz, y le preguntó—: ¿Podrá esperarme? ¿Podrá esperar... a pesar de...?

Wickwitz pensó automáticamente: «¡El diablo no espera a nadie!». Y se preguntó qué pasaría con las letras de cambio si la gente se enteraba de sus amoríos. Sería fatal para él, y vio las dos palabras aterradoras escritas en llamas: «*Infam kassiert*». Significaba que le confiscarían sus bienes, sería arrestado y su nombre se daría a conocer para que sufriera el escarnio público. Pensó que no era lícito contestar un simple «no». No podía decirle que no la esperaba. Hubiera roto el hilo de su relación, tan bien atado. Por eso, titubeante, pero con voz tranquilizadora, dijo:

—La esperaré mientras pueda. Si no, si resultara que... pues... entonces... lo peor... *Schluss!* Y se acabó... Ya se lo dije. Pero mientras se pueda... por supuesto... *Treu bis in den Tod...*, fiel hasta la muerte... —Y soltó una risa.

La frase alemana le salió de maravilla. La muchacha se estremeció y agarró su

brazo desesperada.

—¡No! ¡No! —exclamó—. No puede ser. No vuelva a decir eso. ¿Cuánto tiempo tenemos? Sería imposible casarnos ahora mismo, pero si tengo tiempo lo conseguiré... cueste lo que cueste...

—Tenemos dos meses... o tres. Intentaré algo... Intentaré resistir hasta que vuelva, y entonces...

No sabía cómo expresarse. ¿Debía decir «Serás mi esposa»? ¿O «Serás mía»? De todas maneras, no podía decir «Entonces tu familia pagará». Por eso volvió a abrazarla y besarla, mientras recordaba que podría prolongar las letras de Dinóra si pagaba los intereses.

—No creo que nos quedemos en Viena más de cuatro semanas. Tal vez seis... pero seguramente no más —dijo Judith estrechándose contra él y preguntándole suplicante—: ¿podré estar tranquila hasta mi regreso?

—Se lo prometo —respondió Wickwitz solemne.

—Gracias. Gracias. ¡Qué bien! ¡Qué bien! Escríbame mucho, yo también le escribiré. ¿Adónde puedo enviarle las cartas?

—Al hotel, y si me voy, me las harán llegar. Pero ¿dónde vivirán en Viena?

Antes de que Judith pudiera responderle, Zoltánka asomó la cabeza por la puerta:

—Judith, Margit me ha preguntado si estabas en mi habitación. Mamá te está buscando. ¡Vuelve rápido!

Un abrazo rápido. Se oyó la voz de Margit desde el otro extremo del pasillo:

—Sí, mamá, claro que se lo he dicho, ya viene.

Judith se marchó volando de felicidad, y al poco tiempo entró Zoltánka.

—Ahora, rápido —susurró a Wickwitz, que se puso la espada debajo del brazo, bajó rápidamente la escalera de servicio y salió por la puerta trasera.

Al llegar abajo, sacó pecho, bajó la espada y, pisando fuerte, cruzó la callejuela Óvár. Se miró en un escaparate. Paró un momento, y con un gesto prepotente, se atusó el bigote.

Bálint llegó a casa a mediodía, y la primera a la que encontró delante de la cocina fue a la señora Tóthy. Esta vez no era la señora Baczó, pero no importaba porque eran idénticas en todos los sentidos. Le advirtió que no dijeran nada del duelo, porque la señora Abády, probablemente, se enfadaría al saber que ni su hijo ni nadie de su entorno la había avisado.

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto! —dijo la señora Tóthy haciendo temblar su enorme papada triple—. ¡Líbreme Dios! La bendita condesa no debe saber nada. Ya le hemos dicho al portero que advierta a todos los que vengan de visita que no digan nada a la señora. —Abády iba a subir, pero la señora Tóthy lo retuvo—: ¿Y la herida? ¿No le han hecho un corte en el brazo? Nos han dicho que en el brazo... ¡y que es de diez centímetros!

—No es nada, ¿lo ve? No lo llevo ni en cabestrillo —respondió Bálint con una sonrisa, bamboleando el brazo derecho, y la dejó en el patio.

Le molestó un poco que toda la ciudad supiera de su duelo ridículo. Mucho ruido y pocas nueces. Solo sintió un hormigueo, un ardor en el codo, como si se hubiese rozado con una ortiga. No obstante, al subir las escaleras se le ocurrió pensar que no estaba mal del todo que hubiera rumores exagerados sobre la herida. No estaba mal si llegaban a oídos de Adrienne. Así estaría más cariñosa con él cuando volviera a verla.

Por la tarde se fue caminando a la villa por la avenida Monostori.

Hacía un tiempo suave, de deshielo. Brotaban arroyos de debajo de la nieve aplastada y corrían hacia las alcantarillas de la acera. Bálint caminó bajo el goteo constante de los tejados. El aire era húmedo —apenas se vislumbraban los neveros de Gyula— y olía a primavera, lo que le recordaba al mosto fermentado.

Le sentó bien andar, pisar con fuerza, caminar lleno de esperanzas y promesas primaverales hacia la casa de Adrienne, que debía de esperarle preocupada y se alegraría de verlo. Tal vez entonces... le permitiera más cosas...

Entró por la puerta enrejada y en la esquina del edificio principal se topó con Pál Uzdy.

—Vaya, vaya, ¿eres tú? —dijo Uzdy con mirada burlona—. Al verte de lejos pensé que eras Pityu Kendy. ¿Qué tal? He oído que tienes un cortecito.

—No es nada, realmente nada.

—¿Y el otro? ¿Has dejado a Pityu hecho papilla?

—Lo suyo tampoco es mucho más grave.

Uzdy soltó una risa despectiva.

—¡Vaya duelos! De espada, o como sea... Si uno está realmente furioso, es un juego de niños. ¡Y tanta formalidad! ¿Qué sentido tiene? Si yo quisiera matar a alguien, le pegaría un tiro sin más. Todo lo demás son rituales vetustos —dijo mientras se acariciaba el bigote con una mano, apoyando la otra en el hombro de Bálint—. ¡Entra! Mi mujer está en casa; yo me voy al casino. Me lo perdonas, ¿verdad? —preguntó y volvió a reírse—. ¡Adiós!

La doncella de Adrienne estaba en la galería. Al ver a Abády —era evidente que lo esperaba— se dirigió hacia él, cogió su abrigo de piel, su sombrero, las galochas y lo hizo entrar por la puerta del salón. Adrienne levantó la cabeza al oír chirriar la puerta. Estaba sentada en un cojín delante de la llameante chimenea. Giró su largo cuerpo, sus ojos amarillos resplandecieron de alegría, sus labios se entreabrieron. Bálint se precipitó a abrazarla, arrodillado en la manta blanca. Buscó su boca; la mujer pareció resistirse un momento, pero inmediatamente le ofreció sus labios, igual que el día anterior, apretados.

En cambio Abády, pegado a su boca, le susurró con voz firme:

—Así no se hace. ¡Déjeme!

Con sus labios abrió la boca de la mujer, carnosa, pegada a la suya. En ese momento tuvo la sensación de ser un maestro instruyendo a una principiante. Sin embargo, pronto le invadió el deseo; vació su mente y lo dejó correr por sus venas. El beso no duró mucho porque los ojos cerrados de Adrienne se abrieron, miraron a Bálint suplicantes y su rostro se separó de él. Ella se quedó inmóvil con la cabeza escondida en el hombro de Bálint y él aprovechó para besarle la nuca. Adrienne tampoco pudo aguantar esto y le dijo con voz apenas perceptible:

—No lo haga, por favor, no lo haga. —Colocó sus manos entre la boca del hombre y su piel. Poco a poco se separó de él y volvió a decirle—: ¡No, no lo haga, por favor!

Bálint se sentó a su lado en otro cojín, pero mantuvo las manos de ella entre las suyas. Le costó dominarse, sintió la sangre latir en su frente y tardó mucho en poder hablar. Fue Adrienne quien inició la conversación:

—¿Cómo fue? Me han dicho que sufrió una herida, pero ¿dónde?

—No es nada. No hizo falta ni suturarla, me pusieron un emplasto, y ya está.

—¿Y cómo fue? ¡Cuéntemelo todo! —le pidió la mujer, que se apartó tímidamente al notar que Bálint iba a abrazarla.

Él no quiso forzarla, sus ojos de ónice se lo suplicaban. Notó que no debía forzarla, estropear el hechizo que les envolvía con su aire mágico, como si fueran dos adolescentes que acaban de descubrir las primeras palabras de amor. Se impuso dominarse con voluntad férrea, y mostrarse divertido y gracioso para disipar las preocupaciones de Adrienne. Habló del duelo con ironía, describiendo los detalles curiosos, lo que había visto y sentido: los aires de importancia que se habían dado los padrinos, las premuras de los médicos, el maestro de esgrima. Se lo contó con mucho color, de manera alegremente exagerada; Addy rio con ganas, contenta como una colegiala.

Comenzó a anochecer, entró la doncella para encender la lámpara de uno de los rincones y les sirvió té. Iba a poner la bandeja encima de la mesa, pero Bálint le pidió que la dejara delante de la chimenea, en la que la leña levantaba preciosas llamas. Puso la bandeja entre los dos.

¡Se estaban divirtiendo tanto!

—¡Como si fuera un picnic! —exclamó Adrienne riéndose, mientras untaba la mantequilla en las rebanadas de pan.

Se las comieron contentos, junto con los pasteles salados y los buñuelos. Había desaparecido toda la pasión: eran dos niños jugando.

Fuera ya había oscurecido, y la conversación era cada vez más pausada. En Bálint se encendió de nuevo el deseo, pero ¿cómo podría robarle otro beso? No había otra solución que aprovechar la despedida. Cuando el reloj de la torre tocó las seis, se puso de rodillas.

—Tengo que irme, ¿puedo volver mañana a verla?

—Claro que sí, yo por las tardes apenas salgo...

Abády la cogió por el brazo derecho, pero ella intentó defenderse débilmente.

—No, por favor, no —dijo, y se echó hacia atrás con la espalda rígida.

—Cuidado con el brazo herido —susurró Bálint desde muy cerca, y la mujer cedió al chantaje.

Le ofreció sus labios abiertos con la obediencia del buen alumno, deseosa de aprender y rendida. Tal vez el beso le pareció agradable, pero nada más. Agradable como el brazo de Bálint en su cintura, caliente, protector, como si estuvieran bailando. La mareó un poco más que el vals, pero no mucho, solo un poco...

Bálint la besó largamente, con más fuerza y más deseo, pero cauteloso para no asustarla. Embriagado por la emoción del momento, se le olvidaron los planes de ataque. La mano de la mujer se posó en su hombro: no apartaba al hombre, pero tampoco lo atraía hacia sí. Finalmente, Bálint la soltó.

—Entonces, mañana a la misma hora —dijo Bálint.

Adrienne lo cogió del brazo:

—Pero... no espere nada más de mí; no espere nunca más...

—Le prometo que solo desearé lo que usted me permita... Y le estaré profundamente agradecido.

Lo dijo sinceramente, y en ese momento lo sentía realmente así. Adrienne esbozó una sonrisa feliz.

Al día siguiente entró en el salón de Adrienne a la misma hora, primero se besaron. Adrienne estaba alterada, y cuando Bálint se acurrucó a su lado, le contó su problema:

—Imagínese, Judith quiere casarse. Y ¿sabe con quién? Pues con el Vikingo. Qué tontería, qué idea más loca, casarse con un ser tan ordinario; es como un animal.

Le contó que el día anterior habían ido a verla sus hermanas, y casi tuvieron una riña con Judith, porque Adrienne intentó disuadirla.

—Es posible que vuelvan esta tarde ya que, por primera vez en mi vida, estoy de acuerdo con mi madre, y ella quiere que hable con Judith. ¡Yo! Me preocupa mucho. Además, mi madre me echa la culpa a mí, a mi mala influencia... De verdad... Dice que no las vigilé bien en los bailes. Pero ¿cómo iba a vigilarlas? Ese Wickwitz tiene una pinta de... Judith no me dijo nada, no me preguntó nada... Me molesta mucho este asunto, y me da mucha lástima la pobre Judith. ¡Es una elección terrible!

Bálint se acordó de todo lo que sabía de los negocios del barón Egon, gracias a Dinóra. Su primera intención fue exclamar indignado, pero pronto se reprimió porque no quiso comprometer a la bella Dinóra; así que le contestó un poco confuso:

—Sí, es una elección muy equivocada, Wickwitz no es digno de ella. Es la sensación que tengo... No es la persona adecuada... aunque lo conozco poco... pero no es la persona más deseable... y es bastante imprudente. Eso me consta.

—El problema no es que sea imprudente, sino que después de habérselo enseñado



todo, ¿cómo es posible que caigan en el mismo error que...? —calló para no terminar la frase, y siguió con más vehemencia—: ¿Ve? ¡Es lo que me subleva!

—¿Está muy enamorada? —preguntó Bálint.

—¡Enamorada! ¡Enamorada! ¿Qué sabe una muchacha del amor? Se imagina mil cosas. Se cree lo que sea... Pero yo se lo he dicho. Les he advertido que no se casen como... —volvió a eludir el final de la frase y se estremeció. Continuó hablando con más objetividad—: Creo que lo mejor es que se vayan. Esta noche se marchan todos a Viena, solo se queda mi hermano menor. Es la solución más inteligente. Allí irá al teatro, a conciertos, a museos, se divertirá, verá mundo, hará otra vida; a ver si se deja de fantasías. Pobre... ¡Pero es lo mejor! ¡Lo mejor! Me da mucha pena perderlas. Estoy tan sola.

—¡Pobre Addy! —dijo Bálint. Le cogió la mano y le dio un beso tranquilizador en la palma. Intentó abrazarla, pero Adrienne se lo negó con la cabeza, porque sentía la tragedia de su matrimonio con tal fuerza que era incapaz de olvidarla.

Se miraban silenciosos cuando se abrió la puerta y entraron abruptamente Judith, Margit y la señorita Morin.

Bálint se puso de pie para saludarlas y marcharse. Pero antes de poder despedirse, Judith estalló:

—Sé que tú y mamá lo habéis tramado —dijo hostilmente a Adrienne— para que me saquen de casa, para que me separen de él. ¡Pues te anuncio que no servirá de nada! Es mejor que lo sepas: ¡le amo y me casaré con él! No podrán retenerme en Viena hasta la eternidad.

—*Mais ma chère enfant...* Pero mi querida... —se indignó *mademoiselle* Morin, para recordarle la presencia de Abády, que se había quedado paralizado entre las mujeres y no sabía cómo actuar.

—*Ça m'est égal.* No me importa que se entere todo el mundo. Es más, ¡mejor para mí! Entonces todos os veréis obligados a aceptarlo... ¡Tendréis que aceptarlo!

Adrienne se levantó de un salto y quiso abrazarla.

—Querida Judith, eres muy injusta conmigo. Yo solo quiero que sepas...

Judith rehuyó su abrazo.

—¡Ya lo sé! Me lo dijiste ayer —la interrumpió—. Pero después mamá y tú habéis conspirado contra mí. ¡Sí, contra mí! ¡Contra mí!

—Mira, yo solo quiero protegerte, yo solo...

—¡Ya lo sé! Ya me lo has explicado, no solo ahora, sino mil veces, que es asqueroso, repugnante... ¡Ya lo sé! Pero no me importa... Me da igual lo que me pase, lo que ocurra con mi cuerpo... ¡Yo solo quiero salvarlo! ¡Es una misión! ¡Sí, salvarlo! También lo aprendí de ti...

Bálint reaccionó. Las palabras de Judith lo dejaron perplejo. Tuvo la sensación de ser un fisgón que husmeaba en el matrimonio de Adrienne; tuvo miedo de oír cosas que más tarde pudiesen incomodar a Adrienne. Por ello, le beso rápidamente la mano, saludó a las muchachas y a la vieja institutriz, y se apresuró a marcharse. Ya estaba

fuera cuando oyó las palabras de Adrienne:

—¡Qué impúdica eres! —decía enfadada—. ¿Cómo te atreves a hablar de mí de esta manera en presencia de Bálint Abády?

La puerta se cerró. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué había dicho Judith «asqueroso y repugnante»? ¿De quién hablaba? Acto seguido se prohibió a sí mismo averiguar el sentido de esas palabras. Meneó la cabeza y se marchó a casa caminando. Sin embargo, las palabras arrojadas volvieron a zumbar en su cabeza. «Asqueroso y repugnante». «Me da igual lo que ocurra con mi cuerpo». Las palabras que Adrienne había dicho a sus hermanas eran protectoras, porque en ellas imperaban sus sentimientos, sus experiencias. ¡El amor era para ella una barbaridad aterradora! Esa era la razón de su actitud adolescente, del temor que había visto en sus ojos al besarla. Por eso no sabía besar. Por eso...

Le atormentaron sus pensamientos de vuelta a la ciudad. ¡Pobre Addy! ¡Qué desgraciada debía de sentirse! En ese momento nació en él un odio terrible hacia Pál Uzdy. Supo que era él quien la había humillado y maltratado. ¡A esa mujer pura y noble! ¡Su mujer! La había privado del único placer de la vida, del único regalo de los perversos dioses.

Wickwitz se dedicó seriamente a arreglar la situación de las letras de cambio. Debía tener presente que la boda con Judith no se celebraría de un día para otro. Tendría que esperar más tiempo, tal vez tres o cuatro meses, para tener la dote en la mano. La cosa iba muy bien con la muchacha, pero los padres daban la impresión de ser muy duros. «Esto va a ser una *Distanzritt*, una carrera de fondo, no una corta de obstáculos. Tengo que prepararme. ¿Qué hace falta? —pensó a su manera lenta, pero muy lógica—. Hace falta tiempo. ¿Qué se necesita para tener tiempo? Dinero». No solo para financiar el tiempo de espera y pagar los intereses de las letras de Dinóra, sino para cubrir los gastos imprevisibles. ¿Y si se escapaba con la muchacha? Sin dinero, ni pensarlo. Por eso, aparte de los formularios para la prolongación de las letras, compró dos impresos de seis mil coronas para que Dinóra se los firmara. Primero pensó que solo la avisaría cuando fuera necesario, pero luego decidió que sería mejor que se los firmase ahora: la señora Abonyi todavía le obedecía. Nunca se sabe, quizá más tarde se opusiera. Sí, había que actuar cuanto antes.

Así, ese mismo día fue a ver a Dinóra.

Wickwitz fingió indignación por lo abusivo que era el banco por haberse atrevido a exigir responsabilidades a Dinóra. Le pareció impropio. Después de haberle hecho firmar la prolongación de las letras y las dos nuevas de seis mil coronas —necesarias para pagar los plazos—, le prometió a la mujer que lo arreglaría todo personalmente y que podía quedarse tranquila. La señora Abonyi se alegró mucho y para hacer las paces le dio un beso. Así, cuando él pretendió expresar su agradecimiento de un modo más convincente, ella no lo rechazó; es más, disfrutó aunque ya no le gustara mucho el Vikingo. Cuando el barón se marchó, ella se sentó en su escritorio, sacó un papel morado de extraña forma y escribió una carta a Bálint Abády:

Mi pequeño querido (¿Se acuerda?):

Lo que le conté anteayer, ya está arreglado. Fue una equivocación por mi parte. W. lo ha pagado todo. No piense mal de él. ¿Cuándo vendrá a visitarme? Siempre me alegro de verle. (¿Verte? ¡Ya no!). Uno de estos días iré a Budapest con Tihamér. ¡Aquí me tratan tan mal! Me importa un bledo. Besos y... No, nada más. Eso será suficiente. Dinóra.

Bálint leyó la carta al día siguiente por la mañana. Se alegró de que ese sucio asunto se hubiera zanjado, aunque le pareció inconcebible que Wickwitz hubiese podido pagar una cantidad tan enorme. No es que pensara averiguar nada, el simple hecho de tener una cosa menos que hacer ya era un alivio. Sobre todo porque con el mismo correo había recibido una carta misteriosa de Slawata. «La política húngara está en un callejón sin salida», había escrito. «La relación entre el rey y los partidos mayoritarios no se ha fortalecido, sino que se ha agriado. El gabinete de Tisza es

impotente, todavía gobierna, pero cada vez está más cerca su disolución. El trabajo parlamentario está y estará suspendido hasta que se encuentre una solución», vaticinaba el diplomático, bien informado. Hasta ese punto no había dicho nada nuevo para Bálint. Era lo que había visto la última vez que estuvo en Budapest. Sin embargo, la siguiente frase despertó sus sospechas. «Dado que en cuestiones militares no cederemos en lo más mínimo, es posible que encontremos una solución allí donde los oligarcas demagogos nunca imaginarían. *Salus rei publicae suprema lex*»<sup>[14]</sup>. Al final añadía que esperaba que Bálint pensara lo mismo y la carta terminaba diciendo que en la segunda mitad de marzo iría a Budapest y le gustaría verle. «*Ich könnte Dir manches Interessante sagen*, te podría contar alguna cosa interesante».

Bálint se sintió incómodo por haber escuchado lo que le dijo Slawata en la cacería de Simonvásár y por no haberle dicho nada. Le disgustaba no haberlo despachado. Su silencio había sido interpretado como consentimiento tácito. En aquel momento le chocó tanto ese discurso nuevo, inesperado y sorprendente, que cuando el carruaje en el que iba se paró, no encontró palabras adecuadas. Más tarde, Slawata rehuyó volver a encontrarse con él a solas, y ya no pudo sacar el tema de nuevo. Tal vez lo hiciera por prudencia, pero seguramente era consciente de ello. Ahora, pues, pensaba que Abády era de los suyos, que pertenecía a la legión de Francisco Fernando. ¡No! Bálint decidió no aceptar más confidencias. Hasta ahora le había sido útil poder echar un vistazo a los planes del futuro emperador; pero si continuaba con la misma actitud, los del Palacio Belvedere pensarían con razón que era uno de los suyos.

Le contestó enseguida, en tono frío, que le retenían en Transilvania asuntos privados y que no volvería a Budapest en un futuro próximo.

Decidió quedarse en Transilvania hasta que no le reclamaran los compromisos parlamentarios de Budapest. No debía ver a Slawata ni por casualidad. Tenía que encontrar una ocupación aquí. Ahora, en marzo, no podía meterse en el asunto de los neveros. Recordó sus planes de fundar una casa de cultura y una cooperativa en Lélbánya. Estuvo dándole vueltas a la idea y, por la tarde, cuando fue a ver a Adrienne, ya lo tenía todo pensado. Después de los primeros besos y abrazos, le explicó sus proyectos con gran entusiasmo, y le sorprendió el interés que mostró ella. Tan vivo como por las teorías literarias o filosóficas.

Esa tarde Abády se quedó más tiempo del habitual en la casa de los Uzdy. Como el día anterior, él y Adrienne permanecieron sentados entre los cojines frente al fuego. Pero en esta ocasión, Bálint la abrazó con actitud fraternal y estuvo explicándole minuciosamente las distintas formas del sistema cooperativista —el de Raiffeisen, que era de responsabilidad ilimitada; el de estilo francés, que se basaba en acciones—, sus ventajas, desventajas y dificultades. Adrienne no se separó ni un momento de sus brazos. Los detalles del plan fueron tomando forma. La señora Abády tenía una casa solariega en Lélbánya de medianas dimensiones que podía

servir para sus fines. Puesto que bastaría con destinar dos habitaciones para la cooperativa, aún quedaba espacio para fundar un centro social para los campesinos y una biblioteca. En el jardín montaría una huerta modelo.

Cuando al cabo de unos días Kristól Ázbej fue a visitar a la condesa antes de que Abády fuera a ver su distrito, este aprovechó para preguntarle sobre el arrendamiento de la casa de Lélbánya.

—Justamente ahora, el día de San Jorge, voy a echar a uno de los inquilinos, al carpintero, porque no paga. Al otro, el sastre, también lo despediré porque una vez paga y otra no, y además no cuida de nada, es un tipo sucio. Yo, señor conde, no tolero las irregularidades; velo por los intereses del señor más que por los míos.

—¿A cuánto asciende el alquiler de los dos? —le interrumpió Bálint.

Ázbej le lanzó una mirada recelosa. «¿Por qué me lo preguntará? ¡Debo ser prudente!».

—Unas quinientas o seiscientas coronas... No lo sé de memoria. Pagan algo más por la huerta. Mejor dicho, ¡no pagan nada! Si lo desea, le haré un informe desde Dénestornya.

—Bien. No es muy urgente. Solo quería saber si podía arrendarse a otros inquilinos. Por eso le pido que no alquile la casa a nadie hasta que yo no lo diga.

—Claro, por supuesto. De todas maneras es la señora condesa quien firma los contratos. ¡Solo ella, nadie más! —Se fue a trompicones, haciendo reverencias con su cuerpo de duende—. Siempre dispuesto a servirle. ¡Siempre!

Abády se marchó de Kolozsvár en el expreso de la mañana. Subió al vagón que iba a Szászrégen y cambiaba en Kocsárd. Llegó un poco tarde y olvidó comprar la prensa.

En el compartimento seis solo había un pasajero, un señor robusto, gordo, con un enorme bigote blanco y ojos azules muy claros. Estaba cuidadosamente afeitado, aunque era evidente que tenía la barba cerrada. «Se parece a papá Milóth, pero más fornido», pensó Bálint, que encontró simpático al desconocido.

Este tenía dos periódicos: el *Noticiero* de Budapest y el *Reichspost* de Viena, el portavoz de los Lueger<sup>[15]</sup>. Estaba leyendo el último y Bálint le pidió el *Noticiero*. Cuando se lo devolvió, su compañero de viaje le ofreció el *Reichspost*:

—Cójalo, hay un artículo sobre la situación de Hungría que le puede interesar —y le enseñó el editorial.

El artículo hablaba sobre la crisis de la monarquía, el fracaso del dualismo y la despreocupación de los húngaros por la integridad del Imperio. Comentaba que la legislación húngara no era democrática, que el seudoparlamento representaba intereses clasistas y no «*die Gesamtheit der Völker*», la totalidad de los pueblos. El ejército debía ser un asunto y una obligación compartidos, y aunque Austria no

interviniese —o no quisiera intervenir— en los asuntos internos de Hungría, no podía desentenderse de la solidez de la monarquía. El artículo terminaba con una advertencia soterrada, recordando al emperador su obligación de velar por los intereses de todos sus súbditos.

—Interesante, ¿verdad? —preguntó el señor cuando Bálint acabó la lectura del periódico—. Así piensan en Viena y tienen mucha razón.

Abády se levantó y se presentó extendiéndole la mano. El otro pasajero pareció vacilar un momento, esbozó una sonrisa burlona apenas perceptible debajo de su poblado bigote y clavó sus ojos en Bálint:

—Soy el Dr. Aurél Timisán, defensor del pleito «Memorandum»<sup>[16]</sup> —dijo creyendo que Abády retiraría la mano al oír su nombre.

—Me alegro de conocerle —respondió Bálint estrechándosela—. Usted sigue siendo diputado, ¿verdad?

—Sí —contestó Timisán—, de otro modo no viajaría en primera clase. No va mucho con el tipo de persona que soy.

Comenzaron a charlar.

El viejo habló con mucho ingenio en un húngaro impecable —nadie hubiera dicho que era rumano— sobre política internacional: la revolución rusa, los cambios acaecidos tras la proclamación de la Duma y su influencia en Europa. Probablemente sabía que Abády había sido diplomático y por eso quería charlar de ese tema; o tal vez porque prefería evitar la cuestión de las minorías. Fue Bálint quien sacó el asunto para informarse y, de una vez por todas, escuchar las quejas cara a cara. No oírlas en discursos o programas políticos, sino en una conversación libre, directa. Timisán habló cautelosamente, pero con voz decidida. Le contó los defectos de la Ley de Minorías y los fallos en su ejecución; que ellos, los rumanos, no estaban contentos con esa ley y que le parecía una locura que estuviesen enfrentados con los húngaros, puesto que deberían fortalecer sus relaciones ya que ambos pueblos se hallaban rodeados por un mar eslavo potencialmente hostil. El problema era el odio mutuo, artificialmente fomentado. ¿Por quiénes? ¿Quiénes eran esos patrioters? No los verdaderos húngaros, sino gente extraña: Jenő Rákosi y su pandilla, en su mayoría judíos. Timisán odiaba a Rákosi.

—¿Quién es ese Rákosi? —dijo con ira reprimida—. Un alemán del Szepes... Se llamaba Kremser, pero por cincuenta céntimos compró un apellido húngaro y ahora es más húngaro que nadie. ¡Nos llama «húngaros de lengua rumana»! ¿Es posible tergiversar conceptos fundamentales con tanta facilidad? ¿Y los húngaros? La opinión pública húngara se forma gracias a una terminología fantasiosa. ¡Nosotros somos rumanos, y nunca seremos otra cosa!

—Nadie tiene derecho a exigirles que cambien, pero el Estado tiene razón al esperar que todos sus ciudadanos hablen su lengua —dijo Bálint.

—Por supuesto que sí. Eso solo tiene ventajas, y yo no tengo nada en contra —contestó y esbozó otra sonrisa de disimulada ironía—. Yo la he aprendido, como

puede usted ver. Obtuve mi diploma *doctor juris* en la universidad húngara y soy un abogado de bastante éxito. También es cierto que pasé dos veces por la prisión estatal, pero ¡es un sitio que no está tan mal! —El viejo se rio pensando en el pleito y las sentencias del «Memorandum», que fue la cumbre de su carrera—. Aun así, el señor conde debe reconocer que es injusto que en la administración pública el notario, el juez, el recaudador, que están al servicio del pueblo, no hablen el idioma del pueblo. Que la gente no pueda usar su propio idioma en un tribunal, que necesiten un intérprete. Se supone que el derecho a la lengua en la administración pública fue incluido en la Ley de Minorías; pero esta fue decretada por los húngaros sin nuestro consentimiento, porque nos pareció poco lo que prometía.

Bálint no conocía bien la cuestión para dar una respuesta fundamentada, por eso sacó otro tema.

—Creo —dijo— que deberíamos acercarnos en términos ideológicos y económicos, encontrar intereses comunes. Lo demás será fruto de la confianza mutua. Tanto ustedes como nosotros somos de Transilvania, es nuestra pequeña patria. Seguramente hay muchas cosas que deseamos tanto unos como otros, por ejemplo, más comprensión, mayor atención hacia los problemas locales y que Budapest no se lleve todo el presupuesto estatal.

Timisán lo escuchaba atentamente.

—Es interesante que un noble húngaro tenga esa visión. Es muy interesante. Sin embargo, no creo que se pueda hacer gran cosa. Los grandes bancos y empresas judías de Budapest nunca lo admitirían. Todo lo que el señor conde dice es cierto pero es solo un espejismo.

A Bálint le habría gustado explicarle la idea de las cooperativas, cómo organizar las hipotecas, la producción y el consumo, pero el tren ya estaba cerca de Marosludas.

—Tengo que bajarme aquí y no me da tiempo de convencerle —dijo sonriendo—, pero si me lo permite, señor diputado, podría visitarle para seguir discutiéndolo. Vive en Kolozsvár, ¿verdad?

—Sí —contestó Timisán—, y será un honor.

Bálint pasó dos días en Lélbánya. La primera tarde se reunió con el alcalde, el notario, los dos curas, el médico municipal, el boticario, el dueño del molino de vapor y con otros ciudadanos distinguidos, que escucharon atentos los hermosos planes de su diputado. Todo les pareció bien; estuvieron de acuerdo en todo. Cenaron juntos en el restaurante Estrella, donde les sirvieron pollo a la pimienta roja con cebolla y pan frito, y como tomaron varias copas del fuerte vino de Mezőség, hubo muchos brindis, discursos y vítores.

Al día siguiente por la mañana le esperaba a Bálint un mar de peticiones. Le presentaron solicitudes de lo más variopintas: uno quería permiso para abrir una taberna; otro, enseñanza gratuita para su hijo; un tercero, un puesto de peón caminero en la ciudad o de lacero en Vászrhely; hubo quien pidió un ascenso para un cuñado en la compañía ferroviaria, su intervención en un asunto de hacienda, consejo para

curar una vaca llamada *Blanquita* o la exoneración del servicio militar de un «hijito». Muchos se quejaron del juez, del maestro, de las autoridades y de los malos vecinos. Todos hablaron con tanta determinación como si Abády fuera el mismo Dios Todopoderoso. Y todos terminaban la solicitud con la misma frase:

—Al señor conde eso no le costaría nada.

Abády los escuchó pacientemente, anotó todas las solicitudes y les dijo a todos que intentaría arreglar sus asuntos, pero que no podía garantizarles resultado alguno. Lo último no lo creyó nadie, porque estaban convencidos de que todo dependía de la voluntad del diputado.

La asamblea se celebró a las diez de la mañana en el modesto edificio de dos pisos que los habitantes de Lélbánya, para darle importancia, llamaban «Ayuntamiento». Bálint entró en un cuarto espacioso con cuatro ventanas, donde le ofrecieron sentarse a una mesa cubierta con un hule. Se sentó entre el juez-alcalde y el notario, cara al público y debajo de una oleografía con marco dorado de Francisco José, y del horario —fijado con tachuelas a la pared— del tren que pasaba a lo largo del río Maros.

Habían acudido también las esposas de los hombres honorables de la ciudad. Estaban sentadas junto a sus maridos en primera fila; vestidas de gala, pensando que atraerían la mirada del señor diputado, le lanzaron sonrisas esperanzadoras. El público ocupó los asientos según la exacta jerarquía del pueblo: los jóvenes —que entraron a empujones— estaban detrás del todo, muy apretados.

Al comenzar la asamblea, Abády dio a conocer la idea básica de la cooperativa. Habló sobre la fuerza de la solidaridad organizada y alegó que los alemanes de Transilvania ya llevaban varios años trabajando en cooperativas. Citó los datos de ese movimiento nacional, intentando hacerlo en un lenguaje popular, lo que no era su fuerte. Tras un par de frases entusiasmadas terminó el discurso:

—¡A quien se ayuda, Dios le ayuda!

Hubo algunos vítores, no muchos. Después de Bálint, el párroco húngaro dio un discurso solemne; y como no quiso intervenir nadie más, el alcalde declaró que los reunidos daban la bienvenida a la idea cooperativista: aceptarían la fundación de una caja de préstamos y decidirían la creación de una cooperativa de consumo. Bálint volvió a levantarse y ofreció su casa solariega como sede. Continuó explicando la ventaja, la importancia y la utilidad de crear un centro cultural de granjeros; prometió montar una biblioteca pública gratuita, y esbozó los planos de una huerta modelo en la misma finca, para el uso de todos.

Algunos exclamaron «¡Viva!» con menos ganas que antes, y como nadie quiso tomar la palabra, el presidente declaró que los principios de la cooperativa habían sido aceptados y que se había creado un comité para los trabajos preparatorios. Acto seguido, el nombre de los miembros fue anunciado en voz alta. El presidente agradeció el empeño del señor diputado y dio por terminada la asamblea.

Puesto que no duró más de hora y media, Bálint propuso ir a ver juntos la casa



que acababa de ofrecer. Fueron, pues, los más distinguidos, los que el día anterior habían cenado con Abády. De lejos les siguieron algunos granjeros jóvenes.

La casa se hallaba al final de un camino lleno de baches, en una colina redonda, rodeada de cambronerías. Era un edificio robusto de piedra, con tejado a dos aguas y un zaguán sostenido sobre columnas de madera. El zaguán adosado era una habitación larga, destinada en principio a ser comedor, pero que de momento servía como taller de carpintería. Al entrar, les asaltó el agradable olor de la viruta fresca. Delante de la ventana había un banco, y a su lado tablas de pino. La puerta trasera estaba cerrada para que el otro inquilino, el sastre, no pudiera entrar.

En el taller solo encontraron a un niño de tres o cuatro años sentado en el suelo, cubierto de serrín, que se estaba comiendo una manzana. Se sorprendió tremendamente al ver a entrar a tanta gente extraña, vestida de negro. Abrió los ojos de par en par, se le cayó la manzana, se puso de pie y corrió hacia la puerta trasera para agarrarse del pomo con las dos manos; como no pudo abrirla se puso a berrear. La puerta se abrió y detrás apareció una mujer embarazada. El niño, asustado, escondió la cara entre sus faldas y dejó de llorar. La mujer abrazó al niño y gritó:

—¡Sal, János, que han venido unos señores!

El marido se asomó por la puerta; al reconocer a Abády y compañía masculló algo y volvió a desaparecer; estaba en mangas de camisa y quiso ponerse la chaqueta. Volvió vestido, y saludó.

—¿En qué les puedo servir, señores?

—Queremos ver qué tal está la casa; haremos una inspección a fondo —dijo Bálint.

El carpintero se puso a quejarse de inmediato:

—¡Ay, ay, ay, la casa está muy mal, muy mal, señores! El enlucido está desconchado, esa esquina hundida, las paredes agrietadas; el cuarto interior es húmedo, se está enmohecendo, y ¿ven esa viga? Pues tampoco pinta muy bien.

El carpintero exageró los daños para no tener que pagar el alquiler.

Abády y sus compañeros recorrieron la vivienda del carpintero, que estaba mugrienta y desordenada, y fueron a ver al sastre, que tampoco cuidaba mucho más la suya: las ventanas rotas estaban tapadas con papel. Salieron y dieron una vuelta alrededor de la casa. Había una grieta estrecha en una esquina en la que la piedra angular se había hundido debido a que el líquido que chorreaba desde la pocilga se había llevado parte de la tierra. Un gorrino viejo se rascó la espalda en la piedra desfondada.

El sastre, el carpintero y sus familias fueron tras Abády, pisándole los talones, intentando desviar su atención de la inmundicia y la suciedad reinantes con sus interminables quejas. Los granjeros jóvenes les siguieron a una distancia prudente. No se mezclaron con los señores, aunque intentaron captar todas las palabras simulando no prestar atención. Bálint iba explicando sus planes: la casa del sastre sería el cuarto de la cooperativa; en la despensa se pondría la caja; el taller sería el

club de lectura donde durante el invierno se celebrarían conferencias; en las habitaciones del carpintero viviría el supervisor, que sería el jardinero encargado de la huerta y de toda la casa.

Llegaron al jardín, decorado por un par de acacias secas y una lila vetusta. Un reguero minúsculo corría entre el barro seco y unos cálamos dispersos. La nieve se derretía encima de los montículos de tierra, donde antes se habían plantado patatas. Era la única señal, junto a los tallos de maíz, de que la huerta había sido cultivada.

—Hay una fuente, ¿verdad? —preguntó Abády.

—Sí que la hay —contestó el carpintero—. Pero solo sirve para dar faena. Se ha estropeado y, por su culpa, la huerta se anega. ¡No hay planta que lo aguante!

—¿Y por qué no lo arreglan? —replicó Bálint, y dirigiéndose a sus acompañantes explicó la importancia de la fuente en la huerta modelo—. Solo hará falta abrir zanjas para regar toda la huerta, al estilo búlgaro.

Sus acompañantes aplaudieron la iniciativa. «¡Una idea excelente! ¡Así lo haremos! Los planes del señor diputado son todos estupendos y maravillosos. Todo será como usted dice. Es cierto que es necesario un presupuesto notable. Hay que hacer obras en la casa. ¿Quién pagará los gastos? Desde luego, así no se puede utilizar».

—Si la cooperativa y el centro cultural de granjeros pagan un alquiler, será naturalmente mi madre quien corra con los gastos. No obstante, yo espero que ella lo ofrezca gratis para fines públicos, y en ese caso la cooperativa y el centro social tendrían que pagar las reparaciones respectivas. No habrá muchos gastos: solo serán necesarias algunas obras y abrir las zanjas. Si se cultiva bien, los beneficios de la huerta serán suficientes.

—¡Perfecto! ¡Por supuesto! —exclamaron sus oyentes—. Los gastos no cuentan, lo pagaremos nosotros.

Se despidieron en la plaza y cada uno se fue a comer por su lado.

Bálint comió en la taberna llamada Gran Restaurante. Disfrutó de poder estar solo después de tanto ajeteo matutino. El tabernero le sirvió café, cogió una silla y se sentó para charlar a una distancia respetuosa.

Comenzó piropeando y halagando los excelentes planes del señor conde, aplaudiendo su generosidad por haberles ofrecido la casa solariega. Todos estaban muy contentos en Lélbánya de tener un diputado tan atento, tan preocupado por el bien de la comunidad. No estaban acostumbrados a tanta estima, y toda la ciudad estaba agradecida. Terminadas las alabanzas, le preguntó cautelosamente sobre el centro social; quería saber si sería para los campesinos o también para los señores de la ciudad, y si habría venta de bebidas, lo que no le interesaba porque «sabe, señor conde, la gente distinguida viene a mi taberna a beber, y considero que no está bien que se mezcle con los de la calle; yo lo sé, señor, porque también vienen a beber aquí,

y soy yo quien se tiene que preocupar de que no se emborrachen».

Miró a Abády esperando la respuesta. Bálint le tranquilizó diciéndole que no habría ni bebidas alcohólicas ni naipes. No quería que el centro social se convirtiera en un bar, sino que la gente fuera allí a leer la prensa y libros. Durante el invierno habría conferencias, cursos de agricultura y de cooperativismo. Él mismo invitaría a los conferenciantes, y si hacía falta diversión, se podría construir una bolera para el entretenimiento dominical.

—¿Una bolera? —dijo el tabernero asustado—. ¡Oh, no! ¡No puede ser! ¡De ninguna manera!

—¿Por qué no?

El tabernero titubeó buscando razones.

—Pues porque... verá, señor conde... los bolos provocan muchas riñas... muchos problemas... muchos... A veces han llegado a pegarse, lo sé, por culpa del juego. Construimos una pista de bolos con la ayuda del señor farmacéutico, puesto que la parte final de la pista entraba en su finca. ¡Ojalá no lo hubiéramos hecho! ¡Todo fueron problemas! Pero ya está hecho; invertimos mucho dinero, y ahora tenemos que seguir adelante. Además, yo puedo frenar a la gente porque tengo autoridad, pero si jugaran allí... No sé... ¡Sería una catástrofe!

Bálint entendió las preocupaciones del tabernero y su mirada suplicante, y como no quería perjudicarlo, le contestó tranquilizadamente:

—Bueno, yo no lo sabía, así que lo pensaré mejor. De todos modos, no es seguro que haya suficiente terreno plano para poder construir otra pista de bolos.

El tabernero se alegró y rápidamente se ofreció a ir a la casa a tomar medidas y hacer un informe para ver si era posible, o no, montar una pista en la huerta. Sin embargo, no le tranquilizaron las palabras de Bálint, y cuando este se marchó de la taberna, se fue corriendo a ver al boticario.

—Tenemos que impedir que se cree el centro cultural de granjeros —comenzó a decir nada más sentarse. Discutieron largo rato sobre la inminente amenaza en la pequeña despensa donde el boticario guardaba las sustancias venenosas y el alijo de tabaco que tenía que esconder del fisco.

Bálint se fue a ver al notario, por la mañana había quedado en discutir los detalles más tarde.

El despacho estaba en la planta baja de la alcaldía. Dániel Kovács, el notario, ya llevaba un buen rato sentado delante de su escritorio, entre dos pilas de archivos impresionantes. Con la pluma en la mano sacó un acta de la pila derecha, firmó para dejar constancia de su conformidad y la pasó a la pila izquierda. Apuntó el número y la ficha del documento en el libro de registros que tenía delante apoyado en la pared.

Estaba anotando: «La cancelación de la comunidad de bienes solicitada por Péter Nagy, András Nagy, Ilona Nagy, casada con Salamon Szász, y Vaszili Nyág fue

efectuado según el acta número 16.273/1904...», cuando entró Abády. El notario estaba tan escondido detrás de las pilas que tardó en notar su llegada; entonces se levantó, se subió las gafas a la frente, se quitó los manguitos y lo saludó.

—Estoy a su disposición, señor conde —dijo el notario—; sus planes me parecen muy buenos. Siendo notario auxiliar trabajé en una cooperativa, por eso soy capaz de apreciar la generosidad con que intenta ayudar al pueblo.

Abády contestó con evasivas, mirando la cabeza del notario. Era un hombre escuálido, de estatura mediana, que parecía más alto debido a su flaqueza. Ya estaba calvo, a pesar de que no aparentaba más de cuarenta años. Sus grandes ojos oscuros e inteligentes, enmarcados por unas cejas pobladas, tenían una mirada bondadosa, a pesar de los surcos de cansancio y amargura que le corrían hasta el bigote. Aunque los largos años de trabajo y penas habían dejado marcas en su frente, daba la sensación de estar dispuesto a ayudar.

—Los campesinos no lo entienden, los demás tampoco. Les sorprenden las novedades y sienten recelo ante todo lo que viene de la gente distinguida. Sea cual sea la ayuda, lo primero que piensan es que quieren engañarles con artimañas.

—Pero ¿qué sospecha cabe en este caso? Tienen la casa, la huerta gratis, y además la biblioteca pública. En la cooperativa votarán ellos mismos, ¿qué más...?

—Es demasiado nuevo para ellos. No lo aprecian todavía, son recelosos, los pobres, porque el abogado, el fiscal o el comerciante, gente que ellos tratan a menudo, solo buscan su beneficio, digan lo que digan. Pero, poco a poco, verán la utilidad de sus planes. ¿A quién piensa nombrar presidente?

—Iba a preguntarle a usted, señor notario. ¿Aceptaría el cargo?

—Yo no puedo, perdóneme. Soy una autoridad oficial. La persona más indicada sería el pastor protestante. Es buena persona y, hasta que aprenda el oficio, yo le puedo ayudar con las actas y los archivos. —Sacó el padrón y apuntó los nombres de la gente que podría cumplir algún cargo—. Hablaré personalmente con ellos y se lo explicaré. Primero hay que montar la cooperativa —dijo—, y cuando esté en marcha, crearemos el centro social y empezaremos a hacer las obras en la casa. Es más conveniente esperar hasta que vean que necesitan un lugar donde reunirse. Entonces lo demandarán ellos mismos.

—¡Qué curioso! —dijo Bálint—. Yo pensaba que se animarían al ver la casa solariega y su gran huerta.

—Es mejor así, poco a poco. Necesitan tiempo para familiarizarse con el proyecto.

Dániel Kovács esbozó una sonrisa leve y recordó lo que había oído decir a los granjeros jóvenes que iban detrás de ellos cuando visitaron la huerta. Sospechaban que el conde quería librarse de esa casa ruinosa y repararla con el dinero de todos. «Vaya idea gastar dinero en la casa del conde. ¿Y la huerta modelo? ¿Para qué? Las mujeres no podrán vender en el mercado sus poquitas judías, cebollas y pimientos. Nadie comprará sus productos si el conde monta una huerta de primera. Y para

colmo, ¡habrá que pagar a un jardinero!». El notario recordó los comentarios que se hicieron después de la asamblea. No les había gustado nada el refrán de Abády: «¡A quien se ayuda, Dios le ayuda!», porque esperaban algo concreto. No necesitaban asambleas para conocer el refrán.

—Tienen que aprender a servir a la comunidad y a no esperar que les caiga el maná del cielo, que es a lo que están acostumbrados. Han visto cómo se compran los votos en las elecciones, y eso los ha vuelto desconfiados. Esa es la razón por la que no les interesan lo más mínimo los asuntos públicos, tal como sería de esperar en una ciudad pequeña.

Bálint se acordó de las sospechosas circunstancias en que se habían desarrollado las últimas elecciones.

—Dígame, señor notario, con toda sinceridad, ¿la última vez también hubo compra de votos? Tengo que saberlo.

Kovács sonrió.

—No, puedo asegurarle que no cobraron ni un céntimo para que fuera elegido el señor conde. Puede estar tranquilo al respecto.

Naturalmente, conocía bien la historia de las elecciones; había oído maldecir a Ázbej y Cseresznyés. Debía contestar la pregunta, pero no quería meterse en los asuntos sucios de Ázbej, quien sin duda intentaría vengarse si se enterara de que le había contado al joven conde sus secretos.

Abády se alegró de oír que el dinero no era la explicación a los extraños sucesos que habían rodeado las elecciones. Quiso agradecerle a Dániel Kovács su buena voluntad y sus servicios.

—Le agradezco mucho, señor notario, sus consejos y el trabajo que hace por mí. Veo que trabajo no le falta —dijo señalando las dos pilas de actas sobre el escritorio.

Kovács hizo un gesto de resignación:

—Ya estoy acostumbrado. Llevo diecisiete años en el oficio. El notario municipal es el burro de carga de la administración pública —continuó riendo—. Todas las leyes, disposiciones y reglamentaciones aprobadas por el Parlamento, el gobierno, los ministros, el condado, el vicegobernador o el fiscal pasan por aquí y engrosan nuestra tarea. Los que arriba dictan las leyes no piensan en el trabajo que provocan aquí abajo. Aunque trabajemos como desesperados, no hay notario que no tenga trabajo atrasado. Siempre estamos bajo la espada de Damocles. Así, ¿qué importa ya la poca faena que me pueda dar la cooperativa?

—Le estoy realmente muy agradecido —dijo Bálint, y estrechó calurosamente la mano del notario—, y me gustaría devolverle el favor con lo que sea.

—Gracias, señor conde —contestó el notario—, pero de momento no tengo nada que pedirle. Es posible que en otra ocasión sí, pero de momento no. Lo hago para servir al pueblo.

Se despidieron, y Abády se fue a ver al pastor. Por el camino pensó en el tremendo trabajo que tenía un notario y en lo distinta que era realmente su situación

de lo que había leído en los libros cuando estudiaba para obtener el doctorado en la universidad de Kolozsvár.

Dániel Kovács se quedó en el umbral, mirando a Abády hasta que entró en la casa del pastor. Volvió a su despacho y, como había anochecido, encendió la lámpara de petróleo. «No es mala persona este conde, no es mala persona —pensó—. Es bueno, pero no sabe nada de la vida. Es como un niño. Pero yo no voy a dejar que abusen de su buena voluntad». Volvió a ponerse las gafas y sacó la siguiente acta:

*«Se avisa que Domokos Kacsá, alias “Kukuj” o “Burbura”, criminal y vagabundo empedernido está en Lélbánya. Dispongo que se confirme este aviso dentro de 48 horas, en caso contrario...».*

Durante las siguientes semanas Bálint visitó el distrito dos veces más. La primera para acompañar al representante del Centro Nacional de Cooperativas, y la segunda para asistir a la asamblea constituyente, que fue mucho mejor de lo que había esperado. En esta ocasión reinó un ambiente de comprensión y seriedad, se notó el trabajo silencioso y decidido de Dániel Kovács, el notario, para preparar el terreno.

Algunos ya habían propuesto que la cooperativa tomara la casa del sastre, pero la mayoría todavía estaba en contra. Fue una suerte, porque respecto al arrendamiento de la casa solariega, la madre de Bálint había mostrado una resistencia inesperada.

—Me ha dejado realmente atónita —dijo la señora Abády, después de haber despedido a las señoras Baczó y Tóthy, mientras tomaban café—, realmente atónita que no me hayas dicho nada sobre tus planes para la casa de Lélbánya. Me he enterado por la carta que ellos me han enviado. ¡Tú no me has dicho nada, me lo contó aquella pobre gente!

Bálint se excusó diciéndole que no lo había querido mencionar hasta que no viera el edificio, hasta que no supiera si su plan funcionaría o no. De momento, no había nada que hablar.

—No es eso lo que importa, sino que has actuado a mis espaldas. Me parece muy mal, muy mal. El sastre y el carpintero me han enviado una carta. Aquí la tienes. —Sacó un sobre de debajo de la gran taza de laca china donde guardaba la labor de aguja.

«Distinguidísima señora condesa: Le suplicamos a su señoría, arrodillados humildemente...», decía la carta, repleta de adulaciones y zalamerías. Contaban que siempre habían sentido un enorme respeto por la condesa y su noble familia y que no entendían por qué ahora se veían amenazados con perder su trabajo y acabar en la calle con sus hijos pequeños. Ellos, que cuidaban la casa con esmero, no se merecían eso. Siempre habían pagado, cuando les era posible, puntualmente. Pero tenían tantos gastos que vivían en la pura miseria. Y ahora, además, les obligaban a vagabundear por el mundo. Y así, la carta insistía una y otra vez sobre lo mismo.

—Esta gente miente —dijo Bálint después de haber leído la carta—; la casa y el jardín están casi en ruinas debido a su descuido. Lo he visto con mis propios ojos. Además, le pregunté a Ázbej y dice que el carpintero hace tiempo que no paga y que el sastre es un tipo sucio. Quería echarlos a los dos.

—Ázbej no tiene ni voz ni voto en este asunto —contestó la señora Abády con prepotencia—. Él hace lo que yo le digo. No voy a dejar a esa pobre gente en la calle. Nunca consentiría tal cosa. Cuando todo sea tuyo, haz lo que te dé la gana; pero mientras yo viva, aquí no soplarán nuevos vientos —terminó, y sus ojos saltones echaron chispas de ira.

—Querida madre, no me hubiera imaginado...

—Bien, bien, dejémoslo estar. No quiero discutir más. La próxima vez harás el favor de consultar primero conmigo, y después actuar.

Ese fue el primer enfrentamiento entre Bálint y su madre. Abády entendió que tenía que andar con pies de plomo en todas las cuestiones tocantes a la administración de los bienes. Por eso, cuando dos semanas más tarde el guardabosques —el viejo Kálmán Nyiressy— le informó de que había encontrado los antiguos planes de explotación de los neveros, fue inmediatamente a ver a su madre. La señora Abády se alegró mucho:

—¡Claro que me acuerdo! Los encargó tu padre, pobrecito; pero desde entonces no había vuelto a oír hablar de esos planes; no sabía qué había ocurrido con ellos finalmente y los olvidé por completo. ¡Qué bien! Tráemelo todo para que lo repasemos juntos, y cuando vayas a Budapest infórmate de qué podríamos hacer con los neveros.

El tiempo pasó y despuntó la primavera. Mientras estuvo en Kolozsvár, Bálint fue a ver a Adrienne todos los días. Cada día llegaba un poco más tarde, casi al anochecer. Caminando por la avenida Monostori le asaltaban las dudas. «¿Qué pretendes con Adrienne? ¿De qué sirve todo esto? ¿Quieres cadenas de verdad? No es una aventura fugaz, como han sido todas hasta ahora. Se trata de un compromiso, una esclavitud de muchos años. Quieres ser libre, independiente y autónomo, vivir la vida sin ataduras. Entonces, ¿para qué? ¿Adónde puede llevarte este juego? Hay muchas mujeres en el mundo, ¿por qué quieres justamente a esta, tan peligrosa para ti?».

Había otra voz interior que lo criticaba, le hablaba con cinismo, burlándose de él: «Eres un tonto, un imbécil», decía riéndose del moralizador discurso anterior. Se burlaba de Bálint, que era demasiado inepto para acabar de una vez por todas con ese juego pueril de caricias. «¡Te comportas como un colegial adolescente!».

Una tarde crepuscular, después de haberle dado muchas vueltas, decidió hacerle caso a esa voz crítica. Estaban sentados delante de la chimenea, Adrienne descansaba en sus brazos.

Estaban hablando sobre el amor —como tantas veces habían hecho—, discutiendo teorías objetivamente. Las frases de Bálint encubrían su intención oculta; en cambio, Adrienne hablaba con indiferencia, argumentando fríamente, como si se tratara de pintura, escultura o literatura. Además, planteaba ideas muy radicales, como que el matrimonio era una institución obsoleta, que nada debía limitar la libertad del ser humano, que cada uno podía hacer con su cuerpo lo que quisiera —era un derecho inalienable y eterno— y que cada uno debía decidir según el libre albedrío. «Cada cual debe hacer lo que desee, aunque resulte incomprensible y



destruya su vida para hacerlo, si es eso lo que le apetece, no soy nadie para juzgarlo. Cada uno tiene que seguir su naturaleza...». Criticaba acaloradamente los prejuicios sociales; en sus palabras latía la desilusión de su matrimonio. Bálint la animó a seguir con sus argumentos, mientras preparaba el ataque dándole besitos en el cuello, donde terminaba el fino vello de la nuca y la piel adoptaba la tersura del melocotón. Le embriagaba su olor, tan femenino. Al final, cuando ella se calló un momento, la estrechó contra sí fuertemente y, empujándola con los hombros, intentó tumbarla. Apenas comenzó el ataque, apenas empezó a buscar sus curvas con la mano, el cuerpo de la mujer se quedó rígido y, rápida como una pantera, se liberó de él y se puso en pie. Se refugió detrás de la columna de la chimenea y, en posición defensiva, lo miró con odio y sorpresa.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó indignada con los labios torcidos por la ira—. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo?

Bálint, todavía sentado, agachó la cabeza:

—¡Perdóneme! Por favor, perdóneme... —balbuceó, e intentó esgrimir una mentira: que se había resbalado y quiso agarrarse, que había sido pura casualidad, que no quería nada... nada.

Adrienne lo miró muda y ofuscada, y no le contestó. Solo volvió a sentarse en la manta tras escuchar las largas excusas y las humildes palabras de Bálint. Sin embargo, no se sentó cerca de él, sino enfrente. Mantenía la barbilla levantada, las piernas encogidas; se notaba que sus músculos estaban tensos, como si estuviera dispuesta a saltar en cualquier momento. Probablemente, no creyó nada de cuanto dijo Abády. Después de haber hablado sobre cosas sin interés durante media hora, la conversación comenzó a decaer. Al despedirse Bálint, Addy le dio la mano, pero a la pregunta de si al día siguiente podía ir a verla, le respondió que tenía que visitar gente en la ciudad y no estaría en casa.

—Por lo menos, ¿podría acompañarla de una casa a otra, para poder verla? —preguntó Bálint.

—Bien. Puede. Pero todavía no sé el orden, ni tampoco la hora...

Así se separaron aquella tarde.

Bálint estaba muy disgustado consigo mismo. En su alma luchaban dos voces: una despectiva, que le acusaba de haber sido un cobarde y un torpe. Si la hubiera agarrado firmemente sin pensar en ella, habría podido tenerla. «Pero tú siempre vacilas tanto. Y si se enfada, pues ya se le pasará. Y si no, pues al menos la habrías tenido una vez». La otra voz, más fuerte, lo culpaba por el intento. Era innegable que habría sido un acto feo y carente de placer, humillante para ambos. Habría ido en contra de su naturaleza, en contra de la atracción y la comprensión mutuas que sentían, que no eran amor —¡claro que no!—, sino un profundo aprecio, respeto y simpatía. Sí, era eso, simpatía, simpatía intensa. No valdría nada haberla tenido una vez. Ella, de

carácter rebelde, indómito, no querría verlo nunca más, no le perdonaría nunca la humillación de haberla forzado. Nunca volverían a disfrutar de esas bonitas tardes de magia encantadora y con un ligero toque amargo. Nunca volverían esos momentos irreales, las pequeñas libertades que le permitía esa mujer ingenua: el abrazo fraternal, las caricias y los mimos, los besos en el cuello, en los hombros, por encima de la rodilla a través de la ropa y en sus labios carnosos. Besos que la dejaban fría, imperturbable, mientras él se tensaba como un arco, debido al acuciante deseo. Maravilloso y desconocido era también el placer de la eterna espera. Generalmente, cuando salía de casa de Adrienne se sentía embriagado y feliz por ese placer... pero aquel día salió triste y deprimido. Solo deseaba una cosa: volver a aquel paraíso, aunque nunca tuviera la posibilidad de coger el fruto del árbol de la sabiduría.

Al día siguiente, a primera hora de la tarde ya estaba sentado en la terraza del Hotel New York, en una esquina de la plaza del Rey Mátyás. Había pedido un capuchino; un buen pretexto para quedarse un rato. Hacía sol, pero la primavera todavía era fría y no había nadie sentado fuera; sin embargo, desde allí Bálint podía vigilar la plaza mayor. Esperó un buen rato y por fin vio a Adrienne llegar a paso largo. Abády se apresuró a saludarla.

Addy parecía estar de buen humor, como si el enfado del día anterior hubiera desaparecido.

—¿Es preciso que vaya a hacer las visitas de inmediato? —preguntó Bálint—. ¿No le apetece dar una vuelta? ¡Hace un día precioso!

Adrienne aceptó la propuesta.

—¿Sabe adónde podemos ir? —dijo—. Al Házsongárd. Desde allí la vista es magnífica. A menudo subo yo sola.

Házsongárd era el cementerio de Kolozsvár, que había recibido su nombre de la antigua montaña Hasengarten. Subieron por un camino abrupto, adoquinado. Alrededor yacían lápidas, sepulcros de burgueses, mausoleos de familias ricas. El césped reverdecía, adornado con las estrellas rosas de la hierba belida y con los pompones amarillos, diminutos, del diente de león, como si de las tumbas seculares hubiera nacido una vida más rica que la de los otros jardines. Mientras ascendían por la fuerte pendiente no hablaron mucho. Llegaron a la cima, donde terminaba el cementerio y, aunque hacía mucho viento, se sentaron en un túmulo.

La vista era realmente preciosa. Abajo se alzaban los tejados rojizos de un sinfín de casas. Los muros del castillo, que no se veían desde la ciudad, serpenteaban entre los patios, interrumpidos de vez en cuando por los baluartes. La ciudad se doraba al sol. La torre de la iglesia de San Nicolás parecía ligera, inmaterial; la fachada de la iglesia de la calle Farkas brillaba a la luz primaveral. Detrás se levantaba la colina que recibía el exagerado nombre de Alcázar y que dividía en dos el panorama, apoyando su enorme panza entre los valles claros y azules de los arroyos Nádas y

Szamos. Arriba, los neveros de Gyalu arrojaban su sombra morada; abajo zigzagueaba el río describiendo curvas doradas hacia el norte; y por el este la colina de Tarcsa descansaba en el valle. La primavera cubría los prados con su aliento verde y en el cenit cobalto bailaban borregos blancos, como si el cielo hiciera pastar a sus corderos de nácar en el aire.

—Es precioso, ¿verdad? —preguntó Addy.

Bálint no contestó, miró el paisaje en silencio.

Sin mover la cabeza, le dijo en broma:

—He pensado mucho en usted y he hecho un descubrimiento, Addy.

—¿Un descubrimiento respecto a mí? —preguntó la mujer.

—Me he dado cuenta de que usted es una impostora peligrosa.

—¿De verdad? Nunca me habían dicho nada tan halagador —dijo ella riendo.

—Así es. Usted habla del amor como si supiera mucho, cuando en realidad no tiene ni idea. Hay profesores —continuó riendo para quitarle importancia a sus palabras— que describen el mar, o los icebergs, o la jungla sin haber salido nunca de sus cuatro paredes. Todo lo han leído en los libros. Son como usted. Y es muy peligroso... para los demás. Es engañoso. Para colmo, sus labios, sus ojos y su cabello negro son cómplices de la farsa. Mienten al decir que usted es... una mujer, ya que no es otra cosa que una niña ignorante que no tiene ni idea de qué está hablando, aunque dé la falsa impresión de que lo sabe todo. Así me imagino a las esfinges griegas: mitad mujer, mitad... monstruo. ¡Una esfinge que no sabe la respuesta a su propia pregunta es todavía más peligrosa para el viajero!

La piel marfileña de Adrienne se ruborizó. Hasta ahora nadie se había dado cuenta de su inexperiencia en el amor, lo que la hacía sentirse diferente de sus amigas. Cuando ellas le contaban sus intimidades, ella callaba porque se sentía más pobre, más huérfana. Le daba mucha vergüenza, por eso intentaba disimular sus carencias y no decir nunca nada.

Para esconder su rubor, se tapó con las alas del sombrero como si se protegiera del viento.

—¡Monstruo de ojos amarillos! Suena muy mal, ¿verdad? Pues así la llamaré desde ahora, como recuerdo de esta tarde.

Adrienne entendió que no se trataba de la tarde de ese día, sino del anterior, y al recordar el ataque volvió a sentir que la embargaba la ira. Solo duró un momento. Pensó que Bálint había dicho todo aquello solo para justificarse. Había querido darle a entender que ella era diferente de las demás mujeres y que, aunque fuera tan ingenua y cándida, sospechaba que una mujer que realmente sintiese amor no se hubiera rebelado, no se hubiera ofendido tanto como ella.

Bálint cambió de tema.

—Los sauces ya han reverdecido y los álamos rebrotan. ¿Ve? Llevan velos amarillos. La próxima semana saldrán las hojas.

—¡Qué bonito!

—*El despertar de la primavera*, la obra de Wedekind. ¿La conoce?

—Sí, la he leído. Es interesante, curiosa, novedosa.

Charlaron unos minutos sobre literatura y comenzaron a descender. El viento azotaba la falda de Adrienne, que se pegaba a sus muslos por delante y por detrás ondeaba como una bandera.

Bálint se acordó de la Diana del Louvre, con su paso largo y triunfante...

Los siguientes días volvieron a pasear. Solo la tarde del tercer día permitió Adrienne que Bálint fuese a su casa porque este se iba a Budapest. El Parlamento había sido convocado para discutir las propuestas que presentarían al emperador. Se iba en el expreso de medianoche; era la última tarde para verse.

—Bien, venga a verme, pero como hasta ahora, ¿de acuerdo? —dijo Addy en tono grave y con mirada severa.

Cuando Bálint llegó y se sentaron delante del fuego como siempre, ella se entregó al abrazo con más entusiasmo que hasta el momento. Le ofreció sus labios con un gesto, como si le dijese: «Yo no puedo darte más; esto es todo, y te lo doy de corazón, pero no debes pedir más». Se besaron mucho más y hablaron menos. Se separaron. El cabello de Adrienne quedó como el de un animal indomable, se le rizó formando espirales locas y tuvo que arreglárselo. Adrienne, con la espalda recta, volvió a ponerse las horquillas en el pelo, mientras Bálint admiraba recostado su esbelta cintura y el arco de sus brazos peinando el pelo.

En ese momento se abrió la puerta de la habitación y entró Pali Uzdy.

Llegó en silencio absoluto, sin hacer el menor ruido. Con sus pasos acompasados se fue hasta la chimenea, allí dio la vuelta, se irguió y sin saludar preguntó:

—¿Qué hacen a oscuras?

—Charlamos —contestó Addy casi retadora.

—¡Claro! ¡Por supuesto! ¡Por supuesto! Bien, bien. Estupendo —dijo Uzdy muy despacio, con grandes pausas entre las palabras. Sonrió irónico mientras su mirada aguda repasaba los cojines dispersos. Algunos todavía presentaban la marca de un cuerpo, se notaba que alguien se había apoyado en ellos durante mucho tiempo—. De arte, ¿verdad? Por supuesto. ¡El arte, la cultura! Son muy interesantes. Yo desgraciadamente no sé nada de esas cosas. No tengo tiempo para dedicarme a ellas. Ahora vengo de Almáskő. Tengo mucho trabajo, mucho. —Desde lo alto se dirigió a Abády—: No sabía que estuvieras aquí, si no ¡no me hubiera atrevido...!

Soltó una carcajada ligera y se atusó el menudo y largo bigote. A la luz de las brasas parecía una criatura diabólica de piernas largas, negras, contra el resplandor carmesí; su figura larguirucha, de hombros caídos, se elevaba por encima de ellos. Se balanceó sobre sus tacones bien juntos; como si fuera un espectro, se bamboleó en el aire calentado por el fuego. Tenía la mano derecha escondida bajo la chaqueta.

«Ahí es donde guarda la Browning —pensó Bálint recordando la imagen de Uzdy

disparando en el casino—. Podría sacarla ahora mismo y matarme. Pero no voy a contestarle». Lanzó una mirada a Uzdy riendo, para que no creyera que le temía.

—Ya está todo hecho en Almáskő. Si le parece bien, querida, la semana que viene nos mudaremos a la finca.

—Bien —dijo la mujer—, solo necesito un día para hacer las maletas.

—¿Tú no querrás venir? Creo que te gusta la caza. Dicen que mis bosques están llenos de ciervos estupendos, no lo sé. No entiendo de caza. Pero es lo que dicen. Podrías cazar un par de corzos, si eso te divierte. —Y volvió a reírse sin razón aparente—. Corzos, sí, un par de ellos —repitió—. No es más que un juego, pero hay gente a quien le gusta...

—Gracias por la invitación, pero esta noche tengo que volver a Budapest: han convocado el Parlamento.

—¡Oh, claro! ¡Por supuesto! ¡El Parlamento! ¡La política! Tampoco entiendo mucho de política, viene a ser otra clase de deporte. ¡Deporte! Pues cuando vuelvas, ¿porque volverás, no?, será un placer tenerte entre nosotros. ¿Verdad, Adrienne? ¡Un placer! Un placer para los dos. No es que mi casa sea tan lujosa, tan magnífica como Dénestornya... pero te recibiremos de manera igualmente hospitalaria... ¿Verdad que tengo razón? Con la antigua hospitalidad húngara.

—Les visitaré sin falta cuando vuelva —respondió Bálint— y, si me lo permite, llevaré mi Schönauer para cazar.

—No hará falta, tengo excelentes escopetas, porque a menudo practico el tiro al blanco. Puedo prestártelas, pero si te gusta más la tuya, tráetela. ¿Verdad que sí, querida?

—Naturalmente —dijo ella secamente. Tal vez sentía vergüenza por la ironía de su marido.

—Cuento contigo. No te invito por compromiso. ¡Oh, no! No lo creas. El correo nos llega hasta Nagyalmás, envía un telegrama para que podamos mandar un coche a recogerte a Hunyad.

—Cuando vuelva, les avisaré.

—¡Hasta la próxima! ¡Hasta la muy muy esperada próxima vez!

Uzdy dio un paso hacia delante, con sus largos dedos agarró la cabeza de su mujer como si fuera un globo, la giró hacia él, se dobló bruscamente y le dio un beso en la frente.

—¡Adiós! ¡Quedaos tranquilos... y hasta la próxima!

Llegó a la puerta; no se volvió para despedirse de nuevo, sino que salió y cerró la puerta con tanto cuidado que la cerradura apenas hizo ruido.

Durante unos minutos Adrienne y Bálint quedaron sumidos en el silencio. Abády, impresionado por las insólitas y ambiguas palabras del marido, pensó sin querer que la invitación de Uzdy escondía alguna oscura intención: tal vez provocar «un accidente» en el bosque. No era un plan descabellado, una escopeta podía dispararse por descuido... Fue una idea fugaz. Adrienne se puso a su lado, lo abrazó y escondió

la cara entre sus hombros. Bálint la estrechó contra sí y se dio cuenta de que ella lloraba. Era un sollozo mudo. Bálint sintió las convulsiones del llanto, y Adrienne lo abrazó con más fuerza. Lloró largamente. Bálint tuvo miedo de que la doncella entrara para encender la luz, pero fue imposible apartarla. Se quedó pues, con Adrienne en los brazos.

—Addy, querida Addy... —repitió una y otra vez, mientras le hacía mimos como a una niña desesperada. Sintió a lo largo de su cuerpo la figura cálida de la mujer, sus pechos, sus muslos contra él. Sin embargo, ello no despertó en él otro deseo que tranquilizarla, consolarla, convencerla de su amor incondicional. Solo pretendía hacerle entender que estaba a su lado y que era un amigo fiel. Se quedaron largo rato abrazados como dos huérfanos. Al final, Adrienne se levantó.

—Perdóneme... perdóneme... —susurró con una voz apenas perceptible y, sentada sobre sus piernas, se arregló el pelo—. Perdóneme... yo no suelo... —volvió a decir—, me da vergüenza... de verdad.

Bálint no pudo contestar, estaba demasiado emocionado. Cogió la mano de Adrienne y, acariciándola, le dio un beso.

—Addy, mi monstruo, mi querida...

Adrienne sonrió débilmente.

—Sí, tiene razón —dijo y se calló—. ¿Se va esta noche?

—Sí. Tengo que marcharme. Aunque ha sido tan bonito...

—Sí. Muy bonito.

Se dieron un último abrazo tranquilo, fraternal.

Bálint salió de la habitación, pero se volvió para lanzarle una última mirada desde la puerta. Adrienne estaba sentada en los cojines. El fuego se había apagado y, en la oscuridad, apenas pudo vislumbrar el gesto de despedida de su mano que, luego, volvió a caer, resignada, en su regazo.

Cuando en la galería se puso el abrigo, se dio cuenta de que tenía el hombro derecho totalmente mojado por las lágrimas de Addy. Se fue a casa muy despacio. Dio un rodeo para que el paseo durara más. No sentía más que compasión y un afecto profundo.

En la noche húmeda, la luz de las farolas esparcía su brillo en círculo, como si a través de su resplandor se viera un arco iris de lágrimas.

## **CUARTA PARTE**

Desde mediados de carnaval, László Gyerőffy ocupaba el puesto de primer bailarín. En aquella época era un puesto de gran importancia en la alta sociedad: las madres de las debutantes que daban un baile le consultaban todos los detalles; el éxito de la noche dependía de su habilidad y atención, de sus ganas de bailar, de su capacidad para animar la velada y crear un ambiente relajado, de su discreción; y un *cotillon* movido, pero bien organizado, dependía de su creatividad. Dependía de si tenía ideas nuevas, si era incansable, si tenía autoridad frente a los gitanos y, sobre todo, si tenía suficiente capacidad de persuasión para que los más tímidos se decidieran a participar.

Gyerőffy había heredado el puesto de Ede Illésváry, que a mediados de enero se había prometido con su novia y había dejado de ser primer bailarín. En parte le correspondía, puesto que desde hacía tiempo era la mano derecha de Illésváry, pero eso no habría sido suficiente. Si no hubiera crecido su valor social solo habría llegado a ser un bailarín más —como en los años anteriores—, un pariente de los Kollonich y los Szent-Györgyi, un número, no un nombre, al que podían sacar de la fila cuando una muchacha se quedaba sin pareja para el *cotillon*. Para llegar a ser primer bailarín se necesitaba, además, ser respetado y ser un muchacho de buena posición.

Se había ganado el suficiente respeto de la siguiente manera: una noche de principios de enero hubo una juerga con gitanos en un palco separado del casino. Péter Kollonich y Kristóf Zalaméry se divertían allí todas las noches, más o menos a partir de las once. Fue Péter quien invitó a su primo, porque las mujeres que iban a acudir —dos *cocottes* del teatro de variedades— solo podían llegar sobre las doce, después de haberse desmaquillado y cambiado de traje. Mientras tanto a los hombres les apetecía un poco de música, y nadie sabía animar el ambiente como «el querido Laci».

Había varios jóvenes en la compañía: el séquito de Zalaméry, que ya vivía por su cuenta, tenía una gran fortuna e invitaba siempre a todo el mundo. Entre ellos estaba Wülffenstein. Bebían mucho champán, y grandes cantidades de coñac en copas enormes como platos. Tras llegar las muchachas bailaron durante horas, en pareja o ellas solas moviendo coquetamente las faldas, y cotillearon sobre los flirteos de la alta sociedad.

Gyerőffy se aburría como una ostra. Dado que raras veces formaba parte de aquel grupo, no sabía quién era quién ni de qué iban los chismes. Se sintió marginado e inferior, como siempre que se reunía con gente. Por consiguiente, bebió mucho para embriagarse. Un poco más tarde miró el reloj: ¡ya eran las dos! Desde que había vuelto de Simonvásár iba a la Academia de Música diligentemente, no solo por



ambición propia, sino también por Klára, para ser digno de ella, para merecerla. «A las ocho de la mañana tengo que estar en la academia, ya es hora de volver a casa», pensó. Fue fácil escaparse del oscuro palco, en cuyos sofás las muchachas cuchicheaban con los hombres.

Tuvo que cruzar el patio para recoger el abrigo que había dejado junto a las escaleras. Al salir, el aire helado le golpeó la cara. Sintió que había bebido más de lo normal, y enderezó los pasos para no tambalearse.

En las escaleras preguntó a los húsares del guardarropa si el casino tenía un simón, ya que si volvía caminando hasta casa se bañaría bajo la lluvia primaveral.

—No hay ninguno —dijeron—, acaban de llevárselos. Volverán pronto.

—Pues esperaré arriba. Avísenme cuando hayan vuelto.

La primera planta estaba vacía; las bombillas de las arañas, medio apagadas. Al cruzar las salas oscuras vio luz al final de las escaleras interiores: había gente en el salón de juego. No era la primera vez que subía; había estado allí en un par de ocasiones, observando con indiferencia el juego, mientras abajo hablaban de política —que no le interesaba en absoluto—, de carreras o de agricultura; de temas que le eran ajenos. Por eso, de vez en cuando, se quedaba una hora mirando el juego.

Ahora se jugaba una gran partida de bacará.

Había nueve personas alrededor de la mesa. László se quedó en el lado opuesto de «Neszti» Szent-Györgyi, mirándolo de frente: le gustaba observar a aquel magnífico jugador. Ernest, o Neszti, era primo segundo de Antal, el tío de László. Se parecían mucho: tenían la misma estatura; los dos eran altos y flacos como galgos. También tenían la misma nariz delgada y los mismos ojos grises de mirada fría. Sin embargo, Neszti no llevaba el bigote corto, sino largo y ligero, como los galos rubios, aunque el suyo era negro y le daba un toque amargo a su cara. Tenía la piel muy pálida, como apergaminada, desde arriba hasta la afeitada barbilla de matiz azulado, tal vez porque hacía vida nocturna; las mejillas, la frente, la calva reluciente tenían el mismo color del mármol amarillo, pulido. Estaba soltero y poseía una fortuna gigantesca. Tenía unos cincuenta años, que valían por cien porque había aprovechado cada momento: había disfrutado de su fortuna, su distinguido apellido, su buen aspecto y su excelente salud tanto como había podido. Había cazado tigres en la India, leones en Sudán, zorros en Inglaterra y en Francia; su yate navegaba por la Riviera francesa, y no había carrera donde faltaran sus caballos. Las mujeres se volvían locas por él, pero ninguna había podido captar su atención, aunque había tenido varios duelos por amoríos, lo que consideraba una especie de deporte, algo que formaba parte de su agitada vida; y como aparentemente nada hacía mella en él —ni la pasión, ni el miedo—, nunca le había pasado nada serio. Era perfecto a su manera, la quintaesencia de la sociedad finisecular, un mundano modélico.

Era la máxima autoridad en cuanto al comportamiento de un *gentleman*. Su lacónico veredicto era decisivo; sabía emitir juicios sin necesidad de abrir la boca. En esas ocasiones su monóculo, que tenía vida propia, como si fuera un órgano aparte,

hablaba por él. Lo llevaba cogido con una cadenita casi invisible, y con él expresaba gran variedad de emociones: sorpresa, ironía, atención, piropos, seriedad. Si lo dejaba caer podía significar: «Considero el asunto acabado» o «Eres un animal, amigo»; y muchas cosas más, desprecio o interés, según la frase que acabara de pronunciar su interlocutor en el momento de la caída del monóculo. Era el símbolo de su poder, su cetro real.

Alrededor del velador, iluminado por una lámpara de pantalla verde, había ocho hombres más: Ödön Illésváry, «Dönci», hermano menor del ex primer bailarín; el menudo János Rozgonyi, famoso criador de caballos *trapper*; y Zénó Árzenovics, un millonario de Bácska. Ellos, junto con el conde Neszti, jugaban fuerte. Además había cinco personas que hacían apuestas menores, sin participar en los envites de mil coronas libradas por los cuatro primeros; solo de vez en cuando aceptaban algún gran desafío.

Gedeon Pray era, de todos, el que iba a los envites más pequeños. Dado que no tenía fortuna alguna, los demás no se tomaban a mal que, cuando la baraja llegaba a sus manos, solo pusiese una ficha de cien coronas, ni que nunca se arriesgara a aceptar los desafíos a no ser que hubiera ganado mucho o estuviera seguro de que los otros no tenían su noche. En esas ocasiones hinchaba sus mejillas gordinflonas de cura, bien afeitadas, cerraba los ojos inquietos como si estuviera rezando, y cuando menos se lo esperaban decía: «Banca». Esto no era muy frecuente, pero se sabía que cuando Gedeon Pray decía «banca», no valía la pena poner más cartas. Era seguro que ganaría.

Gyerőffy se sentó en una butaca entre Dönci Illésváry y el enano Rozgonyi. Escuchaba parsimoniosamente la monodia de los jugadores: «Pongo», «banca», «*en cartes*», y el tintín de las fichas de nácar y marfil. Los grandes jugadores tenían un depósito en manos del mayordomo, y sacaban las fichas a cuenta del mismo. Los que no tenían depósito, firmaban un pagaré, puesto que todos los socios del casino tenían un crédito de cinco mil coronas, pero había que subsanar la deuda en cuarenta y ocho horas.

László los escuchaba sin decir palabra y sin interés: allí, como en todas partes, era un extranjero. De todos modos, se sintió bien por estar acompañado, por poder contemplar el juego sin sentirse molesto. Allí se estaba mejor que abajo; en el palco separado se había sentido inferior: no era un invitado igual a los demás, sino un instrumento de música, como los cíngaros. Antes lo había tolerado con resignación; estaba acostumbrado a tal trato por ser huérfano, por no tener casa. Hasta ahora había aceptado su destino, pero desde que tuvo a Klára entre sus brazos, en Simonvásár, entre la hoja de la puerta y la cómoda, sentía algo diferente. Se rebelaba contra las palabras de benevolencia despectiva, cuando le decían, como esa noche, «Ven tú también»; cuando le mandaban tocar el violín, cuando le pedían que hiciera bailar a las *cocottes*. No aguantaba ese tono paternalista, no podía tolerarlo. No era digno de él, no era digno del elegido, del privilegiado de Klára, de aquel al que ella le había

dado su boca. Se mareaba solo de pensar en aquel beso —que era como un fruto maduro, soleado, caliente y carnoso—, y guardaba ese recuerdo en su corazón como si en secreto llevara el mayor diamante del mundo. No podía, no debía tolerar que el guardián de aquel tesoro no fuera el primero en todo. Esa noche, después de la juerga, después de las abundantes copas de coñac y de champán, con la sangre hirviendo, oyó con más intensidad la voz que le urgía a ser el primero. Estaba sentado junto a Illésváry con aparente tranquilidad y modestia, pero su pecho reventaba de orgullo y de coraje.

El minitrineo de caoba que servía para pasar la baraja llegó a Zénó Ársenovics. Antes de repartir las cartas, recorrió un fajo de billetes de quinientas y mil coronas dentro de la línea blanca, y dijo: «*Faites vos jeux!* ¡Hagan juego!». Echó una mirada desafiante, levantó la nariz ganchuda, afilada, que junto a su cresta de pelo negro como el hollín que no conseguía alisar con la brillantina, le había valido el apodo de «Cacatúa Negra». Con sus ojos de sapo, esperó a que los demás respondieran al desafío. Era una farsa para sorprender a los tres o cuatro mirones que permanecían sentados detrás de los jugadores en sillas altas. Ársenovics tenía que velar por su fama, su nimbo de jugador fuerte, por eso envidaba a lo grande; nunca se vio obligado a promediar o retirarse. Actuaba así por principio, tal como les explicaba a veces a sus humildes adoradores. Los jugadores apostaron unas doce mil coronas. La banca sacó un nueve.

—La banca son veinticuatro —dijo Zénó después de sacar las dos pilas de fichas de nácar. Con el cigarro en la boca preguntó—: Son veinticuatro, ¿quién lo ve?

Delante de Dönci Illésváry ya solo había un único billete de quinientas coronas. Había perdido mucho; pensó que si le salía bien, podría subsanar sus deudas; y si no, ya sablearía a su hermano fideicomisario, Ede. Golpeó la mesa, lo que significaba que había copado la banca. Zénó volvió a sacar nueve; Dönci pidió un trozo de papel al mayordomo y apuntó la suma. De aquí en adelante, los que jugaban contra la banca hicieron envites cada vez más bajos: ocho mil, cinco, tres, y más tarde, solo mil o dos mil. Lo hicieron con desgana porque no se consideraba correcto despreciar con apuestas tan ridículas al que estaba ganando. Volvieron a envidar más fuerte, esperando que se acabara la ronda, el *passe*. Pero no se acababa. Ársenovics hizo ganar a la banca dieciocho veces; ya todo el mundo estaba desangrado.

—*Pour faire marcher le jeu!* ¡Para que vaya bien el juego! —dijo Neszti Szent-Györgyi, y con sus dedos largos y bien cuidados empujó al centro del círculo blanco dos fichas de nácar de dos mil coronas cada una. Fue el único jugador. Zénó volvió a ganar.

—¡Ya ha ganado diecinueve veces! ¡Lo he anotado! —dijo Pray refunfuñando—. ¡Nos matará a todos!

Fue el único que se quejó, aunque durante la ronda solo había arriesgado una sola ficha de cien coronas, y la había retirado antes del reparto. Dijo que era una farsa, que le gustaba fingir que perdía. En ese momento subió las escaleras Frédi Wülffenstein;

sus pasos, a pesar de la tupida alfombra, resonaron por el salón. Pensaba que era el estilo inglés de andar, además llevaba los codos exageradamente abiertos porque había bebido bastante.

Se paró detrás de László.

Árzenovics hizo una pila perfecta con sus fichas, y levantando su atractiva pero gordinflona cara, preguntó:

—Cuatro mil, ¿quién lo ve?

Wülffenstein le dio un empujón a László en el hombro:

—¡Levántate! ¡Quiero sentarme aquí!

Lo dijo con voz mandona, sin decir «por favor».

Gyerőffy se enfureció. «¿Qué se piensa el engreído este? ¿Quién es para despreciarme de esta manera? ¡No! ¡No!», pensó. No se levantaría, pasara lo que pasase. En fracción de segundos se dio cuenta de que la única manera de poder continuar sentado era entrar en la partida, de lo contrario no tendría excusas para no dejarle su asiento. Por eso, dio un golpe en la mesa y dijo: «Banca». Todo el mundo lo miró sorprendido: era del todo inesperado que jugara a los naipes y que dijera «banca» con una suma tan elevada. Incluso a Wülffenstein se le olvidó insistir.

Árzenovics repartió los naipes. László puso las dos cartas juntas y esperó a que el banquero dijera «*Je donne*». Entonces las levantó para echarles un vistazo, como había visto hacer al conde Neszti. Tenía un seis. Entonces dijo: «*Non*». Árzenovics tenía lo mismo. «*En cartes*», dijo alguien acertada pero innecesariamente. László tiró las cartas cuidadosamente en medio del *panier*, a la fuente de cuero que se hallaba en el centro de la mesa. Hubo otro reparto y volvió a ganar la banca.

—Quiero un crédito —dijo Gyerőffy al mayordomo.

A los pocos minutos tenía el pagaré firmado, sacó el dinero del platillo, y le pasó a Árzenovics cuatro billetes de mil. Este le preguntó:

—¿Quieres jugar el desquite? Tienes derecho a hacerlo. *Droit de suit*.

—No, gracias —respondió László.

—Entonces, levántate —dijo detrás de él Wülffenstein—, te he dicho que quiero sentarme aquí.

Gyerőffy lo miró por encima del hombro, apretó los dientes y le contestó con tranquilidad:

—Me quedo aquí.

—Pero yo lo había dicho antes de que entraras en el juego. ¡Es mi sitio!

Ernest Szent-Györgyi se puso el monóculo y dijo:

—Nadie tiene un sitio concreto hasta que no diga «*Passe la main!* ¡Tengo la mano!»». Es la regla. Y tú no lo has dicho. Gyerőffy tampoco lo ha dicho, pero ya había entrado en el juego.

Wülffenstein no insistió más, porque el monóculo cayó de los ojos del conde Neszti, lo que significaba que su fallo era inapelable. Frédi se retiró a un rincón, y se sentó ofendido. A László le alegró la intervención de Szent-Györgyi, y decidió

continuar jugando. Pensó apostar dos billetes de quinientas coronas: si tenía suerte podría salir del lío, y si no, igual podría pagar las cinco mil coronas perdidas de las siete mil que había guardado para subsanar aquellas deudas acumuladas en su primera juventud.

Zénó perdió el siguiente *coup*, y si László hubiera dejado el juego entonces habría podido recuperar todo el dinero perdido. Esa idea cruzó por su mente como un relámpago, pero nada en la expresión de su cara lo delató. Continuó jugando impassible, como si lo hiciera todas las noches. Su vieja autodisciplina le fue muy útil esta vez, solo tuvo que cuidar una cosa: que los demás no notaran que la pérdida le dolía mucho, que su voz y sus gestos reflejaran calma y tranquilidad. Pronto le tocó ser la banca, aunque parecía tener la suerte en contra.

—*Contrepasse* —comentó alguien innecesariamente.

La banca de László ganó tres veces, y si se hubiera levantado en ese momento, se habría marchado habiendo perdido solo quinientas coronas. Sin embargo, actuó como había visto hacer a los demás: dividió la banca en dos, y sacó dos mil, a pesar de que un criado acababa de avisarle de que había llegado el simón. Perdió los dos mil. Continuó jugando, hizo otra apuesta, ganó, perdió. Volvió a ganar. En un momento dado tuvo delante veinte billetes de mil, pero no se marchó, se quedó jugando. Era agradable jugar, entretenido, pero en absoluto excitante. Para él las fichas solo eran números, no valores. Le parecía un simple juego ponerse delante cuatro o cinco fichas brillantes de nácar, repartir la baraja, perder, ganar. Era tan evidente, tan claro, tan seguro. Eran todos iguales ante la suerte. Los que tenían más, ganaban, los que menos, perdían. Lo más importante era tener el estilo correcto: la cara impassible y los gestos mesurados. Era un juego, una escena teatral, un papel predeterminado. Resultaba agradable porque tal vez era la primera vez que László se sentía aceptado por los demás, sin condiciones.

Al final se levantó de la mesa con ligeras pérdidas; devolvió el dinero con la misma indiferencia con la que lo habría ganado. Si la partida no hubiese acabado a las cinco de la mañana, se habría quedado más tiempo en el casino porque se había sentido a gusto, y le había parecido inverosímil que las fichas, tan fácilmente manejables, representaran tanto dinero. Cambió su pagaré de cinco mil coronas por uno de mil quinientas y se marchó a casa.

El aguanieve había cesado y la escarcha cubría las aceras con agujas de hielo. Volvió a casa con pasos ligeros, sintiéndose muy animado y descansado. Se quitó el sombrero para que le diera el aire. Aunque la borrachera ya se le había pasado, disfrutó del paseo por el bulevar oscuro, cuyas escasas farolas apenas titilaban en la madrugada negra.

Durmió hasta la tarde. Después de vestirse intentó trabajar en una partitura, pero no pudo, sus pensamientos divagaban por los recuerdos de la noche anterior. Dejó la

partitura. «Un día perdido. Mañana lo recuperaré», pensó.

Por la noche fue al casino para pagar las deudas. Se quedó a cenar: un grupo de amigos le ofreció un sitio gustosamente. Lo recibieron de modo diferente al habitual: tuvo la sensación de que lo apreciaban. Le preguntaron su opinión sobre diversas cuestiones, lo que no habían hecho nunca hasta entonces; y cuando hablaba lo escuchaban. Había reconocimiento en sus voces, casi respeto: todos sabían que la noche pasada había jugado a los naipes. Y que había jugado fuerte. Sabían también lo que había dicho el conde Neszti con su voz gangosa cuando László se marchó:

—Este joven Gyerőffy realmente juega con elegancia. *Il a un excellent style*. Pocas veces he visto que un principiante tenga una forma de jugar tan impresionante.

El elogio solo había sido el broche de oro al éxito de László. En resumen venía a decir: «Solo el jugador de cartas es un verdadero caballero». Alguien que era capaz de decir simplemente «banca» a miles y miles de coronas daba muestras de tener modales de gran señor. Un gran jugador lo tenía todo: superioridad, voluntad, calma, decisión rápida, valentía y, lo más importante, despreciaba el miserable dinero. Y era más admirable todavía si lo hacía con elegancia e indiferencia: cuando perdía ponía las fichas en la banca con un movimiento ligero mientras le decía al mayordomo «Un cigarrillo» o «Llame al camarero», como si no hubiera pasado nada. Un gran señor, si ganaba, lo aceptaba con calma, no sonreía, no fanfarroneaba, no se alegraba, no decía más de lo necesario, solo las palabras sagradas: «*Je donne... Non... Faites vos jeux... Les cartes passent... à vous la main...*». El rostro marmóreo, como el del sacerdote en misa: «*Dominus vobiscum...*».

En todo caso, no había nadie que fuera más señor que el jugador de naipes. Vivía a lo grande: le daba igual si la cena costaba ciento veinte coronas o la botella de Bordeaux sesenta. No le importaba invitar a quien fuera, puesto que cada noche perdía o ganaba diez o veinte mil coronas. ¿Cuánto tiempo podía vivir así? Esa era otra cuestión, pero mientras pudiese, era el rey del casino.

Naturalmente, nadie lo había explicado nunca con tanta claridad, pero de una manera u otra todos lo sabían. Los viejos señores que por las tardes se quejaban de «la tremenda irresponsabilidad» de los jóvenes sabían bien que el gran lujo del casino, su excelente cocina y su comodidad, eran posibles gracias a los ingresos que generaba la baraja, pero no por los juegos a los que jugaban ellos, como el *piquet* o el *bésigue*, sino por tentar a la suerte en aquel salón de la segunda planta.

László se lo pasó estupendamente: se tomó una botella de champán entera —en circunstancias normales se lo habría pensado dos veces— junto al Armagnac especial de Zalaméry, que supo degustar como un catador profesional. László se transformaba a ojos vistas. Cuando más tarde subieron al salón, no le faltaron ánimos para sentarse a la mesa de tapete verde. El hecho de que volviera a pedir crédito era señal de que había pagado sus deudas, lo que sus compañeros del día anterior supieron apreciar, y sirvió para afianzar su fama.

Esa fue la clave de su ascenso social; así, cuando a mediados de carnaval el puesto de primer bailarín quedó vacío, László ya había ganado gracias a la baraja el prestigio suficiente para poder ocuparlo, pues era algo muy costoso. Tenía que asistir a todos los eventos, ser siempre el primero, tener un simón a su disposición, comprar ropa a la moda y de corte elegante, disponer para los bailes de dos camisas de frac —si no de tres, porque nada hay más feo que un bailarín sudado—, y llevar diversas flores en el ojal durante los pícnicos y los bailes para señores; debía contar con reservas de champán para la juerga que generalmente seguía a las celebraciones y con dinero para las propinas de los cingaros. Toda la parafernalia costaba mucho; aun así, tal vez no se hubiera preocupado si no hubiese jugado a los naipes: no porque ganara, sino porque solía perder. Los pocos billetes de mil que le permitían vivir sin recurrir a su administrador, se le habían ido de las manos. Desde hacía años conocía a varios usureros, y tenía crédito porque cuando alcanzó la mayoría de edad pagó los intereses sin regatear. Seguramente los prestamistas se habían informado sobre sus propiedades —cuántas eran y dónde estaban— y de momento le facilitaban el dinero necesario, con intereses abusivos, por supuesto. Por eso, si ganaba, tenía dinero de sobra; y si perdía, pedía prestada una suma redonda que le sirviera para cubrir sus gastos personales.

Era un primer bailarín excelente, sabía animar a los participantes, inventaba nuevas figuras para el *cotillon*, y renovaba los bailes tradicionales con ideas extrañas. Introdujo nuevas *czardas*; los cingaros nunca habían tocado tan bien como durante su reinado. Trataba a las madres con empatía y cortesía exquisitas. No solo atendía a las damas más distinguidas que poseían grandes mansiones y daban bailes, sino que también tenía palabras halagadoras para las menos favorecidas, las segundonas que, sin demasiadas ilusiones, llevaban a sus hijas casaderas al baile y aguantaban resignadas, cabeceando junto a la mesa del bufé o pegadas a la pared de la sala de baile, tener que trasnochar. Gracias a sus atenciones, László llegó a ser muy popular.

Desde la cacería no había vuelto a ver a Klára. Le habían invitado a Simonvásár, pero no había ido, sobre todo porque tenía la sensación de que la duquesa Ágnes, su tía, le invitaba por compromiso. «Ven a vernos si no tienes nada mejor que hacer» no sonaba muy esperanzador. Sabía que era una invitación para cumplir con las formalidades, y todavía le dolía la humillación de la señora Kollonich, cuando le mandó marcharse de su casa. No se le ocurrió otra cosa: dijo que, debido a unos asuntos, tenía que ir a Transilvania, donde pasaría las Navidades, incluido el Año Nuevo. Sin embargo, no fue a ninguna parte; se quedó en Budapest. Se arrepintió de su decisión, pero ya no pudo cambiarla. Pasó la Nochebuena solo, en su desagradable

piso de soltero, junto al abeto artificial, recordando las fiestas navideñas que había pasado con los Kollonich desde su infancia.

Fantaseaba sobre Klára: la veía de niña con el cabello suelto, los zapatos sin tacón, las medias blancas; de adolescente, flacucha y con dos trenzas; veía a la Klára del año pasado, todavía un poco flaca, con los ojos preciosos, vestida de encaje blanco y los hombros desnudos iluminados por las velas del árbol de Navidad. László apagó todas las luces del piso y encendió solo un par de velas de aquel árbol raquítico para que durara más aquella Nochebuena mortificante. Puso el menudo abeto encima de la tabla de dibujo que le servía de escritorio y clavó la mirada en la llamita para mantener vivo su dolor.

Al lado del abeto había puesto una tetera y una botella de ron para embriagarse, para poder dormir, para poder olvidar... Se bebió varias tazas.

Se apagó la última vela, y el cuarto se llenó del olor sofocante de la cera. László buscó el interruptor a tientas, se bebió la última taza, que tenía más ron que té, y se acostó. Durmió profunda y pesadamente, sin soñar, hasta muy tarde, hasta casi el mediodía siguiente.

Cuando entró en el pequeño salón, vio que la luz estaba encendida; se le había olvidado apagarla por la noche.

La Nochebuena había sido el día más oscuro de aquellas tristes Navidades. Después, los naipes, los bailes y su puesto de primer bailarín le devolvieron la seguridad que había cobrado en Simonvásár. Hacía semanas que no pisaba la Academia de Música. No tenía tiempo: por las mañanas dormía, por las tardes tenía muchos compromisos sociales y asuntos que arreglar. Se prometió a sí mismo encerrarse después del carnaval, como había hecho en otoño, y recuperar las clases perdidas. Hasta entonces no podía, le era imposible. Era una vida bonita, ¡tan bonita! Y a mediados de febrero, pronto, los Kollonich y Klára regresarían de París, adonde habían viajado para hacerse vestidos. ¡Y él le pondría delante de sus pies calzados con zapatos de satén todos los bailes, todas las flores, todas las melodías, todos los éxitos conseguidos en la alta sociedad!

La noche de su llegada había un baile y un refrigerio en los salones de la planta baja del casino. László saludaba mecánicamente a las madres recién llegadas en medio del salón, porque en esos bailes el primer bailarín desempeñaba el papel de anfitrión. Estaba pendiente de la entrada, se mantenía recto para que su nuevo frac, recién traído de Inglaterra, le quedara más justo de los hombros y el chaleco blanco cayera bien sobre la cintura. Tenía un aspecto magnífico: el pelo moreno, brillante y ondulado, muy aseado, la cara suave, cuidadosamente afeitada, la figura esbelta y elegante, y un clavel azafranado adornando su solapa de seda.



A pesar de que no podía ver la entrada por la avalancha de damas, tuvo la corazonada de que Klára acababa de llegar. Sintió latir su corazón, y al poco apareció ella acompañada por su madre. De repente el salón se llenó de luz, y en el centro del fulgor estaba Klára, cuyo traje de tul blanco lo iluminaba todo; un resplandor brotaba desde su interior como el halo dorado de una imagen sagrada; el mundo desapareció y solo quedó ella en el marco diamantino, como si no hubiera nada más en el salón que sus labios carnosos y sus ojos sonrientes.

La duquesa Ágnes le tocó la cara a László con dos dedos.

—Ya eres un hombre hecho y derecho, mi pequeño Laci —le dijo, pero su mirada era fría.

Se marchó erguida como una reina, para saludar a las demás damas. La mano suave de Klára, que parecía no tener huesos, estrechó la suya con complicidad, como si estuviera a punto de derretirse en su palma. La muchacha le sonrió, pero no dijo nada. Él supo que ese gesto sería lo único que recordaría de aquel momento mágico, y ella se marchó. László sintió una ola de felicidad, y como si preparara un asedio, voló hacia la sala de baile y dijo: «¡Vals!». Cogió a su prima, la pequeña Magda Szent-Györgyi, que casualmente estaba cerca, y haciendo *links-links* se fue flotando por el dorado parque. «¡Está aquí! ¡Por fin está aquí!», cantaba la melodía a cada giro. «¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Por fin, aquí!».

Desde aquel día hubo bailes todas las noches. Así pudieron verse, aunque siempre en compañía, bajo grandes lucernas, entre una multitud de muchachas vestidas de flor. Nunca se quedaron a solas, nunca pudieron hablar, a pesar de que después del *cotillon* László generalmente se sentaba a la derecha de Klára para cenar. Desde que era primer bailarín nunca había sacado a nadie a bailar el *cotillon*. «El primer bailarín no debe tener pareja para el *cotillon*, porque está tan ocupado con la organización que su elegida pasa la noche sola», decía. Era su tesis, sonaba bien, era de intención noble, inteligente y lógica. Sin embargo, la razón real era que al *cotillon* le seguía la cena y él quería permanecer libre para poder estar con Klára cuando llegara, para no tener que ocuparse de nadie más. Era un acuerdo tácito entre los dos: Klára se sentaba con su pareja y guardaba para László la silla de su derecha.

Las dos últimas semanas de carnaval pasaron como un sueño.

Durante la cuaresma, en los palacios se celebraban grandes cenas y veladas de mayor o menor importancia, porque en aquel entonces había mucha vida en Budapest. Algunos palacios funcionaban como centros políticos: gente de todos los partidos daba discursos allí o se reunía en un rincón para discutir las tácticas que debían seguir. Las mujeres reclutaban fieles para los grupos liderados por alguien de su familia. Ellas también discutían sobre la legislación pública y el poder real, y a veces

su campaña tenía bastante éxito porque eran las más guapas quienes se dedicaban a la labor de reclutar, y ¿quién podía resistirse a los argumentos pronunciados por tan hermosas bocas y esperanzadoras miradas?

László no captaba nada del ambiente político, solo veía la cara social. Nadie debatía con él cuestiones políticas, dado que no era legislador, sino un bailarín distinguido, una persona parca en palabras de la que no se podía esperar que defendiera intereses de ningún tipo. Él disfrutaba de la parte hermosa de la vida, de la posibilidad de hablar con Klára todos los días, de recrearse admirando su andar, su manera de sentarse, de comerse el helado.

Gyerőffy tenía compromisos todas las noches; no solo le invitaban a las *soirées*, sino también a las cenas, lo que nunca antes había ocurrido. Ahora se veía obligado a llevar un registro de invitaciones; tantas recibía.

Algunos organizaban veladas musicales, donde las obras eran interpretadas por artistas de ópera, por virtuosos, y a veces por la señora Berédy, la bella Fanny. Ella se hacía acompañar de una anciana menuda, hecha una pasa, que entraba sigilosamente por una puerta lateral, y para cuando el público se daba cuenta de su presencia, ya estaba sentada delante del piano como un paquete envuelto en algodón negro.

Una vez, la anciana avisó en el último momento de que no podría acudir porque se encontraba mal. El número de la bella Fanny habría sido cancelado si László no se hubiese ofrecido para acompañarla. Gyerőffy frecuentaba ahora los mismos círculos que la señora Berédy. Se habían visto a menudo durante el carnaval en los bailes celebrados en las casas particulares, pero simplemente habían intercambiado saludos y bailado un par de valsos. La señora Berédy, de mirada felina, esbozaba una sonrisa irónica cuando hablaba con László: nunca lo llamaba, nunca intentaba retenerlo junto a sí; incluso lo despedía para que cumpliera con sus deberes. Simplemente lo observaba desde lejos, con sus ojos achinados de mirada cansina.

—Así que de nuevo voy a tener la suerte de acompañar a la condesa —dijo Gyerőffy mientras se acercaban al piano—, lo haría gustosamente siempre que fuera necesario.

—¡Oh, usted últimamente está muy ocupado con otros asuntos! —rio Fanny mirándole a la cara.

Era una frase ambigua: tanto podía referirse a sus obligaciones sociales como a su amor hacia Klára. La mujer seguramente insinuaba además que el joven no había ido a verla, que solo le había dejado su tarjeta de visita, lo cual era una descortesía. Sin embargo, ella no se había enfadado porque era tolerante y conocía bien a los hombres. Sabía que cuando uno estaba loco por una muchacha, había que dejarlo en paz, y esperar. Cuidar la relación, pero esperar. Eso era lo más inteligente. Tal vez... más tarde... habría ocasión. Cuando tuviera algún problema, allí estaría ella... No se equivocaba al pensar que los amores de László y Klára no irían sobre ruedas. Ya se vería si entonces ella todavía tenía ganas de relacionarse con aquel niño...

László quedó de nuevo fascinado por la interpretación de Fanny, igual que la

primera vez, el otoño anterior en Simonvásár. Le embelesaba su canto poderoso y noble.

Al terminar tuvo la sensación de que ella era su media naranja musical, y quizá la señora Berédy también sintiese lo mismo.

—Querido Gyerőffy, ¿estará libre el miércoles que viene? Los miércoles doy una cena. Solo vienen un par de personas, gente interesante, inteligente. ¡Venga si no tiene otra cosa que hacer!

László sacó la hoja en la que registraba sus invitaciones.

—¿El miércoles? Sí, estoy libre.

—Pues venga, a las nueve. No es necesario el frac, será suficiente el esmoquin. Será una cena corta.

Fanny habló sin coqueteo, con voz reposada, y, sin volver a mirarle, se marchó y desapareció en el tumulto, donde enseguida los hombres la rodearon para felicitarla por puro compromiso.

László volvió al lado de Klára.

—¡La condesa Berédy canta maravillosamente! —dijo entusiasmado cuando se sentó a su lado.

—Odio a esa gata —contestó Klára. Pero en el corazón del joven todavía sonaba la música, y estaba tan lleno de melodías que la frase de Klára le pasó desapercibida.

El miércoles siguiente Gyeróffy subió al Castillo de Buda, donde se hallaba el palacio de los Berédy. Era un edificio elegante de la época de María Teresa. En origen había sido una casa burguesa y sus pequeñas habitaciones habían sido convertidas en grandes salones. Había que subir por una escalera más bien estrecha y pasar una larga galería para llegar al salón, que daba al Bastión de los Pescadores, donde la bella Fanny esperaba a sus huéspedes.

László conocía al marido de la señora Berédy, que no salía nunca y que a menudo se encontraba de viaje por razones desconocidas. Era un señor mayor (tenía unos veinte años más que su esposa), corpulento, de andar pesado y ligeramente gordo. Llevaba teñido de rojizo el cabello, así como los pocos pelos entre la boca y la nariz que formaban su bigote. Era un hombre lacónico, de mirada pétrea; sus delgados labios, que formaban una línea recta, como si le hubieran cortado la piel con una navaja, le daban a la cara una expresión extrañamente cruel. Sus manos gruesas, cubiertas de vello canoso, estaban llenas de anillos con piedras preciosas. Tal vez presumía así de su fortuna.

Solo había dos invitadas: las primas pobres de Fanny. Una era muy guapa, pero nada especial; la otra, una dama solterona que de joven debió ser atractiva. Para complacer a su prima, las dos fingían apasionarse por la música. En realidad eran parientes lejanas, y la señora Berédy solo las invitaba porque necesitaba que en el *diner* también hubiera mujeres. Ellas estaban encantadas de ir, pero nadie les prestaba atención. Si era preciso reían, sonreían casi siempre, decían «Estupendo» o «Qué bien», *se morían* por la música y no molestaban a nadie. En los dramas históricos existen estos personajes: son la primera y la segunda doncellas.

En cambio, todos los hombres eran interesantes. El invitado principal —que se sentaba a la derecha de la anfitriona— era el viejo conde Károly Szelepcsényi, consejero secreto distinguido con la orden de la Gran Cruz, exministro del rey, caballero del Toisón de Oro, cuya minúscula insignia lucía permanentemente en la solapa de su esmoquin porque era su obligación llevarla siempre. Era un señor de unos sesenta años, pero apenas tenía canas en las sienes, y su barba corta era completamente rubia; fornido, de hombros grandes, pecho fuerte, pero en absoluto grueso. Decían que todos los días practicaba con un maestro de esgrima para estar en forma. Era además un gran coleccionista: su piso de soltero —se decía— era un museo lleno de antigüedades excelentes, así como de cuadros y estatuas de bronce de artistas contemporáneos que él había empezado a coleccionar cuando aún eran desconocidos. Coleccionaba por placer, no para presumir. Estaba abierto a toda clase de música; en los años sesenta había sido wagneriano, hoy disfrutaba de Strauss y de

Ravel.

A la izquierda de la bella Fanny estaba el conde Devereux, descendiente del asesino de Wallenstein que había recibido una donación real en Hungría por cometer el crimen. Su simpático antepasado había matado con la lanza, mientras Alfonz Devereux, el pequeño «Fonzi», lo hacía con la lengua. Tenía unos cuarenta años, de joven había servido en el cuerpo diplomático, pero lo abandonó, tal vez porque sus jefes no apreciaban sus chispeantes y maliciosos comentarios. Nadie sabía cotillear con tanta malicia e ingenio como él, ni contar chistes picantes fingiendo tal disimulo. Era un hombre menudo, feo como un mono, pero muy divertido. Estaba además el poeta György Solymár, desconocido por el público porque de sus pocos poemas habían sido impresos apenas cien ejemplares, y también porque no escribía solo en húngaro, sino en idiomas extranjeros según el tema que tratase. Usaba formas modernas: en francés las de Verlaine, en alemán las de Rilke. Sin duda, era un diletante, pero muy refinado, por lo que, desde el punto de vista social, era una persona más agradable que un artista.

Había dos invitados más. En primer lugar, Tamás d'Orly, el vástago de un emigrante francés, bisnieto del barón d'Orly, que durante la revolución de 1848 se casó con la hija de una familia húngara rica. Profesión no tenía, pero tocaba el piano maravillosamente. Sabía interpretar las obras más complejas sin errores, de un modo algo mecánico, pero estupendamente. Conocía bien el mundo de la música, sus preludios de perlas ligeras y armonías sentimentales eran muy agradables. Era un gran viajero, pero desde que se había enamorado de la bella Fanny viajaba menos.

El otro invitado era Imre Wárday.

Szelepcsényi, Devereux, Solymár y d'Orly a menudo visitaban a Fanny por las tardes, pero siempre solos. Cada uno la entretenía a su manera: el exministro con temas de arte, Devereux con su donaire, d'Orly con música, Solymár con su admiración envuelta en palabras preciosas. En cambio Wárday nunca iba a divertirla, solo traspasaba los umbrales del palacio Berédy los miércoles. Era comprensible, puesto que el joven conde era una persona muy sosa. Había que admitir que era guapo, aseado, sano y esbelto, pero sus ojos vidriosos se perdían en la lejanía; era evidente que no podía seguir las conversaciones chispeantes, las discusiones sobre música y arte, los chistes relámpago... pues se echaba a reír siempre tarde, cuando veía que todos lo hacían. El único tema en el que era un experto era la tierra, porque había estudiado en la Academia de Agricultura de Óvár. Era capaz de hablar horas y horas sobre la santateresa, el gorgojo, el abono químico y los niveles de gluten, pero esas cosas no atraían mucho el interés de aquel público selecto, así que siempre estaba callado. No se entendía por qué razón invitaba Fanny a aquel muchacho tan soso, si los demás eran tan distinguidos, ingeniosos y divertidos.

Los banquetes eran perfectos. El apartamento tenía un estilo muy original: el salón estaba amueblado con butacas y sofás cómodos, modernos, tapizados de seda cenicienta que contrastaba con los cojines rosados. Había muebles de toda clase, pero

de excelente gusto; era un salón muy acogedor. Arrimados a las paredes de madera de la galería, que también eran de color ceniza, los canapés robustos, tapados con mantas de brocado verdinegro, llenos de cojines limonados y negros, servían para escuchar cómodamente el canto de la anfitriona —dado que la estancia también hacía las veces de sala de música—, o para deleitarse con su belleza. Sobre el fondo gris, el pelo rojizo de la mujer parecía arder con un brillo extraordinario.

Tal vez era el comedor el mejor de los decorados que Fanny se había creado: psicológicamente era muy acertado. Las paredes estaban forradas hasta el techo de tablas muy oscuras, solo la mesa quedaba iluminada por varias lámparas eléctricas, colgadas y enfocadas de manera que la luz cayera directamente sobre la misma, y el resto del cuarto se sumergiera en una oscuridad nocturna. Sobre el mantel había dos candelabros de varios brazos, cuyas velas alejaban las sombras de la cara de los comensales, de los centros de flores y de los objetos de plata. Todo brillaba con una claridad cegadora: las copas de cristal, la porcelana nívea, salpicada de oro, los saleros, los fruteros y los cubiertos. El juego de mesa era realmente singular: había sido fabricado en Francia en el siglo XVIII una época en que triunfaron los adornos en forma de conchas. Era un juego muy famoso hecho a mano por Juste-Aurel Meissonier: todas las piezas llevaban la firma del maestro. Algunos tenedores y cucharas pesaban tanto como una maza, cada cubierto era distinto, cada uno era una obra maestra. Fanny había conseguido que su marido, todavía muy enamorado de ella, se lo comprara por una suma exorbitante en París. Se decía que había sido el juego de mesa de *Madame* de Pompadour. No obstante, la perfección singular de la cena no residía ni en la belleza de las piezas, ni en la porcelana, ni en los cristales o las flores; tampoco en la selección del menú y los vinos, sino en el contraste entre el comedor negro y el brillo espectacular de la mesa.

László captó el truco inmediatamente al sentarse al lado de la prima solterona de Fanny. Comprendió que el comedor era un triunfo del conocimiento del ser humano dedicado a la búsqueda del placer. El personal de servicio permanecía casi invisible; solo se veía de vez en cuando una fuente que se ofrecía y después desaparecía en la oscuridad. Delante de él había una paleta de placeres para deleitar los ojos, la boca, todos los sentidos: preciosas flores, copas refulgentes, tesoros de plata brillantes como el hielo, el mantel liso de blancura cegadora, las rosas suaves, sin hojas, que se ruborizaban por su desnudez. Enfrente de László había otra rosa desnuda: los brazos, el cuello y los pechos de la bella Fanny apenas estaban tapados. «Detrás de nosotros está la vida, desolada, fría, cruel —pensó László—. Delante, los placeres: comidas que disfrutar, bebidas para embriagarse, belleza, color, luz, un ramo de flores y un cuerpo femenino rosado. Todo lo que puede hacer olvidar la impiedad de la vida, la muerte que quizá, con sus pasos sigilosos, escondida en el frío comedor y envuelta en su negro crespón, se encuentra ya presente».

En estos banquetes cuidados tan al detalle, todos comían y bebían más de lo habitual, todos hablaban mucho y muy animadamente, como si quisieran olvidar al

enemigo que les vigilaba desde la oscuridad.

Después de la cena los invitados se dispersaron por la galería. Podían elegir entre café o aguardientes de toda clase; entre cigarrillos turcos y rusos o habanos. La conversación siguió muy animada. Ni siquiera la despedida de Berédy, que tras fumar un habano se levantó ritualmente, besó con su boca de rana la mano de su mujer, saludó a los huéspedes y se marchó, consiguió interrumpirla. La despedida formaba parte del programa, porque el marido de Fanny nunca se quedaba en casa durante la noche. Nadie sabía adónde iba. Tampoco pretendieron averiguarlo, y aún menos lo lamentaron, incluida su mujer. Quizá incluso se alegraron de la ausencia del anfitrión. D'Orly, un poco más tarde, tocó bastante bien algunas piezas de Grieg.

El tiempo pasó volando, el reloj de la chimenea dio la medianoche.

Imre Wárday se levantó, por compromiso echó un vistazo a su saboneta, y se acercó a la señora Berédy.

—Debo irme... —masculló titubeando, mientras se inclinaba sobre la mano de la mujer. Se despidió de los demás con unas palabras desenvueltas, y salió de la galería.

László también se levantó. Pensó que era hora de irse, aunque los demás no se movieron. La señora Berédy lo retuvo:

—¿Vendrá el próximo miércoles?

—No puedo prometérselo... no recuerdo si... —contestó László, sin querer comprometerse por si tenía algún plan con Klára para ese día.

—No es necesario. Si viene nos alegraremos de verle, si no, tampoco pasa nada. En mi casa no hay que cumplir con las formalidades. Pero si puede, por favor, venga. ¡Adiós!

Le extendió el brazo, y sus dedos delgados, nerviosos, estrecharon la mano del joven un poco más de lo debido. Fue una fracción de segundo. Inmediatamente se dirigió a su vecino Szelepcsényi:

—¿Qué es lo que acaba de decirme, «Carlo», sobre aquel pintor italiano? ¿Se llama Segantini, no? ¿Y es realmente tan bueno?

László se puso rápidamente el abrigo en el rellano de la escalera. Quería alcanzar a Wárday para bajar con él hasta el Puente de la Cadenas.

Pero ya no lo encontró en la puerta, tampoco en la calle desierta: no había nadie, como si se lo hubiera tragado la tierra. Pero no había oído el ruido de un carruaje, así que Wárday solo podía haberse ido a pie.

Bajó solo la colina del Castillo de Buda. Cuando llegó a la plaza Dísz le alcanzaron varias carrozas; seguramente eran los demás invitados del palacio Berédy...

En realidad, le agradaban mucho las cenas de la bella Fanny: eran tan entretenidas e

interesantes... Iba a verla todos los miércoles, porque casualmente ese día no había nada en casa de los Kollonich, y László no aceptaba otra invitación para los miércoles. Se lo pasaba tan bien que en un par de ocasiones tocó el piano sin que se lo pidiesen. El viejo Szelepcsényi había hablado muy bien de sus composiciones, a pesar de que Gyerőffy había interpretado las más salvajes. Sus comentarios le alentaron mucho. Tenía la sensación de que aquellas personas no solo lo trataban como a un igual, sino que lo apreciaban especialmente. Era una experiencia nueva.

Así pasaron marzo y abril. László vivió en un sueño durante esos meses. Se veía a diario con Klára, aunque siempre en compañía, nunca solos. Si le invitaban a comer o a un *déjeuner à la fourchette* en el palacio Kollonich, siempre había alguien más con ellos: Péter, Niki, Magda Szent-Györgyi u otras amigas, y la duquesa no les quitaba sus vigilantes ojos de encima. Los dos enamorados tenían que controlar todas sus palabras, todos sus gestos. Sin embargo, había algo deleitoso en aquel disimulo: estar juntos día tras día, ir a veces de paseo, jugar al tenis a principios de la primavera, charlar aparentando indiferencia pero captando las alusiones leves, dulces. László guardaba como un tesoro el comentario que Klára, parada delante del escaparate de una tienda de muebles, hizo cierto día:

—De todas maneras, para mí lo más bonito es la tapicería *chintz*; es la que tengo en mi cuarto.

Una noche hicieron un juego de cartomancia de broma, y alguien le preguntó a Gyerőffy quién era su dama de corazones. Klára le interrumpió:

—Creo que yo lo sé, pero eso no se pregunta ni en broma.

¡Era una vida tan bonita, tan dulce, tan mágica! Todo le iba bien a László: había ganado cantidades considerables varias veces con las cartas. Había devuelto una parte a los usureros, aunque no todo ni mucho menos, porque tenía grandes gastos, sobre todo ahora que llevaba aquella vida maravillosa, sin preocupaciones.

Klára sentía lo mismo: aquel acuerdo tácito era un placer. La proximidad de László, saber que él obraba por el bien de ella. Sin embargo, ella no envolvía la espera en una niebla poética e indecisa como László. Era una mujer decidida: había elegido esperar de momento, pero ya lo tenía todo planeado. A finales de mayo alcanzaría la mayoría de edad. Si planteaba el tema ahora, habría escenas con su padre y reproches glaciales por parte de su madrastra; duraría meses, envenenaría sus días, quizá no podría soportar la presión, tal vez se rendiría. Hasta ahora su vida había sido gobernada por mamá Ágnes, y no sería fácil enfrentarse a ella de un día para otro. Se sentía capaz de librar una batalla, pero no una guerra de meses. Tendría que hacerles aceptar su decisión en un día. ¡Sería lo mejor! Temía mucho esa batalla, pero estaba decidida a ganarla.

Le daba vueltas por las noches, acostada en su cama de soltera. Les expondría su decisión unos días antes de la mayoría de edad, los cogería desprevenidos para que no



tuviesen argumentos en contra. Había repasado los suyos miles y miles de veces. Primero, sencillamente se acercaría a su padre cuando estuviese fumándose el primer cigarro tras la comida. En ese momento siempre estaba contento. Anteriormente le habría dicho a Péter que se llevara a Niki. Y cuando estuviera a solas con sus padres, les diría lo que había decidido. Les diría que estaba enamorada de László, que nunca se casaría con nadie que no fuera él. Ni dentro de un tiempo, ni nunca en la vida. Y les pediría su bendición, lo que no sería fácil. Tal vez a su padre no le importaría tanto, pero su madre se opondría en redondo. ¿Qué le diría? ¿Que no era un buen partido? Era cierto, y ella lo sabía muy bien. No le importaba, no necesitaba grandes lujos, sería feliz viviendo más modestamente. ¿Que László no era austriaco? ¿Que no era un príncipe? ¿Que era de la Transilvania profunda? ¿Que no era de buena familia? ¡No! Eso último no lo podría decir mamá Ágnes, puesto que ella también había nacido allí; era la tía carnal de László, no podría despreciar sus orígenes; además, delante de su padre, que no era un esnob, no podría citar a los Montorio y la *grandeur* vienesa. Seguramente diría que Klára debía esperar, pensarlo bien, no decidirse tan pronto. Por eso le vendría bien la mayoría de edad. Les diría que ella ya lo había decidido, que iba casarse con él y que solo les pedía su bendición. Y si no se la daban, se casaría con él de todos modos. «¿De qué viviréis?», le preguntaría su padre seguramente, diciendo que no le daría dote. La respuesta era fácil: «Nos apañaremos sin la dote. László tiene tierras, y yo voy a vender las joyas que heredé de mi madre». Eso le dolería a papá, porque estaba orgulloso del *collier* de diamantes y los broches de rubí que le había comprado a su mujer. Pero no podría retenerlos; aunque ahora estaban en su caja fuerte, él era un caballero, y le había dicho muchas veces: «Es tuyo, todo tuyo».

Klára le daba mil vueltas, y antes de dormirse, en su imaginación aparecía László. Veía su cara delgada, cejijunta, de mirada misteriosa; pensaba en su figura esbelta, en sus largos dedos de pianista, en el abrazo y el beso en aquella habitación de Simonvásár. Pasaba las manos por su cuerpo, acariciaba sus pechos, sus muslos. «¡Todo será suyo!». Sentía el hormigueo del deseo bajo su piel, y acostada, inmóvil en su cama blanca, tenía la sensación de que se derretía al pensar en entregarse a László... Al final se dormía feliz.

Por la mañana se despertaba con la almohada entre los brazos como si abrazara a su amor en sus sueños.

El mes de mayo empezó con mucha vida social en Budapest. Por una parte, se iniciaba la nueva temporada de bailes y también la de las carreras hípicas; por otra, había comenzado el curso político con la convocatoria del Parlamento. La oposición, que había alcanzado la mayoría, intentaba echar la culpa de la situación al régimen anterior, de István Tisza, que había fracasado. Se respiraba un ambiente beligerante contra Viena; solo los líderes comenzaban a estar preocupados por la prolongada crisis gubernamental, y se veían impotentes ante las masas enardecidas por las proclamas nacionalistas y patrióticas.

Abády iba día tras día al Parlamento, donde se discutían las propuestas reales. Aunque se vio tentado a simpatizar con la oposición por todo lo que Slawata le había contado sobre los planes secretos de Viena, la palabrería del odio, el patriotismo y el sinfín de eslóganes chovinistas que escuchó durante los dos primeros días lo acercaron de nuevo al lado de Tisza y el viejo rey.

La imagen del Parlamento era la misma que durante las sesiones invernales; solo el ambiente había cambiado. En los escaños de la triunfante oposición ya no se gastaban bromas; no había fraternidad, complicidad, camaradería. Eran más mordaces, más furiosos y estaban divididos en diferentes camarillas.

Los primeros dos días de sesiones fueron insulsos; el tercero fue más excitante. Tivadar Mihályi, el representante de la minoría rumana en Transilvania, se levantó para hablar: era la primera vez que las minorías tomaban la palabra en ese nuevo periodo de sesiones, tras haber dejado atrás la pasividad reinante. Se puso de pie en medio de su grupo, y los demás se estrecharon contra él como si necesitara protección. Habló en correcto húngaro. Dijo que no aceptarían la propuesta de la mayoría, sino que presentarían otra, independiente, en la que pedirían la reforma del derecho electoral, la ejecución de la nueva división de distritos y la Ley de Minorías, todo lo cual aún no había sido aprobado. No mencionó la autonomía de Transilvania, que había sido la clave en su programa electoral. Usaba frases muy moderadas, y cuando dijo que ellos también formaban parte de Hungría y del sistema político húngaro, lo aplaudieron. Propuso dos años de servicio militar, y realizó una cautelosa referencia a la creación de un territorio aduanero independiente en Transilvania. Su discurso no provocó alteración alguna. Muchos de los diputados no estaban presentes, sino que esperaban en los pasillos a que, una vez hubiese acabado el discurso de Mihályi, se alzara Tisza y estallara la guerra. Él era el verdadero enemigo al que había que destruir, seguía siendo el mayor adversario, aunque su partido estuviese en minoría, aunque él mismo hubiese dimitido en enero. Todo el mundo entró para librar la batalla.

Cuando Tisza se levantó, los nacionalistas se pusieron a chillar. Ferenc Kossuth

intentó pedir silencio y conseguir que su gente se comportara de un modo más europeo, más digno de un partido en el gobierno. Sin embargo, costó acallar el vocerío. Por fin, Tisza pudo empezar:

—Habiendo dimitido de mi cargo como primer ministro, no tengo derecho a dirigir las discusiones del Parlamento...

—¡Claro que no! ¡Que se marche! ¡Que se largue ahora mismo! —gritaron, pero Tisza aguantó el ataque sin hundirse.

Su figura robusta, oscura, sobresalía del escaño de terciopelo rojo; tenía una mano escondida detrás de la espalda, como un espadachín. Estaba totalmente solo, a pesar de estar rodeado por un tumulto. Daba la impresión de ser un hombre luchando contra todos. Sus palabras eran serias y comedidas, quizá habrían parecido algo secas si no hubieran transmitido esa convicción que daba calor a las frases intencionadamente objetivas. Habló sobre la posibilidad de un territorio aduanero independiente, la exportación de los productos agrícolas, los precios internacionales. Habló más de una hora, con voz viril, moderada, ligeramente combativa, sin prestar la más mínima atención a los gritos que le intentaban interrumpir. Cuando se sentó, el vocerío se generalizó.

Un patriota de cara hinchada gritó:

—¡Un primer ministro caído no tiene derecho a ser tan descarado!

Le valió una reprimenda por parte del nuevo primer ministro Justh, a quien el comentario le pareció muy exagerado. Se montó tal bullicio que el presidente suspendió la sesión.

Todo el mundo salió al amplio corredor. Dado que Tisza y sus fieles se marcharon inmediatamente, los diputados se dividieron en grupos alrededor de alguna personalidad más o menos importante para captar sus opiniones y así poder citarlas en las cafeterías o en los clubes como propias. Era una práctica muy útil, puesto que hacía aumentar el prestigio ante los ciudadanos corrientes.

Nadie habló sobre el discurso de Mihályi, solo les importaba lo que había dicho Tisza. Estaban indignados porque ¡intrigaba contra los intereses de la nación! «¡Azusa a los austriacos contra nosotros!», gritaron. Otro desengaño fue la actitud de los croatas, que estaban en contra de su propuesta. Un desengaño tremendo, porque su prensa había anunciado que votarían a favor. «¡Seguro que ha pasado algo en el último momento!», comentaron entre sí, pues eran tan ingenuos que no podían imaginar que hubiera gente en contra de su «buena voluntad». No se les pasaba por la cabeza que los pueblos tenían sus propios intereses, ni que la fuerza y la estabilidad de un gobierno dependían de que supiera comprender, coordinar y armonizar dichos intereses. Solo veían que todos aquellos que estaban en su contra eran enemigos. No sabían que la falta de comprensión por parte del miope gobierno de Budapest sería la causa de la pérdida de los territorios húngaros al sur del río Drava, cuando el principal partido croata cayera, y que eso ayudaría a la coalición panserbia a llegar al poder.

El doctor Zsigmond Boros supo resumir el ambiente que reinaba tras los últimos sucesos políticos:

—Tenemos que admitir —explicó con frases rotundas a sus compañeros de partido— que nuestra propuesta, con la que Tisza, los croatas y las demás nacionalidades se han mostrado en desacuerdo, no tiene la menor posibilidad de ser acogida por el rey con objetividad y benevolencia. Ese es el problema. Es el único problema. Lo han estropeado ellos, las minorías y los de Tisza. El rey habría cedido... seguro. El rey habría dado su beneplácito, porque él también anhela aumentar el ejército. Pero ellos lo han estropeado todo.

Bálint lo escuchó unos minutos, y se marchó disgustado. En un rincón de la sala de recepción descubrió a los diputados rumanos, y entre ellos a Timisán. Fue a saludarle. Timisán lo recibió con jovialidad irónica, como la última vez en el tren; los demás, a los que se presentó, lo saludaron muy fríamente y con gran formalidad. Bálint notó que lo estaban observando, que lo acechaban recelosos; él comentó algunos aspectos económicos del discurso de Tisza que afectaban a la situación de Transilvania. Pensó que eran de interés común, puntos de encuentro, pero los rumanos le contestaron cortésmente con evasivas. Conversaron un cuarto de hora, hasta que los alertó el timbre que anunciaba la nueva sesión.

Al volver a su lugar, pasó al lado de Wülffenstein, quien le espetó:

—¿Te has puesto a hablar con esos peludos rumanos? ¿Cómo se te ha ocurrido? ¡Uno no debe humillarse tanto! ¡Solo verlos hace que me hierva la sangre!

Abády sintió las venas hinchársele en la frente:

—Hago lo que me parece correcto. ¿Tienes algo que objetar?

—¡Oh, no! ¡Por supuesto que no! Hablaba por mí —respondió Frédi y se escondió en su butaca. Su abrigo ajedrezado parecía una mancha encima de la tapicería roja que separaba las filas.

Más tarde en el casino, y en las siguientes sesiones, todo el mundo repetía el mismo argumento que Zsigmond Boros había resumido con tanta gracia. Casi no se hablaba de otra cosa que de la responsabilidad de los rumanos. A nadie le importaban los sucesos de la política exterior: la revolución rusa, las complicaciones del problema de Creta, la visita del emperador Guillermo a Marruecos, ni el programa alemán Flotten para ampliar los efectivos de la Marina. Tampoco tuvieron repercusión alguna los asuntos más próximos: un diputado austriaco en Salzburgo había atacado en su discurso a los alemanes de Hungría; en Viena se había publicado un libro anónimo en el que el autor exponía con números el escaso poder militar de la Monarquía en comparación con los enormes poderes militares de los demás países. Solo se llegó a discutir acerca del precioso discurso de Apponyi y sobre la idea presentada por Dezső Bánffy, quien opinaba que no debía exigirse la voz de mando en húngaro, sino que había que conformarse con el uso del húngaro en el regimiento.

Entre los miembros de la alta sociedad de Budapest, solo unos pocos se dedicaban en cuerpo y alma a la política. Había otros asuntos más importantes, o al menos igual de importantes. Por ejemplo, la competición hípica, que era tan interesante y apasionante como la cacería otoñal. Para convocar el Parlamento, una reunión de partidos o al comité del casino, en verano había que tener en cuenta la caza de la perdiz, en septiembre la del ciervo, a principios de invierno la del faisán, y en primavera los días de carrera, para poder intercalar las asambleas entre estos acontecimientos. Cuando acababan las carreras en Budapest comenzaba la temporada de derbis en Viena, que atraía a mucha gente. Por tal razón, se descartaba esa época del año para organizar eventos importantes.

A principios de mayo había aún más vida social en Budapest, pues era el momento álgido de la Copa del Rey. Acudían propietarios de cuadras de toda Austria y un buen número de jóvenes fanfarrones de la ciudad imperial. Uno de los que llegó fue Montorio. Ese mismo día se había organizado un baile en el Club Parque, puesto que en primavera, excepto las fiestas en casas particulares, todo se celebraba allí.

Montorio se encontró con los Kollonich en el hipódromo, y le pidió a Klára el primer *cotillon*. En su voz había un deje mandón, autoritario, que la muchacha advirtió enseguida.

Lo cierto es que, antes de ir a Budapest, el príncipe había decidido conseguir una respuesta definitiva de Klára. Necesitaba conocer sus intenciones sin ambages; quería casarse. Su madre se decantaba por la joven Kollonich, y a él también le gustaba. Sería buena esposa, y la dote, considerable, desempeñaría un papel importante en su elección. Pero el asunto se estaba alargando demasiado, y si la muchacha no lo quería, tenía que buscar a otra: buenos partidos había de sobra. Por esa razón quería aclarar el tema la primera noche. Confiaba en el éxito, porque las cartas de la duquesa Ágnes, que su madre le había enseñado, daban a entender que solo tenía que presentarse para triunfar. ¡Era un joven tan apuesto, tan bueno, tan atractivo!

Gyerőffy también había acudido a las carreras. Cuando Klára, junto a Magda Szent-Györgyi y las demás jóvenes, bajó al *paddock* —donde los caballos ingleses de pelo brillante daban vueltas esperando a ser aparejados—, László fue a acompañarla. Se apoyaron en la barandilla blanca, muy cerca uno del otro.

Klára fingía leer el programa de la competición, pero László sabía que quería decirle algo y que se había sumergido en la lista de los caballos participantes a la espera de que sus amigas dejaran de prestarle atención. Tenía razón. Cuando en un determinado momento comenzó una discusión sobre la idoneidad de un caballo, Klára le dijo a László atropelladamente en voz baja:

—Esta noche cenaré con Montorio. Siéntate a mi derecha y sácame a bailar una *czarda* inmediatamente después de la cena. Es muy importante. Creo que quiere decirme algo...

No dijo nada más; se sumó a la discusión y luego volvió a la tribuna junto a los demás.

La cena del baile empezó sobre la una de la madrugada en la planta baja del Club Parque. Dado que era una noche calurosa, todas las puertas que daban al jardín estaban abiertas.

Klára había elegido una mesa apartada de los músicos cingaros, que compartía con tres parejas; con László eran nueve comensales. Debido a la presencia de Montorio, la conversación discurría en alemán o en inglés; no obstante, era muy animada. Klára había acaparado el protagonismo, aparentemente estaba alegre y graciosa; László nunca la había visto tan coqueta. Todo era teatro por su parte para que la charla fuera ruidosa y amena, y Montorio no tuviera ocasión de hablarle aparte. Lo temía, porque su instinto femenino le decía que el príncipe iba a pedirle la mano esa noche y quería evitarlo a toda costa. Sería muy desagradable, porque luego se vería obligada a dar cuentas de su comportamiento ante su madrastra. ¡No! ¡No podía ser! Por eso le tomaba el pelo a Magda, a su vecina de enfrente, y a su pareja, Imre Wárday, por eso habló con los ojos chispeantes, los labios fruncidos. Y gracias a que la música no se oía en aquel rincón, hablaron hasta el final de la cena. Todos se lo pasaron bien en la mesa: Wárday se sintió muy apreciado por la especial atención de Klára, solo Montorio estuvo más callado de lo normal.

Al llegar la hora de la primera *czarda*, László se levantó e hizo una señal al primer violín para que los músicos subieran a la segunda planta. Las parejas se levantaron para ir a bailar. Klára se puso los guantes.

—*Wollen wir nicht ein bischen in den Garten?* ¿No le apetece dar un paseo por el jardín? —preguntó Montorio con voz apagada, y añadió con aparente despreocupación—: *Es ist so schwül hier!* ¡Hace tanto calor aquí!

—*Ich finde nicht!* Creo que no —respondió Klára, y negó con la cabeza.

—*Nur ein Moment. Ich möchte Sie etwas wichtiges fragen.* Solo un momento. Quisiera preguntarle algo importante.

La cosa iba en serio.

El iris azul marino de la muchacha se oscureció. Titubeó un instante mirando la cara del hombre. No sus ojos, sino su boca, su bigote menudo y negro, que en ese momento le provocaba un odio terrible: el príncipe había encontrado la ocasión para las intimidaciones.

—*Es wäre zwecklos...* No tendría sentido... —dijo pausadamente, poniendo énfasis en cada palabra.

—*So?* ¿De verdad? —preguntó Montorio, y se irguió repitiendo—: *So...? So...? So... Vollkommen.* Perfectamente entendido.

László volvió en ese momento. Klára lo cogió del brazo y se fueron rápidamente,

cruzaron el salón casi huyendo y subieron las escaleras, desde las que ya se oía la lenta *czarda*. Montorio se quedó solo. Todo el mundo había desaparecido. Se acarició la alta frente y encendió un cigarrillo ceremoniosamente.

Salió en dirección a la oscura sala contigua, en contra del aluvión de camareros que estaban entrando para recoger los platos y los vasos, y beberse a hurtadillas el champán que había sobrado.

En la sala, las señoras mayores se preparaban para subir al baile, entre ellas la duquesa Ágnes, que al verlo se acercó para retenerlo. Con una sonrisa maternal, le dijo:

—¡Qué suerte que nos encontremos! Iba a buscarle. ¿No le apetece venir a vernos mañana a mediodía? Daré un *déjeuner à la fourchette*... estaremos *en famille*... solo nosotros.

El joven contestó con frialdad:

—Gracias. Lamento mucho no poder ir, pero vuelvo a Viena en el tren expreso de mañana.

Su mirada ardía de ira. ¿Por qué le tomaba el pelo aquella mujer con sus cartas?, pensó. Ella era la culpable de aquel intento de humillación.

Se inclinó un poco y siguió su camino, no hacia arriba por las escaleras, sino hacia el jardín. Su frac negro desapareció en la oscuridad de la noche.

Eran las tres de la mañana cuando la carroza de los Kollonich subió por la rampa, frente a las columnas del Club Parque. Era un carruaje precioso que apenas se mecía sobre sus ocho amortiguadores. Era un *équipage* perfecto —la carroza solo merecía la denominación francesa—, en todo Budapest no había más de dos o tres coches comparables a aquel. Iba tirado por dos alazanes enormes, robustos y brillantes.

Todo el mundo iba ya en automóvil por la ciudad, pero la duquesa Kollonich no quería separarse de ese par de caballos de tiro, ni de sus preciosas carrozas, que habían sido montadas con mucho trabajo y atención. Cualquiera podía tener un automóvil bonito, solo era cuestión de dinero, pero a un *équipage* solo podían acceder los que sabían de caballos, los que tenían clase. Al fin y al cabo, ella no tenía prisa ni tampoco razón para apresurarse.

El mozo bajó de la carroza de un salto, entró corriendo por la rampa, e hizo una reverencia profunda en la puerta. La duquesa Ágnes y Klára salieron envueltas en las capas de gala. El mozo cogió las flores de Klára de manos de un criado del club; volvió corriendo a la carroza, abrió la puerta y dejó caer el estribo de dos escalones. Las damas subieron; el estribo volvió a doblarse y la puerta se cerró de un golpe. El mozo subió al pescante, y el carruaje se fue rodando en silencio sobre sus ruedas de goma.

Los cascos repiquetearon por la calle mientras la carroza se deslizaba hacia la ciudad.

La señora Ágnes y Klára se arrebujaron entre los cojines de seda, con los labios apretados.

La señora Kollonich seguía pensando en lo que le preocupaba desde que Montorio se despidió de ella tan fríamente.

¿Qué había pasado? Algo tenía que haber sucedido. Sabía que Montorio había bailado el *cotillon* con Klára, de lo que se deducía que habían cenado juntos. ¡Tenía que haber pasado algo durante la cena! ¡Seguramente le había pedido la mano y la muchacha lo había rechazado! No podía ser otra cosa; si no, no hubiera visto aquel brillo extraño en los ojos de Montorio. ¡Qué hija más tonta! ¿Cómo era capaz de perder un buen partido como aquel, un hombre que lo tenía todo, que era guapo, rico, sano y distinguido? ¿Darle calabazas a esa joya? ¿Por qué? ¿Por quién? ¡Por aquel Laci insignificante! ¡Oh, seguramente era por él! Durante el carnaval ya había observado que él y Klára se habían sentado siempre juntos para cenar. ¡Qué astucia más ingenua! Como si nadie se hubiera dado cuenta.

Se acordó de que cuando ella había subido a la sala de baile, los dos estaban ya bailando la *czarda* al son de los cíngaros. ¡Y Klára con cara de obnubilada!

La señora Kollonich se había sentado junto a la pared para ver a los bailarines. Pero tenía que sonreír, ser amable, charlar con las demás madres y con los señores mayores para que nadie notara nada. Tampoco su hermana Élise, la señora de Antal Szent-Györgyi, que estaba sentada a su lado, tranquila, se dio cuenta de que estaba preocupada. No podía dejar que se sospechara nada, porque no la comprendería nadie. Élise era más afortunada que ella: se había casado con un hombre brillante, pero por amor, y eso la hacía feliz. Szent-Györgyi era diferente a Kollonich, «el buen Louis», como la duquesa Ágnes llamaba a su marido con cierto desprecio. Szent-Györgyi tenía aspecto de gran señor, su palabra tenía aplomo, todo el mundo lo temía; su mujer había sido aceptada en los círculos exclusivos, gracias a la altísima posición de él. Mientras que ella, la señora Ágnes, había tenido que luchar para ser aceptada en la sociedad húngara. Y ahora esta muchacha lo había estropeado todo... Volvió a sentirse profundamente disgustada. Tuvo que dominarse para conservar la expresión de emperatriz benevolente que era habitual en ella.

De modo confuso evocó cada vez más y más detalles que encendieron su ira: Klára se había puesto otra vez un clavel amarillo en el traje. Era la flor de Laci. Siempre llevaba ramilletes parecidos. Klára habría cogido una de ellas, y para colmo ¡se la había puesto para llamar la atención!

Recordó las cartas con doble sentido que ella misma había escrito a la madre de Montorio, elogiando al joven príncipe con ambiguos plurales, dejando en el aire quiénes eran esos «todos nosotros», si ella y su familia, o especialmente Klára. ¡Oh, sí! Lo había interpretado mal. De todas maneras, ese Montorio no tenía derecho a comportarse con tanta estupidez como esa noche. Había llegado esa mañana, y el mismo día, sin encomendarse a Dios ni al diablo, le había pedido la mano a Klára. Así sin más, sin cortejo previo, sin prepararlo. En vez de dirigirse a ella, a la duquesa



Ágnes, y pedirle consejo. ¡Qué animal! Ahora seguramente Montorio la culparía a ella, y pensaría que lo había engañado.

A la mañana siguiente el príncipe volvería a casa de su madre, y le contaría su versión de la historia; la mamá Montorio pensaría lo mismo que él, y cuando los Kollonich volvieran a Viena, le darían la espalda, porque la madre del príncipe era una auténtica Borbón-Módena y haría gala de la misma inflexibilidad que antes, cuando apenas si los saludaba desde las alturas del Olimpo. A la duquesa Ágnes le molestó mucho esa idea.

Le molestó porque sabía que en parte era verdad que había engatusado un poco a los Montorio, y que tenían toda la razón para estar enfadados. Pero solo había obrado así por el bien de todos, pensando que de ese modo le resultaría más fácil lograr que Klára se aviniera a sus planes. Y seguramente lo hubiera conseguido, si no ahora, más tarde, si Montorio no se hubiera comportado como un imbécil.

Sus pensamientos volvieron al baile.

A la *czarda* le siguió un vals. László y Klára pasaron por delante de ella abrazados. El cinturón de la muchacha se había acoplado al brazo del joven, bailaban con los ojos entreabiertos, como sonámbulos. Era un espectáculo indecente... ¡intolerable!

La duquesa Ágnes esperó a que terminara el vals, y entonces le hizo una señal a su hijastra.

—Querida, nos vamos a casa. Hoy me encuentro muy cansada.

«Querida». Klára sabía bien lo que significaba esa palabra. Generalmente, la señora Kollonich la usaba cuando estaba enfadada.

—Naturalmente, vámonos —contestó servicial y alegre porque no tenía la conciencia tranquila. Bajaron las escaleras juntas y subieron a la carroza.

Las herraduras repiqueteaban en los adoquines al trote de los caballos —*tap, tap, tap*—; acompañada a ese ritmo, su mente recordó todo lo que había esperado. ¡Cuánto trabajo, cuántos esfuerzos hechos para nada! ¡Cuántos planes ambiciosos podían desbaratarse! Por fin a ella y a su familia iban a recibirlos como a iguales en la ciudad imperial, iban a formar parte de sus círculos con pleno derecho; incluso en los salones más cerrados de Viena los aceptarían. Si Klára hubiera aceptado ese matrimonio, habrían encontrado casa en el enorme palacio Montorio, que era el alcázar soberano del Olimpo; habrían entrado allí con el derecho sagrado de los conquistadores. ¡Habría sido su mayor triunfo social! Y Klára habría sido feliz al lado de un marido tan guapo, tan gran señor. Además, se habría abierto la posibilidad para el hijo de la duquesa Ágnes de emprender una carrera exitosa. Sintió una amargura tremenda al comprender lo mucho que se había perdido.

*Tap, tap, tap*, golpetearon los caballos, y la carroza se deslizó susurrante.

Recordaba ahora los primeros años de su juventud cuando ellas dos, las muchachas Ágnes y Élise Gyerőffy, su hermana menor, se trasladaron a Budapest. Su padre, Tamás Gyerőffy había sido elegido diputado por el partido conservador y

católico de Sennyey<sup>[17]</sup>. Era un partido distinguido, de caballeros. Su madre había organizado la puesta de largo. Las dos hermanas eran bonitas, bailaban de maravilla, eran muy educadas y hablaban inglés, lo que era una excepción; sin embargo, tuvieron muchas dificultades. En Transilvania hubieran sido las primeras del baile, pero allí eran unas extrañas, extranjeras, muchachas de segunda que sobraban. Las señoras de Budapest y sus hijas les hablaban con falsa benevolencia cuando se dirigían a ellas. ¡Había soportado tantas humillaciones en los primeros carnavales! Su destino dio un primer giro cuando en Balatonfüred conoció a Louis Kollonich. No en el baile, porque Kollonich todavía estaba de luto por la muerte de su mujer, sino en una regata celebrada en el lago Balaton. El buen Louis se volvió loco por ella, se quitó el luto, y el último día de la regata de vela, apenas cuatro días después de haberse conocido, le pidió que se casara con él. Y ella aceptó la propuesta. ¿Cómo no iba a aceptarla? No estaba enamorada de aquel viudo gordinflón de cara perruna, pero le sedujo la posibilidad de ser la duquesa Kollonich, de triunfar sobre las jóvenes budapestinas que la habían tratado con desdén, de ser la primera dama en el círculo donde había sido menospreciada, de vivir lujosamente en un castillo enorme al que era una gracia especial ser invitado y, en definitiva, de ser el centro de la gran nobleza húngara.

Pensó que de un día para otro, por arte de magia, lo tendría todo; pero se equivocó. Aunque ya era la duquesa Kollonich, las damas autóctonas la seguían mirando por encima del hombro. Las más malvadas incluso hacían alusiones a sus orígenes transilvanos:

—Hay muchos osos por allí, ¿verdad? Pero ¿también habrá algo más? ¿O no?

Fingían no saber pronunciar su antiguo nombre húngaro:

—*Was ist das für ein Name?* ¿Cómo es su nombre?

Eran realmente odiosas. Quizá también era culpa suya que les costara aceptarla. Se sentía una mujer de segunda, inferior, una intrusa. Ante ellas levantaba la cabeza, con aparente altivez, pero en el fondo no tenía fe en sí misma y se mostraba orgullosa, aunque luego se alegraba si la trataban con amabilidad. Tal vez por eso la conquista duró tantos años: necesitó diez años de duro trabajo para lograr ser una de ellas. Debido a esa lucha prolongada por el reconocimiento, había dirigido todos sus pensamientos y sus deseos a conseguir el triunfo social. Había sido lo más importante para ella, y lo evaluaba todo desde ese punto de vista. Por fin lo logró, por fin fue una de ellas, su compañera. Entonces se le presentó otra misión: tener un lugar merecido en la corte. Ser alguien en Viena era la venganza perfecta por las humillaciones sufridas en la alta sociedad de Budapest. Aparecer en los círculos más distinguidos, más cerrados, más ilustres de la Monarquía sería su triunfo definitivo sobre ellos. Era la única recompensa para ella, una mujer transilvana despreciada. Se dedicó a conseguirlo en cuerpo y alma. ¡Y lo hubiera logrado gracias a la boda con Montorio!

Pero todo había acabado. ¿Y por qué? ¡Porque ese Laci había embelesado a Klára! ¡Qué hipócrita! Había entrado en su casa sigilosamente, ¡el muy ladino e

intrigante! ¡Había abusado de su protección maternal! Ese desagradecido le había devuelto así su bondad infinita, a ella, que desde su niñez lo había tratado como si fuera su propio hijo, y no el vástago de aquella mujer perversa que se había escapado con un aventurero y había abandonado a su pequeño de año y medio.

Los recuerdos dolorosos fueron interrumpidos por el *tap, tap, tap* de los caballos.

Aquella puta, Júlia Ladossa, había sido la vergüenza de la familia. La duquesa Ágnes evocó la vieja historia de la tragedia familiar. Júlia se había marchado de Szamoskozárd en un carruaje de ponis —quién sabía por qué razón—, y a los tres días su marido, el pobre Mihály Gyeróffy, hermano de la duquesa Kollonich, fue encontrado muerto en el bosque. ¡Se había matado con su escopeta de caza para que pareciera una casualidad! «Fue una manera elegante de acabar con el asunto. Se nota que era de mi familia», pensó Ágnes. Sin embargo, ese Laci era hijo de aquella mujer desvergonzada. Se parecía a ella en todo. Había heredado su talento musical; su cuñada había intentado disimular su naturaleza malévola con bobos intentos artísticos. Laci era también cejijunto como ella. «Su mismo aspecto», pensó Ágnes evocando la cara de su sobrino, que, al margen de las cejas, se parecía a la duquesa más que sus propios hijos. Pero ella solo veía las diferencias, y sintió un odio horrible. ¡Ese desagradecido, al que ella misma habría casado con un buen partido, se había atrevido a seducir a su querida Klára!

Pero tal vez no estaba todo perdido. Quizá era un capricho pasajero de Klára. Quizá se podía arreglar. ¿Y si solo se había producido un pequeño roce entre Montorio y la muchacha? Decidió llamar a Klára al día siguiente e interrogarla.

La carroza entró por la puerta del palacio Kollonich. El mozo sacó el cesto alargado de flores que Klára había ganado en el *cotillon*, y que estaba a los pies de las mujeres. Entre el sinfín de ramilletes rosas y rojos, había uno azafranado: el de Gyeróffy. Estaba encima de todos, era el más grande, el más espectacular; de allí había sacado Klára un clavel para ponérselo en el traje. La ira se apoderó de la duquesa Ágnes. Intentó controlarse mientras subían las escaleras, y arriba se despidió de su hijastra con voz impasible. Se dominó para darle un beso en la frente y dirigirse a sus aposentos. No dijo nada sobre el interrogatorio del día siguiente, tuvo miedo de que en la voz se le notara el enfado.

Al mediodía siguiente, la pequeña «Ilus», la doncella personal de Klára, entró en la habitación.

—La señora duquesa pide que la señorita vaya a verla —dijo tímidamente y se apartó de la puerta para que su ama pudiera salir.

Klára salió asustada. Había llegado la hora de decidirse, estaba segura. Había estado toda la noche preocupada, cavilando sobre las posibilidades. ¿Cómo sería? ¿Qué le diría? ¿Qué contestaría si le preguntaba? ¡Qué lástima no haberle dicho antes lo que tenía pensado! ¿Por qué habría esperado tanto? Ahora se vería obligada a

hablar como una acusada; no en el momento más oportuno, ideal y ventajoso, elegido por ella misma, sino cara a cara, a solas con su madrastra. ¡Como si fuera una niña pillada con las manos en la masa! Si era posible todavía, intentaría evitar el tema, y si no, entonces... Ya daba igual, si tenía que librar la batalla desde una posición desventajosa, lo haría. Pero ¡sería mucho más difícil! No obstante, resistiría. Sería mejor esquivarla, y poder hablar con papá a la hora de su cigarro.

Se puso nerviosa, y se le hizo un nudo en la garganta. Tenía que sacar fuerzas de flaqueza antes de ver a mamá Ágnes. Para ganar tiempo, le preguntó a Ilus:

—Dime, Ilus, ¿por qué estás siempre tan triste? —Solo ahora se había dado cuenta, aunque eran íntimas, solo ahora que ella también estaba en apuros.

La pequeña doncella miró a Klára de soslayo y volvió a bajar la mirada:

—No lo estoy, señorita, no lo estoy —contestó excusándose, y añadió desmintiendo lo anterior—. Es que la gente es muy mala. —Y volvió a callarse asustada.

—¿No estarás enamorada? —preguntó Klára, sintiendo una profunda simpatía por ella.

—¡No, qué va! ¿Cómo iba a estarlo? ¡Qué va! —contestó y se ruborizó; su mirada pareció todavía más triste.

Klára le acarició el rostro. Le reconfortó encontrar a una compañera en el deseo, en el sufrimiento, en el amor. Se sintió más fuerte al saber que no estaba sola. Salió al pasillo más tranquila, y abrió la puerta de la señora Kollonich.

El dormitorio de la duquesa Ágnes era igual que el de Simonvásár, con la única diferencia de que este era de color frambuesa y aquel amarillo. A los pies de su cama doble había una otomana, y ella estaba sentada en el centro, con la cara muy seria.

—Siéntate, querida —dijo indicándole a Klára la silla de enfrente—, quiero preguntarte una cosa.

Esperó a que la muchacha se sentara, tardó unos momentos más y le preguntó:

—¿Qué pasó ayer entre tú y Montorio?

—Nada —respondió Klára—, en realidad nada.

La señora Kollonich levantó las cejas en señal de duda, mantuvo fijos los ojos. Esperó la respuesta real, sabía que la tendría si no se precipitaba. Y Klára, vacilando, siguió:

—Solo me pidió que después de la cena fuera al jardín con él a dar un paseo, y yo no quise.

—Y...

Klára entrelazó los dedos nerviosamente.

—Eso... eso fue todo, nada más —añadió—, pensé que no era correcto...

La señora Ágnes se encogió de hombros. Esbozó una sonrisa irónica, fugaz, que desapareció inmediatamente:

—Esa fue la única razón, ¿verdad? —preguntó con voz helada, llena de desdén por la evidente mentira.

—Sí, por eso, y porque no quería...

—¿Qué es lo que no querías?

—Bueno, solo que no quería.

Hubo otra pausa. La duquesa estaba más rígida que una estatua.

—Esa respuesta empecinada no es digna de ti, Klára. De ninguna de las dos. Al fin y al cabo soy tu madre, aunque no por naturaleza, sí en todos los demás aspectos.

Klára se ruborizó, incómoda por la alusión. Era cierto que su madrastra siempre había sido muy buena con ella, la había cuidado como si fuera su difunta madre, a la que no llegó a conocer.

Klára contestó:

—Al acabar la cena me propuso dar una vuelta. Tuve la sensación de que me pediría la mano si me iba con él. Lo hubiera alentado en su propósito, por eso me negué.

—¿Hizo algún comentario?

La muchacha titubeó un momento. ¿Debía hablar o no? Odiaba mentir, porque era muy honesta, y decidió decir la verdad:

—Sí. Me dijo que quería preguntarme algo muy importante. Yo le dije que... no tendría sentido. Sí, le dije que no tendría ningún sentido.

Ya lo había soltado, no había vuelta atrás. Levantó la cabeza y clavó sus ojos en la señora Ágnes.

—¿Cómo te atreviste a decirle tal cosa? ¿Te has vuelto loca? ¿Has desperdiciado la mayor oportunidad de tu vida! Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Las manos bien aseadas de la señora Kollonich se cerraron en un puño, y tuvo que reprimirse para no levantarse de la otomana. Rápidamente volvió a dominarse y soltó una risa amarga:

—¿Por qué? No tengo más preguntas, puesto que lo tengo claro como todo el mundo: estás enamorada de ese Laci. ¡Por eso has cometido tamaña locura! ¡Por Laci! —Y volvió a reírse, burlándose de ella.

Klára, al oír las palabras y la risa, se levantó y le dijo con tranquilidad fingida, pero con voz casi de fanática:

—Sí, es verdad. Nos queremos, y he decidido casarme con él. ¡Ha sido por eso! ¡Porque nos queremos!

—Hace tiempo que sospecho que estás obnubilada con él. ¿Y Laci? ¡Ja, ja, ja! ¿No sabes que es el amante de la señora Berédy? ¡Qué hipócrita! Te corteja a ti, mientras... Ni siquiera se molesta en hacerlo discretamente.

—¿La señora Berédy?

—¿Cómo no? Todos los miércoles cena allí, además la visita por las tardes. Lo sabe toda la ciudad excepto tú, pobrecita.

La muchacha se irguió delante de su madrastra.

—¡No! ¡No! ¡No! No es cierto. Lo conozco. Yo lo sé. La ha visitado un par de veces, me lo dijo él mismo, pero eso no tiene nada que ver, él no tiene a nadie, solo a

mí... Me ama desde hace años, me ha amado siempre. ¡Yo lo sé! ¡Y me es fiel!

—Yo no doy mucha credibilidad a las murmuraciones, pero sé de buena fuente lo que digo. Me lo dijo el viejo Szelepcsényi, y él siempre está enterado de lo que ocurre en casa de la bella Fanny. Es muy amigo de esa casa; es totalmente cierto.

—¡No! ¡No! ¡No puede ser! ¡Es que todo el mundo quiere hundirlo!

—Szelepcsényi no me lo dijo como algo negativo, sino como un elogio.

—No puede ser. Es pura calumnia, sí, una calumnia. Lo han inventado para...

—¿Lo han inventado? ¡Basta ya! —la interrumpió la duquesa Ágnes poniéndose en pie—. A mí no me hables en ese tono. Ahora vamos a ver a tu padre, tienes que decirle lo que has hecho, a ver si te comportas mejor delante de él.

Salió por la puerta con tanta majestuosidad como un buque de guerra. Klára la siguió.

Kollonich estaba en el salón de fumar, paseando arriba y abajo, con las manos entrelazadas detrás, con el cigarro apagado en la boca, y cada dos por tres miraba el reloj. Tenía mucha hambre a esas horas; estaba deseando comer.

Entraron Ágnes y Klára.

—*Na! Wird denn niemals serviert?* ¿Es que no van a servir nunca? —preguntó enfadado, pues cuando estaba furioso hablaba en alemán.

Su esposa no le dijo nada, sino que se sentó en una butaca.

—*Lieber Louis, querido* —empezó solemnemente—, Klára quiere contarte una cosa. Ayer le dio calabazas a Montorio, que había sido tu elección para ella.

—*Was ist das für ein Blödsinn?* ¿Qué disparate es ese? —bramó Louis a su hija.

Klára no se inquietó, habló con entereza y tranquilidad, con rebeldía. Dijo que no quería a Montorio, que no se casaría con él, que al fin y al cabo era su vida, y que solo se casaría por amor. De otra manera no sería feliz nunca. No, no sería feliz nunca, nunca. Por eso lo había hecho.

—*Na! Meinetwegen!* ¡Me da igual! ¿No servirán nunca la comida? —fue la respuesta de su padre. La duquesa Ágnes no se movió un ápice.

—Hay algo más —dijo suavemente, y se dirigió a su hijastra—: Querida, dile a tu padre lo que me acabas de contar. ¡Se lo debes!

—*Aber was ist denn doch?* ¿Pero qué pasa? —preguntó Kollonich indignado y volvió a dar vueltas por el salón.

Le resultaba difícil hablar a su padre, que estaba circulando por el salón; sin embargo, se mantuvo firme y habló con voz decidida, aunque sentía que no aguantaría mucho más. Declaró que estaba enamorada, y que su amor era correspondido, que sería la mujer del hombre al que quería, y sería feliz. De todos modos, dentro de una semana alcanzaría la mayoría de edad y podría decidir sobre su vida. Naturalmente, pedía su aprobación. ¡Por supuesto que sí! Pero era ella quien tenía que decidir, puesto que se trataba de su vida. De su felicidad. Fue un preámbulo demasiado largo, no fue al grano. No quiso dar el nombre de László.

—*Na! Und wer ist der glückliche Jüngling?* ¿Y quién será el afortunado joven?

—le interrumpió Louis, que se había parado frente a ella.

Klára lo miró a los ojos.

—László Gyerőffy.

—*Wa-a-as! Der Laci! Dieser Kartenspieler! Nicht um die Welt!* ¡Qué! ¡Laci! ¡Ese jugador de cartas! ¡Nunca en la vida! —exclamó Kollonich, y volvió a dar vueltas por el salón con pasos apresurados sin parar de maldecir—: *So ein Lump!* ¡Un embustero!

No le faltaron groserías ni para Klára ni para él, que pretendía entrar en la familia a través del matrimonio, ¡ese jugador, ese *Niemand*, ese don nadie!, para llevarse a su hija. ¡A su hija! Y para destrozarla, para que él, Louis, tuviera que pagar las deudas contraídas por ese inútil jugando a las cartas. Estuvo gritando un buen rato, después se volvió hacia Klára, que se había desplomado y, apoyada en el brazo de una butaca, se había echado a llorar.

—*Hat er die Impertinenz gehabt?* ¿Ha tenido la impertinencia de pedirte la mano? ¿Se ha atrevido?

Klára negó con la cabeza.

—No, no lo ha hecho, no se atreve hasta que...

—¡Menos mal! —dijo Kollonich y volvió a dar vueltas refunfuñando. Su hija sollozaba cada vez más desesperada. El buen Louis no lo aguantó mucho. Volvió al lado de su hija, y le tocó el hombro.

—Bueno, bueno... No llores, hija. A mí no me importaría tanto si no fuera jugador de cartas, pero tienes que admitir que un jugador... —y continuó furioso—: *Werden wir denn niemals es sen?* ¿Es que no se come nunca en esta casa? —gritó levantando el puño.

La duquesa Ágnes tocó el timbre de la mesa. El mayordomo Szabó entró.

—Sirvan —mandó.

El mayordomo hizo una reverencia.

—La entrada fría ya está servida, señora duquesa —dijo y desapareció.

—*Gott sei Dank!* ¡Gracias a Dios! —se alegró Kollonich, y los tres se dirigieron al comedor. Klára se secó los ojos rápidamente; no obstante, se le notaba que había llorado.

Por suerte, aquel día no había invitados, solo los dos muchachos: Péter y Niki. Estos notaron que había pasado algo grave. Niki estuvo observando a sus padres y a Klára; Péter, que era un muchacho de gran corazón y le tenía mucho cariño a su hermana, desvió la conversación hacia la caza. Su padre aprovechó la posibilidad inmediatamente. Les contó, aunque fuera por tercera vez, cómo dos días antes había matado en Simonvásár a un corzo al que le tenía echado el ojo desde hacía tiempo. Pronto recuperó su alegría habitual, sobre todo porque el menú era lucio en gelatina con jamón y trufa, seguido por *turnedos à la Rossini*, su comida favorita.

Después del almuerzo, Klára volvió a su habitación. Estaba pensativa. Se lavó los ojos, siguió reflexionando y se sintió un poco más calmada. ¡No todo estaba perdido! Papá había descargado su ira. Y si László no seguía jugando a las cartas... si les

demostraba que ya no jugaba... que iba a dejarlo por ella, ¡por ella! Sí, sería una prueba ante su madrastra... Se decía que las cartas eran una adicción, y verían que László dejaba de jugar por su amor. Sería la prueba contra la calumnia asquerosa de que László y la señora Berédy... ¡Imposible! Se sentó al escritorio y, con su letra angulosa escribió:

«Se lo he dicho. ¡Ha sido horrible! Mañana en el hipódromo intenta acercarte de modo casual. Tengo que decirte algo. ¡Hasta mañana!».

Subrayó algunas palabras: *dicho, casual*. Luego se acercó al timbre de puntillas y lo tocó suavemente para que no sonara muy alto. Tras unos momentos entró Ilus.

—¿Qué desea, la señorita?

—¡Entra! ¡Cierra la puerta! ¿Te ha visto alguien entrar?

—No, no hay nadie en el pasillo.

—Tienes que llevar esta carta. Pero que no se entere nadie. Confío en ti. ¡Ten mucho cuidado! ¡Escóndela bien! —dijo, y añadió susurrando al oído de Ilus—: Tienes que entregársela al conde Gyeróffy. Solo a él, en mano. Quizá ahora esté en casa. Calle del Museo, número uno, planta tercera o cuarta, no me acuerdo. ¿Lo harás? ¿Verdad que sí?

—Claro que sí, señorita. Con mucho gusto...

—¡Ten cuidado de que no te vea nadie! ¿Tendrás mucho cuidado, verdad?

—Por supuesto, voy ahora mismo.

—Sí, date prisa, que es muy importante. ¡Mucho!

Klára, exhausta por los nervios, sintió una profunda gratitud y esperanza. Abrazó a Ilus, y le dio un beso fraternal. Sin embargo, la pequeña doncella se retiró, avergonzada como si se sintiera indigna de tanto afecto.

—No hace falta, señorita, no hace falta —dijo y salió de la habitación sin hacer el menor ruido.

La Copa del Rey era el acontecimiento más importante de la temporada primaveral. Asistían todos los que contaban: las bellas señoras con sus trajes más despampanantes, los líderes de los círculos más alto; todo el mundo quería ver y ser visto. Las tribunas estaban repletas; y los lugares de tercera categoría, abarrotados de gente. En aquel entonces las carreras de caballos atraían a un público mucho más variado del que asiste hoy en día a los partidos de fútbol o waterpolo, porque ofrecía toda clase de placeres: el espectáculo suntuoso, las fabulosas ganancias, la excitación del *finish*. Ver y ser visto el día de la Copa del Rey formaba parte de la vida social de Budapest.

La marcha de los caballos era un espectáculo formidable: cientos de simones tirados por excelentes trotones que pasaban a galope tendido, carrozas repiqueteando con lentitud majestuosa, *coachs* ingleses con tiros de cuatro caballos conducidos por el propietario y ocho personas en su cubierta; tras el último asiento, en pie, el cochero



de librea saludaba dando trompetazos. Había faetones de cuatro y cinco caballos, con aderezos multicolores, corriendo entre alegres chasquidos. En los carruajes iban las damas con sus mejores galas, adornadas con flores, parasoles divertidos y sombreros con plumas. Apenas había uno o dos automóviles expulsando su pestilente humareda entre los carruajes. A todo el mundo le molestaba verlos; los pobres caballos los odiaban, tal vez intuían que esas máquinas acabarían con ellos.

La tribuna principal se llenó completamente; las filas de asientos ya estaban ocupadas por las masas que habían acudido para la gran fiesta. Parecía un arriate cuyas flores fueran los trajes de las damas que brotaran con todos los matices del rosa, del azul, del blanco y del rojo; pero para contrastar, los señores iban vestidos con levita negra y sombrero de copa brillante como el charol. El césped, bañado por los rayos cegadores del sol, estaba repleto de gente, de colores, de vida, de fiesta animada y alegre.

László Gyerőffy llegó temprano, cuando apenas había gente. Subió a la grada más alta de la tribuna, que estaba reservada para los socios del hipódromo y sus familias; desde allí pudo observar la llegada de los Kollonich. Había elegido su traje con más minuciosidad que nunca. Llevaba levita de color gris azulado, chaleco de pico de botonadura doble color mantequilla, pantalones a finas rayas blancas que llamaban un poco la atención, pero en esas ocasiones podía vestirse de manera algo más provocadora. Sus zapatos de charol, al final de los bien planchados pantalones, parecían puñales refulgentes. En la solapa de la levita no faltaba el clavel amarillo, la flor que era el símbolo de su amor.

Esperaba recto, erguido; su figura esbelta daba la sensación de ser más alta gracias a los faldones largos y al sombrero de copa. En lo alto de la gradería parecía un modelo de revista de moda inglesa, y desde abajo las mujeres le lanzaban miradas de admiración y deseo.

En cambio, él no veía a nadie, su mirada seguía clavada en la entrada por la que el público, que pronto llenó las gradas vacías y el césped, accedía en tropel. Era un puesto estupendo para observar a la gente. Ya habían llegado las mujeres de la alta sociedad, las damas del mundo de la banca, del Casino Gentry y del Club Parque. En medio de aquel bullicio colorido de repente vio a Neszti Szent-Györgyi con su hermosa *grande cocotte* belga, su amante oficial, que se sentó inmediatamente delante de los asientos reservados para los socios, en una silla separada, como si fuera la reina del *turf*. Vio a Kristóf Zalaméry con dos divas del teatro de variedades, pero desaparecieron entre los espectadores reunidos en el césped. Más tarde llegó la señora Berédy con sus primas, d'Orly, Devereux y el viejo Szelepcsényi. Todos se quedaron abajo, cerca de la barandilla, y los admiradores de Fanny llevaron sillas plegables.

Los primeros caballos de la carrera ya estaban desfilando delante del palco de los árbitros cuando László descubrió a su tía y a Klára. Se abrieron camino entre los conocidos y se situaron en la parte baja: la señora Kollonich con las madres, Klára con los jóvenes en la primera grada.

László no se movió de su mirador. Quería esperar a que la duquesa Ágnes se fuera al *paddock*, al césped o a que estuviera tan rodeada de gente que no pudiera descubrir que se acercaba a Klára. Tuvo la sensación de que la palabra *casual* significaba que Klára no podía hablar con él tranquilamente bajo la severa mirada de su madrastra.

Tuvo que esperar un buen rato; corrieron la primera carrera, la segunda. La señora Kollonich seguía sentada a unos diez pasos de Klára sin intención de moverse.

Antes de la final, el público volvió del *paddock*, donde aparejaban los caballos de carreras, y Gyeróffy vio que el mayordomo del archiduque se acercaba a la señora Kollonich. Ella se levantó y, junto a otras dos damas, fue hacia las escaleras interiores: seguramente la habían invitado al palco real. ¡Ahora! Tenía que bajar a hablar con Klára ahora.

Le costó avanzar en dirección contraria al público que subía; tuvo que esquivar a los grupos de conocidos, evitar el encuentro con los amigos, deslizarse de un sitio a otro, saltar algunas gradas, puesto que la angosta escalera estaba intransitable. Por fin llegó, por fin estuvo al lado de Klára. La muchacha le hizo un hueco, estaban sentados muy cerca, muy apretados. Sintió que el perfume de violetas de la joven lo envolvía como la niebla.

Klára habló en un susurro, apresuradamente, con la mirada clavada en el suelo. Solo movió los labios, apenas emitió voz alguna, porque estaban rodeados de conocidos:

—Ayer se lo dije. ¡Fue terrible! Pero... de todas maneras... tienes que prometerme una cosa...

—¡Lo que sea!

—Que no jugarás nunca más a las cartas. ¡Hazlo por mí!

—Haré todo lo que quieras —susurró László.

La muchacha lo miró a los ojos.

—Tienes que prometérmelo —dijo, y le dio su mano para que los demás pensarán que estaban apostando a los caballos.

—Te lo prometo —dijo solemnemente y estrechó la suave mano de la muchacha.

Klára se sintió colmada de felicidad, confió en el futuro, vio su boda asegurada y que en unos meses podría plantarse delante de su padre y decirle que László ya no jugaba: «Lo ha dejado por mí». Sería una prueba a su favor. Además, le complacía pensar que tal vez acababa de salvar a László de la autodestrucción; el día anterior, presionada por la protesta apasionada de su padre, había tenido que admitir que los naipes podrían ser la ruina de László. ¡Había decidido salvarlo! Era una sensación emocionante, feliz.

Se quedó mirando al joven, pero enseguida se dio cuenta de que su hermano Niki les estaba espiando; seguramente los delataría a la duquesa Ágnes. Klára tuvo que despedir a László:

—Nos están espiando —dijo con voz apenas perceptible, y añadió más alto—:

Corre rápidamente a apostar este dinero. —Y para disimular, sacó un billete y volvió a decirle—: ¡Apuesta en mi nombre estas diez coronas!

Fue muy astuto por su parte. László, al despedirse, pudo acercarse más a ella, y mientras cogía el billete le preguntó susurrando:

—¿Esta noche puedo sentarme a tu lado?

—Sí. ¡Ya no me importa nada ni nadie! —contestó la joven, feliz y agradecida, porque lo amaba, porque guardaba en su corazón las palabras de László, su promesa, y oyó una voz triunfante en su interior: «¡Eres mío, ahora serás mío!». Sus ojos azul marino brillaron como nunca y siguieron desde lejos a su amor que se alejaba.

Una vecina de atrás le preguntó:

—¿Por cuál has apostado? ¿Por *Patience*? ¡No vale la pena! Es el favorito de la carrera.

—No te lo voy a decir —contestó Klára—. ¡No! ¡Es secreto! ¡Es mi secreto!

Y soltó una risa cómplice, triunfante, llena de alegría, que sonó suave y voluptuosa como el arrullo de la tórtola.

Gyerőffy cruzó el tumulto con pasos apresurados. Sintió la urgencia supersticiosa de apostar a un caballo con el dinero de Klára. Apenas pudo llegar a la taquilla por la cantidad de gente que había. Cuando llegó y metió el billete de diez coronas por el hueco de la ventanilla, el oficial le preguntó impaciente: «¿Por cuál?». Tuvo que decidirse rápidamente, desde atrás era presionado por cientos de personas; no lo había pensado, ni tampoco conocía el nombre de los caballos. Tuvo que elegir un número al azar. «Por el nueve», dijo. Era su número de la suerte en las cartas, quizá allí también funcionaría. Cogió la cédula de cartón y se la metió en el bolsillo superior del chaleco.

No volvió a la tribuna por temor a encontrarse sin querer de nuevo junto a Klára: no debía ocurrir. Se quedó abajo, en el césped. Por la pista acabó de pasar la galopada de entrenamiento. Por encima de la multitud solo se veía el busto de los jinetes, en mallas de color, pegados al caballo. Pasaron a galope lento delante del público como si flotaran en el mar picado de los sombreros. László tuvo que buscar un sitio desde el que pudiera ver algo más.

Era la primera vez que se interesaba por las carreras; la primera vez que quería saber qué caballo sería el ganador. Sumergido en sus pensamientos, se topó con un parasol verdemar que le impedía avanzar.

—*Halt! Halt!* ¡Pare! —exclamó una voz alegre, femenina—. ¡Espere un momento! ¿Es que ya ni me ve?

Era Fanny, la bella Fanny, que sentada en medio de su séquito había parado a László.

Una vez hubieron intercambiado los saludos y las bromas obligatorias, Gyerőffy pidió un programa para saber qué caballo era el nueve.

—¿Es que le interesan las carreras? —preguntó la señora Berédy.

—He apostado por uno.

—¿Usted apuesta a los caballos? —preguntó en tono de reproche—. Es decir, no solo a las cartas.

—¡Oh, solo hoy! Es la primera vez que lo hago.

—¿Por cuál, si me permite la pregunta? —intervino d'Orly.

—Por el nueve.

—No es gran cosa. Ganará la yegua de Festetich, de lejos.

László sintió que se le encogía el corazón, aunque no sabía por qué. La bella Fanny se dio cuenta de que la cara del joven se ensombrecía, y le preguntó preocupada:

—¿Ha apostado mucho?

—No, nada. ¡Nada! ¡Solo mi vida!

Aparentemente era una broma, puesto que se echó a reír, y los demás le acompañaron. Sin embargo, Fanny pidió que le dejaran una silla a Gyerőffy para que pudiera ver la carrera subido en ella. Szelepcsényi le prestó sus gemelos.

Sonó el timbre de salida. Gracias a los gemelos vio bien la carrera: los caballos corrían pegados a la fina línea de la barandilla; eran manchas de color volando. Desaparecieron en la curva, tapada por el público. Pasaron unos momentos y se oyeron los gritos de la tribuna de segunda, luego de la de tercera, que avanzaban junto a los caballos. Apenas se entendía: «¡Paaaa! ¡Paaaa!». Ya estaban delante de László, veloces como el viento. El primero era *Patience*, la yegua milagrosa, con su *jockey* de malla dorada. Volaba y aventajaba al resto de largo; solo hubo lucha por el segundo puesto. Pasaron y todo acabó.

—¿Está desesperado? —preguntó Fanny en voz baja mientras László la ayudaba a bajar de su silla.

—¡Qué va! —contestó—. Ha sido una broma. Solo he apostado diez coronas.

Fanny no se lo creyó del todo, a pesar de que el joven sonrió. Le estrechó la mano, quizá por simpatía.

La gente comenzó a bajar de la tribuna. La señora Kollonich, que había vuelto a su sitio antes de la carrera final, se acercó a Klára.

—¡Míralos! —dijo, y señaló con la barbilla hacia el grupo de la señora Berédy. Lo hizo en el momento justo en que László extendía sus brazos hacia la mujer.

A Klára se le encogió el corazón, pero solo por un momento, de inmediato ahuyentó la sospecha. No obstante, la alegría infinita que la había llenado se esfumó.

Con ocasión de la Copa del Rey, hubo un baile en el Club Parque al que acudió todo el mundo, no solo las familias de las chicas debutantes y los bailarines de siempre, sino hermosas damas con sus maridos, parientes lejanos y muchos políticos distinguidos cuyos familiares o ellos mismos poseían caballos de carrera. Por eso

asistieron también los pretendientes de las mujeres jóvenes y los señores mayores que habían firmado un par de pagarés para contribuir al «Baile de los Caballeros» que se celebraba esa noche.

Había acudido tanta gente que las salas del Club Parque estaban hasta los topes. Además, iban a ir los archiduques, con las dos jóvenes archiduquesas y los dos príncipes de Alemania. Por ese motivo, en las invitaciones se había indicado que todo el mundo debía lucir las cintas de sus condecoraciones y las insignias de órdenes; los oficiales del ejército debían vestir uniforme de gala; por lo demás, las damas se habían peinado con diademas como si fuera una fiesta en la corte. La espaciosa sala de baile del Club Parque ofrecía un espectáculo grandioso.

Desde que estaba en Budapest debido al trabajo parlamentario, Bálint solo había participado en un par de cenas y había asistido a un solo baile; prefería pasar las noches en el casino, discutiendo sobre política, o salir en compañía de gitanos y *cocottes*. Intentaba disfrutar de las juergas, pero en realidad beber con los cíngaros le aburría, las *cocottes* apenas le producían un interés fugaz, y tampoco le divertía la discusión política porque era improductiva, siempre a vueltas sobre los mismos temas, sin planes concretos, sin programas de desarrollo aparente. Seguramente era culpa suya, estaba deprimido e inquieto, como si ya no le interesara nada y hubiera dejado en Transilvania lo que realmente contaba para él. Comenzó a parecerle mal su actitud independiente —no identificarse con nadie, tener opinión propia, pensar con objetividad impasible—, que tanto había apreciado en los primeros meses de su mandato. «Sería mejor pertenecer a un grupo —pensó—. Tener un líder, no estar cavilando siempre y ser un extraño en todos los círculos». Mantenerse al margen le parecía inútil en el caso de un diputado principiante. Lo veía con más claridad esos días. Discutiera con quien discutiera, los diputados solo se limitaban a repetir los discursos oficiales de sus partidos, argumentos publicados en sus órganos oficiales cientos de veces. Y cuando querían hablar de algún incidente, aunque fuera una nimiedad, se apartaban de él, poniendo cuidado en que Bálint no entendiera ni una palabra. Era evidente que los dos partidos lo consideraban el espía temible del contrario. Y era natural, porque el que pretendía actuar con equidad y comprender el punto de vista de la otra parte, era una persona inútil en las batallas políticas y sospechosa por querer conocer los argumentos en contra. El *Audiat et altera pars*, es decir, «Escuchar también a la otra parte», no era un lema político. Todo lo contrario, el principio parlamentario era «Que cada uno crea exclusivamente en su verdad y rechace todo lo del partido opuesto», algo que quizá no se tuvo en cuenta en un par de ocasiones, pero que seguía siendo la base de la actividad pública.

En la Hungría de aquel entonces, ese principio estaba más fuerte que nunca. Tal vez porque la generación posterior al Compromiso de 1867, influida por el dualismo y la larga época de paz, había perdido de vista todo lo que pasaba fuera de sus fronteras. Y la oposición siempre había estado en la oposición, nunca había llegado a tener experiencia de gobierno. Hasta entonces, el partido gubernamental consideraba

enemigos a todos sus opositores, y toda su fuerza era absorbida por ese improductivo y permanente estado de alerta. Bálint Abády lo veía claramente y barajaba la posibilidad de entrar en algún grupo para poder participar en la elaboración del nuevo programa del gobierno. Sobre todo quería actuar a favor de la economía de Transilvania, hablar sobre la organización cooperativa, establecer el sistema de *homesteades* contra la proliferación de las granjas menores, volver a la Ley de Minorías, buscar la reconciliación y el acuerdo social...

Estaría bien buscar consenso... La idea se le ocurrió gracias a un artículo publicado en la prestigiosa revista inglesa *Contemporary Review*, escrito por un tal Draginesco, un autor rumano que, lleno de odio, había vertido terribles acusaciones contra los húngaros. Quizá hubiese relación entre el artículo y la actitud de los rumanos... Era cierto que el discurso de Mihályi había sido muy moderado, que había dicho que ellos también formaban parte del sistema político húngaro... Sin embargo, podría haber relación entre los dos fenómenos.

Bálint iba reflexionando sobre esos temas mientras se dirigía hacia el Club Parque.

Llegó bastante tarde. En la entrada de la antesala estaban esperando los directores del club y László Gyerőffy que, siendo el representante de los caballeros, formaba parte de los anfitriones. Detrás de ellos, dos criados de librea mantenían los candelabros encendidos, porque habían recibido una llamada telefónica avisando de que sus majestades estaban en camino desde el castillo. Según la etiqueta, debían escoltarlos por las escaleras con candelabros encendidos.

Al ver a László, Bálint se acordó de que había oído rumorear que Gyerőffy jugaba fuerte. Decidió hablar con él seriamente y, si era necesario, mostrarse severo. ¡Los naipes eran muy peligrosos! Tenía que salvar a László, y creyó que apelando a su vieja amistad podría convencer a su primo para que dejara de jugar. Hasta ahora no había tenido ocasión de hablar con él, László siempre tenía mil cosas que hacer, y siempre iba con prisa. Se le acercó y, después de saludarlo, fue al grano.

—Tengo que hablar contigo sobre algo importante y urgente —dijo—. ¿Cuándo tendrás un rato?

—¡Cuando te vaya bien! —contestó László.

—Eso puede ser nunca —se rio Bálint—. ¿Mañana a mediodía estarás en el casino?

—Claro, siempre como allí...

—Entonces te espero mañana a las dos; nos sentaremos aparte.

—Claro, claro que sí —respondió László—. Naturalmente —repitió con los ojos clavados en la puerta.

Tenía la mirada sombría, cerrada; no aquella alegre, pueril, de ojos que se abrían de par en par por la alegría de verlo. «Algo no va bien», pensó Abády cuando dejó a László y subió por las escaleras. Supuso que estaba preocupado por sus deudas, pero se equivocaba. Últimamente Gyerőffy ganaba a las cartas, y como apenas debía a los

usureros, estos no le metían prisa. Aquella arruga casi imperceptible le había salido en la frente por otras razones: se había enterado en el club de que en la casa de los Kollonich ese mismo día daban un gran *diner*. Y a él, que hasta ahora había entretenido a la familia en tales ocasiones, no lo habían invitado. Péter y Niki, a los que había visto en el hipódromo, tampoco se lo habían dicho. Eso significaba la guerra. ¡La guerra con su tía y su familia! Sintió una amargura profunda, y en vano intentó convencerse de que Klára resistiría, de que juntos triunfarían. Sus esperanzas se habían visto aguadas porque aquel caballo por el que había apostado las diez coronas de la muchacha, tentando a su destino, había sido el último. Fue muy mal augurio.

La amplia terraza de la escalera principal estaba abarrotada de gente esperando, pero no miraban hacia la entrada por donde se esperaba la llegada de sus majestades, sino que observaban de soslayo a Burián, el ministro de Economía. Acababa de llegar de Viena para reunirse con la coalición en nombre del rey; se murmuraba que era el último intento del emperador para hacer las paces. Sin embargo, observaban a Burián en vano; los que charlaban con él tampoco sabían mucho más, puesto que era una persona parca en palabras, reservada, cuyo rostro y ojos miopes tras las lentes delataban poco. Si el *homo regius* era callado, el viejo general Géza Fejérváry, que era asediado por las bellas señoras, era todo lo contrario: ruidoso y parlanchín. Ya el mero hecho de que acudiera era sorprendente, aunque aseguraba haberlo hecho por sus nietos. Estaba de muy buen humor, bromeaba con las mujeres. Su figura robusta sobresalía entre ellas, destacaba su blanco bigote de húsar y su fornido pecho adornado con varias insignias que colgaban de cintas doradas y que tintineaban cuando movía el busto. En un extremo lucía la pequeña cruz blanca de María Teresa que había ganado en la batalla de Custoza. Las mujeres flirtearon con él, animándole con miradas coquetas a que soltara algo sobre la misión de Burián.

Bálint se acercó al grupo, sobre todo porque se decía que el rey había asignado un papel importante al viejo general. Solo pudo captar unas frases, pero fueron suficientes para entender. El viejo fue atacado por una de las bellezas. Ella explicó que el emperador tenía que ceder, que era preciso que cediera, que no había otra salida. Con sus labios como pétalos de flor, formuló argumentos de derecho constitucional.

—No hay otra salida. El rey cederá —terminó.

El viejo Fejérváry se echó a reír.

—¿De verdad? ¿De verdad? Todo se solucionará de otra manera. De manera muy diferente. ¡Ja, ja, ja! ¡Muy diferente! Ya lo verán —dijo sacando pecho y atusándose el bigote. Le invadió una sensación de triunfo; y con unas ganas de luchar dignas de su juventud, cuando había dirigido su escuadrón en batalla, soltó una carcajada sonora, fuerte, burlona.

Al oír la carcajada, a Bálint se le encogió el corazón. Tuvo el presentimiento de que se estaba preparando algo nuevo, algo inesperado, una solución violenta. No podía ni imaginarse cuál sería, pero la figura de Fejérváry era la prueba de que algo grave pasaría. Tal vez las alusiones en la última carta de Slawata se refirieran a lo mismo: «Se está preparando algo muy distinto de lo que los señores húngaros piensan...». ¿Qué sería? ¿Nuevas elecciones con intervención militar? ¿O una maniobra absolutista? ¿Pensaban pisotear la Constitución, tal como había jurado Francisco José? No le pareció profunda, ¡era impensable! Sin embargo, no pudo librarse de la fuerte impresión que le había producido la carcajada del viejo militar.

No pudo salvarse de las conversaciones sobre política, a pesar de que había quedado en cenar y bailar el *cotillon* con la señora Berédy. Se sentó con ella a la mesa de las mujeres jóvenes, que también charlaban sobre los últimos acontecimientos. Fue sorprendente ver con cuánto entusiasmo discutían esas mujeres; lo hacían como expertas, con argumentos dignos de los mejores juristas. Naturalmente, todas estaban a favor de la oposición. De sus labios, que habitualmente servían para besar, salían las frases secas, exactas, que se posaban en sus hombros desnudos y seductores, en los que sus joyas de diamantes brillaban como los argumentos de su discurso. Se sentían muy confiadas porque la semana anterior un diario las había elogiado en el editorial.

—Por fin, somos reconocidas por la prensa —dijo una belleza rubia, mientras cortaba en dos una fresa gruesa con sus dientes blancos.

Al oírlo, Bálint se sintió más agobiado. Para cambiar de tema se dirigió a la bella Fanny. Quería saber más sobre los asuntos de László.

—Dicen que mi primo Gyerőffy frecuenta su casa, condesa Fanny.

—Sí. Es un muchacho muy agradable y un músico excelente. Todos le hemos cogido cariño.

—¿Es verdad que le gusta jugar fuerte?

—Sí, es un gran jugador de naipes.

Bálint preguntó con cierto titubeo:

—Lo veo solo de vez en cuando... aunque hoy ya lo he visto varias veces. ¿No habrá perdido mucho estos días?

La hermosa cara felina de Fanny se acercó a Abády:

—¡Oh, no creo! Mi amigo Devereux es muy parlanchín y lo sabe todo; me lo habría dicho. No, últimamente, más bien gana.

—Sí, pero hoy me llamó la atención que había algo... algo amargo en su mirada. Usted no lo conoce tan bien como yo.

Los ojos de la mujer se encendieron.

—Sí, yo también lo he notado —siguió tranquila—, pero no será por las cartas. Es tan irresponsable que no sabe si ha ganado o perdido —dijo; entrecerró los ojos en dos líneas negras y, con la boca voluptuosa, como si lamiera miel, añadió—: ¡Amores! Ese será el problema.



—¿Klára?

—Claro.

—¿Y la muchacha corresponde a su amor?

La bella Fanny se encogió de hombros.

—Una muchacha joven, ¿qué sabrá? —dijo con desdén—. Ella no puede elegir, se casará con quien le digan. Tontea un poco, pero al final será lo que diga Ágnes. Y ella es una esnob tremenda, lo sabe, ¿no?

—Sí, lo intuía.

—Pues ya lo ve. Para ella el buen László es un *Niemand*. Una condesa puede escaparse con el chófer, pero se casará con quien su familia elija para ella.

Fanny se alegró de haberlo resumido tan estupendamente, se apartó un poco y se subió los tirantes, que se le deslizaban de sus hombros con suma facilidad.

El Baile de los Caballeros no duró mucho. Todo el mundo estaba cansado porque era pesado ir de gala desde el mediodía hasta la madrugada. Apenas tocadas las tres, ya se habían marchado todos. László, después de despedir a los últimos invitados, se fue al casino.

En la segunda planta se jugaba una partida de cartas tremenda. Los jugadores estaban dispuestos a celebrar el día, y la mesa del tapete verde estaba a rebosar. Jugaban con ganas, y con envites de mil coronas. Cuando Gyeróffy llegó a la fila de los mirones, estos se apartaron, porque un jugador como László merecía un sitio privilegiado.

—No, gracias, no me quedo —dijo. Miró el juego durante unos minutos y se marchó.

—Seguramente tendrá una cita —comentó alguien, porque para los jugadores de naipes solo la *bonne-fortune* podía ser razón suficiente para faltar una noche.

László bajó las escaleras, cruzó las salas como si le costara separarse del casino y subió a un simón.

Su piso de soltero, aunque gastaba a espuestas, no había cambiado. Era feo, anticuado; la vieja tabla de dibujo ante la ventana, en la que un tiempo atrás había trabajado, estaba ahora cubierta de polvo.

«Qué fea es esta casa —pensó, y decidió, como tantas veces se había propuesto, buscar una vivienda más digna—. Qué tontería haberme quedado aquí».

Se acostó, pero no pudo dormirse. Era muy temprano para él, a esas horas no solía estar en la cama. No conseguía que el sueño le venciera, y sus pensamientos giraron alrededor de los acontecimientos del día: Klára, la promesa que le había hecho. ¡Tenía que respetarla! Sería un villano si no la cumplía. Y lo de la apuesta había sido una tontería. ¡Supersticiones! ¡Tonterías! ¿Por qué no había apostado por *Patience*? Se había comentado que sería el ganador. No quiso darle más vueltas. Para él había sido una prueba, un augurio. Ahora ya no importaba. Klára solo lo había

hecho para disimular el apretón de manos. En el baile no había podido verla porque el mayordomo de sus majestades le había asignado a una archiduquesa como compañera de *cotillon*. Un gran honor. Había visto a Klára cenar con Wárday, no muy lejos de su mesa, y charlar animadamente. «El imbécil de Wárday le hablaría de abono y abejorros», pensó László con amargura. Debido a sus obligaciones no había podido siquiera sacarla a bailar; a lo largo de toda la noche la había estado observando de lejos, y en la última figura del *cotillon*, cuando le llevó el ramillete azafranado, apenas pudo tocarla, estando ella tan rodeada de flores. No habían podido intercambiar ni una sola palabra. ¡Ni una! Y no lo habían invitado al gran *diner*... No lo habían invitado para que no pudieran hablar. ¿Sería siempre así? ¡Era horrible! ¡Horrible!

Tenía que encontrar una manera de comunicarse con ella. A través de Péter no podía ser, él no lo aceptaría. Niki era su enemigo. Se acordó de la pequeña doncella que el día anterior le había entregado la carta de Klára. ¡Ilus Varga! El portero le había contado que al principio no la había dejado pasar porque él mismo, László, le había dicho que quería dormir y que dijera que no estaba.

Podía pedirle a Ilus que fuera a verle y darle un mensaje... El nuevo plan lo tranquilizó.

A mediodía había mucha gente en el comedor del casino y en la galería contigua; después de almorzar, Bálint y László se sentaron en la vacía sala de billar.

Bálint habló con suma severidad. Comenzó diciéndole a László que estaba loco; le explicó que se arruinaría sin duda, que se destruiría y lo perdería todo. Ya había gastado unas cantidades desproporcionadas para su no demasiado cuantiosa fortuna; pero, aunque hubiera sido enorme, no podría hacer frente a las deudas que generaban los naipes. En definitiva, que László estaba loco. ¡Loco!

László lo escuchó sonriendo. Esperó alegremente la oportunidad de poder convencer a Bálint de lo contrario con una sola palabra.

—Ahora tienes que prometerme que no jugarás a las cartas nunca más, y que volverás a casa para arreglar tus asuntos pendientes. ¡Prométemelo! —dijo Bálint poniéndole la mano en el hombro.

—No tengo nada que prometerte —contestó László—. Ya no juego.

—¿No? ¿Desde cuándo?

László soltó una risita incómoda:

—Bueno, solo desde ayer. Anoche ya no me senté a la mesa. Se lo he prometido... a alguien.

—¿A quién? ¿Y cuándo?

—A alguien que es lo más importante para mí en el mundo. Es más importante que tú. Sí, más que tú, mucho más.

Bálint comprendió que solo podía tratarse de Klára.

—Bien, pues me alegro. Es una lástima que hayas tardado tanto. Bueno, ya da igual. Me alegro de que te hayas decidido y espero que lo cumplas. Y ahora, deja esta vida de locos. Si vuelves a casa enseguida, te será más fácil romper con este vicio.

—¡Oh!, puedo resistirlo.

—Supongo que sí —continuó Bálint con la mirada seria—. Verás, un hábito es difícil de romper, y el entorno... Mira, las negociaciones con Burián terminan hoy; y según los rumores, sin resultados. El Parlamento será suspendido. Yo vuelvo mañana a Transilvania. ¡Vámonos juntos! Me gustaría sacarte de aquí.

—¡No! ¡No! No puedo irme ahora; ahora no... mientras estén aquí, mientras dure la temporada. Son unos diez o doce días más. Después volveré a casa enseguida.

—Sería mucho más sensato hacerlo ahora mismo. Estoy preocupado por ti.

—¡No! Imposible. Ahora no puedo irme por otras razones, pero después... me marcharé enseguida.

Se levantaron y se dieron la mano.

László pegó un taconazo, y lo saludó de manera marcial:

—Me presentaré en tu casa así. *Melde gehorsamt!* ¡A sus órdenes, señor!

Luego se dio la vuelta y se marchó.

Pasaron tres días. Tres días en los que László apenas pudo ver a Klára, y cuando se encontraron fue siempre bajo la atenta mirada de alguien. La duquesa Ágnes siempre estaba cerca, vigilando como un detective. Así pasaron esos tres días desesperantes. László se enteraba *a posteriori* de que habían ido a pasear a la Isla Margarita, o a cenar a algún palacio vecino, pero a él no le habían dicho nada. Mamá Kollonich se las arreglaba para dejarlo al margen.

¡Fue insoportable, intolerable! Era preciso enviarle un mensaje a Klára para decirle que necesitaba verla, fuera donde fuese, porque si no, se moriría. Necesitaba saber qué planes tenía la familia, adónde irían. Era necesario que se vieran, ¡al menos eso!

El cuarto día se despertó de madrugada con la misma idea apremiante que le torturaba incluso en los sueños.

¿Cómo conseguirlo? No podía escribir a Klára, porque su madre seguramente interceptaría la carta. Lo mejor sería usar a la doncella, como había pensado. Era una buena muchacha, aunque siempre estaba triste; pero quería mucho a Klára; podía avisarla a través de ella.

Se sentó a la mesa y escribió unas palabras en el reverso de una de sus tarjetas:

«Querida Ilus: Venga a verme. La estaré esperando toda la tarde».

Dado que nunca tenía papel en casa, se vistió de cualquier manera y bajó a la casa de su ama para pedirle un sobre. Era demasiado grande, gris y áspero, pero le serviría. Anotó la dirección: «A la señorita Ilus Varga, Palacio del Conde Kollonich».

Tal y como estaba, sin afeitar, bajó a la plaza Kálvin. Serían las diez, llamó a un

recadero que había visto varias veces en la esquina y le entregó la carta.

—¿Espera respuesta el señor? —preguntó el viejo al recibir el pago de László.

—No. No es necesario. Solo entrégueselo; pero solo a ella, en mano.

—Sí, señor, como usted mande.

Fue un error enviar al recadero, hubiera sido más inteligente optar por el correo. El mensaje hubiera llegado igualmente a primera hora de la tarde. Fue un error porque llamó la atención. ¿Quién se gastaría cuarenta céntimos en mandar un mensaje a una doncella? ¿Qué relación tendría una persona así con la muchacha? No podía ser un conocido de su clase, ni un pariente. No eran tan tontos como para gastarse cuarenta céntimos en vez de ocho, y tampoco sería tan urgente. ¿Quién sería entonces? Fue muy sospechoso, demasiado.

El recadero ya llamaba la atención por el gorro rojo que llevaba. Habría sido diferente en un edificio de alquiler donde hubiera muchos pisos y muchos inquilinos. Habría podido pasar desapercibido; pero allí, en la puerta del palacio Kollonich... Tuvo que decirle al robusto y barbudo portero, tocado este con un sombrero con pasamanería dorada, para quién traía la carta. El recadero, un hombre de principios, insistió en que le habían dicho que entregara la carta al destinatario. Intercambiaron algunas palabras fuertes que el criado de librea oyó desde la escalera principal.

—¿Quién es el destinatario?

—Ilus Varga.

—Ya se la haré llegar yo. Usted no puede subir. Si precisa una respuesta espere fuera.

—No se precisa.

—Entonces, puede marcharse.

¿Qué más podía hacer el recadero? Se marchó.

El criado de librea se acercó al portero, cerca había también otro mozo que estaba brillantando la aldaba de latón de la entrada. Llevaba delantal, y tenía las manos manchadas con la crema de pulir. «¿Será para Ilus? Tiene algo dentro. ¿Será dinero? No, una tarjeta. Se la habrá mandado un señor. ¡Qué bien le va a la pequeña Ilus!», rieron los tres.

Llegó junto a ellos Szabó, el mayordomo, que estaba supervisando los trabajos de la casa.

—¿Qué pasa? ¿Qué hacéis? —preguntó en tono de reproche.

El de librea, para disimular que había cometido el error de abandonar su puesto en la escalera principal, dio abundantes explicaciones:

—Ha llegado una carta para Ilus Varga. ¡La ha traído un recadero! ¡Un recadero!

—¿Dónde está? ¡Dámela enseguida! —Szabó agarró la carta, y después de observar la letra, se la metió en el bolsillo interior de su frac—. Ya se la daré yo.

Todo volvió al orden: el mozo continuó brillantando el latón, el criado se retiró a

un rincón de la antesala para bostezar y el portero se puso delante de la puerta, con las piernas abiertas. Su figura transmitía la autoridad del palacio.

Szabó cruzó el patio con sus lentos pasos de coronel, continuando la ronda.

La duquesa Ágnes fue del dormitorio al tocador para hacerse la *toilette* vespertina cuando entró la doncella alemana, *Fräulein* Schultze.

—El *mayorrdomo* Szabó pide dos minutos de *audiencia*.

—¿Ahora? —preguntó la duquesa sorprendida, pues era una petición extraordinaria: su casa marchaba con un automatismo tan perfecto que apenas se daban tales incidencias—. Pues que entre —dijo, y se sentó. «Al criado se le recibe sentado».

La vieja solterona con pinta de granadero salió, y entró el señor Szabó.

Se paró junto a la puerta.

Era un artista de la rigidez. Lo tenía todo: el orgullo y la distinción de los duques, el respeto por la ilustre familia, sobre todo por su señora. Irradiaba serenidad, honestidad infinita, recato y decencia. Iba siempre muy bien aseado e impecablemente afeitado. Por su figura alta, nariz noble y gallardía propia de un político inglés, nadie hubiese pensado que era un campesino del condado de Fejér.

Esperaba tranquilo, sin tensión, con los labios cerrados.

—¿Qué pasa, querido Szabó? —preguntó la señora Kollonich, que solo llamaba por sus apellidos al mayordomo y al cocinero porque eran los pilares de la casa, y a la señorita Schultze porque era de buena familia.

—Señora duquesa —dijo Szabó con su cara de mármol—, le pido mil perdones por atreverme a molestar a su señoría, pero se ha producido un incidente que puede dañar la fama de la casa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la duquesa asombrada.

—Hay una doncella joven, una tal Ilona Varga, que está al servicio de la duquesa Klára. Siento tener que comunicarle que..., que no es digna de su señorial casa.

—¿De veras? ¿Ilus?

—He vacilado mucho sobre si avisar a la señora duquesa o no, pero creo que debo hacerlo por el bien de la casa.

—¿Por qué? ¿Tiene algún asunto con alguien?

Szabó sufrió aparentemente la obligación de pronunciar tan indecorosas palabras.

—Está encinta —dijo finalmente, hizo una reverencia y bajó la mirada. Continuó con voz aún más servicial—: Perdone que la haya molestado con este asunto, pero... pensé que era mi obligación tener el coraje de avisarle.

—Pero ¿de quién? ¿Y desde hace mucho?

El mayordomo soltó un suspiro afligido e hizo un movimiento incierto con la mano:

—Hace ya tiempo que vengo notando en ella cierto comportamiento sospechoso.

Pero ¿cómo iba yo a saberlo? Hoy, sin embargo, le ha llegado una carta a través de un recadero. Eso no se hace. ¡Recibir cartas en palacio!

Sacó del bolsillo interior de su frac un sobre gris, áspero, y lo puso en la mesita de la señora Kollonich.

—¡Cómo voy a leer las cartas de las criadas! —exclamó la duquesa, pero se calló al ver la mirada triste pero convincente del señor Szabó. Tuvo la sensación de que era preciso leerla. Cogió la carta y, al abrirla, cayó una tarjeta en su falda. La tarjeta de László Gyerőffy: «Querida Ilus: venga a verme...».

La señora Ágnes sintió un arrebató de ira. «¡Este Laci! Ahora se lía con las criadas. Y encima con la doncella de Klára, ¡será sinvergüenza! El muy pervertido la ha dejado encinta», pensó, pero no acabó de creérselo; sabía que la carta no era otra cosa que un intento por establecer contacto con Klára. No obstante, deseó tragarse su propia explicación para así poder actuar con más crueldad.

El mayordomo esperó sin mover un músculo. No miraba a su señora, tenía los ojos clavados en la alfombra. No quería influir en su decisión, ni observar las emociones de la dama. No debía hacerlo; se había limitado simplemente a dar aviso, a decir lo necesario para que lo comprendiera, ni una palabra más. Ese había sido su papel. Cumpliría sin condiciones lo que le mandaran, su trabajo. Ahora le tocaba esperar, y esperaba.

La duquesa tocó la campanilla. La doncella mayor entró.

—*Liebe* Schultze, tráigame la tarjeta de empleo de esa tal... —lanzó una mirada interrogadora a Szabó.

—Ilona Varga —añadió él.

—*Also von diese Varga. Sofort!* ¡Pues de esa tal Varga! —La solterona se marchó deprisa y en un par de minutos volvió con la libreta de notas—. Que le paguen el mes de inmediato, está despedida. ¡En diez minutos quiero verla fuera de esta casa!

Los dos criados bajaron la cabeza. La duquesa Ágnes se retiró a su tocador. Desde la puerta añadió:

—Tengan cuidado de que no hable con nadie. Absolutamente con nadie. Ni con usted, Szabó. ¿Entendido?

El mayordomo hizo una reverencia servicial. «Puedo fiarme de él», pensó Ágnes, y casi se alegró.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Szabó volvió a meterse la carta en el frac. «Esto me servirá en caso de que la muchacha me demande por la manutención del niño», pensó.

*Fräulein* Schultze y Szabó salieron en busca de Ilus. Recorrieron el largo y oscuro pasillo hasta el patio trasero, donde encima de los establos y las cocinas se hallaba la vivienda de los criados. Entraron en el mal iluminado cuarto de la muchacha. No estaba. Dieron la vuelta y bajaron por la escalera de servicio. La solterona alemana se

asomó por la puerta de la cocina mayor.

—¿Han visto a Ilus? —preguntó a las mozas, que estaban secando platos.

—Se ha ido al cuarto de la plancha —respondieron, y salieron al umbral.

Algo grave había pasado si *Fräulein* y el señor Szabó estaban buscando a la pequeña doncella. Se quedaron, pues, en la puerta.

Ilus volvió con dos batas ligeras de muselina de Klára colgadas de una percha. Las llevaba levantadas para que no se arrugaran los volantes ni tocaran el polvoriento suelo de la terraza.

Szabó se quedó atrás, pero Schultze se interpuso en su camino.

—¡Usted se marcha *mismo ahora!* —le gritó.

—¿Cómo dice? —preguntó Ilus asustada.

—¡Que *marcha!* Le *darré* la libreta y su *dinero*. ¡Y *marcha mismo ahora!*

—¿Qué?, ¿yo?, ¿así, sin más? —preguntó. En ese momento se dio cuenta de la presencia de Szabó detrás de la puerta de la cocina—. ¡Es obra suya! ¡Es usted quien lo ha urdido, señor Szabó! —gritó con voz chillona—. ¡Usted! ¡Justamente usted!

La indignación y la vergüenza le impidieron continuar. Perdió el equilibrio y se apoyó contra la pared. Sin embargo, tuvo cuidado de que las batas de muselina no tocaran el suelo; las mantenía altas, separadas de su cuerpo.

Al oír el alboroto, la cocinera jefe y el pinche se asomaron a la cocina. En la puerta contigua apareció la cabeza del chef. Asediada por las miradas curiosas, Ilus cobró fuerzas, no quería que le tuvieran lástima. Su alma de campesina orgullosa y valiente se rebeló. Levantó la cabeza y le dijo a *Fräulein*:

—Bien, vamos.

Al pasar al lado del mayordomo Szabó, Ilus se paró un momento.

—Dios se lo devolverá, señor Szabó —le dijo mirándole a los ojos. Mientras caminaba, las preciosas batas, colgadas de su mano, se balancearon lentamente, ligeras, tejidas de sueños, fragancias y luz. La pequeña doncella cruzó el pasillo cubierto de polvo de carbón portando en su brazo extendido los sueños de muselina: los sueños de los demás.

—Has conseguido que la echen. Eres muy listo —se rio el chef gordo, agarrando el brazo del mayordomo—. Primero la dejas preñada y después la despides. ¡Qué bien lo has hecho! —dijo, y entraron en su habitación. Sus carcajadas se oyeron hasta muy tarde.

En el cuarto ropero, *Fräulein* cogió las batas y las guardó.

—Usted *hase* el equipaje —mandó; se fue y volvió con el dinero y la libreta.

Ilus hizo el equipaje rápidamente. No le costó mucho, apenas tenía un par de cosas. Se hubiera marchado antes de no haber sentido que aquel hijo concebido sin placer, por el que el señor Szabó ahora la echaba de casa, se movía.

Una vez lista, salió al pasillo con su bolsa de mimbre en la mano. Solo quería ver

a la duquesa Klára para al menos despedirse.

Más allá de las escaleras, la señorita Schultze se cruzó en su camino y le impidió proseguir como si fuera el guardián del paraíso. Odiaba a todos los criados, incluidos el señor Szabó y el cocinero. Pero sentía un odio especial hacia las criadas jóvenes que eran guapas —casi todas lo eran— y formaban parte del harén del mayordomo. Las detestaba con toda su alma de solterona amargada y carente de placeres. Conocía todo cuanto ocurría en la casa; nunca se metía con Szabó porque tenía demasiado poder, pero si una muchacha se quedaba encinta la echaba a gusto.

—Solo quisiera besarle la mano a la señorita duquesa —dijo la pobre Ilus tímidamente.

—*No reside usted, no reside.* No quiere ver a *un puta, so eine Hur.* ¡Fuerra! —gritó, y su brazo largo, acartonado, señaló la escalera.

Ilus dio la vuelta. Bajó las escaleras —el polvo de blanquear crujía bajo sus pies—, atravesó los dos patios y salió por la puerta principal. Solo en la calle comenzaron a flaquearle las piernas. Comenzó a acusar el inesperado golpe.

Dio unos pasos más, sin saber adónde ir.

Se sintió cansada, y notó el peso de la maternidad. Tuvo que sentarse, descansar, pensar cómo seguir adelante.

Entró en el parque del Museo y se sentó en un banco.

¿Adónde iría? ¿Qué haría?

Los niños de la gran ciudad jugaban alegremente en el parque, las niñeras paseaban con chiquillos bien vestidos, o mecían a los bebés rollizos que tomaban el sol en carritos modernos. La escena le encogió el corazón. ¡Su pobre hijo no tendría más que unos harapos! Tal vez hubiera sido más inteligente seguir el consejo del señor Szabó e ir a ver a una comadrona. Ahora se daba cuenta. Pero ella no había sido capaz de hacerlo...

Y ahora, ¿qué haría? ¿Cómo podría encontrar trabajo en ese estado? Tal vez debería buscar un *cupringer*, un agente de criados. Se decía que existían tales personas, pero ella nunca las había visto. Ilus era una campesina que había llegado al palacio de Simonvásár directamente desde su casa, eran muchos hermanos, y ella tuvo que ponerse a servir.

¿Volver a casa de su madre? ¡Sería la vergüenza del pueblo si volvía con ese hijo ilegítimo en sus entrañas! Aquel mozo que la había cogido de la mano hacía tres años, antes de marcharse al ejército, volvería pronto. No quería que la viera así, que la desdeñara, que le escupiera.

¡No! Prefería morir antes que ser la vergüenza del pueblo.

No lloró, tenía la mirada perdida.

Quizá la duquesa Klára pudiese perdonarla. Aunque la alemana le había dicho: «*No reside usted*», también Klára pensaría en ella con desdén y menosprecio. ¡Ella era tan buena! La semana pasada le había dado un beso cuando entregó la carta. Entonces no sabía...



¡László Gyerőffy! Él podría ayudarla. Sí, iría a verlo. Si él intervenía, quizá la señorita Klára...

Se levantó, cogió su bolsa de mimbre y salió del parque. El conde vivía por allí cerca, en la calle del Museo.

László estaba dando vueltas por el pequeño salón. Ya llevaba una hora esperando. Esperando a que llegara la pequeña doncella. Le explicaría, le haría aprender de memoria el mensaje palabra por palabra: «Así no se puede vivir... Klára, tienes que encontrar una solución...». Tal vez por las mañanas podría enviarle un mensaje con los planes del día.

«¡Así no se puede vivir!».

Sonó el timbre. László se precipitó a la puerta. Era la pequeña Ilus, Ilus Varga. La hizo entrar. ¿Por qué llevaba una bolsa de viaje?

Ilus llegó sin aliento: le costó subir los tres pisos. Jadeaba y estaba temblando, tuvo que agarrarse al piano.

—¡Siéntese, querida! —dijo Gyerőffy—. Descanse un rato. —Y la obligó sentarse en una butaca. Solo ahora, al verla sentada enfrente de la ventana, le llamó la atención su mirada desesperada—. ¿Qué le pasa? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó.

—Perdóneme, por favor, perdóneme... —titubeó Ilus, pues estaba un poco mareada.

—Me alegro tanto —continuó László— de que haya podido venir. La estaba esperando. —Y sin más, fue al grano. Habló atropelladamente y con pasión—: Sabe, querida, que yo y Klára... ¿Verdad? ¿Que nos amamos? —La muchacha asintió con la cabeza, ¡por eso había ido ella! Pero no dijo nada—. No la veo desde hace días y es insoportable, ¡insostenible! Hace cuatro días que no duermo y no puedo más... Por eso quiero que ella sepa que no puedo más. ¡Esto no puede seguir así! ¡No, no, no puede ser! Usted tiene que decírselo, no me atrevo a escribirle, la carta podría perderse; pero usted se lo dirá. ¿Verdad que sí? Usted es la que la viste, tendrá oportunidad de...

Ilus trató de interrumpirlo, levantó la mano marcada por los alfilerazos, pero no pudo parar al joven, que no cesaba de dar explicaciones. Poco a poco comprendió que Gyerőffy, del que esperaba ayuda, tampoco tenía acceso a Klára: su última esperanza acababa de esfumarse. Se le ahogó el corazón, perdió el control y se echó a llorar.

—Por eso le he escrito a usted... —Solo entonces se dio cuenta László de que la muchacha estaba llorando. Atónito, le preguntó—: Pero ¿qué le pasa? ¿Por qué llora?

—Me... me han echado... —sollozó Ilus.

—¡La han echado! ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Hace una hora. Me han echado a la calle como a un perro... por eso he venido a verle.

—Pero ¿ha ocurrido algo?

La doncella se secó los ojos con su pañuelo tosco y se ruborizó. Vaciló un rato y le dijo:

—Es que... voy a tener un hijo.

—¿Usted? ¡Por Dios! —Se sorprendió László.

—Sí... y es que no quiero que me lo arranquen, como me dijo el señor Szabó para que luego no pudiera contar nada... para que los señores no se enteraran, ¿sabe? Por eso... Seguro que mi expulsión ha sido obra suya. Estoy segura.

A su manera, un poco confusa, pero inteligible, le contó su triste historia: cómo Szabó la había acosado y perseguido, y cómo ella se había resistido. Era una muchacha honesta, y además tenía un novio soldado; no podía ser. Pero el señor Szabó tenía mucho poder. ¡Mucho! La había amenazado, la había obligado. Era un hombre muy fuerte, y ella tan menuda. De haberse negado, la hubiera mandado de vuelta a su casa. Habría sido una vergüenza, y una desgracia para su madre y sus hermanos, porque eran muchos. Pero quien no cumplía los deseos del señor Szabó, no se quedaba en el palacio.

László escuchó en silencio la historia de la pequeña doncella. Sintió que todas sus palabras eran sinceras, ya que se acordó de que en noviembre, durante los días de cacería en Simonvásár, había visto al mayordomo acechar a la muchacha y había sido testigo de cómo la pobre se defendía en las oscuras escaleras de servicio; había oído el forcejeo de la lucha. Ahora que la veía desplomada, desesperada, le notó el embarazo. Le dio mucha lástima, le acarició la mano.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó.

—Pensé que tal vez la duquesa Klára... podría hacer algo por mí... si ella... Yo sé que no lo merezco, pero si por piedad...

—¿Klára? ¿Y no le ha pedido ayuda? Si le hubiera contado esa vileza, por supuesto que ella habría hecho algo; pero no como me lo ha contado a mí, sino de forma... claro que es difícil.

—Lo he intentado, pero me dijeron que no quería verme. «No la recibe», me dijeron. También ella piensa que soy mala.

Ilus se calló. Gyeróffy se levantó, dio una vuelta por el cuarto, se dirigió a la ventana y miró el parque.

Los árboles del parque del Museo ondeaban al viento. Verdor, frescura, juventud: era primavera. La fronda, como un encaje verde, brillaba al sol vespertino delante de la fachada amarilla del edificio. Más allá, por encima de las almohadas gruesas de las copas, se vislumbraba el palacio Kollonich, bañado por la luz refulgente del sol; dorado hasta el tejado. «Solo esta pobre y yo estamos en la sombra», pensó László.

—Dígame, por favor —preguntó—, ¿ha recibido la tarjeta que le envié esta mañana?

—¿Una tarjeta? No, señor, no he recibido nada.

—Es extraño. Muy extraño.

Comenzó a relacionar las casualidades. Su tarjeta había tenido un papel en la

historia. Había sido interceptada. Por eso había estallado el escándalo de la doncella. ¡Se le pusieron los pelos de punta al pensar que la tarjeta había llegado a manos de su tía! La doncella había sido expulsada por ser su cómplice. Tuvo la sensación de que le debía algo a Ilus.

—¿Y Klára tampoco la ha recibido?

—Me han dicho que...

«Quizá es mejor que Klára no sepa nada —pensó László—. Que su alma pura no llegue a ser tocada por tanta vileza. Tampoco serviría de nada, la duquesa Ágnes hace lo que quiere. Conmigo y con todo el mundo».

—Yo he pensado —empezó Ilus, siguiendo su plan original—, que si el señor conde le dijera algo a la duquesa Klára... que... que... al menos... hasta que encuentre otro trabajo...

Gyeróffy se dio la vuelta y estalló enfadado:

—¿No entiende que yo tampoco puedo verla? ¡Se lo he dicho! ¿No me ha oído?

La doncella se levantó y tímidamente tartamudeó:

—¡Oh, por favor, perdóneme, señor! No lo sabía, perdóneme... —Y se dirigió a la puerta.

László la agarró del brazo y volvió a sentarla.

—No, soy yo quien debe pedirle perdón aunque usted no pueda entenderlo... Por favor, siéntese y hablemos. Dígame, por favor —continuó, ruborizándose porque la pregunta le avergonzaba—, de cuántos meses está; es decir... cuándo sería el...

La muchacha respondió con tranquilidad. Vivía más cerca de la naturaleza y no le sonrojaba hablar sobre esos temas.

—Estoy en el sexto mes, me faltan tres, y cada vez es más pesado.

—Bien, pues intentaré hacer algo. Conozco al catedrático que preside la maternidad. A estas horas se encuentra en el casino. Iré a verle y le pediré que le dé una plaza gratuita desde hoy.

—¿En el lazareto? ¡Allí no voy! —exclamó Ilus—. No iré a vivir con las malas. ¡No! ¡Antes me tiro al Danubio!

La muchacha insistió, repitiendo obstinadamente lo mismo:

—¡No me voy con las malas! ¡No!

László no pudo convencerla.

—Entonces, ¿qué va a hacer? —preguntó László entristecido—. ¡Yo no puedo devolverla a casa de los Kollonich! ¿Volverá a su pueblo?

La muchacha levantó las manos como si quisiera espantar visiones terribles. Volver a su pueblo, donde pronto aparecería su novio; plantarse delante de él con ese niño concebido en casa de extraños; esconder su barriga, avergonzada; refugiarse en el último banco en misa; ser la vergüenza de todos. Había muchachas con hijos, pero eran de sus novios, y se casarían con ellas cuando volvieran del ejército. ¡No! ¡No volvería a su casa por nada del mundo! De todos modos, siendo una muchacha bien educada, quiso responder algo a Gyeróffy:

—Tengo una tía en Veszprém, su marido trabaja en una fábrica... voy a probar, a ver si me acogen; quizá lo hagan, aunque es gente muy pobre... —Y sin querer buscó su monedero, pensando en si la aceptarían con lo poco que tenía.

—Es un plan excelente. ¡Excelente! ¡Mire! Me agradaría ayudarla —dijo László alegrándose, y sacó dos billetes de mil coronas, puesto que siempre llevaba encima cinco o seis por ser jugador—. Tome, quizá sea suficiente para que la acojan. Para los gastos...

—Es mucho mucho —dijo Ilus emocionada—. Uno es suficiente... No necesito tanto.

Solo aceptó un billete de mil, y cuando Gyerőffy se lo entregó, le besó bruscamente la mano. Un par de lágrimas calientes cayeron sobre el billete cuando lo dobló.

—Gracias. Dios le bendiga.

László la acompañó al vestíbulo. Ilus recogió su bolsa de mimbre. La agarró con fuerza y valentía, y desde el umbral volvió a darle las gracias:

—Dios le bendiga, señor.

La cerradura hizo clic.

El joven se quedó inmóvil detrás del cristal de la puerta, escuchando los pasos de la pobre doncella, que se perdieron en la lejanía. Ya iba por la segunda planta... la primera... Después no se oyó nada.

Se había marchado.

La suerte de la pequeña doncella fue un golpe para László. Era la primera vez que se había encontrado con la crueldad de la vida. Hasta ahora no había tenido idea de la miseria, vivía en un mundo artificial donde los dolores y los problemas sentimentales no eran tan atroces. Aunque se daba cuenta de que el sufrimiento era algo subjetivo, nunca se había encontrado con una persona que no supiera de qué vivir, qué comer al día siguiente, dónde refugiarse para dar a luz un hijo. Fue algo inesperado y lo dejó atónito. Nunca se había parado a pensar que había miles y miles de personas en una situación así; nunca había pensado en la miseria de la gente. Tampoco ahora; solo vio una historia en la que la tiranía se mezclaba con la maldad.

De pie en medio de su habitación se fue llenando de ira.

Ya se ponía el sol, sus últimos rayos acariciaban el tejado del museo. Decidió ir al Club Parque, tal vez Klára estuviese allí, tal vez pudiera hablar con ella.

Subió al simón *unnumerier* que desde mediodía esperaba delante de la casa, y se marchó a la avenida Stefánia.

Klára y la familia Kollonich no estaban. Recorrió todos los salones del club, el jardín y la gruta artificial. No estaban tampoco allí.

Volvió al casino. Allí se cambió y decidió quedarse a cenar. Estaba de mal humor, y para animarse un poco se tomó una botella de champán. Regresó de nuevo al Club

Parque; quizá hubiesen llegado, quizá acudiesen al baile. No era una fiesta normal, sino un número infinito de vals y un par de foxtrots en el restaurante de abajo. De no ser porque estaba de tan mal humor hubiera tomado las riendas del baile, hubiera organizado un *quadrille* o un *cotillon* de broma. Pero no tenía ganas de hacerlo, pese a que se había tomado un par de coñacs para darse vigor. El tiempo pasaba y cada vez estaba más convencido de que los Kollonich no se presentarían. Era ya casi medianoche cuando apareció Niki Kollonich. László le preguntó con fingida indiferencia:

—¿La tía Ágnes no vendrá con los demás?

—No. Hemos ido de excursión en barco por el Danubio hasta Esztergom, ida y vuelta. Han disfrutado mucho, pero están muy cansados. ¡Apenas se tenían en pie! —contestó Niki riendo como si se burlara del cansancio de su familia, pero László tuvo la sensación de que se reía de él con maldad. Sintió que se le ennegrecían los ojos; desvió la mirada de Niki y sacó a bailar a la primera muchacha que encontró para dar unas vueltas de vals. ¡No! No se quedaría. Encargó a un amigo que se ocupara de los cíngaros.

—Me duele la cabeza —dijo—, continúa tú solo, por favor.

Llamó a su carruaje y se fue al casino.

Allí subió al salón de juegos. Era la única habitación del casino donde se sentía como en casa. Al terminar los bailes siempre volvía allí antes de irse a casa a dormir. Le atraía ese salón tan familiar de tapetes verdes; mitigaba su dolor, había algo de mortificación voluntaria, voluptuosa, en el hecho de tener que cumplir su promesa y no sentarse a jugar. Además, a esas horas ya no era muy atractivo participar en el juego, porque de madrugada solo los perdedores seguían jugando, intentando reducir su pasivo, y si lograban ganar algo, se marchaban inmediatamente. Lo llamaban siempre para jugar, pero él se resistía. «Ya es tarde», decía, aunque se quedaba mirando un buen rato. Esta vez la situación era diferente, apenas habían dado las doce. La partida parecía amena; estaban los grandes: Neszti Szent-Györgyi, Árszenovics, Zalaméry y los demás, y habían copado la banca varias veces. Los envites eran enormes.

László no se acercó a la mesa. Se sentó en un sofá apartado y, después de darle varias vueltas, pidió la cena. Mandó que le trajeran champán y coñac. «Necesito emborracharme —pensó—. Necesito pensar en otra cosa».

El salón estaba a oscuras, solo desde la mesa de juego llegaba un poco de luz. Se sintió en casa mientras escuchaba las palabras litúrgicas: «*je donne... passe la main... ocho... coup de giro...*». El tintineo de las fichas y las frases intercambiadas formaban una melodía reconfortante como el susurro del arroyo. No habían logrado borrar la tristeza, pero tuvieron el efecto de un discurso apaciguador, aunque inútil.

Cenó despacio, plácidamente. Añadía una copita de coñac a cada copa de champán para que fuera más fuerte. Pensó que le ayudaría. Se las tomaba de un trago, y volvía a llenarlas. No le sirvió de mucho, más bien al contrario, el alcohol exacerbó

el dolor de los últimos días y le invadió la amargura por los sucesos recientes.

Pobre doncella, pobre Ilus. ¡Cómo la habían tratado! ¡Echarla en su estado! ¡Qué crueldad! Y nadie se había apiadado de ella. ¡Tampoco Klára! No había querido recibirla. ¿Cómo era posible? Jamás lo hubiera imaginado de Klára. Ni siquiera ahora podía creerlo, sin embargo... quizá no se había atrevido a decir nada, a defenderla, por eso se había cerrado en banda... Tal vez no se atrevió... o ¿acaso no le importaba? Resultaba horrible pensar que Klára pudiese ser tan cruel, que no le hubiese importado. Debería haber hecho algo por su amor, porque esa muchacha había sido el contacto entre ellos. Solo una vez, pero lo había sido... y Klára no había hecho nada por su pobre doncella.

La idea lo confundió y lo hirió. Abrió una brecha en su confianza infinita y dejó paso a las dudas. ¿Estaría Klára igual de desesperada que él porque no habían podido verse en cuatro días? Si realmente le importara, habría encontrado una forma para verle. ¿O es que se había rendido, y lo había sacrificado —a él, a László— como a su doncella? ¡No! ¡No! Le pareció imposible. No debía ni pensarlo. Gyeróffy se irguió y sacudió la cabeza. No obstante, el veneno de la sospecha ya estaba obrando en su corazón. Klára podría haberle avisado por medio de Magda Szent-Györgyi. Era cierto que solo se había visto una vez con Magda... ¿o no?... No, una sola vez. Y la noche de la Copa del Rey no había ido a buscarlo en el *cotillon* cuando a las damas les tocaba elegir... ¿O había ido? Sí, lo había ido a buscar y bailaron, pero no dijo nada... ¿Por qué no dijo ni una sola palabra reconfortante? Más tarde cenó con Wárday, y estuvo animada y alegre; László la había visto bien desde su sitio, junto a la archiduquesa. Se lo había pasado bien con aquel joven bobo. ¿Le gustaría Wárday? ¡No, no podía ser! Pero... nunca se sabía...

No pudo aguantar más ese diálogo mortificante consigo mismo. Se acercó a la mesa del tapete verde. Había una silla libre junto a Árszenovics. La sacó y se sentó ligeramente apartado, puso el coñac en el velador de al lado, y decidido a alejar los pensamientos sombríos, pidió veinte fichas de marfil de cien coronas para entretenerse haciendo apuestas.

—¿No quieres jugar? —preguntó Wülffenstein, que casi cortejaba a László desde que este se había hecho jugador de cartas.

—No —contestó Gyeróffy y, a modo de explicación, añadió—: solo voy a hacer apuestas. Tengo una corazonada.

De vez en cuando tiraba un par de fichas de cien a la mesa: le servía de narcótico. Le obligaba a estar atento y además despertó su interés: «¿Ganaré o no?». Se tranquilizó un poco. Las fichas se acabaron pronto. Se formó una banca tan grande que el punto no fue suficiente.

—Faltan dos mil —dijo el que había puesto la banca confiando en la suerte. La suma era justamente lo que acababa de perder László. «Es un guiño del destino —pensó—. Será suficiente para recuperar lo perdido».

—*Je reste* —dijo.

Repartieron las cartas. Ganó la banca, László llamó al mayordomo y sacó el resto de su crédito. Lo perdió pronto. Pidió cinco mil más, y alguien le hizo el favor de avalarlo. Continuó apostando las fichas cuando vio la oportunidad, poniendo quinientos o mil.

«Con esto no quebranto la promesa —pensó para tranquilizar su conciencia—, no tengo cartas en la mano, solo apuesto como si fuera una carrera».

Le fue muy mal, y perdió el segundo crédito. Pidió cinco mil más: ya iba «detrás de su dinero». Hasta ese momento nunca lo había hecho porque no le importaba ganar o perder. Pero esa noche estaba obsesionado por la amargura que le ahogaba, o por la gran cantidad de alcohol que había tomado. ¡Lo volvería a ganar! ¡Lo haría! Cuando ya se le estaban acabando los quince mil, Pray le dijo:

—Tengo la impresión, amigo László, de que su corazonada no era correcta —dijo y le lanzó una mirada burlona. Le gustaba provocar a los jugadores y poner el dedo en la llaga. Sabía bien que si uno se ponía furioso, jugaba mal, como un loco, lo que podía aprovechar el que estuviera atento y tranquilo. Por eso a menudo irritaba a los perdedores con un par de palabras secas, para que explotaran.

László no contestó, sino que cogió una copita de aguardiente y se la tragó. Visto desde fuera aparentaba mantener totalmente el control, pero por dentro ya no estaba en su juicio. «Qué estúpido es perder tanto siendo un mirón... no se puede ganar si uno apuesta en los *coups* equivocados... Así solo ganará la banca... Qué estúpido..., qué estúpido...».

Iba a entrar en la partida. Ya le explicaría a Klára... que solo fue una vez... una sola vez... ya se lo explicaría.

Pidió más crédito, y compró fichas por valor de los billetes de mil que tenía en la cartera, y cuando la baraja le pasó por delante, pronunció las palabras:

—*Passe la main!*

Una voz le dijo por dentro: «¡No lo hagas! ¡No lo hagas!». Pero ya lo había dicho, ya no podía retirarse. Los demás se reírían de él si ahora se levantaba de la mesa... además, nunca podría recuperar los quince mil que había perdido.

Eran las cuatro de la madrugada cuando se sentó a jugar al bacará. Los mirones que habían pasado la noche escandalizados por los envites colosales se marcharon a casa. Se fueron contentos: desde su superioridad moral, tendrían de lo que hablar al día siguiente para impresionar a sus interlocutores.

László estaba muy espabilado. Nunca había observado con tanta atención cómo iban las cartas, cuál era el espíritu del *taille*. La voluntad de ganar aguzó sus sentidos, lo convirtió casi en un vidente. En apenas media hora recuperó el dinero perdido y ganó unas diez mil coronas más. Se levantó y se fue sin despedirse.

Volvió a casa caminando a la luz de la aurora. Oyó un himno triunfal resonar en sus entrañas: ¡había vencido a la fortuna! El abundante coñac lo había llenado de prepotencia. «¡Se lo demostraré a todos! —dijo sin razón aparente—. ¡Se lo demostraré a todos!».

De repente recordó que había incumplido su promesa. ¡Qué importaba! Klára estaba preocupada, ansiosa, por eso le había pedido que no jugara. Tampoco estaba mal que las mujeres se preocuparan un poco...

Klára pasó los cuatro días posteriores a la Copa del Rey con diferente estado anímico. Le dolía igual que a László el hecho de que no pudieran verse, añoraba la cercanía diaria de su amor, a la que se había habituado en los últimos meses. Por lo demás, desde su infancia había estado acostumbrada a que mandaran sobre ella, a que la llevaran adonde quisiesen, siempre iba acompañada, vigilada, y sus días estaban estrictamente planificados. No era nada novedoso, era su modo de vida. La intención expresa de su madrastra había sido alejarla de László; las excursiones, las visitas al campo, los planes secretos, revelados en el último momento para que László no pudiera enterarse, le provocaban una sonrisa amarga. ¡Cuánta energía gastaba mamá Ágnes en hacer llamadas secretas, en enviar mensajes a escondidas, en emplear tanta astucia! ¡Y todo en vano! No pasaba nada si ella y László no podían verse durante unos días, incluso unas semanas. Se amaban, László no jugaría a las cartas nunca más, lo que tarde o temprano le diría a su padre, y triunfaría. Estaba segura. La promesa de László era su tesoro escondido: solo ella sabía que existía, nadie podía tocarlo, nadie se lo podría quitar. La fe la hizo feliz; y mientras la seguía en todas las excursiones, la señora Kollonich casi le daba lástima.

Así pasó Klára esos días que tan desesperantes fueron para Gyeróffy.

La historia de la pequeña doncella, que tanto había emocionado a László, no le había afectado. No llegó a conocer los detalles. La primera noche, cuando *Fräulein* Schultze se presentó para servirla, Klára preguntó por Ilus; la doncella alemana le dijo: «*Sie musste nach Haus gehen*. Ha tenido que volver a casa». Klára pensó que tal vez sus padres la habían llamado, puesto que apenas sabía nada de la pobre que durante años había sido su doncella. «No es muy amable por su parte no haberse despedido —pensó—. Quizá tuvo que marcharse porque alguien de su familia se había puesto enfermo o había fallecido». Creyó que volvería, y su falta no le llamó la atención.

Ese mismo día, cuando László volvió a casa de madrugada como triunfante jugador de cartas, las señoritas Lubiánszky y Frédi Wülffenstein habían sido invitados al palacio Kollonich a tomar el *déjeuner à la fourchette*.

Niki le comentó a Wülffenstein:

—¿Es cierto que ayer hubo una gran partida en el casino?

Frédi frunció los labios torcidos y lanzó un fuerte suspiro, porque siendo un *gentleman* inglés consideraba que delante de las damas no debía hablarse de lo que ocurría en el casino.



—¿Usted juega, conde Frédi? —preguntó la duquesa Ágnes en tono de reproche. Wülffenstein encogió los hombros, acentuados gracias a las hombreras, e hizo un gesto impreciso con las manos.

—Claro que sí —contestó por él el malvado Niki—, simplemente no quiere admitirlo. —Y sin hacer caso de la mirada prohibitiva de Péter, continuó—: Hoy me he encontrado por el paseo del Danubio con los mirones. Fue una partida a lo grande. Conozco todos los detalles: tú perdiste un poco, en cambio László Gyeróffy se arruinó. Se dice que perdió más de cuarenta mil...

La mamá Ágnes miró de soslayo a Klára pero no dijo nada.

—¿Vendrán a ver las carreras de hoy, verdad? —preguntó Péter a las muchachas Lubiánszky, que estaban enfrente. Quiso desviar la conversación porque notó que su hermana se había puesto pálida y apretaba los labios.

—¡Oh, sí, naturalmente! —gorjearon al unísono las dos—. Nos han dicho que hoy será tremendamente excitante, nosotras no somos unas expertas, pero de todos modos... —Y continuaron contando con todo lujo de detalles cómo, por qué y de qué manera irían a verlas, ya que eran jóvenes bien educadas, y les habían enseñado que no se contestaba con un simple «sí» o «no», como las aldeanas bobas, sino con frases largas para que diera la impresión de que eran muy inteligentes. Fue buena idea, porque la comida transcurrió sin que se volviera a mencionar más la partida de la noche anterior.

Después de comer, Louis Kollonich se retiró a su salón de fumar. Klára se quedó un rato más con las dos Lubiánszky fingiendo interés y atención, pero pronto salió del comedor con pasos sigilosos y fue a ver a su padre.

Se sentó en el brazo del sofá, cara a cara, y con cierta timidez le dijo a su padre:

—Papá, querido, quisiera pedirle un gran favor.

—¿Y en qué consiste, hijita, ese gran favor? —preguntó Kollonich, que siempre era amable y benevolente cuando se fumaba el primer cigarro.

Klára se ruborizó, y comenzó a explicarle:

—El otro día... cuando hablamos... pues... luego... le pedí a László que me prometiera que no jugaría nunca más...

—Un jugador siempre será un jugador —la interrumpió su padre.

—Pero él me lo prometió. Es más, me dio la mano. Y ahora Niki dice que... pero ellos no se llevan bien con László... No. Yo lo sé. Y no me lo creo, no me lo puedo creer... La gente es muy mala... y habla por no callar. Tiene que ser un error... o una mentira. Yo no me lo creería de nadie, solo... solo de usted, papá, porque sé que si usted... que si usted me lo dice, pues...

—Pues yo casi nunca subo al salón de bacará; yo juego al *piquet*, y solo hasta la una, siempre que se juegue a envites bajos.

—Es justamente lo que quisiera pedirle. Que si alguna vez está László... y usted ya ha acabado... entonces... que vaya a ver si es verdad o no. Por favor, por favor, vaya a verlo. Lo haré, ¿no? Así podré saberlo... por favor, papá... es que yo no lo

creo, no puede ser, ¡no puede ser!

El rostro de Klára, que había empalidecido, y su mirada suplicante convencieron a su padre:

—Bien, bien, no te desesperes, hija. Iré a verlo, y lo sabremos.

Kollonich extendió su corto brazo y le dio dos palmaditas en las rodillas. Ella se inclinó súbitamente, cogió la mano de su padre, y le dio un beso; y después otro en la frente, encima de su chata nariz.

—Gracias... gracias... y cuanto antes, ¿verdad?

El papá Louis asintió con la cabeza:

—Naturalmente, cuanto antes, mejor.

Klára se volvió desde la puerta:

—Y todo quedará entre nosotros, ¿verdad?

Kollonich captó enseguida que Klára quería escondérselo a su madrastra.

—Claro. Claro. Naturalmente —contestó, y le hizo un guiño.

Por la noche hubo baile en el Club Parque, el último de la temporada.

La carroza de los Kollonich, con la duquesa Ágnes y Klára, salió al trote del palacio después de las once. Esta vez el retraso fue culpa de Klára, que había tardado en hacerse la *toilette*. Sin embargo, su madrastra no se lo reprochó, como solía hacer cuando alguien la hacía esperar más de un minuto. No le dijo nada porque sabía que algo le dolía y que la muchacha retrasaba la salida a propósito. Intuyó que Klára le daba vueltas a los comentarios que había oído sobre László a mediodía. Sospechó que estaba desilusionada, y la dejó meditar, puesto que la conocía bien. Sabía que si le decía una sola palabra maligna de «aquel Laci», Klára cambiaría de opinión y saldría en su defensa. Prefirió callarse y no interrumpir las cavilaciones de Klára, que llevaba sufriendo desde la comida.

¿Sería posible que jugara a las cartas? Se lo había prometido, le había dado la mano. No podía creerlo, era tan doloroso, tan horrible. Tal vez era una mentira de Niki, o de los que se lo habían contado. Quizá solo estuvo presente en la partida... o había sustituido a alguien un momento. No es que fuera correcto... ¡pero podría perdonarse! Lo malo era que no podía ser del todo mentira, su hermano no se atrevería a engañarla. No quiso creerlo y buscó alguna explicación aceptable, pero no la había. Se acordó de las palabras de su madrastra: «¡Qué hipócrita!». ¿Y si era verdad? ¿Y lo de la señora Berédy? Cuando mamá Ágnes se lo dijo, rechazó la idea con la soberbia y la indignación de quien está muy seguro. Y ahora le asaltaba la sospecha, dejaba de ser una calumnia infundada y se convertía en una posibilidad, rechazada por su razón, pero que no cesaba de mortificarla.

Desde la comida la torturaban las dudas. No se lo había dicho a nadie porque se avergonzaba de sufrir tanto. Intentó comportarse con naturalidad y parecer alegre por la tarde en la tertulia, durante las visitas y en la merienda en el pabellón de la

pastelería Gerbaud; y más tarde durante la cena, aunque no se liberó de sus pensamientos ni un minuto. Mientras se vestía para el baile decidió retrasar la salida para no llegar temprano y no darle de ese modo a László la oportunidad de excusarse sin saber si había quebrantado o no su promesa. Que mamá Ágnes se enfadara no le importaba. Lo único que le importaba era que, cuando llegaran, László estuviera muy ocupado con la organización del baile y no tuviera posibilidad de hablar, de negarlo todo, de mentir. Klára temía que László le mintiera. Eso hubiera sido lo más terrible. Por eso decidió hacer las maniobras necesarias para evitar que László se sentase a su lado.

Y lo consiguió. Resultó evidente lo que Klára quería, porque al acabar el *cotillon*, Gyerőffy se le acercó, y ella se dedicó a ir con su pareja de baile de mesa en mesa hasta encontrar una ocupada por otra pareja en la que no hubiera un asiento libre a su derecha para László. Estuvo huyendo de un sitio a otro hasta que se sentó, y tuvo la sensación de que todo el mundo se fijaba en sus maniobras, aunque en realidad no lo notó nadie; solo László, que la observaba con un dolor cada vez más intenso. Fue obra de la casualidad o del *fatum* que a su derecha se sentara Imre Wárday.

László se paró detrás de ella. Klára tenía los nervios a flor de piel, pero sentía su desilusión y su dolor. Tuvo que dominarse para no volverse y lanzarle una sonrisa de consuelo. Pero no se giró, sino que se quitó los guantes muy despacio y los colocó sobre el mantel, aguzando los oídos para saber si László se marchaba. Por fin, después de una eternidad, los pasos del joven se perdieron. La muchacha tuvo la sensación de que algo se había roto entre ellos.

El baile terminó después de la salida del sol. László tuvo que quedarse debido a su cargo, los Kollonich se habían ido más temprano. Gyerőffy permaneció por costumbre y por orgullo. Había bailado hasta perder completamente el aliento, hasta agotarse; había bebido mucho alcohol desde que comenzó a clarear para poder dormir. Y efectivamente, durmió con un sueño profundo, casi mortal, hasta entrada la tarde.

Cuando por fin se despertó tuvo el presentimiento de que iba a ocurrirle alguna desgracia horrible. Se recuperó poco a poco. Le asaltaron los recuerdos, y como un mazazo se acordó de que Klára lo había esquivado. Lo había esquivado a propósito, fría y cruelmente. Violó el acuerdo tácito de cenar juntos que habían cumplido desde los carnavales. No había querido que él estuviera a su lado. Había preferido a Wárday. ¡Klára había roto el acuerdo! Ahora todo había acabado... acabado...

Sumergido en sus mortificadoras cavilaciones, perseguido por los demonios torturadores en la oscura habitación, se vistió y se fue al casino a última hora.

Servían la cena: se sentó a una mesa con varios comensales, entre Árzenovics y

Zalaméry. Y cuando estos, después de tomar el café y los licores, subieron al salón de juego, László se fue con ellos. No esperó a que lo llamaran. Se sentó a la mesa y comenzó a ir a envites grandes, como si la banca y las sumas elevadas sirvieran de venganza por la traición de Klára. No pensó en que él también la había traicionado. Pese a que había bebido mucho en la cena y en la sobremesa, se sentía totalmente sobrio. El alcohol que ardía en sus venas fomentó su prepotencia y su orgullo. Tuvo otra vez la impresión de ser un vidente, de tener un sexto sentido que le indicaba cuándo debía decir «banca» y cuándo era mejor retirarse. A pesar de haber jugado como un loco, ganó muchísimo. Había acumulado un montón de fichas que colocó en pilas paralelas.

El tiempo pasó volando.

A la una de la madrugada el mayordomo pasó los pagarés: unos los abonaron en efectivo, otros —los grandes jugadores— lo pasaron a su cuenta o lo pagaron con fichas. El juego continuó sin interrupciones.

Las escaleras interiores de madera, que daban al otro extremo del salón, crujieron bajo el peso de unas pisadas firmes. Alguien estaba subiendo. László, que por casualidad estaba sentado enfrente, levantó la mirada y vio subir a Louis Kollonich.

Fue directamente a esa mesa y se paró entre los mirones, justo enfrente de László. Se quedó allí desprendiendo bocanadas de humo con el habano entre los labios.

«¿Para qué habrá venido? ¿Qué buscará?», se preguntó László. Kollonich nunca había entrado en el salón del bacará. Había ido a espiarlo, enviado por la duquesa Ágnes o... ¡por Klára! ¡Terrible! Klára había sido capaz de enviarlo. De involucrar a sus padres en su amor sagrado, de buscar pruebas contra él para tener razones para abandonarlo, para justificar la elección de Wárdy. Pues si eso era lo que quería, ¡no le faltarían razones!

La baraja llegó a László en ese momento, de un golpe empujó todas sus fichas acumuladas hacia el centro de la mesa. Las pilas de nácar se derrumbaron en el tapete verde haciendo un ruido suave.

—La banca son veinte mil —dijo—, *faites vos jeux!*

Los demás apostaron unos doce mil. László repartió las cartas con gestos mesurados: miró las suyas con tranquilidad fingida. Llevaba un cinco.

—*Je donne!* —dijo secamente.

—*Non!* —dijo el contrincante.

László sacó una carta, la levantó y la volteó. Era un tres de diamantes.

—¡Ocho! —Le dio la vuelta a las dos primeras cartas, con el rastrillo de hueso arrastró lo ganado y continuó el juego diciendo fría y ritualmente: «*Faites vos jeux!*». Habló sin pestañear, con el busto erguido, la mirada y la voz impenetrables; todos sus movimientos controlados, como era propio de Neszti Szent-Györgyi. De ese modo su tío, que había hecho el favor de venir a ver la partida y a espiarlo, tendría la oportunidad de ver algo fuerte.

El viejo Louis pasó unos momentos más en la mesa, con la mirada indiferente,

luego se dio la vuelta y volvió con pasos medidos a la escalera. Los peldaños crujieron bajo su cuerpo robusto.

László, entretanto, había perdido el siguiente *coup*. Pagó uno a uno a los ganadores —no había perdido el control—, y se echó hacia atrás en la silla. Le había entrado un dolor indecible, casi físico, que le mareó, y tuvo la sensación de que iba a desmayarse. «Se acabó. Todo se acabó». Como si del techo cayeran telarañas cada vez más tupidas que le taparan la vista, dejó de ver la mesa, el rostro de sus vecinos, el salón: todo desapareció en la polvorosa niebla gris. Se quedó sentado un buen rato, semiinconsciente. Cuando la baraja volvió a él, la pasó mecánicamente y masculló: «*Passe la main*». Se levantó y se fue.

Se tambaleaba. Alguien dijo por detrás:

—Gyerőffy está como una cuba.

Pero él no oyó nada. Llegó a la escalera y se apoyó en la barandilla para bajar. Lo llevaron las piernas, no la voluntad. Llegó abajo, donde le pusieron la capa y el sombrero. Salió del casino como un sonámbulo. Caminó sin parar, lejos, muy lejos. Estaba vacío, era una carcasa vacía, no había nada en su mente, en su alma; ni pensamientos, ni sentimientos, ni vida, ni dolor.

De madrugada se encontró en el parque Népliget, en las afueras de la ciudad. No sabía cómo había llegado hasta allí. Estaba exhausto; los zapatos de charol, rotos. Subió al primer tranvía que pasó por su lado, ruidoso, con las luces todavía encendidas, y volvió a casa.

Una semana más tarde, se celebró el último *garden party* de la temporada en la villa de los Lubiánszky.

La mujer y el marido lo organizaron de manera que nadie pudiera decir que no habían devuelto las invitaciones recibidas. Como muchos no habían esperado a que finalizara la temporada de carreras y ya se habían ido al campo, no tuvieron que invitar a demasiada gente y, por tanto, no fue necesario tanto champán ni tanta comida: todo resultó más económico. A finales de primavera las flores decorativas y las fresas ya no eran tan caras y se podía regatear con los cíngaros. Era un detalle importante porque los Lubiánszky eran gente rica, pero muy ahorradora y lista. En el jardín había suficiente espacio para que los invitados bailaran al aire libre; en los dos salones y en el comedor de la villa no hubieran cabido. Si hubiesen organizado el baile antes, cuando las noches todavía eran frescas, habrían tenido que alquilar el Club Parque: un despilfarro inútil.

La señora Berédy, cosa poco habitual en ella, fue de las primeras en aparecer. Llegó sola, sin su séquito de costumbre. Los había persuadido para que no fueran. «¿Para qué? ¡Será tan aburrido! Yo tampoco me quedaré mucho», les dijo, y puesto que sus amigos eran muy educados, ni el viejo Szelepcsényi, ni Devereux, ni d'Orly la habían acompañado; ni su poeta doméstico, György Solymar, que además no acudía nunca a grandes fiestas. Fanny quería estar sola.

Tenía una razón.

Esa misma tarde había recibido un telegrama de Wárday desde Simonvásár en el que el joven le comunicaba que se había comprometido con Klára Kollonich. La bella Fanny le había dado vacaciones. Hacía cinco días que había despedido a Imre Wárday de su servicio.

Lo había hecho de manera muy sutil.

Estaban en la calle Döbrentei, en el piso de soltero del joven Wárday. Fanny ya estaba vestida y lista para salir, solo le faltaba ponerse el sombrero. Volvió a mirar a Imre Wárday, que estaba fumando en el canapé. Su cuerpo desnudo, envuelto en el batín de seda, disfrutaba del descanso merecido.

—¿Por qué no te casas con Klára Kollonich? —preguntó inesperadamente la mujer con la voz más natural del mundo.

—¿Yo... con Klára? —preguntó el joven sorprendido.

—Sí, con Klára. Sería bastante inteligente por tu parte. Es un buen partido y además le gustas. Y ella te gusta a ti, ¿qué más necesitas?

—Pero, querida Fanny, yo te amo a ti... de verdad... y no pienso...

—Sí, está bien. Pero al fin y al cabo lo nuestro no durará siempre.

Imre se incorporó en el canapé:

—Pero, mi Fanny...

La mujer le acarició la cara suavemente y le pellizcó la barbilla como si jugara con un niño:

—Bueno, tú eres muy amable, y lo nuestro ha estado muy bien... pero —añadió riendo—, la regla es que hay que dejar de comer cuando mejor te sienta la comida... Y con la pequeña Klára... es el momento.

Sus ojos gatunos, de mirada sabia, se entrecerraron formando una larga línea. Recordó lo que le había comunicado el día anterior el siempre bien informado Devereux: el lío amoroso entre Klára y László se había acabado; desde hacía días, Gyeróffy tenía la expresión sombría, y los Kollonich habían vuelto al campo sin avisar.

No sabía más, pero era suficiente. El asunto de Gyeróffy con Klára había ido a peor, y la señora Berédy quería estar libre y romper con Wárday.

—Yo en tu lugar cogería el coche y me iría a Simonvásár. Puedes hacerlo sin ningún compromiso, porque te queda de camino a casa en Baranya. Podrías llegar a mediodía... como si hicieras una parada solo para comer... Y entonces tanteas un poco el terreno...

—Pues... ciertamente, no sé qué pensar. Es una muchacha muy amable, pero no sé si le gusto...

La bella Fanny encogió los hombros.

—Los hombres no sabéis de estas cosas. Si te lo digo yo es porque debes intentarlo ahora. *C'est le moment psychologique!*

Le dio ánimos mientras se ponía el sombrero y los guantes. Al final se acercó a Wárday y le ofreció su boca de labios finos:

—Dame un beso, seremos buenos amigos.

Wárday puso en práctica el consejo.

Esa tarde había llegado el telegrama. Era probable que los Kollonich se hubiesen puesto en contacto con los Lubiánszky, ya que eran vecinos y amigos íntimos, y que también la señora Szent-Györgyi conociera la noticia. Y si tanta gente lo sabía, Gyeróffy acabaría por enterarse, y la bella Fanny quería estar cuando eso sucediera.

Por eso se presentó tan temprano en la fiesta de los Lubiánszky.

Cruzó el jardín delantero y subió los peldaños hasta la antesala de la villa, donde dejó su capa de gala. La enorme antesala dividía en dos la villa, estaba poco iluminada, tal vez para que se vieran mejor los farolillos del jardín.

Los anfitriones la recibieron con la noticia del compromiso, y la comentaron con ella. No había maldad ni segundas intenciones en sus palabras, porque Fanny cuidaba mucho su honor: nunca aparecía en público ni en las tertulias con su amante, y a

nadie le había llamado la atención que los miércoles Wárday comiera en su casa. Fanny escuchó con mirada tranquila y desinteresada.

—¡Qué noticia más inesperada, querida! ¡Qué sorpresa! ¡Nadie había notado que la cortejara! Es un partido muy mediocre para Klára, el novio es de fortuna modesta y la familia tampoco es distinguida. Pensábamos que se casaría con Montorio o con otro vienés. Tiene que ser un matrimonio por amor, solo puede ser así si una joven tan distinguida, hermosa y rica elige a un muchacho tan anodino e insulso.

La señora Berédy los escuchó sin el menor interés, no defendió a su examante, se limitó a asentir con la cabeza, sonreír, mostrar su acuerdo, comer helado y abanicarse. Entretanto observaba de soslayo las amplias escaleras por donde entraban los invitados en tropel. Comenzó a hacerse tarde, empezaba a preocuparse porque Gyeróffy tardaba cuando el joven por fin apareció en la puerta.

Al verlo supo que László ya se había enterado de la noticia. Sus pupilas dilatadas brillaban con una luz extraña, sus labios estaban torcidos como si tuviera los dientes apretados. Con la cabeza erguida, con su frac perfecto, se acercó caminando de modo lento y mecánico, y al llegar al círculo de las señoras, besó rígida y ritualmente sus manos.

Naturalmente, la primera dama soltó:

—¿Se ha enterado? ¡Klára Kollonich se ha comprometido!

—Por supuesto, es mi prima —contestó Gyeróffy y esbozó una mueca que pretendía servir de sonrisa—, esta tarde me ha enviado un telegrama.

Las dejó en silencio y se fue hacia el otro extremo del jardín, en cuya terraza ya estaban bailando.

Fanny lo siguió solo con los ojos. Le pareció bien que bailara; ella se quedó junto a los árboles, en el bufé, con las damas mayores. Mientras Gyeróffy estuviera bailando no habría problemas, solo cuando se marchara. Entonces ella tendría que estar a su lado. La hermosa mujer se reclinó suavemente en la butaca. Daba la impresión de que tuviera sueño por la indiferencia con que escuchaba la conversación. Entre sus pestañas apenas había un hueco, nadie habría pensado que estaba alerta.

Tras la agonía de la incertidumbre, László sintió la certeza de la muerte al recibir el telegrama esa tarde:

«Desde mediodía estoy prometida a Wárday. Klára».

Ese era todo el texto, la respuesta de Klára a la carta que le había enviado hacía cuatro días a Simonvásár. Era una carta mal escrita, larga, confusa, llena de excusas torpes, de frases para justificarse: «No me lo he tomado en serio...», «no me juzgues hasta que no sepas...», «al fin y al cabo, si lo piensas bien, no es para tanto...». Acusó disimuladamente a la familia de haberse llevado a Klára al campo contra su voluntad; inmediatamente después se retractaba de ello y le suplicaba perdón. Tal vez



cara a cara sus frases hubieran tenido efecto, pero en el papel parecían vacías. Quizá si hubiera escrito en un tono modesto, humilde, unas palabras de afecto sincero desde el fondo de su alma, habría podido conseguir algo. Pero no hay nada tan difícil como escribir lo indecible; ni siquiera habría sabido resumirlo de palabra, así que aún menos por carta. Y para colmo había cometido otro error grave: había usado papel del Casino Nacional, cuyo membrete era para Klára el símbolo de su traición.

László nunca supo lo que había pasado en realidad. No lo supo nadie. Aquella mañana cuando Louis Kollonich le dijo a su hija que había visto a László jugar y apostar fuerte, a lo grande, Klára le pidió sin vacilar que se fueran al campo. No quería ver ni por asomo a la persona que la había engañado. ¡No! ¡Nunca más! Ahora era capaz de creerse toda clase de vilezas e hipocresías, incluso lo de la señora Berédy. Tal vez habrían hablado, se habrían reído de ella... ¡No! No quería verlo nunca más en la vida. Decidió levantar un muro para no volver a verlo jamás.

László no sabía nada, pero intuyó que el compromiso con Wárday era una puñalada más. Si Klára se hubiera casado con Montorio habría sido horrible, pero habría habido una razón: Klára se habría casado con un título, una fortuna; cosas todas inalcanzables para Gyerőffy. Pero ¿Wárday? No tenía más fortuna ni más rango social que él. Si Klára y su familia lo habían aceptado, significaba que todo era culpa suya; habría podido lograr lo mismo si no hubiera sido tan débil, si no hubiera caído en la tentación, si no se hubiera jugado toda su felicidad a las cartas. Ese fue el descubrimiento más doloroso.

Ahora ya no tenía a nadie, a nadie en el mundo.

No había razón para seguir adelante...

La terraza de cemento no era muy apta para bailar, y la noche era muy calurosa. Por eso, apenas dio la una, los jóvenes se sentaron en el césped, en bancos y sillas para escuchar a los cíngaros. Hubo coplas húngaras y muchas *Schmacht fetzn*, canciones sentimentales austriacas.

László se sentó con ellos. Desde el círculo de las señoras mayores se veía su perfil. Fanny no lo perdía de vista. László retiró un poco la silla y escuchó la música, inmóvil, mudo. A veces levantaba la mano para marcar el ritmo, dando a entender que disfrutaba de la melodía. Los criados, que eran cedidos, sirvieron cócteles. Uno se acercó a Gyerőffy, pero él no quiso tomar nada. Esa noche no bebió. Al verlo, a la señora Berédy se le encogió el corazón. Sabía que László era un gran bebedor. Ella había decidido alejarlo de la bebida una vez que lo tuviera en sus manos. Sin embargo, esta vez había algo trágico, algo alarmante en el hecho de que no quisiera beber, de que no buscara desahogo, de que siguiera sobrio... Quizá estaba decidido a cometer un acto definitivo, y deseaba mantener vivo el dolor para que le diera fuerzas para ejecutarlo. Era una gran concedora de los hombres, y además su amor por László le hizo intuir que debía tener cuidado y seguir al lado del joven.

Una de las matronas comenzó a dar cabezadas. Algunas parejas se levantaron a bailar una *czarda*. Gyerőffy también se levantó, pero no para bailar. Se dirigió a la

villa. La señora Berédy presintió que iba a marcharse. Dejó a las damas sin llamar la atención y llegó antes que él a la casa, puesto que estaba más cerca; una vez en la antesala, se puso la capa y se paró delante de un espejo como si estuviera arreglándose el chal, para que el joven, que subía las escaleras que daban al jardín, la encontrara allí por casualidad.

—¿Usted también se va?

László se estremeció.

—Sí... ya he tenido suficiente...

—Pues, hágame el favor de acompañarme hasta el coche... Aquí cerca hay una parada.

—Claro, por supuesto.

La mujer se arrebujó con el chal de encaje mientras observaba al joven en el espejo. Él estaba a su lado, pero no la miraba a ella, sino a la jardinera dorada, llena de flores artificiales, bien hechas, pero viejas y polvorientas, que había al pie del espejo.

László dijo:

—Son como la vida. ¡Mire! De lejos uno piensa que son flores... y solo de cerca se percibe que son jirones de papel teñido... —Soltó una carcajada débil, amarga.

Fanny le estrechó el brazo suave y afectuosamente:

—Vamos, querido... vámonos de aquí.

Su voz estaba llena de lástima.

Salieron juntos. Las copas frondosas de los castaños tapaban la luz de las farolas, lanzando su sombra sobre la acera. La plaza Lövölde, donde siempre había simones y carruajes de tiro, estaba a unos pasos.

«Mejor —pensó la señora Berédy—. Estos no me reconocerán». Se acercó al primer coche, abrió la puerta y subió.

—Venga —llamó a László.

El joven obedeció callado. Una vez a su lado, cerró la puerta. La mujer se asomó por la ventanilla:

—Calle del Museo, número uno —dijo al cochero.

László no estaba seguro de haber oído bien, pero le pareció que había dado su dirección; no dijo nada.

El simón cruzó despacio la ciudad nocturna, el sinfín de callejuelas del barrio de Erzsébetváros. Bajo la capa, ella buscó la mano de László y la cogió. Solo la tocó con la suya, nada más. Mucho más tarde, cuando ya casi habían llegado, le dijo:

—Esta noche me quedaré en su casa.

El adormecido portero abrió la puerta, y subieron juntos a la tercera planta como si estuvieran paseando por el Danubio.

Entraron en el piso silenciosamente. No encendieron las velas, porque entraba bastante claridad por las ventanas abiertas. Acostumbrados a las luces nocturnas, veían lo suficiente.

László no abrió la boca, como si estuviera solo en la habitación. Se sentó en el viejo sofá y con las manos se tapó la cara. El agotamiento se apoderó de su cuerpo. Durante un largo rato permaneció inmóvil; entre los latidos de su corazón pasaba una eternidad, como si cada uno fuera el último...

No sabía qué le ocurría, ni quién estaba a su lado; nada. El tiempo pasó. Mucho más tarde notó un cuerpo femenino que lo abrazaba, unos labios calientes y unos besos consoladores en el cuello, unas caricias suaves en la cabeza. Manos blandas que se deslizaron hasta esconderse entre sus hombros desnudos. Sus labios buscaron los de ella; sintió el aliento fragante que aspiraba el suyo. La oscuridad púrpura del deseo borró el dolor, lo cubrió por completo como un aroma embriagador, una mezcla de placer, muerte y amor...

Empezó a amanecer.

La bella Fanny besó agradecida la mano del hombre que se encontraba a su lado. Notó con felicidad que la otra mano acariciaba su cuerpo, toda su piel desde las rodillas hasta los pechos. Levantó la cabeza. László estaba acostado a su lado, apoyado sobre un codo, mirando hacia la ventana.

Sus ojos estaban clavados en la madrugada gris con las pupilas dilatadas, desesperadas, y los labios torcidos de dolor. Las caricias seguían un ritmo automático, inconsciente. Su alma estaba en otra parte, lejos... lejos... muy lejos... con la otra.

## QUINTA PARTE

«Dénestornya. Pueblo del condado de Torda-Aranyos. Distrito de Gyéres. 1737 almas. Reformados evangélicos: 1730; católicos romanos: 5; israelitas: 2. Castillo de los condes Abády. Correos, telegrafía». Así reza la enciclopedia.

El castillo se encontraba en un extremo de las praderas de Keresztes, en el altiplano mayor de la Transilvania central, sobre una colina baja, solo unos veinte o veinticinco metros más alta que la llanura del río Aranyos. Era la primera de un grupo de colinas que iban ganando altura hacia el sur hasta convertirse en la cadena montañosa que se extendía desde Torda hacia Kocsárd. Durante el reinado de Béla III, se construyó el castillo, cuyas bóvedas más antiguas y la iglesia vecina eran del siglo XII. El lugar había sido una buena elección. La lengua de arcilla con capas de marga era lisa por arriba; la ladera oriental abrupta; la septentrional, suave como la occidental, donde bajo la protección de la fortaleza exterior se había refugiado el pueblo en tiempos remotos. Abajo se extendía la vaguada, que por aquel entonces seguramente era una ciénaga y tardó varios siglos en convertirse en tierra fecunda. El castillo ocupaba toda la cima de la loma, por eso era fácil de proteger con las armas medievales: desde arriba se podía asaltar a los invasores. Solo era accesible por el sur, pero allí seguramente había existido un foso profundo, un vallado avanzado y un fortín, cuyos fundamentos y muros todavía podían apreciarse.

Únicamente se conservaba el edificio principal y lo que le habían añadido durante los siglos posteriores. Daba la sensación de ser un organismo cambiante, creciente.

Al aparecer los primeros cañones, se construyeron cuatro bastiones gruesos en las esquinas del edificio principal. Los muros exteriores habían desaparecido y en su lugar se extendía el césped, interrumpido aquí y allá por arriates; la torre de entrada fue derruida a mediados del siglo XVIII cuando el terrateniente, el padre del gobernador Abády, quiso ampliar la estrecha entrada porque le molestaba no poder acceder por ella con su carroza. La intentaron ampliar para poner una bóveda nueva, pero la torre se agrietó tanto que hubo que echarla abajo. El mismo Abády hizo construir un patio delantero en forma de U, con un establo de piedra para treinta y dos caballos, un picadero, un pajar, varios talleres para guarnicioneros, un sinfín de cocheras, un horno de pan para cien personas, un lavadero con una caldera enorme, vivienda para los porteros, los guardianes y los palafreneros, más una puerta nueva, tan amplia que el señor Abády pudo entrar con carroza, cochero y mozos de cuadra incluidos. Encima de la puerta, los titanes de piedra levantaban rocas amenazadoras, y en medio, el mismo Atlas mantenía el globo del mundo. El patio era totalmente rococó, construido entre 1748 y 1751; al menos eso decía la lápida del marco de la puerta. Dénes Abády debió de ser un gran constructor. Había ideado la escalera

interior con techo de estuco y balaustrada, y mandó cubrir las cuatro torres con tejados a dos aguas.

Cada época tiene su estilo, y en el siglo XVIII no le daban mucha importancia a la arqueología, con lo que había huellas de todos los estilos posibles. Posteriormente tampoco actuaron de forma diferente: las dos alas del castillo fueron renovadas en estilo imperio cuando imperaba el gusto neoclásico, y más tarde el abuelo materno de Bálint Abády hizo un zaguán neogótico pegado al muro occidental para disfrutar del panorama que, por cierto, era majestuoso: las vistas se extendían desde el prado de Keresztes hasta la quebrada de Torda y los neveros de Jára.

Tal vez fuera una pena que Dénestornya no permaneciese en su estado original y no permitiese ver cómo eran los castillos de los siglos XV y XVI; no obstante, los Abády primaron la habitabilidad del lugar y lo habían modificado todo según las exigencias de su época; lo habían retocado para que fuese más bonito, más confortable —dentro de las posibilidades del viejo castillo—: ampliaron ventanas, construyeron varias escaleras y, cuando los turcos ya no significaron un peligro, los muros de defensa fueron destruidos para plantar flores. El edificio, si uno lo miraba desde el valle del río Aranyos o desde las colinas lejanas, con su imponente fachada, las torres con cúpulas, las alas extensas sobre la lengua de tierra, parecía nacido del paisaje, como si no fuera obra de mano humana. Por todos lados estaba rodeado de parques, bosques, matorrales, árboles gigantescos que lo tapaban como si estuviera asentado cómodamente sobre cojines de hojas frondosas; como si siempre hubiera estado allí, como si no pudiera ser de otra manera.

Bálint Abády solo pudo llegar a casa, a Dénestornya, a primeros de junio. Antes de volver de Budapest pasó varias semanas en Kolozsvár, y aunque ya no quedaba en la ciudad ninguno de sus conocidos, estuvo muy ocupado; se reunió con su madre, con Ázbej y con el ingeniero forestal, con quien debía hablar antes de subir a los neveros. Se trataba de poner en marcha el plan de explotación forestal. No fue fácil conseguirlo, a pesar de que Ázbej apoyaba las ideas de Bálint frente a la condesa Róza. Su entusiasmo no era fingido, ya que quería desviar toda la atención del joven conde hacia los neveros para que no se le ocurriera meter la nariz en los demás asuntos. Pero el viejo guardabosques, Nyiressy, presentó una resistencia pasiva; fue necesario ir a Kolozsvár para que los tres pudieran hablar con el ingeniero sobre los detalles y el plan de trabajo. Una mañana no hubiera sido suficiente para zanjarlo todo. Pero Nyiressy no fue. Primero dijo que ya era muy mayor; a la segunda llamada, más severa, contestó que sufría achaques y no podía ni moverse. La única manera de comunicarse con él fue enviando mensajes con un recadero que tardó dos días en ir y volver del Béles. Por eso Bálint tuvo que pasar forzosamente unos diez días en la ciudad antes de poder despedirse del ingeniero, y solo entonces pudo seguir a su madre, que desde hacía unos días ya estaba en el campo. Llegó una noche de

lluvia.

El día siguiente amaneció precioso y Bálint se despertó con las primeras luces de la mañana. Por la ventana oriental de la habitación redonda de la torre entraban los rayos del sol horizontales como barras de oro y, cruzando la oscuridad, encendían las chapas de bronce de la cómoda. La habitación parecía todavía más oscura atravesada por los finos y refulgentes rayos dorados. Fuera el ruiseñor cantaba apasionadamente...

Bálint saltó de la cama y se acercó a la ventana, abrió de par en par las contraventanas: el sol entró de golpe y lo hizo retroceder.

Era una mañana espléndida. El sol había salido por encima de las colinas del valle del Maros, que parecían tan ligeras como si fueran de vapor y bruma, bruma cobalto como la que flotaba por el río desdibujando las siluetas de los álamos que se perdían en el infinito. El río mismo no se veía, estaba muy lejos, tapado por los árboles que formaban paredes de verde grisáceo; eran álamos plateados de troncos blancos, álamos canadienses de corteza morada y chopos gigantes que llegaban hasta los pies de la ladera. Su sombra sobre los prados del parque no tenía nada que ver con la severa oscuridad del bosque, más bien era azulada y tenue, apenas más oscura que el césped de debajo. La luz entraba despacio en el bosque, se enganchaba en los matorrales, jugaba con las borlas blancas del guindo, despertaba las flores olorosas de la lila, avanzaba curiosa hasta el pie de los árboles, buscaba los secretos del bosque y encendía los ramilletes carmesíes del cerezo japonés. El canto triunfante del ruiseñor anunciaba la primavera en el jazmín, en la hiedra, entre los brotes verdes de la tuya y las copas frondosas de los castaños.

El joven se vistió rápidamente y salió al parque. Se detuvo un momento en la terraza que daba al norte. Bajó por el paseo de los abetos, que parecían cipreses. El césped aparecía espolvoreado por botones de oro, y desde las dos torres de la fachada hasta los pies de la colina corría un seto de lilas tan lleno de flores moradas que las hojas verdes apenas se veían. Los ruiseñores, escondidos en los arbustos, enmudecieron cuando Bálint pasó cerca de ellos, para luego volver inmediatamente a su canto como si estallaran de alegría.

Llegó a la fosa del molino, donde en tiempos remotos había estado el vallado del castillo. Cruzó el puente blanco, llamado «el puente bonito», debido a que en algún momento había sido pintado de diferentes colores. Allí las sombras misteriosas todavía estaban esperando los primeros rayos del sol. La hierba tupida cargada de rocío había crecido mucho. Los globitos blancos del diente de león, guardando su secreto; los puntos dorados de las primulas; los tallos finos y las espigas trémulas de la grama, se escondían entre el verdor. Gotas de diamante se balanceaban sobre los pétalos. El rocío cubría el prado como un manto de tenue niebla líquida.

Para Bálint aquel festival de flores era algo nuevo. Durante los años de estudio en el liceo, la universidad y la escuela de diplomacia, y más tarde, durante sus años de servicio extranjero, nunca había podido llegar a casa antes de finales de junio.

El espectáculo lo impresionó tanto que abandonó el camino y se internó en el prado. La hierba estaba tan mojada que parecía que cruzara un arroyo. Las rodillas rozaron las espigas del bromo, de la hierba del maná, del llantén, calándole de agua los pantalones.

Llegó a los tilos que crecían en la otra punta del prado, mojado hasta las rodillas. Evocó viejos recuerdos; allí, en aquella alameda centenaria y amplia, le habían enseñado a montar a caballo. Cuando fue plantada, hacía trescientos años, llegaba hasta los pies del monte del castillo, pero en el siglo pasado, el abuelo de Bálint había talado parte de los tilos para tener un prado extenso delante del castillo siguiendo la moda inglesa. En los parques ingleses las líneas rectas estaban prohibidas. El niño Bálint aprendió a cabalgar en el paseo, que había quedado intacto, allí montaba su poni y cabalgaba al trote con el palafrenero.

«¡Cuántas veces llegué a caerme!», pensó Bálint mirando la alameda. Esos ponis fornidos habían sido animales obstinados, malvados. La buena alimentación y el poco trabajo los había hecho muy descarados. Justo allí, junto a un árbol nudoso había cabalgado su primer caballo, *Croque-en-bouche*, que montaba con manta y sin estribos. Su segundo poni, *Migaja*, gordo, amarillo y cabezón, tenía la costumbre de pararse junto al tilo del tronco agrietado hasta que el palafrenero le arriaba un buen azote en el culo.

Descendió por el paseo bajo el arco de los árboles. Las hojas susurraban en la brisa matutina, arriba en las copas; pero abajo no se movía nada y Bálint estaba solo con sus recuerdos. ¡Qué larga le había parecido esa alameda cuando le dejaron montar un caballo grande por primera vez! ¡El viejo *Gambia*!

El final de la alameda de los tilos daba a un brazo del río Aranyos. Bálint continuó caminando hasta la espaciosa isla de Nagyberék. De niño había sido su lugar predilecto, mucho más que el parque interior, cuyos senderos, parterres, setos y flores no le interesaban. En cambio allí estaba en medio de una selva solo interrumpida por henares y alfalfares; los chopos gigantes se alzaban por encima de los sauces y del sotobosque formado por espinos hediondos; los robles de extensas ramas, los fresnos, los alisos crecían siguiendo el orden de la naturaleza. Los senderos angostos y cubiertos de hierba zigzagueaban, y a veces se perdían entre la vegetación espesa. Siempre que podía se refugiaba allí para jugar a los indios. Había avanzado a cuatro patas por la selva de cicuta para acechar a los ladrones o escaparse de sus perseguidores; había trepado a los árboles para espiar al enemigo o para acertar en el corazón al jefe de la tribu opuesta, como había leído en los cuentos de Cooper.

Ahora tenía la sensación de toparse con las mismas imágenes.

Cruzó el gran soto hacia los bosques de la otra ribera, que seguían el cauce irregular del río y las curvas de las ciénagas.

Cruzó el henar de cien acres<sup>[18]</sup> que llegaba hasta el bosque y formaba parte del panorama que se veía desde el castillo. De vez en cuando aparecían grupos de pinos



salgareños jóvenes, de unos treinta años. Habían sido plantados por su padre a modo de decoración y de refugio natural para los animales. Los pies habían sido rodeados por lilas, cuyas flores contrastaban con las agujas negras de los pinos. Las piñas rojizas de los árboles solo se veían desde muy cerca. El gran henar aparecía casi gris entre el vapor del alba, cubierto de un velo opaco que flotaba y se enganchaba en las espinas del endrino que crecía en los límites.

Bálint se quedó inmóvil, mirando el prado. ¡Qué amanecer tan misterioso! Las distancias no parecían reales, ni fijas y estables; el parque parecía extenderse hacia el infinito como si fuera el mundo entero. Mientras disfrutaba del paisaje aparecieron varios animales: dos vacas y tres toros con sus terneros que avanzaron despacio entre los jirones de niebla. No se dieron cuenta de que no estaban solos; en pocos minutos desaparecieron tranquilamente en el bosque.

Sumergido en la belleza de la escena, de repente tuvo la sensación de que Adrienne estaba a su lado.

Casi la vio andar con sus pasos largos, la barbilla levantada, el cuello delgado, el cabello negro rizado volando detrás de ella; como la había visto en Mezővarjas al perseguir aquel caballo que escapó; paseaba en silencio con la figura esbelta, los ojos amarillo topacio, la mirada clavada en el suelo.

Bálint se paró. «¡No! ¡No!», dijo casi en voz alta y se sacudió como si quisiera liberarse de la imagen de Adrienne. Se marchó rápidamente hacia el bosque. Reconoció un árbol centenario cerca de un claro.

El viejo árbol seguía vivo, solo había perdido una rama lateral. Se la habría arrancado algún temporal de abril, puesto que los vástagos estaban llenos de brotes pegajosos; algunos ya se habían abierto.

Bálint se acercó y le dio dos palmadas a la corteza como si saludara a un viejo amigo. «Sigues aquí. ¿Te han hecho daño?», preguntó. Se sentó en la rama mutilada a contemplar el claro.

Había ido mucho allí cuando ya podía cabalgar solo e ir lejos, naturalmente con el viejo *Gambia*. Estuvo sentado largamente en profundo silencio, perturbado solamente por el canto de los pájaros. Había mil clases de gorjeos: los mirlos cantaban; los carboneros hacían «si-si-si», saltando de una rama a otra, siempre inquietos; las oropéndolas también trinaban mientras subían y bajaban al claro con vuelo tambaleante; desde el bosque se oía al escribano palustre y al alcaudón real. En la lejanía canturreaban los ruiseñores. El silencio mezclado con el canto de los pájaros pareció todavía más profundo.

La frondosidad de los árboles, la densidad del sotobosque, las flores de la hierba, todo era exuberante, como si la naturaleza no pudiera dominar su riqueza; en el aire flotaban, como borreguitos, las semillas de álamo con su penacho y ascendían y descendían empujadas por la brisa.

Encima de los chopos las tórtolas arrullaban voluptuosas...

«¡Qué belleza!», pensó Bálint entregándose a la admiración de la primavera, y

sintió lástima por no poder enseñárselo a nadie, compartir ese placer. De repente vio la imagen de Adrienne: «Yo estoy aquí, yo podría comprenderlo».

Bálint se levantó molesto, discutiendo consigo mismo. ¡No podía ser! Tenía que librarse de ese sentimiento. Abandonó el claro en el que había evocado la imagen de Addy y se adentró en el bosque.

«¿De qué te serviría? Para qué perseguir a una mujer que no es siquiera una mujer. ¿Para qué comprometerse? ¿Para qué meterse en esa aventura que traería miles de dificultades?, ¡que sería una prisión! No. Tú tienes otras cosas que hacer: tu trabajo, tu vocación, y tarde o temprano tendrás que casarte, fundar una familia, trabajar por su bien en paz y silencio. ¿Para qué buscarse problemas? ¿Para qué?».

Avanzó deprisa por el sendero sinuoso, empujado por su furia, sin prestar atención a nada. Las copas de los árboles se cerraban por encima de su cabeza y de su corteza salían miles de vástagos llenos de hojas, al pie de los troncos crecían arbustos de sauce gigantescos, tupidos como el cáñamo. Abajo, el sotobosque era de un verdor hondo: saúco, bonetero, cornejo y toda clase de arbustos ramosos; más yero, angélica, oreoselino y cicuta, cuyos tallos, fuertes y leñosos, alcanzaban los dos metros. Las plantas estaban enredadas en el lúpulo, que subía por las ramas, caía hasta el suelo, se entrelazaba con el lampazo y la campanilla que decoraba con miles de capullos rosados los árboles y las matas. Sus flores eran mariposas que flotaban libres en el aire. Los tallos sarmentosos de la zarza cruzaban sigilosamente los senderos.

Era una selva tropical propia del suelo fecundo y fértil de la vaguada, cubierta de mil clases de gruesos lampazos que, anunciando la riqueza de aquellas tierras, no dejaban ver ni un milímetro del suelo.

Bálint necesitó incluso abrirse camino pese a que iba por un sendero. El cauce principal del río Aranyos estaba cerca: a través de las hojas se vislumbraba su luminosidad.

Tuvo que cruzar el carrizal; bajo sus pisadas se hundió el cieno. El agua no se veía porque la tapaba el carrizo amarillo del año anterior. Por fin llegó a la orilla. Allí el río había ido acumulando piedrecitas; en cambio, la otra ribera era casi vertical. Bálint se paró al lado de un tronco que había arrastrado la corriente.

Por allí debía de estar el vado por el que tantas veces había pasado cuando frecuentó la casa de Dinóra. Era el camino más corto a Marosszilvás. Lo conocía muy bien, lo había hecho de noche varias veces.

Tal vez debería... Tal vez fuera lo mejor... Visitar a la pequeña Dinóra. Lo había invitado, y empezarían de nuevo... El recuerdo de Adrienne no lo había perseguido con tanta fuerza en Budapest. ¡Querida Dinóra! Conocía su olor, su piel; tenían tantos recuerdos comunes... Con ella no sentiría el mismo asco que había sentido después de hacer el amor con aquellas budapestinas... ¡No! Solo se metía en aventuras por las necesidades de su cuerpo..., entonces, lo agotaría: «Satisfacer a la pequeña bestia — pensó sonriendo—. Y el mejor remedio es la querida Dinóra».

Se acordó del Vikingo. ¡Qué más le daba! Además, la mujer le había dicho que ya

habían roto. Y si no era verdad, tampoco le molestaba. Al fin y al cabo, no necesitaba a Dinóra en exclusividad...

Volvió a casa porque ya eran más de las ocho. Tenía que llegar al castillo para desayunar con su madre, y aún le faltaba un buen trecho.

Regresó por otro sendero, entre alfalfares. Antes de abandonar la isla, se paró en el puente, y se giró. El paisaje ofrecía ahora una imagen distinta. El sol había triunfado.

Sin embargo, una voz interior le mantenía alerta: «No vayas a Almáskő porque no podrás resistirte a Addy». Pero, se lo había prometido a Pali Uzdy. No era tanto por Addy como por su marido, el cual se extrañaría de que no fuera a visitarlos cuando él estaba en casa. Su alma se debatió entre la prudencia y el deseo, pero no llegó a ninguna conclusión porque vio al caballerizo con los mozos de cuadra, que volvían de la pista de galope e iban en dirección a la alameda de los tilos.

—Vengo del soto —dijo—, he visto el viejo vado. ¿Está transitable?

—Ya no, señor, quedó inservible el año pasado por la riada —contestó el caballerizo—, pero si lo desea, podemos buscar otro.

—¿Ah, sí? ¿No se puede atravesar? Bueno, ya lo veré. No es urgente... Si les viene bien, échenle un vistazo.

Le dio dos palmadas al cuello sedoso del caballo. Los mozos de cuadra se fueron hacia la alameda, Bálint subió por los *paddock* de las yeguas. No entró a verlas porque recordó que le estropearía a su madre la alegría de ser ella misma quien se las enseñase. La yeguada era el orgullo de Róza Abády, le encantaba presumir de ella, explicarlo todo sobre sus preciosos caballos. Subió corriendo entre los robles, entró en su habitación y se cambió rápidamente para que su madre no lo viera tan mojado y sucio.

Cambiarse y lavarse le costó más de lo que había pensado. Una vez hecho, subió a la primera planta, donde Róza Abády ya estaba desayunando sentada en la terraza panorámica.

Era un abundante desayuno transilvano: carne, tocino ahumado, buñuelos, pan frito, pasteles, mantequilla, miel líquida y en panalillos, fruta y, naturalmente, café con leche de búfala. La condesa Róza apenas saboreó esas delicias, solo tomó café y fresas; pero puesto que consideraba que las cosas no debían cambiar nunca, mandaba que la señora Baczó pusiera la mesa todas las mañanas como si esperara a un regimiento. Hoy, además, había una tetera para Bálint.

Después de saludar a su madre y besarle la mano, Bálint empezó a comer. Tenía un hambre voraz debido a la larga caminata.

La señora Abády se deleitó mirando a su hijo. De vez en cuando cogía una fresa gruesa y la empapaba en azúcar glas, aunque tardaba en comérsela.

Sus ojos saltones brillaban con luz cómplice. Esa mañana había bajado al patio

para esperar a los caballos de carga que volvían de la faena. Solía examinarlos, pedir cuentas si encontraba algo sospechoso, palparles los tendones y, si era necesario, mandaba curarlos. Los mozos de cuadra, para entretenerla, solían contarle lo que habían visto: liebres, perdices o gamos. Hoy le habían contado que se habían encontrado con el conde Bálint cerca del puente del soto y les había preguntado por el vado del Aranyos.

La señora Róza estaba pensando en el vado: sabía lo que significaba. Sabía que su hijo, durante sus estudios universitarios, lo había usado para visitar a Dinóra. Sabía también que había ido a verla algunas noches. Nunca le había dicho nada a su hijo, pero en secreto se alegraba de esas visitas. En su vida sin placeres suponía un acontecimiento importante que Bálint hubiese llegado a ser un hombre hecho y derecho. Sin embargo, la opinión de la señora Abády no había cambiado en otras cosas: había dos clases de mujeres, las honestas, como ella, que nunca habían echado una mirada a otro hombre que no fuera su marido; y las demás. A este segundo grupo pertenecían, sin distinción alguna, todas las mujeres que no cumplían con los requisitos de la primera clase: las coquetas que flirteaban para entretenerse, las que tenían una relación amorosa con un solo hombre y las ligeras que cambiaban de amante cada dos por tres, además de las *cocottes* de lujo o las que se vendían por las calles. Para ella, que vivía tan alejada de la vida real, todas eran iguales. No porque fuera demasiado rigurosa ni porque le gustara escandalizarse. A las mujeres de su clase que ella consideraba pertenecientes a ese grupo nunca les había dado un trato diferente; las había recibido a gusto, no hablaba mal de ellas ni difundía chismes. Simplemente consideraba que eran «seres distintos, de naturaleza diferente». Habían nacido así, no era culpa de ellas, pensaba. Las observaba con humor, pero sin escandalizarse, contaran lo que contasen. Y lo que oía, nunca trascendía. Ella fingía no saber nada.

Sin embargo, cuando la pequeña Dinóra empezó a flirtear con Bálint, el asunto adquirió un matiz personal para la señora Róza. Se sintió orgullosa del éxito de su hijo. Inconscientemente fue la recompensa por una vida amorosa acabada tan prontamente por la muerte de su marido. Dado que para ella esas mujeres que «tenían un galán» eran seres distintos, nunca se había preocupado por el hecho de que su hijo pudiera enamorarse de una de ellas. Se lo tomaba como si él practicara algún tipo de deporte, como quien gana carreras o partidos de tenis; un deporte que había comenzado con Dinóra y continuado durante sus años de carrera diplomática. Cuando Bálint pasaba las vacaciones en Dénestornya, le llegaban cartas desde Viena, y posteriormente también de otros países. Era la señora Abády quien solía recibir primero el correo, alegrándose cada vez que había una de «aquellas cartas». Intentaba tirarle de la lengua para que le contara algo de la gente que frecuentaba, si las mujeres eran hermosas, o si las veía a menudo. Entre tal cantidad de nombres y datos tenía que adivinar quién era la remitente de los sobres celestes y morados; y se contentaba cuando podía echar un vistazo a las direcciones a las que Bálint remitía sus cartas.

Jamás le confió a nadie que deseaba saberlo todo, y su máxima astucia era decirle al criado: «Si el conde Bálint le manda a correos, venga a verme que yo también tengo algunas cartas que enviar». Pero la mayoría de las veces, el criado iba primero a recoger sus cartas, o la carta de Bálint iba destinada a un hombre, y la señora Róza veía que su maniobra había sido en vano. De todas maneras, si sabía de algún nombre, dirigía la conversación de modo que se mencionara, y preguntaba su edad, aspecto y entorno, pero con suma cautela.

Creía que nadie sabía de su curiosidad ingenua, y efectivamente Bálint no la había notado. Pero las señoras Baczó y Tóthy sí, tal vez porque en su presencia la condesa Róza no cuidaba tanto lo que decía. Sabían que le gustaba enterarse de las nuevas conquistas de Bálint, aunque no preguntara nunca. Le habían dicho, sin darle demasiada importancia al asunto, que desde los carnavales Bálint frecuentaba la casa de Adrienne. Que pasaba allí casi todas las tardes, que se quedaba hasta muy entrada la noche, o que permanecían a oscuras... Con mucha maña establecieron contacto con los criados, puesto que la fiel doncella de Adrienne rechazó informarlas. Engatusaron a la cocinera de Uzdy con secretos para confeccionar un buen paté y recetas de almíbar.

Luego explicaban parte de lo que habían oído, generalmente después de comer, durante el café. Evidentemente solo contaban cosas menores, pero ¡horribles! Que Adrienne iba a patinar por las noches y no al mediodía como todas las damas, que no bailaba la *czarda*, que daba paseos por el cementerio, y —¡lo peor de todo!— que en casa se sentaba en el suelo. ¡Como los gitanos vagabundos! Hablaban como si lo comentaran entre ellas. Movían la cabeza escandalizadas y luchaban con las agujas de tejer como si quisieran clavárselas a la malvada mujer.

La imagen que la señora Abády se había hecho a través de sus amigas era inquietante: Adrienne parecía la más villana de todas «aquellas». Por eso fue la primera vez que se preocupó por uno de los cortejos de Bálint. Quizá su intuición materna le decía que aquel flirteo podía ser más serio que los anteriores. Por eso se alegró de que Bálint preguntara por el vado hacia Marosszilvás, por eso mandó que buscaran otro inmediatamente y abrieran escalones en la orilla opuesta del río. Si Bálint pensaba en Dinóra, si quería ir a verla, no había razón para preocuparse...

Bálint comió con voracidad. Su madre lo observaba en silencio. Al final, le dijo astutamente:

—Me alegra ver que tienes mucho apetito. Es una alegría lo bien que comes.

—Hum, hum —contestó Bálint, porque tenía la boca llena con un bollo de mantequilla untado con miel—. He dado un gran paseo... —dijo y volvió a dar un mordisco.

—¿Ah, sí? —continuó su madre hipócritamente—. ¿Has dado un paseo? ¿Por dónde? ¿Lejos?

—De madrugada. Quise ir a la alameda, pero estaba todo tan bonito que fui hasta el río.

—¿Por dónde? ¿Por el prado Róka o por el Csiperkés?

—Por ahí, no. Primero he ido ver el álamo centenario del claro, y de allí he ido al vado viejo.

—Me han dicho que no se puede usar desde la riada. ¡Qué pena! Era tan cómodo si quería enviar a alguien a Lélbánya a llamar a Ázbej... —dijo la señora Abády—, es más corto que desviarse hasta el puente de Hadrév. Si quieres ir al distrito, en verano... en carruaje... o a caballo... —añadió sutilmente.

—Es cierto que no serían más de veinte o veinticinco kilómetros —respondió Bálint. Su madre esperaba que mencionara Marosszilvás, pero Bálint no continuó.

La señora Róza intentó tirarle de la lengua de otra manera:

—Te he domado tres caballos de montar. Puedes usarlos sin problema, son buenos. Uno es *Brillante*, lo conoces del año pasado; los otros, *Ámbar* y *Salta*, por ahora solo aguantan la silla pero están a tu disposición.

—Gracias, mamá. Mañana saldré con ellos.

—Estaría bien que hicieran un trayecto más largo que la pista de carreras. Estimula el desarrollo de la musculatura... —dijo la señora Abády enfrascándose en explicar los detalles de la doma del caballo; los resultados del ejercicio lento, pero largo; y los del rápido, pero corto. Le gustaba hablar de su afición, mostrar lo experta que era; aunque en realidad, tanta cháchara era solo para que su hijo no notara su segunda intención.

Siguió hablando de lo mismo mientras bajaron por el soleado y templado parque a ver la yeguada.

Pasaron unos días tranquilos. A primera hora de la mañana Bálint iba a cabalgar, desayunaba con su madre y después daban una vuelta. A mediodía se echaba la siesta —una hora—, y después de comer charlaban un rato. Por las tardes se iban de paseo en coche por el parque o por la finca, visitaban la yeguada o la vacada en los pastos de verano, y luego seguían paseando por el jardín. Siempre había algo que mejorar; eran planes menudos, pero importantes: «Aquí se podrían plantar dos castaños rojos, allí quedaría bien una sabina rastrera, y más allá unas lenguas de dragón, si el jardinero logra que se reproduzcan para primavera».

Durante esos tranquilos días Bálint vaciló entre ser prudente o satisfacer sus deseos. No, no debería ir a Almáskő; mejor iría a Marosszilvás, pasaría una noche allí y al día siguiente llegaría a Lélbánya; de vuelta se quedaría de nuevo en casa de Dinóra. A la ida lo prepararía, y a la vuelta... lo llevaría a cabo. Quizá entonces pudiera librarse de esa inquietud.

Decidió ir, y durante la cena se lo dijo a su madre. La señora Abády aceptó con gusto que fuera a visitar el distrito con sus caballos. Solo le puso una condición: que no los dejara en una posada, sino en casa de algún conocido, en un establo limpio, en el de las vacas si era posible para que no contrajeran ninguna enfermedad.

Después de un tentempié abundante, salió sobre las doce en compañía de un mozo de cuadra.

Cruzó el Nagyberek, el vado del Aranyos, y entró en el henar que pertenecía a sus tierras en la otra orilla del río. Pasó por la alameda de acacias que llevaba hasta el terraplén del ferrocarril.

El suelo estaba suave, flexible, no había lodo y todavía no se había endurecido. Desde el Aranyos fue a galope hasta el camino real. Pudo trotar por los senderos laterales de arena. En apenas una hora llegaron a Marosszilvás.

Tras el espeso verdor del maizal se vislumbraba un seto tupido: el límite del jardín de la señora Abonyi. Bálint miró hacia la derecha, en un rincón del labrado estaba el viejo tilo al que solía atar su caballo cuando iba de noche, en secreto. Desde allí cruzaba sigilosamente el jardín hasta la ventana de Dinóra. Era muy alta y tenía que colgarse desde la cornisa, y apoyar los pies en el borde del alféizar para poder entrar. Se manchaba de cal cada vez que entraba. Sin embargo, el recuerdo no despertó en él otros sentimientos que una suave sonrisa.

Al acercarse se esfumaron sus ganas de entrar. Era muy temprano, había llegado pronto, los alazanes estaban en forma. Solo eran las doce y media, sería más sensato seguir adelante. Si entraba, tendría que quedarse a comer y a tomar café; lo retendrían, y no llegaría a Lélbánya sino muy entrada la tarde, cuando ya no pudiera

hacer nada. Además había que encontrar alojamiento para los caballos, paja y heno limpios. Era necesario llegar a tiempo. A la ida iría de una sentada, de vuelta... podría quedarse un rato.

Pasó al trote. Al entrar en el pueblo, las casas quedaron a la izquierda; y el muro de piedra alto y largo de la finca de los Abonyi, a la derecha. Encima de este, estaba el cenador cubierto de vid silvestre. ¡Cuántas veces se habían besado allí! Entre la vegetación frondosa entrevió un traje femenino. Quizá ella estaba allí. Para que no lo viera cambió del trote al galope y, sin mirar más, pasó rápidamente pegado al muro para evitar ser reconocido desde arriba. Solo disminuyó la velocidad al salir del pueblo.

Pasado Marosludas debían subir una alta y abrupta montaña, desde cuya cumbre salían varios senderos que llevaban a las ciudades mineras. En la región de Mezőség, era más rápido que el viajero subiera las crestas que no que avanzara por los serpenteantes valles.

A mitad de la montaña, Bálint y el mozo bajaron del caballo y los llevaron del freno.

Desde la cresta se distinguía la figura de un hombre bajito, vestido de civil, que iba a pie. Se acercaba despacio, con pasos fatigados.

Antes de llegar a la cumbre, Bálint se paró un momento a gozar del paisaje. Se veían las curvas anchas del río Maros, la fila infinita de las colinas cubiertas de bosque en la orilla opuesta; y en esta, paredes rocosas escarpadas, amarillentas tras los desprendimientos de tierra. Cuando volvieron a los caballos, el viajero alcanzó el camino real.

—¡Eh, eh, esperen! —gritó a Abády, que estaba a punto de montar. Bálint lo miró sorprendido.

—¿No sabe quién soy? ¡András Jópál! —dijo el hombre—. ¿O es que no quiere reconocerme?

Realmente era difícil reconocer al antiguo preceptor de los muchachos Laczók. No se había afeitado en días y tenía la cara cubierta de pelo negro; el traje harapiento, las botas parecían bocas con los labios descolgados, y por el hueco asomaban los dedos desnudos de los pies. Sin embargo, gracias a los pómulos marcados, a la barbilla angulosa y a esa mirada fanática tan propia de él, lo hubiera reconocido sin vacilar. Primero pensó darle la mano, pero se acordó de las ofensas que le había gritado cuando salió de la casa del viejo Minya Gál; así le había agradecido su generosa oferta de ayudarlo en su invento, la máquina voladora de Jópál. Por eso le preguntó fríamente:

—¿En qué puedo servirle?

—Iba a ver al señor conde, en Dénestornya. ¡Qué suerte haberle encontrado antes!



—¿A mí? —se sorprendió Bálint.

—Sí. Soy su deudor, y quería subsanar esta última deuda como he hecho con todas.

—¿Qué clase de deuda?

—Yo le ofendí. Fui un imbécil. Lo reconocí mucho más tarde. No quiero que me tenga rencor. Por eso quería pedirle perdón al señor conde. Así que le pido disculpas...

—No pasa nada —dijo Bálint, y le dio la mano. Y para demostrar que no le guardaba rencor, le dijo al mozo—: Dame la comida del zurrón, y come algo tú también. —Luego se dirigió a Jópál—: Vamos a sentarnos un rato.

Se sentaron en el césped de la cuneta.

—Tome algo conmigo —le invitó Abády y sacó tocino, salami y pan.

—Gracias —dijo el otro.

Durante unos minutos comieron sin hablar. Bálint quiso romper el silencio y le preguntó:

—¿Y cómo está su tío, el viejo Gál?

—El pobre murió, hace ya tres semanas.

—¡Qué pena! Si lo hubiera sabido, habría ido al entierro.

—El viejo dejó escrito que no hubiera parafernalia.

—Es una gran pérdida para usted, ¿verdad? —preguntó Bálint lleno de lástima por su compañero haraposo y medio descalzo.

—A mí me da igual. Ya estoy acabado. —Pero al ver la mirada interrogativa de Abády estalló de ira—: ¿No lo ha oído? ¡Bueno, ya no importa! Santos-Dumont voló en París, en el prado del castillo de Bagatelle, este abril. ¡Voló con mi máquina! ¡Sí! ¡Con mi máquina! Era igual o casi igual. Y con eso se ha acabado mi trabajo, se ha acabado todo para mí. Si hubiera tenido suficiente dinero para el motor, para los materiales... Yo lo tenía todo el otoño pasado; lo habría hecho antes que nadie. Habría sido el primero en volar; habría obtenido fama, gloria y el gran premio que se disputan Santos y los hermanos Wright. ¡Sí, habría sido mío!

Bálint recordó que en la revista francesa *Illustration* había visto la fotografía de Santos-Dumont, quien había conseguido alzarse un poco y avanzar doscientos o trescientos metros. Sí, el problema de la aviación estaba resuelto. Se reprochó no haber pensado entonces en el inventor transilvano, en sus explicaciones, en los dibujos en la arena del patio de Minya Gál. Sintió mucha lástima por él.

—Si no hubiera sido tan imbécil... si hubiera aceptado la oferta del señor conde... —El rostro de Jópál se torció, entre los labios abiertos dejó ver la amplia dentadura; los ojos se entrecerraron, dibujando mil arrugas. Parecía a punto de echarse a llorar; sin embargo, se recuperó—. Si mi tío hubiera muerto antes, si en otoño hubiera heredado esa suma, quizá hubiese podido acabarlo. —Con el puño se dio dos golpes en la rodilla—. Pero ahora, ¿para qué...? ¿Para qué? —exclamó y continuó con una risa amarga—: Así que he pagado todas mis deudas, hasta el último

centavo, todo lo que había mendigado para el invento. Solo me quedaba pedirle perdón al señor conde, y ya está, ya me puedo marchar.

Soltó otra risa, cerró la navaja, se la metió en el bolsillo y se puso en pie.

Bálint siguió sentado.

—No se vaya. Con las capacidades que usted tiene, no hay que desesperar, seguramente hay muchos problemas en los que podría aplicar lo mucho que sabe...

Jópál dio un puñetazo en el aire.

—No —dijo—. Adiós —saludó y se fue hacia la pendiente. A los veinte pasos se dio la vuelta y le gritó a Abády—: ¡El violín! Mi tío se lo dejó al señor conde. Vaya a recogerlo, está en casa de la muchacha Boris. Ella se lo dará.

Se fue deprisa, dejó el camino y descendió por la ladera, por un sendero de cabras que bajaba al río. Desapareció entre las rocas.

Abády y su mozo siguieron avanzando por el camino suave que serpenteaba por la cresta. El panorama era espectacular. Detrás de las montañas se vislumbraban otras, y ellos, como liliputienses, caminaban por la helada cresta de esa ola de mar gigantesca. Allí arriba el aire era puro y seco. Hacia el norte se extendía una cordillera gris como las nubes; los neveros de Beszterce parecían las costas lejanas de un océano inmóvil. A la derecha blanqueaba la triple cumbre del Cibles, cubierta de nieve gracias a las precipitaciones de primavera.

El camino hacía una curva y abajo, en el valle, ya se entreveía Lélbánya, apretado por las paredes de arcilla en las que afloraba el salitre. Más abajo aún estaba el lago, tapado casi por completo por los carrizales. Los castores y los patos nadaban en familia, eran una serie de puntitos: uno grande seguido por otros más pequeños.

Bálint, después de alojar a los caballos en la vaqueriza de la posada, visitó la cooperativa cuya sede, de momento, estaba en el ayuntamiento. Repasó los libros y habló con el contable —que era Tóbiás Batta, una buena persona—. Luego, con él y con el notario, subieron a la casa solariega de los Abády. Había sido renovada por orden de Ázbej, que quería agrandar a Bálint, pues la cooperativa se trasladaría definitivamente allí ya que habían conseguido liberar sus dos habitaciones de manera pacífica.

Por la noche cenó en la posada. Más tarde llegó la gente importante de la ciudad para tomar con él un vino con soda.

Acudieron el alcalde, el notario, el médico y el farmacéutico, los dos curas y todo el mundo que contaba en Lélbánya. Además, fue a verle el viejo señor Balázs Börcsey. Era un evento importante porque el señor Börcsey no frecuentaba «esos círculos», como solía decir, puesto que era señor tanto de Kis-Börcse como de Nagy-Börcse. Con ese título no se permitía trabar amistad con un cualquiera. Si el viejo no

era aún más orgulloso se debía solo a que no tenía más que una casa solariega encima de un monte pelado, una casita de adobe con tres o cuatro ciruelos, un viejo peral y un pasto flaco de cabras de unos diez acres. Vivía solo, sin criados, sin ver a nadie. Nunca se había casado, tal vez porque no había encontrado ninguna mujer digna de llevar su nombre.

Vivía en la pura miseria. En Lélbánya le debía a todo el mundo: al abacero, al tabernero, al carnicero, al molinero, al sastre, al zapatero, incluso al alcalde y al boticario, que de vez en cuando le prestaban algo de dinero que nunca devolvía. La diferencia era que a aquellos no les importaba porque lo respetaban mucho. En las fiestas mayores le enviaban un saco de polenta, un cordero o un cochino; en verano, fruta y verdura; en invierno, coles y unas cuantas botellas de aguardiente de ciruela.

Precisamente porque el viejo estaba convencido de que le correspondía todo lo que le regalaban, de que era un ser superior, todos se habían convencido de lo mismo. Se decía que había luchado contra los Habsburgo durante la guerra de Independencia de 1848, aunque nunca se había dignado a contar nada de esas batallas. ¿Para qué? ¡Era suficiente ser un Börcsey de los Kis-Börcse y Nagy-Börcse!

Ahora, el viejo húsar también había bajado del monte, y cuando se presentó todos se levantaron y le brindaron la silla que presidía la cabecera de la mesa, frente a Abády.

Era la primera vez que Bálint lo veía porque cuando había querido visitarlo, Börcsey había mandado un mensaje diciendo que no recibía a nadie que estuviese de acuerdo con el Compromiso de 1867. No obstante, ahora había bajado y, aunque pareciera ridículo, Bálint se sentía honrado con su presencia.

El viejo Börcsey entró con paso marcial y un bastón de roble en la mano. Estaba en los huesos, era todo arrugas, pero tenía el pelo y la barba negros pese a que había cumplido los setenta.

Llevaba un par de botas vetustas y unos pantalones grises llenos de manchas. Se fue directo a Abády y solo le dio la mano a él; a los demás les hizo una señal, como diciendo: «Podéis sentaros». Cuando se sentaron todos, el viejo levantó el dedo índice y rompió el silencio solemne:

—A ver, ¿qué pasa en Budapest?

Bálint le contó las reuniones infructuosas con Burián y los intentos de la otra parte. Al principio lo escucharon en silencio, pero poco a poco se animaron y se pusieron más beligerantes. Repetían los eslóganes populares de las revistas budapestinas de la oposición, citando de los artículos de Miklós Bartha y Rákosi. El más ruidoso era Kirkocsa, el carnicero armenio, que estaba sentado a la derecha de la mesa con el cuello de la camisa desabrochado, dando manotazos como si rematara un buey cada vez que decía algo. El cura rumano no decía nada, pero escondía su sonrisa bajo el bigote. Con el paso de las horas el ambiente se caldeó. El boticario y el molinero empezaron a discutir y casi se pelearon, pero no llegaron a aclarar nada porque cada dos por tres les interrumpía el carnicero con su voz atronadora o el

médico con su falsete. Todos hablaban a la vez sobre lo que harían si fueran políticos. Poco a poco se acabó el vino. Al final, el cuarto se llenó de humo y de bullicio. «No deberíamos pagar los impuestos», gritaron. «No necesitamos soldados. ¡Hay que darle armas al pueblo e ir contra Viena!».

Pero Börcsey levantó un dedo y se hizo el silencio.

—Hay que echar al viejo verdugo del palacio, ¡y ya está! —dijo el exhúsar dando un bastonazo.

La frase tuvo un efecto sorprendente, pues calmó los ánimos. Nadie contestó, solo algunos carraspearon. El viejo Francisco José tenía tanto prestigio que todo el mundo se quedó atónito por la propuesta, y fingieron no haberlo oído.

El alcalde se dirigió a Abády:

—¿Hasta cuándo se queda usted?

En pocos minutos todo el mundo se marchó a casa.

La mañana siguiente la pasó ocupado atendiendo a los electores que acudían a ver a su diputado. Había varios del grupo del día anterior, que la víspera habían criticado a todos los políticos por embusteros —y lo eran todos los que les dirigían la palabra—, pero que ahora pretendían que Abády intercediera por ellos o apoyara sus solicitudes ante tal o cual ministro: «Una cosa es la vida, otra la política». Y evidentemente, todos terminaban con lo mismo: «Al señor conde eso no le costaría nada».

Las primeras horas de la tarde pasaron de igual manera. Sobre las seis, Bálint montó el caballo y se marchó hacia las montañas. Decidió ir a ver a los Milóth, ya que estaba muy cerca, para que no pensaran que en otoño solo había ido a verlos por Adrienne.

Llegaron de nuevo a la cresta; ahora tocaba ir hacia el norte y luego hacia el noroeste. En apenas media hora vio Mezővarjas. Se paró un momento en el puente para admirar el paisaje.

Llegó a casa de los Milóth, dejó sus alazanes en el establo de los birlochos y de inmediato oyó desde la era:

—¡Imbéciles! ¡Tenemos visita y no me avisa nadie! ¡Os voy a pegar un porrazo que no vais a salir de la cama hasta el día que muráis! ¿Dónde estás, muchacho? —bramó Milóth, y salió entre las lilas, pero continuó gritando—: ¡Burros, que sois unos burros! ¡Tontos! —Luego se dirigió a Bálint con una sonrisa amplia—: ¡Qué amable que hayas venido a vernos! ¡Cómo me alegro!

La mamá Milóth, dentro de sus límites, lo recibió con alegría, y las muchachas también. Incluso a *mademoiselle* Morin se le iluminó la cara.

No obstante, todo era diferente a la última vez que estuvo allí.

Después de cenar, las muchachas se retiraron a un rincón a cuchichear, y la señora

Milóth y la institutriz francesa se pusieron a trabajar en labores de aguja. Solo Milóth se encontraba en forma porque por fin tenía alguien a quien contarle sus recuerdos garibaldistas. Se animó tanto que incluso cuando la señora Milóth se levantó para despedirse y retirarse a su alcoba, Bálint tuvo que quedarse porque Carraca no dejó de hablar.

Se quedaron un buen rato más en el salón. El viejo contaba las historias gesticulando aparatosamente y estallaba en carcajadas cuando imitaba a los *italianini*. Le enseñó a Abády cómo se había enredado en los macarrones colgados a secar y cómo se había caído de un mulo furioso en el Vesubio; y le contó que cierta vez Garibaldi le había regañado sin haber tenido la culpa de nada. Hacía tiempo que el viejo Carraca no disfrutaba tanto.

Bálint lo escuchó a gusto, puesto que el viejo hablaba con un humor desbordante. Era como una música mitigadora y solo tenía que decir «Excelente», «Interesante», «¿De verdad?». Solo entonces notó Abády que los ojos de papá Milóth tenían el mismo color amarillo que los de Adrienne. Ella había heredado sus ojos ámbar. Fue un descubrimiento extraño, inesperado, porque nunca había pensado que pudiera haber algo en común entre Adrienne y el gracioso señor Ákos Milóth. El descubrimiento le dio un matiz tierno al viejo. Lo observó emocionado.

Por fin se retiraron los dos.

Bálint se quitó la chaqueta, y estaba desabrochándose el chaleco cuando alguien llamó a la puerta, pero no tocó la aldaba. Bálint pensó que se había equivocado. Volvió a llamar. Abády se asomó.

Era Judith.

—¿Puedo entrar un momento? —preguntó y se deslizó en la habitación oscura.

El joven se puso la chaqueta.

—No se sorprenda, por favor —dijo la muchacha—, vengo a pedirle un favor. ¡No es nada importante! ¡No se asuste!

—A sus órdenes, señorita —dijo Bálint intentando usar un tono natural.

—Mire, Bá, lo que pasa... es que... a mí... aquí... ¡es una vergüenza! Me tratan como a una niña..., vigilan mis pasos. Pero no se trata de eso. Solo quisiera pedirle que se lleve esta carta y que la eche en la primera oficina de correos que le venga bien. Lo hará, ¿verdad? Es poca cosa, pero... me haría un gran favor. Lo hará, ¿verdad?

La cara de Judith estaba iluminada por la única vela de la mesita de noche. La mirada apasionada, decidida, todos los músculos de su cara esperaban una respuesta.

—¿Una carta? ¿En secreto?

—Sí —dijo la muchacha—, aquí la tiene, cójala. —Y le entregó un grueso sobre.

La mirada de Bálint se ensombreció. «El destinatario será seguramente Wickwitz. El villano», pensó. Rompió el silencio:

—Perdóneme, Judith, no puedo hacerlo. No sería *fair* por mi parte, respeto a sus padres... No puedo, de verdad, no debo hacerlo... —Su voz sonó fría.

—¿No? ¿De verdad?

—¡No!

Judith se echó atrás, sus labios se abrieron y dejaron ver sus dientes blancos, sus ojos ardían de odio.

—¿Usted también? ¿Usted también está con ellas? ¿Con mi madre y con Adrienne? ¡Qué tonta soy! Tal vez haya sido usted quien ha influido en Adrienne... ¡Sí! Porque usted lo odia, al pobre. Lo sé desde hace mucho. Lo vi en sus ojos. Usted es el culpable de todo. Primero convenció a Adrienne, y ella a mi madre. ¡Estoy segura! ¡Confíeselo!

Abády se irguió enojado.

—No fue necesario que interviniera —respondió fríamente—, pero si hubiera sido preciso, probablemente lo habría hecho.

Durante un momento se miraron cara a cara. Judith irguió la cabeza y salió.

Bálint se sintió mal por sus últimas palabras.

«¿Para qué lo habré dicho?», pensó, y tardó en dormirse.

El día siguiente nadie llamó a sus contraventanas. Durmió hasta tarde, y hasta las diez no estuvo listo. Desayunó solo en el porche cubierto de vid silvestre. Nadie fue a meterle prisa. ¡Era todo tan diferente respecto a la vez anterior! Se arrepintió de haber ido.

El viejo Carraca volvió del campo: era un terrateniente muy aplicado. Desde el alba hasta mediodía recorría todos los días la finca. Repasaba todos los rincones y, como él decía, arreglaba las cosas, lo que significaba que regañaba a todos los que se cruzaban en su camino. Volvió a casa sudado —llevaba la chaqueta de tela casera empapada por la espalda—, pero muy animado, contento por el trabajo bien hecho. Alegremente le dio la mano a Bálint.

—¿Cómo estás, muchacho? ¿Te han dado algo de desayunar estos tontos? ¿No has comido nada de tocino? ¿Está pasado? ¡János! ¿Dónde te has escondido?

Bálint trató de tranquilizarlo —todo era excelente—, y le pidió que le enseñara su yeguada.

Milóth se la enseñó gustoso: eran caballos fuertes, huesudos, duros, de pelo amarillo; una vieja raza transilvana. El padre de Carraca, Ferenc Milóth, había sido el primero en importar un semental inglés. Se llamaba *Jason*, y su retrato estaba expuesto en el salón. El viejo hablaba de todo lo referente a sus caballos con verdadera pasión.

Volviendo de la yeguada, pasaron por el establo. Estaba sucio; los caballos, hermosos pero mal cuidados, aunque el viejo no se había dado cuenta porque en su casa había un desorden general, debido tal vez a que, tuviera motivos o no, siempre andaba regañando a todo el mundo.

Al volver a la casa, se encontraron con las muchachas. Margit sonrió como de

costumbre, en cambio Judith se mostró reservada y fría. Siguieron dando su vuelta, y Bálint vio que las dos muchachas entraban en el patio de los establos.

Después de comer salió hacia casa.

Subieron a la montaña, recorrieron la cresta hacia el sur y llegaron al camino real que salía de la cumbre. El cielo estaba nublado. Quizá por eso Abády estaba de mal humor.

Al entrar en Marosludas, el mozo dijo:

—Si me lo permite, señor, bajaré a correos.

—¿Por qué? —preguntó Bálint.

—Una condesa me ha encargado que echara esta carta en la primera estafeta que encontrase... —contestó, y sacó del bolsillo el mismo sobre grueso que Judith le había querido entregar a Bálint la noche anterior.

—No paremos ahora —dijo Abády—, dámela; ya la echaré yo en Marosszilvás.

Cogió la carta y se la metió en el bolsillo. «¿Qué desfachatez usar a mi criado para enviar la carta a escondidas! —pensó Bálint furioso—. ¡Pues no! Si se descubre pensarán que he sido yo el culpable».

Pasó a galope rápido, pero solo pudo sostener la velocidad hasta la pendiente, donde tuvo que cambiar al paso. Se había apaciguado un poco. «¿Para qué he cogido la carta? ¿Para qué me meto en asuntos ajenos? ¿Y qué hago ahora? ¿La quemó? No tengo derecho. ¿Vuelvo a enviársela a Judith Milóth? La interceptaría su madre, y sería peor para la pobre. ¿La echo al correo como si no supiera nada? No, no puede ser, de ese modo estaría ayudando a ese embustero». De repente vio la solución: debía dársela a Adrienne. Ella podría devolvérsela a su hermana o decirle que la tenía. ¡Sí! ¡Era la única solución! Tenía que entregársela personalmente, sería demasiado largo y complicado explicárselo. Tenía que ir a Almáskő inmediatamente y librarse del sobre.

Se alegró de encontrar la solución, sobre todo de encontrar esa solución. Se puso tan contento que realizó el resto del camino silbando la serenata de Toselli, que estaba de moda.

El jardín de Dinóra Malhuysen quedaba escondido por el largo muro que bordeaba el camino. Después de unas cuantas curvas pararon delante de la casa, de planta baja y estilo Biedermeier temprano. Tenía butacas de caña en el porche, cuyo techo sostenían columnas de ladrillo. Dinóra, que estaba sentada, se levantó de un salto.

—¡Qué amable es al venir! —exclamó, y le dio las dos manos. Subieron las escaleras cogidos de la mano. El mozo se llevó los caballos mientras ellos se sentaban en el porche.

—Creí que no vendría. Anteayer pasó por aquí, ¿verdad? Lo vi desde el cenador.

—Tenía mucha prisa, llevaba retraso... —mintió Bálint.

—¡Uy, qué bien! ¡Qué bien! Qué bien que hayas venido... ¡No, perdone, que haya venido! Tengo que portarme bien —dijo Dinóra. Se arrodilló al lado de Bálint en el sofá de caña y bruscamente le dio un beso en la boca. Continuó riendo—: Es el castigo por haber pasado de largo. ¡Niño travieso! —Dio la vuelta y se sentó en su butaca.

—¡Qué imprudencia! Podrían habernos visto... —dijo Bálint, aunque también se rio.

—Oh, aquí no hay nadie. Tihamér está durmiendo la siesta. Duerme porque esta noche se va a Budapest. ¿Tú puedes... usted puede dormir por anticipado? Yo no, además, ¿para qué dormir tanto? —dijo, y continuó charlando sobre nimiedades.

Bálint se vio obligado a decir algo. Esa noche, o la próxima... Era evidente que no habría problema..., pero no pudo decir nada. Para evitar la decisión, preguntó:

—¿Qué tal está Wickwitz?

—¿El Vikingo? Pues, ni idea. Ah, sí, ahora me acuerdo de que me dijeron que estaba por Kolozsvár. Encontró a una armenia gorda. ¡Gorda! ¿Te imaginas cómo será en la cama? —Dinóra se rio y levantó las manos como si le repugnara la idea—. La señora Bogdán Lázár, una viuda —dijo e hizo una mueca.

—No está tan gorda —dijo Bálint.

—¿La conoces?

—La vi una vez en una feria de la beneficencia. El Vikingo no la merece, es una morena bastante guapa.

—Claro, yo también la he visto. No te gusta, ¿verdad?

—¿Quién sabe? —dijo Abády con mirada misteriosa para tomarle el pelo a Dinóra.

Ella no cayó en la cuenta y dijo que con una mujer así sería imposible..., que seguramente tuviera las piernas peludas... Y el olor que despediría cuando hiciese calor... «Piénsalo bien, tú que eres tan exigente», dijo Dinóra exaltada. Se levantó y, gesticulando aparatosamente, explicó cómo debía de ser la belleza de la señora Lázár.

Bálint la observó con una sonrisa; le divertía verla tan indignada, pero oyó una voz dentro de sí que le preguntó: «¿Por qué la provocas? ¿Por qué no aprovechas la ocasión? ¡Ahora deberías decirle algo!». Bálint cogió a la mujer por el brazo y la sentó a su lado en el sofá.

—Déjalo, querida —dijo.

Dinóra lo miró sorprendida, esperando que la abrazara, que le pidiera amor... Vio en su mirada que era el antiguo Bálint... Pero mientras ella se acurrucaba a su lado, Bálint oyó otra voz: «Ahora no. Cuando hayas vuelto de Almáskő. No puedes ir allí saliendo de la cama de otra. Sería de mal gusto».

—Me mareas con tanta charla —dijo Bálint soltando una carcajada para que Dinóra pensara que era una broma.

Quizá ella no lo creyó. Sus ojos azules de nomeolvides parecían preguntar algo,



preocupados. Quizá intuyó lo que se debatía en el alma de su antiguo amor, como si viera algo serio y peligroso. Se retiró un poco, pero pronto volvió a reír:

—Yo solo quería explicarte cómo es una gorda desnuda...

Al poco Tihamér Abonyi salió de su habitación. Se alegró de ver a Bálint y se esforzó para hacerle sentir cómodo. Hablaron de cosas sin importancia y al anochecer, antes de que el marido se fuera a Aranyosgyéres para coger el tren, Bálint aparejó el caballo y se fue a casa.

Al día siguiente la señora Róza bajó al establo y le preguntó al mozo:

—¿Parasteis para que los caballos descansaran?

—Al ir fuimos de un sentada —informó el mozo—, pero al volver de Mezővarjas...

—¡Ah, sí! ¿Habéis estado allí?

—Anteayer dormimos allí, y al volver por la tarde les dimos una pajada en Marosszilvás. Allí los cepillé y los volví a ensillar.

—¿Pasasteis mucho tiempo allí?

—Llegamos sobre las cuatro y salimos antes de las ocho.

—¿No hubo problemas con los caballos?

La señora Abády entró en el box de cada caballo y les acarició el lomo para ver si estaban lastimados. Salió de la cuadra muy contenta, lo que había oído era buena señal.

Esbozó una sonrisa cómplice al sentarse a desayunar.

El faetón amarillo llegó al patio del castillo de Almáskó a una velocidad vertiginosa, dio una vuelta sobre el césped y se paró inesperadamente delante de la entrada principal.

Un viejo canoso, el mayordomo de los Uzdy, estaba esperando a Bálint Abády. Era un hombre gigantesco, fornido, llevaba la barba, el bigote y el pelo muy cortos; en cambio sus cejas eran muy espesas. Sus ojos tenían una mirada triste. Se inclinó levemente y dio un paso adelante con el brazo extendido para que Abády se apoyara en él al bajar del coche. Bálint tocó por un momento sus brazos y le sorprendió la dureza de los músculos del viejo mayordomo. El faetón se fue, los paquetes los bajarían en otro lugar.

—La señora condesa le recibirá en el salón, señor —dijo el mayordomo en tono monótono, y le abrió la puerta de dos hojas en el vestíbulo ovalado. Bálint entró, y la puerta se cerró detrás de él sin hacer el menor ruido.

Era una sala espaciosa, también ovalada, pero mucho más grande. Las contraventanas y la contrapuerta de la salida a la terraza estaban cerradas. A Bálint le costó acostumbrarse a la oscuridad. El techo era alto, estucado, las paredes pintadas de un gris frío; la tapicería —un canapé robusto y unas anchas y pesadas butacas de los años sesenta—, de color tabaco. En las largas y vacías paredes apenas lucían algunos retratos familiares; no había ni un objeto personal, nada casual, todo estaba en su sitio, con orden milimétrico, riguroso.

Bálint esperó unos minutos, paseando por la sala. Sintió los latidos de su corazón. ¡Adrienne! Pronto la vería. ¿Por qué puerta entraría? ¿Por la de la derecha o la de la izquierda? ¿Y qué le diría en esa sala extrañamente severa? No había pensado que el reencuentro fuese así...

Al pasar por tercera vez ante las ventanas, sin percibir el ruido de la puerta, oyó inesperadamente una voz:

—Es muy amable por su parte, querido Abády, que nos visite.

Era Clémence Absolon, la madre de Pali Uzdy. Una dama anciana, alta y enjuta, muy erguida. Era igual que su hijo, pero mayor y mujer. Seguramente había sido una señora muy hermosa, pese a los ojos achinados y los pómulos marcados. En su cabello blanco, tupido, llevaba la papalina de encaje propia de las viudas. Su traje gris, cerrado hasta la barbilla, lucía un cuello blanco, anguloso, bien planchado. Tenía el andar pausado, mecánico, como si diera golpes a cada paso. Sus delgados labios esbozaron una sonrisa cortés y fría que daba la sensación de venir de muy lejos.

Se acercaron al canapé central; la viuda de Domokos Uzdy se sentó y, con un gesto ritual, señaló el sillón de enfrente.

—Siéntese, por favor, van a servir el té. ¿Qué tal el viaje?

—Estupendo, gracias —contestó Bálint, y para arrancar la conversación le contó que el faetón de Uzdy había llegado con una rapidez impresionante desde Bánffyhunyard, que habían ido a buen trote pese a las pendientes del camino—. Hemos corrido como si hubiésemos ido en automóvil.

—A mi hijo le gusta correr, por eso solo tiene caballos americanos. Son los mejores trotones.

Era otro tema que explotar. Suficiente para llenar diez minutos con los récords de los trotones americanos, con sus ventajas y desventajas. «¿Cuándo vendrá Adrienne?», pensó Abády.

El viejo mayordomo sirvió el té y salió silenciosamente.

Ahora tocaba hablar sobre el té: si era mejor el de China o el de Ceilán, y que actualmente en muchas casas de Transilvania se servía té en vez de café con nata. Eso les ocupó otro cuarto de hora.

—¿Cuándo ha vuelto de Budapest? —La pregunta dio otro empujón a la conversación, que ya había empezado a flojear. Abády habló de las novedades políticas y las posibilidades de las diferentes soluciones; habló moderadamente, impasible, como era preciso en compañía distinguida. Era un tema extenso, estupendo. La anciana dama, muy estirada, le hizo un par de preguntas, no por interés, sino por educación —«la anfitriona debe animar la conversación»—, mientras sorbía un poco de té.

Por fin, detrás de Abády se abrió la puerta. El joven se estremeció, pero no eran los pasos de Addy, sino los de una mujer desconocida, acompañados por otros pasitos más menudos. Era la niñera inglesa, que venía con la hija de Adrienne. Se acercaron a la señora Uzdy. La niña estaba callada, solo la niñera habló:

—*Now we'll go out for a walk if you allow...* Vamos a dar una vuelta con su permiso...

Era la primera vez que Bálint veía a la hija de Adrienne: una niña de tres años, tiesa al lado de su aya gordinflona. «No se parece en nada a su madre», pensó, lanzando una mirada fugaz a la cara extrañamente cerrada de la niña. No era en absoluto alegre, sino más bien pálida y delgada, y mantenía fijos sus grandes ojos morenos, como si no vieran nada.

—*Yes, go out now!* —respondió la abuela, y miró el reloj—. Paseen una hora y media por el camino que va hacia el bosque. Más tarde iré a buscarlas...

La niñera y la niña se dieron la vuelta y se marcharon sin decir nada. La pequeña no brincó ni saltó, como solían hacer los niños, sino que se fue con pasos comedidos, serios.

—Ha dicho algo sobre las reuniones con Burián...

Y continuaron la conversación, buscando palabras que no interesaran ni a uno ni a otro...

Pasada media hora, la condesa Clémence se levantó.

—Vamos al jardín.

Salieron al patio, giraron a la izquierda y dieron la vuelta a la casa. Parecía de una sola planta, pero en realidad el lado que daba hacia la pendiente de la montaña tenía varias. Solo ahora pudo Bálint observar el castillo de Almáskő.

Era un edificio bonito, barroco, con una terraza enorme que se apoyaba en columnas, y ocupaba toda la fachada a lo largo del salón; su cúpula estaba conectada con el tejado a dos aguas de la casa. Entre los robustos pilares de la terraza, bajo las bóvedas, se abría la entrada de las viviendas de la planta baja.

«¿Estarán aquí las habitaciones de los invitados? —se preguntó Bálint, y de repente pensó—: Serán tremendamente húmedas». Se dio cuenta de que había otra ala que salía perpendicularmente de la esquina y se apoyaba contra la ladera de la montaña. Era un edificio extraño, construido en roca viva en la parte baja, y con una estructura de madera rellena con ladrillos, al estilo *Riegelbau*, en la alta. El tejado plano era de tablones a la suiza, con aleros grandes, llenos de trabajos de segueta, parecidos a los canalones. Al lado tenía una torre de madera, cuyas ventanas irregulares daban a entender que dentro había una escalera. Las ventanas de la planta baja lucían un enrejado fuerte. Dado que esta ala entraba en la pendiente, la parte de abajo casi llegaba a las dos plantas, y era más alta que el propio castillo: con su robustez parecía aplastar la antigua casa.

La vieja condesa Uzdy se dio cuenta de que aquel monstruo arquitectónico había sorprendido a Bálint.

—Mi pobre marido construyó aquella ala. Se enamoró de las casas tirolesas. A veces pienso que se debería derruir, pero mi hijo le tiene cariño...

Bajaron por la suave pendiente de la colina, por un camino muy cuidado que cruzaba varias veces el prado inclinado. El césped estaba bien cortado, y seguramente había sido plantado porque no había malas hierbas ni se veían bocas de toperas. En el prado también había, aquí y allá, grupos de tuyas, de sabinas rastreras y de biotas; los setos de tejo estaban muy bien podados. Era evidente que el jardín recibía un buen cuidado, sin embargo, sorprendía que no hubiese ni una flor, ni un arbusto que floreciera; tampoco había flores silvestres puesto que el césped había sido segado. Abajo, un robledal cerraba el parque tras el que seguía el valle hacia el norte, entre colinas, hasta llegar al monte del castillo. Bálint reconoció con alegría las ruinas de Almásvár, la única torre que todavía estaba en pie y que tantas veces había visto al salir del túnel ferroviario de Sztána, como si fueran dos dedos señalando al cielo. Ahora comprendió que las dos líneas eran los dos lados de la torre puesto que faltaba la pared interior.

Después de cruzar el pequeño hayedo se dirigieron hacia la huerta, poblada de una especie moderna de manzanos menudos. Tenían en el tronco un cinturón pegajoso para ahuyentar a los insectos, y la tierra estaba cavada formando un círculo.

Entre dos filas había una mujer arrodillada, de espaldas; se protegía el traje con un delantal amarillo de lienzo. Estaba trabajando en el tronco, parecía muy ocupada. A su lado, entre la hierba, se escondía una cesta. La señora Uzdy fue directamente hacia ella.

Cuando apenas estaba a unos pasos la anciana le dijo:

—¡Adrienne, tenemos visita!

Adrienne, arrodillada, giró el busto hacia ellos. Bálint sintió una emoción inesperada. ¡Era otra Addy! Otra diferente. El delantal amarillo le llegaba hasta el cuello, se estrechaba en la cintura y caía formando pliegues hasta las rodillas, marcando las curvas de los muslos. El sol le iluminaba la cara porque llevaba un sombrero de paja al estilo del de las mujeres de Kalotaszeg: totalmente plano y fijado con dos cintas bajo la barbilla. Vestida con el delantal amarillo, el sombrero, y con el cabello negro y rizado flotándole alrededor de las mejillas, a Bálint le recordó a una de esas estatuas de terracota de Tanagra que llevaban unos sombreros parecidos.

Fue un espectáculo inesperado: su cara, rodeada por las cintas rojas, parecía una máscara sonriente de marfil en la que solo sus ojos de ámbar y sus labios carnosos reían.

—¡Oh, es usted Bá! No me lo esperaba...

Dejó la frase sin acabar. Se alzó con mirada reservada, echó la podadera en la cesta y se sacudió de las rodillas los terroncitos de tierra.

—Tengo las manos muy sucias, disculpe.

Se fueron hacia la casa los tres juntos.

—Mi nuera es una gran jardinera. Es ella quien cuida los frutales. Una actividad muy útil. —Podría haber sonado como un reconocimiento si no fuera por el desdén apenas disimulado.

—Comencé el año pasado, aún me falta mucho por aprender. Pero me entretiene y al menos tengo algo que hacer...

Pasaron despacio hacia la casa. La suegra iba en medio, y a su derecha y a su izquierda, Bálint y Adrienne respectivamente. Cerca del hayedo la anciana se despidió.

—Bueno, ahora le dejo en manos de mi nuera. Nos vemos en la cena.

—¿Dónde está Pali? —preguntó Adrienne.

—Estará en su despacho, supongo. A estas horas siempre trabaja en las cuentas. Todavía no ha salido... —contestó la señora Uzdy y se fue con pasos decididos, marciales.

Los jóvenes se quedaron atrás, observaron en silencio la figura oscura que se perdía en el bosque. Salieron de la huerta y entraron en el hayedo.

Durante unos minutos avanzaron sin decir nada entre los árboles centenarios, en el sotobosque cubierto de hojarasca. En la curva del sendero, Adrienne se paró súbitamente, miró a su alrededor y le ofreció sus labios a Bálint. El beso apenas duró un momento, pero Addy nunca lo había besado con tanta pasión. Sin embargo, no fue

un beso amoroso, más bien una venganza, una revancha; luego apartó al hombre y continuó el paseo con la cabeza levantada, la mirada seria, las cejas fruncidas. Solo antes de salir al prado le dijo:

—¡Qué bien, Bá, que haya venido a verme!

Subieron al castillo por el serpenteante camino.

—¡Qué espantosa es esta ala! —dijo Bálint—. Estropea todo el edificio barroco.

—Lo construyó mi suegro. ¡Es horrible! ¿Sabe? —Addy bajó la voz—, dicen que ya entonces estaba mal de la cabeza, y más tarde... más tarde..., bueno, seguramente ya lo sabrá... —dijo y le lanzó una mirada expresiva, sin pronunciar la palabra tabú en esa casa.

Bálint había oído de su madre que, según los rumores, Domokos Uzdy había muerto enloquecido en su casa porque su mujer no quería llevarlo al manicomio para no hacer pública su demencia.

—Sí, lo he oído...

—El mayordomo, ¿sabe quién le digo?, el viejo Maier, fue su enfermero. Había venido desde un... Y se quedó para siempre.

Después de un rato, Addy rompió el silencio riendo:

—Es posible que un día vuelva a ser necesario... —Su risa sonó amarga, como si hablara de sí misma.

Llegaron bajo la fachada del ala suiza. Un criado bajó por las abruptas escaleras del porche de madera con una bandeja de té en la mano.

—¿Dónde habéis alojado al señor Abády? —preguntó Adrienne.

Pero antes de que el mozo pudiera contestar, desde una habitación que ellos no podían ver cuya ventana estaba a cinco metros de altura, les respondió la voz de Pali Uzdy:

—Mi madre le ha reservado la habitación de la segunda planta. Se alojará allí. —Y sin razón aparente siguió entre carcajadas—: Yo también le saludo, por supuesto. Pero todavía tengo trabajo. ¡Mientras tanto entreténgalo, lléveselo a pasear, a divertirse! —Y volvió a reírse.

Fue una sensación extraña, pasmosa, oír su voz desde la nada, desde los mismos cielos. Su presencia invisible resultó inquietante y aterradora, como si Uzdy estuviera en todas partes...

Se sentaron en un banco a los pies de las columnas del edificio antiguo, fácilmente visibles desde cualquier lado, y charlaron de nimiedades con la sensación de que desde las ventanas enrejadas del ala suiza, desde las celosías cerradas del viejo castillo, los acechaban constantemente.

Cenaron después de las ocho en la gran mesa del comedor, por lo que tuvieron que sentarse lejos uno de otro. Del techo colgaban dos lámparas de petróleo. La condesa Clémence soltó algunas frases corteses y frías, pero Adrienne apenas habló; Uzdy

dirigió la conversación tanto en el comedor como después de cenar, en el salón ovalado. Las contraventanas permanecieron cerradas, porque fuera hacía mucho viento. Posteriormente, Bálint no fue capaz de recordar de qué habían hablado, solo que las llamas de las dos lámparas no pararon de moverse dibujando sombras inquietas en el techo.

El anfitrión lo invitó a cazar, y le ofreció la posibilidad de que el guardabosques de la finca, que salía antes del amanecer, lo despertara.

—Dicen que hay buenos corzos en mis bosques; yo no soy gran cazador, no entiendo de caza, pero todo está a tu disposición, a tu disposición... Es hora de pegar algunos tiros.

Abády le dijo que no había traído arma.

—No importa. Yo tengo de todas clases. ¿Qué te parece un Schönhauer seis? ¿O prefieres un máuser? —Y al ver que Bálint se sorprendía un poco, añadió—: Suelo tirar al blanco, por eso compré carabinas de mayor precisión. Mañana por la tarde podremos ejercitarnos un poco... ¡por supuesto que sí, por supuesto! —Y lo acompañó con una risa extrañamente amarga.

Bálint no tenía ganas de cazar, pero no quiso rechazar la oferta.

Apenas había amanecido cuando le despertaron. Acompañado por el guardabosques, salió por el patio superior. Abandonaron el camino real y entraron en el bosque. Pasaron por colinas, entre antiguos robles talados, señalizadas mediante letreros con un número fijados en estacas blancas. Cada cien metros había un claro. A Bálint le llamó la atención la buena organización de la explotación forestal. «Así debería arreglar yo los neveros», pensó.

Una hora y media más tarde llegaron al punto más lejano del valle, en el que había una quebrada en la pendiente.

—Desde aquí es fácil verlos —susurró el guarda forestal, y pasó a hurtadillas por el matorral del sotobosque.

Era cierto: había varios corzos entre los árboles pastando los brotes nuevos. El guarda le enseñó uno que estaba jugando con las ramas de una encina.

—¡Aquel, señor, estará bien!

Fue un tiro fácil de unos cien metros, el animal cayó muerto. El guarda bajó a recogerlo, Bálint se sentó bajo los árboles. Cuando el guarda regresó, emprendieron la vuelta a casa.

Bálint sabía que su madre tenía bosques por allí. Preguntó por dónde quedaban.

—¡Qué pena que no me lo haya dicho antes! La cresta que está frente al lugar donde hemos disparado al corzo ya es de ustedes. Hubiera podido enseñársela. Cuando vamos a Bánffyhungyad desde aquí, siempre pasamos por ella —contestó el guarda.

Al dejar atrás las últimas colinas vieron venir a Adrienne: estaba resplandeciente.

Esbozó una sonrisa amplia y miró la presa:

—Pobre corzo —dijo—, pero tal vez sea mejor que haya muerto así, súbitamente, en vez de en las garras del lobo, o en la trampa de un furtivo, o ahogado por el lazo... —Y le preguntó a Bálint—: ¿No está cansado, Bá? Conozco por aquí un lugar con una vista preciosa.

El guardabosques se despidió y bajó a la casa a desollar el corzo. Ellos volvieron al bosque y subieron por el angosto y serpenteante sendero. Apenas avanzaron cien pasos, se abrazaron, a cada paso se besaban largamente. Llegaron al sitio. La vista era espectacular: grandes extensiones de bosque con las ruinas del castillo al fondo. Bálint no pudo admirarlo, estaba embriagado por los labios, los brazos, el cuerpo de Adrienne, que se estrechaba contra él. Como si hubiera bebido una pócima mágica de los labios de la mujer.

De vuelta volvieron a tutearse...

A mediodía llegaron Farkas y Ádám Alvinczy en su propio carruaje, porque el primero no vivía muy lejos, en Magyarókereke, a unos diez kilómetros de Bánffyhunyd. Su presencia no alivió la ritualidad fría de la casa, al contrario. Siendo discípulos del tío Ambrus y acostumbrados a soltar tacos, en compañía de la vieja condesa, de Adrienne y de Pali Uzdy, tuvieron que cuidar lo que decían, por eso estaban un poco acobardados e insólitamente formales. Su seriedad se agravaba por el hecho de que el hermano menor, el que Adrienne llamaba de broma Ádám Ádámovich, intentaba disimular que estaba muy enamorado de ella.

Por eso, durante la comida estuvieron muy callados, y fue otra vez Uzdy quien llevó la conversación en su tono habitual y sarcástico, mientras los Alvinczy se limitaban a decir «hum» y añadir alguna nimiedad. En cambio, Uzdy se sintió como pez en el agua. Era una persona culta, gran lector, y eligió temas de ciencia moderna. Le preguntó a uno y otro, rechazó las respuestas con burlas envueltas en cumplidos de cortesía, e hizo gala de sus conocimientos sobre electricidad y astronomía. Bálint tuvo la sensación de que presumía, de que quería alardear de cuánto sabía. No ante los Alvinczy ni ante él, sino ante su mujer. Como si con cada frase dijera: «¿Ves? ¿Ves cómo soy? Tus pretendientes son unos imbéciles comparados conmigo. ¡En cambio yo! ¡Yo!». No obstante, la mirada de Adrienne permaneció hermética, cerrada, y la condesa Clémence se escondió detrás de la estricta etiqueta.

El robusto mayordomo les sirvió mudo en el tenebroso comedor y, luego, en el sombrío salón. De vez en cuando echaba una mirada triste a su amo, que habló con ingeniosidad nerviosa hasta muy entrada la tarde.

Al final tuvo una ocurrencia:

—¡Vamos a practicar el tiro, eso es un deporte de verdad! Tengo un campo excelente como el de Monte Carlo. ¡Bien, vámonos!

La vieja condesa se retiró, pero Addy les acompañó.



—Los crías tú, ¿verdad? —preguntó Ádám Alvinczy cuando salieron.

—¿Qué? ¡Oh, no! Vamos a practicar tiro al plato, no de pichón. Yo no podría matar animales. ¿Para qué? El animal no hace daño a nadie. Matar a un hombre, claro, no me importaría, pero animales nunca. ¡Nunca!

Estiró su alicaída figura, clavó su mirada burlona de ojos achinados en sus acompañantes, echó atrás la cabeza y soltó una carcajada. Bajaron la colina y entraron en una cuenca pequeña. Enfrente había blancos de tiro a diferentes distancias, y cada treinta metros había máquinas lanzaplatos; a la entrada del campo, armazones, cajas de cartuchos, pistoleras, dos bancos y un telescopio de trípode.

—¡Aquí lo tenéis! —exclamó el anfitrión—. Es estupendo, ¿no? Aquí practico todas las mañanas. Elegid un arma. ¡Vamos!

Los invitados se acercaron al armazón donde estaban expuestas las armas, y se sorprendieron al ver que todas eran carabinas.

—No tengo otras armas. ¡La carabina es la mejor! Veréis que es un deporte de verdad. Elegid una. ¡Elegid tranquilamente! Primero probad el blanco a cincuenta metros, después, a cien.

Adrienne se sentó silenciosamente en un banco. Los invitados dispararon con bastante buen resultado debido a que los transilvanos cazaban más con bala que con perdigones.

—¡Muy bien! ¡Vamos a empezar! —gritó Uzdy, que controlaba los resultados a través del telescopio. Un muchacho campesino bajó a la cuneta que estaba detrás de los lanzaplatos; solo se le veían las manos poniendo los platos de arcilla en la máquina.

Uzdy comenzó el tiro.

—¡Listo! —gritó, y una máquina lanzó el primer plato. De un tiro, Uzdy rompió el plato en el aire. Probaron sus acompañantes, pero con poco éxito. De cinco lanzamientos Ádám acertó uno; los otros dos, nada. Uzdy no falló una sola vez. Los invitados, poco a poco, dejaron de hacer intentos, pero el marido de Adrienne no paró. Estaba cada vez más entusiasmado. Sin sombrero y en mangas de camisa bailó en el tablón de tirar. Daba la sensación de ser una araña gigantesca, gesticulando aparatosamente con sus patas largas; había dejado sus movimientos medidos, como si algo se hubiera liberado en su interior, algo que solía mantener atado. Se avecinaba la noche, pero él continuó. Vociferaba órdenes, hizo que lanzaran dos platos a la vez, acertando los dos porque era realmente un tirador excepcional. Su figura, larga, enjuta, era aterradora; la diabólica cabeza, negra a contraluz del sol poniente. Los tres jóvenes y Adrienne lo miraron sin decir nada. De vez en cuando, alguno decía «Bravo» o le aplaudía por cortesía. Quizá se habría tomado más tiempo si el mayordomo Maier no se les hubiera acercado. Con su andar tranquilo acudió junto a su amo, le tocó en el hombro y le dijo:

—Es hora de cambiarse, señor, en un cuarto de hora servimos la cena.

Era la primera vez, desde que Bálint había llegado, que abrían la puerta de la terraza después de la cena. El día anterior había soplado un viento fuerte, en cambio esta vez la noche era silenciosa, tranquila, opaca bajo el resplandor de la luna.

Adrienne, en compañía de Ádám y Bálint, salió a la terraza y se sentó al lado de la balaustrada. La mujer se escondía en la sombra de la puerta; hablaron poco y en voz baja. Fue Ádám, sentado al lado de Adrienne, quien sostuvo la conversación. Abády habló menos, porque estaba un poco apartado y apenas oía lo que runruneaba el otro. En el salón, la condesa Clémence y el mayor de los Alvinczy intercambiaban palabras de cortesía. Uzdy también se quedó dentro. Desde una butaca miraba fijamente la lámpara. No participó en las conversaciones. Estaba totalmente inmóvil. Parecía cansado, como si lo hubiera agotado el ejercicio de esa tarde. Sin embargo, su mirada, que buscaba algo en la llama danzarina, reflejaba una inquietud extraña. Los músculos de la cara se tensaban de vez en cuando, torciendo la boca como si fuera a echarse a reír, o a morder; luego entrecerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Se quedó así. Bálint lo observaba desde la puerta de la terraza.

Adrienne también estaba callada. Pero no era ese silencio íntimo de cuando estaban solos, sino uno hostil, hermético. Las pocas palabras que dijo sonaron duras, distantes, aunque aparentemente bromeaba y a veces soltaba una carcajada; daba la impresión de que flirteaba con Ádám Ádámovich. Sin embargo, todo resultaba artificial, fingido...

Al cabo de un rato, Uzdy se puso en pie y se fue del salón; a los pocos minutos volvió y salió a la terraza. Traía un chal de seda.

—Es para usted, para que no pase frío.

—Gracias, pero no hace frío. No, gracias —dijo la mujer rechazándolo; no obstante, su marido le puso el chal en los hombros, se dio la vuelta, y volvió a entrar en el salón. Bálint tuvo la impresión de que Uzdy le había lanzado una mirada sarcástica.

Fue el único incidente, no pasó nada más. Por fin la anciana dama se levantó del canapé, y todos entraron en el salón para despedirse. La condesa Clémence se fue por la izquierda a sus aposentos; los dos Alvinczy, a la planta baja en compañía del mayordomo; Adrienne, su marido y Abády salieron por la derecha, donde estaba la habitación del último.

Se detuvieron ante la puerta y se despidieron. Uzdy abrazó a su mujer, y se fueron. Desaparecieron tras la esquina.

Bálint apagó la luz, pero no pudo dormir. En la habitación hacía calor, y abrió las contraventanas.

El paisaje era precioso. En el centro se alzaba el ala suiza con la torre de madera, cuyas ventanitas irregulares no se veían ahora. Todo estaba negro como el hollín. Imperaba un silencio infinito. El pueblo se escondía detrás de las colinas lejanas. No

se oía ladrar a los perros.

El joven apoyó los codos en el alféizar. Sí, era un panorama hermoso, aunque lúgubre bajo el resplandor helado de la luna. Había accidentadas colinas por todos lados, tapadas por las manchas negras de los robles, que junto con el parque sin flores se sumergían en la oscuridad absoluta; solo las ruinas del castillo estaban iluminadas; los dos dedos blancos señalando hacia el cielo como dos fantasmas pálidos, hechos de vapor, de niebla y tal vez de *fatum*...

Bálint se quedó en la ventana contemplando impasiblemente la noche y se acordó de la mirada fría, hostil de Adrienne. Había estado distante con todos, incluido él. Desde que estaban allí los Alvinczy, le había hecho más caso a Ádámovich que a él, había coqueteado con el joven frívolamente. Su actitud había sido ofensiva, humillante e incomprensible después de los besos de esa mañana, y había conseguido despertar en él la sospecha de que tal vez Adrienne fuera una mujer calculadora, una de esas mujeres con corazón de piedra que tontean con varios hombres a la vez, para divertirse, para verlos sufrir, para reírse de ellos.

Las cavilaciones de Bálint se vieron interrumpidas por un crujido inesperado: eran las escaleras del ala suiza. A través de las ventanitas entrevió la luz de una vela que subía. A veces desaparecía en las curvas, para aparecer de nuevo más arriba, en otra ventanita; al final desapareció en la última planta.

De repente Bálint sintió una presión enorme en el pecho, tuvo la sensación de ahogarse: ¡Uzdy había subido a la alcoba de su mujer!

Súbitamente lo entendió todo: las carcajadas duras de Adrienne, la huida a la terraza oscura, el rechazo del chal, la mirada aterrada al decirle «Buenas noches». ¡Era la misma mirada que había visto en Kolozsvár cuando quiso forzarla! ¿Cómo no la había reconocido antes? Evidentemente Adrienne ya sabía que esa noche... Por eso había estado tan hostil con todos, ¡porque lo presentía, lo temía, le repugnaba!

Bálint dejó caer los puños en el alféizar.

Se mordió los labios hasta que se hizo sangre.

De madrugada ya estaba en el bosque. Salió sin ganas, y habría renunciado a la caza si no hubiera quedado con Addy para darle allí la carta de Judith. Era mejor en el bosque, a salvo de miradas curiosas.

La caza resultó ser una caminata, porque Bálint quiso ver los robledales de su madre. Subieron, pues, a la cumbre, desde donde pudo contemplar el panorama, y dejó huir a los corzos que encontró por el camino. A marchas forzadas recorrieron la ruta en tres horas. El ejercicio y la espléndida mañana lo animaron. Sin embargo, de vuelta a casa, al ver a la mujer, se le ensombreció la cara. Hizo un esfuerzo para que Adrienne no notara nada, y cuando el guarda se marchó y ellos entraron en el bosque, intentó abrazarla. Addy rechazó el abrazo y lo apartó con el dedo índice.

—¡No, por favor! ¡No! —dijo con voz apenas perceptible, y se estremeció. A

Bálint se le encogió el corazón de compasión. El gesto significaba: «No me toques, me siento impura». Los leprosos se defendían así, con el brazo tendido, pensó Bálint. Cogió la mano de Adrienne, que ella dejó a su cuidado al ver que la tomaba con afecto, pero no quiso besarla. Continuaron el camino como dos niños, cogidos de la mano. Sus pasos no hicieron el menor ruido por el sendero forrado de hierba. Los envolvía el canto de las aves silvestres, del lugano, del pinzón. Un picapinos bajó corriendo por un tronco, observándolos con curiosidad.

Se sentaron en un claro. Bálint intuyó que Addy lo rehuiría si intentaba abrazarla. ¡No! Primero tendría que olvidar aquella... cosa. Por eso se sentó un poco más distanciado de lo normal. Luego le entregó la carta de Judith.

El sobre, debido al transporte, estaba abierto por un extremo. Adrienne, tras vacilar un rato, lo abrió y sacó la carta.

Eran cuatro hojas escritas con letra angulosa, apasionada. Las leyó lentamente, con mucha atención.

—¡Pobre Judith! —dijo cuando acabó—. ¡Pobre Judith! —Y se quedó pensativa con la carta en la mano—. En realidad soy yo la culpable de esta desgracia. Sí, yo, no te extrañes. Yo decía las cosas que ella escribe ahora: «Voy a salvarle... Es mi vocación la que me lo dice: sacrificarlo todo para salvar a una persona...». Como si me oyera a mí misma hace años, cuando todavía no sabía que... «Aunque la gente piense que usted es culpable, no me importa, mientras sea conmigo justo y sincero...». Esas eran mis ideas cuando era soltera. ¡Me parecía tan bonito! Y ahora Judith se nutre de mis palabras...

Se quedó en silencio, luego continuó:

—Además exagera. «Aunque haya cometido algún error... Aunque piense que es culpable...». Habla de lo mismo en toda la carta. No lo entiendo. ¿De qué es especialmente culpable ese Wickwitz?

—Tal vez haya algo —masculló Bálint entre dientes.

—¿Tú sabes algo?

Abády titubeó, pero no tuvo más remedio que decir:

—Sí. Pero desgraciadamente no puedo contar nada. Es una información confidencial. No puedo decírtelo.

—¿Tampoco a mí?

Fue difícil resistir, pero se negó:

—No, tampoco a ti...

Adrienne, vencida por la preocupación, cogió la mano de Bálint.

—Dime algo. Al menos, qué clase de asunto es... ¿carreras o mujeres?

—Dinero. Un lío muy feo. El más feo posible. Pero no me preguntes más.

—¡Oh! Lo sabía. Tiene una risa tan vil, tan ruin...

A mediodía los invitados se reunieron para comer en el gran salón; Uzdy entró con

varios periódicos en la mano. Estaba de muy buen humor, sus ojos negros brillaban con una luz triunfante.

—Noticias interesantes de Budapest —dijo despacio, poniendo énfasis en cada una de las palabras—, ya han formado gobierno. ¡Vosotros, que sois políticos, adivinad quién es el nuevo primer ministro!

Los hermanos Alvinczy mordieron el anzuelo y dijeron los nombres de Kossuth, Andrásy y Wlassits.

Uzdy negó con la cabeza riéndose, luego se dirigió a Abády.

—¿Y tú? ¿No nos harás el favor de sacarnos de dudas? Tú eres aquí el único político de verdad. Yo solo podría ser un modesto miembro de la Cámara Alta, pero tú eres diputado. ¡Un legislador! ¡Un parlamentario! Haznos, pues, el favor de darnos tu opinión. A ver si aciertas.

Bálint, por un instante, clavó su seria mirada en los ojos del sonriente anfitrión: todo su ser irradiaba fruición. Estaba seguro de que se trataba de una noticia inesperada, fatal, algo que iba en contra de la opinión pública, algo impopular... Súbitamente recordó la imagen del viejo general vestido de uniforme de gala y su carcajada maliciosa.

—¿Géza Fejérváry? —preguntó.

—¡Bravo! *Alle Ehre! Respekt! Alle Ehre!* —dijo Uzdy haciéndole enormes reverencias, como si se hubiera roto por la cintura—. ¡Eso es lucidez! ¡Enhorabuena! *Respekt! Allen Respekt!* Mis respetos.

En ese momento entró Adrienne, y Uzdy le dijo sin más:

—Les he hecho una prueba a tus amiguitos. Abády la ha superado. ¡Es un genio!

Llegó la vieja condesa, y en su presencia Uzdy bajó la voz. Comenzaron a discutir sobre los recientes acontecimientos políticos. Desde la revolución de 1848 no había habido ningún gobierno extraparlamentario. Significaba el rechazo de la representación democrática, la vuelta al absolutismo. Todos afirmaron que era un gobierno absurdo y que era preciso que la opinión pública lo rechazara.

Ahora, al contemplar a Adrienne junto a su marido, Abády no pudo librarse del recuerdo de la noche anterior. Aún menos porque la actitud de Uzdy era asquerosamente triunfal. Demostraba que era propietario de su mujer: le tocó el brazo durante la comida, y al salir del salón la abrazó, pero no con cariño y afecto, sino como a un animal doméstico, como a una propiedad. Adrienne se estremecía cada vez que su marido la tocaba. Uzdy, con toda seguridad, lo notaba, pero mostraba su condición de propietario para fastidiarla más. ¡Era insoportable!

Bálint pidió un carruaje después de la comida. El nuevo gobierno le había ofrecido un buen pretexto: probablemente tendría que viajar a Budapest. El Parlamento seguramente sería convocado, tal vez ya le esperaba un telegrama en Kolozsvar. Se marchó inmediatamente, con el tren de la tarde.

Fue horrible tener que irse de esa manera, sin poder despedirse de Adrienne, sin poder decirle palabra alguna de consuelo, sin poder expresar su compasión. Sin

embargo, era mejor que quedarse, que ser testigo de esa infamia, que poner caras amables cuando en realidad lo que quería era matar. Adrienne comprendió perfectamente por qué se marchaba tan rápido. Sus ojos amarillos y tristes le suplicaron compasión, pero no lo retuvieron. Al despedirse, abrió los labios como si fuera a ofrecerlos, como le había enseñado Bálint.

«¡Nunca, nunca más! —pensó Bálint mientras los trotones salían a toda velocidad del patio del castillo tirando del ligero faetón—. ¡No volveré aquí nunca más en la vida!».

El nombramiento del gobierno de Fejérváry provocó un escándalo increíble. En el campo pasaron los primeros días esperando noticias; la gente no podía creer que hubiese ocurrido algo tan inesperado, tan contrario a la Constitución y a la seguridad en la que habían vivido durante cincuenta años, creyendo que el parlamentarismo era sagrado. El nuevo gobierno emitió en vano un comunicado en el que explicaba que se había formado con el fin de resolver los asuntos de Estado más apremiantes y de preparar el terreno para el desarrollo. El pueblo no aceptó las excusas. Al principio, debido al ambiente general que favorecía la oposición, la gente pensó que las medidas del rey habían sido producto de las intrigas de István Tisza. Pero pronto se descubrió que el mismo Tisza había condenado la solución, declarado su oposición al nuevo gabinete y echado de su partido a los que habían participado en ello. Nunca desde la época de Schmerling, padre de la ignorada Constitución de 1861, había sido rechazada tan rotundamente una empresa política.

La asamblea general de Kolozsvár se celebró en ese ambiente a finales de junio.

La sala estaba abarrotada. No faltaba uno solo de los miembros; en cualquier hueco entre las gradas, en cualquier rincón se apretujaba el público, sobre todo los estudiantes universitarios que habían entrado entusiasmados para aplaudir a los oradores de la oposición, y abuchear a los que se atrevían a hablar a favor del gobierno. Era bien sabido que se había entregado a los funcionarios de la administración una propuesta que les instaba a suspender la ejecución de las disposiciones del gobierno. La asamblea general de Kolozsvár era el primer lugar donde se discutía esta propuesta. En las demás ciudades y condados todavía no se había convocado la asamblea general. Todo el mundo esperaba que se discutiera. ¡Era la primera batalla! Querían ver si el alcalde-presidente Szvacsina la tramitaba. El público estaba decidido a montar un buen escándalo si la presidencia intentaba esquivar lo que para ellos era una obligación patriótica.

Como todavía no se sabía el resultado, para asegurar el triunfo, el Dr. Körösi, que era uno de los que habían entregado la propuesta, había llevado estudiantes a la sala y convocado a los granjeros jóvenes delante del ayuntamiento para que aplaudieran o abuchearan según el caso. Así, la mayoría de la asamblea general, que era fiel a Tisza, veía que la cosa iba en serio. De vez en cuando alguien de la oposición salía a la terraza para darles ánimos y que no se marcharan.

Dentro, en la oscura sala, debajo del gigantesco retrato de Francisco José, el consejero de Hacienda leía los datos del balance final con cierto desinterés porque sabía que nadie lo escuchaba. No había gritos porque la oposición había hecho correr la voz de que no se provocaran disputas, para que el público no se cansara y se fuera a casa. Al final el alcalde preguntó:

—¿La asamblea general aprueba las cuentas?

—¡Sí! ¡Sí! —gritaron por todas partes, y se oyeron voces desde el público—:  
¡Körösi! ¡Körösi!

—Cedo la palabra al profesor Dr. Körösi —dijo el alcalde; echó atrás su busto enjuto, se recompuso las gruesas gafas sobre la nariz y juntó las puntas de los dedos, sabiendo que tendría que permanecer quieto un buen rato.

El Dr. Körösi se levantó en la segunda fila. Delante de él estaba sentado el auténtico líder de la oposición de Kolozsvár, el profesor Apáthy, rodeado por sus camaradas como si fueran guardaespaldas. Estos mantenían la mirada fija en la fila de enfrente, donde se sentaban los más ruidosos del partido de Tisza, que estaba igualmente liderado por profesores universitarios, puesto que en la universidad también se libraban batallas políticas, como en todo el país. El discurso de Körösi iba dirigido a ellos, no al presidente. Era un orador alto, gordo, corpulento que hablaba en dialecto del sur porque había nacido en Szeged. Soltó los eslóganes de rigor: «malditos austriacos», «camarilla vienesa», «un atentado, una vergüenza», «traidores, verdugos», «Lajos Kossuth, el honor de Hungría y los mártires de Arad», «Haynau y Bach», «soldadesca y artimaña», «la borla en la espada y la voz de mando», «territorio aduanero independiente, banco central independiente». Su discurso abarcó todo lo que animaba y rebelaba a los húngaros, seguido por un largo argumento jurídico. Los de enfrente ni se inmutaron, lo escucharon con una sonrisa en la boca. Al final leyó la propuesta que prohibía a los funcionarios de la administración de los municipios y condados la ejecución de las disposiciones del gobierno, la entrega al ejército austriaco de los voluntarios y la transferencia de los impuestos a Hacienda.

Cuando terminó el discurso se secó la velluda frente. El público estalló en una ovación estruendosa; un compañero suyo salió al balcón e hizo una señal para que abajo también gritaran y los señores de la ciudad oyeran que las masas los apoyaban.

El alcalde alzó la mano. El vocerío cesó.

—¿Alguien quiere comentar la propuesta? —preguntó con voz tranquila, solemne.

Hubo un momento de silencio. Apáthy y compañía le lanzaron una mirada provocadora al regordete ginecólogo que era el portavoz del partido gubernamental. Pensaban que se levantaría a protestar con su voz fina, aguda; pero no se movió, limitándose a fulminarlos con la mirada. El silencio fue interrumpido por el alcalde:

—La asamblea general acepta por unanimidad la propuesta del profesor Körösi.

La oposición estaba desconcertada por la falta de resistencia del partido gubernamental. Estaban preparados para discutir, vociferar, presentar batalla. El público aplaudió al alcalde y a los consejeros. «¡Viva Szvacsina! —gritaron—. ¡Vivan los consejeros!». Estos sonrieron e hicieron reverencias, complacidos de ser vitoreados al menos una vez en la vida. Hasta ese momento la disciplina del partido de Tisza había exigido actitudes poco populares. En cambio, ahora declaraba la guerra a aquel «gobierno de guardias», nombre despectivo que tenía su origen en el



hecho de que Géza Fejérváry había sido capitán de la guardia de *corps*. Por fin podían demostrar resistencia y oposición, ¡podían ser populares! Delante del ayuntamiento los jóvenes comenzaron a entonar la canción revolucionaria *Lajos Kossuth nos avisó...*

La oposición victoriosa bajó a ver a las masas, que no dejaban de crecer gracias a los curiosos y a los espectadores, a los gitanos y a los feriantes que acudían a ver qué pasaba. Las calles y las aceras estaban abarrotadas. Körösi se subió a un banco del paseo central, donde por las mañanas vendían verdura, y anunció el resultado con palabras de entusiasmo. Cuando terminó el discurso, vio a un hombre de cuello ancho y brazos largos saltar al banco de enfrente.

—¡Pueblo de Kolozsvár! —bramó—. En nombre de Marosszék saludo a la patriótica ciudad que en este día sagrado...

Era Jankó Cseresznyés, el espabilado agente que había logrado la reelección de Abády con astucia y con bastante beneficio para sí mismo. Pasaba por allí casualmente, de regreso del mercado de abastos, donde había comprado para un porquero de Torda treinta cochinitos salvajes. Al acabar había ido a dar una vuelta por la ciudad y, al ver tanta gente reunida, no pudo resistir la tentación de tomar parte en el jaleo. Por eso se presentó como delegado de la región del río Maros. Se sentía como pez en el agua. Por fin tenía ocasión de hablar.

—Nosotros, los transilvanos que en 1848 le dimos una buena paliza a los rusos, que mandamos al infierno al ejército austriaco, estamos decididos a luchar a brazo partido...

El profesor Körösi y sus compañeros esperaron unos diez minutos a que Cseresznyés acabara, pero viendo que el discurso era infinito se fueron a casa a comer. Cseresznyés siguió hablando. Su voz potente llegaba hasta el otro extremo de la plaza mayor, prometiendo la luna y las estrellas:

—¡Necesitamos un territorio aduanero independiente! ¡Y si confían en mí, yo conseguiré que vendamos a precio alto y que compremos barato!

—¡Viva! —gritó el público.

—¡Eliminaría los impuestos!

—¡Pero qué dice! —protestó alguien del barrio Hóstát—. El Estado no puede vivir sin impuestos.

—¡Yo los eliminaría! Habrá tantos ingresos por los aranceles que el país vivirá a lo grande. ¿Para qué necesita tanto dinero el gobierno? ¡Para que nuestros hijos sean soldados austriacos!

—¡Sí! ¡Tiene razón!

—¡Los japoneses también derrotaron a los rusos y ahora están acabados! Entonces, ¿para qué tanto soldado? Para que los oficiales alemanes, que son los verdugos del emperador, puedan fastidiarnos... para que hagan ruido en nuestro país... ¡para aherrojar a la juventud húngara!

Su voz era provocadora e incitaba a la desobediencia.

En ese momento llegó una carroza desde la plaza mayor y quiso pasar entre la gente. Frenó y, al final, tuvo que parar. «¡Eh! ¡Eh!», gritó el cochero, pero la gente no se molestó en apartarse, sino que empezó a mascullar entre dientes. En el carruaje viajaba una mujer morena, corpulenta, con un oficial de chaqueta azul: eran la viuda de Bogdán Lázár —de soltera Sára Donogán—, y Wickwitz.

Cseresznyés exclamó al verlos:

—¡Mirad! ¡El ejército está a punto de perturbar la sagrada reunión del pueblo! — Y señaló al barón Egon.

Algunos lanzaron miradas amenazadoras a la carroza. El círculo se cerró alrededor de ella y el cochero se asustó. Wickwitz puso la mano en la empuñadura de su espada para desenvainarla si era preciso; el uniforme real, el *Kaisers Rock*, no podía ser agraviado. Sin embargo, no hizo ningún movimiento más. En cambio, la señora Lázár se levantó de un salto, se quitó de la cabeza el pañuelo que la protegía del polvo y se alzó por encima de todos.

—¿Qué pasa aquí? —gritó con voz mandona—. ¿Ya no son respetados los húsares húngaros? ¡Qué vergüenza! —Y al reconocer al orador, exclamó—: ¡Y usted Cseresznyés, en vez de hacer el tonto con la gente podría decirme dónde está el dinero que le di para el ternero!

—¡Mi señora! ¡Mi estimadísima señora! Con todos mis respetos —dijo Cseresznyés bajando del banco y deshaciéndose en reverencias—, en este momento iba a verla, por eso he venido a...

—¡Mejor! Y ustedes, señores, déjenme pasar, que tengo prisa.

Muchos del barrio Hóstát conocían bien a la señora Lázár; era una mujer honesta, trabajadora; llevaba ella sola la granja y la veían a menudo en el henar o en la feria, donde intercambiaban algunas palabras.

Algunos de los congregados acudieron a apartar a los espectadores, otros se dirigieron a Cseresznyés:

—¡Charlatán! —dijeron con mirada amenazadora.

Cseresznyés no esperó más y se esfumó inmediatamente.

Wickwitz llevaba dos meses tratando de engatusar a la guapa armenia. La señora Lázár lo había acogido con afecto. No era nada insólito para ella, puesto que eran muchos los que la cortejaban, y ella no rechazaba los placeres de la vida. Era una mujer hermosa, esbelta aunque huesuda y robusta como la Venus de Milo; tenía la cabeza menuda y los miembros fornidos. Su piel morena irradiaba salud y bienestar. Sobre sus labios rojos y por su barbilla crecía una pelusa negra, suave. Todo su ser emanaba fuerza. Sus ojos, como diamantes negros, brillaban detrás de las densas pestañas, que parecían estar dibujadas con carbón. Además, era muy lista; desde la muerte de su marido, hacía diez años ya, dirigía su granja mejor que muchos hombres. Tenía un hijo que estudiaba con Zoltánka Milóth.

Era una mujer deseable y rica. Poseía dos mil acres húngaros cerca de Kolozsvár. «Y seguramente tendrá dinero ahorrado —pensó Wickwitz—. Es más inteligente casarse con esta. No habrá problemas. Ya me ha aceptado. Pero ¿y lo de Judith...? ¡Demasiadas complicaciones!». Por eso le había escrito una dolorosa carta de renuncia: «Yo no soy digno...», «sería una villanía atarla a mi triste destino...». Una carta excelente, lo suficientemente ambigua para justificar su actitud en caso de interesarse por otra mujer, pero sin romper el hilo con Judith. «*Man kann ja nicht wissen*, nunca se sabe». Una carta estupenda que, gracias a la colaboración del pequeño Zoltánka —quien le ayudó y le hizo a menudo de mensajero—, había llegado a Mezővarjas en las vacaciones de Pentecostés. Solo recibió unas pocas líneas como respuesta: «Estoy desesperada. Le escribiré estos días, ahora no puedo. ¡Espéreme! ¡Te amo!».

No importaba, tenía suficientes cartas de Judith. Las llevaba encima, en el bolsillo interior de su chaqueta azul. Ahora en la carroza, al lado de la señora Lázár, repasaba su situación. La mujer lo trataba con mucho cariño, pero su relación le resultaba demasiado natural. Un asunto simple, normal, como si pudiera durar eternamente; y eso no le convenía a Wickwitz. Tenía que asustarla, despertar sus celos, demostrarle que tenía otras perspectivas, que había otras mujeres que se morían por él. «Tengo que cambiar a galope tendido», pensó en términos deportivos. Judith sería el *pacemaker*, el caballo que marca el ritmo sin posibilidades de ganar. Si la señora Lázár se enteraba de que podía perder a su amigo fácilmente, estaría más dispuesta a cambiar algunas cosas. Tal vez ella misma sacara el tema de la boda. «¡Será lo mejor! ¡Lo mejor!».

Después de comer y tomar el café a la fresca, Wickwitz comenzó la maniobra:

—Querida «Sári», me gustaría pedirle consejo en un asunto muy delicado —dijo con los ojos bañados de profunda tristeza—, ya sé que no debería tocar estos temas...

La hermosa Sára Donogán, que estaba fumando cómodamente tumbada en el sofá, levantó sus pestañas negras.

—¿De qué se trata?

—Tengo un problema serio. Hay una muchacha... que... que..., realmente no es culpa mía, pero está muy enamorada de mí. No sé qué hacer.

—¿Y quién es? —preguntó la mujer con interés fingido. Desde hacía tiempo estaba al tanto de los amores del barón Egon y la joven Milóth por la simple razón de que Zoltánka, que generalmente leía las cartas, se las había enseñado a su hijo, quien a su vez le había contado a su madre todos los chismes que había oído del hombre que frecuentaba su propia casa. «¿Qué querrá?», pensó la señora Lázár.

Wickwitz le contó con voz entrecortada que sentía tanta lástima por esa muchacha que tal vez se casara con ella por piedad. Solo por piedad, porque ella era muy desgraciada por su culpa.

Sára encogió los robustos hombros.

—No hay que casarse a la primera. Ya se calmará. Todas tienen algún desengaño

amoroso, y ninguna ha muerto por ello.

Egon insistió:

—Pero este asunto no es como los demás. Es extraordinario. Mire, *meine Liebe*, querida, aquí tengo sus cartas. —Buscó en su bolsillo, y las sacó—. Siempre las llevo conmigo —mintió para explicarlo—, no sea que en la habitación del hotel... ¡Lea algunas y verá!

La viuda cogió las cartas y se puso a leer. Iba dejando las que leía en el regazo. Leyó largamente, con mucha atención. Cuando acabó la última, le dijo a Wickwitz:

—¡La pobre está preñada!

—¿Verdad que sí? —dijo Wickwitz glorioso, y estalló en carcajadas. Su risa, como un ladrido, convirtió su cara hermosa, afligida, en una máscara fea, mezquina.

La mujer lo observó sin inmutarse, pero guardó la risa en su memoria, y le dijo:

—Sí. Tal vez tenga razón; es mejor que se case con ella.

Fue una respuesta desconcertante. La maniobra había fracasado. Wickwitz se quedó estupefacto y, haciendo un último intento, le dijo con mirada boba:

—Pero yo solo la quiero a usted. —Recuperó la expresión afligida y le agarró la mano.

—¿Y qué más da? ¡Tampoco es tan grave! —contestó la mujer riéndose—. Estos asuntos no son importantes ni para usted ni para mí. Me ha pedido un consejo, y esto es lo que le recomiendo.

—Espero no haberla ofendido —dijo Wickwitz con tristeza.

—¡Qué va! Es más, me siento honrada por su confianza; hasta la boda, aceptaré sus visitas con gusto, como hasta ahora. ¡De verdad! —Y dejó que Wickwitz la besara en el antebrazo.

Sin embargo, antes de salir, cuando Wickwitz quiso recuperar las cartas, no se las dio.

—Yo las guardaré. Tiene usted razón, es muy peligroso tenerlas en la habitación del hotel —dijo decididamente, y las guardó en un cajón del escritorio—. Aquí estarán mejor.

La maniobra había resultado un fracaso absoluto. Mucho peor de lo que Wickwitz había imaginado, porque cuando se fue en el simón, la señora Lázár le dijo adiós desde la ventana pensando: «Es un animal agradable, pero una persona mezquina. Y tonta. Es mucho más tonto de lo que pensé. Intentar tenderme una trampa para traicionar a la pobre muchacha. Menos mal que me he quedado las cartas». Después se estiró voluptuosamente, abrió el parasol y bajó al establo para preparar el ordeño de la tarde.

Wickwitz estaba furioso. Al llegar a casa hizo cálculos: apenas le quedaban doscientas o trescientas coronas. Repasó sus notas: en febrero había pagado 830 coronas por la prolongación de las letras de cambio de Dinóra; en mayo, lo mismo,

añadiendo además los gastos diarios. Durante el carnaval el dinero le había volado de las manos. ¡No podía seguir así! Estuvo reflexionando en la habitación del hotel. Tenía que hacer algo. Solo había una posibilidad: Judith. Era preciso preparar su fuga. Necesitaba tiempo y dinero para realizarlo. Tenía que cobrar aquellas letras que le había pedido a la señora Abonyi «por seguridad». No había otra salida.

A los pocos días fue a Marosvásárhely a ver al director del banco, Soma Weissfeld; pero el director no cedió, y cuando el barón Egon le enseñó las firmas de Dinóra rechazó rotundamente cualquier negociación futura.

—Nosotros, usted perdone, no hacemos este tipo de cosas. La vez anterior, usted perdone, fue solo porque me prometió abonarlo cuando la señora condesa vendiera la colza; solo por eso, señor. Además, ya le hemos prolongado las letras varias veces; y eso, usted perdone, no es correcto.

La mirada aterradora de Wickwitz no sirvió de nada, el director esta vez no se humilló; todo lo contrario, lo amenazó:

—Usted perdone, pero ¿y si el señor Abonyi se enterara?, ¿qué pasaría?

No serviría de nada seguir por ahí, tenía que buscar otro camino.

Más tarde, ya en Kolozsvár, Wickwitz entró en un café de la calle Vasút donde sabía que se reunían agentes. Le dio una propina considerable al camarero y acto seguido le preguntó si conocía a alguien que pudiera prestarle dinero. El resultado fue que viajó a Nagyvárad, donde un «banquero privado» llamado Blau le prestó nueve mil coronas con la obligación de devolver doce mil en seis meses. Era un interés muy alto, pero no le quedaba otro remedio. Lo peor era que esta vez él mismo debía firmar las letras. Mientras apareciera solo el nombre de Dinóra en las letras, podría negar el asunto. No habría pruebas contra él; si estallaba el escándalo, podía mentir y, por ser un tema de faldas, dar su palabra de honor. Era una cosa aceptada: la discreción era lo primero para un caballero. Pero ahora que su firma aparecía, la cosa se ponía seria, muy seria. ¡Seis meses! Tenía que arreglarlo todo en seis meses. Afortunadamente, antes de viajar a Nagyvárad le había dado a Zoltánka una carta hermosa y sentimental en la que retomaba el hilo roto y le preguntaba a Judith si podían verse a escondidas.

A las dos semanas llegó la respuesta de la muchacha. Un paquete grueso en el que iba la carta que Abády le había entregado a Adrienne, quien a su vez se la había hecho llegar de nuevo a su hermana. Esta la había escrito cuando recibió la carta de ruptura de Wickwitz, pero ya no tenía importancia, puesto que Wickwitz había regresado. La pobre Judith la había adjuntado para justificarse. Le contaba que se la había dado al mozo de Bá, que Bá se la había quitado, pero que no había habido gran escándalo porque al final la carta había vuelto a sus manos. Y continuaba con las frases de amor: «Estaré a su lado con todo mi corazón... dejo mi vida en sus manos». Había otros detalles acerca de cómo la vigilaban; decía que era imposible que se vieran y acababa afirmando que, si por alguna razón la llevaban a Kolozsvár, sería más fácil organizar una cita.

Abády no se fue a Budapest. No valía la pena hacer el viaje para una sola sesión en la que los diputados aceptarían la disposición que llamaba a la resistencia a los funcionarios. El país estaba enardecido. Cada día había un nuevo condado o ciudad que se declaraba en contra del nuevo gabinete, apodado «gobierno de guardias». Kristóffy, el ministro de Interior, había declarado el sufragio universal. Los líderes de los partidos aliados, para contrarrestar la medida, habían respondido con el lema: «¡Queremos llevar al pueblo a ser la base de la Constitución, no a su ruina!». Era una frase acertada que expresaba lo que muchos pensaban: no era momento para batallas partidistas entre la derecha y la izquierda; era mucho más urgente combatir la amenaza que pesaba sobre el Compromiso de 1867 y todo lo que significaba, estaba en peligro todo lo que habían conseguido. Sin expresarlo, todo el mundo pensaba que había fuerzas invisibles obrando a escondidas, e influencias hostiles que pretendían someter el país al dominio exclusivo de Viena. La sospecha se afianzó por el hecho de que Tisza se había enfrentado también al «gobierno de guardias». Daba la impresión de que el nombramiento del gobierno extraparlamentario era la primera maniobra de un plan preconcebido. Incluso los independientes que, como Abády, estaban a favor de algunas de las propuestas austriacas, como las concernientes al ejército común, y que eran contrarios a la oposición por su actitud obstructora y por sus eslóganes populistas, ahora se sumaron a ellos contra el «gobierno de guardias». Abády lo hizo sin pensar, porque todo lo que le había comentado Slawata sobre los planes del heredero de la Corona coincidía con las sospechas de la gente.

El gobierno declaró nula las disposiciones de las asambleas. Los vicegobernadores cesaron en sus cargos para mostrar su desacuerdo. Designaron a otros para ocupar su lugar y, para su investidura, ordenaron convocar la asamblea general, que se celebraría en el condado de Maros-Torda, en la ciudad de Marosvásárhely.

Desde hacía semanas, no solo en el condado, sino en todo el país, se discutía sobre la necesidad de impedir la investidura. El día anterior a la asamblea general llegó un sinnúmero de gente a Marosvásárhely. Por toda la ciudad reinaba un ambiente solemne. Los habitantes y los visitantes daban vueltas por la plaza mayor, y en la acera de delante del café Transsylvania se había congregado una multitud. La razón era Sámuel Barra, el orgullo del condado, el líder obstruccionista que había llegado a enfrentarse incluso a Ferenc Kossuth, y que en ese momento se encontraba sentado a una de las mesas de mármol. Era un hombre ancho, moreno, achaparrado, de barba corta y frente brillante, como si la hubieran pulido. Tenía los ojos acuosos y las cejas pobladas; sin embargo, lo que más llamaba la atención era su boca enorme de labios gruesos, fuertes, muy entrenados de tanto hablar, con unos músculos en las

comisuras que eran capaces de formar una bocina; incluso ahora que simplemente charlaba con sus fieles, las palabras salían de su boca crepitantes, como emitidas por un megáfono.

Se encontraba rodeado por sus seguidores: estaba Ördüing, el vicegobernador suspendido que interpretaba gustoso el papel de mártir; el diputado Béla Varju; el viejo Bartókfáy, «testigo de tiempos gloriosos»; Istike Kamuthy, con su cara de niño. Los dos últimos, que eran candidatos fracasados de las últimas elecciones, estaban muy afanados porque esperaban ganar un mandato en caso de que cambiara el gobierno. El líder habló poco, apenas respondió a los comentarios de Zsigmond Boros, el abogado que con sus frases rotundas y deslumbrantes sabía dar sentido a las tesis jurídicas más complejas. Era él quien más tenía que decir, ya que era diputado por Marosvásárhely. Aparte de ellos, estaban Jóska Kendy, con la pipa de loza entre los dientes, y el tío Ambrus Kendy. Los dos estaban muy callados; en Jóska era natural, pero en el tío Ambrus era insólito. Generalmente era muy ruidoso, pero ese día se mostraba taciturno, solo de vez en cuando soltaba alguna broma grosera, exagerando su papel habitual de hombre rudo pero ingenuo y benevolente. Ponía cara inocente mientras cuchicheaba con sus vecinos, los muchachos Zoltán y Ákos Alvinczy, que de vez en cuando desaparecían durante un cuarto de hora. Detrás de ellos, un público muy numeroso disfrutaba mirando con devoción a los líderes. En el borde de la acera se habían reunido los neutrales de siempre: Jenő Laczók y Soma Weissfeld. Pretendían seguir a los demás, repitiendo eslóganes patrióticos para disimular su tibia actitud.

Abády pasó una hora en la mesa de Barra hablando sobre temas generales, sin referirse a la asamblea del día siguiente. Los líderes intentaban evitar el tema, aunque su plan era bien conocido por todo el mundo. Era un plan excelente, secreto: cuando el notario presidente abriera la asamblea, Béla Varju se alzaría y elevaría una propuesta antes del orden del día, según la cual la asamblea suspendía al notario. Una vez suspendido, tendría que poner su plaza a disposición del presidente del tribunal tutelar, que era el hermano menor del viejo Bartókfáy, y que —según habían acordado— anunciaría que la asamblea no investiría a aquel «gobernador de guardias». Por consiguiente, el gobierno respondería con la suspensión de Bartókfáy, y en ese caso el gobernador del condado sería el magistrado decano Gálffy. Así se aseguraba la resistencia para varios meses. Y lo más importante: todo sería legal. El único problema era que en el condado había, como suele ocurrir, algunas disensiones fruto de la unión administrativa de Torda y Marosszék cincuenta años antes, y los habitantes de Marosszék siempre rechazaban todo lo que venía del norte del distrito. Esa vez tampoco sería distinto y probablemente querrían algo diferente a lo planeado, aunque solo fuera para subrayar su independencia y tener su propio secreto. Pero también era un secreto a voces lo que planeaban: querían igualmente actuar antes del orden del día, declarando que no aceptaban el juramento del gobernador, porque aunque había sido nombrado por el rey, el refrendario era un «señor ajeno». Por eso

enviarían una propuesta al Parlamento. Apenas había diferencias entre las dos posturas, sin embargo se preparaba una batalla a muerte. Ya tenían nombre: uno era el Partido de la Suspensión; el otro, el de la Decisión. Lo sabían todos, pero nadie habló del tema, se limitaron a escuchar al abogado Boros, que con su voz melodiosa detallaba las tesis generales de la jurisprudencia.

El discurso se vio perturbado por la llegada de un carruaje de tiro con un par de caballos poco habituales: eran animales del nevero, menudos, bien alimentados, fornidos, de patas cortas pero férreas, de crin tupida y cola larga. En el pescante iban el cochero y el mozo vestidos de sayal con el sombrero típico, parecido al de copa. Del asiento trasero del carruaje salió con gran dificultad el líder del Alto Maros, Miklós Absolon. Solo cuando se acercó, el público del café se dio cuenta de su presencia. Todo el mundo se puso de pie y le abrió camino, pese a que sabían que Absolon únicamente había acudido para molestar y burlarse de ellos.

Absolon se dirigió directamente a la mesa principal. Cojeaba tremendamente; tenía la pierna izquierda hecha una espiral, como un sacacorchos, y el pie mutilado. Llevaba un bastón corto —que le servía de muleta—, el brazo pegado al muslo, pero avanzaba entre las sillas con una velocidad imparable, haciendo tanto ruido como un tren. Cuando llegó a la mesa de Barra, se alzaron todos y le ofrecieron un sitio.

—¡Buenas tardes a todos! —saludó haciendo gestos, sin darle la mano a nadie; y se sentó—. ¡Una silla más para mi pierna! —le mandó a su vecino, el magistrado Gálffy, que se la acercó de inmediato. Una vez instalado, puso la muleta en la mesa de mármol y le preguntó a Barra con voz aguda—: A ver, «Samu», ¿has venido para el gran jaleo?

Sámuel Barra, que era un maestro de las frases rimbombantes, cautelosa y reservadamente contestó:

—Sí, aquí estoy.

Bálint vio bien la cara del viejo Absolon, iluminada por la luz recién encendida. Era muy parecido a su sobrino, Pali Uzdy: tenía la misma cabeza escultural, rasgos orientales, ojos negros achinados y pómulos muy marcados. Se peinaba el cabello con una raya en medio, que se podía ver porque llevaba un pequeño gorro de piel colocado muy hacia atrás. Se trataba de un extraordinario gorro kirguiz, de las montañas Altái en el desierto del Gobi, con un ribete de piel vuelto hacia arriba a ambos lados. Era un hombre alto, aunque no tan espigado como Uzdy. Tenía hombros fuertes y estaba un poco gordo, tal vez debido a la cojera.

Abády lo observó con curiosidad, había oído contar que en los años ochenta del siglo pasado había viajado por el Asia Central más salvaje. Había visto muchas cosas, había vivido muchas aventuras y, pese a que nunca había escrito nada, las contaba con gracia y buen humor. Por eso muchos pensaban que eran puras invenciones, y cuando había mucha gente, le tomaban el pelo pidiéndole que les «mintiera» para reírse a sus espaldas. Probablemente era verdad todo lo que les contaba, porque Bálint se acordaba de que en Estocolmo un viejo ruso le había preguntado si Miklós



Absolon había publicado las experiencias de su interesantísimo viaje al Tíbet. Había hablado de él con mucho respeto; le contó que, huyendo de Lhasa vestido de peregrino, le habían atrapado cerca de la ciudad y le habían roto una pierna, pero milagrosamente se había salvado.

No obstante, los transilvanos no se creían nada, por eso, cuando se sentó, uno le preguntó con cara inocente:

—¿Todavía le duele la pierna?

—¡Cómo no me va a doler si hay tantos cambios de clima político! —respondió Absolon riendo.

—¿Cuándo *ze lezionó* en realidad? —preguntó el joven Kamuthy ceceando.

El viejo oriental lanzó una mirada aguda, escrutadora, al pequeño Kamuthy. Sabía bien que se estaban burlando, pero él a su vez se reía de los que le tomaban el pelo, porque sabía que todo lo que les contaba era verdad. De ahí que no le importara contestar.

—Cuando estuve de visita en casa del Dalai Lama.

Los burladores se daban codazos y algunos tuvieron que reprimir la risa.

El veterano viajero miró a su alrededor y vio a Abády en el otro extremo de la mesa.

—Y tú, ¿quién eres? —le dijo. Y cuando se lo presentaron, siguió—: El hijo de Tamás, ¿verdad? Era muy amigo mío. ¡Encantado! —A continuación se dirigió al abogado—: He interrumpido su discurso, señor abogado, ¡continúe, por favor, continúe!

Boros volvió a empezar su ponencia jurídica. Absolon escuchó en silencio la avalancha de palabras asintiendo con la cabeza y sacó un cigarro corto, muy negro, mordió un cabo con sus dientes blancos y lo escupió al suelo.

—Leyes, leyes... claro, son necesarias —dijo al final—. Hasta en el desierto hay leyes. Allí, si alguien roba una mujer, puede resarcir la deuda con dos ovejas; pero si roba algo de valor, por ejemplo, un camello, lo ahorcan sin duda.

Zsigmond Boros, que lucía una barba cuidadosamente cortada, se puso blanco de ira y le espetó fríamente:

—No veo la conexión.

—Porque no la hay —contestó Absolon, y estalló en carcajadas—. Pero como hablamos de leyes...

Detrás algunos murmuraron: «¡Qué viejo más vil!», porque últimamente Boros había tenido problemas desagradables con un asunto de herencia. El eminente jurista le sostuvo la mirada al viejo Absolon por unos momentos, y volvió a la carga...

Entretanto, desde las montañas había llegado una carroza cubierta, acristalada, arrastrada por dos alazanes cansados, con un cochero viejo en el pescante.

La carroza se detuvo. Desde el borde de la acera, un joven se acercó a ella, se asomó por la ventanilla, se quedó un rato y se apartó para dejarle sitio al siguiente. Estaban informando al personaje invisible del coche. Llamaron al magistrado Gálffy,

y cuando aquel acabó la conversación, regresó y se colocó al lado de Abády.

—La condesa Sarmasághy querría verle —le susurró al oído—, está fuera, en la carroza.

Bálint la encontraba muy aburrída, pero no tuvo más remedio que ir.

Del interior del coche salió una mano arrugada.

—¡Ven aquí, entra! —chilló y lo agarró con sus garfas. Al entrar, la carroza se puso en marcha.

—Te llevo conmigo, mi pequeño Bálint, porque quiero ir a un mesón, y una dama como yo no debe ir sola.

Los caballos llevaban un paso cansino y la vieja Lizinka se quejó:

—¡Es horrible tener que viajar! Estoy totalmente exhausta, ¡he hablado con tanta gente! Pero es preciso. Quiero demostrarle al embustero Absolon que no siempre pasa lo que él quiere.

—¿Adónde vamos? —preguntó Abády.

—A las afueras de la ciudad. Hay un mesón en esa zona. Me han dicho que Tamás Laczók está por allí, el muy pícaro. Quiero hablar con él. ¡Cómo que por qué! Pues por lo de la asamblea general. Dicen que se lleva bien con el ingeniero general, y quiero que le convenza para que mañana vote con nosotros por la suspensión.

La menuda anciana le explicó con un suspiro lo mucho que había deambulado por toda la ciudad haciendo campaña, que ya no podía más, pero que tampoco iba a parar.

Los viejos alazanes caminaron largamente hasta llegar a aquel mesón ajardinado, con mesas con mantel rojo bajo las acacias. En la mesa central comían estudiantes universitarios y jóvenes granjeros de Kolozsvár. Eran muy ruidosos. A un lado, apartado, comía Tamás Laczók, el constructor de ferrocarriles.

Bálint lo reconoció inmediatamente, era idéntico a su hermano Jenő, achaparrado como el señor de Vársiklód, con la diferencia de que no estaba tan gordo. Estaba calvo y tenía el mismo aspecto achinado. Además, llevaba una perilla como la que le crecía en la barbilla a los sabios del imperio. Lizinka se acercó con sus pasos menudos.

—Buenas tardes, mi querido Tamás, ¿qué tal? ¡Hace tanto que no te veo! ¡No has cambiado nada! ¡Nada! ¡Qué bien haberte encontrado aquí!

Siguió chillando un rato, le dio unos golpecitos en la cara y un beso húmedo en la frente, le presentó a Bálint, y fue al grano. Habló mucho, con gran habilidad, y lo atacó con una lluvia de argumentos jurídicos. Tamás Laczók la escuchaba tranquilamente; la mirada indiferente como si no comprendiera nada. De vez en cuando le daba un sorbo a su cerveza y se liaba un cigarrillo con una mano, como los españoles, humedecía el papel con la lengua y lo encendía; pero no decía palabra. Cuando Lizinka le pidió que hablara con el ingeniero general por el bien de todos, esperó un rato y solo después le dijo en francés:

—*Ma chère tante, vous avez eu la bonté de tant radoter sur mon compte...* Usted ha tenido la bondad de cotillear sobre mi persona cuanto le ha apetecido, y en este

momento no veo ninguna razón por la cual deba actuar por su bien.

Lizinka lo negó, pero no le sirvió de nada. Tamás Laczók asentía con la cabeza con cordialidad sin dejar de repetir:

—*Mais oui, ma chère tante, c'est ainsi, c'est ainsi...* Ha sido así, querida tía, ha sido así...

Al ver que era inútil negarlo, la tía Lizinka se puso en pie:

—*Tu es un cochon! Tu a toujours été un cochon! Tu seras toujours un cochon!* ¡Eres un cerdo! ¡Siempre has sido un cerdo! ¡Y siempre lo serás! —gritó, y se marchó tan rápidamente como nadie hubiera creído que podía hacerlo esa anciana frágil. Subió a la carroza y se esfumó. En su furia se le olvidó llevarse a Abády, que se quedó pasmado.

—¡Yo no tengo nada que ver con todo esto! —se excusó—. Realmente no sabía nada.

—Me alegro de que la hayas traído —le tranquilizó Laczók—, por fin he tenido la oportunidad de decirle un par de cosas a esa bruja... ¡Pero quédate, al menos veo gente de mi estilo, desde que volví a casa me rehúyen como si fuera un leproso!

Bálint se quedó, y no se arrepintió. Tamás Laczók era un personaje interesante, cínico. Se alegró de tener a alguien con quien conversar, a quien poder contarle algunos detalles de su accidentada vida. Los recuerdos salieron como un aluvión cuando abren las esclusas. Habló sobre París, donde se había licenciado en Ingeniería a los cuarenta años. Sobre Argel, donde lo habían contratado; explicó cómo habían matado a su jefe, cómo había acabado él las obras del ferrocarril con la oposición de las tribus salvajes y cómo le habían ofrecido un sueldo elevado para que se quedara.

—Pero yo no fui tan imbécil como para quedarme —dijo—. ¿Quién demonios se iba a quedar allí?

Mientras Bálint lo escuchaba, su mirada divagó por el jardín, y entre los estudiantes de Derecho vio a los dos Alvinczy. Debían de haber llegado hacía poco, y Bálint tuvo la impresión de que estaban explicando algo. Oyó algunas palabras: «Primero hay que estar callados... solo empezaremos cuando levante la mano... ¿entendéis? Solo cuando levante la mano».

Laczók continuó hablando alegremente:

—De todas maneras, es mejor estar en casa, sobre todo porque así fastidio a mi hermano.

Y le contó que Jenő Laczók había fundado una sociedad anónima en los bosques de Gyergyó que era propiedad de los dos. Lo había hecho para quitarle los beneficios. Era una idea muy astuta: a él le decía siempre que no había ingresos. Pero no le importaba mucho.

—Me gano la vida.

De vez en cuando Gyergyó le enviaba una carta amenazándolo, para que tuviera que falsificar facturas y estadísticas.

—Yo ni las miro; pero me imagino la molestia que debe suponer para él, y eso me

divierte.

Los estudiantes empezaron a marcharse, y al salir dijeron algo que Bálint captó: «Hay que repartir los huevos por la mañana, al menos diez por persona», dijo Ákos Alvinczy a otro joven.

«¿Diez huevos? —pensó Abády—. ¿Tantos para desayunar?». Pero el ingeniero Laczók no paraba de hablar, y a Bálint se le olvidó pronto.

La sala de la asamblea general estaba abarrotada, aunque aún no habían dado las diez. La razón era que entre las filas del Partido de la Suspensión se murmuraba que el notario general —¡el muy bellaco!— había adelantado los relojes, y que a las nueve y media cerraría las puertas e investiría al «gobernador de guardias» con la sala vacía. Los del Partido de la Decisión temían que sus contrarios les impidieran la entrada para poder actuar solos. Por eso, los fieles de ambos grupos habían llegado muy temprano. Ya estaban en la sala los estudiantes de Derecho y los granjeros, que habían acudido en bandada, y, dirigidos por los jóvenes Alvinczy, asediaban la escalera del edificio, donde habían encontrado poca resistencia por parte de los alguaciles. Habían ocupado parte de las galerías, en cuyo centro estaba sentada la tía Lizinka, el ángel salvador de la resistencia, pero la mayoría estaba apiñada abajo, frente a la tribuna del presidente.

La tribuna todavía estaba vacía. Los funcionarios no habían llegado.

Los partidos se colocaron a los dos lados de la sala. A la derecha estaban el gran Sámuel Barra, el viejo Bartókfáy, Varju, el pequeño Kamuthy, el tío Ambrus y los Alvinczy; todos en primera fila. Enfrente se encontraba Miklós Absolon sentado solo en una silla, como si fuera su trono; y detrás de él, el ejército anónimo, los fieles de Absolon llegados del Alto Maros y de la región de Görgény. La gente iba de un grupo a otro discutiendo y bromeando, pero en tono beligerante. Se alegraban solo de pensar el alboroto que se montaría. Todos hablaban sobre las noticias de Budapest. Según la más reciente, en el condado de Csík habían nombrado a un gobernador nuevo, un tal János Cseresznyés. Algunos lo conocían. El que había sido designado allí en Marosvásárhely era al menos inspector de educación en Nagy-Küküllő, pero ¡Cseresznyés era un embustero! Estaba metido en asuntos muy sospechosos.

Entretanto, detrás de la mesa presidencial, los funcionarios entraban y salían por una puerta pequeña. Discutían arduamente. Querían que los forasteros y los estudiantes se marcharan de la sala, porque el notario general se negaba a abrir la asamblea con ellos presentes. Discutieron sobre quién hablaría primero, si Sámuel Barra o el representante del otro partido. Al final acordaron que Sámuel Barra hablara primero y que los estudiantes guardaran silencio. Esto último era promesa de Barra. Por fin, sobre las once se abrió la puerta trasera y entró el presidente del tribunal tutelar, Bartókfáy, seguido por los notarios, los magistrados, y finalmente el notario general, Péter Benő Balog. Se sentaron, y este último hizo sonar la campanilla. Todos

ocuparon su sitio. La tensión subió.

—Abro formalmente en el día de hoy esta asamblea general... —dijo Balog recitando la fórmula oficial, y continuó solemnemente—... en la que el acta será autenticada... Con la ausencia justificada de...

Pero cuando finalmente dijo: «Según la disposición del ministro de Interior...», estalló la mayor de las algarabías.

—¡No tenemos ministro! ¡Mentira! ¡Villanos! —gritaron por todos lados.

Un funcionario se puso a leer algo en voz alta, pero no se le oía en absoluto.

El gran Barra se había puesto ya en pie para pronunciar su discurso, cuando en medio del bullicio general se abrió una puerta detrás del presidente. Entró a escondidas un hombre enclenque, pálido como la muerte, subió a la tribuna y se llevó la mano al corazón. Detrás de sus gafas gruesas apenas se vislumbraban sus ojos abiertos de par en par por el miedo. El presidente también se alzó y leyó algo escrito en un papel.

La sala estalló en un griterío ensordecedor:

—¡Fuera! *Abzug!* ¡Traidor!

El tío Ambrus le dio un codazo a Zoltán Alvinczy, quien levantó la mano. Desde la galería y el final de la sala una lluvia de huevos alcanzó la tribuna. Acertaron su objetivo, se notaba que los jóvenes habían practicado mucho la puntería. El inspector de Educación intentó apartar la cabeza, pero un huevo le estalló en la frente y la yema le chorreó por la cara. El candidato se escondió debajo de la mesa, mientras algunos atacaban la tribuna con los puños en alto. El desgraciado inspector se lanzó contra la puerta trasera y desapareció de la sala. El presidente gritó algo, y se marchó también.

El bullicio era general; algunos gritaron, pero la mayoría se había echado a reír. Las más ruidosas eran las carcajadas atronadoras del tío Ambrus.

—¡Fantástico! ¡Ha sido fenomenal! ¡Fenomenal! —dijo dándose golpes en las rodillas.

—¿Lo has ideado tú? —le preguntó Samuel Barra sonriendo, pero con gesto enfadado; le disgustaba no haber podido pronunciar su discurso.

Ambrus no le contestó, sino que repitió entre carcajadas:

—¡Fenomenal! ¡Estupendo! ¡Así deben ser los húngaros!

La gente discutía barajando las hipótesis de si el nuevo gobernador había jurado su cargo o no, o si, en cualquier caso, la jura era válida, y entretanto maldecía al notario general, al traidor, pensando cómo podrían tomarse la revancha.

Bálint llegó tarde a la asamblea, por eso quedó atrapado en la puerta de entrada. Miró su reloj, solo eran las once y media. Todo había acabado en veinte minutos. «Puedo tomar el tren de la una, si salgo ahora mismo», pensó. Dio media vuelta y se marchó. Aunque él también hubiera gritado sin querer, hubiera levantado el puño y se hubiera reído de la escena cómica —cuando el gobernador se puso a dar saltos en su intento por esquivar los huevos—, ahora, al bajar las escaleras, estaba triste. Era una tristeza irracional. Quizá por haberse humillado a un inocente, o por oír los eslóganes

patrióticos que incitaban al alboroto. ¡Todo el mundo se había comportado como si se tratara de una broma!

Una hora más tarde estaba en la estación. Llegó demasiado pronto. El andén estaba desierto. Entró en el restaurante, donde solo había una persona: Aurél Timisán. Bálint se sentó a su mesa. Después de saludarlo, le preguntó:

—¿Vamos juntos hacia Kocsárd?

—No, yo voy en dirección contraria. Los trenes enlazan aquí —respondió el viejo tribuno, y le preguntó—: ¿Está contento, señor conde, con el resultado de hoy? —El timbre de su voz delataba sarcasmo y alegría. Bálint encogió los hombros y respondió con evasivas. Timisán continuó—: Este no es el final, como piensan los señores. Estos incidentes solo sirven para reforzar la intención de reformas del gobierno, su Majestad el rey no admitirá bromas de este estilo. Ya lo creo que no. Pero, claro, yo soy un simple chupatintas rumano. ¡Qué voy a saber yo! Pero cuando le doy vueltas... —dijo Timisán con modestia fingida, burlándose de Bálint con la mirada.

—¿Se refiere al derecho al sufragio universal?

—Sí. Podría acabar con la resistencia de los condados, con todo el sistema político.

—El Parlamento no va a votar nada de lo que proponga este gobierno.

—Bueno, claro..., claro que no... —Timisán asintió con la cabeza y, con una sonrisa bajo su tupido bigote blanco, preguntó—: ¿Y qué pasa si el emperador obliga a aceptar el sufragio secreto? ¿Y si el gobierno ordena votar de esa manera? ¿Qué dirán entonces los señores? Solo lo pregunto. Yo no tengo ni idea.

Bálint recordó de repente que en la carta de Slawata había leído alguna referencia a eso. Seguramente el viejo diputado sabía algo, y Abády intentó tirarle de la lengua, pero fue en vano. Timisán no soltó nada.

László Gyerőffy viajó en agosto a Transilvania. No lo hizo voluntariamente. La señora Berédy, la bella Fanny, le había dado ánimos, casi lo había obligado a que arreglara sus asuntos financieros, a que pagara sus deudas que no dejaban de aumentar en manos de los usureros, a pesar de haber pagado ya una parte con lo que había ganado a las cartas. Al llegar a casa habló con su antiguo tutor, Szaniszló. László tenía un tercio de los bosques de una finca de casi ocho mil acres húngaros, propiedad de la familia Gyerőffy. Quería separar su parte, y vender la madera sola o incluso la propiedad de la tierra. Pero el tío Szaniszló no quería saber nada de esa iniciativa; dijo que no se podía tocar el plan de explotación forestal porque había sido preparado para todo el bosque. László se sintió impotente, no veía salida alguna. Estaba más desesperado, reservado y amargado que nunca desde que Klára se había casado. Solo por las noches, cuando bebía copiosamente, podía mitigar su dolor y el sentimiento de culpa que le torturaba.

Llevaba días en el hotel de Kolozsvár durmiendo hasta entrada la tarde, de juerga con los gitanos por la noche y borracho de madrugada con las *cocottes*, cuando por casualidad se encontró con Bálint.

—¿De qué te sirve destruirte aquí en soledad? ¡Ahora mismo vendrás conmigo a Dénestornya! —dijo con divertida severidad, y Gyerőffy obedeció pese a que primero le contestó «Déjame en paz», porque últimamente le había tomado gusto a las riñas y a llevar la contraria.

Róza Abády se alegró de ver a su sobrino. Aparte de que le encantaba presumir del castillo, los caballos y el jardín, le conmovía el desengaño sentimental de László, que su hijo le había contado brevemente. Quería ser más cariñosa, afectuosa e indulgente con él. Intentó divertirlo de todas las maneras posibles, e incluso pidió vino para la cena, lo que no era la costumbre en esa casa.

A los pocos días, una mañana temprano, Gazsi Kadacsay, el barón chiflado, fue a visitarlos desde Alsóbükkös, que quedaba a medio camino entre Torda y Kolozsvár. Iba a reunirse con su regimiento en Brassó. Viajaba solo, con tres caballos: montaba uno y conducía dos. «¡Como los cosacos, amigo, como los tártaros!», exclamó con orgullo con voz gangosa. Aunque con los otros dos caballos hubiera podido transportar más carga, solo llevaba un saco militar con dos camisas desgastadas, un traje de paisano, un cepillo de dientes y una navaja de afeitar roma. A parte de ser Gazsi una persona sin ambiciones, hacía bromas sobre su vestidura para escandalizar. Llegó a Dénestornya vestido con su peculiar uniforme: gorro rojo de soldado raso, chaqueta de oficial con muchos menos botones de los debidos, pantalones de *jockey* color caqui, manchados, y botas con flecos dorados.

Después de la cena, mientras la condesa Róza se quedaba en el salón amarillo, que utilizaba también como despacho, para escuchar los informes de Ázbej, los tres jóvenes entraron en la biblioteca. Era una habitación en la torre, justo encima del apartamento de Bálint. A lo largo de las paredes circulares había armarios de tejo, con puertas de hoja doble. Había tres entre cada ventana, repletos de libros antiguos, acumulados durante generaciones. Con el paso del tiempo los armarios originales se habían quedado pequeños, por eso, encima, habían construido otros nuevos; pero pronto los libros habían llegado a ocupar por completo las nuevas estanterías. Desde la pared, los bustos de los siete sabios miraban a los que se sentaban a la mesa de tapete verde.

El barón Gazsi se quedó contemplando los libros, László y Bálint se sentaron a la mesa, iluminada por una lámpara colgante. Primero charlaron amistosamente, pero enseguida empezaron a discutir. Gyerőffy comentó el resultado de sus negociaciones con Szaniszló, y dijo amargamente que lo que más le gustaría sería venderlo todo y abandonar Transilvania. ¿Para qué vivir allí, en aquel mugriento condado? Se iría adonde fuera. Viviría a lo grande mientras pudiera, tal vez en el extranjero... Bálint se opuso. Las palabras de László ofendían su fe más íntima, fundada en el ejemplo de su abuelo y en los escasos comentarios de su madre; la fe por la que había vuelto del servicio diplomático.

—¡No debes irte! ¡No debes!

—¿Por qué no? ¡Me importa un bledo todo esto!

Bálint se puso furioso, se levantó de un salto con las venas de la frente hinchadas.

—¿Qué ibas a ser tú fuera de Transilvania? ¡No un nombre, sino un número, un don nadie! Aunque seas artista, el arte tiene valor si crece en la tierra patria, si no, es solo un papel. Y no debes despilfarrar tu fortuna porque no la has ganado tú, sino que la has heredado. ¡Tener una fortuna conlleva obligaciones! ¡Obligaciones por el bien de los demás!

—¿Qué quieres? ¿Que me meta en política como tú? —preguntó László con desdén.

—La política es la vida misma. No la política de los partidos. Cuidar de la casa, ocuparme de la granja, del pueblo, es también política, como ayudar en todo lo que genera bienestar y cultura.

El barón Gazsi le interrumpió:

—Es interesante lo que dices —dijo y levantó su nariz de pájaro carpintero.

—¡Es así! Eso es lo que te da derecho moral a la fortuna que has heredado. Pero implica obligaciones. Y tu origen te obliga, sí, ¡te obliga!

László se rio con intención de ofender:

—¡No soy tan *ahnenstolz* como tú!

—¿Qué es ser *ahnenstolz*, tener «orgullo de estirpe»? El que se remite a sus antepasados para presumir, gracias a que sus partidas de nacimiento no se perdieron, es un animal. Pero es indudable que el ejercicio de una determinada capacidad



durante varias generaciones permite al fox terrier entrar con más facilidad en la zorrera que al perro faldero, y hace que el sabueso tenga mejor olfato que el pastor húngaro. La nobleza húngara ha gobernado y servido durante siglos y siglos. Ha servido a su pueblo, a su condado, a su iglesia y a su país. Ha servido gratuitamente, *honoris causa*.

—¡Oh, qué altruistas han sido! —se burló László.

—No. No se trata de altruismo, sino de que han aprendido a ver las cosas desde el punto de vista de la comunidad y a armonizar sus intereses con los de los demás. Nuestros nobles han desarrollado esta capacidad, igual que los *Junker* alemanes el espíritu militar, o los judíos y armenios el talento comercial. No es casualidad que hoy día en que la capacidad de gobernar es indispensable, todos los líderes sean de nuestra clase. No debemos rechazar esa tarea hasta que todo nuestro pueblo desarrolle un sentido de la responsabilidad social, como parece que lo ha hecho el pueblo alemán.

Solo ahora se dio cuenta Bálint de que su madre estaba en la habitación. La condesa Róza esbozó una sonrisa suave y con su mano regordeta acarició el cabello de László.

—Voy a enseñaros una cosa, hijos —dijo, y entró en su habitación, de donde sacó un cuaderno amarillento. Volvió, se sentó debajo de la lámpara y leyó—: «Sé que pongo un gran peso sobre tus hombros al pedirte que te ocupes de todo, pero los inquilinos solo velan fríamente por sus intereses y los administradores por los tuyos. Yo espero más de ti. La relación patriarcal que existió durante siglos entre el terrateniente y su pueblo no ha desaparecido con la abolición de la servidumbre. Hay que dirigir, ayudar, cuidar a los que son económica y culturalmente inferiores. Considéralos tus hijos, tanto a los del pueblo como a tus criados. Sé severa, pero justa y comprensiva. No es casual que la lengua húngara use la misma palabra para designar a la familia y a la servidumbre...».

La señora Róza miró a Bálint. Sus ojos saltones brillaban.

—Es la tradición de nuestra familia. Así pensaban tu padre y el mío, así quiero también yo que continúe, y en esto espero que crea tu hijo también algún día...

Los tres jóvenes escucharon emocionados las palabras de la señora Abády. László se inclinó y le dio un beso en la mano. La condesa se levantó.

—Creo que ya han servido el té y las frutas en almíbar —dijo, y volvieron al salón.

—Siento mucho haberme puesto tan furioso —le dijo Bálint a László cuando se despidieron en el pasillo.

—No, soy yo el que siente haberte ofendido —contestó László y añadió—: soy tan desgraciado...

László estaba ya cambiándose cuando alguien llamó a la puerta.

Era Ázbej. El hombrecillo de la cara peluda se deshizo en reverencias pidiendo disculpas por la molestia.

—He oído que usted, señor conde..., que al conde Szaniszló Gyerőffy..., que usted, señor, no ha podido convencerlo... Si me honrara con su confianza, yo sin duda podría hacerle saber al señor conde que el deseo legal de usted es... porque el señor conde no podría negárselo si yo... —Y comenzó a citar artículos, leyes y disposiciones—. Yo, con todo mi respeto, soy abogado, pero me ocupo exclusivamente de los asuntos de la señora condesa. No me ocupo de otros asuntos porque la sirvo con todas mis fuerzas. Pero como usted, señor, es familiar de la condesa... puesto que es así, podría encargarme del caso... Naturalmente, haciéndole un favor.

Gyerőffy se alegró mucho de la propuesta de Ázbej. Y firmó una autorización general que este le puso delante. Era una autorización sin condiciones y sin límites. Pero László no dudó en firmarla.

Querido Bá:

Quiero pedirle un gran favor. No puedo confiárselo a nadie. Cómpreme, por favor, un pequeño revólver Browning, ¿sabe?, ese de bolsillo. Pero uno de verdad, no un juguete. Me acuerdo de haberlos visto en la tienda de Emil Schuszter en Kolozsvár. Y también cartuchos adecuados. Hágamelo llegar aquí, a Almáskő, sin llamar la atención. Lo hará, ¿verdad? ¡Quiero sorprender a Pali Uzdy!

*Yours sincerely,*

Adrienne

PD. ¿Me lo podrá enviar dentro de dos o tres semanas?

El «sin llamar la atención» y el «sorprender» estaban subrayados dos veces.

La carta había llegado a finales de agosto.

Bálint la leyó sentado en el antepecho de la ventana. ¡Qué cosa más rara! Era extraño que quisiera comprarle un regalo a su marido. «Y que me lo pida justamente a mí», pensó amargamente. Algo habría ocurrido entre Adrienne y su marido, si ella quería comprarle un regalo. Hasta ahora no había tenido la impresión de que buscaran ocasiones para complacerse el uno al otro. ¿Qué habría pasado? Quizá... algo había cambiado en su relación... se había normalizado... como una relación entre hombre y mujer... Tal vez se habían reconciliado después de cinco años de matrimonio, tal vez Adrienne ya no lo aborrecía tanto...

A Bálint le dio un vuelco el corazón. ¡Sí! Seguramente se habían reconciliado. Pues bien. Mejor. Así él también podría librarse de ese deseo acuciante tan peligroso, porque significaba esclavitud, una cadena invisible que lo ataba a Adrienne. Sería más fácil renunciar a esa aventura tonta... Decidió hacerle el favor. Sí, le compraría el Browning. Incluso se lo llevaría él mismo a Almáskő y se lo entregaría personalmente. Eso sí, sin llamar la atención. Le diría un par de palabras secas, nada más. Para que Adrienne viera que había entendido el sentido simbólico del regalo. Para que no pudiera reírse de él ahora que se llevaba bien con su marido... Se puso a buscar palabras ambiguas, de doble filo, pero no le vino a la mente nada altivo y sarcástico, sino solo frases amargas y ofensivas. Tampoco se le ocurrió nada mejor mientras viajaba en el tren aquella mañana de domingo de principios de septiembre, con el revólver en la bolsa; ni más tarde, de camino de Bánffyhunyard a Almáskő en el carruaje de los Uzdy.

Al llegar a Nagymás el cochero le preguntó:

—¿Me permite, señor conde, recoger al reverendo?

El sacerdote franciscano, ya algo canoso, les estaba esperando en el mercado. Se sentó al lado de Bálint, y continuaron el camino. El cura le contó que el segundo domingo de cada mes celebraba misa en la capilla del castillo.

—Yo creía que los Uzdy eran protestantes —dijo Abády.

—Solo el conde y su joven esposa. Pero la señora condesa y algunos criados son

católicos... —contestó el franciscano, y ya no siguió con el tema.

Apenas bajó Bálint del carruaje, Adrienne cruzó el patio para saludarlo. El viejo mayordomo, Maier, se fue con el reverendo y se quedaron solos.

—¿Me lo ha traído? —preguntó Adrienne en voz baja, para añadir más alto—: Vamos al parque. ¡No me gustan nada estas habitaciones!

Se sentaron en el mismo banco en el que ya se habían sentado la vez pasada. Bálint quedó impresionado de nuevo por el sombrío paisaje. Algunas hayas lucían su follaje dorado, pero las encinas estaban oscuras, casi negras; solo las dos paredes del castillo reflejaban los rayos del sol. La conversación no era fluida, como si los dos estuvieran pensando en otras cosas. Desde la ventana de la planta baja oyeron la campanilla y la voz del cura: «*Dominus vobiscum...*».

Por el sendero más alejado del jardín apareció la figura larga de Pali Uzdy. Iba con su madre cogida del brazo, y siguieron con pasos acompasados hacia la huerta.

—¿Cómo es posible? ¿La vieja condesa no está en misa? —preguntó Bálint mirando a Adrienne.

Su cara lo asombró: un brillo interior irradiaba de su tez, tenía la barbilla levantada, los ojos amarillos abiertos de par en par. Le recordó a la máscara de Medusa, ¡aterradora y espléndida! Los labios se le entreabrieron en una sonrisa de satisfacción indescriptible. Su mirada siguió a la pareja, y no contestó a Bálint hasta que desaparecieron de la vista.

—¿Qué...? ¡Ah, sí, mi suegra! —dijo y soltó una risa casi triunfante—. Es que, Bá, ella también está totalmente loca. ¡La vieja le ha cogido manía a Dios! ¡Sí, sí! No le habla. No, no es atea. ¡Qué va! Todo lo contrario, es muy creyente. Pero se enfadó con él cuando su marido se volvió loco y murió, porque le había suplicado y le había hecho votos en vano; Dios se lo llevó. Desde aquel día no va a misa ni reza. En su alcoba puso la imagen de Cristo cara a la pared. Sin embargo, trae al cura como antes, tal vez para que el viejo Maier y los pocos criados puedan cuidar de su alma. Pero yo pienso que lo hace para demostrarle a Dios que ella lo rechaza por no haberla obedecido.

—Es muy trágico si es cierto...

La risa de Adrienne sonó cruel:

—No puede soportar que su voluntad no se cumpla. Quiso forzar a Dios y ahora lo castiga.

A la hora de comer fueron cinco: los de la casa, Bálint y el cura. Antes de sentarse, el cura bendijo la mesa. Recordando las palabras de Adrienne, Bálint observó de soslayo a la condesa. La vieja señora Uzdy no rezó, tampoco juntó las manos ni se santiguó. Esperó con los brazos caídos y la mirada perdida en la lejanía; pero mantuvo la cabeza, coronada por su cabello níveo, más erguida de lo habitual.

El anciano mayordomo sirvió la comida en silencio.

La conversación apenas arrancó. Bálint estaba pendiente de todo con los sentidos aguzados. Tuvo la sensación de que el ambiente era más incómodo, más tenso, distinto a la vez pasada. Adrienne dirigió la conversación, alegre y un poco ruidosa, como si estuviera más segura de sí misma y confiara en que así podía encararse con su suegra y dominar a su marido. Uzdy también parecía diferente, como si se humillara a propósito, como si fuera más atento. Daba la impresión de que mediaba entre su mujer y su madre. Tal vez Adrienne se había liberado. Bálint no veía otra explicación. No obstante, le costaba creerlo, y al ver la mirada de Addy, los labios sonrientes, su forma de sentarse, más relajada, tuvo la sensación de que había algo más detrás de todo, algo desconocido y misterioso. Algo de «qué más me da», algo que no era tan sencillo y cotidiano como él imaginaba. Varias veces sintió sobre sí la mirada de Uzdy, y en sus ojos había burla, desdén, o algo más ofensivo: lástima.

Después de comer salieron a la terraza con Adrienne.

Más tarde se fueron a dar un paseo.

—Voy a llevarle al monte del castillo —dijo Addy—, verá qué fabulosa vista tiene.

Uzdy fue con ellos solo hasta la esquina del ala suiza.

—Yo, desgraciadamente, no puedo acompañaros porque tengo que apuntar los informes diarios de la granja en los libros de registro. —Y al ver la mirada interrogadora de Bálint, explicó—: Todos mis administradores me hacen un informe diario sobre el tiempo, el forraje, los jornaleros, los trabajos, la leche y la cría; es decir, sobre todo. Y por las tardes los registro en la sección correspondiente. Después trazo gráficas. Es cierto que es un trabajo tedioso, pero de esa manera me entero de todo; aunque no esté en el campo, la gente me teme. ¡Es estupendo! —dijo entre carcajadas y se despidió—: Ahora dejo a Adrienne a tu cargo, en tus manos. ¡En las mejores manos! En las manos más expertas. ¡Confío en que la cuides..., por supuesto que sí! —Subió por las escaleras crepitantes del porche con pasos medidos, y desde arriba les dijo—: ¡Id a pasear! ¡Pasear es estupendo! ¡Sí, claro! ¡Pasead! —Y su figura espigada desapareció tras la puerta.

Llegaron a las ruinas en media hora. Primero alcanzaron el arco de roca abierto artificialmente. El camino serpenteaba entre muros de tres o cuatro metros. Iba hacia Nagyalmás. Para ascender al castillo había que desviarse por un sendero angosto y subir a lo alto de los muros de roca. La pendiente era muy abrupta, pero desde allí un prado de suave caída llevaba hasta las ruinas.

Apenas hablaron, solo Adrienne preguntó una vez por el revólver: «¿Me lo ha traído, verdad?». No dijeron nada más. Arriba se sentaron en un montón de piedras, y Adrienne se lo pidió. Bálint le dio el pequeño Browning. Estaba en un estuche de cuero, junto con los dos cargadores y los cartuchos.

—¡Qué bonito! —exclamó la mujer como una niña alegre con un regalo.

Lo sacó con habilidad, se notaba que había practicado con los revólveres de Uzdy. Lo examinó con ojos expertos, le puso el cargador y cerró el cañón.

—Ahora vamos a ver cómo va —dijo, apuntó a una encina que estaba a diez pasos, y disparó. La bala abrió una fina herida amarilla en el tronco—. Es bueno, muchas gracias; y usted es muy amable por habérmelo traído personalmente.

Bálint quiso encontrar palabras irónicas que pudieran resultar ofensivas, para indicarle que no era tan tonto como para no notar el cambio. No se le ocurrió nada, pero al final le preguntó de modo duro y provocador, aunque con un deje de broma:

—¿Para qué clase de acontecimiento familiar necesita el regalo?

—¿Regalo? ¿Para quién?

—Para su querido... marido.

—¡Oh, oh, oh! —La mujer rio a carcajadas—. ¿Usted cree... ha creído...? ¿De verdad *te* lo has creído?

—Pero en su carta decía...

Adrienne reprimió su risa, y guardó el arma en la bolsa que había llevado consigo.

—Escribí que quería sorprender a Uzdy. Y es cierto... Tuve que escribirlo porque si no, no me lo hubieras comprado.

—No lo entiendo...

La mirada de Adrienne se ensombreció. Sus ojos topacio, con las pupilas apagadas, se perdieron en el paisaje refulgente, por el valle del río Almás, y cruzaron las lejanas líneas azules de las colinas. Apoyó la barbilla en el puño, sus labios se torcieron en una mueca rebelde. Habló bajito, de forma entrecortada:

—He decidido no dar a luz a más hijos para... para esos. Me los quitarían de todas maneras. No tiene sentido. ¡No! ¡No voy a hacerlo nunca más! ¡No soy un animal reproductor! ¡No! Si me quedara otra vez... —Guardó silencio por un momento y continuó decidida—: Si no puede ser de otra manera, me pegaré un tiro... —Rio amargamente, pero con cierta satisfacción—. ¡Esa será la sorpresa para Uzdy!

Bálint la escuchaba con el corazón petrificado. Se llenó de temor y de lástima; se le saltaron las lágrimas.

—¡Addy! ¡Querida Addy! ¡No debe hacerlo! ¡No debe!

Cogió la mano de la mujer, suave, permisiva; sus dedos flexibles, sin voluntad. Y después de la mano, cogió su brazo, su cuerpo... Adrienne le estrechó la mano con fuerza, y lo apartó:

—No, ahora, no. Déjame...

Se levantó y se fue hacia la torre. Continuó charlando alegremente, como queriendo borrar el efecto de sus palabras.

Habían pasado un buen rato arriba, y cuando volvieron, el sol ya se estaba poniendo.

Llegaron al prado, donde cada uno siguió una vereda: Bálint se fue camino arriba; Adrienne, camino abajo para evitar la peña que formaba el arco de roca. La vereda de

abajo pasaba por el borde de las rocas. Abády estaba a punto de advertirle a Adrienne que era peligroso, cuando ella levantó los brazos tomando impulso y desapareció. Saltó sin gritar, sin hacer ruido, silenciosa. Ni siquiera se desprendieron piedras. Tras el terrible silencio del horror, Bálint, asustado, corrió hacia abajo. Adrienne estaba de pie limpiándose los guantes, porque se había apoyado en el barro. Se rio.

—¡Qué tontería! ¡Me he resbalado! —mintió—. Afortunadamente el barro está blando. No, no me he hecho daño... Esa peña no es tan alta... En las clases de gimnasia a menudo saltábamos desde estas alturas... De adolescente, era la mejor, ¿sabes?

Continuó contando anécdotas, bromeando; estaba muy pálida, solo al final del paseo recobró el color.

No bajó a cenar.

—Mi nuera no se encuentra demasiado bien —comentó la condesa viuda con su voz fría, ritual. Uzdy parecía estar distraído, preocupado. Frunció sus cejas achinadas de Mefisto. Sin embargo, charló, bromeó y soltó algunas carcajadas sardónicas por compromiso. A lo largo de la noche salió varias veces del salón. Más tarde se oyó el traqueteo de un coche que salía del patio a galope tendido. El «clac-clac» de los caballos se perdió en la lejanía. Sobre las diez, todos se retiraron a sus habitaciones.

Bálint se acostó con los dientes apretados, pensando en los sucesos del día. Ahora veía claros los motivos y las consecuencias... ¡Pobre Addy! Estaba tan decidida, tan desesperada... Solo ahora lo comprendía todo... ¡Pobre Addy!

A medianoche oyó de nuevo el ruido de un coche, susurros y pasos apresurados por el corredor. Probablemente había llegado el médico. Volvió a reinar un silencio profundo, solo el corazón del joven contaba los minutos. Y pasaron muchos de temor y agobio.

¡Pobre Addy! Comenzaba a amanecer cuando se durmió. En su duermevela oyó alejarse un carruaje...

Se despertó muy pronto. Inquieto. Alguien estaba paseando por el corredor: era el viejo Maier.

—Ahora mismo le traigo el desayuno —dijo, y se fue hacia la cocina; al cabo de unos minutos volvió con su andar imperceptible.

—¿El señor Uzdy ya se ha levantado? —preguntó Bálint por decir algo. Los ojos grises del mayordomo reflejaron todavía más tristeza de la habitual.

—El señor conde se ha ido esta madrugada.

—¿Se ha ido? —se sorprendió Abády.

—Sí. Esta madrugada. A su granja de Bihar.

Bálint vaciló un rato. Quería preguntar por Adrienne, pero no sabía cómo hacerlo. Maier ya estaba en la puerta cuando le preguntó en tono desinteresado:

—La joven condesa... por favor, la joven condesa...

Maier contestó solo con un gesto: levantó la mano derecha, encogió los hombros y salió.

«Es horrible —pensó Bálint—. No puedo marcharme así, sin saber nada. Es preciso que me entere de cómo está». Rápidamente tramó un plan. A la vieja condesa no podía preguntarle, y ella tampoco le diría nada. Con Maier ya lo había intentado. Interrogar a los demás criados sería mezquino y vil. Le quedaba un único camino. Tenía otra secreta razón, no confesada, que le aconsejaba lo mismo. Era la voz de un deseo acuciante. Bálint lo escuchó sin querer, pero no le hizo caso, ¡solo quería obrar conducido por la piedad! Sin embargo, cuando se sentó a la mesa para escribir un mensaje, su cara no reflejaba lástima, sino el afán de quien espera conseguir un objetivo.

«A mediodía me voy. U. se ha marchado. ¡Sería terrible irme sin verla! ¿Cuándo volveré a verla? Le suplico que me dé un minuto... Ahora no importan las convenciones. ¡Se lo suplico! Humildemente...».

Lo apuntó en su tarjeta. En el escritorio encontró un sobre. Lo cerró.

Tras vestirse y hacer las maletas, salió al corredor. Dio unas cuantas vueltas esperando a la doncella de Adrienne, Jolán, a la que había conocido en Kolozsvár. Al poco tiempo la vio venir.

—Si... si es posible, le ruego que le dé esto a la condesa... En caso de que no tenga fiebre, si es posible... y si hay respuesta, estaré aquí, no me iré.

La doncella desapareció por el corredor. Bálint estuvo esperando, y a través de la ventana vio a la señora Uzdy salir de la casa.

«Mejor», pensó, y continuó esperando. Ya comenzaba a desesperarse cuando llegó Jolán con el sobre abierto en la mano. Había en él unas palabras en inglés escritas a lápiz: «*In a half an hour*». «En media hora. Pues bien», pensó. Miraba el reloj cada dos o tres minutos. Por fin pasó la media hora y salió hacia la esquina del corredor. Intentaba andar pausadamente, de manera regular. No le resultó fácil. Tenía la sensación de que sus pies no tocaban el suelo y el corazón le latía en la garganta. Dobló la esquina, y delante de él se abrió la parte desconocida del corredor. A la derecha había puertas, como en un hotel, y al fondo otra más. La doncella le esperaba allí. Le abrió la puerta en silencio, y Bálint entró en la habitación.

Las contraventanas estaban cerradas, las cortinas echadas. La habitación, sumergida en una oscuridad absoluta. Era una negrura aromática, impregnada por un olor parecido a la almendra o al clavo; pero no era un perfume artificial, sino algo suave, embriagador, cálido; el aroma íntimo de una mujer. Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y vislumbró la cama de Adrienne, que estaba entre la tenue claridad de las dos ventanas.

Era una cama muy ancha y muy baja, parecía más bien una cama turca, cubierta de encaje que caía por todos los lados. Solo una mancha negra interrumpía las olas níveas: el pelo suelto de Adrienne, que dibujaba dos triángulos a cada lado de su rostro. Su cabeza tenía un aire oriental, casi egipcio. Con la tez marfileña, la nariz



fina, apenas curvada, la boca ancha, el pelo parecido a una peluca de negro crespón, era la misma diosa Hathor o el Sefk de cabeza de león. Estaba tapada hasta la barbilla, su cabeza parecía flotar encima de la puntilla.

Bálint tuvo que esforzarse para dominar sus emociones y poner cara inexpresiva; y tenía razón al hacerlo, porque los ojos de Adrienne lo miraron asustados, con recelo y desconfianza, casi amenazadores. Bálint habló con soltura, bromeó con su voz habitual, como si hablara ante cientos de personas en un salón, en un baile en presencia de esas viejas malignas que son todo oídos...

—No debe asustar a la gente haciendo esas tonterías.

La cara de Addy se iluminó con una sonrisa minúscula, y dijo con un leve reproche:

—¿Habría preferido la otra solución?

Hablaron unos minutos más, pero posteriormente Bálint no pudo recordar sobre qué. Tuvo que controlarse con todas sus fuerzas para que Addy no notara su deseo. Logró mantenerse frío y distante cuidando de que no le delataran una mirada o un gesto, pues sus sentidos se hallaban excitados por el hechizo de la mujer. A través de la manta apreciaba las curvas de su cuerpo; observó de soslayo su cara, siempre cambiante, siempre nueva. Y supo leer en ella: una cara preocupada, pero extrañamente alegre, que reflejaba una felicidad inconsciente. Tal vez sabía que estaba hermosa, que resultaba deseable; y que si un hombre la veía ahora así, nunca la olvidaría, no cesaría de perseguirla... Sus ojos topacio, su frente triste, sus labios carnosos reflejaban una mezcla de desesperación y felicidad. Quizá habría sido más inteligente no haber dejado que Bálint entrara, ¡que la viera en la cama! Sin embargo, disfrutaba con haberle permitido la visita, dejándose ver así, tan encantadora.

La aparente indiferencia de Bálint la calmó. Sacó una mano de debajo del edredón, sin destapar el hombro, y se la dio.

Ahora tenía que irse. Marcharse rápidamente, por si lo necesitaban. Se inclinó sobre ella, sus labios se acercaron a los suyos, pero vio la mirada aterrorizada de Adrienne, y le dio un beso casi fraternal, frío. Desde la puerta le dijo en inglés: «*Yours truly!*». Afectuosamente suyo. Era una fórmula para concluir cartas, y un compromiso para siempre.

En el corredor le deslumbró la luz intensa del sol. Creyó que se quedaría ciego. Con los párpados cerrados no vio danzar ruedas de fuego, sino la cara egipcia, con los rizos serpenteantes y los preciosos ojos aterradores de resplandor amarillo.

Volvió a su habitación sin que lo vieran. Luego, visitó a la señora Uzdy, y fue capaz de charlar sobre nimiedades con la anciana hasta que se marchó en landó hasta Bánffyhungyad. Ahora que el peligro de ser descubierto había pasado, solo ahora, mientras atravesaba valles y montes a gran velocidad, soltó las riendas de su pasión. Le pareció que volaba con las alas desplegadas por encima del mundo entero, sobre bosques y prados, sintiendo los pulmones hinchados de aire y la sangre corriendo por sus venas. Como si hubiera bebido una pócima mágica, dulce, sintió arder todo su

cuerpo; el veneno eliminó los frenos, las prohibiciones, las precauciones, no quedó nada de los argumentos sabios que le habían aconsejado prudencia. Pensó que sería peligroso y fatal que Adrienne fuera su amante. Se liberó en él el instinto del cazador que no conoce obstáculos, leyes ni piedad, sino solo el deseo imperioso, acuciante, avasallador, y que mata si es necesario.

Su imaginación evocó borrosas fantasías lascivas, voluptuosas y sensuales.

## SEXTA PARTE

En otoño de 1905 comenzó lentamente de nuevo la vida social en Budapest. Los teatros habían vuelto a abrir sus puertas, y habían anunciado un par de conciertos. La señora Berédy había vuelto de la finca. No le gustaba estar en el campo, y menos en casa de su marido. Pasó allí el tiempo necesario, pero no más. Su séquito, Szelepcsényi, d'Orly y los demás ya estaban en la ciudad. Volvió a celebrar las famosas cenas de los miércoles.

Ese día tenía un invitado menos, pues no había sustituido a Wárday. La única diferencia consistía en que László era el primero en despedirse, mascullaba alguna excusa y se marchaba un rato antes. En la escalera se ponía el abrigo y desaparecía detrás de una cortina gruesa que tapaba otra puerta. Entraba en un vestíbulo minúsculo que tenía dos puertas: la izquierda daba a la escalera de servicio, la derecha a la alcoba de Fanny. Entraba por la derecha y echaba el cerrojo. Tenía que cumplir el plan punto por punto todas las noches. La bella Fanny le había enseñado todos los detalles. Tenían que evitar todas las sospechas. Podía ocurrir que la doncella entrara en la alcoba para recoger algo y ¡lo encontrara allí! No debía suceder. Sería fatal. Su marido lo había dejado muy claro: «Puedes hacer lo que te dé la gana, no me importa. Yo también hago lo que me place. Pero no quiero enterarme de ello, y tampoco quiero que se entere la gente. ¡Ni siquiera los criados! Si hay cualquier prueba contra ti, ya sabes lo que pasará...». Lo había dicho hacía mucho tiempo y una sola vez, cuando dejaron de tener vida matrimonial, pero Fanny conocía bien a su marido, y sabía que le gustaría librarse de ella si tuviera ocasión. Ocho años más tarde todavía recordaba su mirada fría de reptil, y la mueca despiadada en su boca carente de labios.

Esas palabras habían condicionado su vida. Sus amantes no iban a verla más que cuando había también otros invitados para cenar. Los criados, al terminar la faena, se acostaban. En el pequeño palacio solo se quedaba despierto el portero, porque si llamaban a la campanilla abría el postigo del portalón francés con un cabo que estiraba desde su garita. El amante de turno solo se quedaba una hora más que el resto de los invitados; nadie controlaba a qué hora se marchaban, ni si se marchaban de uno en uno o en grupo; que el último saliera algo después de las doce no era nada insólito según las convenciones sociales. A esa hora podía amar al hombre objeto de su deseo en su enorme y lujosa cama. Pasaban un rato feliz, apasionado, en su alcoba amueblada con fines amorosos, donde ella se ponía algún *negligé* atrevido, especial, distinto cada vez, con el que resultaba más encantadora que desnuda. Bajo la luz rosa, en alfombras tupidas, entre espejos sutilmente armonizados, saboreaba todos los placeres que cabían en una hora. Recibir a su amante en la casa Berédy la complacía aún más: era un triunfo ser más lista que su marido. Pasados los sesenta minutos,

sonaba el despertador, el joven se iba, y ella se dormía contenta y gloriosa en su cama revuelta, llena de recuerdos sensuales.

László y Fanny solo podían tener ese tipo de encuentros una vez por semana. Tuvieron que alquilar un lugar donde poder citarse más a menudo. El piso de László en la calle del Museo estaba muy lejos y en el gran edificio de apartamentos cualquiera podía ver a Fanny; además, estaba en un barrio lleno de palacios y de conocidos. No, ella no podía ir a casa de László. Necesitaban un sitio cerca del castillo, donde pudieran llegar en unos minutos, en una calle apartada del bullicio, en una casita pequeña. László encontró pronto un lugar idóneo en la colina del castillo. Era una casa de planta baja, cuyas dos entradas daban a calles distintas. Había una sastrería en la parte trasera que les servía de tapadera. Arregló la habitación, que naturalmente era muy pobre. Tapizó las paredes con telas lujosas, puso cortinas gruesas, compró una cama turca. Todo del mismo color gris metálico que tan bien iba con el cabello rubio y la piel rosada de Fanny. Lo convirtió en un nido acogedor, en la antítesis de su piso de alquiler feo y destartado. De nuevo decidió cambiar de piso cuanto antes.

La habitación de las citas costaba mucho, unas cuatro mil coronas, pero László no se preocupaba por los gastos. En las cartas o se ganaba o se perdía. Si ganaba daba igual; si perdía, ya no importaba. Tenía dinero de sobra. Gracias a que el excelente Ázbej había amenazado al viejo Szaniszló con presentar una «demanda judicial para anular la propiedad común», el mismo Szaniszló compró los bosques de László. Con eso pudo pagar las deudas y se quedó con el resto, que era una suma considerable. ¡Ese Ázbej era un excelente abogado! Aunque algunos le habían dicho que había vendido el bosque muy barato. Tal vez, pero de esa manera había obtenido el dinero inmediatamente, que era lo único que le importaba. ¡Si hubiera esperado más, los intereses de los usureros hubieran sido equivalentes a la diferencia! Realmente todos habían ganado con el negocio, tanto László como Szaniszló y Ázbej.

La señora Berédy le animó a volver a matricularse en la Academia de Música. Iba a las clases, pero era poco disciplinado. Tenía la sensación de que al perder a Klára había perdido también su creatividad musical. No oía melodías como antes, cuando todo lo que percibía se transformaba en música. Su tren de vida también había socavado sus energías creadoras y su capacidad de trabajo. Se levantaba tarde, andaba dormido. Tocaba el piano unas horas, sin demasiado interés. Si no tenía cita con Fanny, estaba en el casino o en el Club Parque vagabundeando desde primera hora de la tarde, esperando la partida de póquer —al principio de la temporada no las había de bacará—, que solo interrumpía para ir a cenar. Por las noches bebía cada vez más para librarse del sentimiento de culpa y los remordimientos. Acudía a dos narcóticos: las cartas y el alcohol.

Septiembre pasó con muchos altibajos políticos. Se alternaron días de esperanza y de

desesperación: los ministros del «gobierno de guardias» aceptaron el cargo sin vergüenza; los antiguos, dimitieron. En tres días hubo discursos de investidura y dimisiones. El rey mandó llamar a los líderes del Parlamento —euforia general y confianza—, a los que les leyó cinco puntos muy severos; de hecho, los había llamado precisamente para eso —rabia e indignación por todo el país—. Resultaba cada vez más evidente que la política había llegado a un callejón sin salida, que no podía desarrollarse sin que unos u otros se sintieran humillados. La propuesta sobre el sufragio universal, que a mediados de septiembre había convocado a treinta o cuarenta mil obreros en el Parlamento, amenazaba con provocar una tormenta real en los partidos.

László apenas se había enterado de nada. Iba camino de la Academia de Música cuando coincidió con la marcha de los obreros: una masa vestida de negro avanzó en miles de filas. Una multitud silenciosa, sombría, muda. Fue una escena espectacular, pero para él, que vivía en un mundo marcado por la amargura interior y por la música, no significó nada. Menos incluso que las discusiones políticas que a veces escuchaba en el casino, donde «entre nosotros» se soltaban serios comentarios nacionalistas y beligerantes contra el emperador. Algunos eran tan duros como un discurso de destronamiento, sin embargo nadie los tomaba en serio, pero sonaban bien y no acarreaban problemas.

László comía o cenaba a menudo con compañeros que hablaban de política, pero todo lo que decían le dejaba indiferente. Los otros pensaban que su mutismo escondía una despreocupación distinguida, pese a que estaba dominada por una pereza mental, una vaciedad y una falta de ideas que le pesaban como un sombrero de plomo. Ni siquiera las tardes de amor con Fanny en la casita de la calle Donát le alegraban el alma. Al anochecer, cuando bajaba desde el monte, con los besos de la bella mujer en la boca, solía detenerse a orillas del Danubio. Las farolas del muelle se reflejaban en el agua gris: miles de luces que se alargaban en las olas, palillos azafranados, miles de llamas por las orillas infinitas. Y enfrente, el cielo sobre la enorme cúpula del Parlamento, con jirones de humo y un silencio profundo. El silencio de la ciudad crepuscular. Se apoyaba contra la barandilla de hierro del muelle Margit. Contemplaba largamente el gran río en cuyas olas se balanceaban gaviotas, colimbos y patos.

Se perdía en sus pensamientos, pero nunca por la cita que acababa de tener. No veía la imagen de la mujer de la que acababa de despedirse, no recordaba sus ojos felinos, sus labios voluptuosos, su hermoso cuerpo desnudo adornado únicamente con perlas. Un collar de cinco vueltas de perlas blancas tan grandes como guisantes, que armonizaba perfectamente con su piel rosada. Se lo ponía en la cintura, en el cuello, en los hombros o en los muslos, como si fueran cadenas preciosas, enmarcando las curvas de su cuerpo y el valle cubierto de vello dorado. Fanny siempre llevaba encima ese tesoro desde que su marido se lo regaló por la boda, y tal vez las perlas cobraban tanto brillo debido al contacto permanente con su cuerpo. Como si todo su

amor no existiera, László se sentía solo, perdido en ese mundo sin fines. Y se preguntaba si no sería mejor morir.

Se quedó mirando el Danubio, luego se fue paseando al casino, donde tomó un baño, se cambió de ropa, leyó la prensa, cenó y jugó a las cartas hasta muy entrada la noche. Fue el último en irse del club; lo hizo con pérdidas, porque ya ni siquiera el juego le interesaba. Volvió a casa en simón, y no recordó ni una sola vez a la bella pantera de cuyo amor había gozado esa misma tarde.

Pasaron semanas de impotencia. Fue un tiempo sin acontecimientos, apenas llegaron a herirle algunas noticias; sintió un pinchazo de dolor momentáneo cuando el tapicero al que le compró tres cojines para la casita, le enseñó orgullosamente un tresillo de cretona, encargo de Imre Wárday. Días más tarde, recibió un sobre con un mensaje en letra impresa: «El duque Lajos Kollonich de Kraguvác y Knin y señora, la condesa Ágnes Gyerőffy de Kis-Kapu, tienen el placer de anunciarle que la boda de su hija —hijastra—, la duquesa Klára Kollonich de Kraguvác y Knin, se celebrará el día 14 de octubre...». Un pinchazo más. Ese mismo día Wülffenstein y Niki Kollonich, con quienes compartía mesa, acordaron que irían juntos en el automóvil a Simonvásár para la boda. Otro dolor agudo, inesperado, que solo por un momento pudo traspasar su desinterés voluntario. Como si las noticias le hubieran llegado desde un mundo perdido, que tal vez no había existido nunca.

Los días pasaron monótonos.

Una mañana a finales de octubre la señora Berédy se despertó pronto. Los rayos del sol entraban entre las gruesas cortinas de seda, llegaban hasta los pies curvados de su cama y encendían las flores bordadas de su manta.

Se despertó con una inquietud extraña. Sintió que la angustia le encogía la garganta, sin razón. Aparentemente sin razón.

«Debe de ser muy temprano», pensó y apoyó el codo en la almohada.

Miró el reloj. Eran las seis y media. Continuaría durmiendo. Volvió a acomodarse en su cama suave y cerró los ojos, pero no pudo conciliar el sueño. Estaba pensando en László. ¡Pobre muchacho! Era tan desgraciado pese a que ella había hecho todo lo posible por consolarlo y hacerle olvidar a Klára. ¡Sí, todo! Más de lo que era prudente. Diez días atrás, cuando se celebró la boda de los Kollonich, había corrido más riesgo que nunca, cosa que no habría hecho por otra persona. Había pasado todo el día con László para entretenerlo, para que no estuviera solo. Se habían ido a Máriabesnyő.

Le dijo al joven que sería una peregrinación, que el bosque estaba precioso. Se marcharon juntos en un tren de cercanías, visitaron a la Virgen Milagrosa, comieron en una taberna donde le hizo beber mucho vino, luego dieron una vuelta por el

bosque. «¡Qué bonita está el haya roja! ¿Verdad? ¡Y el carpe! Como si tuviera hojas de cáscara de limón». Se sentaron en el césped, y lo durmió como si fuera su hijo, acariciándole la cabeza. Al anocheecer fueron a otra taberna, pidió vino tinto fuerte y le llenó la copa varias veces, a pesar de que le disgustaba notar el alcohol en el aliento de László. Sin embargo, esa vez lo hizo beber adrede. Logró lo que quería. Poco a poco la tensión y el dolor desaparecieron de la cara de László, ya no tenía el ceño fruncido; sus ojos vidriosos cobraron una mirada indiferente, perdida. Más tarde bromeó. Dijo algunas tonterías e incluso se le cayó la baba. A la señora Berédy le habría dado asco cualquier persona en las mismas condiciones, pero entonces se alegró de verlo así. Se alegró de que su amigo olvidara las penas, y le dio igual cómo lo había conseguido. Tampoco le importó que la razón del olvido no fuera su belleza, amor y devoción, sino que estuviera borracho. En ese momento lo único importante era que no pensara en las nupcias, en la noche de bodas... Solo entonces decidió volver y dejarlo tranquilamente en su piso de la calle del Museo. Estaba muy bebido. Ella se fue en carruaje hasta la plaza Gizella, donde cogió un simón y subió al castillo.

La excursión había sido una imprudencia, ¡pero tuvo que hacerlo! No podía dejar solo a László aquel día fatal. ¡Había sido una osadía enorme! Si su marido se hubiera enterado, hubiera podido usarlo en su contra, era una prueba seria. ¿Y si se fijaba en László? ¿Y si la vigilaba mediante un detective privado que siguiera ese rastro...? Efectivamente, había sido una insensatez por su parte, que hasta ese momento jamás había hablado en público con sus amantes para que la gente no la vinculara con la persona que realmente era su amigo íntimo. Era el único peligro; prefería los chismes equivocados, porque desviaban la sospecha.

Repasó todos los detalles de la excursión. Ella había subido al tren hacia Gödöllő en la estación del Este; László, en la parada siguiente. Apenas había gente en el vagón. Desde el final del trayecto habían ido a pie hasta Máriabesnyő por senderos. Entraron en el bosque caminando. En la taberna no había nadie de la ciudad que pudiera reconocerlos. Para cenar eligieron otro mesón en el que no había un alma, y cogieron el carruaje del mesonero para volver a la estación. ¡No! Seguramente no había cometido ningún error, lo había organizado todo con sumo cuidado y cautela. Pero contra la casualidad no hay remedio. Entre los pasajeros podía haberse encontrado un electricista que hubiese trabajado en su casa y la conociese, o un fontanero... Pero ¿qué interés tendrían en delatarla? ¿Y cómo se les iba a ocurrir dirigirse a su marido? Entonces, ¿por qué ese ataque de angustia?

Fanny reflexionó largamente. En vano intentó animarse, estaba cada vez más inquieta. De vez en cuando miraba el teléfono, cuyo número solo conocían sus amigos más íntimos. Naturalmente, también su marido. Esperaba que sonara en cualquier momento y su marido le comunicara algo fatal... Parecía una locura, pero lo esperaba.

Y el teléfono sonó.



Clavó su mirada asustada en el aparato. Se armó de valentía y descolgó el auricular. Oyó la voz de László:

—Soy yo... Perdóname por haberte despertado... Ha ocurrido una desgracia... He perdido una suma enorme... Quiero verte... quizá para despedirme...

—¿Desde dónde me llamas? —preguntó la mujer.

—Desde la casita... Ya llevo aquí dos horas... pero tengo que hablar con alguien, porque no puedo más...

—¡En media hora estoy allí, querido! ¡Espérame! ¡Espérame! —exclamó Fanny, y saltó de la cama.

Cuando Fanny entró en su casita de amor, encontró a László tirado en la cama turca, a oscuras, con la mirada clavada en el techo. Estaba vestido, solo se había quitado el cuello de la camisa. La mujer se sentó a su lado y encendió la lamparita que tantas noches de pasión los había iluminado. En la mesita había un billete arrugado.

—¿Qué ha pasado, querido? ¿Qué ha pasado?

—He perdido mucho. ¡Muchísimo! ¡Ochenta y seis mil coronas! Me volví loco... Y claro, no tengo tanto, y tampoco puedo conseguirlo de un día para otro... Se ha acabado todo. Si no pago pasado mañana, me expulsarán del casino... No podré seguir adelante... Por eso quería verte... despedirme de ti, antes de irme.

A Fanny se le encogió el corazón, pero se dominó. Se inclinó sobre él y lo besó en los ojos, como era habitual cuando lo trataba como si fuera su madre.

—¡Tus párpados están ardiendo! ¡Espera, te traigo un paño! —dijo; fue al baño, trajo una esponja, una fuente con agua fría y comenzó a lavarle la cara, la frente y los ojos, bañados en sudor—. ¿Te sientes mejor? Te tranquilizará. Es bueno, ¿verdad?

László se calmó un poco.

—Vamos a quitarte este traje —continuó Fanny—. Deja que lo haga yo, ya sabes lo mucho que me gusta desnudarte.

Soltó una risa suave y lo desvistió hábilmente. Le lavó el pecho con la esponja fría y lo envolvió en una bata de seda. La ternura y los mimos mitigaron la desesperación del joven. Fanny se acostó a su lado, y László le contó la terrible historia de la noche pasada.

Todo comenzó cuando se sentó a jugar al póquer después de la cena. Perdió unas tres mil coronas. No era mucho, pero le molestó, sobre todo porque la partida de póquer había acabado a la una. Le dijeron que arriba estaban jugando al bacará, y que además eran jugadores de poca talla. Subió y se sentó a jugar. Su mala suerte continuó: perdió cuatro mil más en fichas de cien. Entonces pensó que si fuera la banca tendría dos oportunidades de ser mano y entonces empezaría con una apuesta más alta. En ese momento ocurrió algo inesperado: Gedeon Pray, que obviamente estaba ganando, lo atacó. Dijo «Banca» a apuestas de mil coronas. ¡Y las ganó todas! Hacia la madrugada la partida se había convertido en un duelo entre los dos. Su

crédito se había acabado hacía tiempo, y apuntaron las sumas en un billete. László corría detrás de su dinero, pese a que era consciente de que no era capaz de liquidar las deudas acumuladas. Con sus apuestas cubrió varias veces la banca de Pray, que tenía una mano extraordinaria. Pray comenzó a negociar pagarle menos en caso de que László ganara, y él lo aceptó para recuperar algo de lo perdido. Al amanecer ya solo quedaban cuatro alrededor de la mesa de bacará, cuando el mayordomo les avisó de que ya eran las seis y tenían que acabar la partida. Se levantaron. Pray quiso marcharse rápidamente, pero Gyerőffy lo retuvo en la escalera.

—Ya que las sumas están simplemente apuntadas en un papel, me permitirás pagar en unas semanas, ¿verdad? Es difícil tal cantidad...

Gedeon lo miró con frialdad. László veía de nuevo su boca de tiburón en su cara hinchada, pálida, mientras se lo contaba a Fanny.

—No puedo hacerlo, soy miembro del comité de naipes, y no puedo permitirme favorecer irregularidades.

—¿No? —dijo Gyerőffy—. Entonces, ¿en cuarenta y ocho horas?

—Sí, contando desde el mediodía de hoy —contestó Pray y se esfumó.

Fue todo lo que László le contó a Fanny y añadió:

—Del casino vine directamente aquí. No me he atrevido a volver a casa. Mis escopetas están allí...

Fanny lo escuchó atentamente. Después, le dijo pensativamente:

—Es decir, tenemos dos días para pagarlo.

—Pero ¿cómo? Mira esto. —Cogió el billete arrugado y le leyó los números—. Podría pagar los pagarés del casino, pero el de Gedeon Pray ¡imposible! Ya no tengo crédito con los usureros, y últimamente están muy preocupados. ¡No hay solución! Se ha acabado todo... todo... ¡todo!

La desesperación se apoderó de él, y se dejó llevar por los nervios. Se echó a llorar y escondió la cara en el hombro de la mujer. Fanny lo acarició lentamente, estrechando contra él su cuerpo cálido.

—¡Querido! ¡Mi amor! —susurró y sus manos sabias continuaron con las caricias habituales, hasta que las lágrimas cesaron y el deseo invadió al joven, que buscó consuelo en el amor.

Luego se sumió en un sueño profundo. La mujer se incorporó. Se quedó un rato sentada a su lado, mirando al hombre dormido. Sus ojos felinos se entrecerraron en una línea negra, mientras sus manos jugueteaban con el collar. Metió los dedos entre las perlas manoseándolas, sumida en cavilaciones. Al final se arregló el pelo y se vistió. Cogió el billete donde estaban apuntadas las pérdidas. Se sentó al escritorio que había delante de la ventana, donde guardaban el papel de cartas. Apresuradamente, escribió unas palabras:

«Voy a intentar algo. Tú espérame aquí. Creo que sobre las tres o las cuatro ya estaré de vuelta. Es preciso que me esperes. ¡Es preciso!».

Volvió a la cama, y sujetó la carta debajo de la lámpara, para que László la viera

enseguida cuando se despertara.

Se marchó silenciosamente.

A los veinte minutos Fanny ya estaba en la calle Dorottya, en casa de Bacherach, el famoso joyero conocido no solo en Budapest, sino en toda Europa gracias a sus engastes y a sus piedras preciosas.

—¿Está el jefe? —preguntó la señora Berédy nada más entrar en la tienda.

Entre las paredes cubiertas por cristaleras repletas de copas, juegos de té y fuentes de plata, se abría una puerta lateral tapada por una cortina gruesa de la que salió un hombre bajo, canoso, con unas gafas enormes sobre su abultada nariz. Era el viejo Bacherach, el propietario de la joyería.

—¿En qué puedo servirla, señora condesa? —preguntó haciendo una reverencia, porque a pesar de poseer tres casas de alquiler y una fortuna considerable, por orgullo de buen comerciante recibía a sus clientes como si fuera un pobre mozo.

—¿Puedo hablar con usted a solas? —preguntó la señora Berédy.

—Es un placer servirla —contestó Bacherach y apartó la cortina de felpa. Entraron en un cuarto minúsculo, oscuro, también con cristaleras repletas de vajillas de plata, con la única diferencia de que entre ellas había una caja fuerte, de marca Wertheim. En el centro, un pequeño escritorio iluminado por la luz opaca de una lámpara. Bacherach le cedió a Fanny una butaca cómoda delante del escritorio y él se sentó en una silla de caña, rígida.

—A sus órdenes, señora condesa...

—Usted conoce mis perlas, ¿verdad? El año pasado las mandé ensartar de nuevo.

—Por supuesto, son extraordinarias, sobre todo porque son cinco líneas iguales.

—Yo... estoy pensando en venderlas... ¿Qué opina, señor Bacherach, cuánto valen?

—Hum, hum... pues... es difícil decirlo. Son muy valiosas, por eso no será fácil encontrar un comprador. *Es wäre Schade sie zu verschleudern*. Habría que esperar una oferta seria... pero, claro, no aquí, sino en París, en Londres o en la Riviera.

—Las llevo encima. Mírelas y dígame cuánto me darían por ellas.

La mujer sacó las perlas de la blusa y las dejó caer en las manos gordinflonas del joyero. Él las dejó correr por la palma de la mano, estimando su peso, con los ojos cerrados, luego las extendió por el tapete de la mesa.

—Hum, quizá doscientos o doscientos cincuenta mil francos, tal vez trescientos, *wenn ein Amateur sich findet...* Si encontramos a un comprador diletante...

Fanny fingió pensárselo, y le dijo:

—Mire, señor Bacherach, le dejaré las perlas, hasta que... no tomemos una decisión definitiva. ¡Tiene razón! Sería una lástima malbaratarlas. Se las dejaré. Pero ahora necesitaría una cantidad considerable, ahora mismo... y he pensado... que usted podría ofrecerme un adelanto... hasta que encontremos a un comprador

realmente interesado.

Bacherach esbozó una sonrisa discreta, y cerró los ojos.

—Puede ser. ¿Cuánto ha pensado, la señora condesa?

—Ochenta y seis mil coronas.

—Hum. Ochenta y seis mil. Puede ser.

—En caso de que lo pensara mejor y anulásemos la venta, ¿sería posible que le devolviera el adelanto? Naturalmente, con intereses.

—Sí, podría ser —dijo el joyero, y le preguntó despacio—: ¿Y cuánto tiempo necesita la señora condesa para... pensárselo?

—¿Podrían ser unos cuatro o cinco meses?

—Lo dejaremos en seis. Yo observaré el mercado. Si hasta la fecha usted no cancela la venta, tengo derecho de realizar el negocio en los precios fijados con un límite no inferior a doscientos mil francos.

—Bien. Gracias. ¿De cuánto sería el interés si cancelara la venta?

—Cero. Es un placer para mí poder servir a mis clientes. ¿El anticipo lo desea en talón o lo envío en efectivo?

—Prefiero cobrarlo personalmente. ¿Cuándo puedo venir a recogerlo?

—Se lo voy a entregar ahora mismo. Hoy he ingresado sumas grandes.

Fanny cogió los billetes de mil, nuevos y crujientes. Lanzó una última mirada a sus perlas, que brillaban bajo la luz de la lámpara. Solo ahora sintió el dolor de separarse de ellas. Sin embargo, preguntó con tranquilidad.

—¿Podría hacer una llamada telefónica?

—Lo que usted ordene, señora —respondió Bacherach, abrió una hornacina en la pared y salió del cuarto discretamente.

La señora Berédy llamó al número de Szelepcsényi. En unos minutos el viejo contestó la llamada.

—¿Eres tú, Carlo? —preguntó Fanny—. ¿Existe todavía aquella puerta trasera que da al callejón? ¿Sí? Pues ahora voy para allá... En quince o veinte minutos como mucho... ¿La dejarás abierta?... Sí, mejor si no tengo que llamar al timbre... Gracias... Tengo que pedirte un favor, ¿de acuerdo? Gracias. Estaré allí en veinte minutos, voy a pie... —Soltó una risa alegre—. ¡Qué tonto! Aquello ya es agua pasada... —Y colgó el auricular.

El palacio de Szelepcsényi estaba en la esquina de la calle Eötvös con Szegfű. Fanny pasó por delante de la entrada principal, y giró a la derecha. Encontró la puerta trasera abierta. Se deslizó, cerró la puerta, y subió corriendo los diez abruptos peldaños. Arriba, delante del falsete le esperaba Szelepcsényi. La portezuela daba al dormitorio del viejo, en cuyo centro se alzaba la enorme cama fabricada por Brustolini que Szelepcsényi había comprado en la década de 1860 en Venecia. El tapizado de las paredes era del mismo terciopelo que el del dosel de la cama. Iba con la personalidad

de Szelepcsényi, que con su frente enorme y su mandíbula prominente, marcada por su barba corta, podía pasar por un tirano del Renacimiento. No se quedaron en el dormitorio, sino que pasaron al salón contiguo, que era casi un museo, una galería de arte. Las paredes estaban decoradas con cuadros de los mejores artistas de la pintura moderna, las mesas a lo largo del salón estaban cubiertas de obras maestras de orfebrería. Se sentaron en unas cómodas butacas, delante de la enorme chimenea de mármol negro y anaranjado.

—A ver, «Fanion» —dijo Szelepcsényi, usando el antiguo diminutivo de la mujer—, ¿en qué puedo ayudarte?

Fanny no se recostó en su asiento, sino que se quedó erguida y, con un gesto gatuno, entrelazó las manos sobre su bolso, donde llevaba el dinero. Vaciló un rato antes de empezar la historia. Era peligroso soltar alguna información que pudiera delatarla. Pero no le quedó más remedio, y Carlo era un antiguo amigo...

—Anoche alguien perdió una cantidad enorme en el casino —comenzó.

—No hace falta que pregunte quién fue —le ayudó Szelepcsényi—. ¡Sigue, querida!

—Aquí tengo el dinero necesario para saldar la deuda. Pero, claro, yo no puedo enviarlo directamente. Por eso he pensado que tú me podrías hacer el favor de hacerlo llegar, yo no sé cómo se hace, y zanjar este asunto rápidamente.

El viejo la miró sonriendo:

—¡Ay, ay, querida! ¿Es, de verdad, tan importante?

Fanny se puso colorada, algo que pocas veces le ocurría.

—Él me ha dado el dinero esta mañana... —mintió para cumplir con las formalidades, puesto que sabía que no engañaría al viejo Carlo.

Aquel se limitó a sonreír discretamente y cambió de tema:

—¿Sabes a quién se lo debe?

—Por supuesto. Aquí lo tienes —contestó la mujer, luego se sentó en el brazo del sillón de su amigo, sacó el dinero y el billete—. Aquí tienes la lista y la suma. —Y como un minino le pidió con voz dulce, ronroneando—: Querido, lo arreglarás enseguida, ¿verdad? Quisiera que lo hicieras ahora. Es muy importante para mí... ahora mismo...

Szelepcsényi la observó con mirada aguda. Tal vez sospechaba que Fanny lo hacía sin decirle nada a László, que por eso le metía prisa, porque quería decírselo una vez acabada toda la maniobra. La estrechó suavemente contra sí, y el hombro de la mujer cedió. Se levantó y le dijo:

—¡Vamos a arreglar la cosa ahora mismo!

Se sentó en una mesa italiana de refectorio, que servía de escritorio, se puso las gafas y pasó a limpio la lista de los ganadores.

—Entra en el dormitorio un momento, querida Fanny —dijo luego—, no hace falta que mi criado te vea aquí.

La señora Berédy salió, pero dejó una hoja de la puerta entreabierta. Oyó cómo

mandaba a entregar el dinero al mayordomo del casino en nombre del señor conde Gyeróffy, pedir un acuse de recibo detallado, recoger los pagarés, meterlo todo en un sobre, y traerlo a casa. Mandó además que cogiera un simón para tardar menos. Cuando el criado salió le dijo por la puerta:

—¡Fanion! Ahora tienes que admirar mis últimas adquisiciones.

Contemplaron las obras de arte, charlando hasta que el criado volvió.

—¿Está todo arreglado? —preguntó Szelepcsényi—. Bien. Déjalo encima de la mesa.

Cuando el criado se fue, repasaron el contenido del sobre, y después la señora Berédy se lo guardó en la cartera. Volvió a las abruptas escaleras. En el falsete le dio un abrazo fuerte al viejo para que sintiera las curvas de sus pechos. Era el premio por su ayuda.

—Gracias, muchas gracias, de verdad —dijo, y le dio un beso a su antiguo galán en la barba tupida, porque Szelepcsényi no bajó la cabeza, sino que se limitó a darle un par de palmaditas paternales en la espalda.

Esperó en lo alto de las escaleras a que Fanny alcanzara la puerta.

—¡Siempre a tu servicio, Fanion! —le dijo cuando la mujer se despidió de él.

Fanny entró en la casita media hora más tarde. Aparte de su bolso, llevaba consigo un paquete grande con lengua de ternera fría, jamón, un bote de paté, dos trozos de tarta de moca y una botellita de champán. «Servirá de quitapenas», pensó al comprarlos.

László seguía durmiendo en la cama turca, pero con la misma expresión de sufrimiento en la cara.

Fanny entró en el baño. Puso la botella de champán bajo el grifo abierto, para enfriarlo. Después se desnudó y se puso uno de los seis quimonos de distintos colores que colgaban de la percha. Se fijó el cabello con una cinta ancha, verde; miró en el espejo si todo le quedaba bien y volvió a la oscura habitación. Preparó la mesa y, cuando acabó, metió el champán en un cubo con agua fría, se sentó al lado del joven y lo despertó con besos suaves en los párpados.

László sonrió un momento al ver a la mujer, pero enseguida abrió los ojos de par en par ante el temor de los recuerdos.

—Ahora no pienses en ello... querido, todo se va a arreglar, ya lo verás. ¡Mira! Te he traído comida, cosas deliciosas, y champán. Ahora vamos a almorzar. ¡Ven aquí! ¡Yo tengo un hambre voraz! —dijo animándolo, mientras lo acariciaba; al final, el joven obedeció y se pusieron a comer.

Estaban sentados uno frente al otro, en dos banquetas bajas. Fanny estaba encantadora, charlaba alegre y dulcemente. Con su quimono azul oscuro y la cinta verde en el pelo parecía una gata negra de cabeza rubia que sonreía con sus finos labios y sus pestañas largas. Observó contenta que László comía con buen apetito y disfrutaba del champán, que bebían en vasos de agua porque no había otra cosa en la

casita. Al acabar, Fanny volvió a sentarse en la cama turca.

—Siéntate a mi lado, y te contaré lo que he hecho... con todo este asunto...

Lo dijo con el orgullo de haberlo arreglado todo hábilmente. László se acostó a su lado.

—¡Mira! —dijo Fanny, y sacó del bolso el sobre del casino—. Aquí tienes los pagarés, el acuse de recibo del mayordomo. ¿Ves? Todo está arreglado. ¡Todo!

El joven miró los papeles a la luz de la lamparita, apoyado en el codo. Era cierto. Sus pagarés estaban allí: dos de cinco y uno de tres mil. Estaban perforados y llevaban la letra de la caja del casino: «Certifico que de mano del conde László Gyeróffy en el día de hoy he percibido 73 000 coronas, setenta y tres mil, para el señor Gedeon Pray...». No lo podía creer. Tuvo que leerlo tres o cuatro veces y palparlo para estar seguro. Primero sintió un alivio inmenso, pero súbitamente se levantó y clavó su mirada en la mujer.

—¿Y eso? ¿Cómo es posible...? —titubeó—. ¿De dónde? ¿Y cómo? Tú... ¡No! ¡No puedo aceptarlo! ¡No puedo!

—¿Por qué no? ¡Es solo un préstamo! ¡Un préstamo! He encontrado a alguien que te deje el dinero...

—¿Que me lo deje?

—¿Y quién es? ¡Quiero saberlo!

—¿Para qué? Es suficiente con que lo sepa yo. Tú me lo darás a mí, y yo se lo devolveré...

—¡Quiero saber quién es! —gritó László enojado—. ¡Es muy extraño! ¡Muy sospechoso! Que a través de ti... ¡No! No puedo aceptarlo. Dime enseguida quién es. ¡Dímelo!

Fanny intentó mentir:

—Es el viejo abogado de mi padre... No lo conoces... el abogado de mi padre. ¡Un hombre muy rico! ¡Mucho!

—¡El nombre! ¡Quiero saber el nombre! —gritó László, la agarró por los hombros y la sacudió violentamente, después la tiró. El quimono se abrió bajo sus manos, e inesperadamente, se deslizó por el cuerpo de Fanny. Sus curvas níveas brillaban bajo la seda azul oscura. László la miró embelesado. De repente se dio cuenta, ¡las perlas! Las perlas no estaban. Ni en el cuello, ni en los pechos, ni en la cintura, ni en los muslos. ¡Faltaban las perlas!

La miró en silencio al entender lo que había pasado. Al final, le dijo con voz apagada.

—Has vendido las perlas...

Ahora fue Fanny quien lo agarró. Se sentó a su lado y lo abrazó con todas sus fuerzas:

—No, no las he vendido... no... de verdad —dijo atropelladamente.

Le contó que las había llevado a una joyería y las había empeñado, y que eso no le suponía ningún problema, que ya lo había hecho varias veces. ¡Oh, muchas veces!

Era una cosa muy habitual, lo hacía todo el mundo, y ¿qué más daba? Podría desempeñarlas al cabo de unos días o un par de meses. ¡Daba igual! Lo más importante era ganar tiempo. ¡Solo necesitaban tiempo! No había hecho nada más, solo eso, y tenía que aceptarlo, porque a ella no le había costado nada; daba igual si las perlas estaban debajo de su traje o unos días en la joyería...

László no le devolvió el abrazo, tenía los brazos caídos, sin fuerza alguna, solo sacudía la cabeza repitiendo cien veces lo mismo:

—No... no... no... no...

La mujer siguió hablando, ahora como un gran orador. Gracias a la fuerza de su amor encontró las palabras más convincentes, los mejores argumentos. El dinero ya estaba pagado, no podía devolverlo, los pagarés ya no eran válidos, László no podía hacer otra cosa que aceptarlo, y perdonarle el atrevimiento. Tenía que reconocer que no había nada humillante en ello, ni siquiera era un favor. Nada. Y ella estaría agradecida de que le perdonara lo que había hecho, que tal vez hubiera sido una imprudencia, pero como mujer, no entendía de esas cosas, y solo quiso ayudarle porque lo amaba como nunca había amado a nadie; no podría vivir si lo perdía, sería para ella el final, el final de todo... de todo... Y al decirlo le invadió el miedo de perder al hombre, a pesar de todo. Se le encogió el corazón ante esa mera idea. El temor brindó una fuerza convincente y un timbre cálido a su voz. Sus manos lo agarraron con pasión, recorrieron el cuerpo del joven, como si quisiera aprisionarlo para que no pudiera abandonarla nunca. Y escondiendo la cara en el hombro de László, Fanny se echó a llorar, quizá por primera vez en su vida. Las lágrimas corrieron hasta la clavícula del hombre, bajaron por el pecho, mientras Fanny le daba besos en las orejas, en la curva del cuello, en el pelo. Besos cortos, apresurados, como si temiera que faltara uno y pudiera perder a László para siempre. Le habló sin cesar, besándolo y abrazándolo con fuerza. Sus brazos sedosos, cálidos como la enredadera, lo tenían agarrado, hasta que él, sin querer, inconscientemente, la abrazó acariciándola. Le devolvió los besos, tal vez por hábito, hasta que el delirio del deseo rompió su resistencia, y cayeron juntos entre los cojines de seda...

Se durmieron entrelazados por unos minutos.

Fanny creyó que se había despertado primero, pero al alzarse vio que los ojos de László estaban abiertos. Se deslizó a su lado, y puso su muslo sobre las rodillas él. ¡Ya lo tenía! ¡Ya era suyo! Ya no podía rechazarla. Su abrazo había sido el contrato. El acuerdo. Con ello László había aceptado su sacrificio, su ayuda: había aprobado su salvación. No tenía más excusas. «Ya eres mío. Ya no puedes rebelarte más. No puedes alegar las tonterías masculinas contra las cuales es imposible luchar, porque no tienen sentido», pensó. Sumergida en sus reflexiones, esbozó una sonrisa. ¡Qué absurdo! En vez de dar las gracias con una sola palabra por lo que había hecho por él, en vez de estar al menos agradecido, se había enfadado, y para colmo la había maltratado. No le pareció desagradable. ¡No! Había algo voluptuoso en el gesto de László agarrándola por los hombros, empujándola... De todos modos era un misterio



por qué había hecho tantas cosas peligrosas por ese joven que no la quería, que apenas la toleraba... Que no la quería... Amaba a otra, a aquella muchacha, solo a ella... pero no a Fanny... a ella no...

Silenciosa, miró largamente al joven inmóvil, se acercó a su rostro y le susurró su último pensamiento:

—Y pese a todo, no me quieres...

No era una pregunta, sino una afirmación. Un hecho, nada más. Una frase triste, una frase de renuncia. László contestó muy despacio, mirando el techo, susurrando, triste y agotado:

—No... en realidad, no te quiero...

Se quedaron mudos: el hombre con la mirada clavada en el techo, la mujer con la barbilla apoyada en la mano, contemplando a su amigo. Se quedaron un largo rato en el silencio infinito de su casita que olía a amor, donde todos los rincones hablaban de sus abrazos y caricias apasionados.

La euforia que se apoderó de Abády aquel día de septiembre cuando salió a hurtadillas de la alcoba de Adrienne, le acompañó mientras se despedía de la vieja condesa Clémence Absolon y mientras viajaba de Almáskó hacia Bánffyhunyard en el faetón de los Uzdy; aquella euforia no disminuyó un ápice: tenía la sensación de encontrarse en el ojo de una tempestad emocional.

El reloj de la torre todavía no había marcado las doce del mediodía y él ya estaba en la estación de tren. Le sobraba tiempo porque el próximo salía hacia Kolozsvár a las dos. Se fue, pues, al Hotel Tigris. Comió solo, y aunque la ventana daba a la colorida feria semanal, la imagen del bullicio del mercado no le entretuvo. No podía pensar en otra cosa que en los pocos minutos que había pasado en la alcoba oscura, al lado de la cama de Adrienne. Su excitación no se había mitigado; le desagradaba la idea de tener que volver a Dénestornya y contarle con indiferencia la visita a su madre, tendría que inventar excusas por haber vuelto antes de lo previsto y responder con evasivas a sus preocupadas preguntas, cuyo sentido conocía bien. ¡No! ¡Era incapaz! Debía ir a un lugar donde pudiera descargar la energía acumulada, donde pudiera agotarse con ejercicio físico, con trabajo. ¡Los neveros! ¡Sí! Subiría a los neveros. Su llegada cogería a la gente desprevenida. Había dejado su tienda en Béles la última vez, en casa del viejo Nyiressy, junto con sus botas reforzadas de hierro y el resto de elementos necesarios. Lo había guardado todo en la habitación que le tenía reservada.

Mandó buscar al guardabosques András Zutor, el Meloso, que por ser día de feria estaba en casa, ya que era un habitante acomodado de Bánffyhunyard. En pocas horas el Meloso trajo un simón tirado por caballos fuertes en el que pudieron partir sobre las cuatro de la tarde, equipados con tocino ahumado, pan, polenta, mantas, harina de maíz, queso y requesón para los *gornic*. El aguardiente lo comprarían en el propio Béles. El camino estaba en buenas condiciones, durante el otoño siempre estaba muy transitado y el tiempo era seco; cruzaron sin dificultad el prado cenagoso del Csonkahavas. Llegaron pasadas las nueve de la noche a la estacada que rodeaba la casa del viejo guardabosques.

Delante de Bálint apareció un espectáculo insólito. Al fondo del patio, el porche estaba iluminado con farolillos. Una gran compañía cenaba alegremente: mujeres y hombres, junto a los cingaros, que tocaban música en la entrada del comedor. Alrededor de la mesa, varias criadas rumanas trajinaban portando enormes fuentes y dos guardas forestales, jóvenes y vestidos de uniforme de gala, servían vino en grandes jarras.

Abády paró el simón delante de la puerta.

—¡Zutor! —dijo rompiendo el silencio entre ambos—. Entre y tráigame la tienda, las botas y el saco de dormir que están en la habitación. Sabe cuál le digo, ¿verdad? No se olvide del lavamanos de goma.

El guarda comprendió que el señor estaba enojado, porque cuando estaba de buen humor le llamaba por su apodo. Dio un taconazo cerrando los tobillos y dijo en tono oficial:

—A sus órdenes, señor.

—Necesito además el impermeable tirolés y la silla plegable de caza. La caldera y los cubiertos. Tráigamelo todo y ya nos apañaremos para montarlo en el simón. Esperaré fuera.

Zutor vaciló un momento, y le preguntó:

—¿Hasta dónde vamos, señor? Porque con el simón no llegaremos lejos.

—Solo hasta la curva. Acamparemos en el prado.

András el Meloso saludó sin decir nada y entró en el patio con paso militar. Era gracioso verlo andar con la carabina a la espalda, a lo *Vorschrift*, como Dios manda. Su busto era una mancha negra a contraluz en el porche. Realmente era divertido verlo subir los cinco escalones dando a cada paso golpes tremendos, como si fuera el mismo destino. Se presentó delante del viejo Kálmán Nyiressy, que dejó caer de la boca la pipa de espuma de mar, seguramente al enterarse de que Bálint estaba *ante portam*. Los cíngaros se callaron. Todo el mundo se asomó a la noche negra, pero naturalmente no vieron nada. Se veían bien sus caras iluminadas: estaban Gaszton Simó, el notario, el director del aserradero, el magistrado de Hunyad —al que Bálint había conocido la última vez— y, en la punta de la mesa, el pope Timbus de Gyurkuca.

Nyiressy se levantó y desapareció de la puerta junto a Zutor y los dos *gornic*. Las tres mujeres también entraron en la casa: dos de ellas tal vez eran las hijas de Timbus que Bálint había visto en el zaguán de la casa del pope.

Visto a esa distancia parecía una pantomima. De las casas vecinas de labradores salió gente a curiosear. Le preguntaron al cochero, que estaba estirando las orejas de los caballos porque se decía que refrescaba al animal cansado, a quién había traído; luego saludaron respetuosamente y se apartaron a una distancia prudente para cuchichear. Era un acontecimiento que el *maria ta* no entrara en casa del *domnule direktor*, pese a que estaban cenando allí el magistrado y el aún más temido *domnule notar*. Tal vez estuvieran enfadados, lo cual significaba algo malo. Tampoco sabían qué tenía de malo, pero era mejor ser prudente, observar, estar alerta y evitar a toda costa que pareciera que preferían a una parte u otra. Pasada media hora larga salió al porche el viejo Nyiressy, tan furioso que su barba blanca y tupida no podía ocultarle el gesto de enfado, acompañado de tres figuras oscuras —András el Meloso y los dos guardas forestales— que portaban el equipaje. Pusieron en el simón lo que pudieron y el resto lo llevaron a hombros, puesto que Abády ordenó que los dos guardas lo acompañaran.

A los quince minutos pararon en el prado que se extendía entre el río Szamos y el camino. Al poco la tienda estuvo montada y el fuego encendido. Al terminar, Bálint envió a su gente de vuelta a casa. Le dijo al Meloso que alojara el simón en el establo de la granja, le diera de cenar al cochero y buscara caballos de nevero para partir al día siguiente temprano a la montaña.

Bálint se quedó solo delante de su pequeña tienda. Cortó un tallo fino de avellano, como había visto hacer a la gente de los neveros, clavó en él el tocino y comenzó a asarlo.

El fuego era modesto, pero le recordaba aquellas enormes hogueras que tantas veces había encendido por las noches durante las excursiones de invierno. Ahora la hoguera le evocaba la imagen de Adrienne. Tampoco hacía falta que algo se la recordara; la llevaba en su alma en todo momento. Hacía tiempo que el tocino había caído en las brasas y se derretía crepitando, pero Bálint se quedó inmóvil con la mirada clavada en el fuego, los labios abiertos...

Oyó pasitos suaves de pies descalzos. Eran las dos criadas rumanas del señor Nyiressy, en manga corta, con los delantales negros sobre las faldas blancas.

—*Poftitzi, maria ta!* ¡Sírvese, señor! —dijeron, y descargaron dos cestas.

En ellas habían traído truchas asadas, solomillo de corzo, pollo empanado, pavo asado, pasta de requesón y tarta. Sacaron además platos, cubiertos, copas y vino. Con una sonrisa ancha invitaron al *maria ta* a que comiera.

La comida le sentó realmente bien. Se acuclilló en la entrada de la tienda y usó de mesa su silla plegable. Las muchachas le sirvieron afanosamente. Subieron una parte del toldo de la tienda, pero el hueco era muy estrecho. Quizá por eso de vez en cuando la mano de una de las jóvenes le rozaba la cara cuando le servían vino, o un hombro tocaba otro cuando le cambiaban el plato. Charlaron animadamente, pero Bálint no las entendía porque hablaban demasiado rápido. Eran jóvenes y alegres, lo observaban curiosas con sus enormes ojos morenos.

Más tarde se quedó solo una, no a su lado, sino detrás de él. De la oscuridad salieron dos brazos desnudos, le abrazaron el cuello cuidadosamente, y apartaron a Bálint del claror de la luna. Él se dejó sumir en la negrura suave...

Estaba amaneciendo cuando se despertó. En el interior de la tienda todavía reinaba la oscuridad, pero por los resquicios del toldo entraba una luz tenue. Seguramente lo había cerrado la joven criada cuando él se durmió. Poco a poco se acordó de lo que había pasado la noche anterior y se enfadó.

Primero se enfadó consigo mismo. ¿Cómo había podido hacer tal cosa? Además, el mismo día en que Adrienne había sido tan buena con él. ¡Aquel día sagrado!

Todavía percibía el olor a mantequilla pasada tan propio del cabello de las muchachas rumanas. Sintió asco de sí mismo. ¡Había sido vil! ¡Muy vil! Luego, su ira se dirigió hacia Nyiressy. Seguramente había sido obra del viejo verde. Le habría

dicho a las muchachas que le llevaran la cena y, después, seguramente lo habría contado todo para mayor diversión de los comensales... ¡Lo que se habrían reído de él!

Salió de la tienda enfadado. En el camino estaban ya los caballos esperando junto a los tres guardas forestales: dos eran los que la noche anterior habían estado sirviendo vino en casa de Nyiressy; el tercero era Krisán Gyorgye, el del enorme bigote. Este último había bajado de Tószérát, donde lo había encontrado el mensajero del Meloso. Estaba un poco apartado hablando con el notario, Gaszton Simó. El guarda estaba derecho, Simó sentado en una piedra como un señor. Seguramente estaba pendiente de la tienda porque vio enseguida que Abády salía. Fue directo hacia él.

—¡Muy buenos días! —gritó con gran desenvoltura—. ¿Qué tal ha dormido, señor conde? —dijo, e hizo un guiño apenas perceptible.

Bálint se enfadó al sentirse aludido.

—¿Me podría decir, señor notario, cómo es que a finales de septiembre, durante la veda de pesca, ustedes se hartan de truchas? Es una irregularidad grave. Aún más considerando que usted es funcionario oficial. ¡Voy a denunciarle! ¡Puede estar seguro!

Simó sonrió con superioridad.

—Fui yo precisamente quien se las quitó a un pescador furtivo en nombre de la ley. Puedo traerle tantos testigos como quiera. Además, si no queda más remedio, alguien debe comerse el pescado. De todas maneras, estaban muy ricos, ¿verdad que sí? —añadió descaradamente y se atusó el poblado bigote.

Abády apartó la vista furioso y le gritó al Meloso:

—¡Agua para lavarme!

Volvió a entrar en la tienda. «¡Sinvergüenza! —pensó—. Es pura mentira. Se burla de mí. ¡Testigos! ¡Claro! Tengo que tomarme la revancha. ¡Le voy a enseñar quién manda!». Salió de la tienda, le lanzó una mirada fría y le dijo:

—Desde que voy y vengo por los neveros, veo que se aprovechan de la gente con una usura excesiva. ¿Sabe algo de este asunto, señor notario?

Los pequeños ojos de Gaszton Simó se entrecerraron, pero pronto cambió su expresión recelosa y respondió con tristeza fingida:

—Es cierto, desgraciadamente, pese a que hago todo lo posible para proteger a esta gente tan humilde. Les explico las cosas, yo mismo me encargo de escribir los contratos por defenderlos... Soy como un padre para ellos. Pero el señor diputado no puede imaginarse lo simples que son, tanto que... —dijo y comenzó a contarle todo lo que había hecho, y cómo había intervenido en cada caso. Citó números, nombres, fechas. Contó que había hecho mil cosas, pero que había sido un trabajo inútil porque esa gente no creía en los «señores». Mientras hablaba, intentó escrutar la mirada helada de Bálint para ver cuánto sabía el impertinente noble.

Entretanto los *gornic* sujetaron el equipaje a los caballos.

—Adiós, señor Simó, la próxima vez seguiremos hablando de este asunto —se despidió Bálint, y montó en su caballo de buen humor por haber podido asustar a ese tipo nauseabundo y prepotente.

Siguieron el mismo camino que en febrero: salieron hacia el Gyalu Boti y continuaron por la cresta. Pero esta vez todo era diferente. Los picos lejanos tenían un velo de humo debido a la sequía, que era muy grave ese año. Los prados de guadaña estaban llenos de almiares esparcidos, apoyados en trípodes para que el agua de la lluvia pasara por debajo. Las bayas del enebro ya estaban maduras, las hayas rojeaban, amarilleaban; solo los abetos conservaban su color verde oscuro. Desde el lecho seco del arroyo subían jirones de niebla.

—Esta noche lloverá —dijo el Meloso—, menos mal que nos va a dar tiempo a hacer un buen cobertizo.

Bálint apenas le creyó, porque el cielo estaba radiante, diáfano, el aire puro y fresco.

El paraje forestal estaba ahora bien organizado. Desde que lo había visitado el ingeniero, estaban marcados los árboles por talar, el sistema de cédulas y la decisión individual estaban prohibidos. Aún era fácil mantener el orden porque la gente estaba trabajando en el campo. Segaban el trigo y estaban cavando en los maizales. En invierno sería más difícil, pero Abády confiaba en que la empresa vienesa con la que había acordado el negocio comenzara la tala sistemática y diera trabajo a la gente de los neveros. Él mismo había introducido en el contrato la condición de que solo podían traer gente de fuera para el puesto de capataz. A lo largo de la cresta, por donde pasaba el camino que a la vez servía de límite de tala, había una estaca cada doscientas brazas con un número que marcaba el comienzo de cada área de cincuenta acres que ya estaba lista para ser talada. «Comienza a parecer la explotación forestal de Uzdy», pensó Bálint, y se alegró del pequeño éxito.

En la cima, el viejo Zsukuczo se unió a la caravana. Siguiendo la costumbre de los neveros, hizo como si se postrara ante Bálint y besó el borde del abrigo del *maria ta*; luego preguntó adónde iban, y al saber que el objetivo era el prado de Priszlop, se puso a la cabeza de la marcha porque se trataba de su territorio. Avanzaron hasta el cruce de Tószérát. Allí les esperaba Juanye Vomuluj, el *gornic* venido del paraje más lejano, con su enorme gorro de piel de oveja, su correa remachada con clavos de cobre y su abrigo talar para recalcar que era una autoridad, «señor de sus tierras», no un jornalero como los otros *gornic*. Sobre el mediodía llegaron al Priszlop, donde acamparon.

Era un prado precioso, bajaba suavemente entre abetos y hayas. Estaba adornado con islotes de matorral hasta el valle de Fehérvíz, donde el monte Humpó le cerraba el camino, y desde donde se vislumbraba la cima de Vurtóp. Era una imagen amable, en absoluto sombría; daba la sensación de que el paisaje hubiera sido diseñado por un

jardinero. Bálint quería construir allí un refugio de caza, puesto que era el centro de sus bosques. Esa tarde buscó el sitio ideal y lo marcó. Al volver, cuando anochecía, el viejo Zsukuczo, que estaba con ellos en calidad de experto en agua potable, le preguntó a Abády si no le apetecía un *kapre de padure*, un corzo, porque él sabía seguirles los pasos por esa región.

—¡Pero si no tengo escopeta! —contestó Bálint.

—*Nu-i bai!* ¡No se preocupe! —dijo Zsukuczo, y le hizo un guiño con su ojo inflamado—. Tome, *maria ta*, la mía. *Tare bun!* ¡Es muy buena!

El Werdli oficial de Zsukuczo era realmente un arma bien cuidada. Se notaba que el viejo furtivo la había arreglado; el alza estaba más ajustada y la mira estrechada para mejorar la puntería.

—Bien —dijo Bálint—, veamos qué tal.

Envió al Meloso al campamento, y ellos dos se internaron en el bosque. Iban a campo través. No había senderos, ni rastros, ni veredas. Pero el antiguo furtivo avanzó sin vacilar y condujo a su *maria ta* por lugares despejados en los que no había ramas ni troncos caídos que les impidieran pasar. A veces daba la impresión de que no iban a poder seguir avanzando dada la espesura de los abetos, pero él seguía adelante zigzagueando. Iba con pasos sigilosos tanto por la alfombra de musgo como por las hojas secas de haya; las ramas no crujían bajo sus pies a pesar de que llevaba botas tan pesadas como dos barcos. Avanzaron cautelosamente hasta un abeto centenario. Zsukuczo se paró en ese punto a observar de dónde venía el viento y limpió el suelo de hojarasca. Se arrodilló enfrente del abeto, doblado en dos. Rezó unos minutos, dibujó en el suelo una cruz donde se sentaría el señor, y otra en la parte de la corteza donde se apoyaría. Cuando acabó el ritual, susurró:

—*Poftitzi, maria ta!*

Y se escondió detrás del árbol.

A Bálint le hizo gracia la ceremonia. Aunque no vieran corzos habría merecido la pena ir hasta allí por la extraña experiencia. Si Zsukuczo lo hubiera llevado a un claro o a una roca encima de algún lugar más abierto donde los animales acudieran a pastar, habría habido alguna posibilidad de cazar algo, ¡pero allí, en medio del bosque cerrado, donde no se veía ni a veinte pasos! Sin embargo, obedeció al viejo para no ofenderlo. Detrás del árbol, Zsukuczo no dejó de musitar oraciones o conjuros. Pasó media hora. De repente se oyó un ruido suave —*tap, tap, tap*—, luego pisadas más lentas, y súbitamente vio a una corza salir entre un saúco y unos retoños de abeto. Avanzaba cuidadosamente con sus dos crías a su lado. Miró al cazador con sus preciosos ojos mansos, dio con la pata dos golpecitos en el suelo, y como aquel no se movió, continuó pastando confiada. Se acercó a poco más de una braza de Bálint, y desapareció con sus pequeños en el verdor.

Zsukuczo salió atónito de detrás del árbol. Estaba indignado.

—¿Por qué no ha tirado, *maria ta*? ¡Estaba muy cerca! ¡Aquí mismo!

Abády le explicó que solo se debía tirar a los machos, nunca a las hembras, y

menos si tenían crías.

—*A she, a she!* —repitió el viejo, asintiendo con la cabeza—. ¡Vaya, vaya!

Y pensó que los señores hacían unas cosas bien extrañas. Pero dado que Bálint gratificó sus servicios con cinco coronas, se puso contento y condujo al *maria ta* alegremente hasta el campamento.

Abády pasó tres días más en el prado de Priszlop, pese a que el pronóstico del Meloso se había cumplido y la primera noche había llegado la lluvia. Incluso la borrasca era distinta en los neveros. Las nubes se asentaban en los valles arrastrando su barba greñuda por los árboles, y en cuanto se subía un poco ya se andaba en medio de la niebla. El agua caía como cordones desde esta niebla espesa y baja, entraba por todos lados y lo anegaba todo; su loden quedó empapado como una esponja. Como Bálint había decidido ir de excursión de improviso, solo llevaba un traje de caza y dos pares de botas, uno reforzado con chapas y el otro con suela de goma. Los dos se habían mojado totalmente ya el primer día, uno por la mañana, el otro por la tarde. En la tienda todo estaba calado, pese a que habían cavado una zanja alrededor. Así, la segunda noche tuvo que desnudarse completamente. Bajo el cobertizo de los *gornic*, al lado del fuego, se secaría la ropa mojada durante la noche. Bálint cenó envuelto en una manta que humeaba debido al propio calor de su cuerpo. «¡Una cura de *Kneipp* gratis!», pensó aguantando el agua fría, pero disfrutando de la aventura. Le gustaba esa vida. Hasta el momento solo había vivido en la civilización, ahora tenía la posibilidad de jugar al hombre salvaje, cosa que le gustaba mucho. Durante esos días no se afeitó, para integrarse mejor. Recorrió las montañas vecinas con el Meloso, para ver el trabajo que había hecho el ingeniero. Después de terminar allí, se trasladaron al monte Vale Száká, a las laderas del Vlegyásza, donde también pasaron tres días durante los cuales no paró de llover.



La última noche en los neveros cuatro hombres desconocidos lo estaban esperando alrededor del fuego. Cuatro hombres de Pejková. Perteneían al pueblo de Retyicel, pero sus casas y tierras estaban a unos seis o siete kilómetros del núcleo, quedaban en la frontera septentrional de los bosques de Abády. Pejková era una aldea de un par de casas. Los cuatro habían ido desde allí a ver a Abády.

La visita se produjo debido a que había corrido la noticia de que el *maria ta* no había entrado en casa del *domnu direktor*, pese a que en ella se encontraban el poderoso magistrado y el omnipotente *notar*. No solo no entró, sino que perturbó la fiesta, se llevó a los dos *gornic* y, para mayor vergüenza, acampó a quinientos pasos de la casa. Era una noticia sorprendente, que creció y engordó a medida que pasó de boca en boca. También se murmuraba que el *Grofu* —el conde— había regañado al *domnu notar* y le había dado la espalda al magistrado. ¡Cuán poderoso debía ser ese señor si se atrevía a tratar así a tan temibles personas! A pesar de la increíble ofensa, el notario Simó había ido a verlo por la mañana, había esperado a que se despertara y se había humillado ante él a la vista de todos. ¡Era un gran señor! ¡Un señor imponente!

La noticia llegó a Pejková al día siguiente, y los arruinados habitantes empezaron a discutir su apremiante problema. Los habían demandado, y Rusz Pántyili mon había ordenado la confiscación de todos sus bienes para subastarlos. A partir de una suma pequeña, su deuda había aumentado desmesuradamente en comparación con sus propiedades. Poseían sesenta y siete acres húngaros de henar, dieciséis casas y un molino aserradero. Cuatro años atrás, dos de ellos habían pedido a Rusz un préstamo de doscientos florines, pero habían firmado por cuatrocientos; a los seis meses ya debían setecientos, y poco a poco el resto de los habitantes tuvieron que servirles de avalistas. En el catastro sus tierras figuraban como propiedad común e indivisible, por eso intentaron defenderlas juntos. Así, se habían metido en un embrollo del que ahora no sabían salir. ¿Cómo iban a hacerlo? Era una injusticia tremenda: ¡habían recibido doscientos florines y ahora les exigían tres mil!

Por las noches habían estado discutiendo el plan recomendado por el decano Lung Ion a lui Maftie. Tenía más de sesenta años y había conocido bien al abuelo de Bálint, Péter Abády; durante cincuenta años este había llevado los asuntos del nevero común, y había estado varias veces en Dénestornya cuando los antiguos vasallos pedían justicia a su antiguo señor en calidad de juez electo. Por eso, el viejo Ion les recomendó que actuaran como antes y que fueran a ver al joven *maria ta* para exponerle sus quejas; seguramente él lo arreglaría, porque se veía de lejos que era tan poderoso como su abuelo. Les podría ayudar e intervendría si se lo pedían. Después de darle muchas vueltas decidieron aceptar el plan, aunque no de manera unánime.

Unos siguieron quejándose, otros no confiaban en el conde y los había que decían que esa no era manera de solucionar nada, que «una noche habría que...». No decían qué era lo que habría que hacer, pero todos entendían lo que significaba «*la noapte!*». Estaba claro que se trataba de atacar la casa de Rusz, aunque nadie sabía si para quemar documentos, para matarlo a golpes o solo para asustarlo. De eso no se hablaba. Sin embargo, quedaron en que el viejo Ion a lui Maftie fuera al campamento de Abády. Partió de Pejková con tres hombres más: el larguirucho Lung Nikolai, que por ser corpulento llevaba el apodo *Cel mic*, el «Pequeño»; su nieto, Kula, que era un mozo joven que iba sólo por acompañar a su abuelo, y que el anterior febrero ya había visto al *maria ta*; y finalmente *Turturica*, el «Tortolito», que se había reunido con ellos en el camino y que era quien había soltado la ambigua frase «una noche habría que...».

Aquel día, Bálint llegó de la excursión muy entrada la tarde y los encontró cerca del fuego. Los invitó a cenar tocino y aguardiente y a hablar delante de su tienda, que estaba algo separada del cobertizo de los *gornic*. Allí podían hablar con toda tranquilidad. Llamó al Meloso, porque le venía bien tener un intérprete, pese a que ya dominaba bastante el rumano. Fue el viejo quien planteó el caso. Habló detenidamente, explicando todos los detalles, con gran coherencia. Tras numerosas preguntas y respuestas, quedó claro que lo que querían era que Abády hablara con el usurero y le prohibiera que cometiera tales abusos. Ellos pagarían ochocientos florines para hacer las paces. Ya tenían esa cantidad, pero no podían conseguir más. Fue inútil que Bálint les explicara que él no tenía tanto poder como para obligar a Rusz a cambiar de actitud. El viejo no lo creyó y pensó que no quería hacerles el favor. Alegó que Su Excelencia, el viejo conde Abády, seguramente los habría defendido. El argumento hizo mella en Bálint. Al final les prometió que intervendría en el asunto, en parte porque el Tortolito los había interrumpido para decir:

—¡Ya os había dicho que esa no era la manera, sino *la noapte*...!

«¡Qué pinta tan espantosa!», pensó Bálint.

Al final se acostaron todos, y la gente de Pejková partió hacia su casa antes del amanecer.

Desmontaron el campamento. No habían tocado las doce del mediodía en la iglesia de Retyicel, cuando ya estaban en el monte, por cuyas laderas había casas esparcidas; la que más en alto estaba era la finca de Rusz Pántyili mon, que recordaba a una fortaleza. La caravana se paró. Los *gornic* se adelantaron junto con Krisán Gyorgye hasta la puerta de roble. Tres robustos perros guardianes ladraron haciendo mucho ruido, lo mismo que Krisán, que bramaba sacudiendo la puerta. Durante cinco minutos no se oyó nada más que los violentos ladridos, como si en el lugar no viviera nadie aparte de los perros. No salió nadie al porche, que era perfectamente visible desde el camino, puesto que la casa estaba más alta que el patio. Detrás de los

barrotes de hierro de las ventanas no se apreciaba ningún movimiento.

—¿Es posible que Ruzs no esté en casa? —preguntó Bálint a Krisán cuando por encima del muro, cuyo borde estaba protegido con esquirlas de cristal, un niño asomó la cabeza.

—¿Qué queréis? —preguntó el pequeño.

—El *maria ta* quiere entrar a ver al *domnu* Ruzs. ¡Ábrenos la puerta enseguida, si no, la echaré abajo! —gritó Gyorgye entre juramentos, agitando el hacha a punto de ponerse manos a la obra.

La cabeza del niño desapareció y a los pocos segundos se abrió una hoja de la puerta. Bálint entró a caballo entre las bestias feroces que los guardas intentaban apartar con bastones largos o lanzándoles piedras. Al llegar a las escaleras del porche, apareció un hombre alto de hombros caídos.

Abády lo observó bien. Era barbilampiño y tenía la cara arrugada como las viejas, los ojos pequeños, de un color indefinible, y el pelo largo. «¡Este debe de ser el malvado Ruzs!». Llevaba un traje de ciudad, gris y desgastado; la camisa le asomaba por debajo de la chaqueta. Tal vez por eso parecía tener las caderas anchas. Se inclinó un par de veces tímidamente y preguntó asustado:

—¿Qué le trae por aquí? ¿Qué desea?

—Quiero hablar con usted, Ruzs —dijo Abády mientras bajaba del caballo, y como el antiguo maestro insistió, subió a la casa y entró en la habitación de las visitas.

Ruzs echó un último vistazo a los hombres que aguardaban fuera; el Meloso se sentó en la grada. «Mientras el guardabosques esté ahí sentadito —pensó—, no puede pasar nada grave». Y siguió a Bálint.

Los demás se quedaron en el patio, y continuaron la discusión sobre el asunto de Pejkója. Los que habían marchado al final del grupo llevando la carga lo habían hablado la noche anterior y durante el camino. Por supuesto, no opinaban todos igual. Zsukuczo y los dos *gornic* jóvenes pensaban que todo era inútil porque el *domnu* notar y el pope, el *Parinte*, estaban con Ruzs; pero si el *maria ta* intervenía, quizá podría producirse un milagro. Krisán Gyorgye, que era un hombre violento, estaba a favor de la solución «*la noapte*»; Juanye Vomuluj callaba, porque siendo un hombre acomodado creía que era de su interés defender la opinión de que «el deudor pague». Lo había comentado una vez charlando junto al fuego, y como naturalmente todos se habían enfadado, decidió guardar un silencio elocuente.

Bálint se sentó en un banco del pequeño cuarto, que no tenía ni ventanas ni ventilación, solo un icono negro en un rincón. Sacó sus apuntes, comentó el caso y la propuesta de los de Pejkója.

—Creo que es una propuesta muy correcta —terminó.

Pántyili mon lo escuchaba de pie, apoyándose en una u otra de sus largas piernas, como el caballo que sufre balanceo y carga alternativamente su peso sobre las extremidades anteriores. Quizá estaba nervioso, quizá era su costumbre. Vaciló unos

momentos. Al final soltó pausadamente:

—No puede ser, señor, no puede ser...

—¿No? ¡Entonces deberá asumir las consecuencias! —respondió Bálint amenazadoramente—. Les proporcionaré un abogado, y yo mismo me dispondré a defenderlos. Según la ley usted no tiene derecho a percibir más que la suma real que les prestó, más los intereses, que no pueden superar el ocho por ciento. Les enseñaré cómo presentar una objeción y una querrela contra usted. La sanción son dos años de cárcel.

—No puede ser, señor conde, no puede ser —insistió Rusz.

—¡Cómo que no! Lo que usted hace es una infamia, les cobra el trescientos o el cuatrocientos por ciento de interés.

—Pero señor, eso no es verdad, no todo toca a mí. Yo también pago caro dinero...

—¿Quién se lo deja a usted?

El antiguo maestro de pueblo no dejaba de balancearse; esbozó una sonrisa entre sus arrugas y no contestó a la pregunta.

—Dinero es caro, mucho caro y mucho daño... Señor conde no sabe cómo son neveros. Catastro de gente no está bien, muchos tienen cosas a nombre de su abuelo. Así es gente aquí. Se marchan y yo no veo nunca más. Y no puedo hacer nada. Responsabilidad es mía, yo tengo que pagar. Mucho daño, mucho... Hay que cobrar, porque si no, mucho daño... —repitió los mismos argumentos, diciendo que no era su dinero, que sacaba pocos beneficios y que no podía hacer nada.

—Entonces, ¡vaya a ver a los que le cobran! ¡Que lo rebajen ellos! —contestó Abády enojado.

—No puede ser, señor, no puede ser...

—Pues bien, le advierto dos cosas: primera, y se lo puede decir a sus estimados colegas, que lo consideraré como un asunto personal; segunda, y esto va dirigido exclusivamente a usted, desde que voy por los neveros, he oído muchas quejas sobre su persona. Mi obligación es advertirle. Usted sabrá lo que hace.

Pántyili mon se encogió de hombros:

—Sé que gente, señor, es muy mala, muy mala...

Bálint salió del cuarto mientras Rusz se deshacía en reverencias, montó en su caballo y partió. La pesada puerta de roble se cerró de un golpe tras la caravana. Los perros continuaron ladrando como si se avergonzaran de haber sido menospreciados.

Ya en el tren, Bálint reflexionaba, estaba enfadado consigo mismo y tenía razón para estarlo. ¡Había perdido los estribos de nuevo! Lo que había prometido —exclusivamente porque el viejo de Pejkója había mencionado a su abuelo y porque aquel hombre de «*la noapte*» tenía muy mala pinta—, se había convertido en un asunto personal debido al enfado con Rusz. ¡Lo que en un principio había sido una mediación, ahora era su problema! Si no podía defender a los de Pejkója, eso mellaría

su prestigio y autoridad ante la gente de los neveros. Y era muy difícil defenderlos. Sabía quiénes eran los compañeros del usurero: el pope de Gyurkuca y el notario Simó. Moverían cielo y tierra para que no hubiera pruebas contra él. Tenían mucho poder en su pequeño mundo, sabían mantener a los granjeros bajo amenaza y siempre estaban allí, mientras que él solo aparecía de vez en cuando; y aunque estuviera en la zona, aunque confiaran en él, ¿qué podría conseguir? Solo había una solución: encontrar un abogado que no solo se encargara del asunto, sino en el que la gente tuviera confianza.

De repente se acordó de un nombre: Aurél Timisán. Era abogado y seguramente tenía mucho prestigio entre los campesinos rumanos y ante el pope. Tal vez fuera capaz de lograr un acuerdo sin juicio. Todo el mundo decía que era una persona honesta. ¡Sí! Iría a verlo. Al fin y al cabo, se trataba de campesinos rumanos.

Después de realizar algunas llamadas telefónicas, fue a visitar al viejo diputado. Este lo esperaba en el salón de fumar.

—Vaya, señor conde, ¿se ha dignado a venir a verme? —dijo Timisán con esa sonrisa burlona tan propia de él—. ¿Verme a mí, que pasé un año en la prisión de Vác? La prueba está en la pared, ¿la ve? —dijo mostrando una fotografía enmarcada en la que figuraban ocho personas.

Bálint se acercó. Era fácil reconocer a su anfitrión, que en la época conservaba negro su enorme bigote. Miró a los demás: eran los protagonistas del pleito «Memorandum».

—¿Quién es este? —preguntó Abády señalando a un hombre sentado en el centro cuyo nombre Timisán no había mencionado.

—¿Ese? Es el director de la prisión. Nos trató muy bien, por eso nosotros, como suele decirse, lo honramos con la foto.

Se sentaron cara a cara en anchas butacas, tapizadas con una felpa de dibujo persa que por entonces era típica en las casas acomodadas de la burguesía.

—No vengo, estimado señor diputado, para continuar nuestra conversación interrumpida, sino para pedirle su consejo y su ayuda en un caso. Se trata de campesinos rumanos, por eso he pensado que podría interesarle.

Sacó sus apuntes y le explicó el caso de Pejkója, la resistencia de Rusz, que él correría con los gastos de la querrela y que no quería dejarlo estar. Timisán lo escuchó en silencio, sin preguntar nada. Cuando Abády acabó la exposición hizo una pregunta, pero no sobre el caso:

—Dígame, señor conde, ¿por qué le importa lo que le pase a esa gente?

Era una pregunta sorprendente. Bálint no supo qué decir durante unos minutos. El impulso de cuidar del más débil era algo que llevaba en la sangre, y de repente no encontró mejor motivo.

—¡Pero es una injusticia terrible! —dijo al final—. ¡No debemos permitirlo! Que yo sepa, usted está en contacto con el Banco Uniata, que a través del pope Timbus financia a Rusz con dinero barato. Creo que si el banco se entera de que su dinero

acaba en manos de usureros, los amenazaré. Ellos cederían y podríamos salvar a sus víctimas.

Timisán le explicó en tono instructivo que el banco solo se ocupaba de si se pagaban regularmente los intereses de los préstamos, y de nada más. El banco no tenía nada que ver con el resto. Habló largamente con frases objetivas y extrañamente secas.

—Pero, señor diputado, ¿usted no se indigna? Se trata de gente de su pueblo. Los están machacando. Y usted, justamente usted, que representa sus intereses, ¿no está indignado?

—Es política, señor.

—¿Política? ¿Lo que le ocurre a esa pobre gente de los neveros?

—Sí, también —sonrió el viejo diputado—, justamente su caso es una cuestión política. —Pensó un poco y continuó—: Veo que usted, señor conde, tiene buena voluntad y me honra que me visite, cosa que no suelen hacer los señores húngaros. —Rio—. Para expresar mi agradecimiento, le explicaré una cosa: los antepasados del señor conde conquistaron mediante la espada ese territorio, la cuenca de los Cárpatos, y pusieron las bases del latifundismo húngaro. Hoy los medios son diferentes. Nosotros también necesitamos tener nuestra propia clase latifundista, pero aún no existe. Los intelectuales rumanos somos hijos de popes pobres. ¿Ve aquel retrato? Mi padre era pope en Páncélcseh. —Señaló a la pared donde, encima del recuerdo de Vác, había un retrato en tamaño natural de un pope de barba larga. Se notaba que había sido pintado basándose en una fotografía ampliada—. Todos estamos en la misma situación. Por eso hemos decidido crear una clase media acomodada. Es lo que estamos haciendo, y para ese fin sirve nuestro banco. Aparte de otros negocios, da préstamos a personas de confianza, al servicio de esa política. Que esas personas solo trabajen con campesinos rumanos es normal. Y que haya víctimas también lo es. ¿Acaso no hubo víctimas durante la conquista húngara? ¡Claro que sí! Nosotros hacemos lo mismo, pero no a caballo y con la espada. Aquello fue romántico, pintoresco; pero nosotros somos gente de la modernidad, gris y modesta. ¿No es así? ¡Pues, adelante! —Soltó otra risa, y se apagó en sus ojos aquella luz fría, cruel, que hasta ahora había acompañado sus palabras—. Nunca se lo he contado a nadie de esta manera, ni me lo oírás contar más de este modo. —Se rio otra vez—. Por todo ello verá, señor conde, que no puedo ayudarle. Y si me permite, le aconsejaría que deje de ocuparse de este caso.

Bálint se levantó y le dio la mano automáticamente. Lo que acababa de oír, le había dejado atónito. La voz de Timisán sonaba ahora más suave. Tenía un timbre paternal, emocionado:

—Se lo digo como un viejo que ha vivido mucho. Es una lástima, porque usted es una persona de buena voluntad, lo que es... muy raro. —Lo acompañó hasta el vestíbulo—. Le agradezco su visita.

Por aquel entonces había mucha vida social en Kolozsvár gracias a las cacerías y las carreras en el Zsuk. Esa pista de carreras era especial: subía y bajaba por lomas, solo el salto y la llegada estaban en terreno llano. Las carreras de caballos se celebraban durante tres domingos consecutivos. La cacería, que se organizaba entre semana, se desarrollaba por accidentados henares entre la orilla derecha de la vega del río Szamos y el valle del Fejérdi, hasta las lindes de Mócs, Gyulatelek y Szék. Los señoritos que no vivían en las fincas cercanas ni se hospedaban en el refugio de caza Hubertus, se alojaban en Kolozsvár e iban a la cacería en carruaje o en tren. Y puesto que donde se reunían jóvenes, siempre había madres con hijas casaderas, ellas también se instalaban en la ciudad. Se celebraba un baile tras otro, y los hombres se iban de juerga con los cingaros. Había mucha diversión durante el otoño, casi más que durante el carnaval.

Bálint también se había instalado en Kolozsvár. Su madre apoyaba la idea, aunque le suponía un gran sacrificio, puesto que se quedaba sola en el enorme castillo de Dénestornya. Lo hacía por varias razones. Por un lado, le entusiasmaba la idea de que Bálint apareciera en la alta sociedad, se relacionara con chicas jóvenes y tal vez se sintiera atraído por alguna. Era una situación ideal, ya que, según le habían comentado las señoras Baczó y Tóthy, Adrienne no estaba ni estaría en Kolozsvár. Últimamente tenía la intuición de que debía proteger a su hijo de ella. Por otra parte, quería que la gente viera sus caballos, los conociera y admirara. Quería demostrar que criaba los mejores caballos de Transilvania: hermosos, rápidos, de buen carácter y triunfadores. Sin embargo, separarse durante ocho o diez semanas de unos caballos que necesitaban de su cuidado y afecto diarios, le producía casi el mismo dolor que separarse de Bálint. Se le saltaron las lágrimas cuando dijo adiós uno por uno a sus tres animales que, después de comerse un bombón de despedida, salieron por la puerta con pasos alegres. Los seguía un carro grande y ruidoso, cargado de mantas, sillas de montar, fajas, sacos de avena y mil cosas más, para que no les faltara de nada.

Para Bálint era nuevo cabalgar por un paisaje tan accidentado: al ascender no debía abusar del esfuerzo de los caballos y, en cambio, tenía que bajar a galope tendido para alcanzar a los perros de caza. Pronto aprendió los trucos siguiendo el ejemplo de Gazsi Kadacsay, que era el *gentleman whip*, el azote de la caza, capaz de descender como una exhalación por las pendientes de arcilla más resbaladizas. Se hizo muy amigo de Gazsi, Pityu Kendy y los hermanos Alvinczy, que todos los días acudían al *meet*, al encuentro. La práctica en común del deporte crea un vínculo tal vez más fuerte que otras actividades. Era una vida bonita, despreocupada, con ejercicio físico exigente; y quedaba tan agotado que la fiebre ansiosa por Adrienne,

que lo torturaba cuando estaba solo, se había mitigado.

Así pasó el mes de octubre y la primera parte del de noviembre. Como las cacerías a caballo se organizaban en Kolozsvár, por las noches recibía clases de rumano de un estudiante universitario. «Hay que hablar un rumano correcto», Bálint se convenció no solo tras la difícil comunicación con la gente de los neveros, sino también gracias a la conversación con Timisán. Era imprescindible leer los periódicos rumanos, no solo los extractos modificados que aparecían en la prensa húngara, para conocer la cuestión en su totalidad —*audiatur et altera pars*— y poder formarse su propia opinión.

A mediados de octubre volvió a subir a los neveros. Fue con el abogado de Bánffyhungyad, quien le pareció apto para llevar el caso. Tenía muy buena fama, sabía hablar la lengua del pueblo y ya había llevado varios casos de la gente de allí.

Lo recibieron de forma totalmente distinta de la que había esperado. El viejo Ion a lui Maftie había conseguido reunir en su finca a unas ocho o diez personas que no hacían más que encogerse de hombros y buscar excusas para no firmar la autorización del abogado. El Tortolito, el de la cara espantosa, lo rechazó con una carcajada irónica.

Fue un fracaso absoluto. Al anoecer, cuando descendían por el serpenteante camino, en una curva Kula, el nieto de Juon, les salió al paso de entre los avellanos. Seguramente los había adelantado por un atajo. Bálint mandó a sus acompañantes continuar el camino y se quedó a solas con el flacucho mozo, que probablemente llevaba algún mensaje de su abuelo. Abády estaba sentado en su caballo, y el muchacho se subió a un montículo, de modo que su boca llegara al oído de Bálint.

—Solo quería informar al *maria ta* —comenzó susurrando— de lo que ha pasado desde su marcha.

Y le contó detalladamente que el notario había ido con dos guardias civiles, había declarado que su molino aserradero corría riesgo de incendiarse y había prohibido su utilización. A un muchacho que había sido eximido del servicio militar por ser el sostén de su familia, lo había hecho llamar a filas; había reabierto un proceso ya prescrito contra tres granjeros que habían cometido alguna irregularidad forestal; y había multado al viejo Ion a lui Maftie porque en el camino de Mereggyó se había desviado con su carro a la derecha en vez de hacerlo a la izquierda en cierta ocasión que se había encontrado con el de Simó. El notario había hablado con mucha gente y los había amenazado uno por uno. Les había dicho que él mismo sería testigo en caso de que demandaran a Rusz Pántyili mon y que aportaría pruebas de que realmente le debían dinero. ¡Era una autoridad y su palabra tenía peso! Al final se los llevó a todos a hacer trabajos de servicio público, justamente cuando comenzaba la cosecha del maíz.

Él, Kula, solo quería contarle eso a su *maria ta* para que lo entendiera y no estuviera enfadado con ellos. Tras el notario fue a verles el pope. Kula no le contó a Bálint lo que les había dicho, pero les había regañado por haber acudido a un señor



húngaro en contra de sus hermanos rumanos, y por haberse quejado de su pope y de su amigo Rusz; asimismo dijo que no lo olvidaría, que ya lo verían cuando tuvieran algún problema...

Kula no explicó a Bálint esto último, solo insistió:

—¡Ha venido el *Parinte*! Ese también ha venido...

Bálint le agradeció el informe y le dio dos coronas.

—Yo no lo hago por eso, señor —dijo Kula rechazando el dinero—. ¡De verdad que no lo hago por la recompensa!

Al final la aceptó y desapareció entre los avellanos.

A los pocos días Abády fue a ver al notario general del condado de Kolozsvár, porque el gobernador estaba suspendido. Le contó sus experiencias en los neveros y lo que le había dicho Timisán, sin mencionar su nombre. Enfatizó el papel del notario y presentó una queja contra su persona. ¡Era una villanía cómo trataba a la gente!

El notario general lo escuchó con la mirada fría.

—En este momento, señor —dijo al final—, yo no puedo hacer nada. Ahora todo es una cuestión política tanto para el gobierno, como para el condado. De todas maneras, si me permite, Gaszton Simó es uno de los mejores notarios.

—¿Lo dice porque lo conoce personalmente?

—Lo digo basándome en los informes de su superior, que es el magistrado que siempre...

—¡Cómo no, si ha hecho buenas migas con él en vez de controlarlo! —lo interrumpió Bálint enojado.

El notario general se estiró ofendido:

—Es normal que tengan contactos sociales. Simó es de muy buena familia. Su tío es noble en la corte, y él eligió esta carrera porque, debido a otras circunstancias, solo pudo estudiar seis años. Pero aquí, que yo sepa, hace un excelente trabajo; y en los neveros, diría yo, es el centinela húngaro.

—¿El centinela húngaro?

—¡Sí, el centinela húngaro!

—¿El centinela? ¿Él, que apoya las acciones del Banco Uniata porque saca beneficio? ¿Él, que colabora con el usurero?

—Esas son acusaciones muy graves que es necesario que estén fundadas. Yo iría allí ahora mismo por usted, señor conde, pero... en estos tiempos... entiéndame... me jugaría el puesto, porque tanto el gobierno como la oposición considerarían un acto político cualquier cosa que hiciese.

«Es inútil —pensó Bálint, mientras el notario general lo acompañaba a las escaleras excusándose reiteradamente—. La política de partidos lo ha contaminado todo». Salió desesperado. Solo le consolaba el hecho de que hubiesen sido los de Pejková quienes hubiesen rechazado su ayuda; nadie podría decir que los había

abandonado. Era el único punto positivo de ese triste asunto.

Aquello fue todo lo que pasó hasta mediados de noviembre. Durante el día hacía ejercicio, por la tarde estudiaba rumano unas horas y pasaba las noches en compañía de sus amigos. Los sábados iba a Dénestornya. El primer sábado del mes, festividad de Santa Catalina, encontró a su madre postrada en cama. Se había resfriado y el médico le había diagnosticado bronquitis. Durante unos días había tenido fiebre, que ya le había remitido, pero aún sufría una tos aguda y persistente. Llamaron al doctor Purjesz, que era partidario de los métodos naturales, y le recetó viajar a la Riviera francesa. Le costó convencer a la señora Róza, que al final aceptó el remedio con condiciones. Una era que solo iría si su hijo la acompañaba y pasaba toda la estancia con ella; la otra, que en vez de a la cara y distinguida Riviera irían a algún lugar más barato y sencillo al este de Génova. Quizá había estado allí en su luna de miel y por eso deseaba volver.

Bálint escribió enseguida una carta a un amigo diplomático que trabajaba en la embajada italiana de Viena, y a los pocos días llegó la respuesta. Les recomendó Portofino; y allí, un hotel de renombre. Se dispusieron a preparar el viaje y a hacer las maletas.

¡Marcharse! ¡Marcharse durante meses! Dejar a Adrienne ahora que la sentía tan cerca. Era su deber acompañar a su madre, pero le era imposible partir sin despedirse, sin volver a verla. Tenía que verla, verla a solas, largamente. Cuando se imaginaba la despedida, pensaba en la posibilidad de que la mujer se dejara llevar por la emoción y se entregara a él. Y si no cedía voluntariamente —apenas le parecía probable— podría forzarla, pero para eso necesitaba disponer de tiempo. Si lo lograba, ya no lo torturaría el deseo por el cuerpo de la muchacha. Lo planeó bien, y le escribió una carta. Le dijo que tenía que marcharse y que quería verla, pero no en Almáskő, sino en algún sitio donde pudieran estar solos, tal vez en Kolozsvár. Necesitaba verla una última vez, quién sabía cuándo volverían a encontrarse. No podía marcharse así, era necesario, muy necesario que se vieses a solas, libremente, y no solo durante unos momentos, sino tranquila y largamente... Era una carta astuta, cálida y humilde, llena de sutileza y de un conocimiento profundo del alma femenina...

A los pocos días llegó la respuesta.

Adrienne le explicaba que ella no podía faltar de casa ahora, «a estos todas las excusas les sonarían falsas». ¡Pero sí! Ella también quería verlo antes de que se fuera. Solo había un modo. Bálint debía ir a los bosques fronterizos de las dos fincas, enfrente de la quebrada donde había matado el corzo. Tenía que estar allí a las diez de la mañana. «Yo también seré puntual». No había otro modo de verse. «Hasta el miércoles que viene, día 22, a las diez de la mañana en punto».

No era lo que Bálint había esperado; ahora solo anhelaba que hiciera buen tiempo, seco, y no les pillara la lluvia de noviembre. Le daba igual satisfacer sus deseos en una habitación o a la intemperie, en la hojarasca...

El reloj de la torre de Nagymás no había tocado todavía las nueve en el lejano valle cuando Bálint ya estaba esperando en el punto marcado. La senda forestal pasaba por allí, por la linde y cruzaba la loma que separaba las aguas del Sebes-Körös de las del arroyo Almás. El joven se salió de la senda y se encaramó al tronco de un haya desde donde pudo ver toda la quebrada, y por donde pasaba el sendero que iba hacia las tierras de los Uzdy.

Tuvo suerte, hacía un tiempo espléndido. No parecía un día de otoño, se habría dicho que era el veranillo de San Miguel y no el umbral del invierno. Los árboles todavía no se habían desprendido de su follaje; Bálint se sintió rodeado por el fuego espectacular de toda la gama de colores, desde el limonado hasta el bronce rojizo, pasando por todos los matices del amarillo. Bálint no miraba nada, solo el camino. En un momento dado vio gente que tal vez iba hacia Bánffyhunyard. Por fin, en la lejanía, vislumbró la figura de Adrienne. Se acercó esbelta con sus pasos largos. «La Diana cazadora», pensó Bálint. Él salió a su encuentro. Se abrazaron, y notó de nuevo en su boca los labios de la mujer, que se abrían con la obediencia de una buena discípula. Pudo abrazar su cuerpo dócil, y pensó que lo besaba como las muchachas vírgenes, sin sentir pasión, sin que sus ojos reflejasen más que alegría y buena voluntad.

—Aquí pasa gente por el camino —dijo el hombre—, vamos a adentrarnos en el bosque.

Llegaron hasta un claro. Se sentaron sobre el abrigo de Addy.

—Entonces, ¿te vas? —preguntó Addy—. Te marchas por mucho tiempo...

Sin embargo, la tristeza no podía borrar de sus ojos la alegría del reencuentro. Su mirada brillaba como el primer día.

Recostado contra la pendiente, Bálint la tomó en sus brazos. La cabeza de la mujer descansaba en su hombro, irradiando afecto, confianza; sus rizos ensortijados le hacían cosquillas en la mejilla, en la oreja, en el bigote; como si tuvieran vida independiente, como si fueran estrellas de mar. Adrienne escuchó en silencio las palabras de su amigo.

Al principio habló objetivamente sobre el estado de salud de su madre, las órdenes de los médicos, los detalles del viaje, etc., pero sus manos empezaron a abrirse camino por la cintura de la mujer, bajando hasta las rodillas. Poco a poco avanzaron más, pasaron por el borde de la falda, la subieron, se deslizaron por las medias de seda con un movimiento lento, uniforme, que seguía el ritmo de sus palabras, que eran cada vez más coloridas, cálidas, ricas. Habló de su amor, de la prisión en la que le había confinado, de que si veía algo hermoso le evocaba la imagen de Adrienne: sus grandes ojos amarillos, su cabello negro como el azabache y

sus labios curvados, rebeldes. De vez en cuando le daba un beso fugaz, pero no paró de hablar, entrelazando las palabras, las muchas palabras bonitas que salían como chispas de la fragua de sus deseos, formando frases brillantes. Sintió de nuevo aquella inspiración parecida al delirio que había surgido en las tardes de Kolozsvár y aquella noche en la terraza de Vársiklód. Habló sobre su visión de la vida y su filosofía del amor, con giros originales y ejemplos inesperados, bromas y besos, mientras sus manos atrevidas, hábiles, avanzaban cautelosamente por el cuerpo de la mujer. Las faldas de Adrienne se habían deslizado de las rodillas, y Bálint siguió subiendo las manos poco a poco por sus piernas...

Adrienne permanecía inmóvil entre los brazos de Bálint, entregada a las palabras y las caricias que recorrían todo su cuerpo hasta los tobillos. Le producía una sensación nueva de bienestar: nunca había disfrutado de tales mimos de niña ni de casada. Embelesada por las palabras y las caricias, no se dio cuenta de que las manos del hombre ya no solo se deslizaban por su traje, sino por las medias de seda, finas como una telaraña, y llegaban a tocar su piel desnuda.

Las palabras de Bálint ocultaban al cazador que acecha a su presa, calculando cuidadosamente el mejor momento para atacarla. No obstante, en ese momento, tal vez porque sus dedos ya no eran tan disciplinados o porque la mujer había notado su deseo acuciante, Adrienne se incorporó con la espalda recta. Se dio cuenta de que le había subido la falda, y rápidamente se cubrió las rodillas, las piernas, y clavó una mirada llena de odio en Bálint. Todo su ser estaba tenso, preparado para saltar. Era la misma mirada que Bálint había visto una noche delante de la chimenea, y mucho antes en el banco de su finca.

Bálint percibió en una fracción de segundo que podría perderlo todo si no lograba calmarla. Fingió ofensa, humillación y sorpresa, y poco a poco consiguió que la mujer se animara y volviera a apoyarse entre sus brazos. Volvió a acariciarla, como a una niña, arrancándole el permiso para besarle los labios, los ojos, las manos y los brazos, o tocarla por encima de las rodillas. Ella tuvo que recordarle que en cierta ocasión él le había dicho que nunca desearía más de lo que estuviera dispuesta a darle. Al final, para hacer las paces, Bálint puso los labios en las medias, sobre su piel de pétalos de flor. Pero solo por un minuto, porque las manos de Adrienne le prohibieron avanzar y lo apartaron, estrechándose la falda contra las piernas, mientras se ruborizaba. Volvieron a acostarse abrazados, y aunque Bálint sentía los latidos de su corazón acelerados, continuó la letanía de amor sin saber lo que decía. Con el cuerpo cálido de la mujer entre los brazos, en medio del silencio infinito del bosque, rodeado por árboles dorados y el cielo diáfano, y entre suaves colinas que los separaban del mundo con un gesto protector inspirado por la majestuosa naturaleza, Bálint se dejó llevar por la sensación que lo arrebatava cuando estaba con Adrienne, y se dio cuenta de que quería enseñar esa doctrina: la religión de la belleza. Decidió escribirla en un libro: *La belleza como acción*. ¡Sí! En Portofino se dedicaría a descargar todo su amor en un libro, y cuando volviera en un par de meses, lo pondría

a los pies de Adrienne como muestra de que allá lejos en todo momento estuvo pleno de su belleza. Sus frases avanzarían al ritmo de los pasos alargados de la mujer, con el brillo de su piel alabastrina, flotando como su cabello negro, salvaje, y dulces como sus labios...

Dieron las doce; las campanadas llegaron volando desde el valle del Almás. Tenían que despedirse. Tal vez nunca se habían sentido tan unidos como en esa separación. Se abrazaron largamente en medio del bosque. Bálint se arrodilló en la hierba y cubrió de besos el traje, las medias de la mujer, todo su cuerpo; Adrienne no protestó, lo toleró inmóvil como las marmóreas diosas griegas. Fue una promesa silenciosa, y un regalo.

Ocho días después, Róza Abády y su hijo partieron de viaje por la noche. Caía aguanieve cuando subieron al coche cama en la estación de tren de Kolozsvár. La nevada se intensificó y en Bánffyhungyad el tren tuvo que esperar a que le engancharan una quitanieves. Bálint, que hasta ese momento había estado charlando con su madre, se asomó por la ventana antes de volver a su cabina. Tal vez se despedía de la estación de Adrienne, o tal vez quería ver qué tiempo hacía. Nevaba a copos gruesos, que lo tapaban todo con suavidad blanca. «Seguramente en Almáskő también nieve», pensó antes de dormirse.

Sí, nevaba en Almáskő, en toda la región de Kalotaszeg y en los neveros. Arriba ya llevaba dos días nevando, y habían llegado los lobos.

András Zutor, el Meloso, preparó carne de cabra con estricnina; ensartó con un alambre los trozos de carne envenenada a los pies del abetal y los fijó en los arbustos de enebro y en las ramas de los abetos. Los fue esparciendo por las zonas donde habían sido vistas las fieras, y también por la parte de la cascada en Sztenyisora y en Pejjója. Los lobos vagabundeaban mucho y podían aparecer por aquí o por allá. Por la noche volvió a casa, al refugio de caza en Szkrin.

Esa misma noche salieron figuras silenciosas de las casas de Pejjója. Todos iban vestidos con abrigo talar, albarcas y gorros de piel de oveja. Todos llevaban hachas y un bastón largo en la mano; algunos, también un bulto rojo, grueso, colgado de una varilla larga. Pasaban desapercibidos bajo la intensa nevada y avanzaban con la seguridad de la gente montaraz, pese a que reinaba una gran oscuridad y las sendas habían desaparecido bajo la blanca alfombra. Caminaron largamente, bajaron al valle del Száka y continuaron hacia la cresta. Finalmente, tras salir del bosque, llegaron a la cumbre desde la que había partido dos meses atrás la caravana de Bálint Abády para ir a casa de Ruz Pántyili mon. No estaban a más de cien pasos.

Su líder, el Tortolito, se giró y susurró:

—*Mai*, tú, Kula, adelántate y lanza la carne al patio. Llama a la puerta suavemente para despertar a los perros y tírasela en varias direcciones para que todos coman su parte.

Kula, que portaba el bulto rojo, se adelantó. No quería participar en otra cosa, pero esa era obligatoria. A los pocos pasos su figura desapareció detrás de la cortina de nieve. Los otros lo esperaron, apoyados en los bastones como los pastores de los neveros. A los pocos minutos oyeron los ladridos; primero abajo, después un poco más arriba, seguramente venían de la esquina superior del cerco. Llegó ruido de pelea. Kula volvió y se quedó junto al grupo sin decir nada. Los ladridos cesaron, pero ellos no se movieron. Esperaron un buen rato. La gente de los neveros es muy paciente. El tiempo no cuenta. Pasada una hora, el Tortolito dio unas breves órdenes y se pusieron en marcha. Dos hombres provistos de hachas se dirigieron a la puerta; el resto, al muro por el lado que daba a la montaña. Allí colocaron uno de los abrigos para cubrir el borde lleno de esquirlas de cristal, y lo saltaron.

Al día siguiente comenzó la investigación. Gaszton Simó subió con cuatro guardias civiles, lo cual era raro, porque la gente de los neveros nunca había visto más de dos. Encontraron la puerta intacta. La casa también lo parecía, de no ser por el humo que desprendían las ventanas ennegrecidas y el tejado hundido por donde el fuego había alcanzado las vigas. El fuego se iba extinguendo por la nieve que se colaba por el agujero del techo, pero las llamas seguían vivas en el cuarto donde estaba el cadáver de Ruz Pántyili mon. Alrededor de su cuerpo todo estaba roto y prendido. Era evidente que lo habían rociado con petróleo. Entre los documentos quemados y el icono del rincón, cuyo candil todavía tintineaba, solo se había salvado un trozo de la caja de cartas. A los perros guardianes los habían matado con estricnina; de sus bocas asomaba el alambre. No llegaron a descubrir nada más. Continuaba nevando y la nieve había tapado todas las huellas. El pequeño mozo de Ruz, que había huido al pueblo y se había escondido en el molino, solo pudo añadir que había oído un ruido, se había asomado, había visto unas figuras negras y había notado que alguien entraba por la puerta; por eso saltó el muro, cuyos cristales le habían producido varios cortes en las manos. Huyó en camisa, descalzo, con las manos sangrantes. Corrió cuanto pudo. No supo decir nada más.

—¿A quién viste?

—No lo sé.

—¿Reconociste a alguien?

—A nadie.

—¿Cómo iban vestidos?

—No lo sé.

No podía responder nada más, o tal vez no se atrevía; tiritaba de miedo.

—¿Cuándo ocurrió?

—No lo sé. Por la noche.

—¿Pero temprano o tarde?

—No lo sé. Era de noche. *La noapte*.

La investigación no sirvió de nada. Citaron a mucha gente, porque eran muchos los que alguna vez habían soltado una palabra amenazadora contra Ruz. Todos los

deudores del usurero estaban bajo sospecha. Naturalmente, los de Pejková también. Pero nadie soltó prenda. Todos habían estado en casa, durmiendo. Todos dijeron lo mismo, encogiéndose de hombros con cierta apatía. A nadie se le escapó una palabra delatora, ni nadie contó ninguna historia compleja que no pudiera verificarse fácilmente y dejarlos en evidencia. Todos repitieron lo mismo: «Estaba en casa durmiendo...».

No llegó a descubrirse nada.

Abády se enteró de los sucesos un mes más tarde. Le informó el Meloso, a quien habían interrogado para saber dónde había puesto la carne envenenada. Él lo explicó en detalle. Lo cierto era que, cuando fueron a comprobarlo, la carne faltaba en muchos puntos, aunque tampoco se encontró en los alrededores de Pejková. Quizá se cayó en la nieve o se la comieron los lobos; encontraron dos animales muertos. Tal vez fueron ellos. Cuando el Meloso la colocó, lo acompañaba Tódor Páven, el guardabosques, que después durmió con él en el valle. No había sido él, el Meloso podía testificarlo.

Quizá escribió a su señor porque sabía que le interesaba la vida de la gente de los neveros.

Bálint leyó la carta en la terraza del hotel. Allí, delante del resplandor eterno del mar azul, rodeado por olivos y naranjos, era difícil imaginar el invierno, la nieve, a la gente avanzando de noche en mitad de la ventisca, el misterioso asesinato y la muerte. Allí todo hablaba de la vida, la alegría y la primavera. No habría podido encontrar mejor lugar para la obra que había decidido escribir; allí todo era belleza pura. Las hojas plateadas, los troncos retorcidos de los olivos, el fruto dorado de los naranjos escondido entre el follaje tupido; y delante de él, el mar turquesa, las velas latinas; y más allá de la cala, la costa rocosa. Era un paisaje de ensueño. Allí podía olvidar todo lo malo y revivir solo lo hermoso. Podía trabajar bien en ese mundo silencioso, libre de penas y problemas. Tras superar las dificultades del comienzo, trabajaba a buen ritmo.

Nada perturbaba la tranquilidad soleada de trabajo. También en la política húngara reinaba una calma chicha. El ministro de Interior, Kristóffy, había derrotado la resistencia de las autoridades; las sesiones bulliciosas habían cesado; los nuevos gobernadores de los condados eran comisarios del gobierno que, esquivando prohibiciones, cumplían con los quehaceres diarios. Como no se habían votado los presupuestos, solo se recaudó la mitad de los impuestos; y los soldados que habían acabado el servicio militar no pudieron volver a casa porque no se sabía si el siguiente reemplazo era reclutable. El Parlamento había sido suspendido por un periodo indeterminado. La oposición permanecía a la espera apretando los puños.

Confiaban en que la inestabilidad del orden estatal condujera a su triunfo. Esa era su última esperanza. Incluso ahora, que habían constatado que su programa político era desafortunadamente inadecuado, los líderes y la prensa seguían repitiendo el mismo discurso; pero el electorado, después de la excitación del verano y del otoño, había vuelto a la vida normal.

Bálint, aparte de los periódicos, apenas recibía noticias de casa. En una ocasión lo visitó un conocido en Génova. Le contó que Gyeróffy seguía jugando y había vuelto a obtener el puesto de primer bailarín. Le divertirían los cotilleos de la alta sociedad. El rey de Bulgaria había hecho escala en Budapest, y se había organizado un baile en su honor en el palacio de los archiducos. Había sido una fiesta magnífica, aunque a Abády no le importó mucho.

Solo mantenía correspondencia con Adrienne. Eran cartas breves, una cada dos o tres semanas. Así supo que Addy se había trasladado a Kolozsvár como el año anterior para hacer de carabina de sus hermanas. Que Wickwitz no estaba, se suponía que porque el regimiento no le había dado permiso. Que Judith estaba aparentemente más tranquila. «Quizá un día deje de pensar en esa locura», había escrito Adrienne. En otra carta comentaba que los médicos le habían prescrito a su madre una terapia urgente en Viena, donde ingresaría en un sanatorio. Por eso, las muchachas Milóth se habían trasladado a la villa de los Uzdy, y ahora vivían en la habitación de la hija de Addy, que naturalmente no estaba porque su suegra se la había llevado a Meran. Así, pasaba todo el tiempo con sus hermanas, sobre todo porque la vieja había cerrado sus aposentos, y el único cuarto donde podían estar durante el día era el salón de la planta baja. «No es lo mejor, pero tiene una parte positiva, y es que me he reconciliado con Judith. ¡Ya no soy su enemiga mortal! Por las noches, si no hay baile, viene a mi alcoba mientras me cambio para acostarme. Charlamos hasta muy tarde. ¡Es muy agradable! Creo que conseguiré convencerla, sí... creo que lo conseguiré».

No hablaban nunca sobre su amor en esas cartas. Solo tres letras a modo de firma aludían a su afecto: «M.O.A.». Las mismas letras que encabezaban las cartas de Abády: «Monstruo de Ojos Amarillos».

Bálint meditaba largamente mirando la firma. Le evocaba el recuerdo del paseo por el Házsongrád, cuando le puso ese nombre al sufrir el primer desengaño. Addy era una mujer, y no lo era; hermosa y atractiva, le atemorizaba el amor real. Abády había empezado entonces el trabajo minucioso de la conquista. Como si fuera un domador que con caricias tranquilizadoras y con juegos intenta acostumar al animal salvaje al tacto humano. ¡Sí! Era eso: amansar a la fiera. ¡Pero había avanzado tan poco! El último día en el bosque tampoco... ¡Quizá era mejor así! ¿Qué sería de él si fuera su amante? No sería una aventura pasajera... Tal vez fuera para toda la vida... ¡La mejor terapia era el trabajo! Transformaría su amor en palabras, eliminando ese deseo por el cuerpo de la mujer que tanto lo torturaba, como había hecho Goethe con su amor por Lotte. Y su amistad podría sobrevivir como una *amitié amoureuse*, una amistad amorosa. Y, efectivamente, a medida que pasaban las semanas fue



sintiéndose mejor y más libre, o al menos eso creía.

El 16 de febrero recibió un telegrama: «Por favor, venga ahora mismo. M.O.A.». Nada más. ¿Qué habría pasado? ¡Algo terrible! Quizá Pali Uzdy... O la suegra... Tenía que ser algo terrible. Algo en lo que solo él pudiera ayudarla. Sí, iría a verla. ¡Era preciso! Era la primera vez que se daba cuenta de que estaban unidos por un hilo invisible e irrompible.

El telegrama llegó temprano por la mañana. Antes de que su madre se levantara tuvo tiempo de inventar una mentira. Le venía bien que el Parlamento hubiese sido convocado el día 19. Le dijo que tenía que volver por esa razón. Era imprescindible volver a casa. Solo por unos días o una semana, hasta que acabaran las sesiones; luego volvería para acompañarla de regreso a casa.

La condesa Róza lo escuchó en silencio. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no protestó.

—Bien, pues te esperaré —dijo al final, y se despidió—: tengo unos conocidos aquí, ya me apañaré hasta que vuelvas.

Bálint se marchó esa misma noche.

Era cierto que Wickwitz había vuelto a su regimiento a mediados de octubre. Fue obra de sucesos poco afortunados. En agosto cedió a las súplicas de Tihamér Abonyi, que quería presentar sus caballos en las carreras de Marosvásárhely y Zsuk, y solo confiaba en el entrenamiento del barón Egon, y se trasladó a Marosszilvás por un par de semanas. Ello supuso un disgusto para la viuda de Bogdán Lázár. ¡Qué tontería! Él realmente solo se iba por el deporte y no por Dinóra, pero la señora Lázár no se lo creyó y rompió la relación.

Ese otoño los Milóth no habían ido ni a Marosvásárhely ni a Kolozsvár, lo que dificultó sobremanera el contacto de Wickwitz con la muchacha. Solo a través de Zoltánka pudo enviarle cartas de vez en cuando para «mantenerla en forma», pero eso de garabatear continuamente no era lo suyo. Por eso pensó probar suerte en Brasso con alguna doncella soltera y rica, gracias a la cual pudiera subsanar sus deudas. Le habían dicho que ese invierno se celebraría la puesta de largo de la hija de un empresario millonario de la industria textil. ¡Estupendo! La muchacha quizá se hubiera casado con él, pero la familia quería un pretendiente del sector, y al intuir las intenciones de Wickwitz, lo apartaron de la casa. Un fracaso más, y un gran problema porque había perdido mucho tiempo en esa aventura. Las letras de cambio de Nagyvárad caducaban pronto. Eran las de Dinóra, y en ellas figuraba su nombre también. El usurero exigía el dinero, y de manera disimulada lo había amenazado. Tenía que actuar pronto, o de lo contrario... Ya veía con enormes letras grandes las dos palabras: *infam kassiert*.

Por eso, a finales de enero envió una carta que volvió a despertar los sentimientos ya menos tormentosos de Judith. Adrienne no se había equivocado al afirmar que su hermana estaba más tranquila. Había tenido un efecto balsámico no ver al barón durante un tiempo. Pero lo que más contaba era el hecho de que el amor de Judith se centraba en la ayuda, la salvación y el sacrificio. Ella estaba destinada a salvar a ese hombre robusto, pero torpe; un hombre de corazón honesto que se había metido en líos por culpa de su poca habilidad. Ella tenía que socorrerlo de la perdición. Pero desde hacía meses Wickwitz no se sentía amenazado, y el amor de Judith perdió su matiz beligerante y heroico. Ser fiel y esperar, ese era el nuevo lema. Y volvió a estar alegre, sonriente, contenta...

En esa carta, Wickwitz utilizó el mismo truco que tan bien le había funcionado anteriormente. En aquella ocasión le había contado a Judith que habría podido casarse con Dodó Gyalakuthy si no se hubiese enamorado de ella. Ahora decía lo mismo sobre la hija del empresario. Había intentado «librarse de aquella cosa», pero ahora veía que no podía separarse de Judith, y ¡eso sería su destrucción! No podía vivir sin ella y todo el mundo se enteraría de su situación vergonzosa. Iba a pegarse un tiro, no

había otra solución. Unos días más, y todo se sabría. Había otra alternativa, pero él no la quería ni mencionar: que Judith se escapara con él. Pero no, no podía aceptar un sacrificio tan grande. ¡Prefería la muerte! Era una carta bien escrita porque Wickwitz estaba realmente desesperado y albergaba pocas esperanzas respecto a Judith.

La carta llegó a manos de Zoltánka, y Judith contestó enseguida: «Quiero salvarte... Ven por mí... Desde aquí será fácil escapar...». Al tercer día llegó la respuesta de Egon, llena de agradecimiento, junto con un plan de actuación detallado. «Iremos a Graz y nos casaremos inmediatamente, en Austria no se necesita ceremonia civil». Su madre encontraría algún cura que los casara... pronto le darían permiso, solo era cuestión de días, e iría por ella.

Margit Milóth, que vivía con su hermana en la habitación de la hija de Adrienne, ya notó un cambio en Judith cuando recibió la primera carta. No dijo nada ni le preguntó, pero la observó en silencio. Judith intentaba disimular su nerviosismo y excitación. Margit los espío cuando Zoltánka le dio la segunda carta, y vio dónde la guardaba Judith antes de acostarse. Se la robó a escondidas y fue a la alcoba de Adrienne a través de las escaleras de servicio y el oscuro corredor. Corrió como un fantasma con su camisola larga.

Adrienne estaba leyendo en su cama. Margit se sentó a su lado y le leyó la carta del barón Egon. Al día siguiente Adrienne envió un telegrama a Portofino, en él le pedía a Abády que volviera a casa.

Abády llegó a Budapest en vísperas de la sesión plenaria. Decidió continuar el viaje al día siguiente para poder asistir. Por los periódicos que había comprado durante el viaje se enteró de que esa vez no se hablaría de la suspensión como hasta ahora, sino de disolver el Parlamento mediante decreto real, por vía de un comisario real, Sándor Nyíri. Era algo que conculcaba las leyes vigentes: no era legal disolver el Parlamento sin que se hubieran votado previamente los presupuestos. Era un acto violento, beligerante; la primera escaramuza sería en la batalla entre el emperador y el Parlamento, y podía provocar respuestas revolucionarias. Abády, preocupado, se fue al casino para recabar más información y pulsar el ambiente. Las salas estaban abarrotadas. Por todos lados había grupos discutiendo acaloradamente, aunque la noticia no los había cogido desprevenidos. Desde el principio de la crisis se sabía qué planeaba el «gobierno de guardias» y el comité director de los partidos de la coalición. Por solidaridad patriótica, los funcionarios de alto rango habían avisado a los líderes de la oposición sobre los planes secretos del gobierno, así supieron qué se preparaba en la corte, y dieron la voz de alarma a la prensa. Ahora la discusión se centraba en qué pasaría exactamente.

La opinión generalizada era que se instauraría una larga dictadura. «¿Qué deberíamos hacer?», se comentaba con agobio, barajando conjeturas. Los líderes habían mantenido una reunión urgente para encontrar una solución práctica, sutil y

legal. Mientras llegaban las noticias, la gente aportaba diferentes propuestas. La más ingeniosa había sido la de un distinguido abogado de Budapest, que incluso se publicó en la prensa de manera destacada. Pretendía que dimitieran todos los diputados del Parlamento. En tal caso no habría presidente, notario, portavoz, ni nadie a quien poder entregar el decreto real.

—¡Estupendo! ¡Sería una broma tremenda! —gritó Wülffenstein.

Ya podría Nyíri correr con el documento en la mano, que no encontraría a quien entregárselo. Tampoco podría convocar la sesión porque para ello, según la normativa, eran necesarios al menos cuarenta diputados. ¡Lástima que ya fuera tarde!

Después de una larga espera llegó el aviso de los líderes: al día siguiente todo el mundo tenía que estar en el Parlamento muy pronto, a las nueve y media. No dijeron nada más, pero fue suficiente. La multitud se disolvió excitada. ¿Cuál sería la estrategia de la oposición?

Ese día por la mañana la plaza del Parlamento estaba rodeada por un cordón de policías que solo permitían el paso tras comprobar la identificación. La escena resultaba sombría, aterradora. Había un sinfín de soldados con sus armas preparadas. Entre todos destacaba la figura del comandante, el coronel Fabritius, seguido de su regimiento de húsares en posición de descanso. Detrás del cordón había unos doscientos o trescientos curiosos, no más, contemplando la escena. En la calle Alkotmány, que desembocaba en la plaza, había más gente. Se murmuraba que el gobierno había convocado a los obreros socialistas. En la plaza había además periodistas que recibían con vítores a los próceres más notorios. Entraron todos en el edificio, y empezaron a formar grupos por los pasillos para discutir en voz baja lo que les esperaba.

Pronto sonó la campanilla y se dirigieron rápidamente a la sala de sesiones. El notario leyó algo atropelladamente, seguramente el acta de la última sesión. Los diputados empezaron a tamborilear nerviosamente en sus escaños.

—Si no hay objeciones, declaro el acta aprobada —dijo el presidente Rakovszky rápidamente.

En la sala reinaba un silencio profundo. Rakovszky comenzó a leer la propuesta presidencial. La sesión había sido convocada por decreto real. El general Nyíri, comisario real plenipotenciario, anunciaba a los miembros de la presidencia que los esperaba ese día a las once en palacio para comunicarles la disolución del Parlamento. El presidente añadió que el documento real no le había llegado a través del primer ministro, sino que se lo habían entregado dos oficiales del ejército en un sobre cerrado. Puesto que la ley establecía que tales decretos debían llegar a la presidencia a través de la persona del primer ministro, él personalmente aconsejaba que no se aceptara el sobre, sino que se devolviera a los dos oficiales. Era evidente que Rakovszky había elegido una estrategia revolucionaria. Así no pasaría nada: el Parlamento estaba convocado, pero no había aviso oficial de disolución. Esa solución sorprendió a los diputados que no habían sido informados. Sin embargo, el respeto

por las formalidades jurídicas era tan estricto que, tras unos minutos de vacilación, se oyó un rumor de aprobación unánime.

El presidente propuso rápidamente una sesión para el día 21, pero todo el mundo supo que no tendría lugar porque los soldados habían ocupado la planta baja y estaban subiendo las escaleras para tomar el edificio del Parlamento.

El presidente cerró la sesión y se apresuró a bajar de la tribuna. Todo el mundo se precipitó a las salidas dando codazos para esfumarse lo antes posible. En ese momento entró por la puerta trasera el coronel de húsares. Los que iban a salir por allí, dieron marcha atrás huyendo hacia otra salida. Entretanto, el coronel Fabritius subió a la tribuna y, delante de los periodistas que bajaban de los palcos, leyó el decreto real que disolvía el Parlamento. Al pronunciar la última palabra, la sala de sesiones fue ocupada por soldados armados.

Los pasillos ya habían sido tomados también por los soldados, todos eran del regimiento nacional de Budapest. Era un espectáculo trágico, ¡soldados armados en el Parlamento! Las filas que formaban ante las salidas eran como una pared oscura que tapaba las ventanas, como si ni siquiera quisieran dejar entrar la luz en esa mañana gris y lluviosa.

Bálint, al que le avergonzaba correr, fue el último en dejar la sala. Se dirigió a la escalera principal, pero se topó con Béla Varju que corría en sentido contrario.

—¡Ya está cerrado! ¡No dejan pasar a nadie! —gritó desde lejos.

—¡Tal vez podamos escapar a través de la sala de tertulia! —contestó Bálint, y entraron. Apenas se deslizaron por la puerta de cristal, un capitán con sus soldados se dirigió hacia allí.

Bálint fue más rápido que su compañero, de andares pesados. Para mitigar sus nervios le dijo de broma:

—¡Date prisa, amigo, si no, solo podremos recoger los abrigos en la prisión de Viena!

El tren de Abády salía a las dos. Antes comió en el casino, donde el ambiente era lúgubre. Algunos cuchicheaban, pero se callaban cuando alguien pasaba por su lado. Apenas hablaban sobre los sucesos de esa mañana. Otros se encogían de hombros. Tampoco Frédi Wülffenstein presumía de su rebelde sangre húngara. Todos estaban preocupados pensando en lo que se les venía encima. Quizá alguno pensara que la política de defensa y el nuevo reglamento parlamentario, que habían logrado enfrenar al país con el rey, habían sido profundamente erróneos.

László Gyerőffy también tomó el expreso de mediodía. Se saludaron y se sentaron en la misma cabina, pero no sentían el afecto de antaño.

—¿Vuelves a Kozárd? —preguntó Bálint.

—No. Voy a bajar en Nagyvárad. —Y para evitar la posible pregunta de su primo, añadió secamente—: Tengo algo que hacer. —Y volvió a mirar el paisaje.

Guardaron silencio. László recordó los acontecimientos del carnaval. Había sido primer bailarín. Aparentemente su posición social no había cambiado; es más, el baile de los archidukes había sido el mayor de sus éxitos porque había cenado en la mesa del rey de Bulgaria, había abierto el *cotillon* con la reina y se había codeado con altezas y majestades. No obstante, había notado que su posición en la alta sociedad budapestina ya no estaba tan afianzada. No era de extrañar, ese año no se había interesado tanto por cumplir sus obligaciones de primer bailarín. Le daba pereza. A veces, en medio de un baile, desaparecía una hora para ir a jugar al bacará. Luego regresaba borracho y furioso porque su ayudante había ido a buscarle. Reconocía que la pérdida de posición era culpa suya. Sin embargo, le había sentado mal que, tres días atrás, una madre que iba a dar una fiesta no hubiera recurrido a él sino a Niki Kollonich y a Gyuri Wárday, el hermano de Imre. Ofendido, había abandonado repentinamente su puesto. Había dicho que tenía que viajar a Transilvania. Por eso se encontraba en el tren. De todos modos, era mejor haberse librado de las obligaciones. No podía retrasar más la cuestión de las perlas de Fanny. Era preciso conseguir dinero, devolver el anticipo, ¡no podía tolerar más la vergüenza de vivir a costa de una mujer!

Sentados en la cabina mudos, Bálint observó la cara de László. Se le había endurecido el gesto: tenía los labios apretados en una mueca amarga, la arruga del entrecejo era más profunda, tenía los ojos vidriosos, inflamados. «Seguramente sigue apostando fuerte», pensó Bálint. Decidió sermonearlo. Empezó discretamente, pero László se encogió de hombros y le soltó una respuesta grosera. Abády se molestó y le espetó cosas crueles. Al final le gritó enfadado:

—¡Estás loco! ¡Si sigues así te vas a arruinar y a envilecer!

Gyerőffy se levantó; la arruga amarga de sus labios se volvió más profunda.

—Ya estoy arruinado y envilecido —contestó con indiferencia, y salió de la cabina.

No volvió hasta Nagyvárad. Allí, mientras sacaban su maleta, se acercó a su primo.

—Gracias por interesarte por mi suerte, pero no lo hagas más. No te preocupes por mí. Soy un hombre perdido.

Bálint no pudo contestar porque László se marchó rápidamente.

En su apartamento de la calle Farkas, en Kolozsvár, Bálint encontró otro escueto mensaje. «Venga mañana a la hora del té. Preséntese sin invitación, como si se le hubiera ocurrido pasar por casualidad. Habrá más gente. El resto se lo contaré allí», le había escrito Adrienne en inglés. «Sin invitación» estaba subrayado.

Al día siguiente, a las cinco, en el gran salón de Adrienne había muchos jóvenes

reunidos formando grupos alrededor de las mujeres. Judith estaba sentada en el tresillo con tres muchachos, Margit con los dos menores Alvinczy en otro rincón. Las dos hermanas Laczók charlaban con otros tantos, y Adrienne estaba delante de la chimenea, pero no en sus mullidos cojines, sino en una butaca entre Ádám Alvinczy y Pityu Kendy. Bálint se sentó con ellos. Naturalmente, le preguntaron sobre la Riviera. Kamuthy se interesó por los acontecimientos políticos de Budapest. Bálint dio algunas respuestas automáticas, pues tenía los nervios a flor de piel, atento a percibir alguna señal de por qué lo había llamado Adrienne. Observó las caras. Fue inútil, todos tenían el mismo aspecto de siempre. Solo los ojos de Judith chispearon con luz hostil cuando le dio la mano, luz que desapareció cuando regresó para continuar la conversación con sus amigos. Así pasaron los minutos.

Cuando llevaron los quinqués de mesa, Adrienne se levantó como si dejara pasar a la criada hasta la lámpara de pie, se acercó a la ventana francesa que daba al foso del molino y se quedó contemplando el crepúsculo. Bálint se colocó a su lado.

—¡Fíjese bien en el puente! —le dijo en voz baja sin mover la cabeza. Hizo una señal con la barbilla y volvió a sentarse con sus amigos.

Bálint se quedó un rato observando la doble pasarela que cruzaba el foso del molino a unos diez metros de la casa. En la orilla que daba a la finca había una vieja portezuela aparentemente cerrada con clavos. Faltaban unas cuantas tablas del puente, la madera de las barandillas estaba podrida y se notaba que hacía tiempo que la pasarela estaba fuera de uso. Por la otra orilla serpenteaba un camino, y más allá se extendía el parque invernal.

Cuando volvió a reunirse con los demás, Adrienne se dirigió a él.

—¡Ah, sí! Tengo que devolverle el libro. Ha sido muy interesante. Gracias —dijo cogiendo del escritorio un tomo de Tauchnitz, y se lo entregó.

Bálint vio el título y se dio cuenta de que no era suyo. Tampoco lo conocía. Se lo metió en el bolsillo y notó que algo crujía dentro, ¡una carta! Respondió con mirada indiferente:

—Bueno, no es gran cosa, pero está bien escrito... Me alegro de que le haya gustado.

—Sí, ha sido una lectura agradable...

Abády se quedó unos minutos más charlando, y se fue. Volvió a casa corriendo. Cerró la puerta de su habitación y solo entonces abrió la carta.

«Esta noche, a la una, entre en la villa cruzando la pasarela. Si ve luz detrás de la puerta de cristal de la casa, entre. Si no hay luz, ¡no entre! ¡Es importante! Tengo que estar en cama por mis hermanas. No se equivoque. ¡Se trata de Wickwitz! Usted es el único amigo que tengo». «Amigo» estaba subrayado dos veces. «¡No hay otra ocasión para contárselo! ¡Es una catástrofe!».

Después de largas cavilaciones, Adrienne había decidido actuar de esta manera.

Estaba segura de que la llegada de Abády alertaría a Judith. Desde que había fracasado con lo de la carta en Mezővarjas, lo consideraba su enemigo. El hecho de que solo tuvieran una sala de estar excluía la posibilidad de que en presencia de sus hermanas Adrienne pudiera retirarse a un rincón con Abády para discutir la situación y pedirle consejo. Si citaba a Bálint por la mañana, Judith se enteraría de la visita; podría verlo cruzando el jardín delantero porque sus ventanas daban justamente allí. También llamaría la atención si se iba a dar un paseo con él por la ciudad; despertaría sospechas porque siempre iban juntas a todas partes y seguramente se toparían con conocidos que se lo contarían a Judith... ¡No! ¡Era imposible! Conocía bien a su hermana; si sospechaba que Adrienne había discutido su caso con Abády, era capaz de cometer una locura, viajar sola a Brasso para lanzarse a los brazos de su maldito Wickwitz... Hasta ahora Judith no se había dado cuenta de la vigilancia extrema que Adrienne ejercía sobre ella desde que su madre la había dejado al cargo de las muchachas. Hasta mediodía Judith no podía salir sin la señorita Morin o Margit, y desde mediodía hasta muy entrada la noche estaban las tres juntas.

Así, solo podía citar a Bálint de noche para pedirle consejo. Afortunadamente, la portezuela de la pasarela se abría con facilidad, pues aunque había sido claveteada los clavos estaban oxidados, y se cerraba con la misma facilidad. Adrienne lo había probado antes de la llegada de Abády. Todo estaba bien planeado, ahora su mayor problema era cómo recibir a Bálint. Sus hermanas siempre estaban con ella cuando se ponía el camisón, e incluso se quedaban un rato después. Si cambiaba alguna cosa de los rituales nocturnos, lo notarían. Todo tenía que ser como siempre. ¿Pero, y luego? ¿Debía vestirse de nuevo? Sería muy engorroso. ¿Y si se ponía una bata? ¡No! No podía ser. Las batas se abrían cada dos por tres, y era difícil mantenerlas bien compuestas... sin quererlo podían asomar las rodillas... o el hombro... ¡No! Se estremeció solo de pensarlo. Lo mejor sería recibirlo acostada; de todos modos, Bálint ya la había visto así una vez. Podía taparse con el edredón hasta la barbilla, cubrir su cuerpo totalmente como aquella vez en Almáskő.

La portezuela del jardín se abrió silenciosamente, y se volvió a cerrar. Se oyeron pasos lentos, cautelosos. Bálint estaba en la puerta de cristal. La cerró sin hacer ruido. Se quitó el abrigo, el sombrero y se acercó. ¡Ya estaba allí, al lado de su cama! Le dio un beso en la frente como si fuera un hermano.

La mirada de Adrienne era amenazadora, casi hostil. Poco a poco se ablandó al ver los modales correctos del joven.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? —preguntó Bálint—. Gracias por haberme llamado. Naturalmente, he venido enseguida.

Hablaba muy bajo, Adrienne también. Le contó lo de la carta de Wickwitz, sus preocupaciones. Dijo que ella era responsable de Judith y no tenía a nadie a quien pedir consejo, nadie a quien avisar si aquel tipo se acercaba, nadie que pudiera observar qué pasaba fuera de la villa Uzdy, nadie que la alertara en caso de peligro... No podía compartir su problema con nadie... Además, tenía que velar por la



reputación de Judith... Se sentía totalmente impotente...

Habló con gran objetividad, como si estuviera en la oficina de un abogado y no en una alcoba perfumada, oscura. Quizá debido a que hablaba en voz baja, Bálint dejó la silla a los pies de la cama y se sentó a su lado; primero en el borde de su lecho, después apoyado en las almohadas cerca de la cara de Addy. Así podían hablar con voz apenas perceptible. Dominando su deseo, como la última vez en el bosque, Bálint contestó todas las preguntas de Addy con calma, casi como si hablara de un asunto profesional; logró calmar sus lágrimas y se comprometió a permanecer atento y avisarla en el momento en que Wickwitz llegara a Kolozsvár. Al mismo tiempo, no obstante, trazaba su propio plan, buscaba la manera de asegurar su acceso a ella la siguiente noche, ¡mañana, pasado mañana, siempre! Tal vez, tarde o temprano, se despertara en ella el deseo, aunque fuera solo una chispa de pasión, y llegara el gran momento. Le vino de maravilla haber escrito en Portofino unas sesenta páginas de la obra que se había propuesto realizar mientras sostenía a Adrienne entre sus brazos. Le dijo que no tendría otra posibilidad de leérselo más que a esas horas, y le explicó que era muy importante para su trabajo, para poder hacer un ejercicio de autocrítica. Al final, Adrienne le permitió volver a la noche siguiente. Para alcanzar su fin, esa noche no se atrevió a avanzar. Le dio algunos besos cautelosos para no espantarla. Solo al despedirse la besó más ardorosamente, estrechándola contra sí. «Lo que he conseguido, no puedo perderlo», se dijo.

«¡Qué absurda es la vida! —pensó avanzando a trompicones por la senda de la orilla—. Si la gente se enterara de dónde vengo, creería que soy el amante de esa mujer. ¡Y solo Dios sabe lo lejos que estoy de serlo!».

Unos días después de que lo hiciera Bálint, László Gyeróffy llegó a Kolozsvár, más amargado que nunca. Venía de Nagyvárad, donde había visitado a un usurero, el señor Blau, que se hacía llamar «banquero privado». Era el mismo Blau que tenía las letras de cambio con las firmas de Wickwitz y Dinóra. Gyeróffy intentó pedir prestadas las ochenta y seis mil coronas que necesitaba para devolver el anticipo de las perlas de Fanny. Hasta ahora había esperado a que las partidas de naipes le aportaran la suma necesaria. Pero había fracasado. A veces ganaba una cantidad considerable, pero ni la mitad del dinero preciso, que además se gastaba al día siguiente porque estaba acostumbrado a la buena vida. Intentó conseguir un préstamo de sus acreedores budapestinos. No pudo convencerlos. Se lo negaron con distintos pretextos, sin decirle la razón verdadera: sabían que László era jugador y bebía mucho... Un conocido suyo le había hablado sobre ese banquero privado de Nagyvárad, y lo intentó. Pero no tuvo éxito y tampoco iba a intentarlo más, porque decidió no volver allí nunca más en su vida. Casi huyó de su casa.

Había ocurrido lo siguiente: al comenzar la conversación, el «señor banquero» le dijo que prefería tener dos firmas para poder concederle el préstamo y le recomendó a Gyeróffy que consiguiera un garante que lo avalara, fuera quien fuese. Luego empezó a interesarse por los conocidos de László, por la alta sociedad transilvana. László pensó que quería informarse sobre sus vínculos, por eso le facilitó todos los detalles, sobre todo porque el señor Blau desempeñaba muy bien su papel de financiero benevolente y daba la sensación de ser una persona civilizada. Pero Blau solo lo usaba para acercarse más al tema que le preocupaba: las letras de cambio de Wickwitz y Dinóra. Ya se había arrepentido de inmiscuirse en ese asunto. Había escrito varias cartas a la señora Abonyi, pero no había obtenido respuesta. El barón Egon lo tenía hartado con sus falsas promesas. ¿Qué podía hacer? ¿Demandar a Dinóra o denunciar al oficial? Eran dos soluciones incómodas, escandalosas, y el escándalo dañaba su negocio. ¡Solo lo haría si no quedaba más remedio! Pensó que el conde Gyeróffy podría intervenir discretamente y pedirle a la mujer que pagara. ¡Era una señora muy rica! O hablar con el oficial amenazándole con que se montaría un escándalo.

Después de muchas palabras halagadoras sobre lo *cavalier* que era el señor conde, le enseñó las letras de cambio de Dinóra. Consiguió algo inesperado. László las miró petrificado. Le asaltó la culpa por las perlas de Fanny. ¡Él también era tan vil como el Vikingo, vivía a costa de una mujer! Y habló de sí mismo casi en un susurro, pero furioso:

—¡Villano! ¡Sinvergüenza!

—¿Qué pasa? ¿Acaso la firma de la condesa es falsa? —exclamó Blau asustado; pero László no contestó, cogió el sombrero y se marchó corriendo como un loco.

Pasaron dos días, dos días anodinos en los que no pasó nada importante. Pero súbitamente el destino, el mejor dramaturgo, se puso manos a la obra y destruyó el alma frágil de la pobre Judith.

Se había celebrado una gran juerga en el restaurante del hotel. Pasada la medianoche, todavía había gente de la ciudad bebiendo vino y escuchando la música de los cingaros. En una mesa se divertían los granjeros de la academia de Monostor. Sin embargo, el famoso Laji Pongrácz no tocaba para ellos, sino para la mesa principal, donde estaban sentados el tío Ambrus y su séquito: los hermanos Alvinczy, Jóska y Pityu Kendy, el pequeño Kamuthy, y por supuesto, el viejo Dániel Kendy. Estaban tomando champán alegremente, pagando buenas propinas al violinista por sus coplas favoritas, y animándose ya borrachos a cantar de vez en cuando algún fragmento. A los demás bebedores no les molestaba porque sabían que en esas ocasiones Laji tocaba el violín mejor que nunca y ellos podían escucharlo gratis, lo cual no estaba nada mal. Si intentaban interrumpir la juerga, el tío Ambrus se llevaba a los cingaros a un sitio apartado y ellos se quedaban sin violines ni címbalo.

Tocaban música alegre, una copla tras otra.

Estaba también Gyeróffy, entre Ádám Alvinczy y el gordinflón Kamuthy. Ya había bebido mucho, por eso estaba sentado muy tieso.

De repente, entró en la sala Wickwitz.

Había llegado desde Brasso en el tren expreso de la noche. Había sido un viaje largo, y se sentía asediado por los problemas de su desesperante situación. Dinóra le había enviado varias cartas pidiéndole explicaciones por los correos apremiantes de Blau, que no llegaba a entender. ¡Qué tonta! Y el maldito Blau tenía una actitud cada vez más amenazadora. El coronel lo había hecho pasar por mil torturas para darle el permiso. *So ein Kerl!* ¡Qué individuo más imbécil! Justamente ahora que todo pendía de un hilo. ¡Qué individuo! ¡Las mentiras a Dinóra y a Blau, la cantidad de cartas que había garabateado! Y el temor constante a que se descubriera el asunto antes de obtener el permiso y escaparse con Judith. Ya se encargaría la familia Milóth de arreglar las cosas para salvar la reputación de su hija. Durante los últimos días había tenido la sensación de ser una fiera perseguida por los batidores, de no saber adónde huir. Era demasiado incluso para sus nervios de acero. Por eso pensó en pasar unas horas de juerga con los cingaros y tomar algunas copas de champán para animarse. Por la mañana avisaría a Judith, y a la madrugada siguiente... Preparados, listos, ¡ya! ¡Dirección Austria! ¡Un día y medio! Ya no podía surgir ningún imprevisto en tan corto lapso de tiempo porque al salir hacia Kolozsvár había enviado una carta a Nagyvárad, al usurero, diciéndole que en dos semanas pagaría las letras... ¿Solo dos semanas? ¡Sí! ¡Dentro de dos semanas sería el rey!

Al encontrar allí al tío Ambrus y compañía, hizo un saludo militar y se sentó humildemente en un extremo de la mesa. Pero no pudo relajarse porque László Gyerőffy le gritó:

—¡Ven aquí, tocayo, siéntate a mi lado!

Egon Wickwitz no comprendió porque László lo llamaba «tocayo», pero como no merecía la pena pelearse con borrachos, se levantó y se sentó en la silla que Gyerőffy le había ofrecido. Sujetó la espada entre las rodillas y pidió una botellita de champán.

—¿Por qué te pides una pequeña? —interrumpió László—. ¿Por qué tienes que ahorrar? ¿Por qué tendríamos que ahorrar tú y yo? Los demás hacen bien si ahorran, pero tú y yo, ¿por qué deberíamos hacerlo? ¡Una gran botella para mi tocayo, para mi compañero!

Trajeron el champán. La música continuó y de vez en cuando el tío Ambrus se arrancaba a cantar en voz baja o acompañaba la copla a gritos. Después de tres o cuatro canciones, el gitano tocó una *czarda* rápida. Todos brindaron.

—¡A tu salud, Vikingo, mi excelente colega! —dijo László—. ¡Tú brinda solo conmigo, deja a los otros! Ellos son diferentes... pero tú y yo somos de la misma ralea.

Las palabras eran amables, pero el tono y la risa sarcástica eran claramente provocadores, casi hostiles. Brindaron y bebieron varias veces. Gyerőffy volvió a repetir lo mismo, pero el barón Egon, que era una persona apacible, aguantó con la paciencia de un perro alano la extraña amabilidad de László. Solo atinaba a pensar que Gyerőffy llevaba una borrachera tremenda y no sabía lo que decía.

En cualquier caso, estaba bebiendo sin moderación.

—¿Sabes por qué eres mi colega? —le preguntó al final, inclinándose sobre la mesa—. ¿Lo sabes? Pues yo te lo diré... acerca el oído... ¡el oído! —Wickwitz obedeció—. Eres mi colega porque —susurró— yo también soy un canalla como tú. ¡Por eso!

El barón Egon se echó atrás en la silla, atónito, pero después hizo un gesto con la mano como diciendo «bien, bien... Has bebido mucho...».

—¡Es la verdad! —dijo Gyerőffy, esta vez furioso—. ¡Es la verdad! ¡Tú también eres un canalla! ¡Un canalla! Yo lo sé, y tú también.

—Cuidado con lo que dices —contestó el teniente todavía tranquilo—, no puedo tolerar que en público...

—¿Qué? ¿Con qué debo tener cuidado? ¡Vaya, no puedes tolerarlo! A mí no me tomes el pelo. Es lo que yo te digo: ¡tú también eres un canalla!

Wickwitz pensó en un abrir y cerrar de ojos que debería montar un escándalo y pedir explicaciones, pero había un inconveniente: perdería mucho tiempo. Vaciló, y el otro siguió gritando como un loco:

—Solo una palabra: ¡Blau! ¿Entiendes? ¡Blau! ¡Blau! ¡Blau! ¡Sí! —Se levantó, y continuó gritando—: Sí, tú y yo somos unos canallas. ¡Sí! ¡Unos canallas! ¡Unos malditos canallas!

Comenzó a golpear la mesa. Su ira iba más bien dirigida a sí mismo, no a Wickwitz; se odiaba, se machacaba, quería destruirse, desaparecer de este mundo. Un vaso se volcó y cayó un plato con gran estruendo. Los compañeros cogieron a László y lo apartaron de la mesa. Todo el mundo saltó e intentó calmarlo.

—¡No seas tan hijo de puta, joder! —bramó Ambrus Kendy a László, y luego al Vikingo que ya se había alzado con la derecha en la espada—: ¡Y tú no seas tan imbécil! ¿No ves que está como una cuba?

Así quiso apaciguarlos el tío Ambrus, porque detestaba que le estropearan la juerga. Pero el barón Egon no oyó sus palabras, solo a László que caminaba tambaleándose y gritaba «¡Blau! ¡Canalla! ¡Blau!», hasta que se desplomó en los brazos de Ákos Alvinczy y el pequeño Kamuthy. Wickwitz sintió un impulso de matar, de matar a ese Gyerőffy que lo sabía todo de él, ¡matarlo antes de que hablara! Pero estaba la mesa por medio y se encontraba rodeado de gente que le agarraba los brazos; no pudo hacer nada. Sacó pecho, dio un taconazo cerrando los tobillos, y salió del restaurante entre las mesas de los asustados clientes.

Al día siguiente a mediodía un capitán y un primer teniente se presentaron en casa de Gyerőffy. Egon Wickwitz sabía lo que era el *Vorschrift*, el reglamento. Siendo oficial en servicio, en caso de ofensa pública sus padrinos solo podían ser militares. Además, le convenía. El militar no preguntaba, no intentaba hacer las paces, no exigía explicaciones. Se contentaba con el *Tatbestand*, los hechos. Por eso se había dirigido al *Platzkommando*, la Comandancia Local, que informó a la *Divisionskommando*, la Comandancia de la División. La división ordenó al regimiento que enviara a dos padrinos. El coronel al cargo —el titular estaba de vacaciones— era el teniente coronel Zdratu tschek. Wickwitz fue a verlo. Le contó el insulto de que había sido objeto no él, sino el uniforme: se había ofendido al *Kaisers Rock*. Por una parte fue un logro, porque Zdratu tschek se acaloró y exigió *privatim* a los oficiales que el hecho conllevara las más graves consecuencias. «*Diese magyarische Rebellen-Bagage!* ¡Esa gentuza húngara, rebeldes! ¡Hay que darles una lección!». Por otra parte, aquello le supuso un problema porque el teniente coronel prohibió a Wickwitz aceptar invitaciones de civiles hasta que se llevara a cabo el duelo. Así, de momento, no podía hablar con Judith, cosa que le fastidiaba, pero si esa misma tarde acababa con Gyerőffy, por la noche ya no tendría que seguir acatando la orden.

Sin embargo, la cosa no fue tan rápida. Los padrinos de Gyerőffy, el comandante Bogácsy, magistrado del tribunal tutelar, y Jóska Kendy, consideraron que las condiciones impuestas por el desafiante eran exageradas: tres tiros a veinticinco pasos de distancia, con cinco de avance —quince en total—; y en caso de que no diera resultado, la continuación del duelo con espada de caballería, sin vendaje protector, hasta caer rendido. ¡No! No iban a aceptarlo aunque Gyerőffy estuviera dispuesto a admitirlo.

—Él no tiene nada que ver con la decisión —dijo Bogácsy que, siendo un experto

en cuestiones de honor, afirmaba que según el código de duelos tales condiciones solo se imponían en caso de agravio físico. Era su Biblia y no cedería un ápice. Incluso pidió la mediación del Tribunal de Honor y Armas.

Los dos oficiales replicaron diciendo que solo aceptarían la decisión de un foro militar. Hubo largas negociaciones porque los civiles no estaban de acuerdo. El presidente Bogácsy, que era comandante retirado, abandonó su función insistiendo en que honor solo había uno y que no cedería ni ante Dios, y lo sustituyó el tío Ambrus.

Pasaron tres días, tres días interminables.

Toda la ciudad comentaba el caso. Todo el mundo intercambiaba opiniones, discutía, argumentaba a favor o en contra; en los cafés y por la calle; incluso los estudiantes universitarios se interesaron por el asunto. Ya no se trataba de qué clase de reparación ofrecería Gyerőffy a Wickwitz, sino de las estúpidas objeciones de los militares, que no aceptaban las condiciones de la clase burguesa. El tío Ambrus llenaba el casino con sus comentarios ruidosos sobre la soldadesca. Allí se reunían todos los que estaban en la ciudad. El gran salón estaba abarrotado desde el mediodía hasta la noche. Delante de la chimenea se sentaban los señores mayores: Sándor Kendy y el viejo Dániel; Szaniszló Gyerőffy, el antiguo tutor de László; el padre de los hermanos Alvinczy; el hijo mayor, Ádám Alvinczy; el viejo Carraca; y, naturalmente, no faltaba el tío Ambrus. Se reunían con ellos Tihamér Abonyi y el comandante Bogácsy, que desde que había rehusado a hacer de padrino, argumentaba con más vehemencia que nunca. El gordinflón Kamuthy se las daba de listo, y los jóvenes que habían estado presentes cuando se produjo el agravio comentaban una vez tras otra lo que había pasado. Solo Jóska Kendy se abstenía de intervenir, pero asentía a todo con la pipa de loza en la boca.

Bálint Abády también se pasaba el día en el casino. No hablaba mucho, se limitaba a escuchar a los demás. Le había prometido a Adrienne que la informaría de todo.

Gyerőffy se había vuelto invisible. Se había encerrado en su habitación del hotel y no dejaba entrar a nadie excepto a sus padrinos. Les daba respuestas cortas y secas, y se negó a dar explicaciones de por qué había llamado canalla a Wickwitz. En vano le preguntaron qué significaba «Blau». No. No dijo nada, y era evidente que solo esperaba que lo dejaran en paz. Cuando se iban, sacaba el coñac del armario y se tomaba un buen trago.

Al cuarto día, los oficiales del regimiento y los padrinos de László llegaron a un acuerdo. El teniente coronel aceptó, aunque subrayó que no oficialmente, que los padrinos de Gyerőffy preguntaran las condiciones a un Tribunal de Armas, pero no al de Honor; y añadió que pese a que no reconociera las sentencias de tal tribunal ni las considerara vinculantes, ordenaría la acción de sus oficiales de acuerdo con su decisión. El teniente coronel Zdratu tschek no lo hacía voluntariamente, sino porque el general de la división, al ver la excitación creciente en la ciudad, le había recomendado que encontrara alguna solución y zanjara el asunto. Así, si el tribunal se

reunía a las dos y media, a las tres o tres y cuarto de ese día podrían celebrar el duelo.

Wickwitz había pasado esos días con sus compañeros. Al principio le preocupó la posibilidad de que Gyerőffy hiciera públicas las letras de Dinóra y Blau. Era una manera de evitar el duelo. Pero al ver que sus padrinos eran tan amables, se quedó tranquilo respecto a cuánto había dicho su adversario. El cuarto día, cuando sus padrinos entraron a anunciarle que debía estar preparado a las tres, se alegró mucho. *Na endlich!* ¡Por fin! Al día siguiente por la mañana podría llevarse a Judith. *Auf und davon!* ¡Poner pies en polvorosa! Rápidamente escribió unas líneas: «Mañana a las cinco de la madrugada nos encontraremos en la estación, en la sala de espera de segunda clase...». Vaciló un poco. Necesitaba una frase más, algo cálido, alguna palabra tierna de esas que tanto les gustaban a las muchachas. Reflexionó un rato, pero como no se le ocurrió otra cosa, escribió: «*Ewig dein!*», siempre tuyo. Puso la nota en un sobre y se la envió a Zoltánka al internado mediante el criado del hotel. Él encontraría la manera de hacérsela llegar a Judith.

El Tribunal de Armas se reunió en el casino. Los miembros eran el viejo Alvinczy y Tihamér Abonyi, que por tenerle afecto a Wickwitz había aspirado tanto al puesto que al final había sido elegido. El presidente electo era Sándor Kendy, el Boquituerto. Apenas eran las dos y media y ya se habían retirado a la biblioteca con los padrinos de Gyerőffy. Las puertas de la antesala también estaban cerradas para que no se oyera absolutamente nada.

El tribunal llevaba un cuarto de hora deliberando. Todos miraban de soslayo la puerta interior, cuando súbitamente se abrió la de la antesala. Entraron los padrinos del barón Egon —el capitán y el teniente—, los dos armados, con mirada seria, la espalda recta, vestidos con chaqueta Waffenrock y con el chacó en la mano. Preguntaron por los padrinos de Gyerőffy. Cruzaron la sala de fumadores y desaparecieron tras la puerta de la biblioteca. ¿Qué pasaba? ¿Por qué entraban?

Hubo otra sorpresa. ¡Gazsi Kadacsay estaba esperando en la antesala! No entró, se quedó fuera, paseando arriba y abajo con su chacó también en la mano. Llevaba una casaca con cordones y entorchados, y pantalones rojos de húsar. ¡Además, el siempre descuidado Gazsi, se había afeitado!

—¿Por qué no entras? ¿Te has puesto de gala? ¿Y eso? ¿Es que viene el rey? —bromearon—. ¿Cuándo has llegado? ¿De dónde? ¿Del regimiento? ¿Directo desde Brasso? ¿Estás de servicio?

Kadacsay no bromeó esta vez con los demás. Estaba serio, muy serio, y respondía a las preguntas secamente. Aún más: cuando alguien le preguntó por el duelo, para saber si lo habían enviado a Kolozsvár por el asunto de Wickwitz, le dio la espalda, y al ver a Bálint Abády, lo cogió por el brazo y se retiró con él a las escaleras.

—Querido amigo, por favor, charla conmigo de lo que sea para librarme de esos pesados.

Pero los dos oficiales ya habían vuelto. El barón Gazsi se puso firme, de un salto se colocó al lado del capitán, se despidieron de todos con un saludo militar y se marcharon.

Los curiosos volvieron a entrar en la sala de fumadores y en vano preguntaron a los miembros del tribunal, que acababan de salir de su reunión. El viejo Boquituerto rechazó responder con unas palabras duras; el viejo Alvinczy se encogió de hombros. El tío Ambrus tampoco estuvo más comunicativo:

—¡Vete al diablo! —contestó, y se fue con Jóska Kendy, seguramente a ver a Gyeróffy.

Solo Abonyi respondió:

—El duelo se ha suspendido. —Y para que no le preguntaran más se fue a toda prisa.

Los dos oficiales y el barón Gazsi fueron al hotel de Wickwitz. Este les estaba esperando en la puerta del pasillo.

—*Serwas Kadacsay! Bist auch hier? Also was ist? ¿Qué tal, Kadacsay? ¿Tú también has venido? ¿Qué tal ha ido?* —preguntó conduciendo a los padrinos a la habitación—. *So nehmt's doch Platz! ¡Sentaos!* —dijo ofreciéndoles asiento.

Pero cuando volvió a mirarlos, se quedó mudo. Los tres tenían la mirada siniestra, amenazadora. Sintió un escalofrío y se levantó otra vez.

—Primer teniente barón Wickwitz —comenzó en alemán el oficial—, dado que se han iniciado trámites judiciales contra usted por un lance de honor, abandonamos el cargo. El teniente Kadacsay le comunicará el resto.

Se despidieron con un recio saludo y se fueron sin darle la mano. El barón Egon se desplomó en el sofá. Gazsi se quitó el chaco y trajo una silla. Aparentemente no le agradaba la misión. Se peinó el pelo hacia atrás varias veces con la mano y, con la cabeza torcida como un cuervo, observó a Wickwitz.

—*Na also, was hast Du mir zu sagen? ¿Y bien, qué tienes que decirme?* —preguntó Egon en voz baja.

Kadacsay se desabrochó un cordón de la casaca y sacó del bolsillo interior un documento oficial. Se lo entregó sin decir nada.

*«Auf Anzeige der Privatbank Blau & Comp. Grosswardein, ist gegen Oberleutnant Baron Egon von Wickwitz das Ehrengerechliche-Verfahren eingeleitet worden. Gennanter Oberleutnant hat... Tras la denuncia presentada por el Banco Privado Blau & Comp. Grosswardein, se ha incoado contra el teniente barón Egon von Wickwitz un procedimiento ante el Tribunal de Honor. El teniente Von Wickwitz...».*

Las letras se volvieron borrosas ante sus ojos, sin embargo, fue capaz de mentir tranquilamente.



—Debe de ser un error...

Gazsi torció aún más su aguileña nariz en señal de duda. Callaron unos minutos.

—*Hast Du noch etwas zu sagen?* ¿Tienes algo más que decirme? —preguntó Wickwitz al final.

Kadacsay contestó enseguida, pero lentamente y con una entonación extraña:

—Tengo que transmitirte un mensaje de parte del coronel: dice que si tus firmas fueron falsificadas en las letras de cambio de la condesa Malhuysen que le fueron enviadas... entonces, debes ir a Brasso inmediatamente y presentarte en el regimiento. Pero si tus firmas no son falsas...

—¿Qué?

—Si no han sido falsificadas, si son originales... si es tu nombre el que figura en las letras... en ese caso, es mejor, por el honor del regimiento... —Gazsi se levantó y puso un revólver en la mesa— que te sirvas de esto... inmediatamente. Ese es el mensaje del coronel.

El pelo casi cubría toda la frente baja de Wickwitz; sus ojos de corzo se cerraron.

—So...? So...? ¿Entonces, entonces...? —repitió un par de veces.

Kadacsay cogió su chacó. Antes de salir se dio la vuelta y le dijo en tono despreocupado:

—Es mejor acabar con estas cosas enseguida. ¿Te cierro la puerta?

El barón Egon se levantó e irguió su esbelta figura.

—¡Ya la cerraré yo!

Su voz sonó dura y decidida; Gazsi titubeó un momento y volvió.

—En ese caso... ¡Adiós, amigo! —dijo esta vez amablemente.

Se estrecharon la mano, un poco más de lo habitual. Egon se quedó solo. Dio tres o cuatro vueltas por la habitación, y a la quinta estalló en carcajadas; era una risa fea, brutal, que distorsionó su bello rostro y le dañó la garganta.

—Un horario de trenes —ordenó a un criado.

Había un tren a las seis. Bien. No habría conocidos porque no era un expreso. Miró el reloj. Eran las cinco menos diez. Se cambió de ropa y se puso su traje de caza. En un bolso guardó su ropa de paisano; dejó la maleta grande en la habitación y colocó los uniformes bien doblados en el armario. Antes de guardar la espada, la miró. «La borla dorada. ¡Qué alegría tuve al recibirla!». La puso en el armario. Repasó la habitación. Se percató de que la nota del coronel estaba en la mesa. Esbozó una sonrisa sarcástica. «Esto no lo voy a dejar aquí». Y se la metió en el bolsillo. Volvió a tocar la campanilla.

—¡Un coche! Me voy unos días de viaje. Dejo mis cosas en la habitación. Manténganla a mi nombre hasta que vuelva...

—El simón ha llegado, señor —avisaron.

Wickwitz miró otra vez la habitación. «¿No se me olvida nada? ¡No! ¡Nada!». Se fue a la estación con tranquilidad imperturbable, subió al tren y se marchó. Ni se acordó de lo que le había escrito a Judith. Al día siguiente de madrugada pasó la

frontera rumana.

Kadacsay volvió al casino despacio. Se paraba cada veinte pasos a la espera de que alguien viniera corriendo detrás de él. Por fin llegó. Le disgustaba la idea de que la gente le preguntara de nuevo; pero solo allí había teléfono, y le había dicho al portero del hotel que lo avisara si pasaba algo.

El casino parecía una colmena alterada. Ya sabían que el duelo había sido suspendido y que Wickwitz tenía que volver al regimiento, eso era lo que pudieron sacarle a Alvinczy. Pero cuando el tío Ambrus volvió, añadió que se trataba de un lance de honor.

Cuando Kadacsay entró, lo asediaron a preguntas; pero el barón Gazsi se enfadó, y lo dejaron en paz. Comentaron desilusionados:

—Este Gazsi también se ha vuelto austriaco. ¡Un lacayo más del emperador! ¿Ves? Por eso tenemos que luchar por la voz de mando en húngaro y la borla con la tricolor en la espada.

Jóska Kendy estaba sentado en medio de un numeroso grupo, por eso Gazsi no pudo llegar hasta su ídolo y buscó la compañía de Abády, al que había cogido cariño durante la visita a Dénestornya. Necesitaba alguien con quien charlar y disimular, nadie debía saber que esperaba noticias nefastas del hotel de Wickwitz. Decidió pasar el rato con Abády hasta que sonara el teléfono. Se sentaron en la sala de lectura. Pasaron los minutos, y Gazsi estaba cada vez más callado. Abády rompió el largo silencio:

—Son las letras de cambio de Dinóra, ¿verdad?

El barón Gazsi no contestó, solo asintió con la cabeza. Continuaron esperando. Por fin, sobre las seis y media llamaron por teléfono al portero del hotel.

—Suban a la habitación del teniente Wickwitz... —dijo Kadacsay—. ¿Cómo? ¡Que se ha ido de viaje! ¿Cuándo? ¡Hace una hora! ¿De verdad?

—Acompáñame, por favor —dijo Gazsi a Bálint—. ¡Yo ya no puedo más, amigo mío! —Y se fueron al hotel.

—Se ha ido con la bolsa pequeña... No, no me ha dicho dónde... Sobre las seis... No, no ha pagado la factura... Me dijo que volvería en un par de días —informó el portero. Le pidieron la llave de la habitación y subieron.

En la habitación reinaba un orden impecable. Gazsi lo había repasado todo: ¡el revólver ya no estaba en la mesa! Se dirigió al armario, abrió las puertas; estaban todas las prendas militares dobladas: las camisas, la casaca de cordones, los pantalones de vestir, el gorro de teniente, dos pares de botas de húsar y la espada; pero no había ningún traje de civil, ¡ni ropa interior ni zapatos!

Gazsi palideció, y como si le diera asco, dijo:

—Vámonos, vámonos de aquí...

Dieron un paseo por los callejones del casco antiguo, y Gazsi se lo contó todo a Bálint. Estaba claro que el Vikingo se había escapado.

—Pero tienes que estar seguro antes de actuar —opinó Abády—. Tal vez solo le dijera al portero que se marchaba, pero en realidad...

Fueron a la estación de tren. Preguntaron a los maleteros, y uno confirmó que había sido él quien había subido la maleta de Wickwitz al tren que había partido hacia Tövis.

—Se ha ido en ese tren, señores. Conozco bien al señor teniente... le he servido muchas veces.

Kadacsay se fue a hablar con el jefe de estación, quien aseguró que habían vendido un billete de segunda clase para oficiales para el tren que iba a Predeál esa tarde. Kadacsay y Bálint volvieron de la estación caminando. Discutieron cuál debía ser el siguiente paso. Tenían que informar de la huida de Wickwitz, pero ¿a quién? El capitán no quería mezclar en el asunto a los padrinos. Quizá debía enviar un telegrama al regimiento. No, no debía hacerlo público, y además el correo era muy lento... Al final, Gazsi decidió viajar a Brasso en el tren expreso de medianoche y avisar personalmente al coronel, que ya tomaría las medidas oportunas.

Después del largo paseo, Bálint se despidió de Gazsi, volvió a casa y escribió un mensaje a Adrienne avisándola de que ya no había peligro. «W. se ha escapado esta tarde. Esta noche la informaré». A la hora acordada llegó a su casa y le contó todos los detalles. Hablaron largamente. La huida de Wickwitz fue un alivio para los dos. Judith seguramente comprendería que había entregado su amor a una persona indigna. Sería un golpe terrible para ella cuando se enterara. Por eso Adrienne decidió contarle solo lo imprescindible e irle desvelando poco a poco lo ocurrido antes de que lo oyera de boca de otros.

El reloj de la torre de Monostor dio tres campanadas y luego una más —eran las tres y cuarto—, cuando Abády cruzó el salón en dirección a la puerta del jardín.

El paisaje estaba bañado en el resplandor fulgurante de la luna. La sombra de la villa alcanzaba apenas las orillas del foso, la luz de la luna solo iluminaba una parte de la pasarela. Puso la mano en el pomo de la puerta de cristal y, de repente, se detuvo en seco.

Una figura negra se deslizaba hacia la portezuela del puente. Una sombra femenina. ¡Judith! Cruzó la pasarela y se fue deprisa por la orilla del foso. Bálint vaciló un momento. ¿Debería volver para avisar a Adrienne? ¡No! Ya no le daba tiempo; tenía que ir corriendo detrás de la muchacha, no fuera a cometer una locura... Salió rápidamente siguiendo la misma dirección.

Fue fácil seguirla por el camino bajo el resplandor de la luna. La figura de Judith desapareció entre los árboles de la orilla, y volvió a aparecer. Iba muy deprisa. Avanzaba tan rápido que Bálint apenas podía seguir su ritmo. Judith pasó por la calle Fördő, salió a Hídelve, y giró hacia las vías del tren. Al final entró en la estación.

Abády vislumbró su figura en la oscuridad de la vacía sala de espera de segunda clase. Judith estaba escondida en un banco pegado a la pared. En el regazo guardaba una pequeña bolsa. Estaba esperando.

«¿Qué debo hacer? ¿Decirle algo? ¿Pero qué?», vaciló Bálint. En ese caso, debería explicarle cómo he llegado hasta aquí, y descubriría que la he perseguido desde la villa, que venía de casa de Adrienne. ¡No! ¡Imposible! Decidió esperar mientras reflexionaba sobre cómo actuar. Poco a poco comprendió por qué estaba allí Judith y sintió una lástima profunda por esa pobre muchacha que no sabía que su amor se había escapado la tarde pasada, que esperaba que esa madrugada el hombre del que estaba enamorada la llevara consigo a Austria, donde ella pensaba encontrar la felicidad...

¡Ya podía esperar a Wickwitz!

Pero ¿qué debía hacer él?

¿Y si se lo dijera? Judith no le creería, lo consideraría una calumnia y quién sabe si estaría dispuesta a cometer más locuras. ¿Y si avisaba a Adrienne para que viniera a por ella? Pero ya eran las cuatro, pronto amanecería y las podrían ver... La mejor solución era esperar y hablar con ella cuando hubiera salido el tren expreso de Budapest, el tren que según los planes los habría llevado a Graz. Entonces no harían falta explicaciones. Los hechos hablarían por sí solos. Los hechos infames.

La estación se despertaba lentamente. Fuera, en la oscuridad, se oyó una locomotora que hacía maniobras. Desprendió un pitido quejoso y salió echando chispas tras las ventanas tapadas de hollín. Llegó gente balanceando linternas. En la estación entró resollando un tren de campesinos del que bajaron viajeros de tercera que cruzaron los andenes cargando enormes fardos.

Por fin comenzaba a clarear. Amaneció. Sacaron los vagones del tren con dirección a Budapest. Llegaron los primeros pasajeros con caras adormiladas. Cada vez había más gente.

El portero hizo sonar una campanilla en la sala de espera:

—Nagyvárad, Püspökladány, Szolnok, Budapest... —gritó atropelladamente.

Los viajeros salieron en tropel y subieron al tren. Bálint observó a Judith desde el andén. A medida que pasaba el tiempo, la joven se iba poniendo más nerviosa, aunque no se movió del banco. Sus dedos crispados agarraron fuertemente el asa de su bolsa. Al final —cuando sonó el segundo campanilleo—, ella también salió hacia el andén. Casi rozó a Bálint, que estaba apoyado contra el marco de la puerta; buscó con la mirada por toda la estación, los vagones, la sala de espera de primera clase... Abády no pudo esperar más. Se dirigió a ella y le tocó el brazo. La joven se estremeció.

—¡Judith!... La persona que usted está esperando se marchó ayer.

Judith lo miró con los ojos abiertos de par en par, como si viera un fantasma. Su boca se retorció de odio.

—¡Usted aquí...! ¡Usted! ¡Siempre usted!

Bálint repitió la frase.

—¿Quién? ¿Qué dice? ¿Se marchó?

Ya estaban cerrando las portezuelas de los vagones. La locomotora pitó y los vagones se pusieron en marcha lentamente. Cogió velocidad y salió de la estación rápidamente. Se llevó las últimas esperanzas de Judith. La muchacha miró cómo el tren se alejaba y le flaquearon las rodillas. Se habría caído si Abády no la hubiera agarrado por la cintura.

—¡Venga, vamos!

La sacó de la estación a través de la desierta sala de espera. Fuera encontraron un simón cubierto. Bálint la ayudó a subir.

—¡A la avenida Monostor! Ya le diré dónde parar... —ordenó Abády.

Hasta entonces la chica se había dejado llevar impasible, como sonámbula; pero las sacudidas del carruaje la despertaron. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que

Abády estaba con ella. Sus ojos reflejaron un terror infinito. Se acurrucó en un rincón del coche, y como el pájaro cautivo, clavó su mirada llena de asombro y de odio en el rostro de Abády. Así cruzaron la ciudad, avanzando a trompicones, y salieron a la larga avenida; Judith lo observaba sin pestañear, sin decir palabra. Abády quiso explicar un par de veces que él también se disponía a viajar y que la había visto por casualidad; pero se le trababa la lengua bajo aquella mirada aterrorizada.

El carruaje se detuvo por fin delante de la verja de la villa Uzdy, pero Judith no le quitaba los ojos de encima a Abády.

Bálint no sabía qué hacer. Solo allí, al llegar, se dio cuenta de lo que suponía acompañar a casa a tan temprana hora a una de las hermanas Milóth. La puerta ya estaba abierta —¿qué podía hacer?, ¿cómo la llevaría adentro?—, los criados ya se habían levantado, ¡y seguramente despertarían rumores!

Pero no fue así, gracias a la actuación de la pequeña Margit Milóth. Se había desvelado a primeras horas de la madrugada, descubriendo que la cama de Judith estaba vacía. Se vistió rápidamente y bajó a la alcoba de Adrienne, quien le contó los dramáticos detalles del duelo entre Wickwitz y Gyeróffy, y cómo el primero había desaparecido de la ciudad la tarde anterior. Margit no preguntó a su hermana mayor cómo lo sabía. Recordó que Zoltánka las había visitado antes del almuerzo, seguramente para entregarle algo a Judith, aunque esto último ella no lo había advertido. Luego, Judith había actuado siguiendo las instrucciones de la carta y se había ido de noche a la estación. Decidieron ir a buscarla.

Entretanto, Adrienne se había cambiado rápidamente, había llamado al portero y lo había mandado a buscar un coche. Estaban esperándolo cuando llegó el simón cubierto en el que viajaban Judith y Abády. Margit corrió a recibirlos, ayudó a su hermana a bajar, la abrazó sin decir nada y entraron en la villa.

La pequeña Margit era una muchacha resuelta y lista, por eso los criados de la casa Uzdy no llegaron a enterarse de la escapada de Judith; por eso, el así llamado gran mundo tampoco llegó a saberlo nunca.

El nombre de Judith Milóth no se vio empañado por los rumores, pero no ocurrió lo mismo con el de la pobre Dinóra.

Los que conocían su historia —Abády, Gyeróffy, Kadacsay— no hablaron. Sin embargo, en apenas una semana, toda la ciudad cotilleaba sobre ella.

El asfixiante salón de la tía Lizinka era la solfatara de donde salían los vapores nocivos. La vieja señora Sarmasághy se había dedicado hasta ese momento al Movimiento del Tulipán, una invención de Budapest. Las señoras distinguidas lo habían puesto en marcha un mes atrás. «¡No compremos productos extranjeros!» era su lema; y un pequeño tulipán esmaltado, que llevaba todo buen patriota, su emblema. Pensaban que sería un arma poderosa contra la industria austriaca. El entusiasmo derivó en discursos alentadores, editoriales elogiosos y un fuerte orgullo

nacional. No obstante, dio poco resultado porque los comerciantes, que no eran tontos, cuando se les preguntaba con demasiada insistencia por el origen del paño de Brno, de la seda de Lyon o del lienzo austriaco, decían que eran productos húngaros, lo cual era más que suficiente para tranquilizar los ánimos de las hijas de la patria. Era un secreto a voces que el mismo emblema tricolor, el menudo tulipán rojo, blanco y verde, era importado de Viena; pero nadie hablaba sobre ello. El público transilvano era menos sensible a los fines del movimiento porque si la gente de allí quería comprar un rico ajuar de novia o un buen traje, no lo compraba en Budapest, sino en Viena, donde podía encontrar mejor calidad a un precio más bajo. La tía Lizinka tampoco era diferente, pero se había enterado de que su mortal enemigo Miklós Absolon usaba botas fabricadas en Goisern, loden tirolés y escopetas Springer para ir de caza; por eso apoyó el Movimiento en cuerpo y alma, y llamó a su adversario traidor.

El caso de Wickwitz le vino de maravilla para librarse de esa propaganda ineficaz. Se dedicó a él con todas sus energías. Cada día servía nuevas y tremendas noticias a las ancianas que se reunían en su casa para poder escandalizarse y difundir el chisme con justa indignación. Levantó una tormenta descomunal, aunque en un vaso de agua; sin embargo, resultó un huracán para los que vivían en el maldito vaso. Y la pequeña Dinóra naufragó. La tía Lizinka fisgó, husmeó, indagó en todo. Se convirtió en un volcán de lodo que salpicó a todos con sus erupciones. Aparte de Dinóra, su marido y Wickwitz, hubo unas cuantas personas más que fueron objeto de su ataque. Le tocó algo a Jenő Laczók y a Soma Weissfeld, puesto que su banco era el que había aceptado de Egon las primeras letras de Dinóra («¡Qué cosa más vil, querida, que un banco actúe de esa manera!»); a László Gyerőffy («Mi sobrino, ya sabes, aquel jugador empedernido»); a la joven Dodó Gyalakuthy, porque Wickwitz la había cortejado; al barón Gazsi, porque era oficial del mismo regimiento; y a Abády, porque «no se te olvide el lío que tuvo con aquella mala mujer». También convirtió en sospechoso a Miklós Absolon: «Yo no lo sé con certeza, pero ya veréis como aquel embustero también está involucrado en este asunto...».

Abonyi pidió el divorcio. Lo hizo con desgana, por fuerza, puesto que su posición social se basaba en su matrimonio. Volvió desolado al condado de Vas, donde no era nadie. La pobre Dinóra se quedó sola con las deudas y con el estigma, que pudo soportar gracias a su espíritu ligero, alegre; pero nunca llegó a entender lo que le había pasado.

Siempre hay alguien capaz de sacar beneficios del escándalo. En este caso fue el señor Kristóf Ázbej.

A los pocos días de estallar el caso de Wickwitz, recibió un telegrama de Gyerőffy: «Por favor, venga a verme esta semana a Kozárd».

La condesa Róza Abády seguía en la Riviera, y Ázbej disponía libremente de su

tiempo. Así que fue a verlo inmediatamente. En la estación de Iklód había un carruaje esperándolo, y en pocos minutos estaba delante del castillo de Kozárd. Ázbej contempló las tierras desde la ventanilla. Eran campos fértiles de la vaguada del río Szamos. Lo recibió un criado que lo condujo al interior. Del pequeño vestíbulo partía una escalera sin barandilla a la planta alta. Las paredes solo estaban enlucidas, porque la construcción de los salones de la primera planta, del llamado *bel étage*, quedó suspendida cuando el padre de László se suicidó. László vivía en la armadura del tejado, en las habitaciones de la buhardilla. Daba la sensación de ser un albergue temporal, con muebles de toda clase colocados sin orden alguno. Estaba todo revuelto, la cama sin hacer, la mesa ocupada con los restos de la cena de la noche anterior y con una botella de aguardiente.

El menudo abogado, con pinta de puerco espín, entró balanceándose. Gyerőffy lo esperaba dando vueltas en la habitación. Solo se paró un momento para estrecharle la mano y siguió su paso como desde hacía días.

—Estoy a sus órdenes, señor —dijo Ázbej humildemente, mientras apartaba la ropa usada de una silla y se sentaba.

El joven no contestó de inmediato. Dio unos pasos más y le dijo:

—Necesito ochenta y seis mil coronas. ¡Ahora mismo! —dijo secamente.

—Es una cantidad enorme —dijo Ázbej dejando escapar un suspiro—, es una cantidad realmente considerable.

—Lo sé. Ya lo he intentado todo, pero nadie me la ha dejado. Tal vez no tenga capacidad para conseguirla. Por eso se la pido a usted...

El regordete abogado cerró sus ojos saltones como dos ciruelas.

—¿Cuánto mide la finca? —preguntó con sus morros peludos.

—La tierra cultivada son ochocientos acres.

—¿Está hipotecada?

—Sí. Por sesenta mil coronas.

—A ver, a ver —repitió Ázbej, que parecía estar pensando. Volvió a preguntar—: ¿Y cuándo necesita el dinero?

—Ya se lo he dicho. ¡Ahora mismo! —gritó Gyerőffy—. ¡No puedo esperar más! ¡No puedo!

—Perdone, perdone... —Se defendió el otro—. No sé... Si me permite, voy a echar un vistazo... tal vez... tal vez encuentre una solución.

Se levantó y salió de la habitación sin dar la espalda.

Regresó una hora más tarde. Volvió a doblar su menudo cuerpo con una reverencia, se sentó y empezó a hablar. Disertó tanto que parecía que no iba a acabar nunca: él solo quería ayudar, servir, porque no era otra cosa que un humilde servidor de la familia de la condesa, a la cual pertenecía el conde Gyerőffy, y esa era razón suficiente para intentar hacer algo por él... Poco a poco llegó al meollo del asunto. Comentó lo difícil que sería obtener una hipoteca bancaria, y eso tras muchas negociaciones, empeño y gastos; había que encontrar otra solución: alquilar la finca,



vender la cosecha o una parte de ella, aunque ni una parte ni el total sería suficiente. Tal vez si un inquilino pagaba el alquiler total de antemano... pero ¿dónde encontrarían una persona dispuesta a pagar ese dinero? No, no se podía actuar tan deprisa, ni él lo aconsejaba porque velaba por los intereses del señor conde. No debía precipitarse; no lo dejaría.

—Pero ¿para qué me cuenta toda esta historia? —le soltó László enfadado.

La mirada de Ázbej se perdió en la lejanía. Y de repente, como si se hubiera iluminado, sus ojos oscuros se dilataron, casi le saltaron de la cara, y exclamó:

—¡Sí! ¡Lo haré! ¡Lo haré por usted! ¡Haré un gran sacrificio! ¡Se lo alquilaré yo mismo, y lo pagaré todo aunque me cueste sudor y sangre!

Ese mismo día firmaron el contrato, y Ázbej se convirtió en el inquilino. Considerando que pagaría diez años por adelantado, pensó que era correcto que Gyerőffy cobrara cinco coronas por acre. Serían cuarenta mil en total. Tomaría prestado además todo el equipamiento por cincuenta mil coronas, precio por lo demás inflado; pero no le importó, ya que siguió insistiendo en que solo quería ayudar y entregarle todo el dinero de una sola vez. Al día siguiente en Kolozsvár le entregó tres libretas de ahorro de ochenta y siete mil coronas y tres billetes de mil.

—Estoy muy contento —dijo cuando se despidieron— de poder servirle. Si más adelante encuentra una solución mejor, yo me retiraré del negocio.

Así consiguió László la suma para pagar el anticipo que habían dado a la señora Berédy por sus perlas. A mediodía cogió un tren y se fue a Budapest, porque con tanto dinero en el bolsillo era mejor viajar de día, pensó.

Adrienne estaba sentada delante del escritorio. No estaba escribiendo. Contemplaba el jardín ya sin la alfombra de nieve, la vetusta pasarela por donde se había escapado Judith hacía ya diez días. Y por donde con pasos sigilosos llegaba Bálint por las noches.

La noche anterior había acudido también...

Por culpa de Judith no podían verse de otra manera. La muchacha se estremecía solo de oír el nombre de Abády, su rostro se contraía de terror, como si el joven hubiera sido el culpable de su terrible desengaño. Por lo demás, paseaba por la villa indiferente a su entorno, contestaba con monosílabos, solo el nombre de Bálint despertaba su odio irracional. No, no podían verse mientras sus hermanas estuvieran viviendo con ella. Y esa situación aún duraría, porque su madre seguía en el balneario de Baden.

Por otra parte, no podían continuar con las visitas. ¡No! No podía ser...

Sus citas tenían que acabar.

Y no solo porque fueran peligrosas...

Cuatro días antes, apenas llegado Bálint, apareció Pali Uzdy, que regresó inesperadamente del campo. Por suerte, oyeron entrar a los caballos en el patio, y Abády tuvo el tiempo justo para huir al salón a oscuras, donde permaneció inmóvil detrás de la puerta, ya que el crujido del parqué lo hubiera delatado. Adrienne acababa de colocar un candelabro en su mesita cuando entró Uzdy con abrigo y sombrero.

—¿Todavía despierta? ¿Por qué? —preguntó desde la puerta.

—Mis hermanas acaban de retirarse.

—Ah, claro, claro... —Con sus pequeños ojos observó todos los detalles. Se percató del revólver Browning que estaba en la estantería inferior de la mesita—. ¿Tiene un revólver? ¿Desde cuándo?

Adrienne no contestó, se subió el edredón hasta la barbilla y clavó su mirada en Uzdy, que se echó a reír.

—Bien, muy bien, muy lista. Aquí en las afueras... ¡Claro! Cualquiera puede cruzar el foso del molino. ¡Un ladrón o cualquiera! —Durante unos minutos estuvo recorriendo la habitación de arriba abajo con sus piernas largas; luego, bruscamente abrió la puerta y se asomó al salón a oscuras. Tal vez intentaba captar algún ruido. A Adrienne esos momentos le parecieron una eternidad. Notaba el corazón en la garganta; sin embargo, consiguió no alterarse.

Uzdy cerró la puerta.

—Tiene razón —dijo—, podría entrar cualquiera. ¿Quiere que mande construir una alambrada a lo largo del foso? ¿O poner trampas para lobos? ¿Qué le parece?

¿Trampas? Sí, estaría bien. ¡Muy bien! —Y se echó a reír de nuevo; sus carcajadas resonaron en el techo. Su mujer esta vez tampoco contestó—. Bien. Pues me voy. Usted duerma, duerma, duerma. —Se marchó con la cabeza bien alta, los pasos moderados. Desde la puerta volvió su mefistofélica cara—: ¡Hasta la próxima! —dijo, y se fue.

Al día siguiente se marchó de viaje otra vez.

Esa misma noche, Abády volvió a visitarla. Le contó que estaba escondido detrás de la hoja de la puerta cuando Uzdy la abrió; los dos se rieron despreocupados, sin pensar en el peligro que habían corrido. No les importaba, ya que no temían por su vida.

La noche anterior había pasado algo que asustó a Adrienne. Había sentido una emoción que invadió todo su ser, que le produjo terror. Fue una sensación nueva, inesperada.

Hasta esa noche se había mantenido tranquila pese a las caricias de Bálint. Eran agradables, apaciguadoras. A veces se dormía entre sus brazos como un niño. Las suaves manos de Bálint se deslizaban por su cuerpo, los labios a veces se perdían por su cuello, los besos se prolongaban cada vez más; todo eso le producía una sensación agradable, pero nada más, no despertaba sus sentidos adormecidos. Era una conquista lenta, a la que ella cedía muy despacio, sin que perturbara su cuerpo; algo así como un vals embriagador... Pero la noche anterior, al despedirse con un largo beso, de repente sintió que flaqueaba todo su cuerpo... Fue una debilidad repentina. Desde las profundidades de su subconsciente la asaltó una sensación nueva que pareció anular su voluntad, quitarle las fuerzas y hacer que sus huesos casi se derritieran en un éxtasis mágico. Sin embargo, se despertó y apartó al hombre bruscamente.

—¡Vete, vete! —le ordenó—. ¡Vete!

Bálint la contempló, y esbozó una sonrisa apenas perceptible.

—¿Mañana?

—¡Bien, mañana, sí! ¡Pero ahora vete! ¡Vete!

Le pasó por la cabeza decirle a Bálint que no volviera a verla nunca más, que no quería ser su amante, que no podía y no debía serlo. ¿Debía escribirle explicándole lo que había pensado esa mañana? No podía escribirle esas cosas, pero tampoco negárselas sin razones. Adrienne era valiente por naturaleza y no dudaba en hacer frente a lo que fuera, por eso nada le habría gustado más que poder explicar a Bálint todo lo que sentía cara a cara, abrirle su corazón cuando fuera esa noche a visitarla. Sin embargo, por una vez tenía miedo; miedo de sí misma, de no tener fuerzas, del hombre, de sus manos, de sus labios, de su mirada; miedo de su presencia, de que quebrara su voluntad, de que acallara sus preocupaciones como había hecho tantas veces... Y tuvo miedo de que la tristeza de la despedida mermara su decisión. Temió que esa voluntad de romper fuera el motivo que la convirtiera en su amante.

Era preciso escribir esa carta.

Se puso a redactarla. Escribió con dificultad una carta extensa, tachando muchas

palabras y retocando muchas frases. Sirvieron la comida; ella todavía no había acabado. Entró Margit y la apremió para que fuera a comer.

—Empezad sin mí... ahora voy... no me molestes...

Y continuó la carta, escribiendo las palabras sin cuidado, tal como salían de su alma desolada. Se encontraba mareada cuando metió la carta en el sobre; no obstante, aparentó estar tranquila cuando se la dio a su doncella, Jolán.

—Entrégasela en mano. A nadie, a nadie más...

Pero cuando la doncella salió, se le saltaron las lágrimas.

\* \* \*

Querido:

Voy a incumplir mi promesa. Esta noche no vengas a verme. Ni esta noche, ni nunca más. ¡Nunca! ¡Qué palabra más terrible! Pero es imposible seguir así. Hasta ahora no me había dado cuenta. Ha sido tan bonito, tan bueno. Tú me amas y yo a ti, cada día más si es posible... Cada día más y más, y sé —siento— que tarde o temprano ocurrirá... y me convertiré en tu amante, lo que no puede ser. Si eso ocurriera, me mataría. ¡Perdóname! Pero piensa qué pasaría con nosotros. Yo soy la mujer de ese hombre, soy su propiedad. ¿No crees que sería terrible, absurdo, amarnos? ¿Cómo sería? ¿Serías igual que él? ¿Los dos? Ya es bastante horrible con él, y tú lo sabes, lo notas, lo has entendido mejor que si te lo hubiera contado. Pero si contigo también... luego... ¡No! ¡No! Preferiría morir. Me dirás tal vez que me divorcie. No, no me lo dirás porque sabes que no puedo hacerlo. Ya antes de que tú llegaras me habría divorciado si hubiera podido; pero él me tiene atada, soy su presa, no me dejará escapar nunca. No me dejará ir nunca, antes me mataría. O a ti, o a quien fuera. Lo conoces, no hace falta que te explique nada... Mataría a sangre fría entre carcajadas. No puedo iniciar un proceso de divorcio, ni intentar nada. Entonces, ¿adónde nos llevará este amor? A la muerte. ¿Y qué beneficios sacarías tú de todo esto?

Solo tú y yo podemos encontrar la solución: separarnos. No hay otra alternativa.

¡Vete de viaje! ¡Te lo pido, por favor! ¡No intentes verme, ahora no! Quizá cuando estemos más tranquilos. Si te viera no podría decirte «no». ¿Lo ves? Te lo confieso. Caería rendida si entraras de nuevo en mi habitación, y... y entonces no me esperaría otro futuro que la muerte. ¡Ten piedad de mí! Yo no te he hecho nada malo. ¡Ten piedad de mí! ¡Ojalá pudieras olvidarme!, sería lo mejor. Sería la despedida final. Inténtalo. Será más fácil para ti que para mí. Yo solamente te he tenido a ti. Para mí es más difícil, pero te suplico que te vayas y te llesves contigo mi recuerdo sabiendo que te amaré siempre, eternamente...

Sé que lo harás, y te agradezco el sacrificio, que seguro no será menor que el mío. Te beso en la boca como me has enseñado, caigo en tus brazos y escucho tus palabras sobre la belleza; te abrazo en mis pensamientos y estaré siempre, siempre contigo; pero no me mates, por favor, no me mates...

Dos días más tarde Bálint volvió a Portofino. No hizo escala. El cambiante paisaje tras la ventanilla de su cabina, y el traqueteo del tren durante dos noches insomnes y dos días de desesperación le parecieron inverosímiles. Eran el traqueteo de su dolor, las visiones de su delirio. Solo había una realidad: el rostro de Adrienne aquella última noche cuando lo apartó bruscamente. Él estaba arrodillado al borde de la cama, Addy sentada entre sus brazos. A través de la camisola fina sintió su cuerpo estrecharse contra el suyo. Los ojos de ella se mantuvieron cercanos durante aquel largo beso, entrecerrados, con el ligero brillo de las pupilas tras sus espesas pestañas. Fue un beso largo, profundo, que los dejó sin aliento. Y de repente notó que sus ojos se abrían, que su mirada reflejaba admiración y perplejidad, como si hubiera visto

una cosa nueva, aterradora...

Durante todo el viaje vio aquella mirada asustada. Leyó la carta de Adrienne mil veces. Y aunque sufría, no encontró otra solución que marcharse. Lo decidió al leerla la primera vez. ¡No! No podía hacer otra cosa, solo obedecer sin rechistar, renunciar a ella, irse de viaje, ¡desaparecer de su vida! Pobre Addy, tenía razón: no había otro remedio.

Viajó entre camelias y rododendros, olivares y naranjos, y por fin llegó al pequeño hotel de la costa. El agua de la cala parecía teñida de azulete. Todo estaba espléndido y refulgente, pero le molestaba: la naturaleza era indiferente al dolor.

La condesa Róza esperaba a Bálint en su habitación. Estaba muy enojada con él porque la había hecho esperar tres semanas y la única carta que le había enviado, muy breve, estaba plagada de pretextos y excusas torpes. «Le diré cuatro cosas cuando llegue», pensó mientras lo esperaba. Sus ojos saltones estaban fijos en la puerta, amenazadores. Pero cuando su hijo entró, cambió de opinión. Notó inmediatamente la arruga de preocupación en su frente, su rostro tenso de dolor. Nunca había visto a su hijo en semejante estado. Se olvidó de los agravios enseguida. Su corazón de madre se encogió por la angustia. Con sus pasitos se dirigió a abrazarlo, cogió la cabeza de su hijo entre sus manos menudas y la estrechó contra sí. Conmovida por su aspecto, solo pudo decir:

—Hijito... mi hijito.

De vuelta hicieron una escala de varios días en Milán, Verona y Venecia. En los museos, palacios, iglesias, a la hora de comer y de cenar, Róza Abády observaba de soslayo a su hijo. No preguntaba, y no llegó a saber nada; pero había deducido algo de lo ocurrido durante su larga estancia en Kolozsvár gracias a que las señoras Baczó y Tóthy la habían informado de quién había estado en la ciudad y de que el señorito Bálint solo volvía a casa de madrugada. No supo qué había pasado en realidad, pero adivinó que la causa de tanto sufrimiento era Adrienne. ¡Aquella muchacha malvada! ¡Había destruido a su hijo! Su alma de pequeña tirana se llenó de odio.

A finales de marzo llegaron a Budapest, donde se separaron. La señora Róza no invitó a su hijo a que volviera a casa. ¡No! Consideró mejor que se quedara en Budapest, ahora no lo necesitaba; y ella regresó a Dénestornya. No hacía falta que Bálint fuera antes de la primavera...

—Pásalo bien y no te preocupes por mí —le dijo, y se marchó sola, lo que no había hecho nunca en la vida.

El ambiente político en Budapest era diferente al de febrero, cuando Bálint estuvo allí. Inesperadamente, Andrásy y el Partido Popular habían aceptado la propuesta que tantas veces habían condenado en público. Se había pactado que, excepto los tres

ministros designados por el rey —el de Defensa, el de Asuntos Croatas y el representante del monarca, el *a latere*—, el resto del gabinete estaría formado por tres ministros del Partido de la Independencia de 1848 y otros tres del Liberal de 1867, que estaban a favor del derecho al sufragio universal. El pacto excluyó a los líderes políticos que estaban en contra.

Pero los sucesos tomaron un giro inesperado. Esa misma tarde Ferenc Kossuth había convocado la última sesión del antiguo Comité de Líderes para explicarles el pacto. Y pasó una cosa totalmente sorprendente: el Partido de la Constitución y el Popular declararon que apoyarían el sufragio universal. Seguramente suponía un gran sacrificio para ellos aceptar una cosa que consideraban peligrosa. Lo hacían para poder excluir del gobierno a aquellos que iban contra los intereses del país o que habían servido al emperador. Lo hicieron pensando que, si no quedaba más remedio que votar el sufragio universal, ellos sabrían velar mejor por el bien común. Por eso, todo fue diferente. La euforia se generalizó y el cielo quedó despejado. «¡Victoria! ¡Victoria!», gritaron, pese a que no había ni ejército nacional, ni voz de mando en húngaro, ni borla tricolor. Las cuestiones económicas no habían mejorado; no había banco central independiente, ni territorio aduanero propio. Eran meras fórmulas, nada más.

La ciudad se llenó de banderas. Desde los balcones de las sedes, los oradores de esos partidos dieron discursos a las delegaciones llegadas de otros puntos. Hablaron de triunfo y todos pensaron que se abrían las puertas de El Dorado.

Bálint se alegró de que por fin acabara aquella maldita situación que casi destruye el Estado. Su escaño no estaba en peligro. Ördüing, el vicegobernador que había sido suspendido y que había vuelto como gobernador a Maros-Torda, no quería hacer cambios. Sabía que le costaría luchar contra Abády, y quería concentrar sus fuerzas en las regiones del norte, donde hasta ahora había reinado Miklós Absolon. La vieja señora Sarmasághy, la tía Lizinka, que ahora presumía de haber sido el ángel salvador del nuevo régimen, lo incitó contra su antiguo enemigo y defendió fervorosamente a Bálint, agradeciéndole de esa manera que la víspera de la asamblea general de Marosvásárhely la hubiera ayudado y acompañado a ver al embustero de Tamás Laczók, y que en la batalla de los huevos Bálint también hubiera gritado «*Abzug!*», traidor.

Pero hubo dos cosas que hicieron que la alegría de Bálint se desvaneciese. La primera fue una frase en una carta de Slawata que acababa de llegarle: «*Was wird bei dieser Lösung mit der Wehrbarkeit der Monarchie?* ¿Qué efecto tendrá esto en la política militar de la Monarquía? Es muy peligroso postergar el desarrollo del ejército. ¡Llegaremos tarde! Todos los países están incrementando su poder militar, solo nosotros no estamos haciéndolo», decía. Abády no quiso darle vueltas. Indudablemente, de momento el único enemigo de la Monarquía era Rusia que, tras

haber perdido la guerra contra Japón, estaba paralizada por la revolución latente, por los pogromos y por la rebelión de los militares. Seguramente no podría recuperarse en mucho tiempo, aunque era cierto que entonces pretendería ejercer su poder en los Balcanes, ya que había sido expulsada de Asia Oriental.

La otra cosa fue un tema personal. Al llegar a Budapest, preguntó por László Gyerőffy.

Justamente fue a preguntárselo a Niki Kollonich, quien soltó una risa maliciosa:

—¡Vaya! ¿No lo sabes? Ya no es miembro del casino. ¡Todo ha sido por culpa de las cartas, claro! Gracias a Dios, no lo echaron, le permitieron que se fuera.

—¿Y eso te alegra? —le espetó Bálint enfadado.

—¿Cómo puedes pensar de mí una cosa semejante? Lo digo porque, evidentemente, para nosotros, que somos de la misma familia, habría sido muy desagradable que lo hubiesen expulsado. De este modo, todo ha ido sobre ruedas...

Bálint se fue a la calle del Museo. En la puerta del edificio había un letrero que decía: «Se alquila habitación sin amueblar con entrada propia en el tercer piso». Fue a ver al portero.

—Sí, el conde Gyerőffy dejó el piso y se fue de viaje hace ya dos semanas. Sí, se lo llevó todo.

—¿No dejó una dirección?

—No. Creo que se fue a Transilvania. No estoy muy seguro...

Cuando Gyerőffy fue a Nagyvárad y a Kolozsvár, donde se produjo el altercado con Wickwitz, le había prometido a la señora Berédy que solo se quedaría dos o tres días en Transilvania y que a la vuelta la acompañaría a Milán. La bella Fanny quería hacer una escapada para asistir con su séquito —Szelepcsényi, d’Orly, Solymár, Devereux y sus dos primas— al estreno de la nueva ópera de Puccini en la Scala. En parte, Fanny había organizado el viaje para sacar a su amigo de esa vida alocada que cada vez le preocupaba más. Le atraía la idea de ir de viaje, alojarse en el mismo hotel y pasar toda la noche juntos, cosa que en casa solo podía soñar. Transcurrida una semana, al ver que László no regresaba, comenzó a enviarle telegramas. No recibió respuesta alguna. Se sintió dolida. «Tengo que darle una lección», pensó y se fue a la capital lombarda, aunque muy desilusionada.

Gyerőffy volvió a Budapest cuando ella ya se había marchado. Llegó muy entrada la noche. No tenía costumbre de quedarse en casa y además ahora, con ese estado de ánimo cambiante que era habitual en él desde su choque con Wickwitz, no soportaba la idea de acostarse en su habitación oscura y fría. Durante todo el viaje, en el que no dejó de palpar el fajo de billetes con el que Fanny podría recuperar sus perlas, en el bolsillo interior de su chaqueta, le había torturado la idea de ser igual de vil que Wickwitz. «¿Cómo te has atrevido a insultarle, tú, que vives con el mismo oprobio que él? —pensó, y ya no dejó de repetirse—: Eres tan ruin como él, tan ruin como él...».

No tenía otra opción: se fue al casino. Las piernas lo llevaron automáticamente. Se apresuró a lavarse y no se cambió. En el camino toqueteó el fajo de billetes. Era su último recurso: ¡no debía perderlo! Llegó a medianoche.

En la planta baja había baile, puesto que ese año el carnaval era largo. Se oía la ruidosa música. Acababan de traer los ramilletes del *cotillon* por la puerta lateral. Sintió un pinchazo en el pecho. «Para ti se acabó. Lo has perdido también». Subió las escaleras a toda prisa para no tener que oír la música. En la antesala había mucha gente hablando de política. László se apartó de ellos rápidamente.

En el salón de juego de la primera planta estaban jugando al póquer. Gyerőffy no se unió a la partida, pero se sentó a una mesa y cenó. Pidió absenta —una bebida fuerte— para acallar las voces que lo atormentaban sin tregua. Pasaron varias horas. De la segunda planta bajaron los mirones de la partida de bacará. Contaron que arriba estaban apostando fuerte, muy fuerte. Que la partida estaba siendo espectacular. László, sin querer, acarició los billetes, que formaban un bulto en su chaleco. Continuó bebiendo en silencio. Bajó alguien más y dijo entusiasmado: «¡La Cacatúa Negra, Árzenovics, está perdiendo como un señor!». Estaba teniendo una mala suerte



impresionante. Más tarde bajó más gente que contó lo mismo.

László se levantó y entró en el minúsculo cuarto oscuro de donde partía la escalera interior que conducía al salón de bacará. Escuchó en silencio. Oyó el ruido de las fichas deslizándose y unas palabras: «*Je donne... Non... Les car tes passent...*».

Se quedó inmóvil manoseando el fajo de billetes.

Después, muy despacio, como si lo atrajera un imán, subió.

Miró el juego embelesado. Era una partida fenomenal. Estaban poniendo veinte o treinta mil coronas en las casillas. Dönci Illésváry, el pequeño Rozgonyi, Wülffenstein y Gedeon Pray; todos estaban ganando. Delante de Neszti Szent-Györgyi había una montaña de fichas de nácar. Enfrente estaba Zénó Árszenovics, solo, porque los mirones generalmente abandonaban a los perdedores. Todos estaban en la otra punta de la mesa. Daba la sensación de que todo el grupo estuviera asaltando al millonario de Bácska, que aguantaba la batalla sentado entre dos sillas libres, con cara inexpresiva. Apuntaba calmosamente las pérdidas. Solo por el cigarro mordisqueado se notaba que esas pérdidas eran cuantiosas, incluso para él. «¡Dieciséis! ¡Banca!». Le ganaron. «¡Veinticuatro! ¡Banca!». Perdió de nuevo. Así era el juego. No tuvo ni una buena jugada, y los demás se llevaron ocho o diez veces seguidas lo mucho que la Cacatúa Negra había apostado en la banca.

«Podrías arreglarlo todo en una sola partida —dijo una voz en Gyerőffy; pero no se movió—. Inténtalo. El dinero está muy cerca. Solo tienes que extender la mano y arriesgar diez o quince mil... Tienes esa cantidad a mano... Como decía Napoleón: “*La victoire est aux gros bataillons!*”. La victoria se consigue con grandes batallones...». László observó el juego, petrificado; de vez en cuando acariciaba los billetes. Pray se llevó en un momento nueve manos seguidas. «Tonto, si te hubieras sentado lo habrías ganado tú. ¡Siéntate! Juega solo con las cuatro mil coronas que son tuyas...».

El mayordomo del casino pasó con los pagarés a las tres de la madrugada.

—¡Tráigame mis préstamos! —le dijo Gyerőffy, y ocupó la silla libre entre Pray y Zénó. Era el mejor sitio, a la derecha del perdedor. Cuando pasó por delante de él el *taille*, el distribuidor de cartas pronunció las palabras decisivas: «*Passe la main!*». Pasó mucho tiempo hasta que la baraja en el distribuidor volvió a su mano. La retuvieron un buen rato en el otro extremo de la mesa. Entretanto pidió una botella de absenta. Bebió un buen trago para ahuyentar el miedo que se había apoderado de él. La baraja llegó. Zénó, su vecino de la izquierda, ganó un *coup*. László sacó dos billetes de mil coronas. Ganó cuatro manos. Aunque perdió la quinta, eso no le descontó ni la mitad, porque no se había llevado todo el monto. En ese momento tenía veinte mil coronas.

Sintió un éxtasis extraño. Como si fuera arrastrado por las olas y flotara por encima de profundidades infinitas. Fue algo parecido a la redención: como si alguien que hubiera pasado días y días sufriendo sed en medio del desierto pudiera

sumergirse en un arroyo cristalino de las montañas. En ese momento casi se sintió feliz. No pensó en nada más. Fijó toda su atención en la partida, intentando descubrir el *esprit de la taille*, cómo circulaba la baraja. Era lo más importante; era lo que debía saber para ganar.

Ya no tenía el estilo elegante de hacía año y medio, cuando había empezado a jugar. Entonces nada le parecía real. Las fichas solo eran números, no significaban dinero. Lo importante era que lo reconocieran, lo aceptaran y lo trataran como a un igual. Pero ahora, desde que incumplió la promesa hecha a Klára, y especialmente desde aquella pérdida enorme de la que la señora Berédy lo había salvado con sus perlas, jugaba fuerte y solo para ganar. ¡Ganar, ganar, ganar! ¡Ganar a toda costa! Jugaba nervioso y con atrevimiento porque su situación económica era cada día peor.

Cada pérdida considerable era un paso más hacia el desastre absoluto.

El juego continuó fuerte. Las fichas de nácar ora aumentaban, ora disminuían ante László. Sobre las cuatro y media cambió la suerte de la partida. Inesperadamente, Árszenovics «mejoró la mano». Tuvo dos, tres, incluso cuatro buenas jugadas. Gyeróffy, que era su vecino inmediato, sin perder grandes cantidades, había ingresado sumas en su monto. En pocos minutos empezó a perder considerablemente. Sintió un escalofrío. ¡No podía ser! ¡No era su dinero! Tenía que recuperarlo como fuera. Jugó con el temor de ahogarse. Perdió dos jugadas. La Cacatúa Negra continuaba siendo la banca, László se echó atrás en la silla, y el mundo se volvió negro.

Cerró los ojos. Solo vio anillos de fuego. Le despertó la voz del mayordomo anunciando la hora —eran las cinco— y los jugadores se marcharon.

—Me podrías decir, por favor, ¿cuánto te debo? —preguntó a Zénó que se había levantado.

—¡Espera! Sí... Setenta y dos... sí.

—Bien, bien, es solo para saberlo... —dijo László, se levantó despacio y bajó las escaleras. Palpó el grueso fajo de billetes, intacto en su chaleco. Allí estaba. Ochenta y seis mil. Allí estaba. Todavía...

Caminó hasta su casa en la madrugada clara. Los carros de los vendedores iban traqueteando hacia el mercado central. La campanilla del basurero sonaba delante de las casas.

Durmió hasta entrada la tarde. Se despertó, echó cuentas en su habitación oscura y se condenó. Se condenó a pena de muerte moral. No había salida. Solo podía elegir entre dos posibilidades: el oprobio público o el secreto. O le expulsaban del casino por no poder pagar sus deudas de cartas, o las pagaba y dejaba que Fanny perdiera su collar de perlas. Podía seguir viviendo con el honor falsamente reparado como Wickwitz, al que él mismo había insultado y había difamado públicamente. Solo tenía dos opciones. Sería terrible vivir excluido, estigmatizado; pero sería mucho más

terrible seguir viviendo como hasta ahora, llevando el peso de su vergüenza secreta. Tenía que liberarse de esa deshonra. Tal vez la otra fuera más fácil de soportar: sus ambiciones mundanas ya habían sido derrotadas ese año. «Tarde o temprano morirás como un perro, al menos ten la satisfacción de haber sido tú quien haya fijado el día».

Se sentó delante de la tabla de dibujo, donde había trabajado tanto en su música, y que ahora estaba cubierta con una gruesa capa de polvo. Allí estaba el fajo de billetes —más de lo que había perdido—, lo necesario para recuperar las perlas, envuelto en papel, atado con un cordón, intacto. Tenía que conservarlo. Era el dinero de aquella mujer, no el suyo. Sería un ladrón si se lo quedaba.

Tras haber tomado una decisión, después de mucho reflexionar, sintió una tranquilidad maravillosa, como si hubiera muerto hacía siglos.

Los dos días siguientes estuvo muy ocupado. Primero fue a la joyería de la calle Dorotya. Le dijeron que el señor Bacherach no estaba, que se había ido de viaje; pero que al día siguiente estaría sobre las dos. Se fue entonces a la calle Donát, a su casita de amor. Canceló el alquiler, pagó la última parte, vendió los muebles y enseres por un precio ridículo. Hizo un paquete con los quimonos, las zapatillas y los perfumes de Fanny, y se lo envió por correo. Mandó el piano de su piso de alquiler a un transportista y acordó que lo llevaran a Kozárd.

El segundo día dedicó toda la mañana a recoger sus enseres. Sacó los trajes y los zapatos del armario y los metió en el baúl bien doblados, en perfecto orden. Se fijó en la levita de color gris azulado que había llevado aquel día espléndido de la Copa del Rey, y que no había vuelto ponerse. Estaba extendida en la cama junto con los pantalones de finas rayas blancas; y en la alfombra, los zapatos de charol con pala ahormada de color crema. Era su antiguo ser, explotado, desgastado y abandonado: un cadáver momificado. Dobló las prendas cuidadosamente. Al coger el chaleco, cayó del bolsillo la cédula de cartón —recuerdo de la carrera fatal— con el número nueve. La recogió del suelo. Había sido un mal augurio. Se acordó de la pregunta de Fanny: «¿Ha apostado mucho?». Él le había contestado: «No, nada. ¡Nada! ¡Solo mi vida!». Resultó que había dicho la verdad. Reflexionó un momento, luego volvió a meter la cédula en el chaleco y puso las prendas en el baúl con un movimiento mecánico. No sintió emoción alguna, como si fueran los recuerdos de una persona desconocida.

No era todavía mediodía cuando sonó el teléfono. Era el secretario del casino para advertirle que a las doce terminaba el plazo de cuarenta y ocho horas para satisfacer sus deudas, y que en caso contrario se haría público su nombre.

—Bien. Gracias —contestó y colgó el auricular.

Sí, su nombre estaría en la lista negra, según el reglamento. El tablón no era negro, sino un tapete verde sencillo, enmarcado en la pared; allí colgaban un papelito insignificante sin más información que el nombre del deudor. Todos sabían que si en

el plazo de una semana no pagaba, lo excluían automáticamente de los socios del casino. Gyerőffy había visto una vez un nombre en el tablero. Ya no recordaba el de quién. ¡Le daba igual! Ahora era el suyo el que soportaría tal descrédito: «Conde László Gyerőffy». Nada más. Estaría allí una semana, luego desaparecería para siempre...

El teléfono volvió a sonar. Era el mayordomo de Neszti Szent-Györgyi: su amo quería ver a Gyerőffy inmediatamente. László contestó sin querer que iría enseguida. Solo después se extrañó de la llamada y se arrepintió de no haber rechazado la petición. Se fue paseando a casa de Szent-Györgyi con el fajo de billetes en el bolsillo porque sobre las dos tenía que ir a ver a Bacherach.

El conde Neszti vivía cerca, en un chalet ajardinado de la calle Horánszky. Era una casa curiosa, original. El suelo estaba cubierto de pieles de tigre y león, de las paredes colgaban trofeos, y debajo corría un largo estante con todos los números de la *Stud-Book*; la repisa de la chimenea estaba llena de copas de competiciones hípcas que habían ganado sus caballos durante décadas en *turfs* de todo el mundo. Él descansaba en un sillón bajo con el desayuno al lado. Aunque no estuviera de moda, fumaba en pipa.

—Ven, ven —dijo atropelladamente, y le ofreció una silla—. Siéntate, tengo que preguntarte una cosa. —Se puso el monóculo—. ¿Sabes que tu nombre está expuesto en el tablero?

—Lo sé.

—¿Y qué? ¿Puedes pagar?

László vaciló un segundo y colocó el brazo sobre el fajo de billetes.

—¡No puedo! —dijo mirando a Szent-Györgyi a los ojos.

Este dejó caer lentamente la lente y se atusó el negro y caído bigote. No movió un músculo de la cara.

—No puedes. Ya me lo había imaginado... —Hizo una breve pausa, se pasó la mano por su calva reluciente como el mármol, y preguntó—: ¿Cuánto es?

—Setenta y dos mil coronas por palabra de honor y cinco mil más en pagarés.

Neszti le espetó fríamente:

—¿Y qué piensas hacer?

Gyerőffy no se inmutó y clavó su mirada en sus ojos. Guardó silencio, solo sus dedos se movieron ligeramente sobre su chaleco.

Estuvieron callados unos minutos. Szent-Györgyi volvió a ponerse el monóculo y comenzó a hablar. Sus palabras discurrieron rápidamente, como el traqueteo de una rueda dentada.

—Yo me haré cargo de tus deudas, arreglaré tu salida; pero te exijo que presentes la renuncia inmediata a tu puesto en el casino. Redáctala ahora mismo. Encontrarás hojas blancas en el escritorio —dijo, y con la pipa señaló hacia la ventana.

Gyerőffy se acercó automáticamente al escritorio. Cuando terminó la carta, se la entregó e intentó darle las gracias diciendo entre balbuceos que en cuanto pudiera...

—Eso me da igual. No me lo agradezcas. No lo hago por ti. Simplemente no me gusta que echen a gente de buen nombre... ¡Solo por eso! ¡Solo por eso! —dijo y dejó caer de nuevo la lente.

Por su parte, el caso estaba cerrado. No le dio la mano a László cuando se despidió y el joven se dijo que esa era la primera muestra de que su castigo estaba comenzando.

«¡Si supiera que llevo ese dinero en el bolsillo!», pensó Gyerőffy mientras cruzaba el jardín delantero de la villa.

Bacherach ya estaba en la joyería cuando László llegó. Su ayudante lo condujo al mismo cuarto minúsculo, oscuro, lleno de cristaleras, en el que había estado Fanny. László se sentó en la misma butaca.

A los pocos minutos entró el rechoncho joyero, con las gafas puestas.

—¿En qué puedo servirle, señor conde? —preguntó después de que Gyerőffy se presentara.

—La señora condesa Berédy se ha ido de viaje a Italia y me ha pedido que le entregue la suma por la que había empeñado sus perlas. Son ochenta y seis mil coronas. ¿Correcto?

—Sí, exactamente, señor conde —contestó Bacherach, y contó los billetes—: ¿Y cómo quiere disponer de las perlas?

—La señora condesa me dijo que guardara usted la joya hasta que volviera a Budapest; entonces ella misma mandará a recogerlas. Pero yo necesito un justificante del pago que declare que las perlas están a disposición de la señora condesa. Naturalmente, quiero que esté a nombre de la condesa, que no aparezca el mío.

En la cara pálida y gordinflona del joyero apareció una sonrisa discreta. Se inclinó levemente:

—Naturalmente, señor conde, no se preocupe.

Desapareció por la puerta trasera y a los pocos minutos llegó con un documento con membrete en la mano. László lo llevó a correos, y lo envió certificado.

«Se acabó», le dijo una voz interior.

No obstante, desde hacía mucho tiempo, era la primera vez que salía a la calle con la cabeza alta, y de vuelta a casa pasó por delante del casino para demostrar su actitud. Tenía la sensación de ser de nuevo un hombre honesto.

Volvió a repasar todos los rincones de la casa. No, no se le había olvidado nada. Descolgó de la pared la fotografía coloreada de su padre, que había traído de Kozárd. La puso cuidadosamente en su baúl. Solo faltaba escribirle unas palabras a Fanny. Era otra deuda. Como no tenía papel de carta, utilizó una de sus tarjetas: «Gracias por todo lo que ha hecho por mí».

Nada más, era suficiente. Apuntó la dirección del palacio en la colina del castillo. Fanny la encontraría cuando llegara de Milán.

Ya estaba anocheciendo. Miró el reloj: eran las cinco pasadas. Decidió irse con el tren de las seis. No habría nadie porque no era un expreso; podría estar solo. Llamó al portero para que bajara el equipaje y le buscara un simón. Se asomó a la ventana.

Los árboles del parque del Museo estaban todavía desnudos. Por encima de ellos se entreveía el empizarrado del palacio Kollonich, en la esquina de la calle Sándor. Tenía unas líneas elegantes, remarcadas por bordes de latón. Sus chimeneas se veían perfectamente desde esa altura. Lo contempló durante un rato recordando la noche en que volvió de Simonvásár, feliz y lleno de esperanzas. Entonces también se había quedado contemplando la ciudad, el palacio. Como en ese momento. Encendieron las farolas del bulevar; miles de luces formaron largas hileras. «Son las antorchas de mi marcha fúnebre», pensó. El tranvía, abajo, soltó un pitido largo, doloroso...

El simón paró delante de la casa. László volvió a echar un vistazo. Se percató de que el portero se había olvidado el estuche de escopeta que le habían regalado sus tías una Navidad ya muy lejana. «Count Ladislav Gieróffy», rezaba con letras negras. Lo agarró con fuerza y bajó las escaleras con dignidad.

Las elecciones generales se celebraron entre finales de abril y el 8 de mayo. El Partido de la Independencia de 1848 ganó con mayoría absoluta; sin embargo, el gabinete no se modificó porque se había pactado previamente quiénes serían los ministros. Prácticamente no había oposición, solo en unos pocos lugares consiguieron algún escaño diputados independientes que antes habían pertenecido al partido de Tisza. Eso sí, aumentó el número de representantes de las minorías; entraron veinticuatro en el Parlamento. Era un número insignificante en comparación con los cientos de diputados progubernamentales. El tío Ambrus, el viejo Bartókfáy y Farkas Alvinczy habían conseguido su escaño, y naturalmente Béla Varju y el doctor Zsigmond Boros; este último fue nombrado secretario de Estado. El pequeño Kamuthy consiguió también un escaño en la segunda vuelta, a través de una lista complementaria.

El Parlamento se convocó en un ambiente de optimismo. El presidente abrió la primera sesión con la lectura de un decreto real que fijaba como objetivo primordial establecer el sufragio universal durante la legislatura. En el discurso apenas se percibió el eco de los truenos de pasadas tormentas cuando el presidente mencionó la «soberanía del pueblo». Ahora reinaba la paz y era hora de comenzar a trabajar.

Enseguida pusieron manos a la obra. Primero había que arreglar los asuntos pendientes —los contratos comerciales, la política de defensa y los presupuestos—; luego poner orden en los condados, limpiarlos de la gente que había mostrado una actitud tibia o favorable al «gobierno de guardias», separar el trigo de la paja. Jóska Kendy, que se convirtió en gobernador de Küküllő, empezó la limpieza; Ördüng, en el condado de Maros-Torda, tampoco se quedó atrás y se empeñó en acabar con su viejo enemigo, Benő Péter Balog.

Bálint percibió alguno de esos cambios cuando pasó por Lélbánya. Habían puesto en marcha una campaña de desprestigio contra el honesto notario Dániel Kovács, que servía a la ciudad generosa y afanosamente, y había apoyado la iniciativa altruista de Abády de fundar una cooperativa y un centro cultural de granjeros. Bálint dedicó una semana entera a defenderlo, luego volvió a la capital.

Asistía diligentemente a las sesiones, aunque con desgana. Intentaba encontrar algo interesante en la política. Fue inútil. Se puso a trabajar en la obra que había empezado en Portofino. Tampoco obtuvo mejores resultados. Tenía la sensación de que al renunciar a Adrienne había perdido la voluntad de sacarla adelante. *La belleza como acción*. Sí, había algo bonito en la renuncia, algo heroico. Pero ¿no era más bien una huida de la responsabilidad? Cuando renunció a ella, ¿lo haría inconscientemente para protegerse de ella? ¡No! No podía ser de otra manera. «No

me mates, por favor, no me mates...», le había escrito Adrienne, y él no podía hacer nada contra sus súplicas.

Unas semanas más tarde el regordete Kamuthy, que acababa de llegar a Budapest para tomar posesión de su escaño, le contó a Abády que había llegado a Budapest el día anterior con los Milóth; el viejo Carraca partía desde Budapest a Baden para visitar a su mujer; Adrienne, Judith y Margit viajarían al Lido, la famosa playa de Venecia, uno o dos días más tarde.

—Yo *pienzo, zabez*, que Judith Milóth *eztá* mal de la cabeza —dijo ceceando de manera confidencial—, porque durante el camino no ha *zoltado* ni una palabra, y *ezo* que mi charla no era *dezagradable*.

Bálint no contestó, dio media vuelta y se fue. No quiso oír más. No quiso saber, ni por casualidad, dónde estaba alojada Adrienne. Se había propuesto no volver a verla. Si lo hubiera sabido, habría sido más difícil resistir... Decidió comer y cenar en el casino los dos días siguientes para no toparse con ellas en un restaurante.

Sin embargo, incumplió su propósito esa misma noche.

En la ciudad hacía un calor sofocante, ¡insoportable! Por ello, se fue al restaurante ajardinado de Wampetics, que estaba al lado del parque zoológico. Se asomó y vio que estaba abarrotado. No, no le apetecía entrar. Intentó encontrar una mesa en el restaurante del Lago, pero también estaba lleno y la única mesa libre estaba junto a los cíngaros. ¡Se quedaría sordo! Decidió ir al Gerbaud, que estaba más lejos y era más caro, pero donde seguramente no habría tanta gente.

Al entrar los vio enseguida: ¡los Milóth! Afortunadamente Carraca y Judith estaban sentados de espaldas y no podían verlo. Tal vez Margit tampoco. Adrienne estaba de frente, pero no se dio cuenta de que Abády había entrado. ¡Qué pálida estaba! Hablaba con el pequeño Kamuthy y Jóska Kendy. Bálint decidió refugiarse en un sitio donde no pudieran verlo, y en caso de que lo hicieran, los saludaría de lejos. O mejor aún, ni siquiera miraría en aquella dirección... fingiría estar sumergido en sus pensamientos.

Se sentó cerca de la verja, desde allí podía ver un trozo del sombrero de Adrienne. Era una pabela florentina de paja que resaltaba su cabello negro. A veces vislumbraba por un segundo su boca, su cara, cuando un cliente gordo que estaba sentado entre ellos se inclinaba sobre su plato. Pero el simple hecho de saber que ella estaba allí, aunque no la viera, lo llenaba de un calor maravilloso.

La gente terminó la cena y se marchó. Se marchó también el cliente gordo, y entonces pudo ver a Addy sin obstáculos. De repente se quedó petrificado: Adrienne clavó su mirada en sus ojos.

Y sus labios... parecían decir algo.

Al poco tiempo los Milóth se levantaron y se dirigieron a la entrada principal. Delante iba el padre con sus hijas, Kamuthy y Jóska. Adrienne se quedó un poco



rezagada, lo miró, parecía llamarlo...

Al segundo, Bálint estaba a su lado.

—Mañana, habitación veintitrés... Hotel István... a las cuatro... —dijo rápidamente, en voz muy baja con timbre febril, desesperado. Apenas pronunció las palabras se reunió con los demás. Bálint volvió a su mesa.

Su corazón latía tan fuerte que casi le saltaba del pecho.

Abády llegó puntual al anticuado y lúgubre hotel, en el que solían alojarse los terratenientes que visitaban la ciudad. Golpeó suavemente la puerta y entró.

Addy se levantó a recibirlo. Estaba seria, casi solemne. No dejó que Bálint la abrazara y lo apartó con el índice. Bálint notó que tampoco lo tuteaba. Se sentaron en sendas butacas junto a la ventana.

—Quería verlo un momento. Solo tenemos unos minutos. Las muchachas se han ido con la señorita Morin a hacer un recado, pero volverán pronto. Nos vamos a Venecia, ¿sabe? Nos preocupa mucho el estado de la pobre Judith. Desde aquel día... va como una sonámbula. A veces, aunque solo lo notamos nosotros que la conocemos, parece incluso aturdida... Por ello, nos recomendaron que la lleváramos a un lugar que no conociera, para sacarla de un entorno que le recordara permanentemente ciertas cosas... Mi madre sigue enferma, mi padre no puede dejar la finca. Por eso las acompaño yo. No ha sido fácil conseguirlo, se lo puede imaginar, pero lo he logrado.

Guardaron silencio unos segundos. Bálint temblaba de impaciencia. Presentía que Adrienne iba a decirle algo más, algo serio. Su voz era muy fría.

—El caso es que en Almáskő me han permitido que me vaya con ellas durante cuatro o cinco semanas. —Abrió sus ojos de ónice de par en par, miró a Bálint y le dijo despacio—: Es el tiempo que tenemos. Un mes... si quiere venir.

—¡Addy! ¡Addy...!

Pero la mujer no dejó que se le acercara.

—¡No! ¡Ahora no! En Venecia. Tenemos cuatro semanas... No es mucho, pero... y después todo acabará...

A Bálint se le encogió el corazón.

—¿Qué? ¿Cómo que acabará? No debes decir eso.

—¿Qué importa? —Addy lanzó una carcajada, profunda como el arrullo de las tórtolas—. ¿Qué importa? ¡Son cuatro semanas contigo! ¿Qué más da lo que venga después?

Se levantó. Movié los dedos como si estuviera contando.

—Ahora vete... Pueden volver en cualquier momento, no es bueno que te encuentres con Judith...

Al salir dejó que Bálint la abrazara. Le dio un beso rápido, despistado, y lo empujó al pasillo.

Abády llegó a Venecia una tarde resplandeciente. Una góndola lo llevó a un pequeño hotel italiano de segunda categoría, cerca de la plaza de San Marcos, donde no se alojaban extranjeros. A las siete se fue al Ponte Canonica. Habían quedado allí por carta. Adrienne, que vivía en el Hotel Danieli, situado en el viejo Palazzo Dandolo, pudo llegar hasta allí discretamente entre las callejuelas traseras. Solo ella se alojaba allí. Sus hermanas y *mademoiselle* Morin estaban en un palacete del Lido, frente al mar. Iba a verlas todos los días. Bajaban a la playa, comían juntas y, por la tarde o por la noche, Adrienne volvía a su hotel.

—El murmullo del mar no me deja dormir, y es mejor para Judith que no esté siempre vigilándola... —le había dicho a Margit.

Tal vez no hacían falta dos razones, una hubiera sido suficiente.

—Tienes razón —contestó la comprensiva Margit—, yo también he notado que Judith sigue hostil contigo. Es mejor así.

Pero el tercer día, cuando Adrienne se despidió de ellas para trasladarse al Danieli y Margit la acompañó al vapor, al volver hacia su hotel, la hermana pequeña esbozó una sonrisa secreta.

El Ponte Canonica estaba detrás de San Marcos. Desde la plaza solo había un acceso a través de la basílica, desde la otra orilla del canal. Era un puente alto de mármol blanco, con unas escaleras que bajaban al canal. Bálint hizo parar la góndola en la orilla que daba a la basílica. Él mismo subió al puente para ver desde lejos si llegaba Adrienne.

Resonaron siete campanadas en el cercano Campanile y Adrienne apareció con su andar elegante. Su fino traje verde claro resaltaba las curvas de sus muslos. Bálint no la saludó desde lejos, sino que bajó al canal y a los pocos minutos la mujer también se subió a la góndola. El gondolero, sin preguntar nada, se puso en marcha. No hay otro pueblo que sea más amigo de los enamorados que el italiano. Riccardo Lobetti, el gondolero, solo les preguntó adónde se dirigían cuando llegaron a la zona en que el canal se volvía más estrecho.

—A la laguna —contestó Bálint.

Les acompañó el lento ritmo del remo que hacía que la góndola se balanceara a cada boga. Se deslizaron entre los pies cubiertos de verdín de los edificios: había *acqua bassa*. Reinaba un silencio absoluto. Solo en los cruces se oía el grito de algún gondolero: «¡Saaa... iii!», y la voz de otro, tapado por una esquina, que contestaba. Si se cruzaban con embarcaciones mayores no chocaban ni se rozaban, salían airosos como en los cuentos. Todo era como en un sueño; navegaban debajo de un toldo de lienzo que los protegía por todos lados; iban apoyados, casi acostados sobre suaves almohadones, cogidos de la mano, inmóviles, callados. Salieron a las serenas aguas de la laguna, donde se abría un paisaje infinito. Todavía hacía sol, pero tenue. Todo estaba irisado y argentado como la madreperla; el límite entre el cielo azul grisáceo y

el agua gris azulada desaparecía en la neblina. En la lejanía se vislumbraban una franja de arena, pequeñas islas cuajadas de cipreses y las balizas que se alzaban tres pies por encima del agua. No había nada más. Estaban solos en la laguna silenciosa. Adrienne se quitó la pabela de paja, la cogió con la derecha y muy despacio puso la cabeza en el hombro de Bálint; pero cuando este quiso besarla, lo rechazó. Frunció el ceño y su mirada se perdió en la lejanía. Estaba sumergida en sus pensamientos. Pensaba en la historia de su amor, en los sucesos que la habían conducido a los brazos de ese hombre. Tuvo la sensación de que tenía que tomar una decisión vital, aterradora. Bálint sentía lo mismo. La mirada seria de Adrienne evocaba las palabras finales de su carta de despedida.

¿Seguiría pensando lo mismo? ¿Era ese el precio que debía pagar por esas cuatro semanas? ¿Era correcto aceptar el cuerpo de la mujer sabiendo lo que pasaría luego? ¡Su alma ya era suya! ¿Valía la pena pagar ese precio por tener su cuerpo? Porque si después Addy se quitaba la vida, sería peor que si muriese él mismo. ¡No sería capaz de seguir viviendo! Tenía que aclararlo... ella tenía que prometerle que no lo haría.

La oreja coralina de la mujer estaba cerca de su boca:

—¿Puedo ir a verte esta noche? —susurró.

—Solo pasada la medianoche... antes hay gente en la antesala.

Bálint apretó los dedos de la mujer. Vaciló un poco y preguntó en voz baja:

—Si pasara... no harías lo que me escribiste, ¿verdad?

La mujer no contestó. Solo cuando repitió la pregunta respondió con voz entrecortada:

—¿Qué importa? No me preguntes, no pienses en ello...

—Mira, Addy... eso no puede ser —dijo, y le explicó lo que acababa de pasarsele por la cabeza. Habló largamente. Insistió mil veces en lo mismo, en lo terrible que sería seguir adelante con eso en su conciencia... Su voz sonó cálida, suplicante—: ¡No a ese precio! ¡No!

La mujer de vez en cuando negaba con la cabeza. Bálint notó que sus rizos le acariciaban la barbilla. Después de un largo silencio, Adrienne le dijo:

—Yo no podré seguir adelante... No es un sacrificio, ya lo he pensado muchas veces...

Bálint intentó persuadirla de nuevo y Adrienne le contestó:

—No puedo divorciarme, tú lo sabes... No me pidas que siga viviendo así, no podría...

Los cubrió la oscuridad de la noche. Las luces de las balizas se encendieron. Riccardo condujo la góndola de regreso a la ciudad.

Bálint añadió con voz ronca:

—Pero yo no podría vivir sin ti... Si ocurriera, la única solución sería que yo también... Puedes estar segura.

Adrienne se incorporó y casi le gritó a Bálint:

—¡No, no! Tú eres diferente. A ti te gusta vivir. Tú no debes...

—Pero en ese caso no me quedaría otra alternativa —dijo esperando inconscientemente que Adrienne cambiara de idea. Pero la mujer reaccionó de forma diferente.

—¡No! Así no puedo... será mejor entonces que te vayas. No puede ser...

—No puede ser...

Guardaron silencio abrazados. Sobre las aguas negras flotaba una tristeza infinita. ¡Se acabó! Se acabó de verdad. Los contornos de las torres de la ciudad se fueron acercando. Al entrar en un canal estrecho Bálint dijo:

—Ya no puedo tomar el tren nocturno. Podría ir a charlar contigo, como hasta ahora, y marcharme después...

—Sí, como hasta ahora...

En la habitación de Adrienne no había ninguna lámpara encendida porque había llorado amargamente antes de la llegada de Bálint, y no quería que él lo notara. Todavía no había oscurecido del todo; a través de la mosquitera de la ventana entraba la luz de las farolas de la Riva y el techo la reflejaba en la cama. El olor de la mujer se había mezclado con el del aroma salado, sofocante, de la laguna.

Bálint apoyó el codo en la almohada junto a la cabeza de la mujer. Empezaron a charlar con voz entrecortada: cada vez menos palabras, cada vez frases más cortas. Sus mejillas se tocaron, sintieron el aliento del otro, susurraron palabras de despedida y se besaron. Poco a poco la boca, las manos, el cabello de Adrienne cobraron vida propia, independiente de su voluntad. Sus rizos ensortijados se soltaron del moño; cayeron sobre su rostro, sobre sus ojos; flotaron en el aire; se volvieron locos, como si una fuerza interior los empujara; se entrelazaron y se separaron instintivamente. Sus dedos subieron por el cuello del joven, se agarraron a su espalda como para asegurarse de que estaba ahí. Sus labios carnosos besaron la cara de Bálint, sus manos, los rizos enloquecidos de su propio cabello, y tal vez el aire. Se había liberado en ella una fuerza vital, esa fuerza que Bálint había visto en la pista de patinaje. Tenía, como aquella vez, la cintura cimbreante, las rodillas ágiles, los brazos danzarines. Y preguntó con voz baja pero apasionada:

—¿Qué me ocurre? ¿Qué me ocurre?

Asombrada por una nueva sensación jamás experimentada...

El hombre se inclinó sobre ella. Sintió cómo la fiebre de la consumación cercana corría por sus miembros. No había nada en él del hábil seductor; todo su ser quedó borrado por una emoción poderosa, ancestral y eterna que lo arrastró con la fuerza de una tormenta. Sin embargo, recordaba lo que habían hablado esa tarde, sabía cuál era el precio por las cuatro semanas: ¡la muerte! Para él y para Adrienne. Pero ¡serían cuatro semanas de amor! Cuatro semanas de tranquilidad y felicidad absoluta. Cuatro semanas, cada uno de cuyos momentos valía la eternidad. Sabía cuál era el desenlace que estaban asumiendo cuando le preguntó: «¿Quieres?». También Addy, que solo

respondió con los brazos y los labios sedientos y ávidos de besos, lo sabía.

Estuvieron abrazados durante largo tiempo. Se oía el susurro del mar o de las alas de la fatalidad que acababa de encadenarlos para siempre.

De lejos les llegó la melodía de una serenata tardía. La brisa nocturna sacudía la mosquitera de la ventana. Primero habló Adrienne:

—¡Ahora vete!

—¿Por qué tan pronto? Es de noche todavía...

—Sí, pero vete... Quiero estar sola y pensar.

Sus ojos ambarinos reflejaban seriedad; suplicaban y ordenaban al mismo tiempo.

—¿Pero esta tarde, nos veremos en el mismo sitio de hoy?

—Sí. Espérame a las seis, creo que podré llegar...

Esta vez la esperó en la góndola para que no lo vieran en el puente. En el banco de proa había un gran ramo de rosas carmesíes. Cuando ella llegó, Bálint no se lo entregó, ni lo mencionó. Le besó la mano como siempre, tal vez de modo un poco más formal. Cuando Adrienne se sentó a su lado, no le habló de amor, solo le preguntó si le apetecía visitar la pequeña iglesia de Santa Maria dei Miracoli. Era puro mármol blanco, construido por Pietro Lombardo...

Habló con normalidad, sin matiz triunfalista ni posesivo. No había nada en su voz que pudiera recordar a Addy la noche pasada. Su actitud ayudó a que la mujer superara el delicado momento del reencuentro. Más tarde tampoco sacó el tema. Solo el ramo de rosas carmesíes hablaba sobre la noche, esperando humildemente delante de sus pies, con los colores apasionados del amor; con grandes corolas entreabiertas que simbolizaban la consumación de su amor.

Solo de camino a casa preguntó Bálint:

—¿Igual que ayer?

Los días de su ensueño transcurrieron sin cambios. Los rodeaba la belleza inverosímil de Venecia. De vez en cuando se asomaban a una iglesia u otra, visitaban algunas pinturas escondidas en alguna *scuola*; pero no hacían vida de turistas. Pasaban horas navegando en góndola, recostados en los mullidos cojines, disfrutando del dulce cansancio a la sombra del toldo. Se cogían de la mano si estaban en la ciudad y se abrazaban en la laguna. Hacían largas excursiones siempre con el mismo gondolero, que los llevaba en las alas mágicas de las aguas infinitas, brillantes como el nácar. Tenían la sensación de que el tiempo se había detenido, de que no había mundo

exterior, de que solo existía su amor.

No hablaron más sobre lo que habían discutido de la primera noche. Ninguno de los dos rompió el acuerdo tácito. Estaba allí, pero evitaban mencionarlo cuando les asaltaban las dudas.

Así vivieron Bálint y Adrienne mientras estuvieron juntos.

Adrienne pasaba la mañana en la playa, donde hacía un calor salvaje, sin el viento vaporoso de las lagunas. Ella y sus hermanas se dedicaban a nadar. Las tres lo hacían estupendamente porque se habían bañado mucho en el lago de Mezővarjas; se sentían cómodas en el agua. En cambio, ahora no nadaban juntas. Adrienne se bañaba apartada de sus hermanas porque notaba que la mirada de Judith se endurecía cuando estaba a su lado. Era suficiente, pensaba, con que estuvieran juntas a la hora de comer y un rato por la tarde leyendo en el salón mientras la señorita Morin se echaba la siesta. Adrienne nadaba sola, con vehemencia, con la misma fuerza y con las mismas ganas que patinaba, andaba o bailaba.

A menudo llegaba nadando mar adentro, adonde el agua se tornaba oscura.

Al volver, se quedaba en la orilla disfrutando del ir y venir de las olas bajo sus rodillas. Observaba un rato el mar con su traje de punto negro pegado al cuerpo como si fuera de mármol pulido.

Probablemente desde la playa muchos hombres acechaban su figura esbelta. Pero ella no lo notaba. Solo había un hombre para Addy, el que la esperaría también esa tarde en la góndola. Entrecerró los ojos y su mirada se perdió en la lejanía.

El oleaje era lento; allí el agua tenía un tono amarillo verdoso porque había poca profundidad y se veía la arena. La profundidad empezaba mar adentro.

El mar estaba vacío, nunca se atisbaban barcos. De vez en cuando se vislumbraban muy a lo lejos velas que iban hacia las costas de Istria, donde el Adriático era más abundante en pesca. Solo un barquito se balanceaba sobre la superficie color cobalto. Fondeaba porque era una embarcación de vigilancia. Cuidaba de que nadie se adentrara demasiado nadando en el mar, ya que las fuertes corrientes eran capaces de llevarse al mejor nadador. Y si lo engullían, era imposible salir. A menudo Adrienne miraba ese bote anclado que se mecía en el horizonte.

Como si pensara, como si calculara algo...

El sábado anterior al segundo domingo de julio, el gondolero Riccardo Lobetti les hizo una propuesta. El hombre, que siempre estaba callado, respetando su amor, ese día les explicó excitada y atropelladamente:

—*Domani sera! La festa del Redentore!* ¡Mañana es la fiesta del Redentor! *Una festa bellissima!* ¡Una fiesta muy bonita! *Magnifica! Oh, magnifica! Bisogna vederla! Bisogna vederla!* ¡Tienen que venir a verla! *Gran' festa!* —insistió con vehemencia, gesticulando y dibujando círculos en el aire para señalar la grandeza de la fiesta. Bálint y Adrienne aceptaron la propuesta.

Sobre las diez de la noche, Riccardo fue al Hotel Danieli a recoger a Adrienne y después a Bálint en la Piazzetta. El buen Lobetti se puso de gala. Generalmente llevaba un traje de lienzo gris, no muy limpio; pero ese día lucía una camisa de seda rojo chillón y pantalones a rayas blancas y amarillas, y en la cintura una preciosa faja de raso verde con flecos. No solo él se había vestido para la ocasión; también había adornado la góndola. En vez del toldo, el afanoso Riccardo había creado un nido en forma de cesta, aderezado con un sinfín de flores. Hasta la elevada proa, todo el barco estaba lleno de flores y candiles de petróleo.

—*Per la donna! Per la donna!* ¡Para la señora! —exclamó Lobetti haciendo reverencias teatrales cuando Abády alabó su obra. Salieron hacia la Giudecca.

Ya desde lejos se veían las luces, pero al girar por la Dogana les sorprendió el espectáculo. El canal, de trescientos metros de anchura, estaba atravesado por un pontón iluminado con multitud de bombillas eléctricas que formaban arcos y columnas que parecían de fuego. La iglesia del Redentore también estaba alumbrada. Delante de la góndola desfilaron miles y miles de barcas y barquitos: las embarcaciones de gala de los patricios y muchas otras, todas embellecidas con farolillos y flores; lanchas que servían para transportar algas y leña por la laguna; embarcaciones robustas que entre semana iban cargadas de hortalizas y aceite. Sin respetar jerarquía alguna, los barcos más humildes se mezclaban con los más suntuosos, todos decorados; unos modestamente, otros con lujo. En la cubierta de las embarcaciones más fuertes se habían montado pérgolas y mesas para cenar. Alrededor de ellas, hermosos jóvenes bebían vino y tocaban el acordeón, abrazando a sus novias, todas muy bellas, que lucían el típico pañuelo veneciano, el *sciallo*, y cantaban al unísono riendo. Los barcos iban repletos de gente. Todo el mundo estaba alegre y disfrutaba de la verbena.

En medio de los barcos, justamente en el centro, estaba el *Serenata*, el más grande de todos. Se alzaba por encima de las góndolas, iluminado por la luz de los farolillos. Sus cantantes se habían disfrazado de arlequín y polichinela, pero Adrienne y Bálint solo los veían desde lejos porque se los tapaban otros barcos.

Detrás de ellos llegaron más góndolas, se fueron reuniendo apresuradamente hasta que al final cubrieron el agua totalmente: entre las dos orillas, hasta la Dogana, no se veía ni un palmo de mar, solo barco contra barco en la noche negra.

Tras el refulgente pontón empezaron los fuegos artificiales.

Era un espectáculo de ensueño. Las llamas que los rodeaban no daban mucha luz; la noche parecía más profunda, y los rostros de sus vecinos flotaban lejanos. En la negrura adornada por puntos brillantes, se sintieron totalmente solos y felices.

Era su última noche tranquila juntos.

Al día siguiente, como era costumbre, las hermanas Milóth bajaron a la playa. Naturalmente, la vieja señorita Morin se quedó en la *capanna*, la caseta de playa.

Sobre el mediodía, cuando después de nadar un buen rato Margit salía del agua, oyó voces, gritos, pero no desde tierra, sino desde mar adentro. Se puso de pie —el agua le llegaba hasta los hombros—, para ver qué pasaba. Desde el bote de vigilancia estaban dando voces por la bocina. ¿Qué habría sucedido? De repente, el bote se puso en marcha y los dos marineros empezaron a remar como locos.

Margit miró a su alrededor buscando a Judith, que hacía un minuto iba detrás de ella. ¡No la vio! ¡No estaba!

Instintivamente, estuvo segura de que era Judith quien se había ido nadando hacia aguas abiertas buscando las corrientes. Ya solo se veía un puntito negro entre las olas, pero Margit estaba convencida de que era Judith. Inmediatamente se puso a nadar a crol hacia aquel punto. No pensó en nada, solo en salvar a su hermana. No oyó el alboroto en la playa ni el ruido del barco de motor que echaron al agua.

Tenía que luchar duramente contra el embate del mar para mantener el ritmo. Las olas le pasaban por encima, pero no dejó de nadar hasta que llegó al límite de sus fuerzas. El bote salvavidas ya estaba de vuelta cuando la alcanzó.

Fue una suerte porque no podía más. Tuvieron que subirla a bordo, la pequeña Margit estaba exhausta. Se acurrucó jadeando al lado de su hermana, que yacía como muerta en medio del bote. Les alcanzó el barco de motor y trasladaron a Judith. Le practicaron la respiración artificial, mientras corrían a toda velocidad hacia la playa.

Allí continuaron el trabajo.

Adrienne llegó al Lido en ese momento.

Le llamó la atención el tumulto cerca de una *capanna*.

«¿Qué pasará?», se preguntó.

—*Una donna unghere rese è morta*. Ha muerto una mujer húngara —le dijeron.

Aterrada, pensó en Judith inmediatamente. Se abrió camino entre la gente con violencia.

Era cierto. La pobre Judith yacía boca arriba en la arena. Su traje de baño estaba roto; sus pequeños pechos de niña, al aire; el delgado cuello, las costillas y los huesos pélvicos, desnudos. Ante las miradas curiosas, los tres socorristas le estaban practicando las técnicas de salvamento indicadas en tales casos.

En ese momento Judith abrió los ojos. Su mirada reflejó sorpresa, no comprendía



la situación. Volvió a cerrarlos, pero su respiración se estabilizó. La taparon con una bata, y la subieron al hotel en una camilla. La acostaron y se durmió.

La pequeña Margit estaba tan mareada que tuvieron que ayudarla a subir hasta el hotel. Intentó rechazar la ayuda, pero le flaqueaban las piernas. La vieja *mademoiselle* Morin también hubo de ser socorrida porque, al ver, a Judith exclamó:

—*Oh, mon Dieu! Oh, cette pauvre enfant!* ¡Oh, Dios mío! ¡Pobre muchacha! —Y se desmayó. Un marinero fornido se la echó a los hombros como si fuera una muñeca de trapo.

La pequeña Margit se recuperó rápidamente, y por la tarde empezó a rastrear entre los enseres de Judith. Debajo de la ropa interior encontró un paquete abierto, la dirección delataba que había sido enviado desde Mezővarjas. Había llegado el día anterior, a juzgar por el sello. En el paquete había un fajo de cartas —de Judith— y encima de ellas otra más con diferente letra:

Estimada señorita condesa:

Tengo conocimiento de que un tal barón W. se escapó del país como consecuencia de un asunto turbio. El mismo barón W. en un tiempo frecuentó mi casa. Una vez, quizá para hacerme una confianza o para presumir, me enseñó las cartas adjuntas. Yo pensé entonces que tal como me las había enseñado a mí, podría enseñárselas a otras personas; por eso se las quité y las guardé hasta ahora. Después de que aquel feo asunto estallara, le estuve dando vueltas a qué hacer con ellas. Iba a quemarlas, pero renuncié a la idea pensando que tal vez a usted le preocupara el hecho de que estuvieran en poder del barón W., quien por cierto, hubiera podido usarlas para chantajearla a usted o a su familia. Esto último es algo que no me cabe duda que habría hecho. Por eso he decidido devolvérselas para que vea con sus propios ojos que dicho peligro no existe. Le puedo asegurar que nadie sabe del asunto y que desde que yo tengo las cartas nadie las ha visto.

Viuda de Bogdán Lázár

Margit y Adrienne la leyeron juntas.

¡Pobre Judith! No se había ido mar adentro por casualidad o por imprudencia. ¡Quería morir! Esa carta de buena voluntad había sido la última puñalada para su corazón roto. Hasta ahora había sufrido, pero pensaba que era culpa del destino, de la gente. Para ella el antiguo teniente solo había cometido un error, el de no haberla avisado de su escapada, y el de haberla olvidado en Kolozsvár. ¡Había sido horrible! Había hecho zozobrar su fe en aquel hombre y había roto su corazón. ¡Pero enseñar sus cartas a otra gente había sido una vileza! ¡Dárselas a otra persona! Seguramente, esa terrible desilusión había hecho que Judith intentara matarse esa mañana.

Judith se despertó a primera hora de la tarde, pero había algo extraño en sus modales. Cuando le dieron caldo y un poco de coñac, y cuando la examinó el médico, se rio de una forma rara. Como si no estuviera en sus cabales...

Adrienne se lo contó a Bálint esa misma noche cuando se vieron al pie del puente de mármol. Le contó en la góndola todos los detalles y, cuando terminó, se acurrucó entre los brazos del joven buscando consuelo.

Judith se recuperó físicamente. Al día siguiente ya dio unos pasos por la habitación, comió bien, con apetito; pero su estado anímico no mejoró. Ya no se cerraba en banda, con aquella expresión dura, como hasta entonces. Aquello habría reflejado fuerza, decisión, voluntad, y ahora más bien aparentaba debilidad, como una niña. A veces se reía sin razón; hablaba muy lentamente, o se le caía la baba.

Naturalmente, Adrienne escribió a sus padres ese mismo día. Les contó lo ocurrido como si hubiera sido un accidente casual que, afortunadamente, había acabado bien. Sin embargo, a los pocos días tuvo que rectificar su carta, avisándoles de que el estado de Judith era preocupante. El psiquiatra al que habían consultado opinaba que no podía quedarse en ese hotel bullicioso. Tenían que retirarse a algún lugar solitario en el campo o trasladar a la muchacha a un sanatorio. Había que actuar sin dilación.

Adrienne preguntó a sus padres qué debían hacer, sabiendo que eso significaba el final de su estancia. El final de los días felices. El final de todo...

Pasaron unos días. Llegó la respuesta de su madre, llena de reproches. Llegó la de su padre, diciendo que él no podía dejar la granja y que había acudido a su yerno. Le había pedido que le mandara al viejo Maier a Venecia durante unos días. Puesto que era enfermero y sabía alemán, sería de gran ayuda para Adrienne.

Una noche durante esos días de espera, Riccardo llevó a Bálint y a Adrienne al sur, hacia Chioggia. Ya estaba anocheciendo cuando salieron, porque últimamente la mujer tardaba en llegar desde el Lido.

Avanzaron silenciosos, abrazados, sintiendo el peso de la próxima separación.

El cielo estaba cubierto. Fuera, en la laguna, detuvieron la góndola y se quedaron meciéndose. Allí la laguna era amplia y estaba desierta. La oscuridad avanzaba; desaparecieron las costas lejanas, la línea del horizonte donde se unían cielo y agua en una monotonía gris y vacía. Todo era de color ceniza.

Tenían la sensación de que no existía nada fuera de ellos. Ni arriba ni abajo; ni voces ni colores, ni tiempo, ni pasado ni futuro. Flotaban sin cuerpo a través del vacío infinito, abrazados y atravesados por el mismo puñal, como los enamorados de Dante. Era el nirvana donde desaparecía todo, y donde el Todo se mezclaba con la Nada.

Volvieron a casa muy tarde.

Al día siguiente, Adrienne fue puntual. Le entregó a Bálint un telegrama: «Llegaré mañana. Uzdy». El hombre se lo devolvió sin decir nada y miró a Addy. Ella añadió fríamente:

—Mañana por la mañana tienes que marcharte.

Apenas dejaron atrás las casas se abrazaron sedientos de amor.

Cuando se despidieron, la mujer le dijo:

—Ven esta noche... Para despedirnos...

En la habitación, iluminada por la luz opaca de las farolas, hicieron el amor.

Desde la primera noche, en la que se había abierto una nueva vida para Adrienne, ella se había dejado llevar por el delirio que le ofrecían los brazos de Bálint. El deseo salvaje de vivir que la había perseguido inconscientemente encontraba ahora su fin. Se entregaba completamente. Luego se dormían unidos como si fueran un solo cuerpo, aunque todas las noches oían las alas del ángel de la muerte.

La última noche no se durmieron. Se besaron en silencio, desesperados, mordiéndose los labios; se abrazaron, clavándose las uñas, hasta ahogarse, como si buscaran la muerte, como si quisieran matar, matar al ser amado...

Amaneció.

Bálint se incorporó en la cama.

—¿Qué pasará contigo... ahora? —Fue lo primero que dijo.

Se miraron a los ojos. Serios, no de cerca. No hacía falta que Bálint dijera nada más. Addy sabía lo que significaba la pregunta. Los ojos del hombre parecían decir: «Si mueres, no podré seguir viviendo. Tengo que saberlo. Tienes que darme ahora una respuesta directa, clara...».

Mirando a Abády a los ojos, Adrienne pensó en los planes que había tramado esos días cuando estaba sola. Ya no podía realizar el plan original, consistente en engañar la vigilancia del bote de salvavidas tras la partida de Bálint, en nadar mar adentro hasta alcanzar las corrientes de donde no se podía salir, y en desaparecer como si fuera casualidad. ¡No! ¡Ya no podía hacerlo! Judith se le había adelantado, le había estropeado el plan. Ya no podía hacerlo porque habían reforzado la vigilancia y, además, desde que había visto cómo yacía el cuerpo desnudo de Judith en la arena, rodeado de miradas curiosas, le espantaba la idea.

Tenía el pequeño revólver con ella, pero tampoco podía usarlo. Al menos no allí. Sería demasiado evidente. Uzdy investigaría y se enteraría, iría a por Bálint y seguramente lo mataría...

Bálint la miraba esperando la respuesta.

Adrienne contestó lentamente:

—Voy a intentar vivir... quizá pueda, si te vas... para siempre...

Ya había amanecido.

Adrienne estaba sentada al borde de la cama con el camisón desgarrado, inmóvil. Se apoyaba en sus manos, tenía los ojos cerrados.

Bálint se vistió. Se volvió hacia ella. Le flaquearon las rodillas y cayó a sus pies. Escondió la cara en su regazo y se echó a llorar. Su espalda se sacudía mientras

ocultaba la cabeza en el seno profundo, en las curvas de sus muslos amorosos; y lloró, lloró sin cesar. Lloró como un niño en las rodillas de su madre, desesperado. Sus manos se agarraron al cuerpo de la mujer, a su carne; pero no empujado por el deseo, sino por la desesperación, como el que se ahoga. Eran sollozos incontenibles, que lo asaltaban una y otra vez mientras pronunciaba una sola palabra:

—Addy... Addy... Addy...

Adrienne le acarició la cabeza lentamente. No le importaba el camisón roto, la claridad que llenaba la habitación, sus pechos desnudos. No sintió pudor, nada, solo lástima, una lástima terrible, sofocante. Intentó consolar al hombre, levantar su cabeza, acariciarlo como si fuera su hijo, con mano maternal, y repitió:

—Querido, querido, no debes hacerlo... no debes...

El hotel se despertaba.

Bálint salió por la puerta tambaleándose, sin mirar atrás, casi chocó con el alféizar.

Adrienne se levantó de la cama. Fue hasta la ventana.

Desde la lejanía llegaba una melodía, como una marcha fúnebre.

Tal vez era una sirena, o los latidos de su corazón, que solo de vez en cuando parecía palpar.

No abrió la cortina, su mirada se perdió.

El camisón se le caía, y se le pegaba a los muslos, justo donde las lágrimas de Bálint la habían mojado. La primera brisa de la madrugada enfrió su cuerpo.

La mosquitera ondeaba en silencio. Le cubrió la cara, el cabello negro, enmarañado; y la tapó de la cabeza a los pies...

Como si fuera un sudario.

# Mapas del Imperio Austrohúngaro



# Notas

[1] En su prefacio a la edición inglesa de esta novela (*They Were Counted*, Arcadia), traducida por la hija del autor, Katalin Bánffy-Jelen, en colaboración con Patrick Thursfield. <<



[2] Diminutivo de József. <<

[3] «Entre larvas, el único pecho sensible» (*El buceador*). <<

[4] Programa del 67: se refiere al Compromiso firmado en 1867 entre los políticos húngaros y austriacos que establecía las bases de su colaboración. <<

[5] Kálmán Thaly, político (1839-1909). <<

[6] Diminutivo de Gáspár. <<

[7] Diminutivo de Andrés. <<

[8] Diminutivo de Zoltán. <<

[9] Diminutivo de Pál. <<



[10] Diminutivo de János. <<

[11] Solo para la naturaleza tenía simpatía. <<

[12] Según la teoría dacio-romana, el pueblo rumano es descendiente directo de los antiguos romanos. Los partidarios de esta teoría estaban muy mal vistos durante la Monarquía, que reprimía todo tipo de teorías nacionalistas. <<

[13] Diminutivo de István. <<

[14] La ley suprema es la salvación del Estado. <<

[15] Los Lueger (o Lüger) eran una facción del Partido Cristiano Social. Toman el nombre de su líder, Karl Lueger, político conocido por sus ideas antisemitas y que, además de parlamentario, fue también alcalde de Viena. <<

[16] El pleito «Memorandum» se celebró en 1892 contra los nacionalistas rumanos, que habían presentado un memorándum en Viena por los abusos de las autoridades húngaras en Transilvania. Los nacionalistas fueron denunciados y encarcelados. <<

[17] Partido de extrema derecha, fundado por el barón Pál Sennyey en 1875. <<



[18] Un acre húngaro equivale a 5,7 hectáreas. <<